

Hyspamérica
Urbión

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA



HUGH THOMAS

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA





LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Hugh Thomas

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Los orígenes de la guerra

LIBRO I

Hyspamerica - Ediciones Urbión, S.A.

EDICIONES URBION quiere testimoniar su gratitud a las siguientes personas e instituciones que nos han ayudado en la elaboración de esta obra:

Juan Antonio Alvarez de Estrada
José Mario Armero
Juan Ignacio Azaola
María Capdevilla (Centre d'Estudis d'Història Contemporània). Biblioteca Figueras. Barcelona
José Clavería Prenafeta y José Fournier (Servicio Histórico Militar). Madrid
Familia Cordón
Familia Feo
Ramón Fernández Pousa (director de la Hemeroteca Nacional). Madrid
Josep Fornas
Luis Gasca
Familia Giménez Caballero
Alfonso Gota Losada
Juan Guzmán. México
Familia Hedilla
Enrique Lafuente Ferrari
Gonzalo Manso de Zúñiga (director del Museo San Telmo). San Sebastián
Basilio Martín Patino
José Manuel Mata Castillón (subdirector general de Archivos)
Miguel Molina Campuzano (director de la Hemeroteca Municipal). Madrid
Jordi Planas (jefe de Investigaciones de FIEHS-CEHI. Universidad de Barcelona)
Jan Quintanilla y Luis Fernández Quintanilla
Pedro Ruiz de Olibarri (director de Archivo Servicios Documentales del Ministerio de Cultura). Salamanca
Angel Ruiz Martín (director del Museo del Ejército)
M.ª Luz, M.ª Teresa y Carlos Sáenz de Tejada y Benvenuti
Angel Salas Larrazábal
Anita Sand
Archivo diario *Ya*. Madrid
Brandeis University
Colección Merino
Colección Zúñiga
Cuartel General del Aire
Diario de Barcelona
Fundación Universitaria Española. Madrid
Historia 16
Instituto Municipal de Historia. Barcelona
Museo Naval. Madrid
Norte de Castilla

Fotografías e ilustraciones

Rafael Sanz Lobato
Keystone-Nemes. Madrid
Agencia Efe. Madrid
Foto Alfonso. Madrid
Agustí Centelles. Barcelona
Archivo Fotográfico Salmer. Barcelona
P. Rotger. Barcelona
Fotografía Ansede. Salamanca
Foto Alonso. Bilbao
Foto Ortega. Bilbao
Agencia Zardoya. Barcelona
ANCR. Centro Gobetti. Turín
Ullstein Bilderdienst. Berlín
AP Novosti. Moscú
Revista *Punch*. Londres
The Illustrated London News. Picture Library. Londres
Visnews. Londres
The British Library Newspaper Archive. Londres
Associated Newspapers Group Ltd. Londres
Radio Times Hulton Picture Library. Londres
Popperfoto. Londres
Associated Press. Nueva York.
United Press International. Nueva York
Jack Novak. Alexandria. Virginia
Photo Research International. Alexandria. Virginia
National Maritime Museum. Londres
Pilot Press
Luis Agromayor
Agencia Piresa
Louis Deschamps
Europa Press

HYSPAMERICA EDICIONES, S. A.

Santiago, 12. Madrid-12
Editor Ejecutivo: Raúl E. Paggi

Ediciones URBION, S. A.
Avda. Llano Castellano, 13. Madrid-34
Teléfs. 729 31 11 y 729 18 38
Télex: Edur-E 45151

Fotocomposición

Andueza. San Romualdo, s/n. (Edificio Astygi). Madrid-17

Impresión

Mateu-Cromo, S. A. Pinto (Madrid),
sobre papel de Torras Hostench, S. A.

Printed in Spain. Impreso en España en 1980
ISBN 84-85266-54-4 obra completa
ISBN 84-85266-55-2 tomo II
ISBN 84-85266-56-0 fascículos
Depósito Legal: M. 130-1979

Los orígenes de la guerra

LIBRO PRIMERO



(Arch. B. M. Patino.)

«El ideal de todos los españoles es que llevasen en el bolsillo una carta foral con un solo artículo, redactado en estos términos breves, claros y contundentes: "Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana".»

ANGEL GANIVET


¡Cuarenta años aguantando!

1

La sesión de las Cortes del 16 de junio de 1936

El edificio de las Cortes, el parlamento de España, está situado hacia la mitad de la cuesta que sube del Paseo del Prado a la Puerta del Sol [1]. Unos leones de bronce fundido de los cañones capturados al enemigo en las guerras de Marruecos guardan sus puertas. En el frontón que remata sus columnas corintias, la Justicia abraza esperanzada al Trabajo. El 16 de junio de 1936, este edificio clásico era el centro de toda España.



(Pyresa.)

Gil Robles, hablando durante la primavera de 1936 desde su escaño parlamentario ante una mayoría hostil y agresiva, pudiera simbolizar, al margen de frases acuñadas, aquella paz que unos y otros —sin excluir al propio Gil Robles— no hacen posible y que, sin embargo, teóricamente aún lo es en la sesión del 16 de junio. Cuando las masas del Frente Popular desobedecen al gobierno que legalmente les representa, cuando las derechas han puesto en marcha una conspiración, cuando el barullo y la crispación no permiten a las mejores cabezas discernir más errores, faltas y maldades que los imputables al enemigo, aún queda la palabra que, malbaratada en su correcto y libre uso, puede, mejor o peor, dejarse oír en el hemiciclo. Y de la palabra cabría esperar el milagro que no va a producirse.

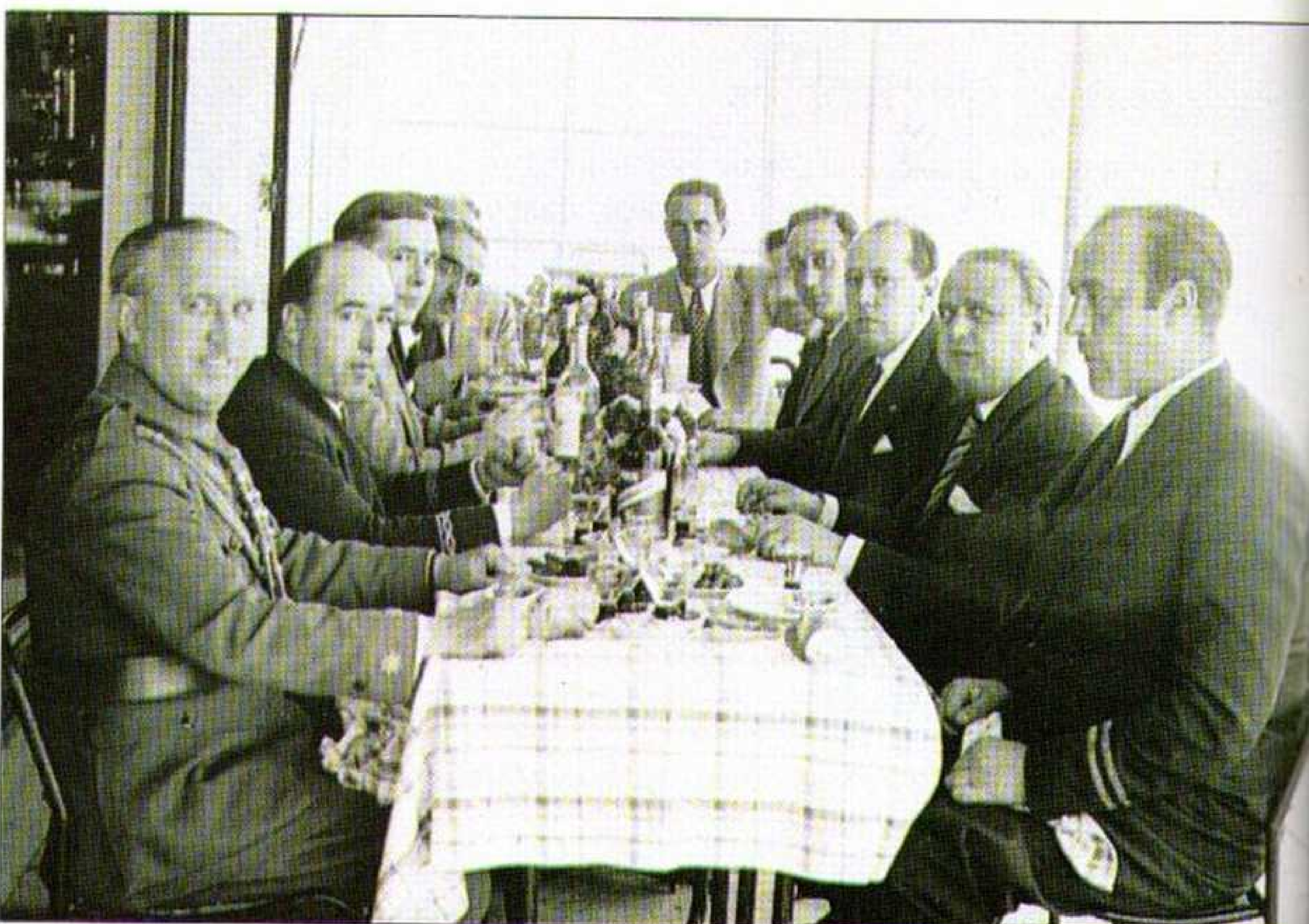
(Col. C. S. de Tejada.)

Habían transcurrido más de cinco años desde que el rey Alfonso XIII había abandonado el trono español; para evitar, según dijo él (quizá exagerando su propia importancia para su pueblo), el desastre de una guerra civil. Habían sido cinco años de actividad parlamentaria. Antes de irse el rey, hubo un lapso de ocho años —de 1923 a 1931— durante el cual, la mayor parte del tiempo bajo el afable dictador militar general Primo de Rivera, las Cortes permanecieron desiertas. Entonces, en junio de 1936, la vida parlamentaria en España parecía hallarse al borde de la destrucción.

[1] La animada plaza central de Madrid, donde han empezado muchas revoluciones.

(Salmer.)

La crispación, que encubre apenas una guerra civil larvada, viene de lejos, y la República —los republicanos, que son mayoría— no se muestra capaz de vencerla o superarla. En 1932, esta manifestación poco numerosa recorre las calles bilbaínas organizada por grupos comunistas. No apoya a una República débil aún por recién nacida: la combate, y de tener fuerza los manifestantes, la derribarían.



Gil Robles (tercero por la derecha) almuerza con sus colaboradores en el Ministerio de la Guerra. Es el turno republicano de la derecha: desde el poder se entiende la contrarrevolución no como freno a las fuerzas revolucionarias que han atentado ya contra la democracia establecida, sino como una revancha que anule las justas y tímidas conquistas del proletariado.

(Ya.)

El gobierno de Casares Quiroga

Un inquieto grupo de liberales de clase media y de edad madura ocupaban el banco azul del gobierno, frente al hemiciclo de la Cámara de Diputados. Hombres honrados e inteligentes, tanto ellos como sus seguidores odiaban la violencia. Admiraban las formas agradables y democráticas de Inglaterra, Francia y Norteamérica. Sin embargo, este odio y esta admiración los hacían insólitos entre los españoles de su tiempo, solitarios incluso entre los 400 diputados que, sentados o de pie, a su alrededor y en los escaños más altos, como podían, ocupaban la atestada Cámara [2]. No obstante, los hombres de este gobierno tenían un fanatismo propio no muy típico de los países de mentalidad práctica que ellos deseaban reproducir en España.

Tomemos el caso, por ejemplo, del jefe del gobierno, Santiago Casares Quiroga. Hombre rico, nacido en Galicia, había pasado gran parte de su vida luchando por conseguir la autonomía para su pobre región, aunque la única ventaja que habrían podido sacar los gallegos de ella hubiera sido la mejora del servicio ferroviario [3]. Aunque Casares parecía actuar de acuerdo con principios liberales y wilsonianos formulados más allá de los Pirineos, no dejaba de ser por ello típicamente español. Era un liberal apasionado cuando el desarrollo de las organizaciones obreras hacía parecer al liberalismo casi tan anacrónico como el enemigo de los liberales, el feudalismo. Sin embargo, teniendo en cuenta que en España no había triunfado ninguna revolución de la clase media, según el modelo de la de Francia de 1789, no podía reprocharse su actitud a Casares Quiroga y sus partidarios. En los primeros años de la República, en 1931 y 1932, los ojos de Casares Quiroga (entonces ministro de Gobernación) relucían brillantes en su pequeño rostro, ante amigos y enemigos, como los de Saint Just. Ahora se advertía en ellos un extraño optimismo irónico, sólo explicable como síntoma de la tuberculosis que ya padecía.

Habla Gil Robles

La naturaleza de la crisis de España fue descrita el 16 de junio de 1936 por Gil Robles, el atildado, obeso y casi calvo, aunque todavía joven, jefe del partido católico español, la CEDA [4]. Su partido era conservador y católico, e incluía a los que querían restaurar una monarquía, y a quienes deseaban una república demócrata cristiana. Algunos miembros de la CEDA, particularmente de su movimiento juvenil (JAP) [5], eran casi fascistas; y algunos admiraban el Estado corporativo de Dollfuss. Gil Robles era elocuente y hábil, pero vacilante y tortuoso. Era odiado tanto por monárquicos y fascistas como por socialistas. No obstante, había creado el primer partido español de masas de clase media. Ahora recordaba que el gobierno, desde las elecciones de febrero, había tenido poderes excepcionales, incluidas

[2] Las Cortes de la Segunda República tenían 473 diputados.

[3] Que era necesaria. El que la autonomía pareciera el mejor sistema para conseguirla es un comentario sobre España más que sobre Galicia.

[4] Confederación Española de Derechas Autónomas.

[5] Juventudes de Acción Popular.



(Serv. Histórico Militar.)

SANTIAGO CASARES QUIROGA (La Coruña, 1884-París, 1950)

Una de las figuras más controvertidas de la Segunda República. Comenzó muy joven su carrera política dentro del complejo movimiento regionalista gallego y fue uno de los fundadores de la ORGA (Organización Republicana Gallega Autónoma), en nombre de la cual participó en el Pacto de San Sebastián, que tuvo lugar el 17 de agosto de 1930. En diciembre de ese mismo año fue enviado a Jaca por el comité revolucionario, siendo muy criticada su actuación al no avisar a tiempo al capitán Fermín Galán de la necesidad de retrasar el levantamiento proyectado. Detenido en Jaca, fue trasladado a Madrid y defendido por Jiménez de Asúa en el juicio ante el Consejo Supremo de Guerra y Marina (20-III-1931).

Formó parte del primer gobierno provisional de la República como ministro de Marina, y posteriormente, durante el bienio azañista, fue titular de Gobernación, cargo en el que se mostró duro en la represión del movimiento obrero, especialmente en sus sectores libertario y comunista. No olvidemos que Casares Quiroga era el ministro de la Gobernación cuando los trágicos sucesos de Castilblanco, Arnedo y Casas Viejas.

En el bienio derechista, Casares Quiroga conservó su escaño parlamentario por La Coruña. Tras las elecciones de febrero de 1936, que dieron la mayoría al Frente Popular, Azaña le encargó la formación de gobierno en mayo de 1936. Llegó Casares a la presidencia del Consejo de Ministros aureolado de una fama de hombre enérgico, que

pronto se iba a demostrar que era puramente verbal. En efecto, tras amenazar en repetidos discursos parlamentarios a los enemigos —bien notorios, por otra parte— de la República y de declarar al gobierno beligerante contra el fascismo, desoyó sistemáticamente cuantas advertencias se le hicieron, desde los más diversos campos políticos, sobre la sublevación que se preparaba sin excesivo disimulo y que le sorprendió sin que fuera capaz de tomar más medida que la prohibición terminante, bajo amenaza de fusilamiento, de que se entregasen armas a las organizaciones obreras. Desapareció de la política en la noche del 18 de julio de 1936, en que Martínez Barrio formó un gobierno para intentar pactar con los sublevados. Murió en el exilio en la fecha indicada.

De su matrimonio con Gloria Pérez tuvo una hija, María Victoria, que como María Casares ha logrado fama internacional en el mundo teatral.

Representante del republicanismo en la línea del liberalismo del siglo XIX, Casares Quiroga, obsesionado siempre por la amenaza de la tuberculosis, ha merecido los juicios más dispares y generalmente duros de sus contemporáneos. Para Gil Robles, su «agresividad negativa de hombre débil y resentido» le llevó a ser «dócil instrumento del marxismo revolucionario». Eduardo de Guzmán, desde planteamientos totalmente distintos, no duda en afirmar que «cabe achacarle no pocas responsabilidades en la dolorosa tragedia que no fue capaz de evitar». Prieto resumió de forma lapidaria la actitud política de Casares en estos términos: «Casares Quiroga sólo creía en la incredulidad de Azaña.» Uno más de los políticos de nuestra historia que hubieron de enfrentarse a circunstancias por las que se vieron radicalmente desbordados.

la censura de prensa y la suspensión de garantías constitucionales. A pesar de todo, durante aquellos cuatro meses —decía—, se habían quemado 160 iglesias, se habían cometido 269 asesinatos, básicamente políticos, y 1.287 agresiones de diferente gravedad. Habían sido destruidos 69 centros políticos, había habido 113 huelgas generales y 228 huelgas parciales y habían sido saqueadas las redacciones de diez periódicos.

«Desengañaos —concluía Gil Robles—. Un país puede vivir en monarquía o en república; en sistema parlamentario o en sistema presidencialista; en sovietismo o en fascismo; como únicamente no vive es en anarquía, y España, hoy, por desgracia, vive en anarquía [...]. Tenemos que decir hoy que estamos presenciando los funerales de la democracia.» Toda la Cámara prorrumpió en gritos airados, unos de apoyo, otros de disentimiento [6].

Las amenazas a la vida democrática

La situación del país y del régimen era tan grave como señalaba Gil Robles, aun cuando las cifras fueran sospechosamente precisas, y



(Centelles. Barcelona.)

aun cuando algunos de los desórdenes causados fueran obra de las derechas: el edificio de *El Ideal*, un periódico derechista de Granada, al parecer había sido quemado por jóvenes de derechas, y hubo otras provocaciones, cuyo signo verdadero probablemente no se conocerá nunca [7]. A los actos de violencia hay que añadir que los partidos políticos de uno y otro extremo preparaban a sus hombres para luchar, instruyéndolos en formaciones militares. «El domingo todos a la calle», era la orden de una serie de jefes políticos. Ni Casares Quiroga ni Gil Robles, representantes ambos de grupos que habían sido muy destacados en la historia de la Segunda República [8], podían ya controlar los acontecimientos. En realidad, ambos se mantenían en las Cortes gracias a los votos de diputados cuyos objetivos eran diferentes de los suyos. Las elecciones del febrero anterior habían

[6] *Diario de Sesiones de las Cortes españolas*, 16 de junio de 1936. Véanse las memorias de Gil Robles, *No fue posible la paz* (Barcelona, 1968).
[7] Ian Gibson, *La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca* (París, 1971), p. 14.
[8] Casares Quiroga era un miembro del Partido de Izquierda Republicana, que había absorbido a los autonomistas gallegos (ORGA).


(The Illustrated London News.)



En unas elecciones, reñidísimas y no modélicas, que han dado el triunfo a una amplísima coalición de la izquierda, ha venido a demostrarse algo que va a pesar en la historia: que la nación está dividida en dos mitades numéricamente iguales y política y socialmente irreconciliables. La violencia intransigente, la inmadurez política, la irracionalidad paroxística de la sociedad española conducirán al fracaso y a la guerra civil. Dos imágenes: un obrero catalán está siendo «disuadido» ante las puertas mismas de la Generalitat, y la calle Montera, en Madrid, después del derroche de propaganda electoral que se hace en estos comicios, que, durante muchos años, serán los últimos celebrados en España.


(Keystone.)

Durante el desfile oficial con que en Madrid se conmemora el quinto aniversario del 14 de abril, muere de un disparo el alférez de la guardia civil Anastasio de los Reyes. Durante el entierro, celebrado dos días después, las armas se desenfundan, se amartillan, se disparan. Una manifestación tumultuosa conduce el cadáver a través de las avenidas madrileñas: se producen nuevas víctimas. La muerte de Anastasio de los Reyes puede considerarse primer eslabón de una de las trágicas cadenas que conducirán al estallido final, pasando por el asesinato de Calvo Sotelo. El orden público ha quebrado y el gobierno se muestra incapaz de restablecerlo.

sido una lucha entre dos alianzas: el Frente Popular y el Frente Nacional. Constituían el primero, además de los liberales como Casares, el gran Partido Socialista, el reducido Partido Comunista, y otros grupos de las clases trabajadoras. Tras el Partido Socialista estaba el poderoso sindicato socialista, la UGT (Unión General de Trabajadores) [9], uno de los movimientos obreros mejor organizados de Europa. El Frente Nacional lo constituían no sólo la CEDA, sino también monárquicos, agrarios, representantes de los grandes terratenientes del sur y del centro, y otros partidos de derechas. Era el frente político de todas las fuerzas de la vieja España: del ejército, la Iglesia y la burguesía.

El Frente Popular había ganado la jornada de febrero de 1936, aunque, a causa de la ley electoral española, la mayoría de escaños que tenía en las Cortes era mayor de lo que hubiera correspondido al total de votos obtenidos en un sistema estricto de representación proporcional. No todos los partidos que habían integrado la alianza electoral formaban parte del gobierno. En realidad, el gobierno estaba compuesto por republicanos liberales [10], mientras que su mayoría dependía de las organizaciones de las clases trabajadoras. Esta nunca es una buena fórmula para un gobierno fuerte. Y era especialmente desafortunada en la España de 1936, donde los partidos obreros se encontraban ya en un perpetuo estado de efervescencia revolucionaria. Aparte de estos grupos, que cooperaban con el sistema democrático en la medida en que se disputaban los escaños de las Cortes, quedaba al margen el gran ejército de casi dos millones de trabajadores anarquistas, principalmente en Andalucía y en Barcelona, organizados en la CNT [11], y dirigidos por una sociedad secreta, la FAI. Este inmenso movimiento, introvertido y apasionado, palpitante ya como una gran ciudad en estado de guerra, despreciaba al gobierno progresista de Casares Quiroga tanto como había odiado antes a los gobiernos de derechas. Y luego estaba el ejército. A principios de aquel verano, en Madrid, ¿quién no había oído rumores sobre conspiraciones de destacados generales, para restablecer «el orden», o sea, una dictadura militar? Por cierto, cuando Gil Robles finalizó su parlamento en las Cortes, un diputado socialista declaró que las iglesias estaban siendo incendiadas por agentes provocadores para justificar una rebelión militar.

Los socialistas estaban divididos. Unos eran reformistas. Otros eran intelectuales fabianos. Unos cuantos eran revolucionarios. Algunos estaban deslumbrados por los halagos de los comunistas, mientras que otros estaban horrorizados ante el aumento reciente de la influencia comunista. Pero todos estaban de acuerdo con las acusaciones dirigidas a las derechas por cualquiera de sus portavoces.

[9] Miguel Maura (*El Sol*, 18 de junio de 1936) consideraba que la Unión General de Trabajadores contaba con 1.447.000 trabajadores, basándose en los cálculos del director general de Seguridad.

[10] A los dos partidos republicanos «puros», Izquierda Republicana y Unión Republicana, se habían unido representantes de los partidos autonomistas de Galicia y Cataluña.

[11] Miguel Maura (*El Sol*, 18 de junio de 1936) daba la cifra de 1.577.000 miembros de la CNT. Probablemente se quedaba corto.

El discurso de Calvo Sotelo

Cuando cesó el griterío, el jefe monárquico Calvo Sotelo se levantó arrogante. Igual que Casares Quiroga, era nativo de Galicia; pero también como Casares, carecía de la serenidad que ha dado fama a esa verde región. ¿Era un hombre tan fuerte como parecía indicar su atractivo rostro? ¿Era un Roosevelt español, o un Mussolini español, más inteligente? Todo cuanto se sabía era que se trataba de un hombre violento, elocuente y hábil. Al terminar sus estudios en la Universidad de Zaragoza en 1915, Maura [12], el presidente del consejo de ministros de Alfonso XIII, conservador y de elevados ideales, le hizo su secretario privado. Poco después, Maura le nombró gobernador civil [13] de Valencia, a sus veinticinco años. El general Primo de Rivera le dio la cartera de Hacienda a los treinta y dos años. Después de pasar prudentemente en París los primeros años de la República, para evitar que se le condenara por los errores financieros de la Dictadura, regresó a España cuando la República había empezado a desintegrarse. Elegido diputado a Cortes como representante monár-

[12] El que se presentó a unas elecciones con el simple programa de «Nosotros somos nosotros». Quizá muy apropiadamente, en los últimos años de este estadista, sus oponentes utilizaron el lema todavía más simple de «¡Maura no!».

[13] Las 49 provincias de España eran administradas por gobernadores civiles instalados en las capitales. Eran nombramientos políticos efectuados por el Ministerio de Gobernación. La autoridad del gobernador civil era compartida por el jefe de la guarnición de la ciudad en cuestión, al que se llamaba gobernador militar, nombrado por el ministro de la Guerra.

A medida que la situación se radicaliza aumenta la preponderancia que entre la derecha española va adquiriendo el jefe del Bloque Nacional, el abogado, gallego y ex ministro de la Dictadura, José Calvo Sotelo. Si de Gil Robles cabe decir que la intransigencia de la izquierda que le rechaza va impeliéndole hacia posiciones extremas, de Calvo Sotelo puede afirmarse que no cree en la democracia y que utiliza el Parlamento como tribuna para defender sus ideas y posiciones, cuyo reaccionarismo no disimula. Hombre joven, enérgico y brillante polemista, se manifiesta, más aún que monárquico, decididamente antirrepublicano. Hay que suponerle de acuerdo con los conspiradores que van a alzarse, pero sus conexiones no aparecerán en lo personal suficientemente explícitas. Su asesinato, el más impolítico de la historia española, puede ser considerado como una de las principales causas de que la rebelión militar se consolide y acabe imponiéndose.



(Pyresa.)


(Efe.)

Muchos españoles están convencidos de que las elecciones de febrero van a ser las últimas, y los más exaltados no admiten ni remotamente dar oportunidad de rehacerse a los que salgan derrotados: dictadura de derechas o revolución serán las únicas alternativas para el futuro. A esta señora, los guardias de asalto la salvan de las iras callejeras de sus agresores. En la fotografía de la derecha (arriba), votantes de un colegio electoral madrileño esperan tranquilamente su turno: hacia qué lado van a inclinarse los sufragios de los fotografiados es algo que no ofrece duda.

quico, creía en su buena estrella por encima de todo. El eclipse de Gil Robles había sido un triunfo para él. Con su experiencia y en plenitud de facultades, hablaba como si creyera que el futuro de España estaba en sus manos [14].

El desorden de España, dijo en un discurso salpicado de interrupciones, era el resultado de la Constitución democrática de 1931. El no creía que sobre aquella Constitución pudiera construirse un Estado viable. «Frente a este Estado estéril yo levanto el concepto del Estado integrador, que administre la justicia económica y que pueda decir con plena autoridad: ¡No más huelgas, no más *lock-outs*, no más intereses usurarios, no más fórmulas financieras de capitalismo abusivo, no más salarios de hambre, no más salarios políticos no ganados con un rendimiento afortunado [15], no más libertad anárquica, no más destrucción criminal contra la producción, pues la producción nacional está por encima de todas las clases, de todos los partidos y de todos los intereses! A este Estado le llaman muchos Estado fascista; pues si ése es el Estado fascista, yo, que participo en la idea de ese Estado, yo, que creo en él, me declaro fascista.»

[14] El mejor estudio sobre Calvo Sotelo es el que se encuentra en la obra de Richard Robinson, *The Origins of Franco's Spain* (Newton Abbot, 1970), p. 215 y ss. Véase también Aurelio Joaniquet, *Calvo Sotelo, una vida fecunda, un ideario político, una doctrina económica* (Santander, 1939).

[15] Todos los ministros de la República tenían derecho a una pensión.

(Centelles. Barcelona.)

Cuando se hubo aplacado la tormenta de burlas y aplausos que estalló tras estas palabras, continuó:
«Cuando se habla por ahí del peligro de militares monarquizantes, yo sonrío un poco, porque no creo —y no me negaréis una cierta autoridad moral para formular este aserto— que exista actualmente en el ejército español, cualesquiera que sean las ideas políticas individuales, que la Constitución respeta, un solo militar dispuesto a sublevarse en favor de la Monarquía y en contra de la República. Si lo hubiera, sería un loco, lo digo con toda claridad, aunque considero que también sería loco el militar que al frente de su destino no estuviera dispuesto a sublevarse en favor de España y en contra de la anarquía, si ésta se produjera.»
En realidad, Calvo Sotelo ya se había comprometido secretamente a apoyar un alzamiento militar, si es que se producía. El presidente de las Cortes, el atezado Diego Martínez Barrio, rogó a Calvo Sotelo que no hiciera aquella clase de declaraciones, porque sus intenciones podían ser mal interpretadas. El presidente era un político experto, nacido en Sevilla, de origen modesto, que había sido jefe de gobierno durante corto tiempo. Ahora era jefe del Partido de la Unión Republicana. Abierto y comprensivo, pero vanidoso, hasta entonces, en su vida política, había utilizado con éxito la táctica del compromiso. Esto era tan raro tratándose de asuntos españoles, que sus enemigos atribuían su encumbramiento a su poder oculto como masón de grado treinta y tres.



(Pyresa.)

Políticamente moderado, antiguo colaborador de Alejandro Lerroux, Diego Martínez Barrio es presidente de las Cortes y amigo personal de Azaña. Será el encargado de formar gobierno tras la dimisión de Casares Quiroga, el 19 de julio de 1936.

Deliberadamente, el jefe del gobierno respondió a Calvo Sotelo: «Me es lícito decir que, después de lo que ha hecho su señoría hoy ante el Parlamento, de cualquier cosa que pudiera ocurrir, que no ocurrirá, haré responsable ante el país a su señoría. El señor Calvo Sotelo [...] viene aquí hoy con dos fines: el de buscar la perturbación parlamentaria, para acusar, una vez más, al Parlamento de que no sirve para nada, y el de buscar la perturbación del ejército para [...] volver a gozar de las ''delicias'' de la Dictadura. No sueñe en conseguir éxito, señor Calvo Sotelo; ni el Parlamento [...] ha de rebajarse un ápice en su valía, en su actividad, en su fecundidad, ni el ejército hará en España otra cosa que cumplir con su deber...»

La Pasionaria

A continuación habló la famosa comunista española Dolores Ibárruri, llamada «la Pasionaria». Siempre vestida de negro, con un rostro grave pero fanático que hacía que las masas que escuchaban sus discursos la consideraran una especie de santa revolucionaria, ahora tenía cuarenta años. Tiempo atrás, de joven, había sido una



Dolores Ibárruri, a quien llaman «la Pasionaria», ha sido elegida diputada por la provincia de Oviedo con 170.000 votos, superando en 20.000 a sus oponentes de derecha. Es la voz más caracterizada del Partido Comunista y destaca entre sus dirigentes más populares. El empuje ascendente y la influencia propagandística del PCE fuerzan a los organizadores del Frente Popular a asignarle en las candidaturas más y mejores puestos de los que por su aportación de sufragios le correspondería. «La Pasionaria» va a convertirse en una de las personalidades más discutidas no sólo entre los que triunfarán en la guerra civil, sino entre quienes formarán su mismo bando.

(Col. J. M. Armero.)

católica devota. Por entonces, iba de pueblo en pueblo por el País Vasco (según una versión) vendiendo sardinas, que llevaba en una gran cesta sobre la cabeza [16]. Pero Dolores la Sardinera se casó con un minero de Asturias, uno de los oscuros fundadores del Partido Socialista en el norte de España. Se acumularon las tragedias personales —tres de sus hijas murieron siendo niñas— en un duro ambiente de lucha [17]. Ella transfirió su devoción por la Virgen de Begoña al profeta de la biblioteca del Museo Británico. Las derechas habían propalado el rumor de que una vez había cortado la garganta a un cura con sus propios dientes. Iba a convertirse en una gran oradora, y ya era una artista en la elección de las palabras y los momentos oportunos. Pero su personalidad no era tan vigorosa como parecía en público, y sus enemigos de la izquierda trotskista atribuían el éxito de su oratoria a las instrucciones secretas que recibía de Moscú. Sin embargo, era una mujer sencilla, direc-

[16] «El Campesino» (Valentín González), *Comunista en España y antiestalinista en la U.R.S.S.* (México, 1952), p. 110.
[17] Dolores Ibárruri, *El único camino* (París, 1962), p. 102. Era miembro del comité central del Partido desde 1930 (*ibid.*, p. 113).

La situación de la mujer sufrió durante la República una notable transformación. No sólo puede votar —generalmente a candidatos de la derecha—, sino que su presencia en oficinas, talleres y universidades se acrecienta en proporciones antes no sospechadas. El matrimonio civil, el divorcio y otras leyes otorgadas contemplaron la ruptura de viejos y caducos estereotipos sobre «la mujer española». La participación en partidos y organizaciones políticas de izquierda va en aumento. Aquí vemos a un grupo de mujeres realizando el saludo comunista en un acto.


(Serv. Histórico Militar.)

ta y enérgica, que había estado muchas veces en la cárcel —en tres ocasiones durante la República— y que también había estado dos veces en Moscú. En las Cortes era la única figura destacada del pequeño, aunque creciente, Partido Comunista español. Sólo había 17 diputados comunistas, todos ellos «desconocidos e ignorantes», en opinión de Indalecio Prieto, socialista moderado, y en todo el país el partido contaba con 130.000 militantes como máximo [18]. Pero hay algo más importante: «la Pasionaria» también representaba la idea del sexo femenino revolucionario, una fuerza poderosa en un país que había concedido a la Virgen un puesto especial en la religión. Ya en 1909, las mujeres de Barcelona se habían contado entre los huelguistas, incendiarios de iglesias y saqueadores de conventos, mostrándose las más elocuentes, osadas y violentas [19]. Cuando «la Pasionaria» habló en las Cortes el 16 de junio, trató con desprecio a los fascistas españoles, considerándolos unos simples *gangsters*. Pero ¿no había acaso una «internacional fascista», dirigida desde Berlín y Roma, que ya había señalado el día del ajuste de cuentas en España?



(Efe.)

Juan Ventosa y Calvell es, después de Cambó, el político más destacado de la Lliga Catalana. Jurista, derechista y demócrata, participa en la sesión de la Diputación Permanente de las Cortes que se celebra en la mañana del 15 de julio de 1936. Como los demás diputados derechistas, niega al gobierno su voto para la prórroga del estado de excepción: «...en los treinta años que llevo de vida parlamentaria no recuerdo que España haya atravesado una situación de anarquía y de desorden persistente y crónico como la que atraviesa ahora...», afirmó.

A continuación, un hombre de negocios catalán, Juan Ventosa, manifestó su alarma ante el aparente optimismo del jefe del gobierno. Ventosa, dos veces ministro de Hacienda con el Rey, llevaba muchos años en la política y era el representante político de Francisco Cambó, el financiero más importante de Barcelona y uno de los hombres más ricos de España. Se decía que Cambó ya había trasladado su fortuna al extranjero. La cuestión que planteaba Ventosa era si teniendo en cuenta la evasión de capitales era más prudente tener confianza o inquietarse. El gobierno no pudo dar ninguna respuesta. Después, Joaquín Maurín, jefe del partido comunista rebelde llamado el POUM [20], declaró que en el país existía ya una situación prefascista.

Altercado de Calvo Sotelo con el jefe del gobierno

Entonces Calvo Sotelo volvió a levantarse para responder al jefe del gobierno: «Mis espaldas son anchas; yo acepto con gusto y no desdeño ninguna de las responsabilidades que se puedan derivar de actos que yo realice [...]. Yo digo lo que Santo Domingo de Silos [21] contestó a un rey castellano: "Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis". Y es preferible morir con gloria que vivir con vilipendio. Pero a mi vez invito al señor Casares Quiroga a que

[18] El mismo informe citado por Maura y mencionado antes atribuía a los comunistas 133.000 militantes. En cuanto al comentario de Prieto, véase *De mi vida* (México, 1965), vol. II, p. 146.

[19] Barcelona tardó mucho tiempo en olvidar a la pescadera radical Carmen Alauch; a la prostituta María Llopis; a la *madame* radical Josefa Prieto, «la Bilbaína»; a Rosa Esteller, «la Valenciana»; a Mercedes Monje; a Trinidad de la Torre; a Enriqueta Sabater, «la Llarga», y a todas las demás «damas radicales» o «damas rojas» que en 1909, llevando lazos blancos como distintivo, habían ayudado a organizar las huelgas pacifistas y las quemas de iglesias.

[20] Partido Obrero de Unificación Marxista.

[21] En realidad, Calvo Sotelo habría tenido que referirse a Santo Domingo de Guzmán.


(Pyresa.)

Por la derecha y por la izquierda son los extremistas quienes están imponiéndose: la mayoría de españoles que componen el centro moderado resultan incapaces de mantener sus posiciones. Las confusiones del momento y la irracionalidad de la política van a desbaratar las posibilidades de este centro, irremediablemente dividido. La extrema derecha antidemocrática no es numéricamente importante, pero acabará, en razón de los acontecimientos, atrayendo al conjunto de los derechistas, e incluso a la mayoría del centro moderado. Víctor Pradera, uno de los líderes tradicionalistas, habla en un acto público al cual asiste también Calvo Sotelo, el quinto comenzando por la derecha.


(Pyresa.)

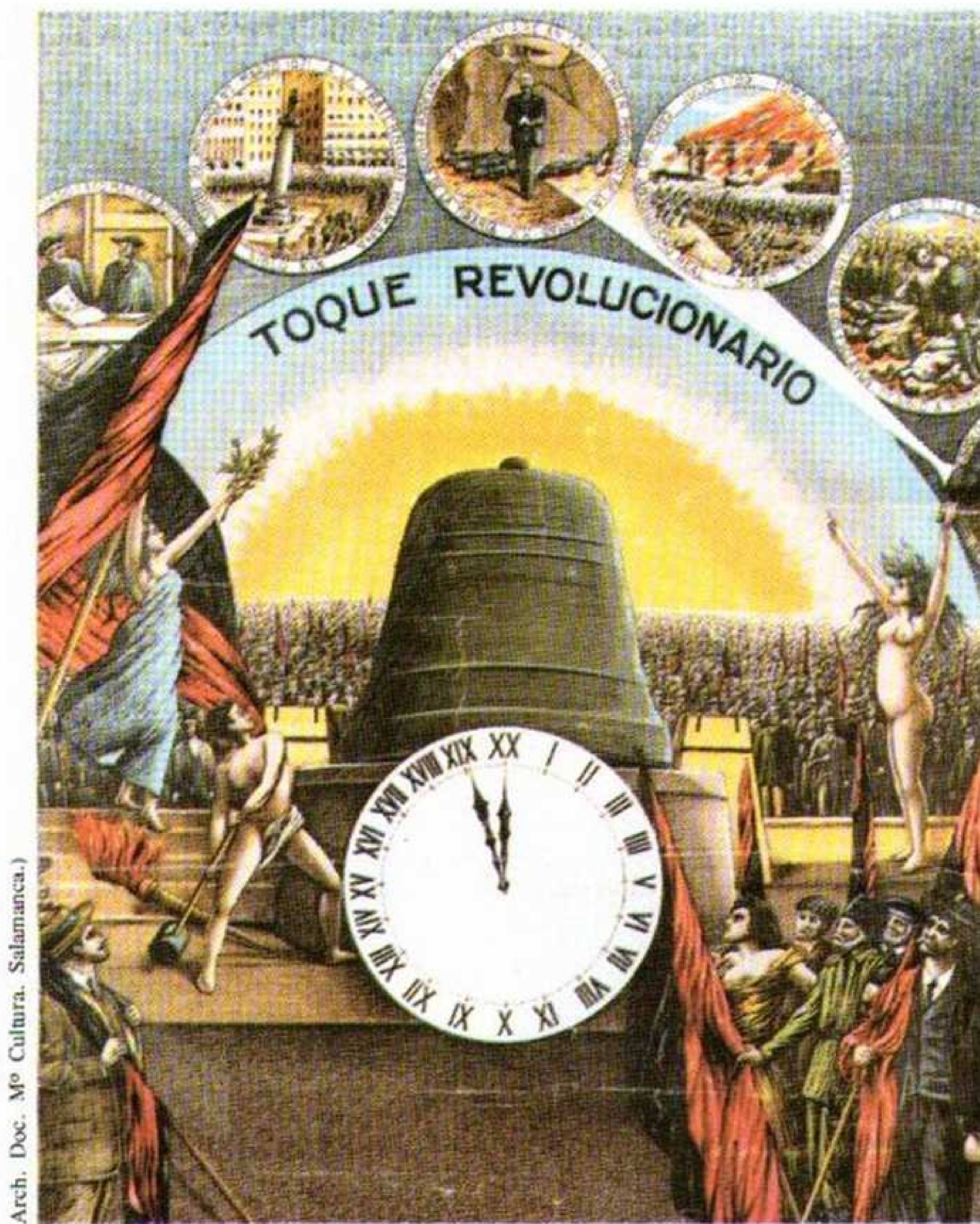
Igual que la extrema derecha no aceptará el resultado adverso de las elecciones de 1936, la extrema izquierda se ha sublevado en octubre de 1934, negándose a acatar los resultados políticos de unas elecciones que le han sido adversas. Los cacheos de viandantes, buscando armas, eran frecuentes. En la escena vemos uno de ellos.

mida sus responsabilidades estrechamente, si no ante Dios, puesto que es laico, ante su conciencia, puesto que es un hombre de honor.»

Luego habló del papel de Kerensky y de Karolyi en la entrega de Rusia y Hungría a la revolución comunista: «Su señoría no será Kerensky, porque no es inconsciente, tiene plena conciencia de lo que dice, de lo que calla y de lo que piensa. Quiera Dios que su señoría no pueda equipararse jamás a Karolyi, el consciente traidor a una civilización milenaria.»

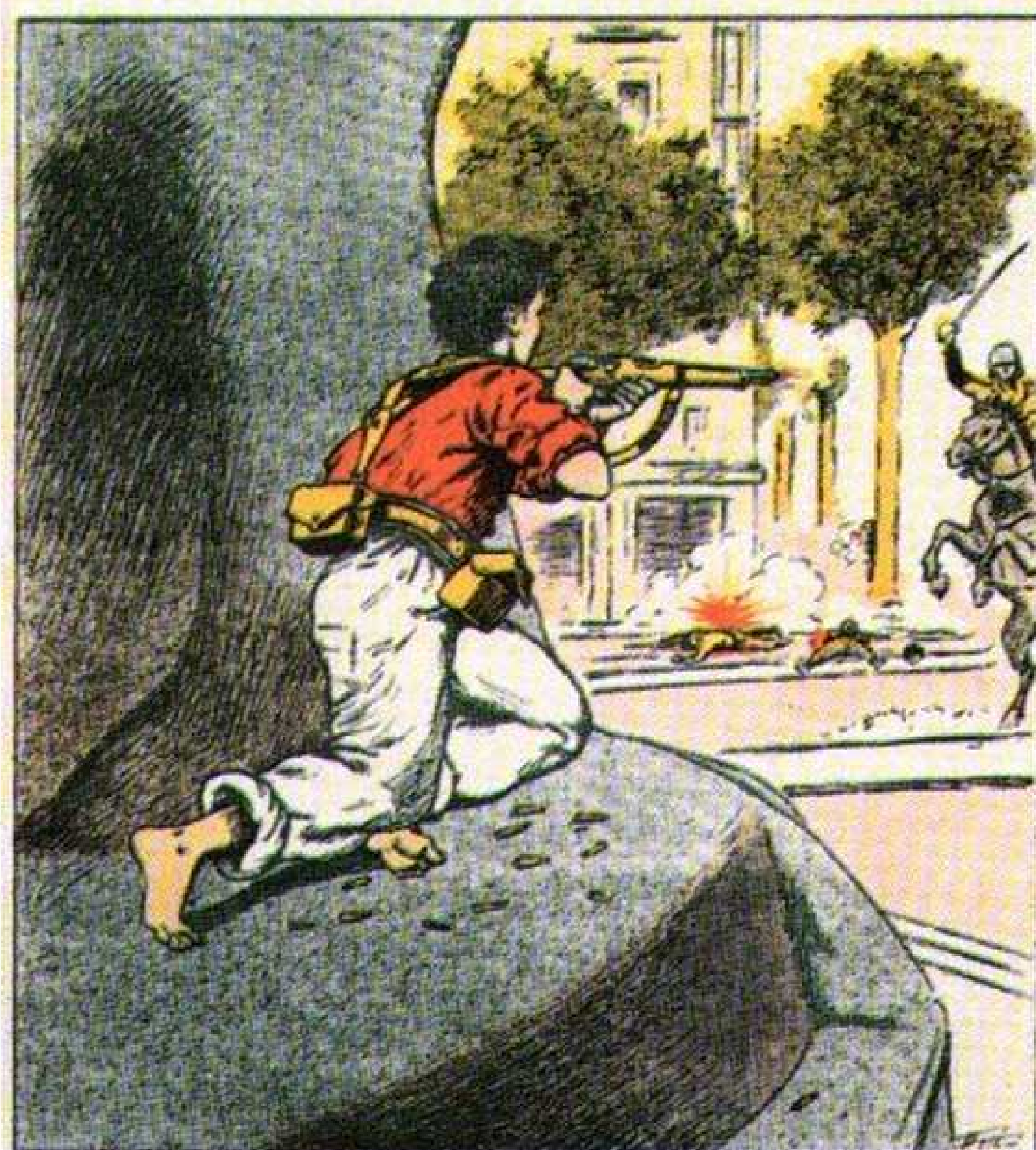
Al sentarse Calvo Sotelo, la Cámara prorrumpió en los gritos y aplausos que eran de esperar.

Los ecos de este debate, con sus amenazas y sus advertencias, llegaron a toda España. Llegaron hasta el presidente, Manuel Azaña, la encarnación de la República, que contemplaba entriste-



(Arch. Doc. Mº Cultura. Salamanca.)





(Col. Luis Gasca.)

Entre ilusionadas utopías, a las cuales alienta la propia injusticia en que la sociedad se basa; entre esperanzas legítimas, cuyas etapas hacia problemáticos logros pasarían a través de túneles de sangre y destrucción, España ha vivido su gran momento: el pacífico advenimiento de la República el 14 de abril de 1931, la proclamación mayoritaria y espontánea de un régimen que, aunque sólo fuera brevemente, aceptaron casi todos los españoles sin apenas reservas. A mediados de julio de 1936, la esplendorosa República —cheque en blanco que la Historia había regalado— se ha convertido en romántico recuerdo, motivo de desencanto o idea que encubre propósitos excluyentes o abiertamente revolucionarios.

cido el derrumbamiento de sus esperanzas desde la lujosa soledad del Palacio Nacional [22]. Llegaron hasta aquellos generales que llevaban tanto tiempo empleando sus muchas horas libres en hacer planes tácticos para un alzamiento nacional contra el gobierno. También llegaron hasta José Antonio Primo de Rivera, hijo del antiguo dictador, ahora jefe de los fascistas españoles de la Falange, que estaba en la cárcel de Alicante, adonde le habían enviado basándose en acusaciones insignificantes, virtualmente como rehén para garantizar el buen comportamiento de sus seguidores. Llegaron hasta aquel otro grupo de españoles cuyas aspiraciones se situaban fuera de las Cortes: los anarquistas. Llegaron hasta la mayoría de los veinticuatro millones y medio de personas que constituían entonces la población de España. A medida que avanzaba el verano, cuando la temporada taurina llegaba a su mejor momento, en la mente de todos surgían estas preguntas: «¿Cuánto va a durar esto?», «¿habrá una revolución?» y «¿puede que haya guerra?». Porque así como en la mayor parte de Europa no había habido guerras civiles desde el siglo XVII, España, el único país europeo importante que se había mantenido al margen de la Gran Guerra, había visto estallar tres conflictos dentro de sus fronteras nacionales en el siglo XIX.

[22] Anteriormente (y posteriormente) el Palacio Real.



(Pyresa.)



(Museo Romántico. Madrid.)

Sobre Fernando VII (arriba), el veredicto de los historiadores es unánime, y negativo en lo político y en lo humano.
En este grupo de militares, quienes sean, con teresiana y sable, se simboliza el enorme influjo que ejercen en la política nacional.

2

El derrumbamiento del monarca absoluto

Este debate en las Cortes fue la culminación de un sinfín de apasionadas disputas sobre posibles formas de gobernar a España que habían ido sucediéndose desde 1808. En este año, la monarquía, muy debilitada, capituló abyectamente ante Napoleón. Los ingleses, dirigidos por el duque de Wellington, ayudaron al pueblo español a expulsar a los franceses en la Guerra de la Independencia que estalló a continuación [1]. Se hizo volver a los Borbones en la aborrecible persona de Fernando VII. Pero la monarquía ya no era sacrosanta. Antes de 1808, durante casi tres siglos, España había sido el más pacífico y tranquilo de los países europeos; a partir de entonces se convertiría en uno de los más turbulentos.

La historia política del medio siglo siguiente se caracterizó por la lucha en torno a la Constitución. Los contendientes eran la Iglesia

[1] No hay ninguna razón para dudar de que el levantamiento contra Murat y José Bonaparte fuera popular y nacional. Fichte, en su *Discurso a la nación alemana*, alababa este ejemplo de «un pueblo en armas» y conjuraba a los alemanes a que siguieran el ejemplo de los españoles. Y así lo hicieron.

(Col. particular.)

y el ejército, las dos instituciones españolas que habían sobrevivido con honor a la Guerra de la Independencia. La primera era conservadora, mientras que el segundo estaba plagado de logias masónicas librepensadoras. Esta lucha era casi una guerra [2]. En 1820, los oficiales liberales obligaron al rey Fernando VII a aceptar una Constitución; éste, a su vez, en 1823, llamó en su auxilio a un ejército francés, los «Cien mil hijos de San Luis», para acabar con ella. En 1833, la lucha se convirtió en la Primera Guerra Carlista cuando la Iglesia y los defensores de los fueros locales del norte se unieron a la causa de don Carlos, hermano del difunto Fernando VII. Don Carlos reivindicaba su derecho al trono y no reconocía como heredera a su sobrina, la reina-niña Isabel II, hija de Fernando. Apoyaban a Isabel los liberales y el ejército, que representaban al mismo tiempo las pretensiones de Castilla de dominar toda la Península. Esta guerra de religión y de secesión terminó en 1839, con la victoria de los liberales, pero la paz adquirió la forma de un compromiso entre los ejércitos de ambos bandos. Por ejemplo, se permitió a los oficiales carlistas incorporarse al ejército regular español. En parte a consecuencia de esto (y en parte porque la confiscación de las tierras de la Iglesia en 1837 [3] redujo la influencia de esta institu-



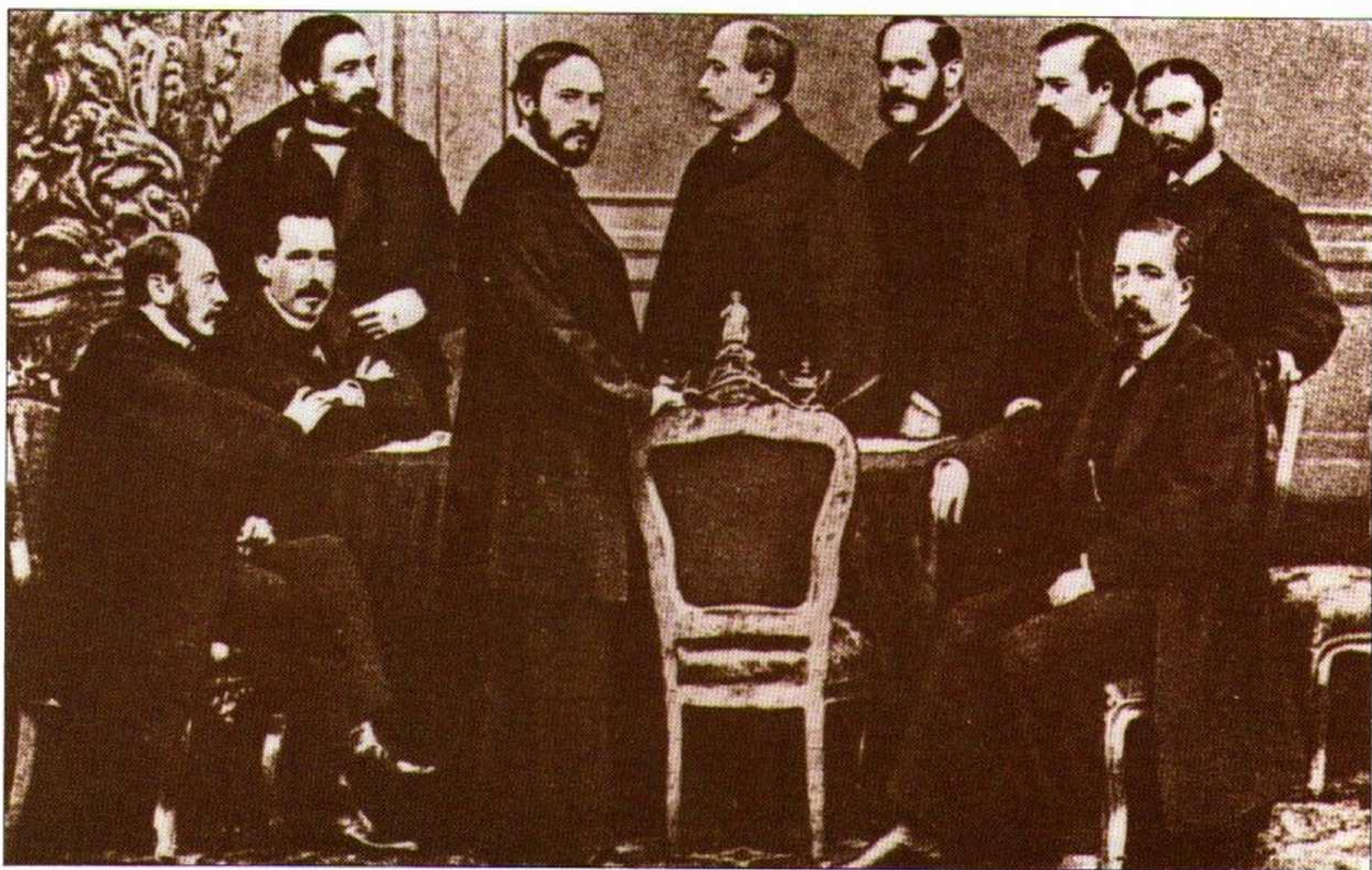
(Biblioteca Nacional. Madrid.)

Isabel II es destronada por la revolución de 1868: cuenta entonces treinta y ocho años de edad. Exiliada en París (donde fallecerá en 1904), no regresará a España ni durante el reinado de su hijo Alfonso XII ni en el de su nieto Alfonso XIII.

[2] A comienzos de este siglo tan agitado, las colonias españolas de América Central y del Sur se sublevaron y, en nombre del liberalismo, se hicieron independientes.

[3] Se compensó a la Iglesia con indemnizaciones y sueldos para sus representantes.

(Col. particular.)


(Col. particular.)


(Biblioteca Nacional. Madrid.)

Arriba, primer gobierno provisional tras el destronamiento de la reina. Presidido por el general Serrano, formaban parte del mismo ilustres personalidades liberales. De pie, y de izquierda a derecha, Sagasta, Prim, Serrano, Topete, Ruiz Zorrilla y Alvarez Lorenzana. Sentados, Figuerola, Romero Ortiz y López de Ayala. Amadeo I de Saboya, duque de Aosta, fue fugazmente rey de España: muchos suponen que pudo haber sido un buen monarca constitucional.

ción), la lucha entre los liberales y los conservadores clericales se transformó a partir de entonces en una sucesión de golpes de Estado (pronunciamientos) de un general tras otro.

Esta curiosa etapa finalizó en 1868, cuando la reina Isabel fue destronada por Prim, el más grande de los generales liberales de España. Si bien lo que dio ocasión a su marcha fue su excesiva dependencia del padre Claret, su confesor, la causa auténtica fue una rebelión contra el sistema de gobierno que habían presidido vagamente Isabel y su «Corte de los milagros». Los siete años siguientes fueron de confusión. Para ocupar el trono español se llamó a un hermano del rey de Italia, el duque de Aosta, quien tomó el nombre de Amadeo I. Este intento de monarquía burguesa no pudo contener la violencia que había vuelto a surgir entre liberales y conservadores, que habían recurrido de nuevo a las armas. Amadeo abdicó. Se proclamó la Primera República española. Al principio se pretendió que esta República fuera federal, que en ella las provincias tuvieran derechos sustanciales. Pero los intelectuales que proyectaban esto no pudieron garantizar el mantenimiento de ningún tipo de autoridad central. En el norte, los carlistas volvieron a alzarse dirigidos por un nieto del antiguo pretendiente, y contaron con el apoyo general de la Iglesia por toda la Península. En el sur y en el sudeste, muchas de las poblaciones costeras se proclamaron cantones independientes. Una vez más, el ejército acabó tomando el poder. Para restaurar el orden, los generales no encontraron otra alternativa que la de hacer volver al hijo de la reina Isabel, entonces cadete en Sandhurst, y convertido en el rey Alfonso XII.

La Restauración y la Regencia

En 1876 se promulgó una Constitución. Gracias a las favorables condiciones comerciales europeas, España fue próspera en la década de 1880. Nominalmente se introdujo el sufragio universal masculino. Pero los resultados de las elecciones siempre se veían falseados por un pacto tácito entre los dos partidos más importantes, el «turno pacífico» llevado a cabo gracias a la intervención del ministro de la Gobernación y de los caciques locales. El pueblo español llegó a considerar al sistema parlamentario —imitación deliberada del inglés— como un medio para excluirle de la política. Alfonso XII, mientras tanto, murió en 1885, a los veintiocho años de edad, dejando un hijo póstumo, Alfonso XIII, en cuyo nombre gobernó como regente su madre, María Cristina, hasta 1902 [4].
El «piadoso fraude» de la Constitución fue una de las razones de la difusión de las ideas revolucionarias entre la clase obrera. En tiempos de la primera guerra mundial había en España dos sindicatos generales. El primero, la CNT (Confederación Nacional del Trabajo), se inspiraba en las ideas anarquistas de Bakunin; el segundo, la UGT (Unión General de Trabajadores), era marxista, aunque

[4] Fue durante este período cuando nacieron todos los principales protagonistas de la guerra civil de 1936-1939. Para un hombre que tuviera setenta años en 1936, las guerras carlistas de la década de 1870 eran un recuerdo de infancia. Un hombre de ochenta años hubiera podido participar en ellas.

Difícil y lento es el movimiento ascensional y la expansión de las organizaciones obreras y de su acción política y social. Unas estructuras arcaicas, arropadas por todos los poderes políticos, militares y eclesiásticos, amparadas por la legalidad y por la enorme fuerza de los intereses económicos, están decididamente enfrentadas contra cualquier desarrollo de los sindicatos de clase. También actúa en contra la desunión de los proletarios, los conflictos que se plantean entre las organizaciones obreras y los partidos republicanos y la activa oposición de los liberales que forman parte del sistema establecido. Sin embargo, a contracorriente, los movimientos obreros existen —subsisten—, y ésta es una de las manifestaciones que se celebran en Valencia a principios de siglo.



(Pyresa.)


(Pyresa.)

Dos son las principales tendencias obreras: la anarquista, que predomina en Cataluña, Andalucía, Aragón y Levante, y la socialista, que desde la capital se extiende a numerosas provincias y en especial a las del norte. El líder del socialismo es el austero Pablo Iglesias Posse, nacido en El Ferrol en 1850, y que en 1910 será el primer diputado socialista a Cortes. Desde una modesta e improvisada tribuna dirige la palabra al público madrileño. El Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores tendrán enorme importancia en la historia contemporánea. Hasta su muerte, en 1925, Pablo Iglesias presidirá ambas ejecutivas.

más reformista que revolucionario. Los socialistas de la UGT colaboraban con el sistema político para conseguir escaños en las Cortes y ganar elecciones en las ciudades, donde cada vez era más difícil la manipulación de votos por parte de los caciques. Pero los anarquistas consideraban que la Constitución era algo corrompido, y la violencia, los asesinatos y las huelgas relámpago emprendidas intermitentemente por los militantes anarquistas sumían a los gobiernos en la confusión. Estos dos movimientos de la clase obrera deseaban regenerar a España por medio de la educación, una mayor moralidad pública, el pacifismo y el anticlericalismo, tanto como por medio de la política.

Otros dos problemas, sin embargo, causaron el hundimiento de la Constitución establecida cuando la Restauración. El primero fue el de Cataluña. Muchos catalanes aspiraban a un reconocimiento de su carácter diferencial del resto de España. Después de la unificación española, Cataluña había continuado viviendo como una región de características propias, pendiente de su capital, Barcelona, y nunca de Madrid. La «cuestión catalana» se agudizó debido al desarrollo industrial de aquella capital durante el siglo XIX. La in-

competencia del gobierno de Madrid indignó a los nuevos ricos de la Barcelona de finales de siglo, empujándoles al nacionalismo catalán. Este, junto con la fe anarquista de los obreros, las altas tasas de analfabetismo y el ambiente demagógico creado por un partido centralista y oportunista, pero de apariencia desenfrenada, los radicales, convirtió a Barcelona (cuya población crecía rápidamente) en la ciudad más turbulenta de Europa a comienzos del siglo: la «ciudad de las bombas». La gran huelga de Barcelona de 1902 y la de Bilbao en 1903 fueron batallas importantes en las que se crisparon los nervios de todos. La florida arquitectura creada por la próspera burguesía fue el lujoso telón de fondo de una serie creciente de atentados anarquistas. «En Barcelona, la revolución no *se prepara* —escribía el gobernador civil, Angel Ossorio y Gallardo— por la sencilla razón de que está *preparada* siempre» [5]. Mientras tanto, las aspiraciones catalanas empezaron a encontrar eco en las provincias vascas, más tranquilas, donde estaba surgiendo una burguesía igualmente autosuficiente, cuya riqueza se basaba en el hierro, la banca y el comercio.
La tercera crisis del régimen fue debida a las guerras coloniales, primero en Cuba y después en Marruecos. La guerra de Cuba de 1895 se convirtió en una guerra contra Estados Unidos en 1898; se perdió todo, menos el honor. La derrota inflamó el problema catalán, ya que Cuba había sido el mejor mercado para los tejidos catalanes. La pérdida de Cuba también tuvo impacto psicológico porque muchas fortunas catalanas se habían basado en el comercio cubano [6]. Además, la pérdida del último vestigio del imperio pro-

[5] Angel Ossorio, *Barcelona, julio de 1909: Declaración de un testigo* (Madrid, 1910), p. 13. Véase Joaquín Romero Maura, *La rosa de fuego* (Barcelona, 1975).
[6] Véase Raymond Carr, *Spain 1808-1939* (Oxford, 1966), p. 397, y R. J. Harrison, «Catalan Business and the loss of Cuba 1898-1914», *Economic History Review*, XXVII, núm. 3, agosto 1974.


(Efe.)

Antonio Cánovas del Castillo es el hombre de la Restauración y uno de sus artífices. Desde un liberalismo discreto ha evolucionado a un conservadurismo que, a despecho de las apariencias democráticas, encubre una falsificación del sufragio universal, apoyada en áspero autoritarismo. Durante el verano de 1897, y mientras se hallaba en el balneario de Santa Agueda, un anarquista dispara contra él, matándole.


(Efe.)

El 31 de mayo de 1906, con motivo de las bodas reales entre Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battemberg, y cuando de regreso de la ceremonia el cortejo desfilaba por la calle Mayor, el anarquista Mateo Morral arroja una bomba que pone en peligro la vida de los soberanos y causa numerosas víctimas.

(Pyresa.)

(Efe.)

vocó una crisis nacional. Reforzó antiguas causas de descontento e hizo surgir otras nuevas. De manera que el año de la derrota —1898— fue un momento crítico: los españoles se vieron obligados a considerarse un país europeo pobre con pocos recursos.

Marruecos

Marruecos, sin embargo, ofrecía una nueva posibilidad de imperio. Pero también causaría nuevas conmociones. España ocupaba los dos puertos del norte de Marruecos, Melilla y Ceuta, desde hacía varios centenares de años. En la década de 1860 había intentado extender su dominio allí, y en la de 1890 había habido más luchas cerca de Melilla.

Cosa muy comprensible, España era reacia a permitir que ninguna otra potencia europea se instalara frente a ella en la costa de Africa. En 1904, a consecuencia de la *entente cordiale* entre Inglaterra y Francia, Francia y España dividieron Marruecos en zonas de influencia, y España se quedó con la parte del norte, de menor extensión. Marruecos entonces era un país atrasado, sin ley, campo abonado para los intereses europeos, y para las inversiones, aunque las tribus de las dos zonas tenían una lealtad formal a un sultán de Fez. El pueblo español, muy mal informado, probablemente veía estos arreglos en las alturas con tan malos ojos como el indolente sultán; ni el uno ni el otro habían sido consultados. Sin embargo, el interés económico siguió a la bandera: las minas de hierro de Marruecos eran ricas. Se produjo una extensión gradual del comercio español, reflejo, en parte, de una acción francesa similar (si España no hubiera mostrado interés, Francia habría absorbido todo Marruecos). Se fundó una compañía de colonización española, que compraba tierras siguiendo los pasos de las tropas, que avanzaban lentamente. Pero luego se detuvieron los avances; las tribus marroquíes cerraron filas; una serie de reveses obligaron al ejército a pedir refuerzos; en 1909 sufrió serias derrotas; en septiembre de aquel año, el ejército español tenía 40.000 hombres en Marruecos. Pero para entonces se había metido en una aventura imperial que sólo podía acabar con la conquista del norte de Marruecos, a un precio que el país no podía permitirse.

La «Semana Trágica» de Barcelona

En 1909 la campaña de Marruecos tuvo horribles repercusiones en la península cuando el gobierno de Antonio Maura llamó a 850 reservistas, algunos de Cataluña, todos del nordeste de España. Cuando los hombres embarcaban de mala gana en el puerto de Barcelona, se convocó una huelga general de protesta, a la que siguió una tumultuosa semana, la Semana Trágica de Barcelona. Los radicales, los socialistas y los anarquistas colaboraron para organizar la huelga, y los radicales inspiraron la quema de iglesias que se produjo entonces. Mucha gente esperaba que esto fuera seguido de una revolución nacional. Pero, faltos de una auténtica dirección política, los amotinados se consumieron en una destrucción



(Pyresa.)

Desde la guerra de la Independencia, las injerencias del ejército han sido continuas a lo largo de todo el siglo XIX. Alfonso XIII trata de apoyarse en la fuerza de los militares, pero el ejército padece macrocefalia y adolece de incapacidad para sus fines específicos. Más que en la defensa de la nación, sus objetivos se concretan en el juego de la política. Las guerras coloniales de Marruecos representan una sangría para la vacilante economía nacional y son impopulares entre amplios sectores de la opinión pública. El hecho de que España avance por el camino de la decadencia es favorecido, cuando la ocasión lo permite, por las potencias colonialistas. En el general Manuel Fernández Silvestre, a quien vemos rodeado de militares españoles y de moros notables, en la fotografía de la página anterior, arriba, y a caballo en la fotografía de la derecha, podría personificarse la grandeza y servidumbre del estamento militar. Alentado por el rey, de quien ha sido ayudante de campo, emprende una audaz y arriesgada campaña —absurda y mal llevada para otros— que le llevará a la derrota de Annual (22 de julio de 1921), en cuya acción perderá la vida.
En la imagen de la página anterior, abajo, vemos a una patrulla del ejército vivaqueando en el áspero territorio marroquí.

absurda. Mientras los dirigentes radicales vacilaban, mujeres radicales, dependientes, delincuentes, jovencitos y prostitutas echaron de los conventos a las aterrorizadas monjas, quemaron sus posesiones, mataron sus animales domésticos y desenterraron cadáveres. Un apuesto carbonero bailó con una momia desenterrada frente a la casa del rico marqués de Comillas, «encantado de ser útil como revolucionario». Finalmente, el ejército recuperó el control; habían muerto unas 120 personas [7], entre ellas sólo tres clérigos. Los amotinados querían destruir «la propiedad y las ilusiones», no la vida. Se quemó más de un centenar de edificios religiosos.

Este desastre fue una sacudida que mostró la violencia que podía haber latente en un país bajo la superficie de la norma constitucional. A las autoridades les preocuparon menos las esperanzas revolucionarias de los radicales o los anarquistas que la destrucción aparentemente sin sentido causada por el pueblo cuando se le subía la sangre a la cabeza. La Semana Trágica fue un revés para la idea de que podía establecerse gradualmente una democracia parlamentaria: si las masas eran tal como se habían manifestado en 1909 —pensó la clase política de la época—, una democracia real acabaría en el desastre. En lo sucesivo, los políticos evitaron las elecciones generales siempre que pudieron, e intentaron organizar coali-

Consecuencia de las campañas de Marruecos es la llamada Semana Trágica, que se inicia como protesta contra el envío de reservistas. En Barcelona, una huelga general toma carácter violento y revolucionario. Se proclama el estado de guerra, se alzan barricadas y arden 112 edificios religiosos. Tras duros combates, el ejército restablece la situación. El balance de los sucesos arroja más de un centenar de muertos y de quinientos heridos. Las autoridades inician una dura acción represiva: los cinco condenados, cuya efigie se reproduce en el cuadro alegórico (derecha), son pasados por las armas: millares de personas son encausadas y varias son condenadas a cadena perpetua, otras desterradas... A Francisco Ferrer y Guardia, a quien vemos descendiendo esposado del coche celular (a la izquierda), se le acusa de ser el principal instigador de la revuelta: condenado a muerte, es ejecutado en Montjuïc. Su proceso causa gran revuelo en España y en el extranjero. Nada permite afirmar que Ferrer participara activamente en la Semana Trágica; tampoco se le había podido demostrar que fuera inductor del atentado de Morral contra los reyes.

[7] Joan Connelly Ullman, *The Tragic Week* (Cambridge, Mass., 1968), p. 288 y ss. Se ha exagerado el «absurdo» de estos tumultos y también el papel de los anarquistas; más importancia tuvieron los radicales. Sin embargo, sin duda el gobernador civil, Ossorio y Gallardo, tenía razón cuando dijo: «En cada calle se vociferaban cosas distintas y se batallaba con diferentes miras» *(op. cit.,* p. 54). Después de juicios subsiguientes fueron ejecutados cinco hombres, entre ellos el carbonero.


(Pyresa.)



(Pyresa.)


(Pyresa.)


(Efe.)

En el panorama de mediocridad de los políticos —tan sobrados de presunción como faltos de capacidad— que dirigen los destinos de la nación, destaca la figura del conservador y regeneracionista Antonio Maura Montaner, que aparece en las fotografías. Su extremada rigidez en la represión de la Semana Trágica desencadenará una campaña que le alejará del poder durante varios años.


(Efe.)

ciones entre los grupos de parlamentarios que ya se encontraran en la legislatura. Las manifestaciones internacionales de protesta contra la ejecución del pedagogo anarquista Ferrer y Guardia, acusado de ser el principal organizador de los tumultos, también tuvieron un efecto contraproducente: las clases altas vieron en estas protestas las reacciones hipócritas, además de histéricas, y basadas en una mala información, de una misteriosa coalición de intrusos internacionales y masones que se haría tristemente famosa con el nombre de la «anti-España».

El jefe del gobierno, Maura, quien, a consecuencia de las protestas internacionales, fue destituido por el rey y abandonado por muchos

ANTONIO MAURA MONTANER (Palma de Mallorca, 1853 - Torrelodones, Madrid, 1925)

Hijo de un fabricante de curtidos, quedó huérfano a los nueve años. Estudió el bachillerato en Palma y a los quince años fue a Madrid para estudiar Derecho. En sus años universitarios hubo de superar sus dificultades para expresarse correctamente en castellano. Acabada la carrera, se inició en el complejo mundillo abogacil de la época en el bufete de Alvarez Bugallal y, sobre todo, en el de Germán Gamazo, un destacado político defensor de los intereses trigueros meseteños, a cuya sombra inició su carrera jurídica, política y personal, emparentando por vía matrimonial con su jefe e integrándose en la facción gamacista del partido liberal. Llegó Maura al congreso en 1881 con un escaño por Mallorca. Ya en 1886 logró una vicepresidencia del Congreso, y en 1892, en un gobierno presidido por el liberal Sagasta, su primera cartera ministerial, la de Ultramar, en momentos difíciles para el dominio de las colonias, que Maura intentó prolongar mediante una serie de medidas

descentralizadoras que frenasen el obvio proceso independentista de Cuba. La muerte de Cánovas significó el fin del turno de partidos sobre el que se apoyaba el sistema político de la Restauración borbónica. Las facciones y los personalismos empezaron de inmediato a resquebrajar unos partidos que, más que tales, eran grupos de notables apoyados en el caciquismo como aparato político. Maura supo navegar con singular habilidad en tan agitadas aguas. En 1901, la muerte de Gamazo le puso al frente de su grupo parlamentario, distanciándose tan rápidamente del liberalismo como se aproximaba al conservadurismo, con el que coincidía cada vez más en muchos puntos: desde la más cerrada defensa de la propiedad privada, que no era más que pánico a la aún muy precaria organización del proletariado socialista y a la violencia desesperada del campesinado anarquista, hasta la total incomprensión de las ambiciones de la burguesía catalanista, que comenzaba a articularse políticamente en torno a la Asamblea de Manresa. De modo que, de ministro liberal en 1892, tenemos a Maura de ministro de Gobernación en 1902, aunque esta vez —pequeña diferencia— en un gabinete conservador bajo la presidencia de Silvela. Por entonces intentó Maura sacar adelante su famoso proyecto de ley de reforma de la administración local, el tan repetido «descuaje del caciquismo», que las triquiñuelas políticas del sistema se cuidaron de dejar en proyecto por entonces. En 1903 Maura vería colmada su ambición con la presidencia del consejo de ministros, puesto que volvería a ocupar en numerosas ocasiones. En su primera gestión al frente del gobierno comenzó las negociaciones con Francia para asegurar unas migajas del festín colonial en el que Europa se había repartido el continente africano. El protectorado marroquí sería una continua sangría y un factor perturbador de nuestra historia nacional en el siglo XX. El empeño en mantener los dominios africanos obligó al gobierno de Maura, enfrentado a un conflicto militar cada vez más amplio, a recurrir a los reservistas del ejército. Su movilización desencadenó en Barcelona una revuelta más o menos espontánea, la «Semana Trágica» (julio de 1909), cuya responsabilidad hizo recaer el gobierno en Francisco Ferrer y Guardia, cuya ejecución levantó una ola de protestas en toda Europa que hizo declinar la estrella política de Maura, contra el que, al grito de «¡Maura no!», se coaligaron, en palabras de Alfonso XIII; «media España y más de media Europa». De las juventudes mauristas salieron muchos de los ele-

121

Finalmente se acuerda que por lo avanzado de la hora se cite a otra reunión para verificar la elección de cargos, y se levanta la sesión.

El Presidente P.º D.º Zacarías Ramírez — Los secretarios: Miguel Gastón — José Molina

Acta de la sesión ordinaria (continuación de la del 29 de enero último) celebrada por la Agrupación Socialista Madrileña en la Casa del Pueblo el 6 de febrero de 1910.

Se abre la sesión a las diez de la noche bajo la presidencia de Zacarías Ramírez, actuando de secretarios Joaquín Fernández y Gregorio Valero, accidentalmente.

—Empieza la votación de cargos para que ha sido convocada la Asamblea, y se prolonga hasta la una en que se da principio al escrutinio del que resultan elegidos los compañeros siguientes:

Comité Local

Presidente, Francisco Largo Caballero	167	votos
Vicepresidente, Manuel Fenosa	125	—
Secretario primero, Daniel Anguiano	157	—
Idem de actas, Eusebio Villafruela	133	—
Contador, Matías García	164	—
Tesorero, Jacobo Castro	175	—
Vocal, Lucio Martínez	139	—
Idem, Manuel Varela	137	—
Idem, Miguel Olivier	132	—

Mesa de discusión

Presidente, Vicente Barrio	136	votos
Vicepresidente, Feliciano Gallego	134	—
Secretario, Fermín Blázquez	152	—
Idem, José Alarcón	140	—

Comisión revisora de cuentas

Luis López Santamarina	159	votos
Juan José Rubio	165	—
Mariano Galán	156	—
Lucio Pereira	154	—
Ricardo Llorca	131	—

(Serv. Histórico Militar.)

conservadores influyentes, creyó que esta «rendición en las Cortes» después de la «victoria en las calles» sentenciaba al régimen, ya que se había visto que daba pie al desorden, la propaganda y la malignidad. Después de esto, el Partido Conservador, que se había mantenido unido desde la década de 1870, siguió a los liberales en la desintegración. Maura fue el foco de un movimiento de jóvenes políticos airados contra el parlamentarismo, ansiosos de regeneración, pero incapaces de ganar una mayoría para un gobierno. En el «maurismo» hay que ver los orígenes del fascismo; también evidentes en otros países antes de 1914 (con Deroulède y Maurras en Francia, D'Annunzio en Italia, e incluso los voluntarios del Ulster). Maura prometía una «revolución desde arriba». Los maliciosos decían que meramente deseaba una «revolución sin revolución». Las guerras en Marruecos continuaron, aunque sin éxito. Tánger,

el mejor puerto del norte de Marruecos, fue excluido del protectorado español en 1912, en calidad de ciudad internacional, y las tribus se negaron a aceptar la presencia «civilizadora» española. Continuaron afluyendo al país hombres, dinero, alimentos y emoción procedentes de una España que sólo podía dar lo primero. Las tribus nunca habían estado sometidas al sultán; fue España la que les dio unidad. Así pues, al pretender un imperio, España ayudó a inspirar el nacionalismo del moderno Marruecos.

Al final, los tres principales problemas de la España moderna (inquietud de la clase obrera, la cuestión regional y las guerras coloniales) desbarataron el montaje de la Restauración. Quizás de todos modos, aquel edificio político era demasiado frágil para poder sobrevivir mucho tiempo al inteligente historiador conservador, Cánovas, que fue su principal arquitecto, y a Sagasta, el «Viejo pastor», su oponente liberal. En la política moderna las personalidades cuentan tanto como contaban en la época de los reyes. Cánovas fue asesinado. Sagasta murió. Maura falló como sucesor potencial de Cánovas tanto por la fuerza de su personalidad, como por la debilidad de su programa. Aunque el último sucesor de Sagasta, José Canalejas, fue un periodista, orador y reformista de primera categoría, su gobierno, entre 1910 y 1912, pareció una época de batalla contra el control clerical de la educación y la libertad de las órdenes para organizar colegios sin inspección estatal. De hecho, Canalejas revisó el sistema de impuestos en beneficio de los pobres, resolvió temporalmente la cuestión catalana con la concesión de la «Mancomunidad» (autogobierno limitado), y llegó a un compromiso con la Iglesia mediante la «Ley del candado», que limitaba el crecimiento de las órdenes religiosas, a no ser que tuvieran permiso del gobierno. Canalejas también abolió el sistema gracias al cual los ricos podían comprar su exención del servicio militar. No es de extrañar que un historiador inglés le alabara como al «único liberal

mentos que, en la Segunda República, nutrieron los partidos derechistas y los grupos fascistas.
Abogado eficiente, orador brillante, hábil maniobrero, dotado de una gran capacidad de trabajo, Maura es una muestra de las escasas diferencias que en la realidad separaban a los dos grandes partidos —liberal y conservador— del turno restauracionista.



(Salmer.)

En esta página del libro de actas de la Agrupación Socialista Madrileña leemos que Francisco Largo Caballero es elegido presidente, por 167 votos, en la sesión celebrada en la Casa del Pueblo el 6 de febrero de 1910. La juventud de los monarcas les concede una cierta popularidad entre los españoles, a pesar de los desaciertos políticos, achacables, más que al soberano, al sistema imperante. La monarquía goza todavía en España del prestigio que le otorgan muchos siglos de vigencia.

La época de los atentados está en su apogeo: Michele Angiolillo (foto de la izquierda) asesina a Cánovas y es ejecutado en el garrote vil. Luis Nicolau (a la derecha, fotografiado a raíz de su detención), Casanellas y Mateu han matado al jefe del gobierno Eduardo Dato. Estos tres salvarán la vida. En sus recientes memorias, García Oliver proporciona informaciones sobre la preparación de este atentado, que atribuye a los sindicatos únicos barceloneses. Dato había aceptado —o tolerado— los duros métodos que las autoridades imponían en las luchas sociales de Cataluña.

que hizo cosas» [8]. Fue asesinado por un anarquista en 1912. Sus sucesores en la dirección de los liberales (el conde de Romanones, García Prieto, Santiago Alba) no tuvieron el empuje ni las dotes de Canalejas, ni su comprensión de lo posible.

La primera guerra mundial llevó al clímax los problemas de la España de la Restauración. Es sabido que el conflicto benefició a todos los países neutrales, y en España creó mucha riqueza, en contraste con la mucha pobreza que quedaba. Los barcos vascos, los tejidos catalanes, el carbón asturiano, el zinc y el cobre alcanzaron altos precios. Quien más experimentó la inflación consiguiente fue la clase obrera, aunque subieron los sueldos y, en algunos trabajos, superaron a los precios. Enormes cantidades de trabajadores llegaban a Barcelona en

[8] Carr, p. 495.



(Efe.)



(Efe.)




(Efe.)

José Canalejas (a la izquierda) es el más sobresaliente y eficaz de los políticos liberales. También caerá víctima de un atentado el 12 de noviembre de 1912, en la Puerta del Sol.
Otros dos políticos liberales: el conde de Romanones (centro), y Santiago Alba (a la derecha).

el tren procedente de Murcia y Almería, al que llegó a llamarse el «transmiseriano».
Las discusiones estériles sobre a qué bando debía apoyar España en la guerra sembraban la confusión en el ambiente. (La izquierda era, en su mayor parte, aliadófila; la derecha, mayoritariamente germanófila; de manera que el rey pudo decir que sólo él y «la chusma» esperaban que ganara Inglaterra.) Mientras tanto, el gobierno del conde de Romanones (que personalmente prefería a los aliados) hacía la vista gorda ante las actividades de los terroristas financiados por agentes alemanes que atacaban a industriales partidarios de los aliados. Finalmente, el propio Romanones dimitió al plantearse la cuestión de si había que permitir o no a los submarinos alemanes que utilizaran bases españolas para repostar en la batalla del Atlántico.



(Alfonso. Madrid.)

Una de las crisis más agudas, que llega a poner en peligro la estabilidad y aun la supervivencia del régimen y de la sociedad española, es la huelga general revolucionaria de 1917, que toma una gran amplitud. En Madrid, guardias y soldados atacan a un grupo de huelguistas que han acorralado.

Ahora el ejército volvió a entrar en la política. La situación se había complicado con la aparición de las llamadas «juntas de defensa», asociaciones profesionales de jóvenes oficiales de infantería que protestaban por las bajas pagas que, igual que las de los trabajadores agrícolas, no habían seguido el ritmo de la inflación. A las juntas tampoco les gustaban los ascensos por méritos de guerra o favoritismo real de que disfrutaban los oficiales que luchaban en Marruecos. Las juntas se fundaron en Barcelona y se extendieron por toda España. En mayo de 1917, su jefe, el coronel Benito Márquez, un oficial estúpido y sordo, fue arrestado por insubordinación con algunos colegas. Otros «junteros» pidieron que se les arrestara también. El rey aseguró que se pondría a todos en libertad y cayó el gobierno. Todos los políticos quedaron impresionados ante esta nueva rendición. Pero a la prensa le gustaban las juntas, y dio una imprudente publicidad a la idea de que podían ser un primer paso para un movimiento de regeneración a escala nacional. Cambó, el financiero que dirigía el movimiento catalanista burgués, la *Lliga Regionalista* (fundada en 1901), también pensaba así. Mientras tanto, en el sur de España las embriagadoras noticias de la Revolución Rusa inspiraban una inquietud difusa que daba lugar



(Efe.)

Francisco Cambó es el político catalán más descollante de todo este período, no sólo dentro de la política regional, sino de la general española. Su trayectoria experimenta diversos cambios de orientación, al compás de los acontecimientos históricos. Las tres bases de la política de Cambó son: el catalanismo, la defensa de los intereses de la alta burguesía y su fidelidad al régimen monárquico, que dura tanto como éste. Además de jefe de la Lliga Regionalista, ministro y diputado, es importante financiero, mecenas, coleccionista de arte, abogado, economista... En la fotografía, tomada en los últimos tiempos de la monarquía, aparecen en segundo término los duques de Maura y de Alba.

a huelgas, ocupaciones de tierras e intimidación de guardias rurales, acciones inspiradas, en su mayoría, por anarquistas; y en Barcelona, los sindicatos anarquistas creían que la crisis les ofrecía una suprema oportunidad.

Interrupción del régimen parlamentario

Ante este desafío en todos los frentes, el nuevo gobierno, encabezado por un conservador convencional, Eduardo Dato, suspendió las garantías constitucionales y clausuró las Cortes. Los políticos más progresistas, ultrajados, respondieron convocando una asamblea alternativa de nacionalistas catalanes que se reunieron en Barcelona para «renovar» la Constitución española. El gobierno la declaró sediciosa e introdujo la censura. El movimiento de la «Asamblea» podría haber llegado lejos si no hubiera sido por la actuación temeraria de las izquierdas. Los socialistas, influidos por el clima del momento, en 1916 habían abandonado su prudente reformismo, y ahora preparaban una huelga general de objetivos revolucionarios: su programa estipulaba el fin de la monarquía, una jornada laboral de siete horas,


(Keystone.)

Asentado su reinado en una de las encrucijadas más conflictivas, resulta aventurado emitir juicios sobre Alfonso XIII. Salvador de Madariaga ha escrito: «Su inteligencia, aunque viva, no era de las que se inclinaban a la filosofía. Pero la ausencia de un sistema claro de creencias, de la que quizá no se diera cuenta, se deja sentir en sus actos. El rey era un político de primer orden, pero no un hombre de Estado. [...]. No le faltaba ni la buena voluntad ni la capacidad, salvo quizá cierto desvío manifiesto hacia las cosas del espíritu. Mas, por desgracia, ni el hombre ni la filosofía eran lo que la situación demandaba; y el rey hubo de quedarse en lo que meramente era: el político más agudo de su reinado.» Aquí lo vemos en Inglaterra, tomando clases particulares de golf.

la abolición del ejército y su sustitución por una milicia, la separación de Iglesia y Estado, la nacionalización de la tierra, la clausura de monasterios y conventos, y —cosa importante en 1917— que no se formulara ninguna declaración de guerra sin plebiscito previo [9]. Dato adoptó una postura enérgica. Primero definió una huelga de ferrocarriles como una amenaza al Estado y la trató en consecuencia (el gobierno había animado a las compañías ferroviarias a que adoptaran una línea dura). Jugando con la certidumbre de que también los «junteros», en realidad, eran opuestos a cualquier alteración del orden social, y de que la progresiva burguesía catalana, por muy truculenta que pareciera, deseaba cualquier cosa menos la revolución, el gobierno recurrió al ejército para hacer frente a la huelga general.

Los socialistas pensaban que por una vez habían hecho una alianza satisfactoria con los anarquistas y con algunos políticos de centro: los republicanos reformistas. Pero no coordinaron bien su táctica y la huelga fracasó. El ejército dirigió la represión subsiguiente, y los «junteros» fueron sordos a las súplicas de los socialistas. Murieron

[9] Sobre los acontecimientos de este año y la crisis que vino a continuación, ver la obra de Gerald Meaker, *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923* (Stanford, 1974), p. 153 y ss.

70 personas (la mayoría de Barcelona, luchando para mantener en funcionamiento los tranvías, o para impedir que circularan), y la *Lliga Catalana*, impresionada por la revolución de la que había sido responsable en parte, accedió a participar en un gobierno de coalición, dirigido por Maura, que compró a los «junteros» con ascensos. La asamblea de parlamentarios (no oficial) volvió a reunirse en Madrid, pero en un clima de prudencia: pidió unas Cortes constituyentes que redactaran de nuevo una Constitución, y no se volvió a hablar más de ella. Ahora Cambó estaba en el gobierno como ministro de Fomento. Era su gran oportunidad y demostró ser tan competente para planificar como para ganar dinero. Pero el gobierno no duró. No duraba ningún gobierno. Durante casi cinco años, una serie de gobiernos conservadores no consiguieron siquiera resolver las diferencias dentro del Partido Conservador. Fueron incapaces de afrontar las consecuencias de una recesión económica posbélica acompañada de continuos desastres en Marruecos y de violencia obrera en Andalucía y Barcelona. Lo raro no es que se acabara prescindiendo de la Constitución, sino que ésta durara lo que duró en un país donde se habían producido intervenciones militares con tanta frecuencia durante el siglo anterior. Quizás, en realidad, no duró después de 1917: no puede existir una democracia si en varias provincias sólo puede impedir la llegada de la revolución la brutalidad de la guardia civil, y en la mayor ciudad industrial sólo puede evitar la guerra civil el contraterrorismo patrocinado por los industriales, contando con la vista gorda de la policía.

Sin duda, en parte la culpa la tenía la situación económica mundial. Durante la guerra, los industriales españoles habían ampliado sus empresas, y ahora tenían que reducirlas. Ahora combatían a la clase obrera porque había un exceso de trabajadores; en la guerra habían escaseado. Pero en el enfrentamiento de trabajo y capital entre 1917 y 1923 se vería una guerra de clases que muchas veces estuvo a punto de convertirse en conflicto declarado, y a propósito de cuestiones no estrictamente económicas: los empresarios se veían amenazados por la bancarrota, cuando no por la revolución, y los anarquistas creían estar al borde del milenio. Dado que las autoridades militares locales, cualesquiera que fueran las opiniones del gobierno central, generalmente estaban de acuerdo con los empresarios y a menudo arrestaban a los huelguistas, el carácter del conflicto adquirió cada vez más violencia. La actuación del general Martínez Anido (conocido anteriormente como sanguinario gobernador de Melilla) como gobernador civil de Barcelona de 1920 a 1922 se hizo famosa por su crueldad: un tipo de represión que no se había visto en España en varias generaciones. Apoyó a los sindicatos libres, que parecían cada vez más una unión patronal de rompehuelgas, aunque contaban con cierto respaldo respetable de reformadores sociales católicos. Se infiltraron pistoleros en ellos y aumentó el terrorismo entre los anarquistas. En otras partes de España hubo acontecimientos igualmente trágicos: en Andalucía, comités anarquistas ocupaban gobiernos municipales, los terratenientes se marchaban, aumentaban los salarios; pero, al final, el ejército domi-


(Col. familia Feo.)

El catalanismo es una de las fuerzas dinámicas que actúan no sólo en el principado, sino en la política española. El año 1906, en el cual se edita esta postal, corresponde a uno de los momentos de mayor vigor: como reacción a la ley de Jurisdicciones se inicia el movimiento de la Solidaritat Catalana. La heterogeneidad de las fuerzas que lo componen, unida a las contradicciones que se dan en el interior del catalanismo, irán escindiendo sus fines y dividiendo sus fuerzas. A partir de las agitaciones sociales de 1917, la Lliga se inclina al pacto con los partidos dinásticos y va distanciándose del centro y la izquierda catalanistas; y se enfrenta con los movimientos obreros. Pero hallará uno de los mejores momentos en la creación de la Mancomunitat (1914), embrión de un gobierno autonómico.

España está viviendo uno de los momentos más caóticos y contradictorios, desembarazándose de una época y esforzándose por ingresar en otra. Aciertos y desaciertos, grandezas y miserias, esperanzas y egoismos, crueldad, clarividencia, ceguera, todo se ensambla, confunde y entremezcla dentro de las mismas organizaciones o partidos, en las instituciones y aun en el ánimo de las personas. La proximidad alienante de los acontecimientos no les permite ver claro a quienes los protagonizan, los imponen o los padecen. La nación está escribiendo las páginas más difíciles de resumir y de entender por quienes leen las líneas torcidas de la crónica diaria. La enumeración de nombres, fechas, situaciones, actos, cambios y acontecimientos lleva al borde mismo de la confusión.

En esta página, arriba, el periodista Luis de Oteiza entrevista a Abd el-Krim, que del servicio de España ha pasado a mandar las cabilas que han infligido severas derrotas a los españoles, con elevado número de heridos y prisioneros.

Abajo: otro periodista Delgado Barreto (sentado, con un cigarrillo entre los dedos), aparece junto al general Martínez Anido (sentado a su derecha), reunido con los jefes de policía. Martínez Anido, gobernador de Barcelona, ha protagonizado una lucha feroz con los sindicatos únicos y ha reducido las cuestiones sociales a meros problemas de orden público. Sus sistemas represivos, entre los cuales cuenta la llamada «ley de fugas», y el empleo de métodos impropios de cualquier gobernante acabarán con su mandato. Pero no es un personaje aislado; cuenta con el apoyo de los patronos catalanes, que se ven amenazados como tales por el poder de la CNT, y en su existencia física, por los atentados con que los sindicalistas apoyan sus reivindicaciones. En la página siguiente, abajo: el programa del PSOE expuesto con motivo de las elecciones de 1920. Los socialistas van afirmándose: paradójicamente, su máximo desarrollo lo alcanzarán durante la Dictadura.



(Alfonso. Madrid.)



(Efe.)

naba a los huelguistas. En Madrid, donde también hubo serias huelgas en 1921, socialistas y anarquistas luchaban unos con otros, tildándose recíprocamente de traidores.
Finalmente, los anarquistas destruyeron sus posibilidades revolucionarias, cualesquiera que fueran, por disputas internas. Muchos dirigentes fueron asesinados. También murió asesinado el jefe del gobierno conservador, Dato. En 1923, la CNT estaba exhausta. Y España también. Se habían manifestado reacciones violentas, cada vez más numerosas, en todos los frentes de la vida pública, y se habían creado enemistades que nunca se olvidarían. Una vez más —y no sería la última—, los anarquistas ayudaron a arruinar un sistema que, con todos sus defectos, era susceptible de cambio pacífico, y el que le sucedería iba a ser mucho menos de su agrado.



(Alfonso. Madrid.)

ABD EL-KRIM BEN MOHAMED EL JATABI (Ajdir, 1882 - El Cairo, Egipto, 1963)

La figura de Abd el-Krim ha sido objeto de las más encontradas opiniones. La mayoría de la prensa occidental de los años veinte lo presentó como un caudillo feroz y despiadado, con una ambición desmedida que terminaría por perderle. Sin embargo, tras la rebelión de los pueblos colonizados y la aparición en la escena internacional del Tercer Mundo, se han destacado los sentimientos nacionalistas del líder rifeño y su enfrentamiento antiimperialista a España y Francia, hasta el extremo de que el presidente vietnamita Ho Chi Minh se refirió a él como «el precursor» de la lucha armada de los pueblos por su independencia.
Perteneciente a una familia de notables marroquíes de la cabila de Beni Urriaguel, Abd el-Krim estuvo durante algún tiempo al servicio de España, primero como cadí (juez) y, desde 1915, como qadi al-qudat **(jefe de los jueces indígenas) del distrito de Melilla. Fue profesor de la escuela hispano-musulmana y redactor de la sección árabe del** Telegrama del Rif.
Durante la primera guerra mundial, sus actividades germanófilas terminaron por alarmar a las autoridades españolas, inquietas por un posible desarrollo del fermento nacionalista en el sector bajo su protectorado. Abd el-Krim fue procesado y sufrió prisión gubernativa en Rostrogordo. Sobreseído el proceso y rehabilitados él y los suyos, pareció volver a la antigua amistad. En la primavera de 1919 se trasladó a Alhucemas alegando razones familiares. En realidad, organizó un poderoso ejército y el embrión de un estado nuevo.
La eficacia de la nueva organización militar y social creada no tardaría en

PARTIDO SOCIALISTA
OBRERO

Programa mínimo del grupo parlamentario socialista.

Responsabilidades militares y civiles. Castigo de los culpables de la catástrofe de Marruecos.
Desistimiento definitivo de la empresa militar marroquí.
Máxima reducción de los gastos de guerra. Cierre de las academias militares.
Reforma de la Constitución que garantice plenamente los derechos del individuo y de las asociaciones profesionales.
Seguros para la maternidad, enfermedades, invalidez y paro forzoso.
Libertad de asociación y control de los funcionarios en los servicios públicos.
Control de los obreros en las empresas industriales.
Reforma agraria en beneficio del cultivador directo de la tierra.
Crédito agrario establecido sobre la base del crédito personal y del crédito para mejoras.
Escuela unificada. Que todo individuo pueda encontrar facilidades para el cultivo de sus aptitudes y de su vocación. Amplia dotación del presupuesto de enseñanza.
No más emisiones de deuda, ni impuestos indirectos. Implantación de impuestos progresivos sobre la renta, el capital y la transmisión hereditaria de los bienes.
Abaratamiento de las subsistencias y de la vivienda. Socialización progresiva de la propiedad urbana y urgente adquisición de terrenos edificables por el Municipio y por el Estado.
Auxilio del Estado al Municipio para acometer las obras necesarias para resolver la crisis de trabajo.
Que se dicten con carácter de urgencia aquellas leyes necesarias para la solución del problema del extrarradio, y que se dicte una ley que restituya al Municipio en su fuero en relación con el uso que hace el Metropolitano Alfonso XIII del suelo y el subsuelo.
Este es el programa que los candidatos socialistas triunfantes se comprometen desarrollar en el Parlamento.
¡Trabajadores! ¡Ciudadanos todos! ¡Votad la candidatura socialista! EL COMITE

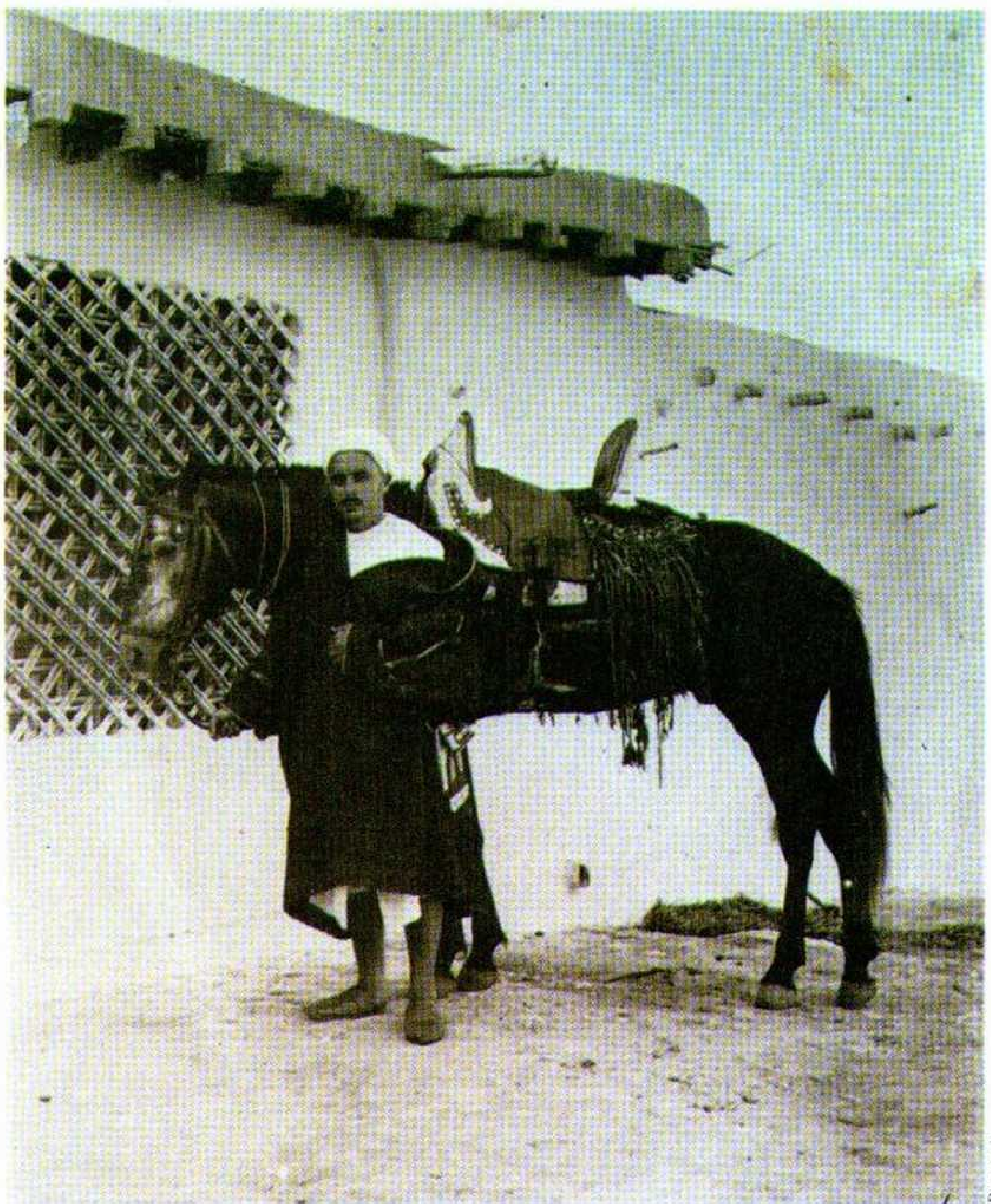
(Efe.)

revelarse trágicamente en «el desastre de Annual», la derrota «más deshonrosa en los anales militares españoles». El 21 de julio de 1921, tras la caída de la posición de Igueriben, un pánico colectivo se apoderó de las fuerzas estacionadas en Annual, que se retiraron en una auténtica desbandada, agravada por el suicidio del general Fernández Silvestre, abandonando armas y material de guerra, con miles de pérdidas humanas. En poco más de cuarenta y ocho horas, el dominio español quedó reducido a la plaza de Melilla. Por su parte, Abd el-Krim escribiría más tarde: «España nos proporcionaba de la noche a la mañana todo lo que nos hacía falta para equipar un ejército y organizar una guerra de gran envergadura.»

Desde entonces, Abd el-Krim extendió su autoridad a todo el Rif. Consiguió superar las rivalidades cabileñas, organizó una administración centralizada, basada en las instituciones bereberes, y proclamó la República Independiente del Rif, de la que se convirtió en presidente. En cuanto a la acción exterior, su hermano visitó París en 1923 y consiguió el apoyo del Partido Comunista, que organizó en 1924 importantes manifestaciones para sostener la causa rifeña.

En 1925, sus tropas conquistaron Tazarut e hicieron prisionero a su rival El Raisuni. Sin embargo, ese mismo año, al intentar consolidar sus dominios en el sur, entró en conflicto con los franceses. El 11 de abril inició una brillante ofensiva que le llevó a las proximidades de Fez, amenazando las comunicaciones entre Marruecos y Argelia. Francia encargó a Petain las operaciones militares y puso a su disposición cien batallones.

Al mismo tiempo, en la Conferencia de Madrid (junio-julio de 1925), los gobiernos español y francés decidieron coordinar sus esfuerzos. La ofensiva conjunta, iniciada con el desembarco de Alhucemas (8 de septiembre de 1925), terminó con la derrota de las fuerzas rifeñas. El 27 de mayo de 1926 Abd el-Krim se entregó a los franceses. Deportado a la isla de Reunión, permaneció en ella hasta 1947. Ese año obtuvo permiso para trasladarse a la Costa Azul, y, aprovechando una escala en Port Said, se refugió en Egipto. Al restaurarse la independencia de Marruecos, Mohamed V le restituyó todos sus bienes y le asignó una pensión. Sin embargo, Abd el-Krim no quiso regresar a su país «hasta que el último soldado extranjero no haya abandonado el suelo marroquí». Falleció en El Cairo el 6 de febrero de 1963.



(Pyresa.)

Las guerras de Marruecos continuaban vinculando al ejército español. Después de algunas victorias de poca importancia, una lenta campaña contra las tribus del Rif, dirigidas por el brillante Abd el-Krim y su hermano, culminó con la derrota de Annual en 1921. En ella, el general Fernández Silvestre, un oficial romántico y popular, pero imprudente, amigo del rey, fue aplastado con todo su equipo. Cundió el pánico en el ejército del este de Marruecos, cayó un fuerte español tras otro, y los rifeños llegaron a los alrededores de Melilla. Murieron 15.000 ciudadanos y soldados españoles, como mínimo [10]. El desastre produjo una conmoción, y más aún la investigación realizada por el general Picasso, que reveló un estado de falta de preparación y de corrupción difícil de imaginar, que era imposible ignorar. La rebelión de Abd el-Krim y la virtual consecución de un estado rifeño (a pesar de los 150.000 soldados españoles que pretendían su derrota) demostró que, así como los franceses a

[10] David Woolman, *Rebels in the Rif* (Londres, 1969), p. 96. Ver una descripción del pánico en Arturo Barea, *The Forging of a Rebel* (New York, 1946), p. 304 y ss.

las órdenes del gran Lyautey habían logrado muchas cosas en Marruecos, los españoles habían hecho muy poco en su zona. Además, se creía que el rey había alentado al general Silvestre, por telegrama, en su temeridad [11].

Se esperaba que todo esto, y la «responsabilidad» del desastre, saliera a la luz en el otoño de 1923. Las Cortes suspendieron sus sesiones durante el verano. Nunca volverían a reunirse de la misma manera. En 1923, la monarquía constitucional estaba herida de muerte, aunque se había eliminado una amenaza, la de los «junteros», gracias a su disolución un año antes.

En parte debido al poder local de los caciques, los partidos políticos de la Restauración no habían llegado a ser algo más que unas tertulias, reuniones semisociales que se celebraban en los cafés en torno a alguna figura. Algunos de los políticos, como los del Partido Reformista Republicano, eran demócratas. Pero la opinión pública no tenía ningún cariño a aquellas Cortes. Muchos años más tarde escribiría un marino: «La recepción que se le brindó a

[11] Se creía que el «telegrama» (que nunca llegó a encontrarse) decía: «¡Olé los hombres! El 25 te espero». Con razón o sin ella, nunca se perdonaría al rey. V. S. Pritchett, viajando por España en la década de 1920, descubrió que, siempre que preguntaba si podría sobrevivir la monarquía, la gente le decía: «No tendría que haber enviado aquel telegrama».

Otro de los cabecillas rifeños, el hermano de Abd el-Krim, Mohamed, ministro de Asuntos Exteriores del incipiente gobierno del Rif, se retrata junto a su caballo (página anterior).
Después de los desastres de Annual y monte Arruit, la recogida y entierro de los cadáveres (abajo) se convierte en faena triste y decepcionante. De estas campañas han quedado testimonios literarios, entre los cuales destaca Imán, *de Sender.*
Las campañas que contra la zona francesa emprende Abd el-Krim facilitan, por fin, un acuerdo franco-español. Después del desembarco de tropas españolas en Alhucemas y de las operaciones subsiguientes, se consuma la derrota de Abd el-Krim, que se entrega a los franceses. En la primavera de 1927, Marruecos está totalmente pacificado: un éxito personal, militar y político de Primo de Rivera.



(Alfonso. Madrid.)



(Efe.)

Sobre un carro de combate destaca el general Sanjurjo, que participa en las campañas de Africa y que, en las operaciones que llevan a la derrota de Abd el-Krim, gana el título de marqués del Rif. Más que por sus campañas marroquíes, pasará a la historia por sus intervenciones en la política, que se inician en el momento en que, al frente de la guardia civil, niega su apoyo a la vacilante monarquía y se ofrece al gobierno provisional de la República, facilitando de esta manera su proclamación sin derramamiento de sangre. El 20 de julio de 1936, Sanjurjo morirá en accidente aéreo en Portugal, cuando se trasladaba a Burgos para asumir la jefatura de la sublevación militar contra el gobierno de la República.

Primo de Rivera fue buena en general porque el país estaba deseoso de algo nuevo» [12]. El dirigente anarquista Angel Pestaña lo expresó en términos decididos: «La dictadura puso fin a un estado de cosas que resultaba ya insostenible... Yo temo que cuando se escriba la historia crítica del período terrorista y (de) la implantación de la dictadura... aparezcamos como la causa eficiente de ella» [13]. Los políticos, por su parte, sabían que el ejército no se resistiría a un general popular. Así pues, no hubo voluntad para oponerse a un ultimátum presentado al estilo decimonónico por el general Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, elegido jefe por un grupo de generales importantes: «Tenemos la razón y por eso tenemos la fuerza, que hemos empleado con moderación hasta ahora. Si con engaños se nos quiere conducir a transigencias, que nos deshonrarían ante nuestra propia conciencia, extremaríamos la petición de sanciones y las impondríamos. Ni yo, ni mis guarniciones, ni las de Aragón, de las que acabo de recibir comunicación en ese sentido, transigimos en nada que no sea lo pedido. Si los políticos, en defensa de su clase, forman un frente único, nosotros lo formaremos con el pueblo sano, que almacena tanta energía contra ellos. Y a esta resolución, hoy moderada, le daríamos carácter sangriento.»

[12] Francisco Gorisolía, *Diario de Barcelona*, 10 de abril de 1977.
[13] *Lo que aprendí de la vida*, p. 449.



(Radio Times Hulton Picture Library.)

Dictadura de Primo de Rivera

Así vino la dictadura del general Primo de Rivera. Alfonso XIII, que sabía de antemano lo que se planeaba, consintió [14]. Le exasperaban los políticos y le gustaban los militares. Este nuevo sistema duró hasta enero de 1930. El rey Alfonso presentó a Primo al rey Víctor Manuel de Italia, diciendo: «Mi Mussolini». Pero el general no era fascista. En 1923 tenía ya cincuenta y tres años y el pelo blanco, aunque era un hombre fuerte. No tenía una masa de seguidores ni una política exterior expansionista. Habría abandonado Marruecos si hubiera podido. El movimiento que llegó a crear, la Unión Patriótica (UP), una asociación de «todos los hombres de buena voluntad», nunca alcanzó a tener peso. Aunque usó oficiales para hacerse cargo de los gobiernos municipales durante tres años, encarceló o envió al exilio a quienes se le oponían, y prohibió los partidos políticos, no hubo ejecuciones políticas durante los seis años y medio que estuvo en el poder [15]. Al principio, su pronunciamiento incluso fue bien acogido por intelectuales como José Or-

Los «vocales» del Directorio militar, presididos por el general Primo de Rivera. De izquierda a derecha, Dalmiro Rodríguez Padré, Antonio Mayandía Gómez, Luis Hermosa Kit, Antonio Magaz Pers, Francisco Gómez Jordana y Sousa, Francisco Ruiz del Portal y Martín, Luis Navarro Alonso de Celada, Adolfo Espinosa Vior y Mario Muslera Planes, todos ellos generales, salvo el contraalmirante marqués de Magaz. Los falseamientos del sufragio, la inoperancia de los partidos y la incapacidad de la mayor parte de los políticos influyen para que la Dictadura no sea mal acogida por amplios sectores de la opinión y por relevantes personalidades. Una posterior acumulación de errores, arbitrariedades, actitudes caprichosas y desenfadadas, y la misma prolongación de un estado excepcional, harán bascular en contra el ánimo de la mayoría hasta convertirse en clamor irreprimible.

[14] Tomado del documento hecho público por el conde de Romanones en las Cortes durante el «proceso» de Alfonso XIII, en diciembre de 1931.

[15] Sin embargo, murieron tres anarquistas en una escaramuza en Vera de Bidasoa, en la frontera francesa, el 6-7 de noviembre de 1924, tras ser provocados por la guardia civil.





(Efe.)

En diciembre de 1925, el Directorio es sustituido por un gabinete civil. La fotografía es posterior. Aparecen en ella parte de sus integrantes: Callejo, Calvo Sotelo, general Ardanaz, almirante Cornejo, y sentados, Martínez Anido, el rey y Primo de Rivera.



(Salmer.)

tega y Gasset, que consideraba que las enfermedades de España requerían un «cirujano de hierro». Lo mismo pensaban tanto los «junteros» como los oficiales que servían en Marruecos, que por una vez estaban de acuerdo. Sin embargo, el ministro de la Gobernación y el director general de Seguridad (en España siempre un cargo importante) eran los generales Martínez Anido y Arlegui, los implacables gobernadores de Barcelona entre 1920 y 1922. Estos militares hicieron desaparecer de la vista los partidos políticos. Mientras tanto, un ambicioso programa de obras públicas (nuevos pantanos, vías férreas, electrificación rural y carreteras) dio a la dictadura un aire de prosperidad. Aumentaron las facilidades para el comercio, como en todas partes en la segunda mitad de la década de 1920, y tanto la producción como el comercio se incrementaron en un 300 por 100 [16]. Los socialistas accedieron a colaborar y la UGT, a diferencia de su rival anarquista, pareció que se iba a convertir en una especie de sindicato oficial como los de Suecia. La política financiera del joven Calvo Sotelo consiguió que el capital español apoyara a Primo, y por primera vez los bancos se interesaron por el desarrollo mediante el crédito. (Indirectamente, en este régimen la influencia de Maura fue considerable, aunque no lo apoyara oficialmente [17]). Era una época de planes maravillosos, tanto en España como en el resto del mundo: se inició un gran proyecto de conducción de aguas en los valles del Ebro y del Duero y en Barce-

[16] Ramón Tamames, *Estructura económica de España* (Madrid, 1969), p. 203.
[17] Murió en 1925.

(Popperfoto.)

MIGUEL PRIMO DE RIVERA Y ORBANEJA (Jerez de la Frontera, 1870-París, 1930)

Segundo marqués de Estella, nacido en una familia que jugó un papel destacado en la vida española del siglo XIX, Miguel Primo de Rivera ingresó en el ejército en 1884. Al finalizar sus estudios militares fue destinado a Marruecos, donde en 1893 obtuvo la laureada de San Fernando y el ascenso a capitán. De allí pasó a Cuba, luego a Filipinas y volvió a Marruecos en 1909. Ascendió a coronel en 1908, a general de brigada en 1912 y a teniente general en 1919. Ocupando la capitanía general de Madrid fue relevado por haber defendido ante el Senado tesis abandonistas en la cuestión de Marruecos, pero poco después, en marzo de 1922, fue nombrado capitán general de Cataluña.

Desempeñando este cargo, el 13 de septiembre de 1923, ante la crisis que atravesaba el país y para evitar la exigencia de las responsabilidades derivadas de Annual, Primo de Rivera acudió al expediente decimonónico del pronunciamiento militar. Al día siguiente, el gobierno presentó su dimisión y Alfonso XIII le nombró jefe del gobierno al frente de un Directorio militar. Dado el desprestigio en que había caído el sis-

tema político de la Restauración, el golpe de Estado no encontró ninguna resistencia.

El nuevo dictador disolvió las Cortes, suprimió las libertades democráticas, impuso la censura, y sustituyó los gobernadores civiles por los militares. Sin embargo, el restablecimiento del orden social y la pacificación de Marruecos, en la que Primo de Rivera, tras aceptar las tesis africanistas, dirigió personalmente las operaciones, cimentaron su posición y le dieron prestigio y hasta cierta popularidad. En el terreno económico, el Estado acometió grandes proyectos de obras públicas, y en lo social puso en práctica un programa vagamente reformista, con la implantación de los comités paritarios y los tribunales industriales, intentando incorporar al Partido Socialista. El 3 de diciembre de 1925 sustituyó el Directorio militar por un gabinete civil, del que se reservó la presidencia.

Por otra parte, suprimió toda aspiración regionalista —la Mancomunidad de Cataluña fue primero desvirtuada y terminó por desaparecer con la promulgación del Estatuto Provincial— y mostró una incomprensión absoluta hacia la cultura catalana y el mundo intelectual y universitario. Personajes como Unamuno, Marañón y Valle-Inclán fueron perseguidos o desterrados. Tampoco se atendió al problema agrario, tal vez el que necesitaba una acción más decidida, y el intento de crear un partido primorriverista, la Unión Patriótica, se saldó con un fracaso. Con algunos sectores militares tuvo asimismo enfrentamientos y no siempre respetó la independencia del poder judicial.

Mientras duró la prosperidad económica, la Dictadura se mantuvo sin demasiadas dificultades, pero al terminar aquélla perdió rápidamente una popularidad que se había ido deteriorando, y Primo de Rivera se vio progresivamente aislado y combatido.

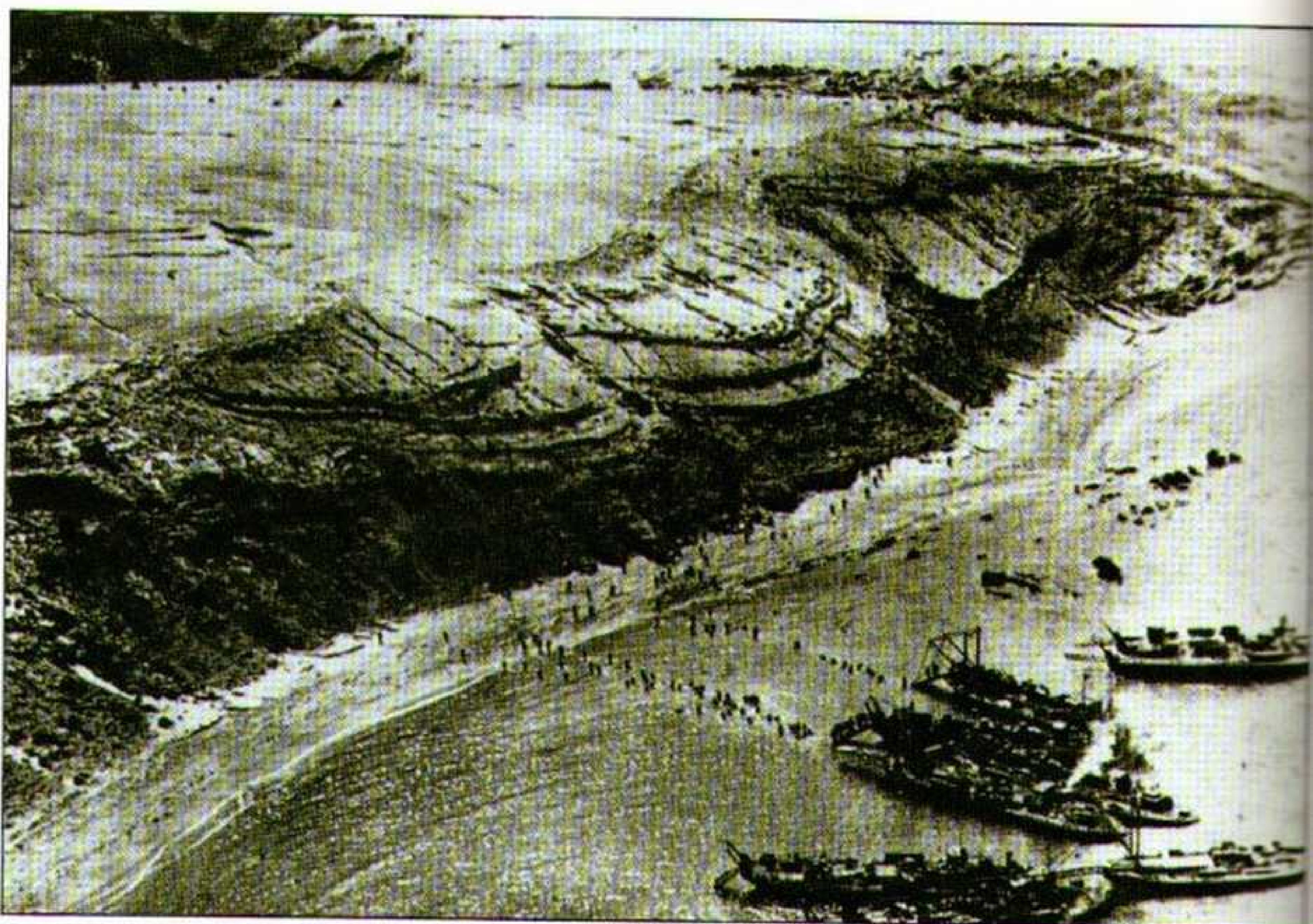
El 26 de enero de 1930 envió una circular a los capitanes generales consultándoles sobre si el Ejército le ratificaba en el poder. La falta de entusiasmo en las respuestas y la actitud del rey le obligaron a dimitir el 28 de enero.

El 12 de febrero marchó a descansar a París, donde falleció el 17 de marzo.

lona se celebró una famosa exposición industrial. Se construyeron enormes estadios, preparando el camino para el auge del fútbol y la decadencia de los toros. La producción de la industria ligera tuvo un buen momento. Y, por encima de todo, el dictador consiguió cerrar milagrosamente la herida de la guerra de Marruecos, aunque Abd el-Krim en realidad había derrotado a los españoles cuando entraron los franceses en el conflicto. Abd el-Krim fue capturado y enviado a la isla Reunión, y pareció —y la apariencia era lo importante— que España había obtenido una victoria militar, por primera vez en muchas generaciones [18].

Sin embargo, esta dictadura sólo puede juzgarse teniendo en cuenta la personalidad del propio Primo de Rivera. Era patriótico, magnánimo, comprensivo y tolerante, y había demostrado su valor físico y moral en Cuba, Filipinas y Marruecos. Una vez entró en un teatro y se puso a fumar, aunque en todas partes había letreros proclamando que estaba prohibido hacerlo; cuando le informaron de esto, se levantó y declaró con el cigarro en la mano: «Esta noche, todo el mundo puede fumar». Era viudo, y podía pasarse meses trabajando intensamente, para desaparecer luego un fin de semana y dedicarse a bailar, beber y hacer el amor con unas gitanas. Podía vérsele casi solo por las calles de Madrid, embozado en una capa, recorriendo los cafés, y, al volver a casa, a veces daba un comunicado locuaz en el que se notaban los efectos del alcohol, lleno de metáforas inesperadas y confidencias embarazosas, que tal vez tendría que cancelar a la mañana siguiente. Deseaba gobernar España como un déspota ilustrado, pero en una época en que el despotismo sólo podía durar si era brutal.

[18] Abd el-Krim murió en 1963 en El Cairo, sin haber vuelto nunca a Marruecos. Una nota necrológica aparecida en *African Revolution* (mayo 1963) le llamaba «Nuestro maestro» y decía que había sido el primero en demostrar a «los hombres de color que el imperialismo no era invencible». (El autor olvidaba a Toussaint.)



(Pyresa.)

Caída del dictador

Finalmente Primo de Rivera cayó, en parte porque persiguió a la clase media profesional y liberal, pero no la aplastó; por ejemplo, el asunto de «la Caoba» escandalizó a muchos. «La Caoba» era una cortesana andaluza que, cuando se vio implicada en un caso de drogas, recurrió a Primo de Rivera, con quien, al parecer, había mantenido una íntima amistad. El dictador ordenó al juez que la dejara en libertad. El juez se negó y en esto fue apoyado por el presidente del Tribunal Supremo. Primo trasladó al primero y destituyó al segundo. Los que protestaron —por ejemplo, Unamuno, el filósofo, poeta, periodista y profesor de griego— fueron confinados en la calurosa isla canaria de Fuerteventura. Esta acción fue desafortunadamente sintomática de la actitud de Primo hacia los principios de la ley, que él hacía y deshacía impunemente. Esto fue lo más subversivo de su sistema; preparó el camino para una actitud de indiferencia ante la ley que caracterizaría a las derechas españolas de finales de los años 30 y que habría sido impensable en el siglo XIX, tan despreciado por ellas.

Primo también ofendió al ejército, e incluso al rey, con cambios que afectaron a la siempre delicada cuestión de los ascensos en el cuerpo de artillería. Cuando los oficiales de artillería intentaron protestar, Primo disolvió el cuerpo y liberó a los hombres de sus juramentos de obediencia a sus oficiales. Igualmente, los banqueros ortodoxos estaban alarmados ante los planes de impuesto sobre la renta de Calvo Sotelo, y aún más ante el «presupuesto extraordinario», cuyo objetivo era financiar obras públicas con préstamos cuyos intereses se pagarían recurriendo a las rentas públicas. A nadie, salvo a los beneficiarios inmediatos, le gustaban los monopolios de teléfonos (concedidos a la American International



(Radio Times Hulton Picture Library.)

El 8 de septiembre de 1925, y tras una preparación artillera de la escuadra española, a la que apoyan buques franceses, dos banderas mandadas por Franco y el harka *del teniente coronel Muñoz Grandes desembarcan en la playa de la Cebadilla, iniciando así el conjunto de operaciones hispano-francesas que antes de un año habrán puesto fin a la guerra de Marruecos. El general Sanjurjo dirige la operación, y Primo de Rivera, que ejerce el mando supremo, la presencia. La fotografía está tomada desde uno de los aviones españoles que cooperaron en el desembarco.*

El rey condecora a Primo de Rivera, quien al éxito militar suma el político: la pacificación de Marruecos.





(Popperfoto.) (Col. J. M. Armero.)

Tan importante como la oposición que a la Dictadura hacen los antiguos políticos, los intelectuales y algunos sectores del ejército, y más activa que la de los obreros, es la oposición de los estudiantes, que mantienen viva la agitación y crean graves problemas. Se cierran universidades, se destituyen catedráticos, otros dimiten, se firman manifiestos. La FUE (Federación Universitaria Escolar) toma gran incremento y se constituye en brazo y nervio de la protesta.
Miguel de Unamuno Jugo, uno de los más encarnizados enemigos de la Dictadura, es destituido y confinado. Desde su posterior destierro en Francia mantiene un duro combate, que tiene gran resonancia en los medios intelectuales de la época. Paradójicamente, Primo de Rivera es investido doctor honoris causa *por la Universidad salmantina.*

Telegraph and Telephone Company), de la venta de gasolina (concedido a CAMPSA [19], un grupo de bancos), o de tabaco en Marruecos (vendido al millonario mallorquín Juan March), especialmente cuando la consecuencia del monopolio de la gasolina era hacer depender al país del petróleo ruso.
La Asamblea Nacional consultiva nombrada por Primo redactó una nueva Constitución, en la que se combinaban los elementos elegidos con los corporativos. Los primeros molestaron a las derechas y los segundos fueron rechazados por los liberales y las izquierdas. Al rey tampoco le gustó un sistema que le hacía compartir sus poderes de destitución con una copia española del Gran Consejo Fascista de Mussolini. O sea, que este proyecto no señaló el camino del retorno a la «normalidad», como esperaba el dictador. Cuando abolió la censura de prensa, recibió una lluvia de críticas. Los estudiantes se le opusieron enconadamente. Hubo dos pronunciamientos contra él, que fracasaron, en Valencia y Andalucía, uno dirigido por un político conservador de setenta años de edad, Sánchez Guerra, y el otro por el ambicioso y joven general Goded, que había sido jefe de estado mayor del victorioso general Sanjurjo en la campaña marroquí. Parecía que había vuelto a empezar la era de

[19] Compañía Arrendataria del Monopolio del Petróleo, S. A.

los pronunciamientos. Cayó la peseta, y la crisis de 1929 provocó el hundimiento de varios de los grandiosos proyectos financieros presentados por Calvo Sotelo. La llegada de los cines y las radios y la extensión del uso del teléfono y del automóvil aumentaron las expectativas populares, particularmente los cines, más numerosos en España que en Francia en 1930. Finalmente, deseando que le tranquilizaran, Primo dio el curioso paso de enviar un telegrama a todos los capitanes generales de España, pidiéndoles que averiguaran si los oficiales más antiguos todavía le apoyaban. Ellos contestaron hablando de su lealtad al monarca; pocos fueron los que mencionaron al dictador. El rey dijo a Primo que no era jefe del gobierno en virtud del apoyo del ejército, sino por real orden. De todos modos ahora Alfonso pensaba que el salvador de España podía ser él mismo, y dejó bien claro que confiaba en que Primo se retirara. Y así lo hizo. «Y ahora —dijo el dictador en el último de sus famosos comunicados— a descansar un poco [...]. ¡Dos mil trescientos veintiséis días seguidos de inquietud, de responsabilidad, de trabajo!» [20]. Se fue de España, y unos meses después murió en el Hotel Pont Royal, de París, solo y sintiéndose desgraciado. Tenía sólo sesenta años.

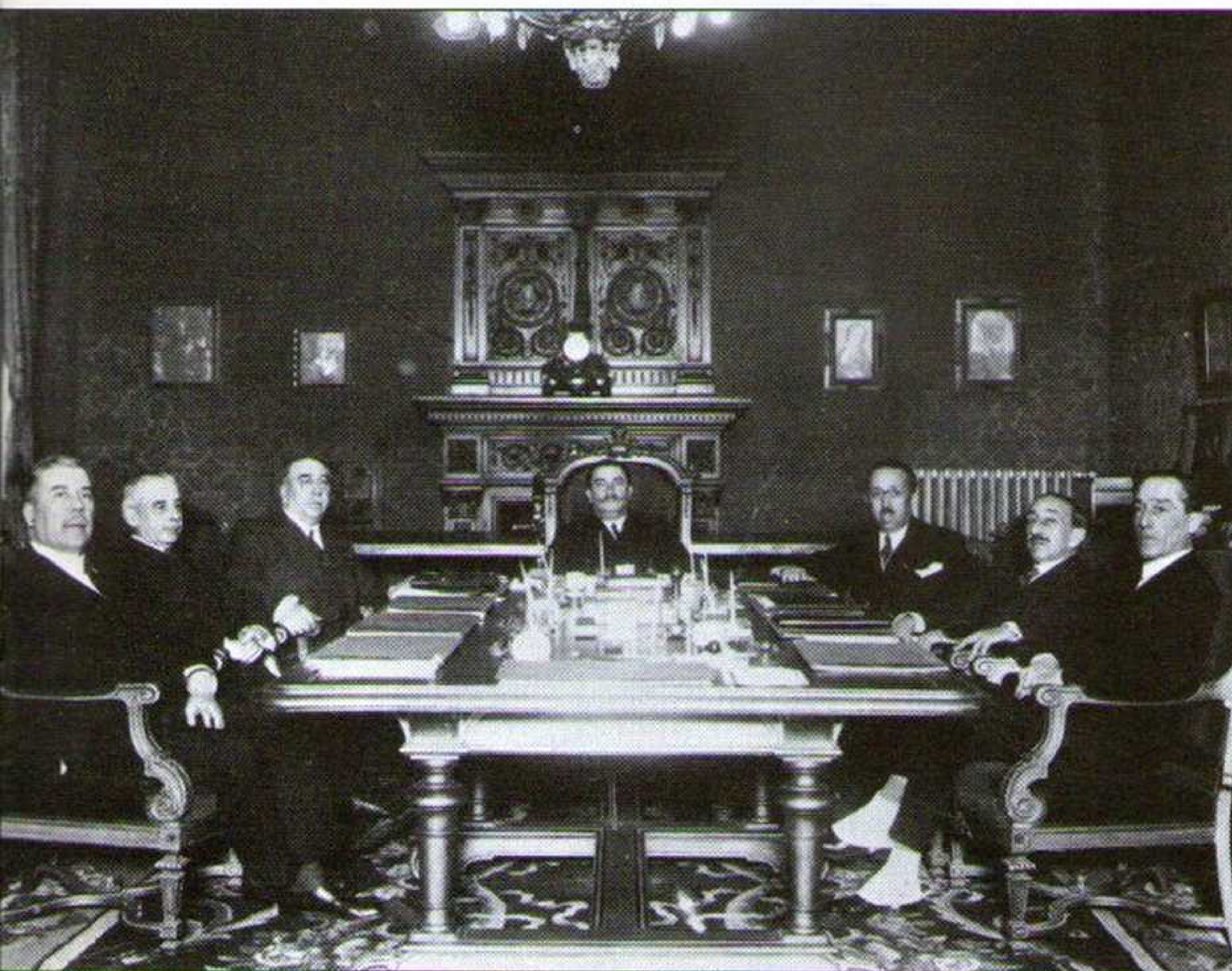
Fin de la Monarquía

No dejó tras él la base para un régimen. Durante un tiempo, el rey intentó gobernar como había gobernado Primo, con un directorio de ministros presididos por el general Berenguer, que había sido un

[20] Comunicado reproducido en Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII...* (Barcelona, 1966), pp. 34-35.



(Efe.)



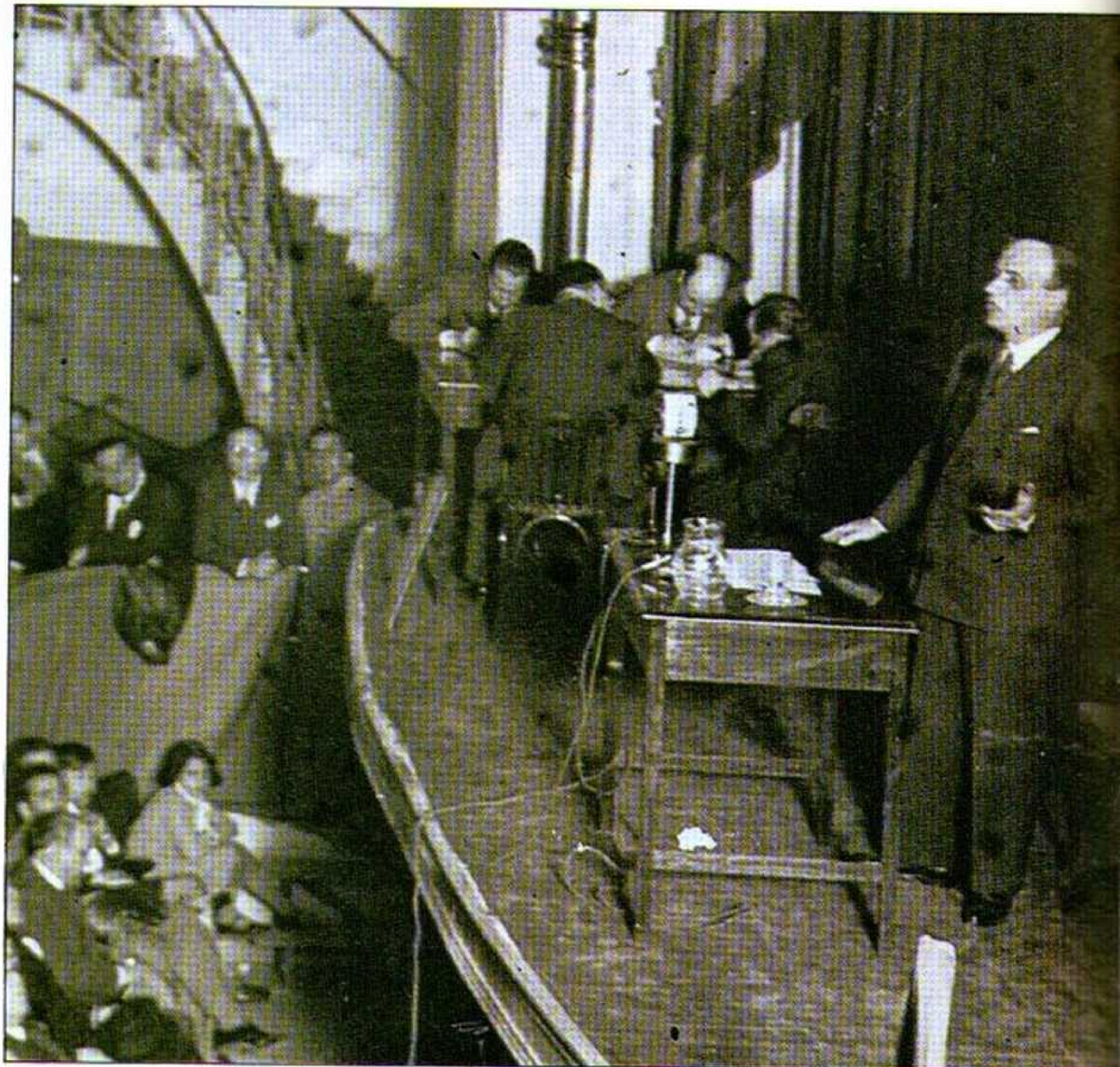
(Efe.)

En 1923, el líder sindicalista Salvador Seguí (arriba), llamado «el Noi del Sucre», había sido abatido en las calles barcelonesas por unos pistoleros. Su desaparición pudiera ser una de las causas por las cuales el movimiento anarcosindicalista, pasado el trauma de la Dictadura, vaya a resurgir por vías de violencia y terrorismo. De vivir Salvador Seguí, ¿hubiese ocurrido lo mismo?

Tras la dimisión de Primo de Rivera, el rey encarga al general Dámaso Berenguer la formación de un nuevo gobierno (a la izquierda).

(Jack Novak.)

Perdida la brújula y aquejada de flaqueza, la Monarquía camina hacia el ocaso. El 18 de febrero de 1931, el gobierno Berenguer es sustituido por otro, que preside el almirante Juan Bautista Aznar. Este gobierno (arriba) de concentración monárquica, del cual forman parte, de izquierda a derecha, y de pie, el duque de Maura, el marqués de Hoyos, Ventosa y Calvell, Bugallal y Gascón y Marín, y sentados, el conde de Romanones, el almirante Aznar, Dámaso Berenguer, el marqués de Alhucemas, el almirante Rivera y La Cierva, va a ser el último gabinete real.
José Ortega y Gasset, catedrático de Metafísica, director de la Revista de Occidente, *a quien vemos pronunciando una conferencia (derecha), funda en febrero de 1931, con Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala, la Agrupación al Servicio de la República. Con anterioridad, el 15 de noviembre, ha publicado en* El Sol *un artículo, que tiene gran resonancia, titulado «El error Berenguer», que termina con estas frases: «¡Españoles, vuestro Estado no existe! ¡Reconstruidlo!* Delenda est Monarchia.»



(Pyresa.)

alto comisario en Marruecos, competente y honrado, pero que no era político. De todos modos, reimplantar en España la Constitución de 1876, como deseaba el rey, habría sido una prueba para el más hábil estadista. El propio Berenguer decía que se había hecho cargo del poder cuando España era como «una botella de champaña que se destapa» [21]. Los sentimientos republicanos se extendían por el país. Muchos oficiales del ejército, además de los restos de la Unión Patriótica de Primo, pensaban que el rey se había comportado deshonrosamente al aceptar la dimisión del dictador. Otros eran ahora republicanos impenitentes. La Iglesia tenía una postura ambigua; algunas de sus principales figuras (siguiendo el talante todavía wilsoniano del papa Pío XI) deseaban que se estableciera un sistema democrático, si era posible. Otros eclesiásticos eran más oportunistas. Ni la burguesía ni las clases trabajadoras tenían nada que esperar de una continuación de la monarquía. El rey, sin embargo, no estaba preparado para iniciar una dictadura real de tipo balcánico, y el general Berenguer no se decidía a convocar elecciones. En el verano de 1930, en el balneario veraniego de San Sebastián, se firmó un pacto entre varios políticos e intelectuales republicanos, los socialistas y los defensores del nacionalismo catalán. Los primeros concedían autonomía a los catalanes que, a su vez, accedían a apoyar los planes republicanos. En Madrid, tres eminentes intelectuales, el doctor Gregorio Marañón, Ortega y Gasset y el novelista Ramón Pérez de Ayala, constituyeron el movimiento «Al servicio de la República». Ortega (cuyas elocuentes críticas anteriores al parlamento habían ayudado a Primo de Rivera) escribió un famoso artículo en el que declaraba: «¡Españoles, vuestro Estado no existe! ¡Reconstruidlo! *Delenda est Monarchia*» [22]. Y, lo que es más importante, numerosos oficiales descontentos apoyaban a los rebeldes, e incluso los anarquistas, reprimidos pero vivos, habían llegado a simpatizar con los oponentes burgueses del rey. Para diciembre se había preparado un pronunciamiento. Los conspiradores hicieron circular el siguiente manifiesto: «Surge de las entrañas sociales un profundo clamor popular que demanda justicia, y un impulso que nos mueve a procurarla. Puestas sus esperanzas en la República, el pueblo está ya en medio de la calle. Para servirle, hemos querido tramitar la demanda por los procedimientos de la ley, y se nos ha cerrado el camino: cuando pedíamos justicia, se nos arrebató la libertad; cuando hemos pedido libertad, se nos ha ofrecido una concesión, unas Cortes amañadas, como las que fueron barridas; resultantes de un sufragio falsificado, convocadas por un gobierno de dictadura, instrumento de un rey que ha violado la Constitución y realizadas con la colaboración de un caciquismo omnipotente [...]. No nos apasiona la emoción de la violencia culminante, el dramatismo de una revolución; pero el dolor del pueblo y las angustias del país nos emocionan profundamente. La revolución será siempre un crimen o una locura, dondequiera que prevalezcan la justicia y el derecho; pero es justicia y es derecho donde prevalece la tiranía.»

[21] Emilio Mola, *Obras Completas* (Valladolid, 1940), p. 231.
[22] *El Sol*, 15 de noviembre de 1930.



(Salmer.)

RAMON FRANCO BAHAMONDE (El Ferrol, La Coruña, 1896-1938)

Siguió, como sus otros hermanos, la carrera militar, aunque de Infantería (Regulares) pasó al Servicio de Aeronáutica Militar, que abría posibilidades a la curiosidad y a la aventura. Como piloto militar se inició en la guerra de Marruecos, apoyando con frecuencia desde el aire a las tropas que mandaba su hermano Francisco, como en el famoso desembarco de Alhucemas, efectuado en 1925. A Ramón Franco, probablemente tanto como la guerra y la milicia, le atraía la aventura. La más famosa, la que lo convirtió en héroe nacional de aquellos años, fue el vuelo del Plus Ultra, **un hidroavión Dornier, reforzado y adaptado, con el que, entre el 22 de enero y el 10 de febrero de 1926, recorrió 10.120 kilómetros en siete etapas y 66 horas y 44 minutos de vuelo. Le acompañaron en su hazaña el piloto observador capitán Julio Ruiz de Alda, amigo y entrañable compañero, y Juan Durán González, de la Aeronáutica Naval; como mecánico llevaban al fiel Pablo Rada. Extrovertido, mujeriego, juerguista, improvisador, aficionado al juego, Ramón Franco fue, de todos los hermanos, el más opuesto a Francisco. Agasajado por el rey y condecorado por su vuelo transoceánico, se enfrentó después con la dictadura de Primo de Rivera, y más adelante participaría en diversas intentonas para derribar la monarquía. Fue detenido varias veces; en**

octubre de 1930, el mismo día en que, en Barcelona, detenían a Pestaña y Companys, él era enviado a prisiones militares, de las que no tardó ni mes y medio en evadirse. Bajo la «Dictablanda» del general Berenguer fue uno de los más activos organizadores de la Asociación Militar Republicana. En diciembre de 1930, en mal coordinada cooperación con la sublevación de Galán y García Hernández en Jaca, que acababan de ser fusilados, Ramón Franco y otros aviadores, dirigidos por el general Queipo de Llano, protagonizaron una intentona en el aeródromo de Cuatro Vientos. Pretendían, al parecer, bombardear el palacio de Oriente, pero desistieron de su intento, huyendo a Portugal con los altos dirigentes, y, de allí, a París. El exilio fue corto, pues el 16 de abril de 1931, a los dos días de la proclamación de la República, Ramón Franco, junto con su mecánico Rada, regresó de París.
Nombrado director general de Aviación, parece que se dedicó a preparar una intentona de sublevación, con apoyo de elementos anarquistas, contra la recién nacida República. Por ello fue destituido y sancionado, siendo ministro de la Guerra el propio Azaña, que vio claramente en Ramón Franco más al aventurero que al militar. La intervención de Sanjurjo, por entonces director de la Guardia Civil, frustró el proyecto. Candidato en las elecciones a Cortes Constituyentes, fue diputado por Barcelona, aunque el centro de sus actividades, teñidas del máximo radicalismo, siguió siendo Sevilla, donde, según algunos autores, no fue ajeno a la sublevación anarquista de junio-julio de 1931. Catador de todas las salsas políticas, pasó por el federalismo, la masonería, el anarquismo e incluso por algún que otro grupúsculo de inspiración, aunque no de ortodoxia, comunista.
Posteriormente fue nombrado agregado aéreo a la embajada de España en Washington. Pero el hombre que desde las páginas del periódico anarquista *Solidaridad Obrera* de Barcelona hacía en 1931 llamamientos a la dinamita y al antimilitarismo más exacerbado, parece que hacia 1934 había calmado bastante sus ardores revolucionarios. Aguardó varios meses, a la espera sin duda del rumbo de los acontecimientos, para dejar la agregaduría aérea en Estados Unidos y marchar a Portugal. En noviembre de 1936 se publicaron en Milán declaraciones suyas negando rotundamente que su hermano, que se perfilaba ya como figura clave de los insurrectos, fuera a restaurar la monarquía. Ramón Franco entró inmediatamente en España, y su hermano le destinó a la base aérea de Pollensa, primero, y a la jefatura de la de



Estos republicanos no sólo se oponían a la idea de que un solo hombre, ni aun siendo un Borbón, pudiera destituir y nombrar a un jefe de gobierno, sino que además veían en la idea de la abolición de la monarquía un paso hacia la modernización de España.
La secuela de acontecimientos fue rápida. En primer lugar, la guarnición de Jaca, en Aragón, en las estribaciones de los Pirineos, se alzó contra la monarquía, dirigida por dos oficiales jóvenes y entusiastas, el capitán Fermín Galán y el teniente García Hernández, antes de que dieran la señal los conspiradores del resto de España. Los dos oficiales, hechos prisioneros cuando avanzaban con sus soldados en dirección a Zaragoza, fueron fusilados por rebelión. La indignación ante estas ejecuciones fue grande. El movimiento fracasó en los demás sitios. Un joven capitán de aviación, Ramón Franco (héroe nacional porque había volado hasta Buenos Aires en el *Plus Ultra,* atravesando el Atlántico sur por primera vez), despegó para bombardear el palacio real, vaciló, y en vez de hacerlo, arrojó folletos y luego huyó a Portugal. Los firmantes del

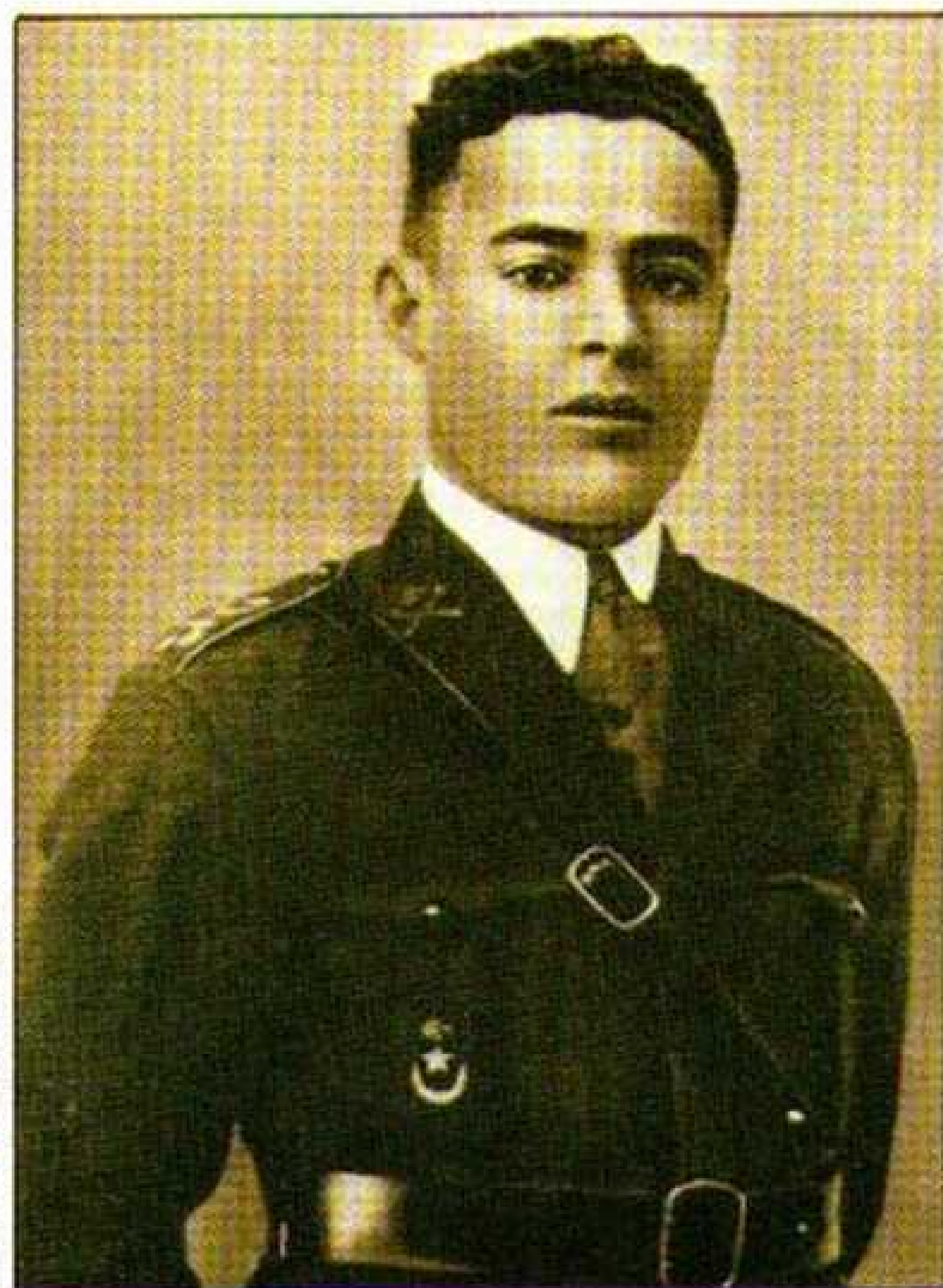
Mallorca más tarde. Participó con sus aparatos en numerosos bombardeos sobre ciudades mediterráneas. En octubre de 1938, su hidroavión se perdió en el mar. Los cadáveres aparecieron en las inmediaciones de cabo Formentor. Hasta el papa Pío XI testimonió a Franco su condolencia por la muerte del antiguo revolucionario y feroz anticlerical. Su hermano, aunque momentáneamente afectado por su muerte, no dejó nunca de considerarle un «chico descarriado». Todavía en 1964 opinaba así: «Exactamente no sé si era comunista o anarquista, pero para el caso es lo mismo. Su actuación, para mi madre y para mí, no pudo ser más desagradable, pero en nada teníamos culpa de ello...»



(Alfonso. Madrid.)

Fracasada la sublevación de Jaca, se inicia en Madrid la que se llamará de Cuatro Vientos porque el general Queipo de Llano y unos aviadores se apoderan por sorpresa del aeródromo militar de este nombre. La UGT no ha ido a la huelga general ni algunos generales que debían sublevarse en provincias lo han hecho. Ramón Franco sobrevuela Madrid con el propósito de bombardear el palacio real; según él, no se decide a arrojar las bombas a causa de que alrededor del edificio juegan niños. Parece que el propio Alfonso XIII ve desde una ventana las evoluciones del aparato. Arroja unas octavillas y regresa a Cuatro Vientos. El, Queipo y los principales comprometidos huyen a Portugal.

Pacto de San Sebastián fueron arrestados. Cuando les juzgaron, se defendieron diciendo que el rey había violado la Constitución al aceptar la dictadura de Primo de Rivera. La reputación de los republicanos aumentó desde sus celdas, donde recibían muchas visitas. Se fundaron varios pequeños partidos para despertar entusiasmo en favor de la monarquía, pero no lo consiguieron. La Unión Patriótica de Primo de Rivera se convirtió en la Unión Monárquica, pero defendía la memoria del dictador, no el futuro del rey. El general Berenguer ofreció unas elecciones. La idea fue rechazada por considerársela insincera y el general, enfermo, dimitió encantado. Después de negociar sin éxito con los políticos, el rey nombró jefe de gobierno a otro militar, el almirante Aznar, que era desconocido e inexperto. El almirante y el rey decidieron poner a prueba a la opinión pública convocando elecciones municipales, no generales, para abril. En el ínterin, los violentos disturbios estudiantiles obligaron a la guardia civil a ponerse a la defensiva.
Estas elecciones se celebraron en una atmósfera exuberante y ad-


(Serv. Histórico Militar.)


(Serv. Histórico Militar.)

Cumpliendo la sentencia dictada por un juicio sumarísimo, el 15 de diciembre de 1930 son fusilados los capitanes Fermín Galán (arriba) y Angel García Hernández (grabado inferior). Galán, auténtica cabeza de la disparatada sublevación de Jaca, es un buen oficial que se ha distinguido en Marruecos mandando fuerzas de policía indígena y de la Legión. Hombre de ideas avanzadas, confusas y un tanto utópicas, había sufrido prisión por haber intervenido en la «Sanjuanada». Tres días antes de su fusilamiento aparecía su firma al pie de un bando en el cual se amenazaba con la misma pena a quien se opusiera a la «República naciente».

quirieron el carácter de un plebiscito. En todo el país aspirantes a políticos de todo tipo celebraron enormes mítines. Cuando el 12 de abril empezaron a conocerse los resultados finales de las urnas, quedó claro que, en todas las ciudades grandes de España, los candidatos que apoyaban a la monarquía habían sido derrotados. La cantidad de votos republicanos en Madrid y Barcelona (que entonces tenían poblaciones de 950.000 y un millón de habitantes, respectivamente [23]) fue enorme. En el campo, la monarquía ganó suficientes escaños para asegurarse una mayoría en el conjunto del país. Pero era evidente que allí los caciques tenían tanta fuerza que podían impedir que la votación fuera sincera [24]. Se proclamó la República en varios sitios, el primero de los cuales fue Eibar, en el País Vasco. La tarde del 14 de abril las multitudes inundaron las calles de Madrid. El comandante de la guardia civil, el general Sanjurjo, informó al rey que el cuerpo no defendería a la monarquía [25]. El gobierno, estupefacto e intimidado, sugirió al rey que aceptara el consejo de los líderes republicanos de abandonar la capital «antes de ponerse el sol» para evitar el derramamiento de sangre. Sólo quería resistir un ministro, Juan de la Cierva (el ministro de la Gobernación en la época de la «Semana Trágica», en 1909). Si el rey lo hubiera hecho, tal vez habría triunfado en Madrid, pero se habría encontrado con las capitales de provincia dispuestas a luchar. Podría haber estallado una guerra civil en aquel momento. Por consiguiente, después de algunas vacilaciones, Alfonso hizo una declaración de tono muy digno:
«Las elecciones celebradas el domingo, me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo [...]. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero, resueltamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro, en fratricida guerra civil [...]. Y mientras habla la nación, suspendo deliberadamente el ejercicio del poder real.»
Con estas graves y sibilinas palabras, el rey se fue de Madrid a la costa y de ahí al exilio.

El experimento de monarquía constitucional intentado entre 1874 y 1923 fracasó porque era un montaje político defensivo llevado a la práctica como reacción contra la confusión revolucionaria de 1868-1874. Al principio, sus estadistas pudieron contar con el ansia de vivir que afecta incluso a los pobres, después de un cataclismo. Se presentó de nuevo la turbulencia, y Primo de Rivera no pudo volver a contar con ese talante conservador durante un tiempo. El creía también que la modernización de España sólo podría produ-

[23] Las poblaciones de otras grandes ciudades españolas en 1931 eran: Valencia, 320.000; Sevilla, 229.000; Zaragoza, 175.000; Málaga, 190.000, y Bilbao, 160.000.

[24] Las cifras definitivas no llegaron a publicarse, y probablemente ni siquiera se computaron. El 14 de abril por la tarde habían sido elegidos 29.953 monárquicos y 8.855 miembros de partidos republicanos. Quedaban por elegir unos 40.000 concejales. El 5 de abril ya habían sido elegidos 29.804 concejales en sitios donde los candidatos no tenían oposición. La inmensa mayoría eran monárquicos —8 a 1, según Ben-Ami, cuyo relato es el mejor— (véase S. Ben-Ami, *The Origins of the Second Republic*, tesis de Oxford, 1974).

[25] Véase más adelante. Franco le reprochaba esto a Sanjurjo, creyendo que éste había ofrecido un consejo motivado por resentimientos.

(Radio Times Hulton Picture Library.)

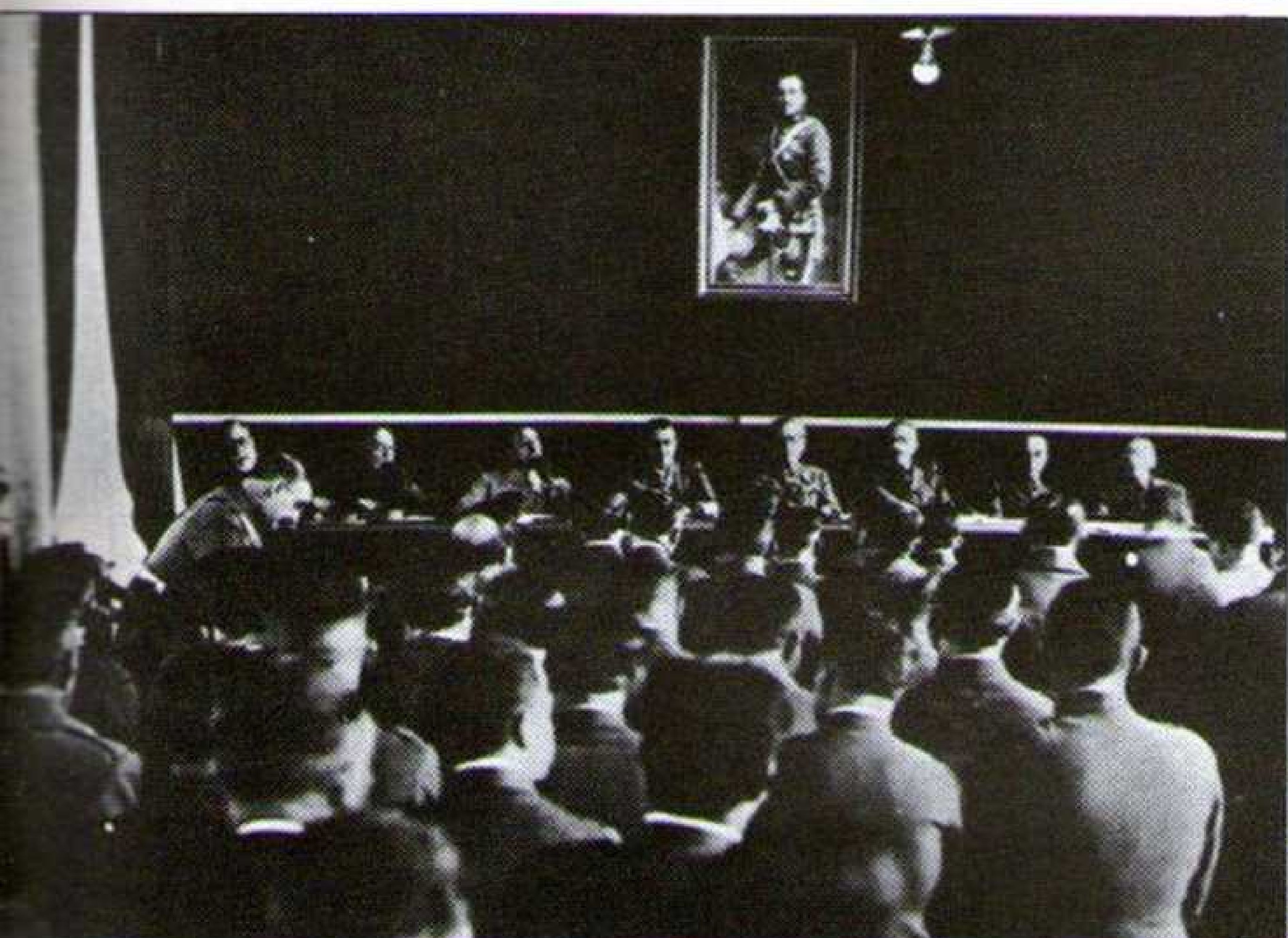
(Photo Research Int.)

(Keystone.)





(Efe.)





(Photo Research Int.)





(Photo Research Int.)

Información gráfica sobre la sublevación de Jaca. De izquierda a derecha y de arriba abajo: rendición de tropas rebeldes. Fuerzas leales que han participado en la acción de Cillas. Consejo de guerra ordinario contra los sublevados (vocal del mismo es el general Franco, tercero por la izquierda), pero este tribunal es distinto al que en juicio sumarísimo ha condenado a muerte a Galán y García Hernández. Procesados en el segundo consejo. La República ya tiene sus mártires. En las fotos de abajo, la representación de la obra Fermín Galán *(a la izquierda) y una plaza (derecha), bautizada también con el nombre del capitán fusilado.*



(Keystone.)

El Sol

ESPAÑA OPINA EN EL PLEITO POLITICO

La afirmación categórica del pueblo determina acontecimientos de excepcional importancia que se desarrollan rápidamente

ESTA TARDE QUEDARA PROCLAMADA LA REPUBLICA EN ESPAÑA

TRASCENDENTAL MOMENTO HISTORICO

El jefe del Gobierno, al salir de Palacio, afirma que el Rey consultará a los constitucionalistas

En el Consejo de anoche, el Gobierno acordó plantear la crisis total

LA BANDERA TRICOLOR

En el Ayuntamiento de Madrid se ha proclamado esta tarde la República con gran entusiasmo

Y se ha guardado un minuto de silencio a la memoria de los héroes de Jaca

EL GOBIERNO PROVISIONAL, EN FUNCIONES

El conde de Romanones conferencia con el Sr. Alcalá Zamora, y éste aconseja rapidez en la solución del pleito pendiente

(Arch. B. M. Patino.)

cirse bajo un sistema autoritario. Los años siguientes, particularmente después de la huida del rey, volverían a ser tumultuosos, a pesar de que empezaron con mucho orden. De manera que muchos llegaron a creer que podía continuarse la obra de Primo de Rivera, de una forma mejor regulada; mientras que otros también buscaban la autoridad, porque temían al futuro. De momento, sin embargo, el destino de España estaba en manos de los partidarios del cambio y de las oportunidades que éste ofrecía.

3

El advenimiento de la Segunda República

«Esta España joven e impulsiva ha alcanzado, por fin, la mayoría de edad», exclamaron jubilosos los republicanos en 1931: un comentario curioso sobre una de las naciones-estado más antiguas, que ya había visto fracasar muchos intentos de regeneración. La República era otro de estos intentos. Al principio, fue prometedora. Al fin y al cabo, la Monarquía había sido derrocada sin derramamiento de sangre. El nuevo gobierno ocupó los ministerios de Madrid con toda tranquilidad.

Alcalá Zamora

El primer jefe de gobierno de la República fue Niceto Alcalá Zamora, un abogado de Andalucía, con el florido estilo de elocuencia típico de esa región. Cordial, honesto, erudito y confiado, Alcalá Zamora era también vanidoso y entrometido, y, aunque en Madrid parecía amar la libertad más que la vida, en Priego, su pueblo natal allá en el sur, parecía la encarnación del cacique de los viejos tiempos. Después de haber sido ministro del rey antes de la dictadura de Primo de Rivera, fue presidente del comité revolucionario creado en San Sebastián. Tanto él como otros miembros de su gobierno fueron fervientemente aclamados por la enardecida multitud mientras atravesaban lentamente en automóvil las calles de Madrid en dirección al ministerio de la Gobernación. Don Niceto, y asimismo Miguel Maura [1], nombrado ministro de la Gobernación, y, por consiguiente, responsable directo del mantenimiento del orden en el país, eran católicos. Así pues, se les podía considerar como un símbolo de la aceptación del fin de la Monarquía, al menos por una parte de la Iglesia. Al fin y al cabo, ¿no se rumoreaba que «los curas de pueblo habían votado por la República» en las famosas elecciones municipales? (Aunque el alcalde de una pequeña población había telegrafiado al ministerio de la Gobernación: «Nos hemos declarado a favor de la República. ¿Qué hacemos con el cura?»)

Los radicales

Los otros miembros del primer gobierno de la República eran anticlericales, cuando no ateos. Había dos miembros del Partido Radical que habían alcanzado gran notoriedad en Barcelona en los pri-

[1] Hijo de Antonio Maura y hermano del duque de Maura, que había sido miembro del último gobierno del rey hasta el 14 de abril. Miguel fue considerado la oveja negra de esta notable familia católica de origen judío hasta que su sobrina Constancia de la Mora y Maura se casó con el destacado aviador republicano Hidalgo de Cisneros, y se hizo comunista. Ver su relato del cambio de régimen en *Así cayó Alfonso XIII*... En la p. 212 y ss. da una impresión favorable de Alcalá Zamora. Véase Juan Tomás Valverde, *Memorias de un alcalde* (Madrid, 1961), para lo referente a su papel de cacique.

A finales de marzo de 1931, los componentes del Comité Revolucionario son puestos en libertad. En la página anterior, arriba, Miguel Maura y Largo Caballero salen de la cárcel: a este último le abraza un entusiasta. Entre ambos está Wenceslao Carrillo.
Alfonso XIII, exiliado, llega a París: nunca regresará a España (página anterior, abajo, a la izquierda).
Primera página de El Sol *el día de la proclamación de la República (página anterior, abajo, a la derecha).*
Igual que el 14 de abril el himno que más se canta en las ciudades es La Marsellesa *(olvidando que se trata del himno nacional de un país extranjero), la República se simboliza a la manera de la* Marianne. *La postal (en esta página), probablemente editada en Barcelona, lleva, además de la bandera tricolor, la catalana, y un triángulo masónico.*

(Pyresa.)



(Col. J. M. Armero.)

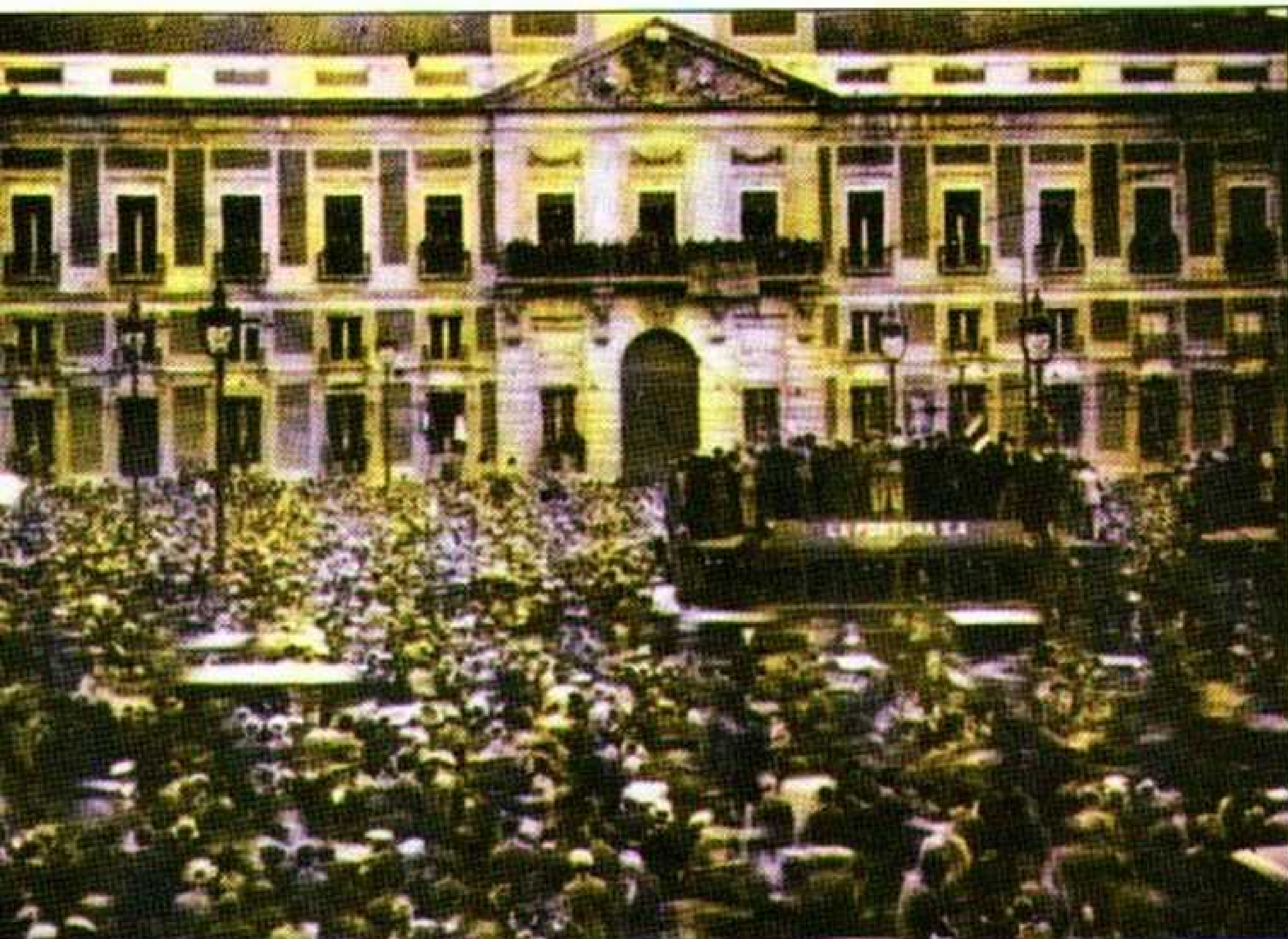
Al proclamarse la República, un movimiento de alegría esperanzada sacude a España de punta a punta. Caricatura de Miguel Maura, ministro de la Gobernación y hermano de uno de los ministros monárquicos dimisionarios. La Puerta del Sol en la ilusionada tarde del 14 de abril (abajo, a la izquierda). Alcalá Zamora (abajo, a la derecha) va a dirigir la palabra al público. Junto a él Azaña, Unamuno, Marañón; puede identificarse también, entre otros, a Martínez Barrio, la frente de Lerroux, el colodrillo de Indalecio Prieto...

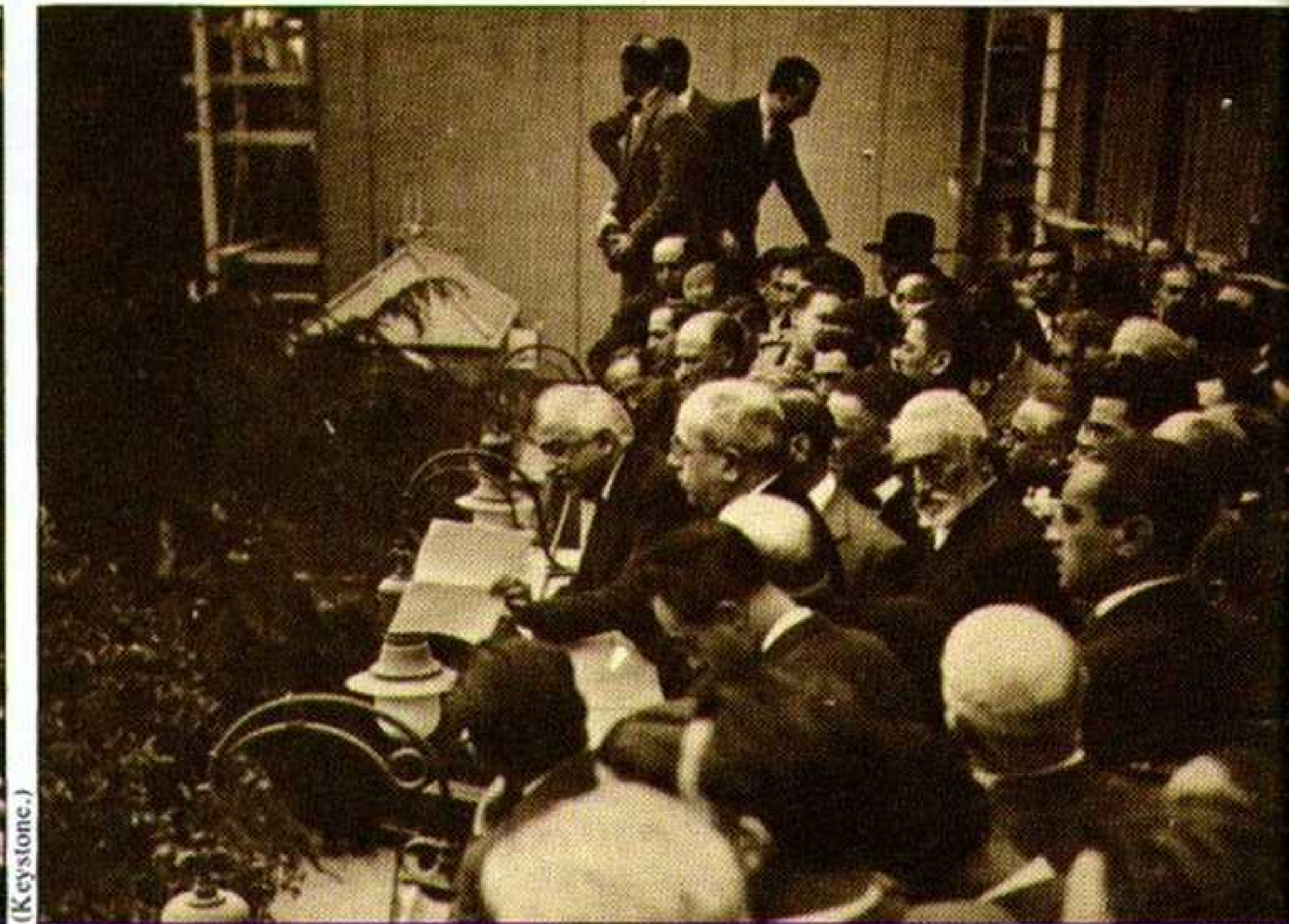

(Pyresa.)

meros años del siglo. En primer lugar, Alejandro Lerroux, hijo de un veterinario andaluz, fundador del Partido Radical y conocido en los años 90 como «el emperador del Paralelo» (barrio de mala nota de Barcelona en dicha época), era, a sus sesenta y siete años, ministro de Estado de la República. La edad había enfriado las pasiones de aquel corrompido demagogo. Dispuesto a dejarse sobornar por casi cualquier gobierno o a sobornar a casi cualquier respaldador potencial, enriquecido por sus negocios, ya no era el hombre que en 1905 incitaba a sus partidarios de los suburbios de Barcelona a alzarse contra sus patronos y contra la Iglesia: «Jóvenes bárbaros de hoy: entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura; destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie [...]. ¡Luchad, matad, morid!» [2]. Ahora Lerroux era un orador, periodista y político experto, simpático e incluso afectuoso con sus amigos, diplomático, siempre buscando el compromiso, y rápido (aunque sólo fuera porque siempre tenía prisas para llegar al teatro o a un banquete). Su partido se había dividido: muchos de los que habían sido radicales en 1910 se habían convertido en socialistas o anarquistas. Lerroux ya no era un revolucionario, los radicales no eran radicales, y casi nadie se acordaba siquiera de los tiempos en que se decía que «un lerrouxista sin su pistola es como un católico sin su rosario». Sin embargo, su inclusión en el gobierno, con su moderado lugarteniente, Diego Martínez Barrio, un jefe masónico de Sevilla [3], produjo cierta ansiedad, no por innecesaria menos real, en la jerarquía eclesiástica española. Pocos años más tarde, un diputado católico resumiría al Partido Radical diciendo que era como un viaje en barco: «gente de todas las edades, de todas las condiciones, de las más

[2] *La Rebeldía*, de 1 de septiembre de 1906, citado en *Historia de la Cruzada Española* (ed. Joaquín Arrarás) (Madrid, 1940-1943), vol. I, p. 44. (En adelante me referiré a *Cruzada;* las referencias remiten a páginas, no a volúmenes.) «Jóvenes bárbaros» era el sobrenombre del movimiento juvenil radical.

[3] Presidente de las Cortes en 1936.




(Keystone.)


(Efe.)


(Efe.)

diversas ideologías, de los tipos más distintos; unidas sólo para viajar» [4].

Los republicanos

Sin embargo, en el primer gabinete de la Segunda República había un grupo de políticos anticlericales más temibles que estos radicales. Eran hombres de la clase media o que ejercían profesiones liberales, y, al igual que otros miles de hombres como ellos, eran los herederos de los reformadores liberales de la España del siglo XIX. Eran los hombres de la Constitución de Cádiz de 1812, que llevaban cien años intentando limitar el poder de las órdenes religiosas, de los latifundistas, y evitar restricciones a la libertad mercantil. Eran hombres cuya actitud intelectual se había formado, directa o indirectamente, en la Institución Libre de Enseñanza, fundada durante la Restauración como una universidad libre y librepensadora, como una escuela ilustrada, por un grupo de profesores universitarios que se habían negado a prestar el juramento de lealtad «a la Iglesia, a la Corona y a la Dinastía» y que, por esta causa, habían sido privados de sus cátedras [5].

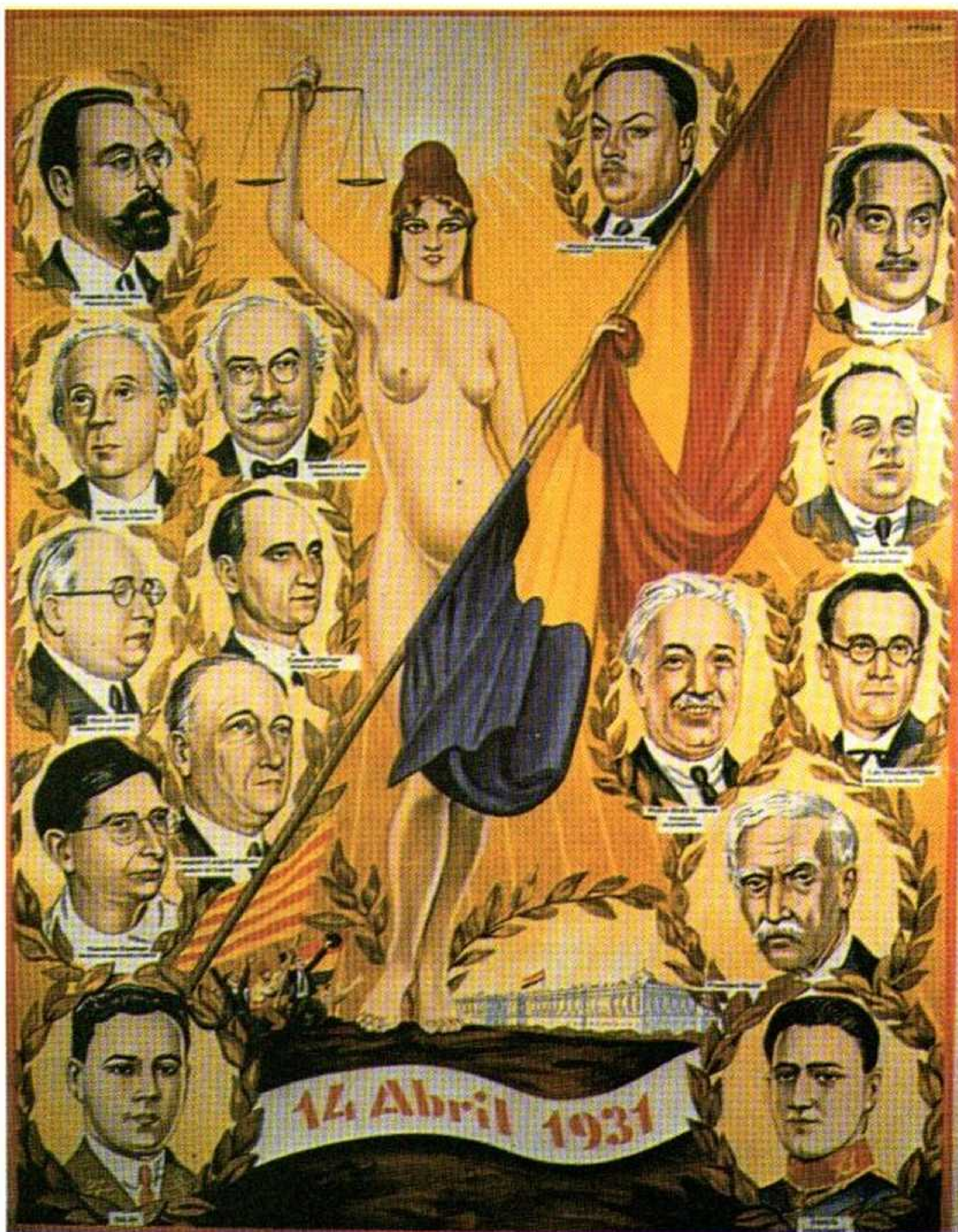
La Institución Libre de Enseñanza

La postura mental inculcada por la Institución Libre derivaba en parte de su admiración por la tolerancia inglesa, y en parte del panteísmo idealista del filósofo alemán Karl Krause, a cuyas clases había asistido en Berlín el primer director de los profesores disidentes, Sanz del Río. Al principio la Institución fue apolítica. Pero en la historia de España todavía no ha habido ni un período en el que el hecho de hacer profesión de libertad de pensamiento haya sido

La llegada de la República supone una casi total renovación de los hombres políticos. Sólo unos pocos —y el presidente del gobierno provisional, que después lo será de la República, es uno de ellos— proceden del antiguo régimen. Con sus virtudes personales y de neófito del republicanismo, Alcalá Zamora aportará muchos de los defectos, astucias y mañas de sus antiguas experiencias. La mayor parte de los que ocupan cargos importantes en los ministerios, las Cortes o en la dirección de los partidos se estrenan en el arte de gobernar, y lo harán con mejor o peor tino y mesura y distintos grados de capacidad y buena fe. Entre ellos hay intelectuales de mérito y de menos mérito, y un amplio abanico de talantes y temperamentos, con la consiguiente carga de proyectos, propósitos, planes, esperanzas, utopías y ambiciones. En su diario, Azaña emite juicios certeros sobre muchos de ellos, aunque en algunos casos quizá pequen de exceso de severidad.
A la izquierda, Victoria Kent sentada entre Albornoz y Alcalá Zamora. De pie, un desconocido, Largo Caballero, Maura, Sánchez Román, la esposa y, se supone, la cuñada de Alvarez del Vayo, junto con este último.
Más personajes en la fotografía de la derecha: Martínez Barrio, político radical, con los socialistas Fernando de los Ríos y Julián Besteiro.

(Photo Research Int.)

[4] Jesús Pabón, *Palabras en la oposición* (Sevilla, 1935), p. 196.
[5] Véase Vicente Cacho Viu, *La Institución Libre de Enseñanza* (Madrid, 1962).



(Salmer.)

Con parecidos que sólo de leves merecen calificarse, se representa en esta composición alegórica a los miembros del gobierno provisional, a Francisco Macià, presidente de la Generalitat, y además a Galán y García Hernández. A los componentes de este gobierno el pueblo español les ha extendido un cheque en blanco. A la derecha, otra interpretación alegórica, vagamente orientalizante, pero de muy superior factura, de la naciente República. El gorro frigio se combina con la corona mural.



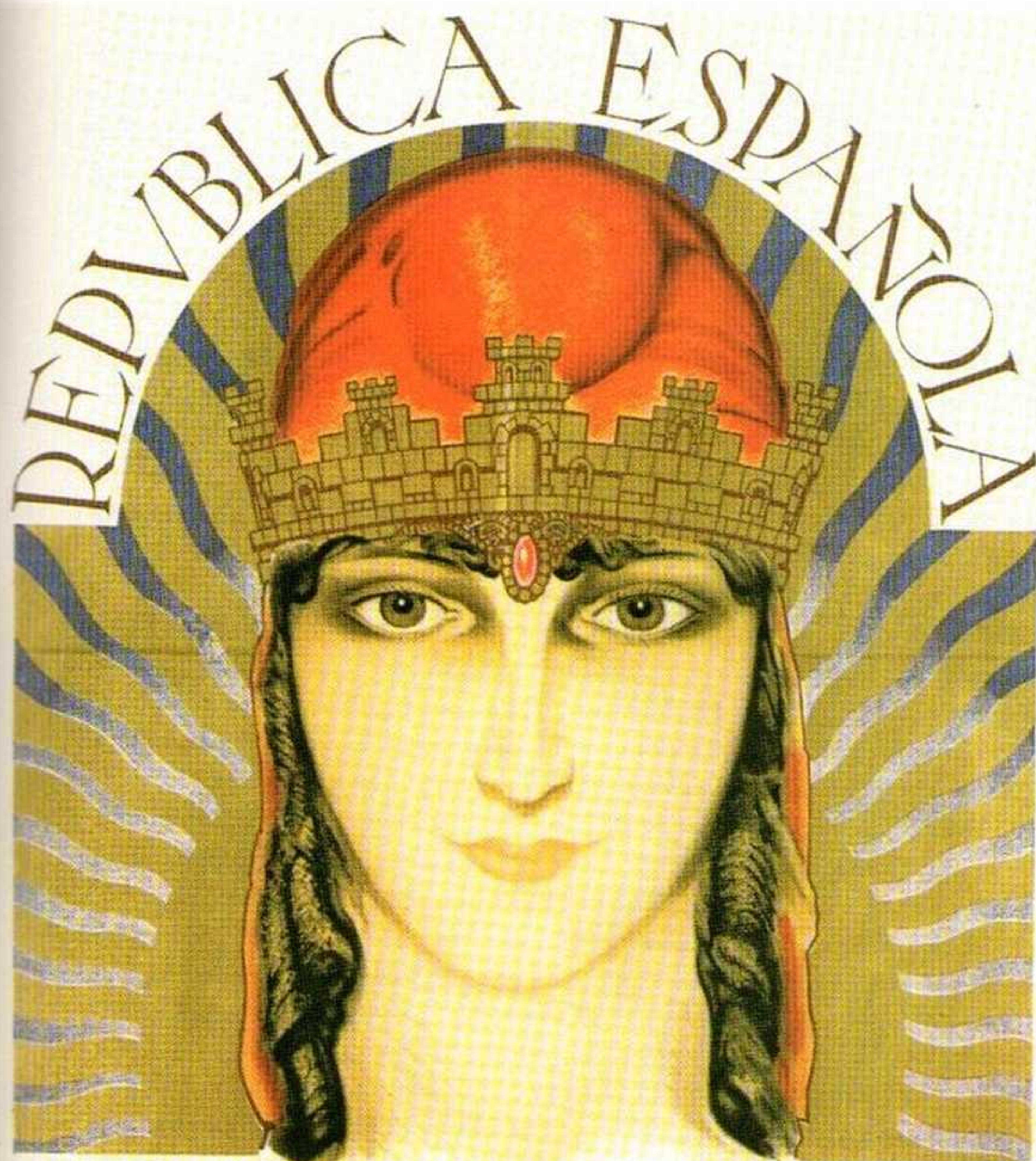
(Salmer.)

ALEJANDRO LERROUX GARCIA (La Rambla, Córdoba, 1864-Madrid, 1949)

«Espécimen único en el zoo político español», como le considera el historiador Romero Maura, era uno de los diez hijos de un veterinario militar que no pasó del grado de capitán. Lerroux creció entre traslados y penuria económica. Sus padres, a hurtadillas, hacían por la noche el calzado de su numerosa prole. Un hermano de la madre, sacerdote a cuyo cuidado le enviaron algún tiempo, le inició en los estudios. Vuelto a Madrid, empezó el bachillerato en el instituto de Noviciado, aprobó en 1877 el segundo curso y parece ser que ahí lo dejó. Después anduvo a la aventura; cumplió el servicio militar en Africa tras un fallido intento de ingresar en la Academia Militar. Entre otras cosas fue croupier y em-

un acto políticamente neutro. Por lo tanto, a pesar suyo, llevados por su amor a la verdad intelectual, estos hombres, dirigidos por el sucesor y discípulo de Sanz del Río, Francisco Giner de los Ríos, se vieron obligados a adoptar actitudes políticas. La Institución jugó además un papel destacado en el renacimiento de la cultura española que siguió a la pérdida de las últimas colonias americanas en 1898 en la guerra contra los Estados Unidos, y cuyo motor básico fue el dolor por el retraso, la autocomplacencia y la falta de empuje de España [6]. Más tarde, el espíritu de la Institución animó a la oposición intelectual más vigorosa que se enfrentó a la

[6] Me refiero a la famosa «generación del 98», de la que formaron parte el profesor de griego Miguel de Unamuno; el analista social Ortega y Gasset; el historiador social Joaquín Costa; el ensayista Angel Ganivet; el poeta de Castilla, Antonio Machado; el excéntrico poeta gallego Valle-Inclán; el imprevisible escritor Ramiro de Maeztu; el novelista Pío Baroja; el ensayista Azorín; el dramaturgo Benavente, y quizás el pintor Zuloaga, que eran los intelectuales de primera línea en las universidades españolas hacia 1898. Véase Aldo Garosci, *Gli intellettuali e la guerra di Spagna* (Roma, 1959), p. 7. Carr (p. 525 y ss.) se muestra escéptico al respecto.



(Serv. Histórico Militar.)

dictadura del general Primo de Rivera. La esperanza de estos intelectuales era que el contacto personal entre profesor y alumno se convirtiera en el modelo para la universidad y otros «institutos», ya que la Institución y su Residencia de Estudiantes de Madrid (con su junta de estudios para posgraduados, destinada a ayudar a ir al extranjero a estudiantes españoles) no podían hacer más que influir en los futuros dirigentes de la clase media.

Estos republicanos estaban representados por varios hombres en el nuevo gobierno de 1931. Estaba el ministro de Justicia, Fernando de los Ríos, sobrino de Francisco Giner de los Ríos, profesor de la Universidad de Granada; teóricamente era socialista, pero, sobre todo, con su fluido y hermoso castellano, era un humanista, demasiado individualista y moderado para ser un verdadero marxista. También estaba el ministro de Marina, Casares Quiroga, el jurista gallego que sería jefe de gobierno al comienzo de la guerra civil. Estaba el jacobino de Asturias, Alvaro de Albornoz, que, junto con el experto republicano catalán Marcelino Domingo, era jefe de lo

pleado de consumos en Galicia. Volvió a Madrid y se integró en las filas del republicanismo, participando en la frustrada rebelión del general Villacampa en 1886. Cuatro años después inició su carrera periodística, que le llevaría a escribir en numerosos periódicos (El País, El Radical, La Publicidad, El Progreso), **algunos de los cuales dirigiría también.**

Dotado de inquebrantable salud y gran vitalidad, enérgico, dinámico, excelente organizador y orador capaz de galvanizar a las masas, logró suplir con talento y capacidad de improvisación su muy limitado bagaje intelectual. En 1901 Lerroux se traslada a Barcelona, y tras unas reñidas elecciones logra un acta de diputado, encuadrado en una alianza efímera de las diversas ramas del republicanismo catalán. Los 6.000 votos que le llevaron al congreso en 1901 aumentaron a 35.000 en 1903. De los diez centros republicanos existentes en Barcelona en 1901 pasaron los lerrouxistas a 50 en 1909. Sin contar con la casa del pueblo, construida entre 1904 y 1906, que se convirtió en su cuartel general.

Todo esto requería unos medios económicos nada despreciables para la época, que una abrumadora mayoría de los historiadores consideran aportados por el gobierno en su deseo de hacer del partido capitaneado por Lerroux un baluarte contra el catalanismo. Lo cierto es que en menos de una década Lerroux articuló todo un aparato político, tan corrompido o más que cualquiera de los de aquel tiempo, que logró ser uno de los ejes de la política catalana. En él hallaron cabida desde anarquistas desengañados a elementos de la pequeña burguesía urbana, amén de miles de obreros no ganados aún por el anarquismo, a los que encandilaba el feroz radicalismo, puramente verbal, de su jefe. Tal radicalismo no fue ajeno a los acontecimientos de la Semana Trágica de julio de 1909, durante los cuales Lerroux permaneció en el exilio en Bruselas. La causa de su salida de España fue un procesamiento por un artículo publicado en el rotativo madrileño El País. **En todo caso, Lerroux mantuvo sabiamente las distancias de unas masas lanzadas a una rebelión acéfala que esperaron en vano a su posible líder.**

Un publicista tan moderado como Salvador de Madariaga no dudó en tacharle de «león domesticado en los jardines de la monarquía... Rugía a las mil maravillas y siempre a tono». Tampoco fue muy favorable el juicio de Unamuno, para quien Lerroux es «republicano para que los republicanos dejen de serlo». La trayectoria de Le-

rroux fue un continuo e ininterrumpido viraje a la derecha. Intervino en el Pacto de San Sebastián (agosto de 1930) y formó parte del comité revolucionario que, proclamada la Segunda República, se convirtió en gobierno provisional, ocupando en él la cartera de Estado (Asuntos Exteriores). Lerroux dio carácter a toda una etapa de la República: el bienio derechista (1933-1935), en el que fue seis veces presidente del consejo de ministros en una etapa crucial, jalonada por la revolución asturiana de 1934 y por la progresiva división de España en dos bloques irreconciliables que desembocaría fatalmente en la guerra civil. Desaparecido de la escena política con el triunfo electoral del Frente Popular en febrero de 1936, al estallar la guerra civil se refugió en Portugal. Tras once años de exilio, su marcada simpatía hacia la dictadura franquista le posibilitó un regreso sin complicaciones.
Quien en 1906 alentaba a sus «jóvenes bárbaros» en estos términos: «...entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura: destruid sus templos [...], alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie; penetrad en los registros de la propiedad, haced hogueras con sus papeles, para que el fuego purifique la infame organización social; entrad en los hogares humildes y levantad legiones de proletarios para que el mundo tiemble ante sus jueces despiertos», murió en Madrid, honorablemente reconciliado con la Iglesia y con la sociedad.



(Salmer.)

Manuel Azaña Díaz es el político de más talla que da la República: la fotografía es posterior, de cuando asumirá la presidencia.

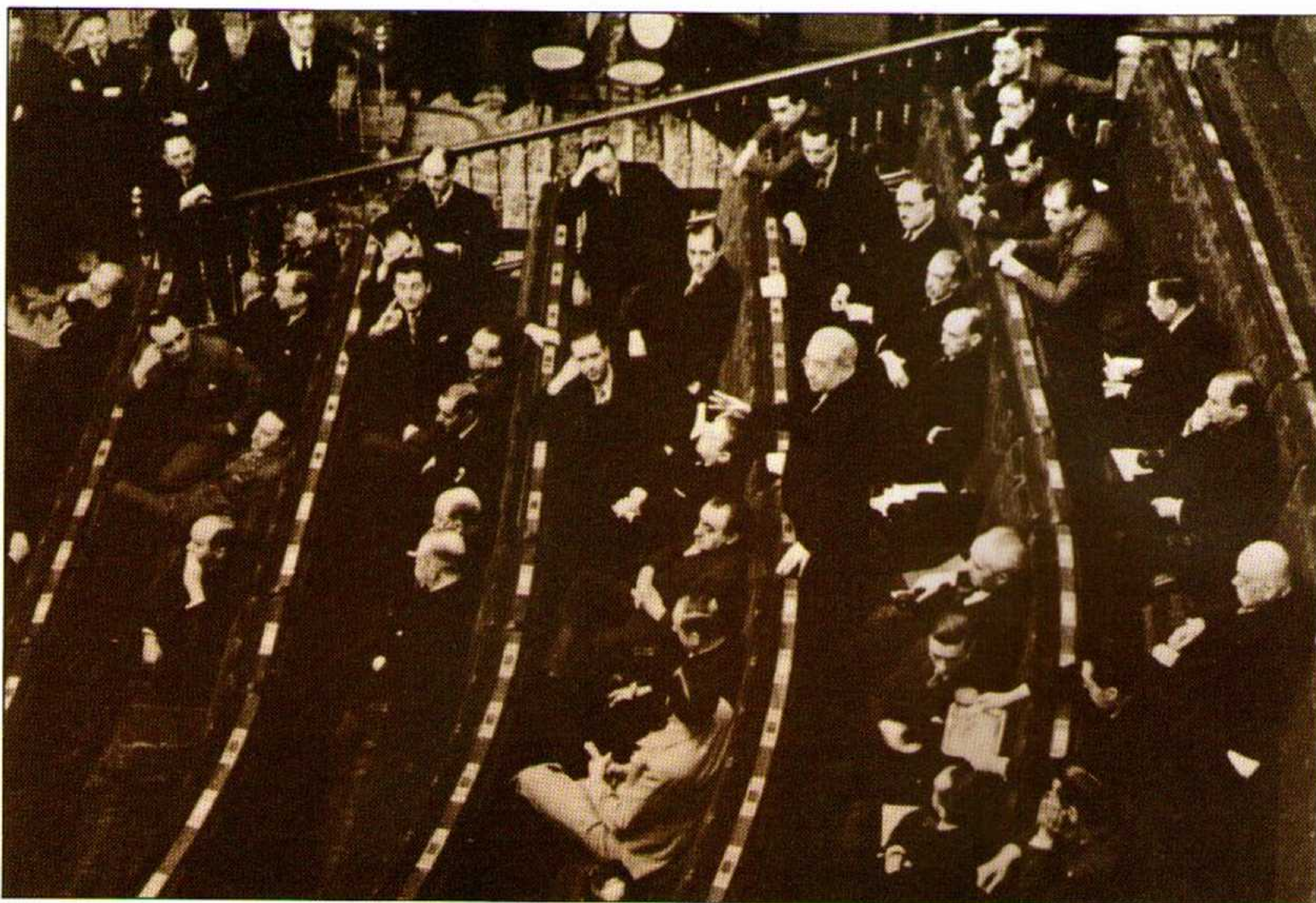
que ellos llamaban el Partido Republicano Radical Socialista, imitación del partido francés de Clemenceau y Ferry. Eran ministros de Fomento y de Educación, respectivamente. Y, finalmente, estaba el nuevo ministro de la Guerra, Manuel Azaña, el cual, aunque no era antiguo alumno de la Institución Libre de Enseñanza, era un fiel reflejo de sus efectos.

Azaña

De haber vivido en un país menos turbulento, posiblemente Azaña habría dedicado su vida a la literatura. Pero en realidad, sus brillantes traducciones de George Borrow, G. K. Chesterton y Voltaire, una novela autobiográfica sobre su época de estudiante, y unas cuantas obras de crítica y polémica constituyeron toda su producción literaria, aparte de una colección de discursos y de un diario extraordinario [7]. Sin embargo, Azaña se vio empujado a la vida política por las circunstancias de su país. Consideraba «la política como un arte; y el pueblo, la materia concreta en que trabajaría un artista» [8]. Azaña nació en 1880, en una casa situada entre dos conventos en Alcalá de Henares, la vieja ciudad a 30 kilómetros de Madrid, antigua sede episcopal, donde nació Cervantes. Pertenecía a una familia conocida en Alcalá, de funcionarios y políticos liberales. Su madre murió cuando él tenía nueve años. Azaña perdió la fe religiosa en el colegio de los agustinos —situado en el monasterio de El Escorial—, al rebelarse contra su rígida educación. Después se licenció en derecho y estudió en París. Ingresó en la administración del Estado como jefe de negociado del registro civil. Vivía solo en Alcalá o en Madrid, dedicado a trabajos literarios, traduciendo y haciendo críticas, constituyendo un caso típico entre muchos otros intelectuales de clase media de su época —y no sólo en España—. Sin embargo, había varias cosas que distinguían a Azaña de otros. En primer lugar, era feo. La conciencia de su fealdad le llevaba a ser muy introvertido, a convertir a su persona en objeto de autoanálisis constante en sus escritos e incluso en sus discursos, a esquivar el trato social (especialmente el de las mujeres), hasta el punto de ganarse las burlas de sus compañeros intelectuales; y, por consiguiente, acumuló en su interior unas reservas intelectuales que le llevarían a la presidencia de la República española y que ayudan a explicar la mordacidad de su lengua y la solitaria arrogancia que puso de manifiesto tanto en las épocas de victoria como en las de derrota. Unamuno decía que Azaña era capaz de iniciar una revolución para conseguir que se leyeran sus libros. Muy delicado y sensible, se le tildaba de homosexual, aunque no hay evidencia al respecto. Acabó casándose, en 1929, a los cuarenta y nueve años, con una mujer mucho más joven que él: la hermana de Cipriano Rivas Cherif, antiguo colaborador de su revista literaria. Azaña era también elocuente. Se dio a conocer como orador en unos discursos pronunciados en el Ateneo, el club madrileño que era el centro de la actividad progresista en España desde principios del siglo XIX.

[7] Extraordinario, porque desde 1810 ningún otro político español ha escrito un diario.
[8] Conferencia en «El Sitio», de Bilbao, el 21 de abril de 1934.

(Efe.)



Dotado de una vasta cultura y del sentido de la oportunidad política, capaz de medir las palabras, aunque en ocasiones se deje arrebatar por el exceso verbal a causa de la confianza que él tiene en su propia capacidad de dominar al auditorio y la situación, a Manuel Azaña (en la foto, de pie, dirigiendo la palabra) hay que calificarle de excelente orador. Pronuncia y pronunciará decisivos discursos, lo mismo desde el banco azul que desde los escaños de la oposición, igual en conferencias que en actos protocolarios, en banquetes o en cualquier ocasión que se presente. Aplaudido orador de mítines, sus discursos en «campo abierto» contribuirán en su momento a imprimir un giro en la política. ¿Algún pero al Azaña orador? Sí, su soberbia, que ha quedado reflejada en sus diarios cuando se refiere a los discursos pronunciados por él. Lo malo de sus discursos es el juicio personal que le merecen.

Gracias a ello, entró en contacto con otros políticos republicanos y se ganó su respeto. Sus discursos eran fríos y monótonos, pero fascinantes y bien construidos. Llegó a ser director de un periódico político, *España,* y presidente del Ateneo, fundando después Acción Republicana, un partido republicano propio. Si Azaña fue ministro de la Guerra en 1931 se debió a que ningún otro de los liberales antimilitaristas se había molestado en informarse sobre el ejército. Inmediatamente, Azaña intentó, con sus discursos y con su conducta, investir a la nueva República de una dignidad que en realidad sólo podría haberle dado el tiempo, pero que necesitaba inmediatamente para poder sobrevivir.

Admirador de Cromwell, Azaña no sabía economía. Cultivaba un despego sobrehumano y una pureza intelectual que le llevaron a pasar por alto algunos de los hechos reales de la vida española. Era de una integridad absoluta, y los enemigos, que no tardaron en surgir, se vieron obligados a recurrir al insulto personal para atacarle. Sin embargo, a veces se le consideraría el «hombre fuerte de la República». Quienes le conocían bien le adoraban, mientras que sus oponentes le consideraban a menudo mordaz, despectivo y mezquino. Escogió mal a sus hombres. Creía que la República tenía que ser radical o no ser. Siempre lúcido, dominando cualquier tema que tocaba, vacilante en los momentos críticos, irónico frente al desastre, tan pronto entregado a la intransigencia dictatorial como al optimismo templado por la desesperanza, tenía algo de


(Pyresa.)

Fernando de los Ríos es uno de los tres socialistas que, incorporados al Comité Revolucionario, forman parte ahora del gobierno provisional, en el cual desempeña la cartera de Justicia. Más adelante será ministro de Instrucción Pública y de Estado. Militante del PSOE, cuando los socialistas se interesaban por la revolución rusa fue delegado para trasladarse a la Unión Soviética y estudiar la situación sobre el terreno. Su posición y dictamen fueron negativos. Los socialistas españoles no se incorporaron a la Tercera Internacional, lo cual daría lugar a una escisión, origen del PCE.

cobarde físico, aunque se esforzaba mucho en disimularlo. Azaña fue el político más competente y más culto de la república. Desgraciadamente, sus dos impulsos políticos más fuertes eran de hostilidad contra la Iglesia y contra el poder del ejército [9]. No tenía un partido de masas y, por lo tanto, en los primeros años de la República tuvo que escoger entre aliarse con los radicales de Lerroux o con los socialistas. Escogió a estos últimos.

Azaña, Domingo y Albornoz representaban un republicanismo que se había desarrollado vigorosamente en los últimos años de la dictadura: 450 clubs republicanos, con un total de casi 100.000 miembros, tenían las opiniones y las actitudes mentales de Azaña. Además, Azaña había recogido el legado de muchos antiguos liberales, que habían desempeñado un papel muy importante en la política de la Restauración. Pero los seguidores de Azaña, a saber, la pequeña burguesía anticlerical, artesanos, maestros, médicos y funcionarios, que le votaron en 1931, le abandonaron seducidos por jefes más radicales o más conservadores [10]. Indudablemente Azaña era un estadista; pero, al igual que otros políticos españoles distinguidos, le resultaba difícil retener a sus seguidores. Y no era un innovador; gran parte de su programa político tenía antecedentes en los programas de los liberales de tiempos de Canalejas o en las ideas de los republicanos reformistas entre los que se había contado el propio Azaña durante algún tiempo. Los «republicanos» eran individuos más que hombres de partido: de ahí muchas de sus dificultades.

Los socialistas españoles

Aparte de Fernando de los Ríos, había dos socialistas en el primer gobierno de la República. Eran Indalecio Prieto y Francisco Largo Caballero, secretario general del sindicato socialista, la UGT. El Partido Socialista tenía unos 20.000 miembros y el sindicato algo menos de 300.000 [11]. Fundados en 1879 por los españoles que apoyaban a Marx en su lucha contra los anarquistas, tanto el partido como el sindicato habían tenido un desarrollo muy lento hasta poco antes de la primera guerra mundial. Ni uno ni otro podían tener mucha fuerza en aquella Barcelona industrial donde los anarquistas se habían hecho tan poderosos. De ahí que los socialistas encontraran sus adeptos entre los tipógrafos y obreros de la construcción de Madrid, entre los mineros de Asturias, y en las áreas industriales que estaban desarrollándose alrededor de Bilbao, particularmente entre los inmigrantes no especializados de Castilla y Galicia, que fueron quienes provocaron las primeras huelgas serias en España, a partir de 1890.

En 1908, la UGT era un pequeño sindicato, bastante ascético, organizado según el modelo inglés, con funcionarios retribuidos que

[9] Véanse sus diarios en los vols. III y IV de sus *Obras completas*, México, 1966-1968.

[10] Joaquín Maurín (*Revolución y contrarrevolución en España*, París, 1966) argüía que los que votaron a Azaña en 1931, si hubieran sido lo bastante jóvenes, habrían apoyado al Partido Comunista en su encarnación «burguesa» entre 1936 y 1939 (si hubieran sido lo bastante viejos, habrían votado a los liberales en 1910).

[11] Doscientos setenta y siete mil once en 1930. Puede que la cifra real fuera mayor, pues ésta se refiere sólo a los miembros que cotizaban.



(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

De los semanarios satíricos de la oposición derechista, mucho menos numerosos que los de extrema izquierda, es Gracia y Justicia, *dirigido por Delgado Barreto, el que conseguirá más éxito, difusión y continuidad, a despecho de las suspensiones. Su título corresponde al de un antiguo ministerio, utilizado como fácil juego de palabras. Su tónica es agresiva y el humor no pasa de mediocre. A los derechistas les regocija, a las izquierdas les ofende.*

recolectaban fondos para las huelgas. Sólo tenía unos 40.000 miembros. El partido tenía 6.000. Tres motivos hicieron aumentar el número de sus afiliados. El primero de ellos fue la idea, copiada del Partido Radical, de las casas del pueblo, especie de clubs socialistas que disponían de despachos para los comités de las ramas sindicales locales, una biblioteca donde se prestaban los libros gratis, y un bar. El cuartel de la guardia civil, la iglesia y el ayuntamiento ahora estaban acompañados en la mayoría de las ciudades y los blancos pueblos de España por un cuarto edificio, que expresaba, igual que los otros tres, una idea centralizadora, que en este caso iba unida al pensamiento marxista y a una voluntad de educación. El segundo motivo fue una alianza táctica con los republicanos de clase media, que dio a los socialistas un escaño en las Cortes, introduciendo así a sus dirigentes en la política parlamenta-

Marcelino Domingo Sanjuán (abajo) es un veterano luchador republicano cuyas posiciones se concretan en el anticlericalismo y el antimilitarismo y tienen por meta inmediata la difusión y mejoramiento de la enseñanza laica, pues no en vano es masón y maestro de escuela. Interviene en el Pacto de San Sebastián, y en el gobierno provisional ocupa la cartera de Instrucción Pública. Azaña le considera «bondadoso y débil» y no aprecia en demasía sus cualidades intelectuales. Hombre austero, ejerce considerable influencia política en Tortosa y su comarca. En la fotografía, unas señoras le entregan una bandera: a la sazón milita en el partido Radical-Socialista.

(Efe.)



ria. El tercer motivo fue la guerra de 1914-1918, que dio a España prosperidad, mayor conciencia política y mayor interés por los asuntos del resto de Europa. El socialismo convencía fácilmente a los que emigraban del campo a las ciudades, particularmente cuando los socialistas apoyaron a los trabajadores en su lucha para evitar que les obligaran a combatir en Marruecos. Los socialistas estuvieron contra Alemania en la Gran Guerra y mantuvieron contacto con Cambó y otros en 1917, la época de los proyectos de regeneración que, como hemos visto, dieron malos resultados para ellos. Entre los socialistas de aquella época se contaban muchos intelectuales de la clase media, además de los trabajadores. En 1920, la UGT tenía 200.000 miembros. Aquel año, el Partido Socialista coqueteó con los bolcheviques rusos, y luego rompió con ellos [12]. Un pequeño número de socialistas se separó y, uniéndose

[12] Al principio los socialistas eran partidarios de afiliarse al Komintern. Antes de comprometerse, enviaron a Rusia a Fernando de los Ríos para que se informara. «Pero, ¿dónde está la libertad?», preguntó el barbudo individualista andaluz. «¿La libertad? —contestó Lenin— ¿para qué?» [«*La liberté? Pour quoi faire?*»].

Durante las primeras fases de la República, la actividad de los socialistas, que ocupan tres ministerios en el gobierno y en particular el de Trabajo (Largo Caballero), es muy intensa. La Unión General de Trabajadores conseguirá una considerable expansión en casi toda España, y Largo Caballero, a quien acusarán de parcialidad lo mismo los anarcosindicalistas que la derecha patronal, no será ajeno al desarrollo sindical. Por otro lado, las cualidades organizativas de los socialistas están demostradas en una larga experiencia de luchas llevadas a término en peores circunstancias. De izquierda a derecha, Trifón Gómez, De los Ríos, Prieto, Largo Caballero y Margarita Nelken.



(Efe.)

a ciertos anarquistas descontentos, fundaron el Partido Comunista español, que, sin embargo, durante mucho tiempo sería insignificante.

En 1925 murió el venerable, paciente e incorruptible padre de los socialistas españoles, Pablo Iglesias. Cuando era un joven tipógrafo, había contribuido a la ruptura con Bakunin en 1872 y, a partir de entonces, había conducido el partido con habilidad y honradez a través de innumerables vicisitudes. Su sucesor, en el partido y en la UGT, fue su principal lugarteniente, Francisco Largo Caballero, un yesero que se había pasado la vida siendo un dirigente sindical y un concejal concienzudo del ayuntamiento de Madrid, dedicado a hacer proyectos de seguros de enfermedad y bibliotecas, a organizar ciclos de conferencias y a negociar con patronos [13]. Largo Caballero, que en 1931 tenía sesenta y dos años,

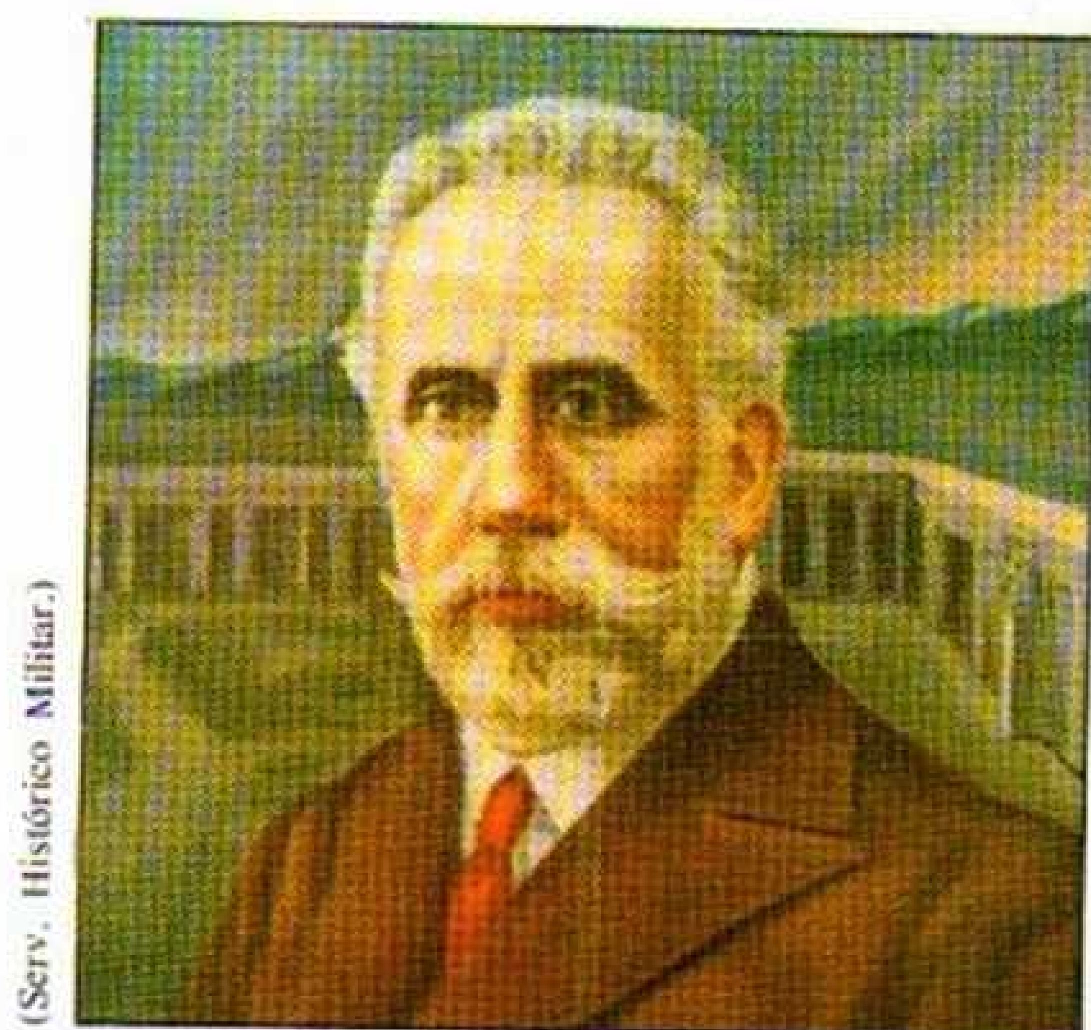
[13] Véase Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos. Cartas a un amigo* (México, 1954). En 1905, Iglesias y Largo Caballero consiguieron ser elegidos, por primera vez, para formar parte del ayuntamiento de Madrid, imitando los fraudes electorales de sus oponentes. Iglesias entró en las Cortes en 1910; Largo y otros socialistas le siguieron en 1917.

La República hereda un problema de difícil solución: el de la agricultura. Y en conexión, otro más grave aún: el del proletariado agrícola. Se proyecta una tímida reforma agraria, a la cual destinan medios insuficientes. La reforma avanza con lentitud, entre falta de decisión gubernamental y fuerte oposición de los terratenientes, por lo común derechistas. Estallidos de cólera, agitaciones campesinas, represiones, ocupación de fincas, derramamientos de sangre, menguadas soluciones, el retroceso que significó el «Bienio Negro», señalarán los hitos de una incapacidad colectiva para solucionar la evidente miseria de la mayor parte de los trabajadores agrícolas. Campesinos de Pedralba detenidos por la Guardia Civil.



(Photo Research Int.)

Pablo Iglesias en los últimos años de su vida. En la foto de la página siguiente, homenaje posterior a su memoria, muy respetada por los socialistas.



(Serv. Histórico Militar.)

PABLO IGLESIAS POSSE (El Ferrol, La Coruña, 1850-Madrid, 1925)

Político español. Hijo mayor de una familia humilde —su padre era peón del ayuntamiento—, conoció desde sus primeros años las duras condiciones de vida del proletariado de la época. Huérfano de padre a los pocos años, la madre vino andando de El Ferrol a Madrid con sus dos hijos, Pablo y Manuel, en busca de un tío materno, criado de un aristócrata. Pero el tío había muerto y Juana Posse no encontró otro trabajo que el de criada. Hubo, por tanto, de dejar a sus hijos en el hospicio. Allí, el fundador del Partido Socialista Obrero Español aprendió, entre golpes y regañinas, el oficio de tipógrafo. En 1862, a los doce años, se escapó del hospicio y empezó a trabajar en diversas imprentas. Desde niño su salud fue débil; había pasado demasiada hambre para ser un adolescente fuerte. Con frecuencia tuvo que defenderse del frío envolviéndose en papeles.

En 1870, antes de cumplir los veinte años, Pablo Iglesias ingresó en la sección española de la Primera Internacional, apenas dos años después de su fundación. Publicó por entonces sus primeros artículos en La Solidaridad, y pronto ocupó cargos en la organización.

Consciente de sus limitaciones, Iglesias desplegó una auténtica sed de saber, al mismo tiempo que, desde muy joven, mostró una gran capacidad de asimilación y adaptación, unida a una enorme capacidad de trabajo, cualidades parejas a su honradez y austeridad personales, rayanas en el ascetismo, tan propio de algunos líderes de la época.

(Serv. Histórico Militar.)



(Efe.)

había participado en 1890 en la primera huelga de los obreros de la construcción en Madrid, y no le gustaban los parlamentos, ni tenía talento para desenvolverse en ellos. No era un orador. Creía en los comités, no en las teorías. No había animado a nadie a hacer huelga cuando el pronunciamiento de Primo de Rivera. Había accedido a colaborar (aunque por poco tiempo) con la dictadura de Primo de Rivera como «consejero de Estado». Esto se explica teniendo en cuenta el desprecio de los socialistas a la monarquía constitucional y el temor morboso de Largo Caballero a ceder terreno a sus rivales en la clase obrera, los anarquistas, quienes, aunque desorganizados, eran más numerosos que los socialistas. Durante mucho tiempo, la UGT había sido casi respetada por la burguesía a causa de su disciplina, su eficaz «maquinaria», con sus innumerables comités, su comportamiento práctico, e incluso razonable, en las huelgas (en contraste con los anarquistas), y sus tendencias centralistas. No tuvo nada de extraño que Largo Caballero fuera el primer ministro del Trabajo de la República. Los comités de arbitraje de patronos y sindicatos, y un voto decisorio gubernamental, que había introducido en tiempos de Primo de Rivera para resolver las disputas salariales, fueron los predecesores del sistema que implantó en 1931. Probablemente Largo Caballero debió su popularidad a que miles de trabajadores españoles vieron en él reflejadas sus propias luchas; era el hombre por excelencia de las casas del pueblo, que había prosperado gracias a su firmeza, persistencia y honradez, y que estaba dispuesto a evitar toda acción revolucionaria extremista.

Indalecio Prieto, su colega en el gobierno republicano —era ministro de Hacienda— era un tipo de socialista muy diferente. Nacido en Oviedo, siendo niño se trasladó con su madre, viuda, a Bilbao, donde fue vendedor de periódicos. Su viva inteligencia atrajo la atención de un millonario vasco, Horacio Echevarrieta, quien lo hizo primero su secretario privado y más tarde director de su periódico, *El Liberal de Bilbao*. En 1918, Prieto fue elegido para entrar en las

Desde un principio, los escasos núcleos de la Internacional conocieron las disputas entre partidarios de Marx y Bakunin, sazonadas con la ilegalidad y la represión de los diferentes gobiernos. En 1873, Iglesias ingresó en la Asociación General del Arte de Imprimir, de la que fue presidente un año después. En ella desplegó una enorme actividad y encontró el primer núcleo de colaboradores, con los que, el 2 de mayo de 1879, en una taberna de la madrileña calle de Tetuán, fundó —en la clandestinidad, por supuesto— el Partido Socialista Obrero Español.
La gran tarea de Pablo Iglesias fue la consolidación de estos primeros núcleos hasta hacer de ellos un partido político que la torpeza de la Restauración marginó sistemáticamente de la vida política nacional, logrando así agravar problemas ya graves de suyo. En 1882 Iglesias fue procesado por participar en una huelga y, aunque la defensa la llevó nada menos que Pi y Margall, condenado a cinco meses de cárcel. En ella —volvería varias veces— redactó el informe que la Asociación del Arte de Imprimir envió a la Comisión de Reformas Sociales. Eran años de intensa actividad organizativa. En 1886, con enorme penuria de medios —900 pesetas reunidas una a una—, nació El Socialista, **primero como semanario y siempre bajo la dirección de Pablo Iglesias, que se encargaba también del ajuste y la corrección de pruebas. En 1888 se fundó la Unión General de Trabajadores y se consolidó el partido. En 1889 Iglesias asistió al congreso de la Internacional celebrado en París y, sucesivamente, a los de Bruselas (1891), Zurich (1893), Londres (1896), etcétera. La labor incesante de Iglesias y sus primeros colaboradores logró consolidar lentamente el partido y la central sindical en medio de la represión y los ataques de los partidos y la prensa de la burguesía y de los sectores anarquistas. En 1905, Pablo Iglesias, Ormaechea y Largo Caballero fueron elegidos concejales del Ayuntamiento de Madrid, donde realizaron una eficaz labor. Tres años después se inauguró la Casa del Pueblo de Madrid. En 1910, gracias a la conjunción republicano-socialista, Pablo Iglesias fue el primer diputado socialista que accedía al parlamento, que se mostró hostil, conservando el escaño en todas las elecciones sucesivas.**
A partir de 1910, la salud de Iglesias comenzó a flaquear. Tres años después hubo de abandonar la dirección efectiva de El Socialista, **aunque mantuvo su actividad parlamentaria hasta 1917. Su entierro fue una gran manifestación a la que se sumaron miles de personas.**

(Pyresa.)



(Pyresa.)





(Serv. Histórico Militar.)

Aspectos de la presencia socialista en distintos momentos: una manifestación en la calle de Alcalá, de Madrid (izquierda); Prieto y Besteiro flanqueando a un desconocido (derecha), y un cartel de la Sociedad de Porteros, adscrita a la UGT.

Cortes como diputado socialista, y allí su fácil elocuencia despertó la atención general —y los celos de Largo Caballero—. A partir de entonces, el antagonismo entre ambos caracterizó al Partido Socialista español, reflejando una auténtica división de opiniones sobre cómo debía ser el partido. Prieto se había hecho rico. Calvo, con doble papada y ojos pequeños, la cabeza implantada en un cuerpo diabético de gigantescas dimensiones, parecía y actuaba más como un miembro ilustrado de las clases altas que como un dirigente obrero. «La primera cualidad de Prieto es su gran corazón —escribió sobre él Miguel Maura—. He conocido pocas personas, muy pocas, más sacrificadas, más compasivas, más desinteresadas que Prieto.» Era muy despierto, pero sorprendentemente obediente a la disciplina del partido. Odiaba a Lerroux, lo cual, junto con otras animosidades personales, debilitaba seriamente al gobierno. Como era un gran estratega parlamentario, se opuso a la colaboración socialista con el gobierno de Primo de Rivera, y fue él quien persuadió a los socialistas en 1930 a que se sumaran a la conspiración contra la monarquía. Prieto, que en 1931 tenía cuarenta y ocho años, era popular entre la clase media [14]. Pero entre los trabajadores siempre causó mayor impresión la figura más austera de Francisco Largo Caballero.

El presidente de la UGT y del partido hasta 1931 fue Julián Bes-

[14] Véase Maura, p. 216.

(Keystone.)



Grande es el peso específico de los socialistas dentro del mundo del trabajo, a través de la UGT, y en la política, por los ministros y por el número de diputados que han salido elegidos. En una fiesta cívica (arriba), probablemente un 1 de mayo, junto a varios prohombres socialistas marcha Unamuno, que ha militado en su juventud en el PSOE.

Confederación Nacional del Trabajo -:- Comarcal de la Rioja

¡Trabajadores! ¡Campesinos!

Para conocer la posición de la Confederación Nacional del Trabajo en estos interesantísimos momentos, que vive el país, os invitamos para que acudáis al mitin antielectoral que se celebrará a las nueve de la noche en el que os dirigirán la palabra varios compañeros auténticos trabajadores:

¡Contra todos los políticos sin distinción de matices.!
!Contra todas las manifestaciones estatales!
¡Como protesta contra todas las tiranías!
¡Trabajadores! ¡pueblo en general!
Acudid a oir la voz de la Confederación.

Nueva Imprenta.– Logroño

(Arch. C. S. de Tejada.)

Cartel antielectoral editado por la CNT (a la izquierda), cuyos miembros, después de proclamarse la República, han pasado automáticamente a la oposición. ¿Un gobierno se ha puesto a gobernar? Los anarcosindicalistas van a combatirle en la política y en la calle, y cuando la ocasión se presente propicia, con las armas en la mano.

teiro, el tercero de los socialistas españoles más influyentes. Profesor de filosofía, pese a ser teóricamente marxista, era seguidor del revisionista alemán Kautsky y un moderado en lo referente a la política de partido. Aunque había apoyado la colaboración socialista con el general Primo de Rivera, era contrario a la idea de que los socialistas participaran en el gobierno. Por consiguiente, no tardó en dimitir de la presidencia del partido y del sindicato.

Por su calidad de secta semisecreta, la masonería deja escasos márgenes de información fidedigna. La española suele significarse por su anticlericalismo, y durante la República cabe afirmar que «está en el poder», pues un elevado número de masones aparecen en el gobierno, en las Cortes, en las instituciones autonómicas y en las altas esferas de la política, de los municipios y la administración. Sobre el número de afiliados es difícil definirse, pues mientras unos lo exageran, otros, deliberadamente, lo reducen. Los más elevados porcentajes corresponden a los partidos republicanos: Radical, Acción Republicana, Esquerra, Radical-Socialista, Federal... También son bastante numerosos en el PSOE, y menos entre los anarcosindicalistas y los políticos de centroderecha. Collares, mandiles, insignias. Y una caricatura posterior.

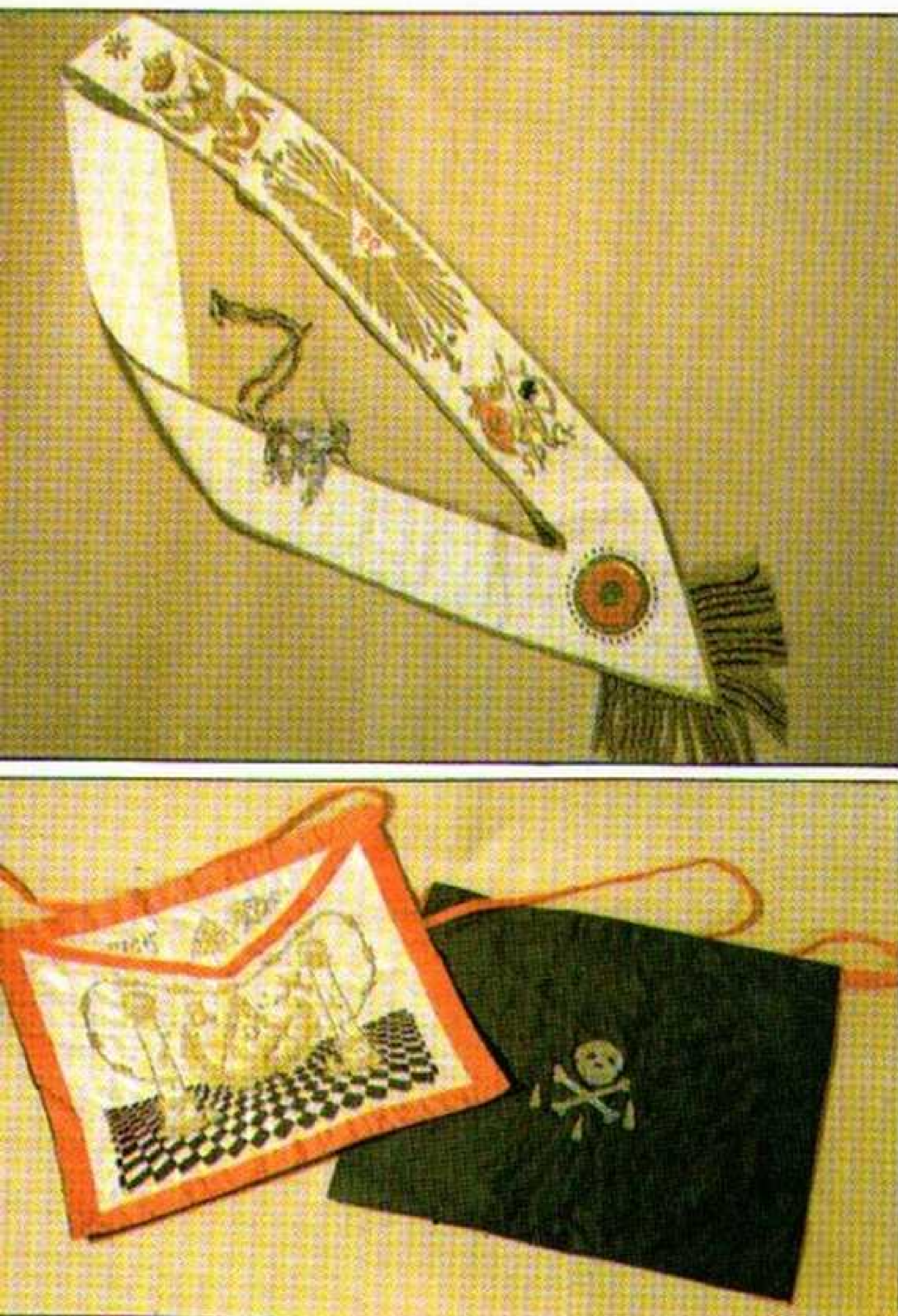
(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

Besteiro era humano, cordial, inteligente y culto, pero reservado; nadie le tuteaba [15].

En los años 30, la clase trabajadora española comprendía ocho millones de personas, de una población de 24 millones. Alrededor de cuatro millones y medio (54,5 por 100) trabajaban la tierra, y los socialistas, de momento, tenían pocos seguidores entre ellos, aunque pronto los tendrían. Tampoco tenían muchos adeptos en Cataluña, donde estaban concentradas casi tres cuartas partes de la industria española. Pero, aunque tenían pocos miembros en las mayores industrias de España —los 300.000 que trabajaban en la industria textil— contaban con un considerable apoyo entre los 270.000 obreros de la construcción, los 200.000 que trabajaban en la industria alimentaria, los 100.000 mineros y los 120.000 obreros metalúrgicos. También tenían fuerza entre los 60.000 trabajadores transportistas y entre el medio millón, aproximado, de artesanos.

El último miembro del gobierno republicano de 1931 era un historiador clásico catalán, Nicolau d'Olwer, que fue ministro de Economía Nacional. Aunque había sido activo en la política catalana de los años 20, era menos político profesional que cualquier otro miembro del gobierno; su inclusión en él no tenía más objeto que

[15] Gil Robles, p. 448. Alumno de la Institución Libre de Enseñanza y protegido de Giner, Besteiro había pasado una temporada en Francia y Alemania antes de 1914. Había sido un radical antes de convertirse en socialista en 1911. Véase A. Saborit, *Julián Besteiro* (México, 1961), e Ignacio Arenillas de Chavés, *El proceso de Besteiro* (Madrid, 1976).



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)



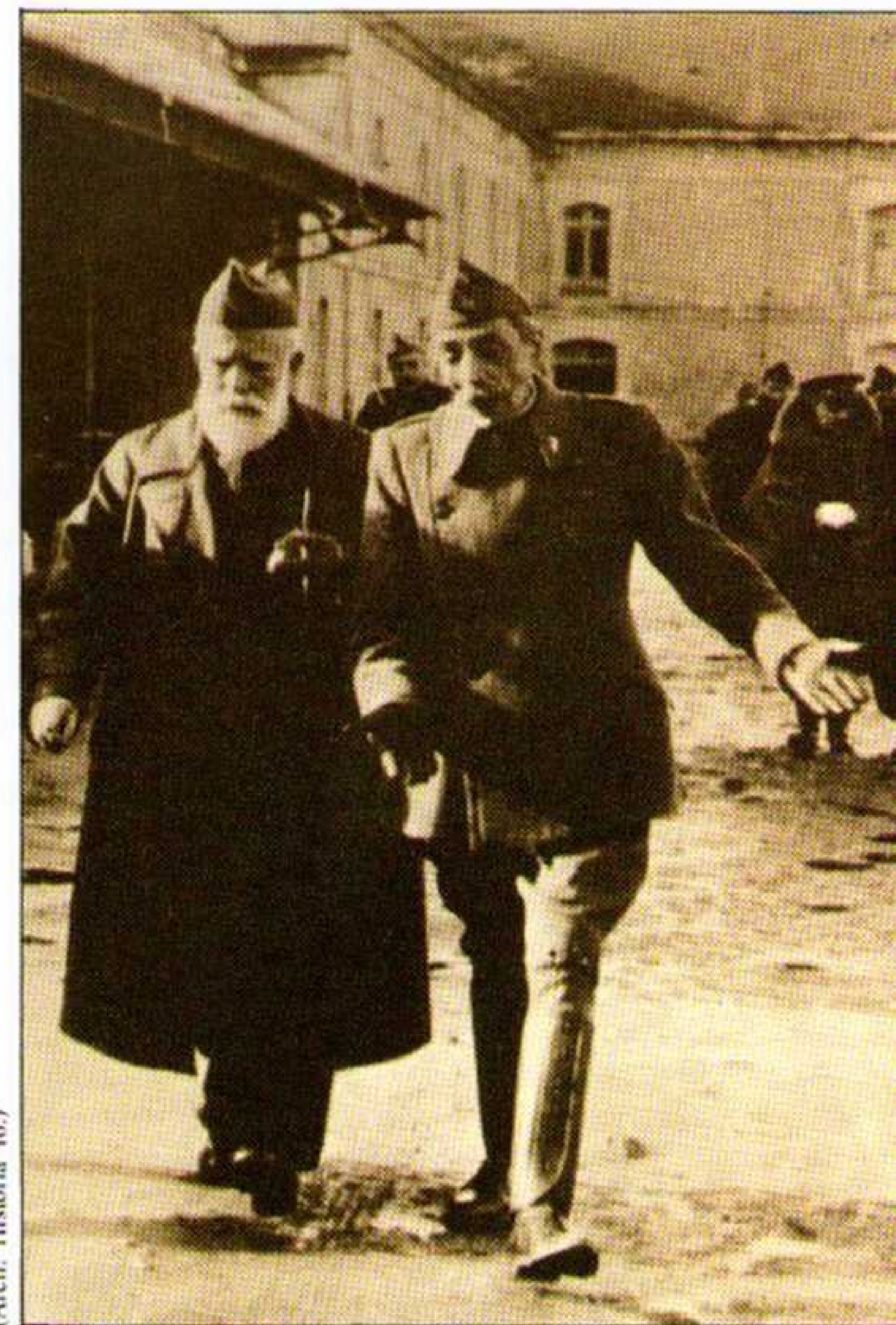
(Col. Luis Gasca.)

satisfacer a los nacionalistas catalanes. Como economista, se decía de él que era un «gran helenista».

Cinco de los miembros de este gobierno tenían un atributo en común: eran francmasones y, por consiguiente, sus enemigos conservadores sospechaban que tenían lealtades antiespañolas [16].

En el siglo XIX, la mayoría de los liberales españoles habían sido miembros de una u otra de las logias masónicas que, introducidas en España en el siglo XVIII, se habían extendido mucho durante las guerras napoleónicas. En el siglo XX, las personas de ideas progresivas, tanto en España como en el resto de Europa, se sintieron obligadas a ingresar en una logia, sobre todo como postura personal. Aunque al ingresar suscribían los principios de la revolución francesa de libertad, igualdad y fraternidad, los masones, sin embargo, constituían una sociedad secreta sin una verdadera política. Pero la masonería española, aunque no tuviera objetivos políticos claros, era antirreligiosa y anticlerical [17]. Como en España el no creer en Dios era un acto con consecuencias políticas, los eclesiásticos y las personas de derechas creían que la masonería era una conspiración internacional diabólica, organizada en la *City* de Londres, cuya finalidad era implantar el comunismo ateo. Los jesuitas consideraban especialmente perversa a la masonería, porque veían en sus ritos secretos una parodia profana de su propia orden [18]. Semejante hostilidad, naturalmente, sólo sirvió para aumentar el carácter secreto de los masones. Pero no por esto los masones de España tuvieron un frente político definido. Puede que los masones franceses financiaran el anticlericalismo en otros países y las logias españolas hubieran actuado como centros de conspiración contra Primo de Rivera. Pero, más adelante, hubo divisiones entre ellas. Algunos generales, como Goded, Queipo de Llano y Cabanellas, pertenecían a una logia militar, muchos de cuyos miembros eran fervientes republicanos. Las relaciones entre masonería y marxismo también fueron objeto de apasionados debates. Entre los hombres de la Institución Libre de Enseñanza raros eran los masones. Por lo tanto, no puede considerarse que los masones tuvieran importancia política en los años 30, aunque algunos políticos, como Martínez Barrio, debieran gran parte de su influencia al rango que ocupaban dentro de la masonería [19].

A lo largo de todo el siglo XIX, la masonería tuvo mucha extensión y ejerció considerable influencia en el ejército. Con menor arraigo y fuerza, esa influencia ha continuado, y durante la República no son pocos los masones lo mismo entre los altos mandos que entre jefes y oficiales. Al llegar la guerra civil, muchos de ellos, la gran mayoría, quedarán en las filas del gobierno, pero algunos que son o han sido masones van a inclinarse por los sublevados. A Cabanellas, a la izquierda de la fotografía, suele considerársele como uno de ellos, y el más significativo, pero no el único, ni mucho menos.


(Arch. Historia 16.)

[16] Joaquín Arrarás, *Historia de la Segunda República* (Madrid, 1956-1964), vol. I, p. 53. Los cinco masones eran De los Ríos, Martínez Barrio, Alvaro de Albornoz, Casares Quiroga y Marcelino Domingo. Azaña se hizo masón a principios de 1932.

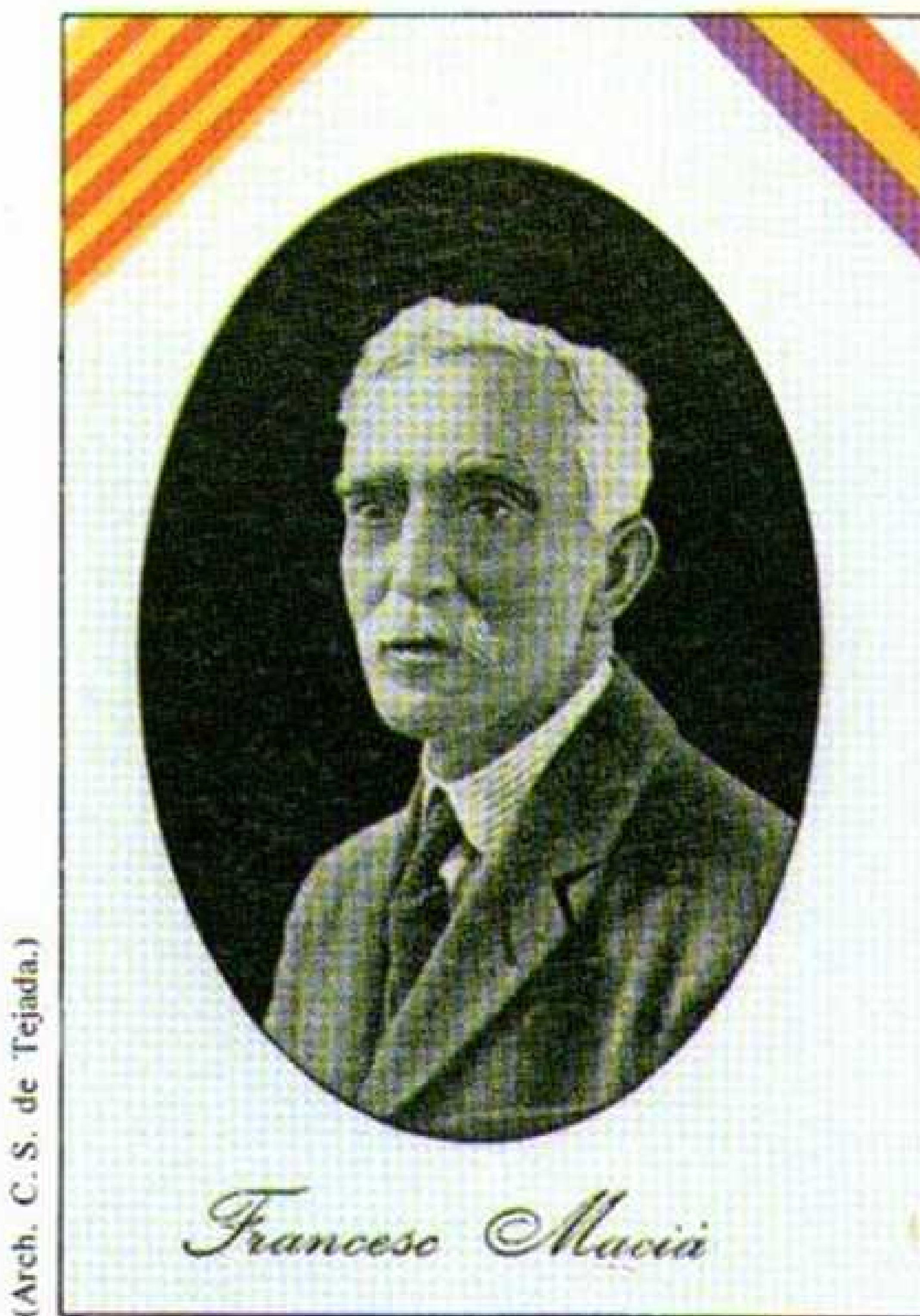
[17] Parece ser que hubo una ruptura entre los masones ingleses y los europeos en la década de 1880, cuando los hermanos continentales decidieron que ya no podían soportar la menor referencia a Dios, ni siquiera bajo el nombre de «Supremo Arquitecto», en los estatutos de su orden.

[18] Puesto que se habían hecho masones muchas personas destacadas a las que no se podía acusar de ser comunistas disfrazados, los publicistas clericales se veían obligados a distinguir entre los que eran instrumentos ciegos en manos del «terrible hermano» y aquellos que conocían sus oscuros designios.

[19] Hay un estudio útil sobre la masonería española en *La Révolution espagnole vue par une Républicaine* (París, 1937), de la diputada del Partido Radical Clara Campoamor. Véase también Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939* (Princeton, 1965), p. 510. El diputado católico Gil Robles (p. 94) da una enumeración de masones españoles que probablemente refleja lo que él y la Iglesia creían que era cierto: de un total de algo más de 11.600, 3.660 eran nativos de Cádiz, lo cual indica la importancia de ese puerto en los siglos XVIII o XIX, más que en el XX.

La cuestión catalana

En la página siguiente: el antiguo pleito catalanista está resolviéndose por vías políticas. Al parlamento de Madrid va a ser presentado un estatuto de autonomía. Al pie de un vagón de ferrocarril, en el que viajan mozos de escuadra, se fotografía el presidente de la Generalitat, Francisco Macià, entre el alcalde de Barcelona Jaime Ayguadé y el jefe de esta guardia rural catalana, que es a la vez guardia de honor presidencial, comandante Enrique Pérez Farrás. Abajo: cartel electoral de la derecha propugnando la escuela católica en contraposición a la laica. Y una antigua postal (1908) con una de las estrofas y la música del himno de Els Segadors.



(Arch. C. S. de Tejada.)

FRANCESC MACIA I LLUSSA (Villanueva y Geltrú, 1859-Barcelona, 1933)

Más que un político, puede decirse que Francesc Macià fue un líder carismático. La desafortunada política catalana de Primo de Rivera terminó por convertir a «l'Avi», como cariñosamente se le conocía, en un símbolo, dotándole de una aureola romántica y aventurera intensificada por su pasión de popularidad. Sin embargo, como señala Jesús Pabón, su exaltación estaba frecuentemente «corregida o compensada por un

El problema de Cataluña era el primero que tenía que afrontar la nueva República. Las cuatro provincias de Cataluña habían disfrutado de un pasado medieval de próspera independencia y preeminencia comercial, tema favorito de los románticos. La industrialización y la reducción del analfabetismo en el siglo XIX, como hemos visto, crearon un deseo de autonomía que, al verse frustrado, se convirtió en un movimiento nacionalista. Más rica que cualquier otra parte de la Península, con una estructura de clase moderna y una cultura mediterránea, Cataluña podría haber prosperado dentro de un Estado federal español. Necesariamente tenía que ser rebelde dentro de la estructura borbónica, centralizada y carente de imaginación. La hostilidad al librecambismo y el deseo de proteccionismo tuvieron una parte en la aparición del nacionalismo catalán. Los catalanes, además, se consideraban un «miembro vital» ligado al «cuerpo moribundo» de Castilla.

El catalanismo, sin embargo, debía su fuerza a una combinación de esta interpretación económica con un renacimiento literario manifiesto en los Juegos Florales que habían empezado en 1859, las competiciones poéticas en catalán, así como en la obra de varios poetas, encabezados por el sacerdote romántico Jacint Verdaguer. El académico Milá i Fontanals resucitó la literatura antigua catalana con gran erudición. Marian Angulo recogía las canciones populares, mientras que poetas como Maragall y Carner demostraron que el catalán se prestaba a muchos estilos de poesía lírica. Guimerá hizo lo mismo para el teatro. En los primeros años del siglo XX, la importancia económica de Cataluña aumentó gracias al desarrollo de la energía hidroeléctrica en los Pirineos orientales. Desde Cataluña se hizo llegar la energía hidroeléctrica a Madrid y Valencia, mientras que el suministro eléctrico en esta zona se concentró en la gran compañía de propiedad y financiación norteamericana «La Canadiense» (Barcelona Traction Company). Mientras tanto, los monjes del monasterio benedictino de Montserrat traducían la Biblia al catalán, de las imprentas catalanas salía un alud de literatura original y traducida, se compilaba un voluminoso diccionario y se fundaban muchos periódicos. El catalán se hablaba más que nunca y se convirtió en el idioma habitual de los ayuntamientos. Las excursiones para redescubrir el país catalán; el culto a la danza nacional, la sardana; la creación de coros populares e incluso la adopción de la patrona nacional *(la Mare de Déu de Montserrat),* fueron las manifestaciones culturales de un fuerte nacionalismo político que, fundado en la década de 1880 por Prat de Riba, en 1931 contaba con la lealtad de la mayor parte de la clase media catalana. La Iglesia apoyaba hasta cierto punto al movimiento catalán, en gran medida por la razón negativa de que el catalanismo era antiliberal del mismo modo que todos los movimientos regionalistas lo habían sido alguna vez. Pero el federalismo en el que podría encajarse fácilmente el catalanismo era, no obstante, más de izquierdas que de derechas. Posteriormente se produjo un renacimiento valencianista de carácter político menos

(Efe.)



(Salmer.)





(Col. familia Feo.)

desconcertante buen sentido, por una muestra de su espíritu práctico, moderado, hábil. Ojos de iluminado, modales de señor, pasos de payés».
Hijo de un comerciante de vinos y aceites, Francesc Macià i Llussà ingresó con quince años en la Academia de Ingenieros Militares de Guadalajara. Fue destinado como teniente a Madrid y luego a Barcelona. Sus primeros problemas con el ejército surgieron en 1905, siendo ya teniente coronel, con motivo del asalto de un grupo de oficiales a los locales del semanario satírico Cu-Cut! **Macià mostró su total desacuerdo con el acto, desencadenando una virulenta polémica.**
Al año siguiente se presentó como candidato de Solidaritat Catalana por Barcelona y Borjas Blancas. El ejército lo consideró como un acto de insubordinación. Elegido en las dos circunscripciones (marzo de 1907) renunció a la primera. Pocos días después, un real decreto anunciaba por sorpresa su ascenso a coronel y su traslado a Santoña (Santander), al mismo tiempo que se le formaba un tribunal de honor para juzgar su conducta. Finalmente, tuvo que pedir la separación del ejército.
Desde entonces volcó toda su actividad en la vida política, acentuando progresivamente su catalanismo y su radicalismo, hasta el punto de que en la Asamblea de Parlamentarios celebrada en Barcelona en julio de 1917, propugnó que la reunión se transformase en una convención, planteando una situación revolucionaria que sería defendida con las armas. En 1919 fundó la Federació Democràtica Nacionalista, **y en 1922, el** Estat Català, **distintos nombres para la misma fuerza política nacionalista.**
Al producirse el golpe de Estado de Primo de Rivera se exilió a Francia. Viajó por América, y consiguió una ayuda económica importante de catalanes allí establecidos; visitó la Unión Soviética y se puso en contacto con la CNT y con los no catalanes exiliados en Francia para formar un movimiento contra la Dictadura. En octubre de 1926 preparó un ilusorio plan de invasión de Cataluña; traicionado por Ricciotti Garibaldi, nieto del revolucionario italiano y posible agente de Mussolini, fue detenido junto con otros conjurados por la policía francesa. Su proceso en París, que terminó con una orden de expulsión después de algunas semanas de cárcel, fue explotado internacionalmente en beneficio de la causa del nacionalismo catalán.
En febrero de 1931 regresó a Cataluña. Poco después se formó la coalición Esquerra Republicana de Catalunya, **con Macià como presidente del consejo di-**


(Keystone.)

marcado. El mallorquín jugó también un importante papel en el renacimiento catalán.
En Cataluña había una multitud de partidos políticos, todos ellos dominados por personas que, en mayor o menor medida, rechazaban la autoridad del Estado unitario castellano. Ningún partido había podido actuar en tiempos de Primo de Rivera, ni en Cataluña, ni en ninguna parte. Incluso habían sido cerrados los centros del prometedor partido de la burguesía catalana, la *Lliga Regionalista*. Pero el triunfo de los antimonárquicos en las elecciones municipales de abril de 1931 en Barcelona había sido incluso mayor que en ningún otro sitio. Además, para ser exactos, aquí se había logrado la victoria gracias a la *Esquerra,* un nuevo partido cuyo jefe era un anciano coronel, honorable y romántico, Francisco Macià, *«l'Avi»,* que se había pasado la época de la dictadura de Primo de Rivera conspirando en Francia, en América Latina y hasta en Moscú. Aparte de su jefe, la *Esquerra* era un partido de intelectuales, de pequeños comerciantes, que representaba a la clase media baja de Barcelona [20]. Hacia 1930, los industriales catalanes se habían asustado con la actuación de los anarquistas en sus fábricas entre 1917

y 1923, y ante el fracaso de tantas empresas valientes, se aliaron con las derechas ortodoxas españolas. La clase alta catalana, en tiempos, había esperado regenerar a España mediante el resurgimiento de Cataluña. Su jefe, Cambó, había combatido a los antiguos caciques locales a principios de siglo [21]. Pero ahora combatía a las izquierdas y a los radicales. En varias ocasiones, el movimiento catalán había unido a izquierdas y derechas en la causa nacionalista (notablemente en la alianza de la Solidaridad Catalana, en 1906), pero ahora la posibilidad de que volviera a surgir ese frente común era remota.

En 1913, las diputaciones provinciales de las cuatro provincias catalanas se habían fusionado para algunas de sus funciones, de acuerdo con la ley de Canalejas, creando una precursora de la autonomía, la Mancomunidad, que no había afectado a la soberanía española. Primo de Rivera la había abolido. ¿Iba a ser restaurada ahora? ¿O la *Esquerra* iría más lejos? Manuel Carrasco Formiguera, un abogado catalán, invocó a Cataluña para que «declarara

[20] La *Esquerra Republicana de Catalunya* —este era su nombre completo— era una combinación de un antiguo partido radical, básicamente de clase media baja, el *Partit Republicà Catalanista* (PRC); *Estat Català*, un grupo de separatistas encabezados por Macià y un grupo de socialistas catalanes formado en torno al periódico *L'Opinió*. Otros partidos catalanes activos en 1931 eran *Acció Catalana* (procedente de una escisión de la juventud de la *Lliga* producida en 1922), que no quedó bien en las elecciones. La *Lliga* y los radicales obtuvieron el segundo y tercer puestos, a gran distancia de la *Esquerra*, que había incluido en su manifiesto el objetivo de «la socialización de la riqueza en beneficio de la comunidad», atrayendo con ello a algunos miembros de las izquierdas revolucionarias. Macià, el hombre más famoso de las izquierdas catalanas, había sido licenciado del ejército en 1906 por atacar la Ley de Jurisdicciones.

[21] Tomás Pamies, en su *Testamento de Praga* (Barcelona, 1970) recuerda (p. 53) que la primera vez que oyó la palabra »revolución» fue en los discursos de un grupo de forasteros que habían llegado a Balaguer (Lérida) en 1908: uno de los oradores era Cambó. Pamies se unió a los «revolucionarios» convirtiéndose en anarquista, después en comunista, y después de veinticinco años de exilio murió en 1968 siendo jardinero municipal en Praga.

rectivo, que obtuvo un éxito inesperado en las elecciones municipales. El 14 de abril, al conocerse los resultados, después de que Companys hubiese proclamado la República desde el balcón del ayuntamiento barcelonés, Macià y un grupo de sus partidarios penetraron en la Diputación de Barcelona y desde el balcón proclamaron la República Catalana. Tras unas negociaciones, el gobierno provisional de Madrid consiguió que el título del gobierno autónomo fuera el de Generalitat de Catalunya. **Al ceder, Macià exclamó: «Hoy hago el mayor sacrificio de mi vida.»**

Desde la presidencia de la Generalitat, **que ejercía provisionalmente, Macià convocó el plebiscito de 2 de agosto de 1931, en el que se aprobó por una mayoría abrumadora el proyecto de Estatuto de Autonomía, que las Cortes Constituyentes aprobaron introduciendo bastantes cambios, el 9 de septiembre de 1932. El 14 de diciembre de 1932, Macià fue elegido presidente de** la Generalitat. **Previamente había conseguido las actas de diputado por Barcelona y Lérida (optó por la segunda) y del Parlamento de Cataluña por Barcelona. Murió el 25 de diciembre de 1933.**

El 10 de octubre de 1979 tuvo lugar en el cementerio de Montjuïc una extraña ceremonia de «reencuentro de los restos del presidente Macià», al ser restituido a su tumba el corazón del líder catalanista, que había sido extraído del cadáver poco después de su muerte y que desde enero de 1939 se encontraba en poder de Josep Tarradellas.



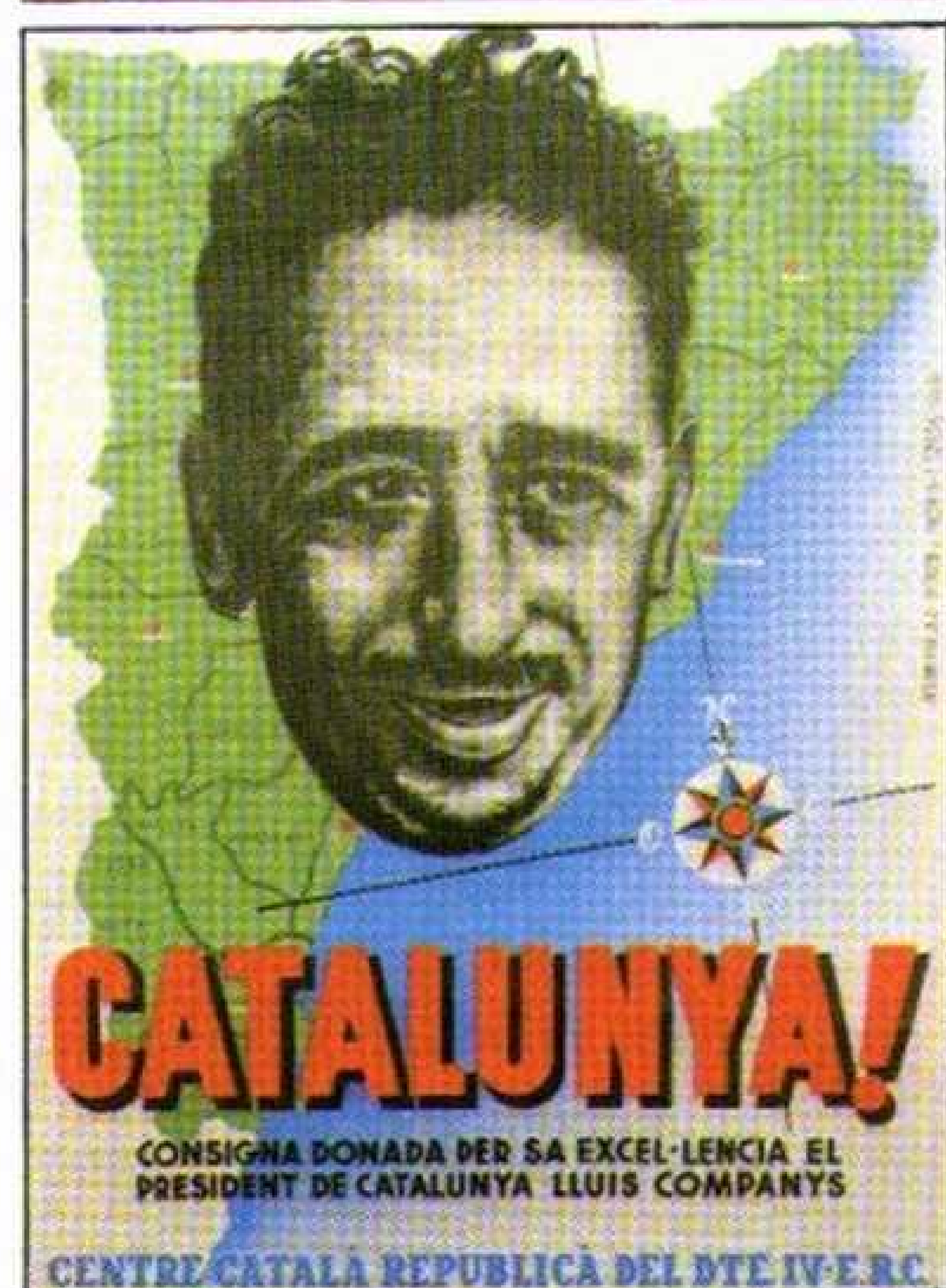
(Keystone.)

El general López Ochoa (en la página anterior), masón y republicano, se hace cargo en Cataluña del mando de la Capitanía General en sustitución del general Despujol. A pesar de las simpatías de López Ochoa hacia el catalanismo, el ejército se mantiene en la más estricta disciplina en estas cuestiones. Una gran parte de la oficialidad, probablemente la mayoría, se muestra disconforme con el estatuto.

A la secularización de los cementerios se le atribuye una importancia desmesurada por parte de las izquierdas, y las derechas la consideran una acción vejatoria y nefanda. En algunos lugares (y el fotografiado aquí pudiera ser uno de ellos) se construye un tabique para derribarlo luego en acto simbólico. Companys, en segundo término; Lluhí, con pajarita, Casanovas y otros asisten al acto solemne.



(Salmer.)



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

Lluís Companys, concejal electo por la Esquerra, es quien ha proclamado la República en Barcelona, izando la bandera tricolor en el balcón del ayuntamiento (una hora después Maciá proclama la República catalana desde la Generalitat). Los carteles pertenecen a época posterior, a la campaña electoral de febrero de 1936, de la cual saldrá triunfante el Front d'Esquerras, equivalente al Frente Popular. A partir de enero de 1934, Companys será presidente de la Generalitat.

la guerra a España». Cuando los concejales elegidos en 1931 salieron al balcón de la plaza de San Jaime, no sólo se oyó *La Marsellesa* y *Els Segadors*, el himno nacional catalán, sino también gritos que pedían una república catalana independiente. Lluís Companys, lugarteniente de Maciá, un joven abogado que se había hecho una reputación en los años 20 defendiendo a anarquistas y cobrando honorarios simbólicos, proclamó la República, y una hora más tarde, desde la Generalitat, Macià proclamó «la República catalana» como «Estado integrante de la Federación Ibérica». Por esta razón, Nicolau d'Olwer, Marcelino Domingo (ambos catalanes de nacimiento) y Fernando de los Ríos hicieron un viaje precipitado a Barcelona para persuadir a Macià a que esperara la aprobación de un estatuto catalán de autonomía por las nuevas Cortes, que iban a ser elegidas inmediatamente. Macià accedió, a pesar de que Barcelona estaba en sus manos. Indudablemente demostró prudencia al ser paciente, puesto que los habitantes de Barcelona no eran, ni mucho menos, todos catalanes: más de un tercio de la población de la ciudad eran inmigrantes o habían nacido fuera de Cataluña. Y no podían adivinarse sus opiniones políticas [22].

La luna de miel de la nueva República duró un mes. Durante este tiempo, la República salía caricaturizada en la prensa como «la niña bonita», en la línea de la feliz *Marianne* del otro lado de los Pirineos; había aparecido por primera vez en 1812 simbolizando la Constitución de Cádiz. El gobierno hizo planes para unas elecciones en junio, de las que saldrían unas Cortes provisionales. Estas aprobarían una Constitución. Entretanto, la bandera roja y gualda de la monarquía fue sustituida por una tricolor, roja, amarilla y morada; el himno nacional pasó de ser la *Marcha Real* al *Himno de Riego* (el himno de los constitucionalistas en 1820), y muchas calles fueron bautizadas de nuevo con nombres de resonancia republicana.

Companys, que se convirtió en el primer gobernador civil republicano de Barcelona, destruyó los archivos policiales, en los que figuraban tanto anarquistas como delincuentes comunes. El gobierno hizo públicos unos proyectos para la construcción de miles de nuevas escuelas primarias, y el 6 de mayo decretó que a partir de entonces la instrucción religiosa ya no sería obligatoria en las escuelas del Estado, aunque «podría darse» a los niños cuyos padres la solicitaran. Este cambio era sorprendente en España.

Los enemigos de la República, sin embargo, ya se estaban agrupando. Los anarquistas se aprovecharon de la actitud benévola de Maciá para con ellos y del bandazo antiautoritario del país para saldar algunas viejas cuentas en Barcelona, a pesar de que su directorio nacional se había declarado contrario a una vuelta al terrorismo. Mientras tanto, la República no hizo ninguna purga en la administración nacional ni local, ni en la policía, el profesorado o las representaciones del gobierno. La judicatura siguió siendo la misma. Y lo mismo, desde luego, el ejército. Esta combinación de

[22] Albert Balcells, *Crisis económica y agitación social en Cataluña (1930-1936)* (Barcelona, 1971), p. 18.


(Keystone.)

Las muchedumbres que enfervorizadas recorren las calles céntricas barcelonesas durante dos días, se muestran en su mayoría excluyentes, y una de las consignas más repetidas y coreadas es «¡Visca Macià, mori Cambó!» La Lliga, que cuenta con numerosos partidarios, aceptará la República y sus hombres colaborarán activamente para la implantación de la autonomía.
En este camión, apartado de las vías concurridas, se alzan la bandera tricolor, a la cual llaman «republicana», y la catalana. Salvo excepciones, el espíritu popular no es secesionista.

políticos inexpertos y reformistas con una estructura gubernamental conservadora presentaría muchas dificultades.

Además, aunque la gran depresión había sido menos dura en España que en los países industriales más avanzados, también presentó en este país grandes dificultades, especialmente en el terreno minero. A lo largo de 1931 empezarían a notarse los efectos de la depresión en Cataluña. Entretanto, el regreso de muchos trabajadores del extranjero, particularmente de América, exacerbaría el paro en las regiones más pobres, como Galicia y Andalucía. En el campo, el paro siempre sería doblemente duro que en las ciudades, aunque se notara menos. Y por entonces en España no había subsidio de paro, y los servicios sociales en general eran rudimentarios, en comparación con los que existían en el norte de Europa [23].
Finalmente, el primer estallido de la contienda que continuaría

[23] La historia económica general de la República se comenta más adelante. Véase Balcells, p. 10.



(Popperfoto.)

El cardenal Pedro Segura, arzobispo de Toledo y primado de la Iglesia española, representa las posiciones del catolicismo más intransigente. De buscar la manera de contrapesarle, habría que recurrir a un laico (que después alcanzará la mitra), Angel Herrera Oria, director de El Debate, *diario de gran influencia.*
El cartel (página siguiente), muestra del extendido anticlericalismo de muchos españoles, es posterior a julio de 1936.

hasta la guerra civil fue la grave, pero violenta, pastoral del cardenal Segura, arzobispo de Toledo y primado de la Iglesia española, hecha pública a principios de mayo.

El cardenal Segura

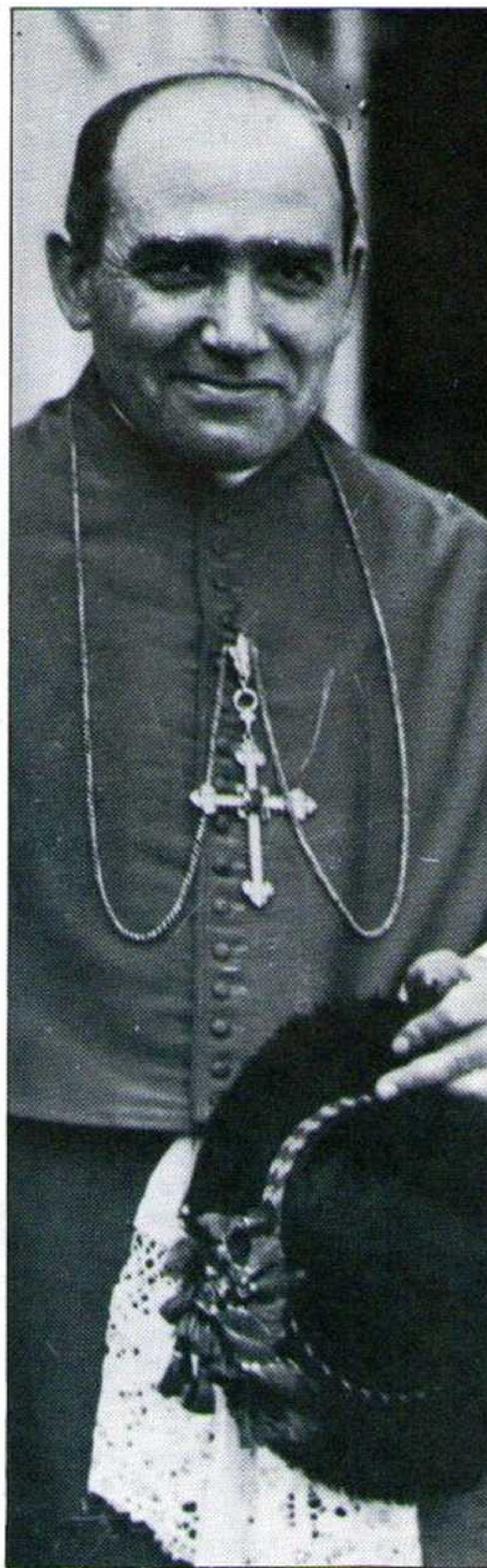
Este resuelto primado combinaba la inteligencia con la obstinación. Obispo a los treinta y cinco años, había sido trasladado desde su oscura diócesis de Extremadura por intervención especial del rey. Era un erudito que alardeaba de tener tres doctorados, y cuando

una vez al año se dedicaba al trabajo social, trabajaba tan duramente como cualquier párroco. En 1931 no había cumplido aún los cincuenta años y estaba en la cúspide de su carrera. Su carta pastoral empezaba con un elogio a Alfonso XIII, y terminaba con estas amenazadoras palabras: «Si permanecemos quietos y ociosos y nos dejamos ir hacia la apatía y cortedad; si dejamos abierto el camino a todos aquellos que intentan destruir la religión o si esperamos la benevolencia de nuestros enemigos para asegurar el triunfo de nuestros ideales, no tendremos ningún derecho a quejarnos cuando la amarga realidad nos muestre que hemos tenido la victoria en nuestras manos, pero que no hemos sabido luchar como intrépidos guerreros dispuestos a sucumbir gloriosamente» [24].

[24] *El Sol*, 7 de mayo de 1931. «Quietos y ociosos» y «apatía y cortedad» eran palabras empleadas en una encíclica de León XIII. Segura odiaba al fascismo y fue amigo de Inglaterra en la segunda guerra mundial.



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)



(Efe.)

PEDRO SEGURA Y SAEZ (Carazo, Burgos, 1880-Madrid, 1957)

De indudable rectitud, virtuoso, intransigente, sin ningún tacto diplomático, el cardenal Segura fue por encima de todo «el hombre que sólo inclinó su frente ante el papa». Enemigo implacable de la República, lo fue igualmente de Franco.
Hijo de maestros, nació el 4 de diciembre de 1880. Estudió en la Universidad Pontificia de Comillas, doctorándose en Teología, Derecho Canónico y Filosofía. Se ordenó sacerdote el 9 de junio

de 1906. En marzo de 1916 fue preconizado obispo de Apolonia, y más adelante, obispo de Coria (julio de 1920) y arzobispo de Burgos (diciembre de 1926). El 19 de diciembre de 1927 ocupó la silla primada de Toledo y fue nombrado cardenal. Según parece, el propio Alfonso XIII pidió su nombramiento.
Al poco de proclamarse la República, el cardenal Segura lanzó una violenta diatriba contra el nuevo régimen en su pastoral del 1 de mayo de 1931. En ella llegaba a afirmar: «Cuando los enemigos del reinado de Jesucristo avanzan resueltamente, ningún católico puede permanecer inactivo.» El 13 de mayo partió hacia Roma, volvió a España el 9 de junio y cuatro días más tarde fue detenido en Guadajara y expulsado del territorio nacional. Desde el destierro, según unos documentos encontrados al vicario de Vitoria cuando intentaba pasar la frontera, ordenó la venta de ciertos bienes parroquiales para enviar el dinero fuera de España. Finalmente, las presiones del gobierno de Madrid decidieron a Pío XI a sustituirle. El 26 de septiembre, Segura envió una carta al pontífice poniendo a su disposición su cargo. El ofrecimiento fue aceptado el 1 de octubre. Entre 1931 y 1937, el cardenal residió sucesivamente en Bayona, Lisieux y Roma, donde fue incorporado a la curia pontificia.
En 1937 regresó a España, y el 2 de octubre se hizo cargo de la diócesis de Sevilla. Desde entonces hasta su muerte, su voz fue la única nota disonante en una Iglesia comprometida con el régimen franquista. Se opuso a que los nombres de los caídos se inscribieran en las iglesias de su archidiócesis, y no escatimó los desaires al jefe del Estado, no permitiéndole que entrase bajo palio en la catedral ni en ninguna iglesia de Sevilla. Con motivo de una comida oficial protagonizó un incidente bastante comentado, exigiendo ocupar la segunda presidencia en lugar de la esposa de Franco. Sus famosas sabatinas abundaron en críticas al sistema, incluso personales. Por su parte, Franco hizo planes para expulsarle de España —como la República—, y llegó a referirse a la «perturbación mental» del prelado. En noviembre de 1954, José María Bueno Monreal fue nombrado por sorpresa, mientras Segura se encontraba en Roma, coadjutor auxiliar de la archidiócesis cum iure sucesionis, **en tanto que al controvertido cardenal le fueron retirados poderes y administraciones. Falleció el 7 de abril de 1957.**

4

La Iglesia española en 1931

La Iglesia española, en los años 30, contaba con unos 20.000 religiosos, 60.000 monjas y 35.000 sacerdotes. Había casi 5.000 comunidades religiosas, de las cuales aproximadamente 1.000 eran masculinas y el resto femeninas [1]. Sin embargo, en los años 30 dos tercios de los españoles eran católicos no practicantes; es decir, aunque utilizaban las iglesias para bautizos, bodas y funerales, nunca se confesaban ni iban a misa. Según el padre jesuita Francisco Peiró, sólo el 5 por 100 de la población rural de Castilla la Nueva cumplió sus deberes pascuales en 1931. En algunos pueblos de Andalucía, únicamente iba a la iglesia el 1 por 100 de los hombres [2]. En otros pueblos, el cura decía la misa solo. En la parroquia de San Ramón, en el barrio madrileño de Vallecas, el 90 por 100 de las personas educadas en colegios religiosos no se confesaban ni asistían a misa una vez abandonado el colegio [3]. Aunque en el campo las cifras eran muy diferentes, las que hemos citado sirven de base estadística para la imprudente afirmación de Manuel Azaña cuando dijo que España había dejado de ser católica [4].

Su papel en la historia de España

Azaña quería decir que España ya no era totalmente católica, como lo había sido, por ejemplo, en el dorado siglo XVI. En aquella época, la Iglesia había sido el único vínculo entre las provincias. La Inquisición española, instituida como tribunal de la ortodoxia religiosa, era la única institución jurídica respetada en todo el país. Financiados por la riqueza procedente de las colonias americanas, los reyes de la dinastía Habsburgo habían intentado conseguir una unidad cultural y política en Europa no alcanzada nunca, ni siquiera en la Edad Media. Los poderosos ejércitos españoles habían sido empleados en un nuevo intento de Reconquista: la de Europa a los protestantes y la del Mediterráneo a los turcos.

1 *Anuario Estadístico de España*, 1931, pp. 664-665. Véase José M. Sánchez, *Reform and Reaction* (Chapel Hill, 1962).

2 Las mujeres españolas son mucho más religiosas que los hombres, un signo más de la posición femenina dominante en la Iglesia, expresada por el papel atribuido en España a la Virgen María, tan exagerado que roza con la mariolatría.

3 Citado por Gerald Brenan en *The Spanish Labyrinth* (Cambridge, 1943), p. 53.

4 Discurso del 13 de octubre de 1931, en *Obras Completas*, vol. III, p. 51. El diario de Azaña de aquel día, aunque señala la aprobación con que fue recibido el discurso, no indica que él fuera consciente de haber dicho algo que pudiera usarse contra su persona. Véase vol. IV, p. 178: «El discurso me salió muy bien, como un sueño, [...] palabra por palabra [...]. Lerroux me cubrió de elogios». Si Azaña hubiera dicho que España había dejado de ser clerical, habría estado más sutil.

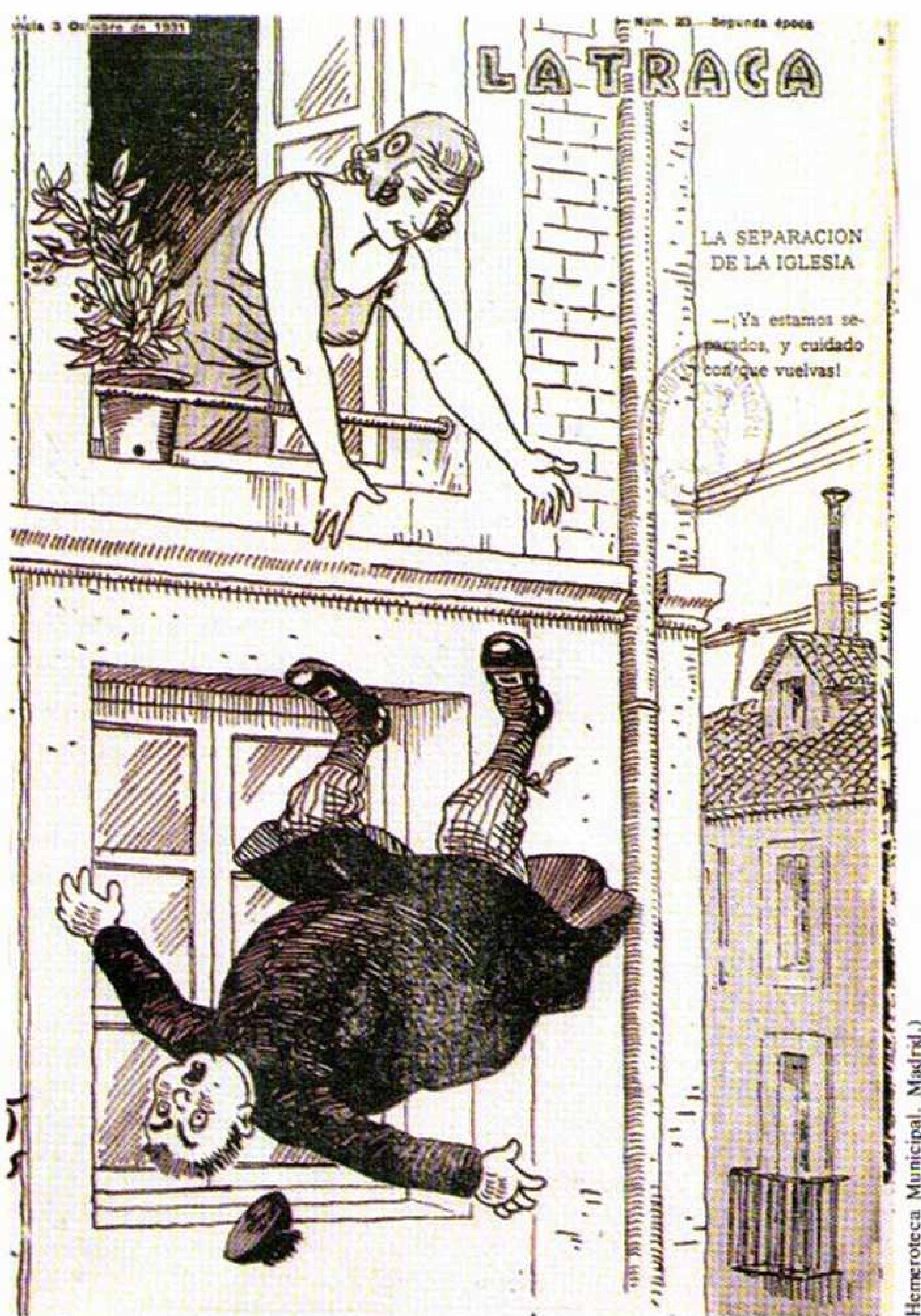
El rey español había ceñido muy ufano la espada temporal de la Contrarreforma, dirigida en el terreno teológico por la Compañía de Jesús, fundada por el vasco Ignacio y conservando siempre características españolas.

Por lo tanto, el siglo de oro español, cuando el país se puso a la altura de los que han sido, por más o menos tiempo, los grandes de la tierra, fue también la época de apogeo de la Iglesia española. Y si la Iglesia era el lazo que unía geográficamente la nación, también lo hizo socialmente. Los teólogos españoles, al no haber una reforma, se libraban de las argumentaciones sobre las formas del culto tan abrumadoras en el norte de Europa. Por lo tanto, podían discutir, con una terminología casi moderna, sobre las relaciones entre ciudadano y sociedad, e incluso plantear el problema de una distribución más equitativa de la tierra. Sin embargo, las grandes naciones vienen a menos por las mismas razones que las alzaron por encima de las demás. Las aspiraciones seudomedievales de los Habsburgo agotaron el tesoro. La hostilidad de la Iglesia española hacia el comercio, unida a la facilidad con que podía importarse el oro y la plata de América, extinguieron la vitalidad econó-

El anticlericalismo, que en sus aspectos gráficos y literarios tiene una difusión popular decimonónica, se manifiesta durante el período republicano en numerosas revistas, entre las cuales la de mayor difusión es el semanario La Traca, *que se edita en Valencia y se distribuye en toda España. Las situaciones conflictivas motivadas por las cuestiones religiosas, y el frenesí que alcanzan en su exteriorización, crean un clima favorable a este tipo de publicaciones, que, a su vez, contribuyen a radicalizar el problema.*

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)





(Hemeroteca Municipal. Madrid.)


(Efe.)

Francisco Giner de los Ríos es un ilustre pedagogo, escritor y, en alguna medida, político. Nació en Ronda, en 1839. Instalado en Madrid, tomó contacto con los krausistas, convirtiéndose en discípulo de Sanz del Río. Catedrático de Filosofía del Derecho, entró en conflicto con las autoridades académicas: renunció a la cátedra, fue repuesto en ella; destituido después, llegó a sufrir confinamiento en un castillo, pero al final fue de nuevo repuesto. De ideas liberales, austero de conducta y profundamente humano, fundó en 1876 la Institución Libre de Enseñanza. Junto a él estaban, además de su hermano Hermenegildo, Gumersindo Azcárate, Joaquín Costa, Figuerola, Nicolás Salmerón... La cultura y el espíritu de la Institución se reflejan en la generación del 98 e influyen sobre muchos políticos e intelectuales de la República. Madariaga le consideró «esperanza de España», opuesto a la «tradición española de intervención violenta en la cosa pública».

mica de España. La tensión entre cristianos y judíos conversos dio a las controversias intelectuales de este período un matiz casi racista; el «siglo de oro» se volvió de plomo mucho antes de acabar. Cervantes, que escribía cuando las consecuencias económicas de la desorbitada ansia de grandezas española se hacían ya sentir, creó la figura de Don Quijote, el personaje más grande de la literatura española, arquetipo del caballero andante en busca de una gloria vana; y el mantenimiento quijotesco de una serie de puntos de vista medievales en el nuevo mundo de la Europa del Renacimiento se convirtió pronto en la característica de un país que había sido el primero en revelar el verdadero nuevo mundo al otro lado del Atlántico. Las ideas de justicia social predicadas por los teólogos reforzaban un punto de vista premercantil que al mismo tiempo recordaba a la escolástica y anticipaba el socialismo. La decadencia intelectual de la Iglesia continuó hasta el punto de que hombres cultos de la más ilustre universidad de España, la de Salamanca, discutían solemnemente, en el siglo XVIII, sobre el idioma que hablaban los ángeles, o si el cielo estaba hecho de un líquido parecido al vino, o de bronce de campanas [5]. Durante estos años no había un solo protestante en España, y no se oía una sola crítica contra la presión de la Iglesia sobre el pensamiento de la nación. España poseyó, hasta el siglo XVIII, el mayor imperio del mundo. Pero la cultura española, igual que las costumbres de la corte, se volvió excesivamente formalista, y decayó después de la muerte de Velázquez, en 1660. Las instituciones libres de las provincias, que habían sido de las cosas más vivas de España, decayeron bajo la pesada mano de la burocracia de los Habsburgo y de los Borbones. En el siglo XVIII, las ideas de los filósofos franceses empezaron a popularizarse en las corte de los Borbones españoles. Pero, después del hundimiento de los Borbones en las guerras napoleónicas, la Iglesia, que había aumentado su popularidad gracias a su oposición a Napoleón, se convirtió en el centro de la resistencia contra las ideas liberales. Sus representantes más violentos se agruparon en la sociedad del «Angel Exterminador». Vino la primera guerra carlista. Durante este período, persistía el bajo nivel intelectual del clero. El mayor éxito de los liberales fue la desamortización de las tierras de la Iglesia en 1837. Aunque la Iglesia recibió una compensación, fue en forma de dinero. No pudo recuperar las tierras, que habían comprado los especuladores de la clase media. A partir de entonces, aun cuando la Iglesia mantuvo una oposición implacable contra las ideas liberales, se redujo su influencia sobre la clase trabajadora [6].

La aparición de la Institución Libre de Enseñanza a finales del si-

[5] Ballesteros, *Historia de España*, vol. VI, p. 288, cit. Brenan, p. 117.

[6] En virtud del Concordato de 1851, todavía en vigor en 1931, la Iglesia aceptó la desamortización, accedió a la venta de las tierras eclesiásticas (siempre que los beneficios se invirtieran en bonos del Estado y se repartieran entre los clérigos) y aceptó el nombramiento de obispos por parte del Estado. A cambio se reconoció el derecho de la Iglesia a adquirir cualquier tipo de propiedad, se reafirmó que el catolicismo era «la única religión» en España, se dio derecho a la Iglesia para dirigir la conciencia de las escuelas estatales, se decidió que el Estado pagaría para mantener los edificios eclesiásticos y, sobre todo, que los eclesiásticos recibirían estipendios del Estado, virtualmente como si se tratara de funcionarios, que irían desde 160.000 reales para los arzobispos hasta 1.200 para los curas rurales.



(Ya.)

glo XIX coincidió con un resurgimiento de la Iglesia (o fue inspirada por éste). La batalla que Roma había perdido en Francia, Alemania e Italia en el último cuarto del siglo XIX fue la causa de la elaboración de una política destinada a mantener al menos un país —España— «a salvo del ateísmo liberal». Miles de clérigos españoles volvieron de Cuba o Filipinas. Se multiplicaron las órdenes religiosas. También vinieron muchos sacerdotes franceses y, más tarde, portugueses. Se dio nuevo impulso a la construcción de edificios religiosos, y la riqueza de la Iglesia se consolidó con capital español. Se creía, con razón, que los jesuitas y los marianistas dominaban amplios sectores de la riqueza del país, desde el comercio de antigüedades, hasta, más adelante, salas de baile y cines.

La interpretación que hacían las órdenes religiosas de las encíclicas renovadoras de los papas León XIII y Pío XI era, en realidad, que permitían al clero la acumulación de capital. Un destacado hombre de negocios catalán hizo un famoso cálculo en 1912, según el cual las órdenes religiosas controlaban un tercio del capital del país. En un catecismo popular editado en 1921, a la pregunta «¿Qué clase de pecado se comete al votar por un candidato liberal?», se respondía: «Generalmente un pecado mortal». Pero a la pregunta «¿Es pecado, para un católico, leer un periódico liberal?», se contestaba: «Puede leer las noticias de Bolsa» [7]. Pero el nuevo catolicismo no

Durante el período republicano, el diario católico El Debate *cobra gran divulgación, traducida en influjo sobre amplias capas conservadoras y acomodadas de la sociedad, cuyas ideas e intereses defiende; su orientación es vagamente demócrata-cristiana, de acuerdo con las circunstancias de país y época. El director, Angel Herrera Oria, es además dirigente de Acción Católica. Contra cuanto* El Debate *representa se alza toda la izquierda anticlerical, pero también la derecha más extrema. Primero Acción Popular, y más adelante la CEDA, serán consecuencias del espíritu de este diario. Herrera se retrata con los miembros de la redacción, uno de ellos, tercero de pie por la izquierda, destinado a desempeñar un papel principal en este período de la historia española: José María Gil Robles.*

[7] *Nuevo Ripalda enriquecido con varios apéndices* (14.ª ed., Madrid, 1927), p. 117.

era un movimiento cínico. Aunque favorecía el *statu quo* y a los ricos, era caritativo, evangélico y se interesaba por la enseñanza, sobre todo. Ciertas órdenes, especialmente los jesuitas y los agustinos, tenían colegios excelentes (aunque convencionales) de enseñanza secundaria (como el de El Escorial, donde se educó Azaña).

La Iglesia y la enseñanza

Entre 1909 y 1917, la principal discusión política en España había versado sobre el papel de la Iglesia en la enseñanza secundaria y superior. El Estado había decidido teóricamente instituir la ense-



(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

Se personifica en esta lámina la fuerte tradición anticlerical del siglo XIX, rebrote de antiguos ataques contra las órdenes mendicantes y la Iglesia. Existió y aún pervive una corriente de anticlericalismo, subterránea primero y más abiertamente manifestada después, que se agudiza cuando lo que se combate es la religión misma, sus postulados y su reflejo en la sociedad.

Paralelamente se mantiene una profunda tradición artística, y por tanto de costumbres —abstracción hecha de las creencias, la fe y el rito—, de inspiración religiosa. Los distintos pueblos que componen España se fueron forjando en épocas de hondo y militante sentido religioso, que ha continuado durante la larga decadencia posterior. La historia de España corre ya por el siglo XX, y en lo cultural y político, y hasta en el sentimiento popular, la unidad se ha roto: el punto de fricción que alcanza más alta temperatura es la cuestión religiosa, que engloba en su misma esencia la casi totalidad de los demás problemas.

(Salmer.)

ñanza primaria gratuita para todos y en todas las capitales de provincia había un instituto estatal de enseñanza media, a menudo de poca calidad. Pero los maestros eran casi todos católicos, y los niños pasaban mucho tiempo rezando el rosario. (Había muy pocas escuelas. En 1930, sólo en Madrid había 80.000 niños que no iban a la escuela.) La Iglesia podía mantener su influencia sobre la juventud, a través de su autoridad en las escuelas estatales y en las dirigidas por órdenes religiosas. Los liberales intentaron cambiar esto y habían logrado algunas concesiones, pero al final su esfuerzo no dio resultados. Igual que en Francia a principios de siglo, la posición de la Iglesia en la enseñanza y, por lo tanto, en la cultura general del país, se estaba convirtiendo en una obsesión para quienes la rechazaban. Los trabajadores llegaron a pensar que las misiones de las órdenes religiosas en los suburbios de la clase obrera eran el más pernicioso de los males, particularmente si tenían un subsidio estatal y más aún si parecía que, con la coartada de la enseñanza, imbuían una falsa ética a los ignorantes. Los intelectuales como Manuel Azaña o el director de cine Luis Buñuel no podían olvidar a la Iglesia, aunque rechazaran la religión.


(Ya.)

ANGEL HERRERA ORIA (Santander, 1886-Madrid, 1968)

Abogado del Estado, periodista y sacerdote sucesivamente, Angel Herrera Oria fue ante todo un activista al servicio del catolicismo con unas excepcionales dotes organizativas. Monárquico con Alfonso XIII, comprendió al llegar la República que era mejor luchar dentro del sistema para intentar volverlo innocuo, principalmente en sus aspectos antirreligiosos. Su compromiso con el franquismo llegó a exasperar a Gil Robles, su principal colaborador durante la República, que el 21 de julio de 1945 escribía en su diario: «Angel Herrera, que atraviesa una desgraciada etapa de gubernamentalismo...». Su pensamiento social, muy influido por la doctrina de León XIII, tuvo gran resonancia a través de las célebres homilías dominicales que pronunció mientras fue obispo de Málaga.
Angel Herrera estudió el bachillerato en el colegio de los jesuitas de San José, en Valladolid, se licenció en Derecho por la Universidad de Salamanca y se doctoró en la de Madrid. En 1907 ingresó en el cuerpo de abogados del Estado y fue destinado a Burgos. Siete meses más tarde pidió la excedencia y se trasladó a Madrid, donde con el padre Angel Ayala fundó la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP).
Bajo su dirección —que ejercería durante veintidós años— se inició, el 1 de noviembre de 1911, la segunda etapa de El Debate. **En el editorial de ese día se definían sus líneas generales: «**El Debate **sostendrá la tesis católica y con ello el restablecimiento de la unidad religiosa, y que es deber además de todo católico el combatir todos los errores**

El Debate

En cuanto a la Iglesia, cuando el cardenal Segura lanzó su ataque contra la República en mayo de 1931, no hablaba en nombre de todos sus fieles. Los sentimientos políticos de la Iglesia española eran demasiado contradictorios para poder ser resumidos en una pastoral enérgica. Puede que muchos miembros de la jerarquía y de las órdenes religiosas fueran tan monárquicos como el primado, más por miedo a lo que pudiera venir que por lealtad a lo pasado. Pero el grupo de intelectuales católicos que escribían en el periódico madrileño *El Debate* era partidario de un catolicismo más liberal que pretendía atraer al proletariado urbano hacia la Iglesia o hacer algunas concesiones a la democracia. El cardenal Segura había denunciado *El Debate* calificándolo de «papelucho liberal». Durante las primeras semanas de la República se desató una controversia entre *El Debate* y el monárquico *ABC* sobre la interpretación «accidentalista» que el primero daba a la República, a saber: que mientras la Iglesia era eterna, las formas de gobierno eran temporales. *ABC* consideraba que esta actitud era cobarde. Así pues, no puede darse una visión clara de la actitud política de la Iglesia en cuanto tal. Es cierto que desde la confiscación de las tierras eclesiásticas durante el siglo anterior, las órdenes religiosas y la jerarquía habían sido capitalistas. Pero muchos frailes y la mayoría de los sacerdotes (excepto los que vivían en los barrios ricos de las grandes ciudades) tenían unos ingresos tan pequeños como los de sus feligreses [8]. Se consideraba con razón a la jerarquía como la aliada de las clases altas. Pero el cura de pueblo, e incluso el cura de una zona pobre de una gran ciudad, era considerado a menudo como un consejero relativamente amable, que podía influir sobre las autori-

[8] Esto, naturalmente, contribuía a mantener su bajo nivel cultural.

reprobados por la Santa Sede, especialmente los comprendidos en el Syllabus **y las libertades de perdición proclamadas por el derecho nuevo o liberalismo, cuya aplicación al gobierno de España es ocasión de tantos males.»**
Después de unos comienzos modestos, con continuas dificultades económicas, El Debate **consiguió importantes tiradas y un influjo indudable en la opinión pública.**
Al proclamarse la República, Herrera Oria propugnó como táctica el «accidentalismo», adaptación prudente a unas circunstancias adversas, según el cual lo esencial era el contenido y la orientación del régimen, no la forma de gobierno. Sobre estas bases nació Acción Nacional (llamada luego Acción Popular), como intento de aglutinar una moderna y poderosa fuerza de derechas. Angel Herrera fue el presidente de su primera junta directiva, y en sus listas se presentó, sin éxito, como candidato por Madrid en las elecciones a Cortes Constituyentes.
En febrero de 1933 abandonó la dirección de El Debate. **Ese mismo año fue nombrado presidente de la Junta Central de Acción Católica y fundó el Centro de Estudios Universitarios y el Instituto Social Obrero. En mayo de 1934 viajó a Alemania e intentó entrevistarse con Hitler, sin conseguirlo. En 1935 dimitió de la presidencia de la Asociación de Propagandistas y de la dirección de la escuela de periodismo de** El Debate. **Marchó a Friburgo a principios de 1936, y durante cuatro años cursó estudios eclesiásticos en el seminario de San Carlos. En 1940 recibió las órdenes sacerdotales y fue nombrado coadjutor de la parroquia de Santa Lucía en Santander. Aunque desde un segundo plano, no abandonó su vocación política. En noviembre de 1945 viajó a Roma y a Lausana, por iniciativa de Martín Artajo, para sondear la actitud del Vaticano y para intentar una fórmula de inteligencia entre don Juan de Borbón y Franco. Por otra parte, la ACNP colaboró activamente con el régimen de Franco.**
En 1947 fue preconizado obispo de Málaga. Al cumplir los setenta y cinco años resignó su sede, siguiendo la recomendación del papa Pablo VI. Asistió al concilio Vaticano II y participó en los debates sobre «El esquema de la Iglesia y el mundo moderno». En enero de 1965 fue elevado al cardenalato. Falleció el 28 de julio de 1968. Sus restos descansan en la catedral de Málaga.



(Keystone.)

dades, a veces con éxito, en favor de los oprimidos [9]. La clase trabajadora española, sin embargo, se indignaba cuando un sacerdote era claramente hipócrita y estaba en flagrante contradicción con las enseñanzas de Cristo sobre la pobreza, o se mostraba respetuoso ante los ricos. Entonces cualquier castigo parecía pequeño para él, y su iglesia corría el riesgo de ser pasto de las llamas. (Cuando los incendiarios anarquistas pidieron las llaves de la iglesia al cura de Palamós, durante los hechos de 1909, él les respondió: «Quememos la iglesia, pero también la fábrica; perdamos el pan igualmente vosotros y yo. ¡Vamos a empezar por la fábrica!» El cura empezó a bajar la colina, pero no se quemó ninguno de los dos edificios [10].) Durante los disturbios de 1909, la clase trabajadora de Barcelona demostró una completa ignorancia de lo que ocurría en los conventos, y un gran interés al respecto. Se suponía que en aquellos misteriosos edificios se guardaban los cuerpos de jóvenes martirizadas, además de valores y acciones. Pero el cadáver expuesto en el colegio de las Hermanas de la Inmaculada Concepción en Pueblo Seco resultó ser el cuerpo embalsamado de Leonor de Aragón, muerta antes de 1450. También se suponía que las monjas debían de ser ricas, desde el momento en que podían llevar aquella vida contemplativa. De manera que se consideraba que cada convento era «una conspiración contra la democracia».
Siempre fue raro, incluso en momentos de revolución, que los vecinos de un pueblo mataran a su propio cura o quemaran su iglesia, a menos que se supiera que era un amigo de la burguesía. En estas circunstancias, aun entonces, generalmente se dejaba actuar a gentes que vinieran de otros pueblos. No era corriente que los españo-

[9] Sucedía así, sobre todo en las provincias vascas.
[10] Brissa, *Revolución de julio*, p. 185, cit. Connelly Ullman, p. 324.

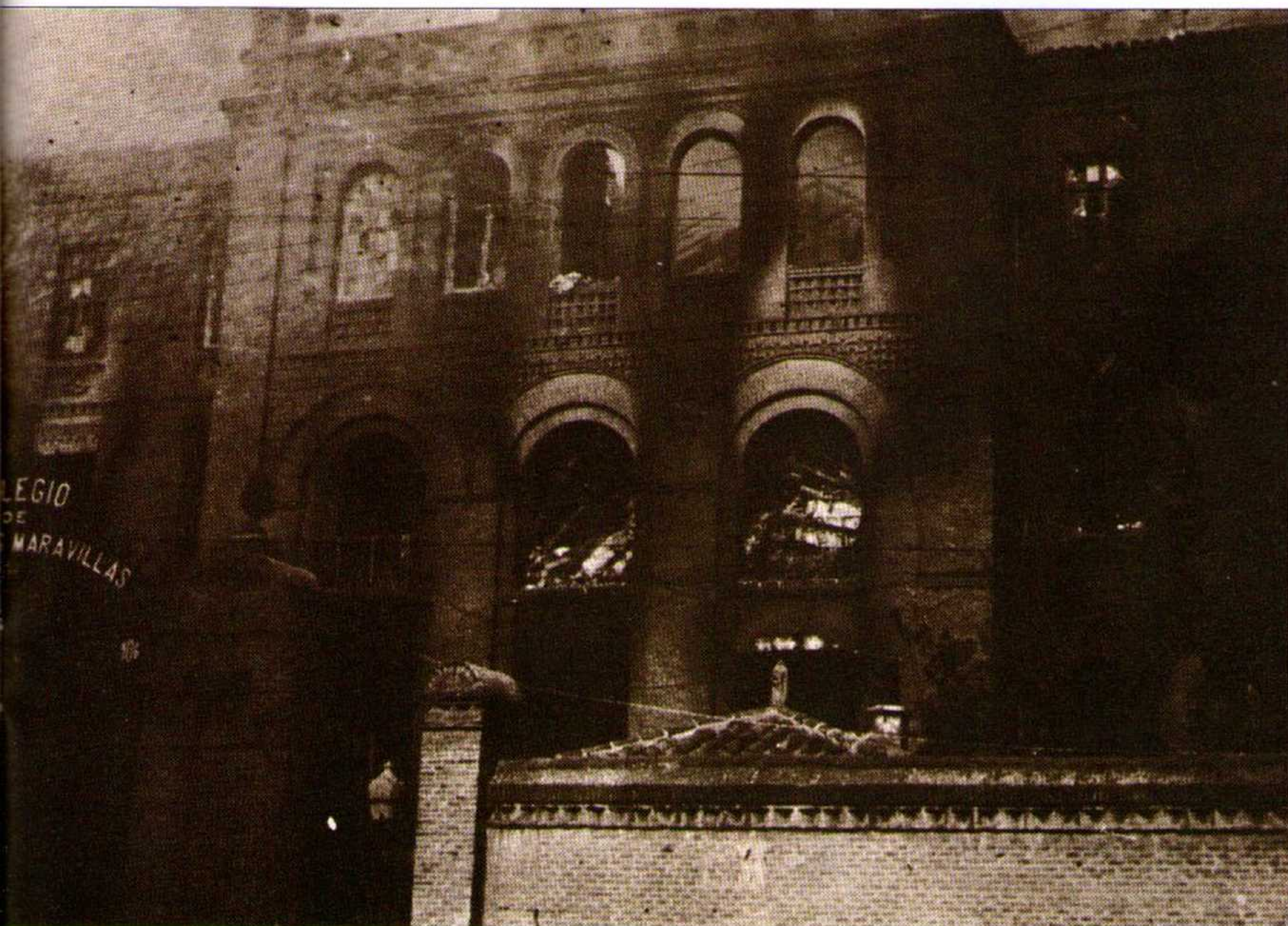
les destrozaran la imagen de una virgen local o una iglesia local. El arzobispo de Valladolid comentó una vez que «aquella gente estaría dispuesta a dejarse matar por su Virgen local, pero no tendría ningún inconveniente en quemar la de sus vecinos a la menor provocación» [11]. Sin embargo, en la Semana Trágica de 1909, los trabajadores llevados por su odio a la religión habían decapitado y descuartizado imágenes religiosas, habían abierto tumbas y habían intentado destruir por encima de todo. Continuaban haciendo responsables de todos los cataclismos a las órdenes religiosas de clausura, y esta creencia agradaba a los anarquistas y a los anticlericales republicanos, que la fomentaban.

La República concede el voto a la mujer, aunque todavía en las elecciones a Constituyentes pueden ser elegidas, pero no electoras. En adelante las monjas saldrán de sus conventos a votar; incluso se darán especiales dispensas a las de clausura. Son votos seguros para la derecha (página anterior).

Las relaciones con el Vaticano

La Iglesia española del siglo XX creaba dificultades al Vaticano. Las manifestaciones públicas de fanatismo y superstición no demostraban precisamente un verdadero espíritu religioso [12]. En 1931, el

[11] Observación recogida por el padre Alberto Onaindía.
[12] Comentario de Azaña en su obra *Causas de la guerra de España (Obras,* vol. III, p. 454).



El colegio de las Maravillas (en esta página) es un importante centro docente situado en Cuatro Caminos; pertenece a los hermanos de la Doctrina Cristiana. El día 11 de mayo de 1931 ha ardido, como muchos otros de Madrid. El gobierno, que ha empezado inhibiéndose, tendrá que declarar el estado de guerra.

(Keystone.)

El papa Achille Ratti (abajo, izquierda), Pío XI, habrá de enfrentarse con mejor o peor fortuna con los problemas españoles que derivan de la República y la guerra civil. Su secretario de Estado —Pacelli— se convertirá en Pío XII sólo cuando la guerra esté a punto de finalizar. En la ilustración de arriba, Alcalá Zamora con el nuncio Tedeschini, mientras que, de pie, Portela Valladares hace un aparte con el cardenal Vidal y Barraquer.


(Ya.)

papa Pío XI era por lo menos tan liberal como los que escribían en Madrid en *El Debate*. Su secretario de Estado, Eugenio Pacelli, ya empezaba a concebir la idea de la creación de partidos demócrata-cristianos, que llevaría a la práctica al convertirse en papa, con el nombre de Pío XII, después de la segunda guerra mundial. Cuando el 22 de mayo de 1931, el gobierno dio un decreto proclamando la libertad religiosa, el cardenal Segura se fue a Roma, donde el papa Pío le indicó que la prudente cautela del nuncio, monseñor Tedeschini, era la mejor política que podía seguir la Iglesia en España. Pero Segura, desde Roma, lanzó un ataque público contra el gobierno. Su reputación no mejoró cuando, un mes más tarde, volvió subrepticiamente a España atravesando los Pirineos, sin pasar por ningún puesto fronterizo. Llegó hasta Guadalajara antes de que lo detuvieran. Entonces el gobierno le expulsó del país, escoltándolo hasta la frontera. (Se supo que Segura había intentado vender tesoros eclesiásticos para ayudar a la Iglesia a constituir un fondo con el que combatir a la República.) El cardenal no volvió a España hasta que empezó la guerra civil. Después de unas delicadas gestiones diplomáticas, monseñor Gomá, un hombre de vasta cultura que había sido obispo de Tarazona, le sucedió como primado y arzobispo de Toledo [13].

Entretanto, Herrera y sus amigos del periódico *El Debate* lanzaron un movimiento católico constitucional, Acción Nacional, a fi-

[13] El Vaticano no tardó en tener complicaciones con la República al negarse a aceptar al embajador ante la Santa Sede que había nombrado el gobierno, Luis de Zulueta. Los cardenales Gomá y Segura tuvieron una entrevista en Francia el 23 de julio de 1934; en una curiosa conversación, llegaron al acuerdo de que el papa Pío XI era un hombre «sin afectos, frío y calculador», que tenía demasiada simpatía por Cataluña y que estaba siendo engañado por Angel Herrera y el cardenal Vidal y Barraquer, el arzobispo de Tarragona. (Juan de Iturralde, *El catolicismo y la cruzada de Franco*, Vienne, Francia, 1960, vol. I, p. 265.) Acerca de las especulaciones sobre la posibilidad de que Angel Herrera y monseñor Tedeschini, el nuncio papal, influyeran en la expulsión de Segura, véase Iturralde, vol. I, p. 344 y ss. Tedeschini era de mentalidad liberal, y cuando llegó a España por primera vez en 1921, ayudó a crear una abortada versión española del *Partito Popolare* italiano. Véase Javier Tusell, *Historia de la Democracia Cristiana en España* (Madrid, 1974), vol. I, p. 104 y ss.


(Pyresa.)


(Pyresa.)


(Pyresa.)



(Pyresa.)

Las derechas, que todavía no han encajado el duro golpe que para su predominio político-social han representado la proclamación de la República y el acceso al poder de la izquierda republicano-socialista, tratan de reagruparse. Lo hacen primero bajo el lema: religión, trabajo, orden, familia y propiedad. A monárquicos nostálgicos se les unen elementos más liberales dispuestos a transigir con el nuevo régimen. Más adelante irán perfilándose mejor los dos campos: extrema derecha y derecha. Llegarán a enfrentarse, pero en ningún momento se producirá una verdadera ruptura. A la izquierda, entre un actor y un periodista, el poeta José María Pemán, durante el estreno de una de sus obras. A la derecha, el conde de Vallellano junto a una candidatura en la cual figura su nombre: Fernando Suárez de Tangil.

nales de abril de 1931, con el propósito de crear una organización electoral que reuniera a los «elementos de orden». Pero algunos de los miembros de este partido supuestamente «liberal», como Antonio Goicoechea y el conde de Vallellano, eran casi monárquicos autoritaristas. Otro miembro era el poeta José María Pemán, el «hombre de ideas» de la Unión Patriótica de Primo de Rivera, que era un romántico enamorado del pasado [14]. No era un comienzo muy prometedor para el primer partido conservador con movimiento de masas que surgía en España; sin embargo, llegó a movilizar masas, jugando con los temores de quienes se sentían atropellados por el creciente anticlericalismo del gobierno y de sus partidarios.

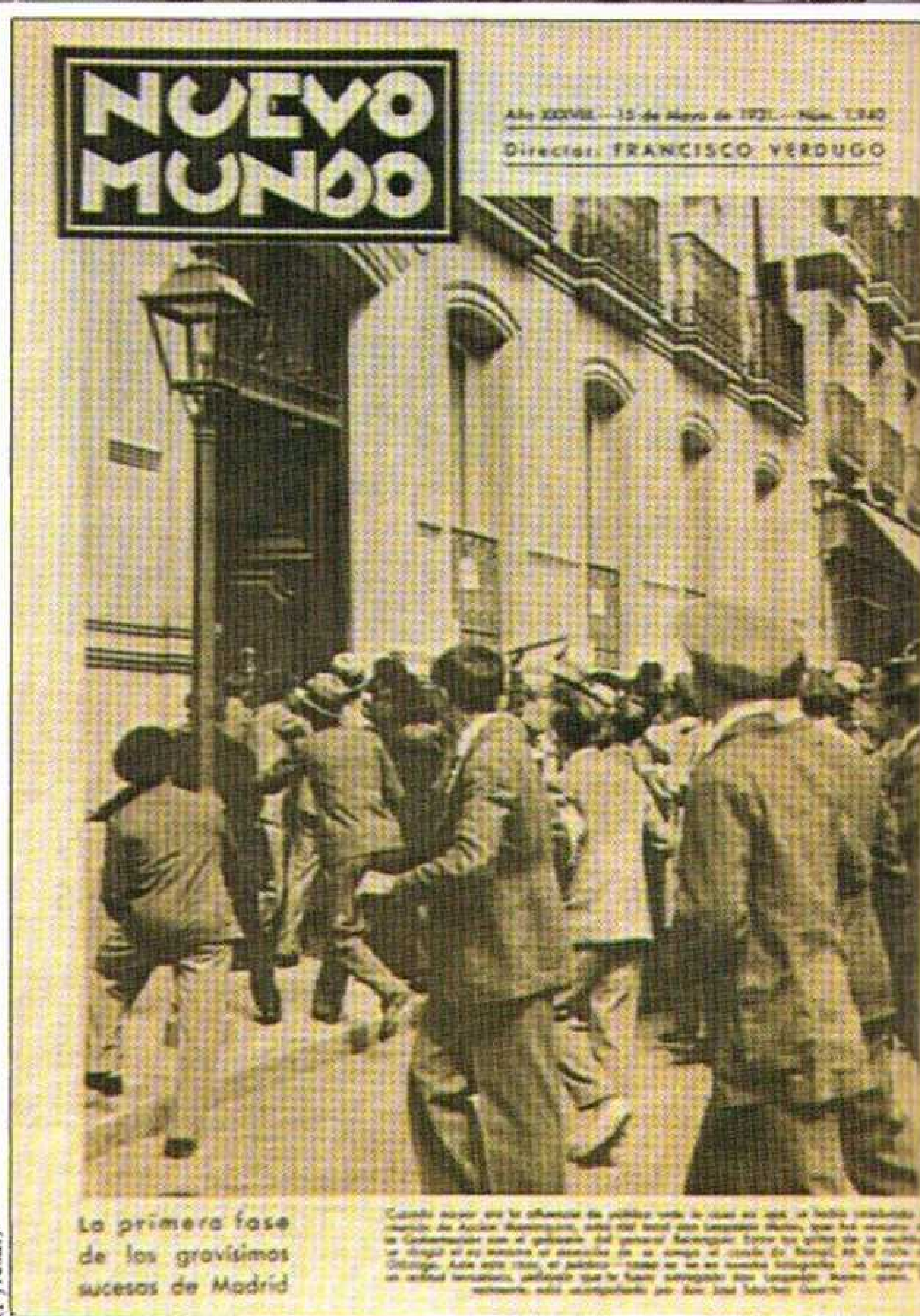
El anticlericalismo era comprensible en la España de los años 30, y los liberales entregados a la causa de liberar a la enseñanza y a la cultura de la opresión sofocante del catolicismo actuaban dentro de una gran tradición decimonónica. Pero en España, el verdadero problema cultural seguía siendo la falta de enseñanza. Por ejemplo, casi 20 provincias españolas tenían una tasa de analfabetismo del 50 por 100 o más, y sólo dos provincias (Barcelona y la provincia vasca de Alava) tenían una tasa de menos del 25 por 100. Madrid tenía un 26 por 100. Habría sido más prudente, y habría demostrado una mayor perspicacia, que la República se hubiera concentrado en la creación de nuevas escuelas, en vez de atacar a las órdenes religiosas que ya tenían buenos colegios, aunque exclusivistas, por mucho que el padre Montes hubiera irritado a Azaña en el colegio de los agustinos. Además, gustara o no, la Iglesia en España incorporaba una larga tradición en la vida española; en realidad, había creado el patrón de esta vida. Era fácil decir que el anticlericalismo era un elemento de la «anti-España», y muchos lo decían.

[14] Es evidente que a nivel local Acción Nacional equivalía a la unión de los terratenientes locales con los intereses industriales. Al cabo de poco, Acción Nacional tuvo que cambiar de nombre y pasar a llamarse Acción Popular, cuando el gobierno insistió en que no se podía usar la palabra «nacional» más que para las empresas del gobierno.

(Keystone.)



(Pyresa.)



NUEVO MUNDO

Director: FRANCISCO VERDUGO

La primera fase de los gravísimos sucesos de Madrid

5

Los disturbios de mayo de 1931

El domingo 10 de mayo de 1931, pocos días después de la publicación de la carta pastoral del cardenal Segura, se observó que un grupo de oficiales del ejército y de aristócratas que se consideraban especialmente leales al rey Alfonso se reunían en una casa de la calle de Alcalá, una de las principales de Madrid. En teoría, simplemente estaban fundando el Club Monárquico Independiente «para servir de lazo entre los elementos que desean trabajar en favor de los ideales sustantivos de la monarquía». Era una respuesta monárquica y de derechas a la Acción Nacional de los católicos «liberales». Pero un gramófono tocaba la *Marcha Real*. Se congregó una multitud delante de la casa. Dos monárquicos (uno de ellos era el marqués Luca de Tena, director de *ABC*, el diario monárquico) que llegaban tarde, gratamente sorprendidos al ver tanta gente en la calle, gritaron: «¡Viva la Monarquía!» El taxista que los llevaba replicó, gritando: «¡Viva la República!» Los monárquicos protestaron contra el taxista, e inmediatamente circuló el rumor de que lo habían matado. La gente, enfurecida, prendió fuego a varios automóviles de los monárquicos asistentes a la reunión. En un momento se multiplicó el número de personas en la calle. La luna de miel de la República había terminado. Una muchedumbre furiosa se dirigió hacia el edificio de *ABC*, al que prendieron fuego. El ministro de la Gobernación, Miguel Maura, amenazó con dimitir si no se le permitía llamar a la guardia civil [1], pero es comprensible que el gobierno vacilara. Azaña dijo que todos los conventos de Madrid no valían la vida de un republicano. Finalmente se dispersó la multitud. Pero al día siguiente volvieron a producirse disturbios. Fue incendiada la iglesia de los jesuitas de la calle de la Flor, en el centro de Madrid. En sus muros requemados se habían escrito estas palabras: «La justicia del pueblo contra los ladrones» [2]. Aquel mismo día fueron incendiadas otras varias iglesias y conventos de Madrid [3]. En pocos días los incendios se habían extendido a Anda-

[1] El relato de Maura es el mejor (p. 241 y ss.). Véase también Azaña, vol. IV, p. 303. Atribuye cierta culpa al general monárquico liberal Carlos Blanco, que, sorprendentemente, era el nuevo director general de Seguridad del gobierno. La versión monárquica de la historia puede verse en Juan Ignacio Luca de Tena, *Mis amigos muertos* (Barcelona, 1971), p. 97 y ss. Los monárquicos estuvieron sitiados en el club desde las 12,30 hasta las 5 de la tarde.

[2] Lawrence Fernsworth, *Spain's Struggle for Freedom* (Boston, 1957), p. 131.

[3] Uno de los incendios fue en los archivos del Colegio de Santo Tomás de Villanueva, en Valencia, un seminario donde entonces estaba trabajando Earl Hamilton, el historiador de la revolución de los precios en el siglo XVI. Parece ser que los incendios en Málaga se debieron en parte a la incompetencia del gobernador civil, Antonio Jaén, amigo de Alcalá Zamora, y a la negligencia del gobernador militar, general Gómez Caminero.

El semanario Nuevo Mundo *ofrece información gráfica sobre el asalto al Círculo Monárquico. Los incidentes, que se producen en la madrileña calle de Alcalá y de los cuales algunos culpan a los propios monárquicos allá reunidos, es la mecha que hará estallar los disturbios, incendios y saqueos. Torcuato Luca de Tena, fundador de Prensa Gráfica y del* ABC *(al que vemos en la ilustración), ya había fallecido por entonces, pero personifica una dinastía de periodistas monárquicos. Su hijo, Juan Ignacio, marqués de Luca de Tena, se halla presente cuando se inicia el motín. Tanto como monárquico es antirrepublicano.*



(Salmer.)

ALFONSO XIII (Madrid, 1886-Roma, 1941)

Hijo póstumo de Alfonso XII, Alfonso XIII nació en Madrid el 17 de mayo de 1886, y ese mismo día fue proclamado rey, bajo la regencia de su madre María Cristina.
Su reinado se inició el 17 de mayo de 1902, cuando, al cumplir los dieciséis años, juró solemnemente ante el Congreso guardar la Constitución. Desde el primer consejo de ministros que presidió, dejó patente una tendencia al gobierno personal y un deseo de afirmarse como jefe supremo del ejército, de acuerdo con lo establecido por la Constitución. Junto a esto, como señala José María Jover, se pueden descubrir en sus discursos y alocuciones «algunos caracteres permanentes de su actitud

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

política: una confianza entusiasta en su propio pueblo, matizada por un desconocimiento típicamente cortesano de la situación real de este último; una impaciencia creciente ante los cada vez más frecuentes atascos del sistema parlamentario, motivados por corrientes de base que el rey no acierta a diagnosticar; una visión romántico-nacionalista de la historia de España, enteramente afín a la sustentada a la sazón en los medios militares del país.»
En 1905 conoció en Londres a la princesa Ana de Battemberg, Victoria Eugenia, con la que contrajo matrimonio el 31 de mayo de 1906. Cuando la comitiva regresaba a palacio, una bomba envuelta en un ramo de flores, lanzada por el anarquista Mateo Morral, causó veintiocho muertos y cuarenta heridos, pero no llegó a alcanzar a los reyes.
Desde el punto de vista político, durante la primera parte de su reinado continuó el turno de partidos basado en la Constitución canovista, aunque cada vez se iban haciendo más patentes los signos de decadencia del sistema. Entre 1902 y 1923, España conoció treinta y tres gobiernos.
En otro terreno hay que destacar la irreprochable conducta del monarca español durante la primera guerra mundial.
A partir de 1917 se aceleró la descomposición del sistema. Las dificultades económicas por la constante subida de precios provocaron un intenso malestar social. Las crisis de gobierno se aceleraron: trece totales y treinta parciales entre 1917 y 1923. Tras el desastre militar en Marruecos, el propio rey fue acusado de haber influido secretamente en las decisiones del mando militar. En estas circunstancias, el 13 de septiembre de 1923, el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, dio un golpe militar. El rey encargó a Primo de Rivera la formación de un nuevo gobierno.
«Puesto entre la espada y la pared, afirmará más tarde Alfonso XIII, elegí la espada, y la Historia no podrá decir que España no aplaudió mi resolución con entusiasmo.» Sin embargo, al aceptar el golpe de Estado, el rey unía el destino de la monarquía con el de la dictadura, y cuando ésta agotó sus posibilidades, «el retorno a la legalidad constitucional de 1876» resultó imposible. Los resultados de las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, que dieron el triunfo a los candidatos republicanos en la mayoría de las ciudades, suponían de hecho un juicio histórico sobre la monarquía.
El 14 de abril, sin renunciar a ninguno de sus derechos, don Alfonso se dirigió a Cartagena, donde embarcó en el cru-

lucía, especialmente a Málaga. Maura obtuvo permiso para utilizar el ejército en vez de la odiada guardia civil, y se proclamó la ley marcial. Toda España empezó a alarmarse. No hubo ningún muerto, aunque varios frailes escaparon en el último momento. Así y todo, evidentemente, había caído una mancha sobre el historial de la República. En toda España habían sido asaltadas unas cien iglesias. El gobierno censuró públicamente a los monárquicos por haber desencadenado los alborotos, y suspendió no sólo *ABC*, sino también *El Debate*.

Las conspiraciones de los monárquicos

Sin duda, a algunos de los asistentes a la reunión en aquella casa de la calle de Alcalá les habría gustado una insurrección contra la República. No contaban, para esto, con la aprobación del rey Alfonso (entonces en París), que había aconsejado a sus partidarios (incluidos los oficiales del ejército) que sirvieran a la República [4]. Unos días antes había hecho unas declaraciones muy dignas a *ABC*, en las que había dicho: «Los monárquicos que quieran seguir mi opinión no sólo se abstendrán de poner obstáculos al actual gobierno, sino que le apoyarán en todos sus planes políticos. Por encima de las fórmulas de república o de monarquía, está España» [5].

[4] Juan Antonio Ansaldo, *¿Para qué?* (Buenos Aires, 1951), p. 15.
[5] *ABC*, 5 de mayo de 1931.


(Pyresa.)

Aunque indudablemente consideraba este método como el mejor medio para poder volver al trono español, es obvio que don Alfonso no deseaba hacer la vida imposible al nuevo gobierno. En consecuencia, la inmensa mayoría de los jefes y oficiales del ejército, de la aviación y de la marina prestaron juramento de fidelidad al nuevo régimen [6]. Pero algunos no tenían la menor intención de colaborar con la República [7]. Las cabezas de estos conspiradores potenciales eran los generales Orgaz, Cavalcanti y Ponte. Otros activistas eran el marqués de Quintanar, que se dedicaba a buscar dinero; Ramiro de Maeztu, miembro de la generación del 98, después atraído por el anarquismo, embajador, periodista y ahora casi un fascista; el intelectual carlista Víctor Pradera, y algunos monárquicos más jóvenes, como Sainz Rodríguez, enormemente gordo («un latifundio de carne», como le describieron una vez), erudito y bohemio. Estos conspiradores pronto decidieron crear un nuevo partido monárquico legal; bajo la inspiración de *Action Française* crearían una revista, *Acción Española* (que no hay que confundir con el partido llamado Acción Nacional), dirigida por Ramiro de Maeztu, en la que defenderían públicamente una insurrección contra la República

[6] El 25 de abril, Azaña había publicado un decreto permitiendo a todos los oficiales que lo desearan retirarse con la paga entera. Esta medida excesivamente generosa creó una serie de oficiales sin empleo, con medios y tiempo para conspirar contra el nuevo régimen.

[7] Ninguno de estos primeros conspiradores contra la República prestó el juramento requerido de servirla y defenderla.

cero Príncipe Alfonso, **que le condujo a Marsella. Allí, nada más pisar tierra francesa, preguntó esperanzado si se había iniciado ya en alguna parte de su reino la reacción monárquica. Comenzaba así un exilio que duraría hasta su muerte. Después de una etapa en Fontainebleau, fijó su residencia en Roma. El 8 de julio de 1939 redactó en Lausana (Suiza) su testamento, en el que declaraba heredero de la corona de España a su hijo don Juan. El 15 de enero de 1941, en Roma, abdicó en favor de éste. Falleció el 28 de febrero de ese mismo año, víctima de una angina de pecho.**



(Pyresa.)



(Pyresa.)



Otra escena del 11 de mayo: saqueo del convento de la calle Isabel la Católica (a la izquierda), en Madrid. En un ambiente muy caldeado, el anticlericalismo pasó de las ideas a la práctica. Ramiro de Maeztu (arriba) es un conocido intelectual de la generación del 98 que del extremismo izquierdista ha pasado a la derecha reaccionaria. Abajo, otro activo monárquico: el general Luis Orgaz Yoldi, cuando todavía era coronel.



(Pyresa.)

Templo de San Francisco de Borja y residencia de jesuitas de la calle de la Flor, primero de los edificios religiosos que arden en Madrid. Los incendiarios, por lo común grupos de jóvenes, son poco numerosos, y en cambio abundan los espectadores animados por distinto talante, que va desde el regocijo o la indiferencia hasta el pánico y la indignación. En este incendio se pierden algunas obras de arte y una valiosa biblioteca. La quema de los conventos y la actitud pasiva del gobierno y demás autoridades plantea no pocos interrogantes, estrecha la base de la República y le crea enemigos. «No hubo ningún muerto, aunque varios frailes escaparon en el último momento», pero, «evidentemente, había caído una mancha sobre el historial de la República». Una mancha, añadimos, sin contrapartida útil, motivada por inmadurez, jacobinismo o indecisión...

(la redacción de la revista crearía, además, un centro de estudios para «reunir textos sobre el tema de la legalidad de una insurrección»); y fundarían una organización para crear «un ambiente revolucionario» en el ejército [8]. Pronto surgieron otros grupos políticos de derechas: Acción Castellana; un movimiento derechista regional de Valencia dirigido por un antiguo carlista, el periodista Luis Lucia; y un partido agrario de terratenientes castellanos. El antiguo movimiento carlista también empezó a actuar. Otros monárquicos discutían cómo podían perturbar la política económica del gobierno fomentando la fuga de capitales. Estos monárquicos españoles de los años 30 eran influyentes, ricos, más autoritarios que el rey, cuya causa en teoría defendían, y evidentemente mostraron mucha más imaginación en sus esfuerzos para derrocar a la República que la que habían mostrado para intentar defender al rey [9].

En cuanto a los que protestaron contra ellos aquel domingo por la mañana de 1931, algunos eran simplemente madrileños que paseaban por la calle principal de la capital, como era costumbre en las mañanas domingueras. Pero la quema deliberada de iglesias (y la quema de la redacción de *ABC*) fue probablemente obra de los anarquistas [10].

[8] Las conspiraciones contra la República ahora cuentan con una amplia literatura. Véase Paul Preston, *The Journal of Contemporary History*, vol. VII, 3/4 (julio-octubre 1972).

[9] Algunos, como Goicoechea, en 1913 eran «jóvenes mauristas».

[10] Pero véase en Maura, p. 246 y p. 254, la información de que algunos de los admiradores más jóvenes de Azaña en el Ateneo habían planeado quemar los conventos como protesta contra la lentitud del gobierno en sus tratos con la Iglesia. El líder de estos gamberros era Pablo Rada, un mecánico radical que había volado con Ramón Franco en su primer vuelo a través del Atlántico Sur. (En el curso de la guerra civil, Rada volvió a atravesar el Atlántico en avión, llevando sustanciosas cantidades de dinero de la República.)

Carácter del anarquismo español

Las aspiraciones de los anarquistas españoles en 1931 se habían modificado, aunque no habían cambiado, desde la llegada a España del primer emisario de Bakunin en 1868. Hasta aquel momento, el cuerpo de ideas socialistas revolucionarias había tenido pocos adeptos en España. Unos cuantos intelectuales de la clase artesanal se habían sentido atraídos por el federalismo: Proudhon fue traducido al español por Pi y Margall, uno de los líderes (y durante un tiempo jefe de gobierno) de la Primera República. En 1868 llegó a Madrid Giuseppe Fanelli, un diputado italiano, antiguo compañero de armas de Garibaldi y ahora admirador apasionado de Bakunin, que era todavía la principal figura de la Internacional. Aunque Fanelli no hablaba español, y aunque de los diez asistentes a la reu-



(Salmer.)

Francisco Pi y Margall es un político, pensador y escritor que prolonga su influencia desde la segunda mitad del siglo XIX hasta bien entrado el XX. Siendo todavía joven se convirtió en el principal teórico y dirigente de los republicanos federales. Doctrinario, austero y consecuente, arrastró tras de sí a un crecido número de partidarios, pero en la práctica, su propia integridad y el hecho de mantenerse fiel a sus principios no le proporcionarían éxitos políticos. Durante la Primera República, en 1873, ocupó fugazmente la presidencia del ejecutivo, y sería entre sus propios seguidores donde halló los peores enemigos. En sus doctrinas estaban entreverados principios anarquistas, lo cual hace decir al historiador R. Carr que «se convirtió en una de las escasas deidades burguesas del mausoleo anarquista». Había fallecido en 1901, pero su hijo, Francisco Pi y Arsuaga, es diputado por el Partido Federal en las Constituyentes. Los anarquistas, que durante la guerra anuncian el filme del cartel, se han distanciado mucho del maestro republicano, laico, idealista y comúnmente respetado.



(Serv. Histórico Militar.)

Se da por sentado que España no ha pasado por la experiencia de la revolución liberal. A lo largo del siglo XIX se suceden revoluciones y contrarrevoluciones de todo signo, y el precario equilibrio que se establece entre fuerzas opuestas perjudicará el auténtico equilibrio y el desarrollo mayoritario de una conciencia democrática. La última ocasión perdida va a ser la República de 1936-39. Al grito de «¡Abajo los Borbones!» se hizo la revolución frustrada de 1868, consecuencia de los pésimos reinados de Fernando VII e Isabel II y de la honda crisis que sacudía la sociedad española, desgobernada por militares y políticos ineptos y ambiciosos. El grabado representa el asalto y quema de la nunciatura.

nión (casi todos tipógrafos) sólo uno entendía el francés, sus ideas produjeron una impresión extraordinaria [11]. Fanelli puso en contacto a los trabajadores españoles con Europa y les indicó la necesidad de organizarse. Más tarde, dos españoles fueron a ver a Bakunin a Basilea. Hacia 1873 había 50.000 «bakuninistas» en España, conocidos al principio como «internacionalistas», y más tarde, con el nombre más exacto de anarquistas. A estos hombres les parecía que acababa de proclamarse una nueva verdad. El Estado, puesto que se basaba en ideas de obediencia y autoridad, era malo. En su lugar había que crear comunas autónomas —municipales, profesionales u otras sociedades— que harían pactos voluntarios entre sí. Toda colaboración con los parlamentos, los gobiernos y la religión organizada era condenable. Los delincuentes serían castigados por la censura de la opinión pública. En sus puntos de vista, Bakunin, al igual que Tolstoi, estaba influido por la nostalgia de la vida campesina rusa que había conocido en su infancia. También es imaginable que los españoles, entre quienes se exten-

[11] Antes de 1868 había unos cuantos anarquistas aislados en España, ninguno con seguidores. El relato de la conversación de Fanelli con los 21 jóvenes tipógrafos madrileños que hace Anselmo Lorenzo en *El proletariado militante* (Barcelona, 1901-1923), vol. I, p. 123, es merecidamente famoso.

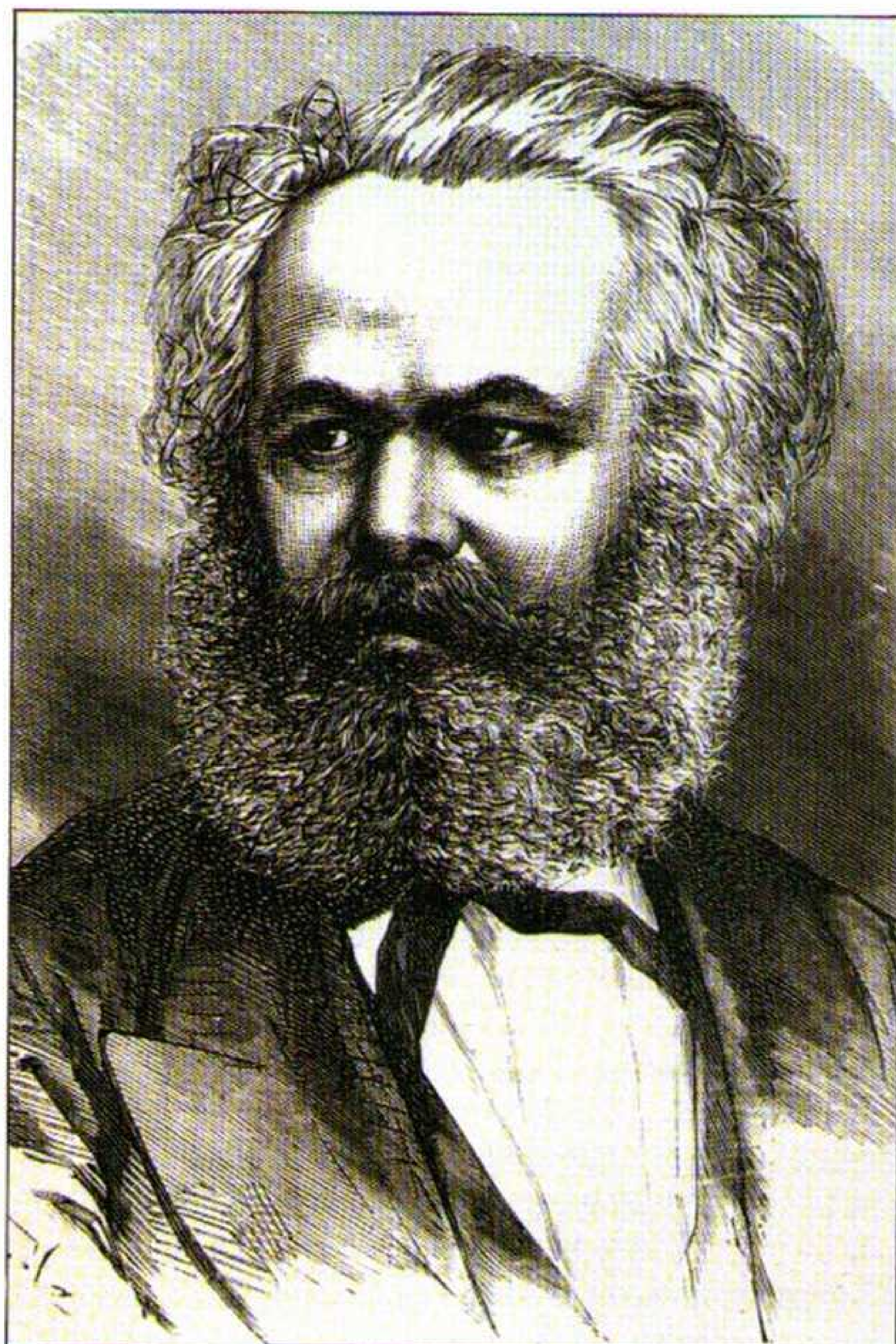


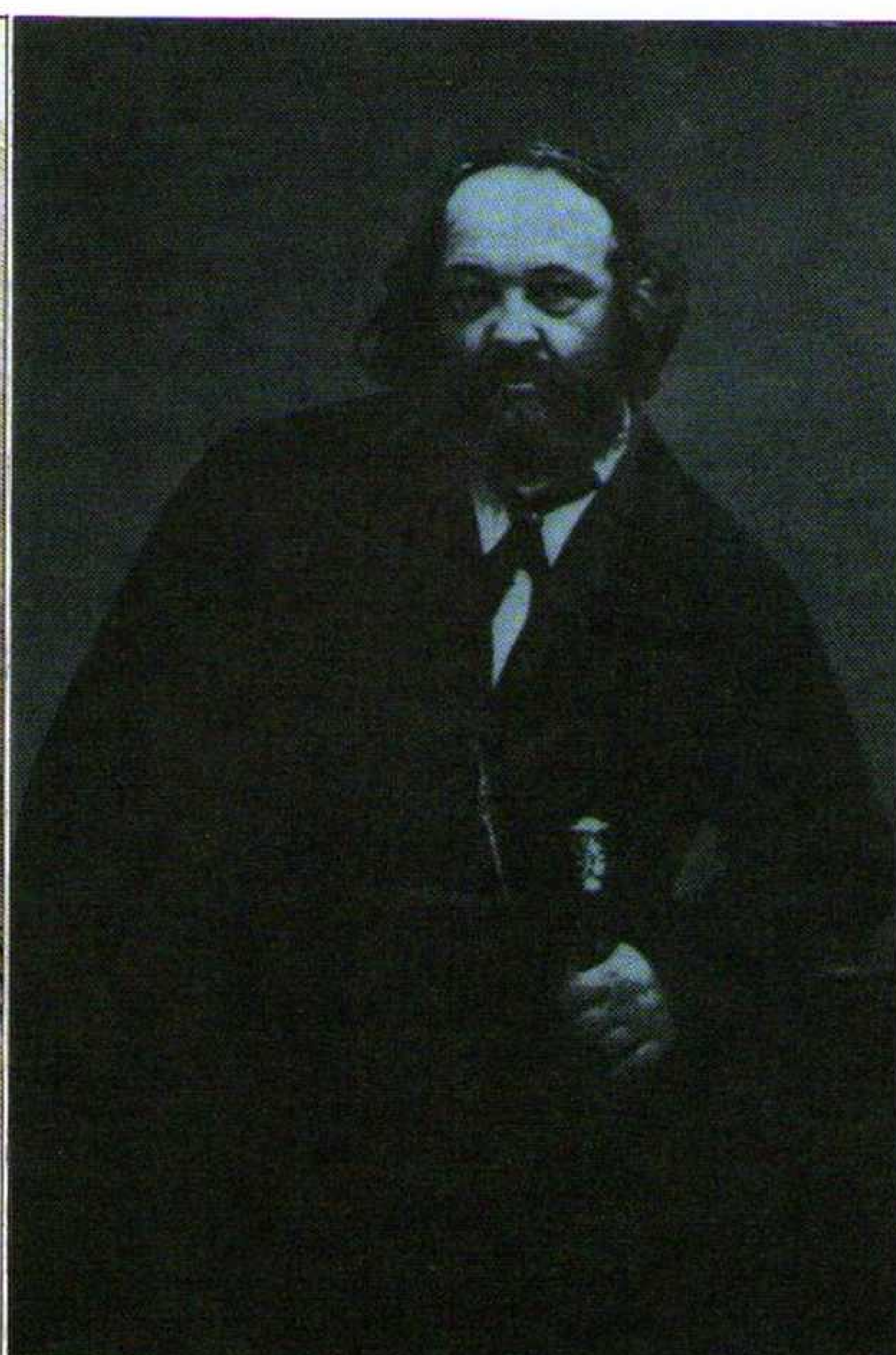
(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

dieron tan ampliamente estas ideas, ansiaran volver a la simplicidad de las épocas anteriores al inflexible Estado moderno, de las sociedades medievales en villas y unidades provinciales autónomas que habían florecido en España igual que en el resto de Europa. En gran parte de España, el dinero entonces era todavía una innovación. Así pues, el anarquismo era más una protesta contra la industrialización que un método para organizarla en beneficio público. Tal vez la Iglesia, que tanto sufriría sus consecuencias, había ayudado a preparar el camino; su hostilidad contra el instinto competitivo, particularmente el de los españoles que lo manifestaban, hacía que las ideas de Fanelli parecieran simplemente una continuación honrada de la antigua fe; quizás incluso se trataba de la verdadera reforma que nunca se había producido. Era una época en que los terratenientes (especialmente los nuevos, que habían adquirido tierras de la Iglesia) reconocían cada vez menos sus obligaciones para con los campesinos, que cada vez más se estaban convirtiendo en un proletariado sin tierra y sin derechos [12].
La querella entre Marx y Bakunin en el seno de la Internacional

[12] La mejor exposición de la teoría del anarquismo como una compensación por la deserción de la Iglesia se encuentra en Brenan, p. 131 y ss.

La prehistoria del obrerismo español se remonta a los finales de la Edad Media: remenses, *germanías, foráneos,* irmandades... *Durante el siglo XIX va a pasar de los estallidos revolucionarios o de un vago republicanismo, de las asociaciones obreras de defensa y el cooperativismo incipiente, a las dos grandes corrientes europeas que irán tomando caminos divergentes.*
Karl Marx (izquierda) y Mijail Bakunin (derecha) personifican las dos tendencias que se enfrentan en el seno mismo de la Primera Internacional. Cuando llega la Segunda República, ambas se hallan perfectamente diferenciadas y definidas: socialistas y comunistas, y los anarcosindicalistas. La desunión insalvable del movimiento obrero acarreará graves consecuencias.


(Hemeroteca Municipal. Madrid.)


(Hemeroteca Municipal. Madrid.)



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

dividió a su sección española. La masa del movimiento español, los anarquistas, fueron casi los únicos en Europa que continuaron detrás de Bakunin. Una minoría, los socialistas, formaron un partido propio, que siguió a Marx. Los primeros iniciados anarquistas —tipógrafos, maestros y estudiantes— iniciaron una política deliberada de educación, dirigida principalmente a los trabajadores andaluces. Los militantes revolucionarios iban de pueblo en pueblo, como frailes caminantes. Organizaron escuelas nocturnas, donde los campesinos aprendieron a leer, a ser abstemios, vegetarianos, fieles a sus mujeres, y quizás a disertar sobre lo malo que era, moralmente, el tabaco o el café. Aunque en 1872 el débil gobierno proscribió las Internacionales, los anarquistas ocuparon el primer puesto entre



(Col. CEHC.)

El anarquismo admite una definición apta para diccionarios; sobre su aplicación caben muchas interpretaciones. La experiencia no ha dado respuesta, ya que el único ensayo, la revolución española, será fraccionado, incompleto, condicionado. El cartel de la izquierda pertenece a la época anterior a la guerra; es de clara intención vindicativa y amenazadora. El de la derecha, cuyas imágenes sugieren ímpetu y dinamismo, no aclara quiénes son esos «luchadores de la Libertad». ¿Los antifascistas todos o sólo los que se agrupan bajo la bandera rojinegra?
Quienes han estudiado el anarquismo y sus variantes, incluso desde dentro, no están de acuerdo sobre tácticas, estrategias, límites y métodos, personas, motivos, resultados, culpas. La carga de individualismo y utopía, el idealismo humanista que se quiebra al choque con la realidad, sitúan las metas libertarias entre las nostalgias de paraísos perdidos, en las nieblas del pasado inexistente o en las nieblas de futuros inalcanzables.

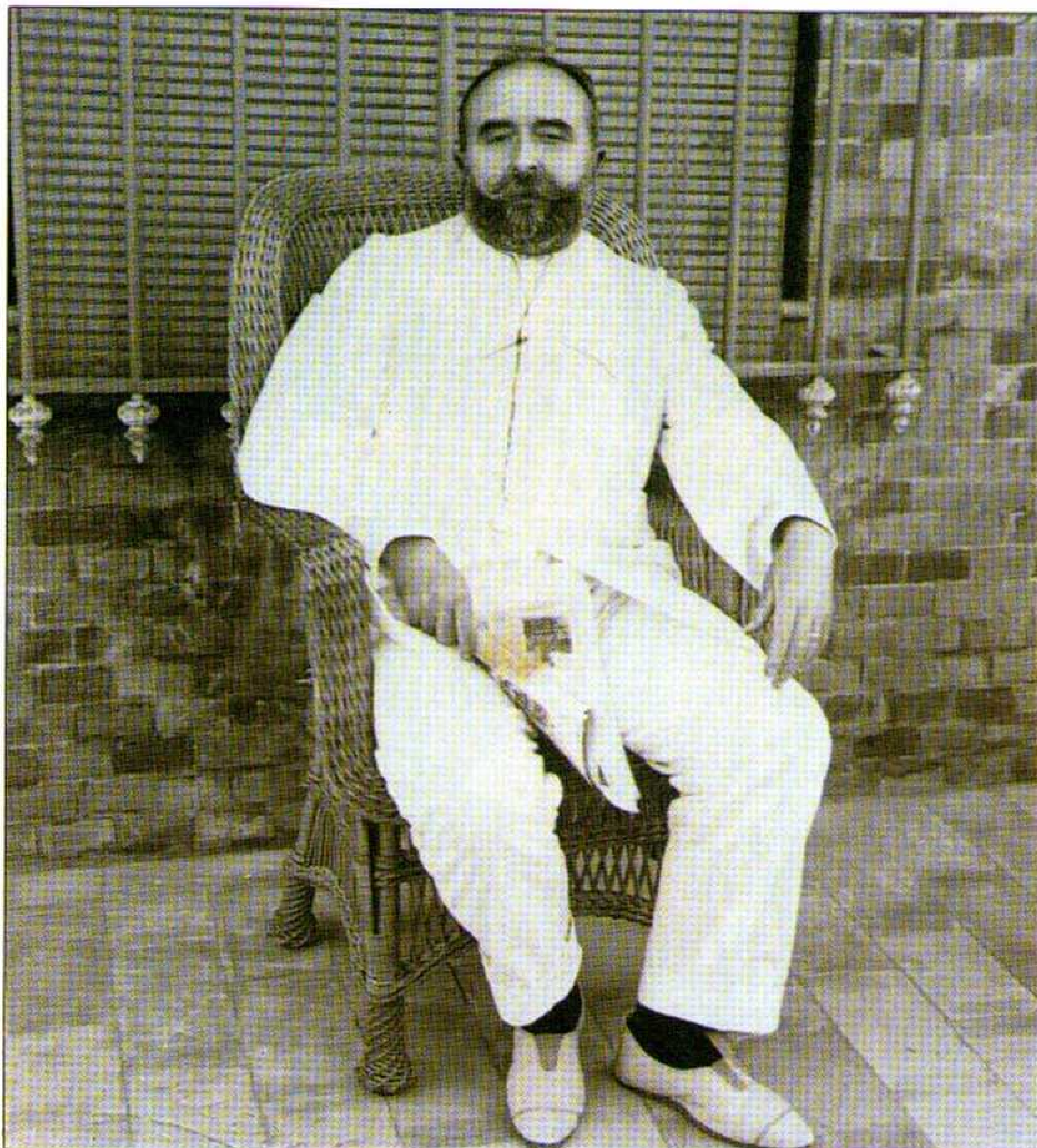
los cantonalistas revolucionarios de la época. Aquel año, en una gran huelga que tuvo lugar en Alcoy (Alicante), los anarquistas transformaron el ayuntamiento en un comité de seguridad pública, mataron al alcalde y a los guardias civiles, y pasearon triunfalmente por el pueblo las cabezas de estos últimos, preludio de las muchas violencias que vendrían después.
La Restauración de 1874 trajo consigo la represión y el movimiento pasó a la clandestinidad. Disminuyó el número de militantes, se produjeron disputas, tan agrias como inútiles, y los antiguos militantes fueron calumniados y traicionados. Se fundaron varios sindicatos no políticos libres de influencias anarquistas. Sin embargo, algunos radicales de la clase media, como el heroico Fermín Salvochea, de

Cádiz, se pasaron a los anarquistas. Estos hombres predicaban la libertad y eran muy disciplinados. Se oponían al matrimonio convencional (y eran partidarios de la abolición de los valores morales de las clases media y alta), pero vivían como santos. Sus partidarios se esforzaban en imitarles, tratando a menudo de acelerar el milenio con alguna acción violenta espontánea que, al ser reprimida cruelmente, engendraría más violencia. Por todo el sur de España, sin embargo, durante los años ochenta, noventa y el primer decenio del siglo XX, el anarquismo siguió propagándose como si fuera una religión, acosado por las persecuciones o el hambre, pero nunca vencido, cada vez con mayor cantidad de trabajadores agrícolas convencidos de que un día, quizá después de la próxima incautación de tierras, se derrumbaría el edificio de la vieja España, con curas y terratenientes, y llegaría el mundo del amor y de la redistribución de la tierra. Los que habían sido bandoleros en la década de 1840 se hicieron anarquistas en la de 1880. Andalucía, abandonada durante tanto tiempo por la clase alta, se vengó propugnando una doctrina cuyo triunfo significaría la destrucción física de aquella clase alta y de sus amigos y servidores. Muchos campesinos aprendieron a leer gracias a la enseñanza anarquista, y era lógico que creyeran sin reservas casi todo lo que leían en las octavillas mal impresas de Bakunin y Proudhon. Cuando descubrían que Bakunin había dicho que no se ganaría el nuevo mundo hasta que se hubiera estrangulado al último rey con las tripas del último cura, les entraban deseos de comprobarlo. Con una pistola y una enciclopedia, ¿no podían conseguirlo todo? Este talante milenario, producto de la clandestinidad, seguiría existiendo durante mucho tiempo al llegar la época de la libertad de asociación.



Otra lámina, de mejor factura, basculando entre un romanticismo a lo Delacroix y la periferia del realismo socialista. Durante la República, los anarcosindicalistas practican la que califican de gimnasia revolucionaria, *que oscila entre sabotajes y asonadas, huelgas generales revolucionarias y sublevaciones armadas con proclamación del comunismo libertario. Todo ello contribuirá a segar la hierba bajo los pies de la República y de la institución democrática a cuyas leyes se niegan a someterse. La guerra, con la consecución de una parcela de poder, será la prueba de fuego del anarcosindicalismo y aún vendrá después una segunda prueba: el exilio. Pero ésas son otras historias.*

(Serv. Histórico Militar.)


(Col. particular.)

En el transcurso del siglo XIX ha ido produciéndose una lenta y mesurada renovación de poderes, a medida que la burguesía alcanzaba los primeros planos de la sociedad. Existe una oligarquía compuesta por aristócratas, terratenientes, financieros, miembros distinguidos de las profesiones liberales y grandes industriales, navieros y comerciantes. Los componentes de esa oligarquía fuertemente implantada están emparentados entre sí y ligados por intereses. Cuentan con el apoyo de miembros del ejército, de la política, de la prensa, de la Iglesia, que asimismo forman parte de esa oligarquía. El poder que emana de ellos se prolonga hasta la base por obra de protecciones, clientelas, influencias, intereses; la peana electoral descansa en el caciquismo. Juan de la Cierva (1864-1938), en la fotografía, es aventajado representante del conservadurismo político, que engloba lo económico y social. Domina caciquilmente el distrito de Mula (Murcia), por el cual es elegido diputado en todos los comicios. Reaccionario convencido, forma parte del último gobierno monárquico y es el único que se opone a la expatriación de Alfonso XIII.

La «Mano Negra»

Los terratenientes y la guardia civil se encontraban en un estado casi permanente de pánico bajo la amenaza que, aparentemente, se les presentaba en la Andalucía revolucionaria, y empezaron a actuar como si ellos también vivieran tan alejados de lo práctico como sus enemigos, a los que atribuían un nivel de organización que distaba mucho de existir, en realidad. El incidente más famoso fue la conspiración de la «Mano Negra», en 1883, que la guardia civil pretendía haber ahogado, después de que quemaran algunas cosechas y mataran a varios guardias rurales, justo cuando se proyectaba asesinar a la clase alta andaluza. Aunque no es cierto que existiera tal proyecto, catorce militantes fueron agarrotados en la plaza principal de Cádiz, tras un simulacro de juicio. Esto acabó momentáneamente con la actividad anarquista en Andalucía, aunque la mayoría de los pueblos continuaron teniendo «su obrero consciente», el trabajador que mantenía la conciencia anarquista [13]. Nueve años más tarde, 4.000 campesinos armados con

[13] Edward Malefakis, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain* (New Haven, 1970), p. 137; J. Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas: Córdoba* (Madrid, 1929), p. 226.



(Col. Parias. Sevilla.)

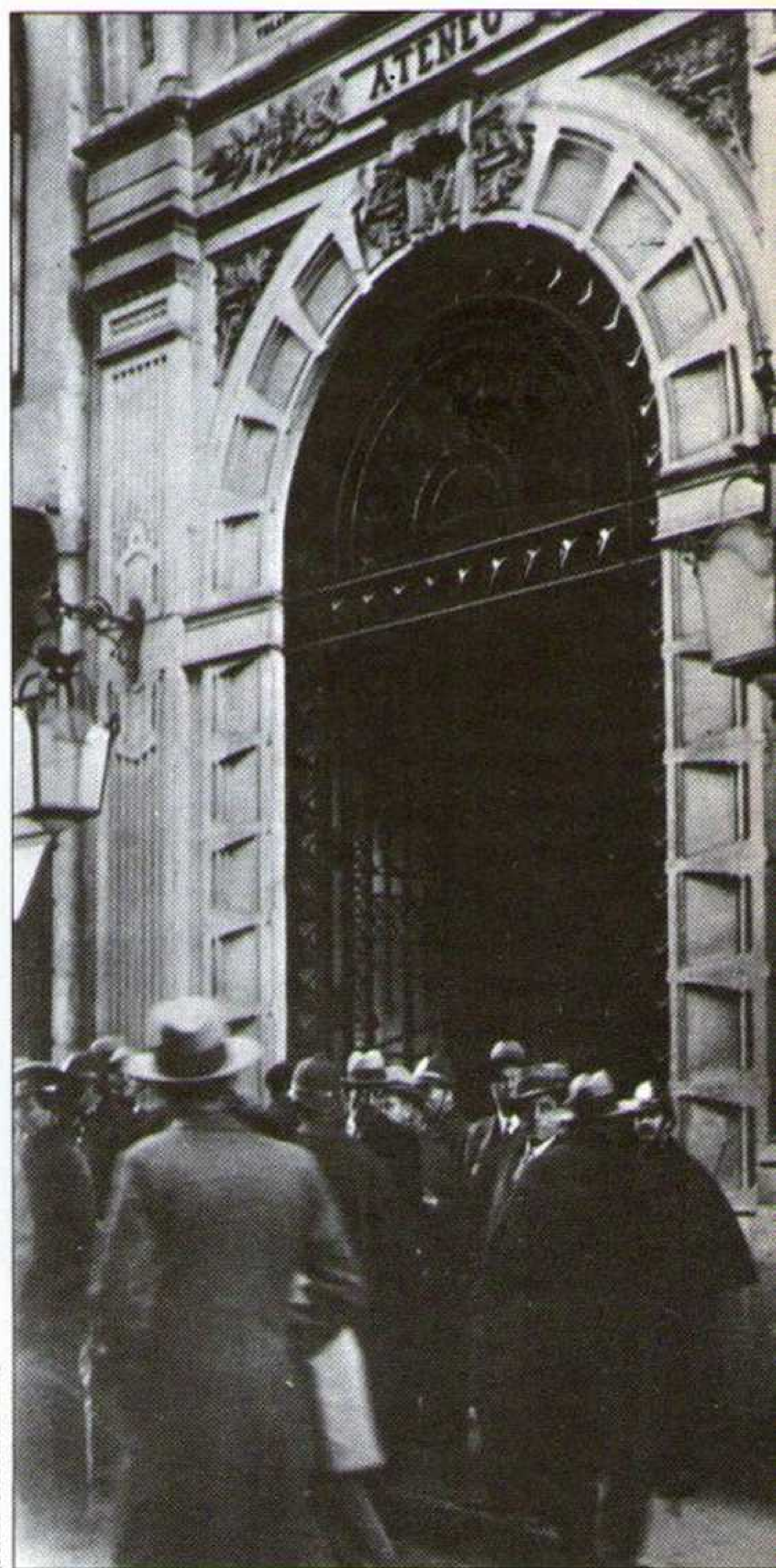
La misera situación de una crecida proporción de campesinos, desposeídos de tierra, sin posibilidad de trabajo más que algunos días al año, es causa de sucesivos levantamientos. Nunca se arbitran soluciones, se reprime con dureza extremada, y vuelta a empezar. Cuando el trágico episodio de Casas Viejas, la represión correrá a cargo de republicanos y socialistas, que son quienes están en el poder. Sobre los cadáveres de unos hombres desesperados por el hambre se montará un escándalo político. Casas Viejas es el último eslabón . de una antigua historia.

hoces entraron en Jerez gritando: «¡Viva la anarquía!», y mataron a unos cuantos tenderos mercenarios. La caballería reprimió la insurrección, cuatro hombres fueron ejecutados y muchos condenados, incluso uno (Salvochea) que estaba en la cárcel en los momentos de la gran marchá.

El anarquismo catalán

«La Idea» (como llamaban al anarquismo sus partidarios) también llegó a Barcelona, quizás en parte a consecuencia de la emigración de trabajadores andaluces a las fábricas textiles, aunque Barcelona había aumentado de dimensiones sobre todo gracias a las gentes procedentes del campo catalán. En 1880 los anarquistas catalanes eran 13.000, mientras que en Andalucía había unos 30.000. Pero los militantes cambiaban mucho y a veces parecía como si los obreros

textiles de Barcelona fueran a pasarse al socialismo. Además, el anarquismo catalán siempre fue más organizado que el de Andalucía; desde el principio, los obreros comprendieron que era necesaria la planificación para derrotar tanto a los sindicatos rivales (basados en ideas cooperativistas) como a los industriales. En cambio, los pobres trabajadores sin tierra del sur estaban dominados por el sueño de dirigir su propio pueblo sin la brutalidad de los agentes del terrateniente y los guardias civiles, la astucia mercenaria del tendero del pueblo y la interferencia paternalista del cura. Las disputas entre estas dos escuelas del movimiento libertario se manifestaron estruendosamente en innumerables congresos en la década de 1880: los más antiguos calificaban de criminales a los últimos, y éstos afirmaban que a los colectivistas sólo les interesaba tener un nivel de vida más alto. Pero, incluso en Barcelona, el terrorismo inflamaba la imaginación de los obreros no especializados y a menudo analfabetos que acababan de llegar a la ciudad, e incluso los más magnánimos eran incapaces de negar el valor de la «propaganda por el hecho», como la llamaba el anarquista italiano Malatesta: cualquier acto repentino de violencia provocaría el pánico en la burguesía. Hubo un famoso atentado contra el capitán general Martínez Campos en 1893; su frustrado asesino fue ejecutado; y, para vengarse, un amigo de éste tiró una bomba en el Teatro del Liceo, en Barcelona, matando a 21 personas. En represalia, fueron ejecutados el asesino y varias personas inocentes. Entonces tiraron otra bomba en una procesión del día de Corpus Christi, en la que murieron diez personas. La responsabilidad anarquista no se pudo probar, pero fueron ejecutados cinco anarquistas y otros fueron encerrados como ganado en el castillo de Montjuich, donde murieron varios por inanición. Se produjo un escándalo internacional, y, en represalia, el primer ministro, Cánovas, fue asesinado por un anarquista italiano. Para entonces, aunque existían relaciones de amistad entre los anarquistas españoles y sus camaradas del otro lado de los Pirineos (incluidos los rusos), el movimiento parecía indígena español, principalmente por haber absorbido el federalismo de clase media-baja de Pi y Margall, que estaba en la base de buena parte de la especulación política española (todavía en 1937, una destacada intelectual anarquista, Federica Montseny, se declaró más próxima a Pi que a Bakunin) [14].



(Photo Research Int.)

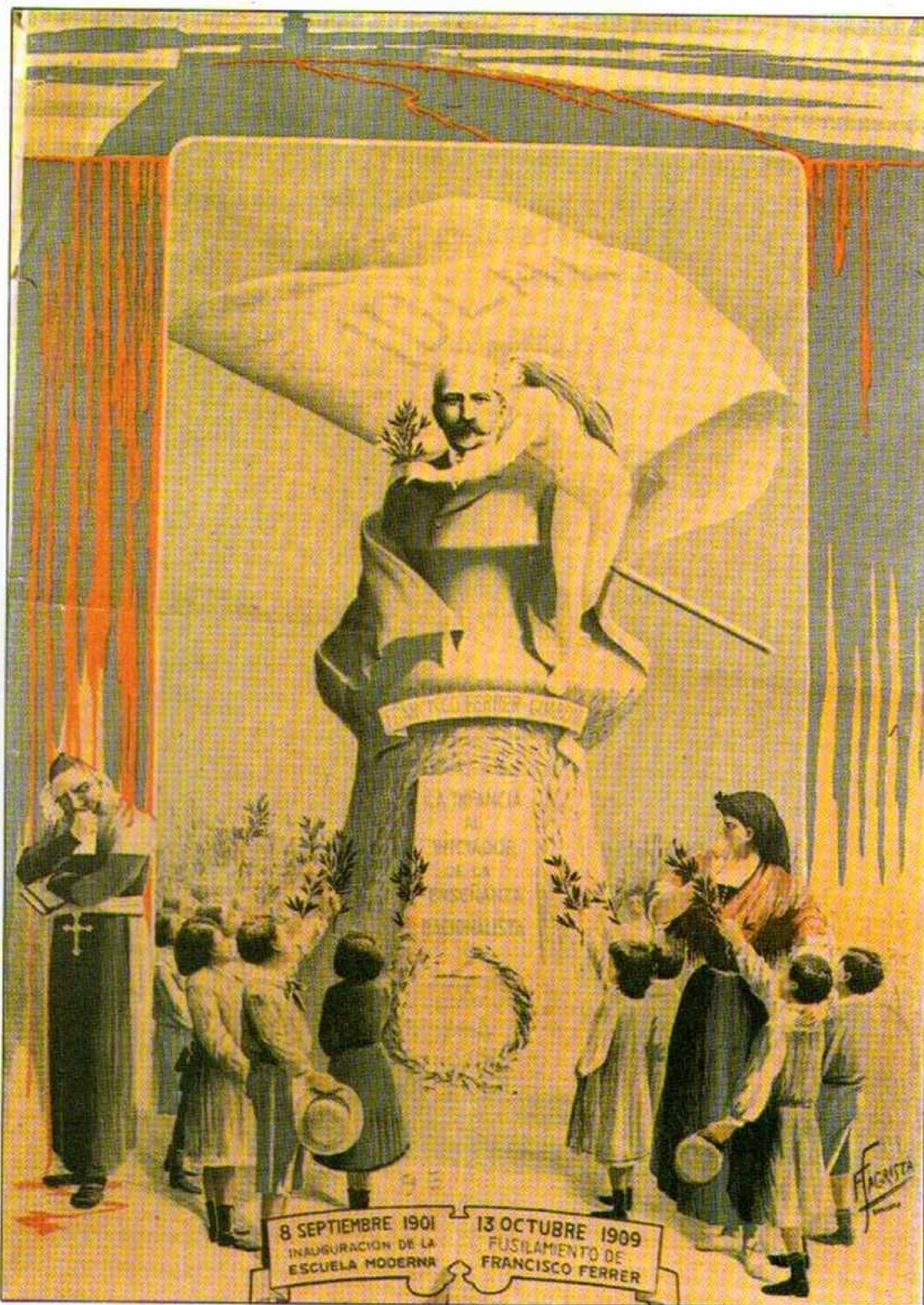
En el Ateneo de Madrid, política y cultura han andado siempre de la mano. Tribuna libre, crisol o alambique de alta temperatura pasional, cacharrería, *desempeña el papel de club jacobino durante muchos años y ha sido constante preocupación para los valores establecidos. Su ideología, composición y funcionamiento no son unitarios, dentro de una tónica progresista que puede derivar a revolucionaria. Manuel Azaña ha sido su secretario y después su presidente. Guardias y grupos de paisanos a la puerta del Ateneo madrileño: alguien habla dentro, se celebra una reunión; algo pasa.*

Las escuelas racionalistas

En los primeros años del siglo XX, empezaron a funcionar en Barcelona varias escuelas racionalistas que aspiraban a dar una versión más culta del anarquismo; la más célebre fue la Escuela Moderna de Barcelona, dirigida por Francisco Ferrer y Guardia, un masón, agitador, conspirador, jugador de Bolsa, galanteador y optimista [15]. Estas escuelas eran unos experimentos educativos radicales, en la tradición de Tolstoi, que, en un ambiente tan católico como el de

[14] José Peirats, *La CNT en la revolución española* (Toulouse, 1951-1953), vol. I, p. 72.
[15] Connelly Ullman, p. 94 y ss.; véase también Sol Ferrer, *Francisco Ferrer* (París, 1962).

El fusilamiento de Ferrer y Guardia, en 1909, y el proceso que le antecede crean un clima de agitación y protesta en el extranjero, donde aquél tenía amplias conexiones. Sus enemigos le han elegido como cabeza de turco, y a pesar de que su intervención en la Semana Trágica no haya pasado de la influencia ejercida con sus doctrinas, es condenado en consejo de guerra. Mientras unos exaltan desmesuradamente su memoria, en los medios clericales se llegará a afirmar que donde cayó su cuerpo no crece la hierba, convirtiéndole así en diabólico caballo de Atila ideológico.



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

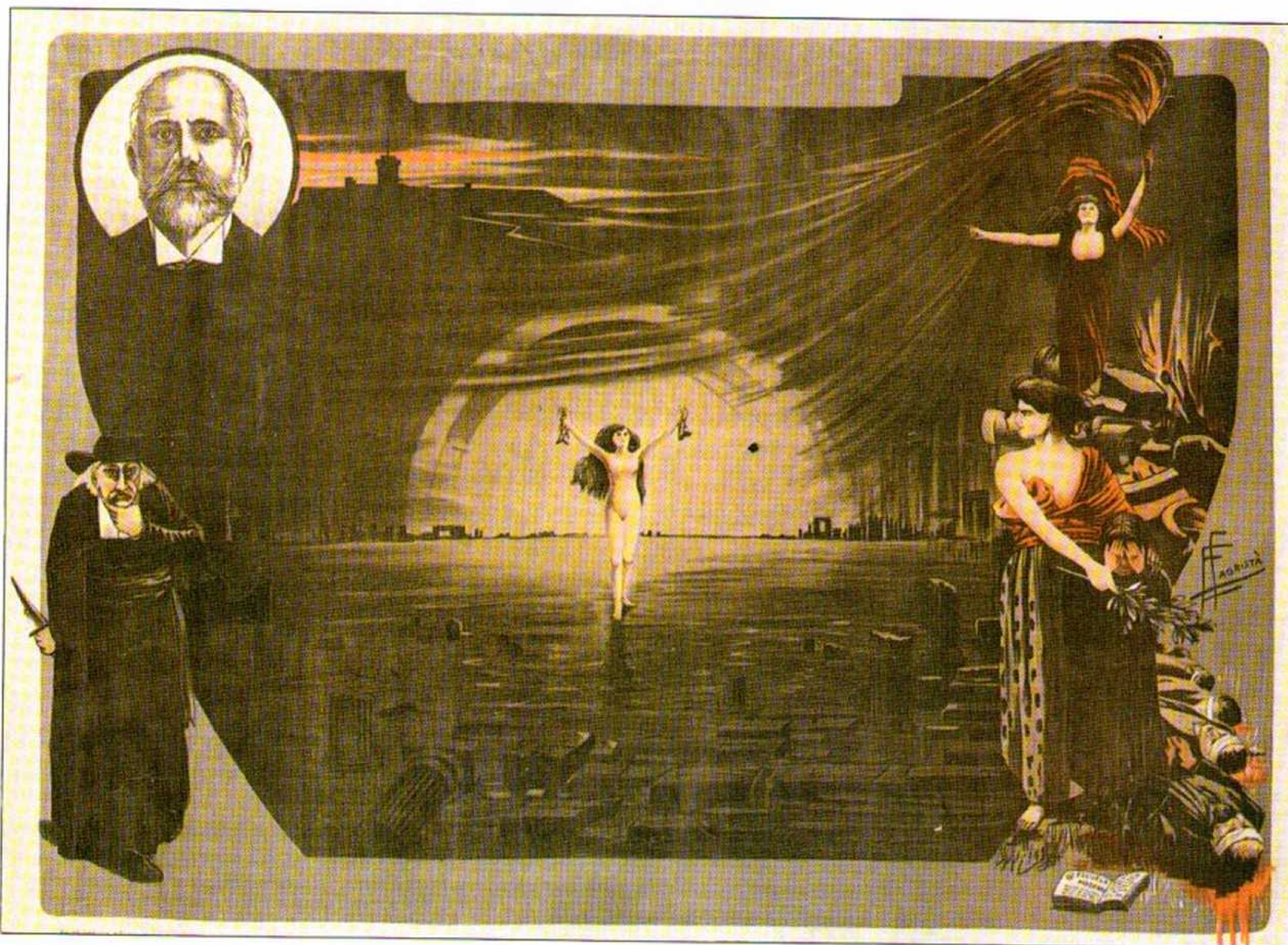


(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

FRANCISCO FERRER Y GUARDIA (Alella, Barcelona, 1859 - Barcelona, 1909)

Francisco Ferrer y Guardia ha sido, sin duda, una de las figuras de la historia española que ha dado lugar a opiniones más encontradas, incluso en nuestros días. Si para algunos continúa siendo el apóstol de la pedagogía moderna (su libro La Escuela Moderna **se ha reeditado recientemente con bastante éxito) y el mártir de la libertad, para otros sería más acertado el juicio de Jesús Pabón: «Medio Landrú; a medias, inteligente e ilustrado; educador a medias y a medias hombre de acción; a medias trabajador material, maestro sin título y burgués adinerado. Sólo poseía, por entero, el fanatismo y la astucia.»**
En cualquier caso, contaba con indudables dotes de organizador, con un talento natural notable y con una gran tenacidad. Sus ideas políticas estaban dentro del más puro utopismo libertario: «En la sociedad anarquista los ricos serán más felices que hoy, porque continuarán gozando sin ver sufrir a los demás», «la huelga general enrique-

España, tenían que causar escándalo: Ferrer, por ejemplo, despreciaba deliberadamente lo convencional llevándose de excursión a sus alumnos el Viernes Santo. No fue por azar que quien en 1906 intentó matar al rey y a la reina el día de su boda, fuera Mateo Morral, empleado de la editorial que tenía Ferrer en Barcelona. En cambio, es casi seguro que Ferrer no tuvo nada que ver con la preparación de la Semana Trágica de Barcelona, aunque fue juzgado y fusilado como su «principal organizador», sin más pruebas que las declaraciones falsas de unos cuantos radicales que querían acabar con él. (En realidad fue ejecutado porque llevaba mucho tiempo propugnando una revolución, aunque no la hubiera organizado.) La muerte de Ferrer dio a los anarquistas un mártir de fama internacional y perjudicó a los radicales, que habían intentado minar la fuerza que tenían los anarquistas entre los obreros catala-


(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

nes [16]. El gobierno dio por sentado que la federación anarquista obrera de Barcelona había sido el instrumento de que se había valido Ferrer, ayudado por los trabajadores franceses y —¿cómo no?— por la masonería internacional; los anarquistas fueron perseguidos; y, en consecuencia, los trabajadores se acercaron cada vez más a ellos, y se alejaron de los programas políticos, como el de los radicales. De allí en adelante, además, los líderes obreros moderados perdieron terreno ante los más violentos, que consideraban románticamente la Semana Trágica como una versión española de la Comuna de París, una «epopeya» que, si era posible, había que volver a representar.

Fundación de la CNT

La Semana Trágica condujo a la formación, en 1910, de la primera federación de trabajadores a nivel nacional, la Confederación Na-

[16] El papel de Ferrer en 1909 nunca llegó a esclarecerse; ¿dio dinero para contratar incendiarios?, ¿financió la continuación de la lucha comprando al mismo tiempo bonos del Estado que aumentarían de valor si fracasaba la revolución? Véase Connelly Ullman, p. 306 y ss. Algunos alegaron que toda aquella rebelión había sido una «maniobra de Bolsa». Ferrer, que ya estaba escondido y de quien se creía que estaba en Francia, fue arrestado porque firmó una nota por la que prorrogaba un sobregiro.

cerá a los pobres sin empobrecer a los ricos». Sin embargo, a diferencia de otros anarquistas, Ferrer creía que como fase previa a la sociedad ideal habría que facilitar la proclamación de una república que terminaría por desbordar a los propios republicanos. De ahí sus contactos con Lerroux y los radicales.
Nacido en una familia campesina, a los catorce años se trasladó a Barcelona. Allí trabajó como dependiente en una tienda, y en 1879 consiguió un empleo de revisor en los ferrocarriles. Desde este puesto colaboró con Ruiz Zorrilla, introduciendo correspondencia suya en España. A causa de su participación en la intentona republicana del general Villacampa, en 1886, se exilió a París, donde ingresó en la masonería y se convirtió al anarquismo. Al principio, su vida en la capital francesa fue difícil, trabajó en el comercio de vinos, dio clases de español y fue secretario de Ruiz Zorrilla. Su suerte cambió totalmente cuando, al morir su alumna Jeanne-Ernestine Meunier, en abril de 1901, le dejó en herencia una importante fortuna. Meses después la Escuela

Moderna comenzaba sus actividades en Barcelona. Desde entonces su influencia fue creciendo, hasta contar en Barcelona con una casa central y catorce sucursales y con más de treinta entre Cataluña y Valencia, además de una editorial especializada en obras racionalistas y anarquistas.

Al mismo tiempo, Ferrer desarrolló una vida política activa dentro del movimiento anarquista catalán. Financió periódicos libertarios, como La Huelga General, **y radicales, como** El Intransigente, **ayudó a los terroristas perseguidos y con las publicaciones de su editorial elevó el nivel cultural de muchos trabajadores.**

En 1906 fue detenido, acusado de ser el instigador del frustrado atentado contra Alfonso XIII el día de su boda, perpetrado por Mateo Morral, profesor y bibliotecario de la Escuela Moderna, que estaba profundamente enamorado de Soledad Villafranca, compañera de Ferrer. Al mismo tiempo, fueron clausuradas todas las escuelas modernas. Después de una campaña internacional a su favor, fue absuelto de todos los cargos y puesto en libertad en junio de 1907.

En la represión que siguió a la «Semana Trágica» (julio de 1909) fueron detenidos varios miembros de la Escuela Moderna. Ferrer se refugió en una propiedad familiar, pero fue localizado por el somatén de Masnou. El 9 de octubre compareció ante un consejo de guerra. Tras un proceso irregular y con escasas pruebas, fue condenado a muerte «como autor y jefe de la rebelión» y fusilado cuatro días más tarde. Inmediatamente se desató una violenta campaña internacional de protesta, y cuando el tema se discutió en las Cortes provocó la caída de Maura y su aislamiento político.

cional del Trabajo, CNT [17], que desde el principio estuvo dominada por los anarquistas. Inaugurada en 1911, sus líderes combinaban las ideas de los supervivientes de la generación de Bakunin con las del príncipe Kropotkin, Malatesta y Ferrer, y también estaban influidos (como lo había estado Ferrer) por ideas venidas de Francia, donde los dirigentes obreros se encontraban en plena marea de entusiasmo por el sindicalismo y la idea de la guerra a muerte en lo económico. Sin duda los miembros de la CNT eran todavía una minoría incluso entre los trabajadores organizados de Barcelona. Pero su brío y su violencia llamaban la atención. Sus técnicas eran el sabotaje, los disturbios, el antiparlamentarismo, y, sobre todo, la huelga general revolucionaria, concienzudamente planeada y llevada a cabo sin piedad, que se convirtió en la esperanza fundamental de los trabajadores españoles como medio de lograr el objetivo del «comunismo libertario». Como se suponía que una huelga oportuna tendría una eficacia inmediata, no había fondos de huelga, aunque muchos trabajadores anarquistas tampoco hubiesen podido contribuir a ellos. Hasta 1936, en todo el sindicato sólo hubo un funcionario remunerado. En las reuniones no había orden del día, y no existía un cuartel general, aparte de las redacciones de los periódicos o las imprentas de los tipógrafos.

La guerra mundial acrecentó el interés de todos los trabajadores españoles por Europa. La Revolución rusa llevó este interés al máximo. En Cataluña actuaron agentes alemanes, que sobornaban

[17] La Confederación Nacional del Trabajo fue la sucesora de Solidaridad Obrera, fundada en 1907, que había sido una coalición de movimientos obreros catalanes, dominada por los anarquistas, pero no formada exclusivamente por ellos. Los socialistas se retiraron cuando este movimiento pasó a ser nacional.



(Alfonso. Madrid.)

a pistoleros y a anarquistas corrompidos para que atacaran a hombres de negocios aliadófilos, asegurándose además los servicios del corrompido jefe de la sección política de la policía de Barcelona. Las interminables crisis gubernamentales de la monarquía hacían creer a los dirigentes anarquistas que su hora estaba próxima. Al parecer, la CNT tenía ya 700.000 miembros en 1918, y florecían más de 200 periódicos y publicaciones anarquistas (sólo en Barcelona hubo 29 publicaciones entre 1900 y 1923) [18].

El poder alcanzado por la CNT dentro de la clase obrera española en Barcelona y Andalucía al final de la primera guerra mundial presentaba un problema en sí mismo, pues sembraba la disensión entre los puristas, que no se conformaban más que con una revolución social completa, y los del ala más moderada, que, aunque tuvieran los mismos objetivos para el futuro, creían que también era interesante conseguir algún alivio a corto plazo que mejorara la mala situación de los obreros, tener un poco de estrategia, unos cuantos aliados y conocer algo el escenario internacional. Los moderados estaban dirigidos por el *Noi del Sucre*, apodo de Salvador Seguí, trabajador en una azucarera, dotado para la oratoria, y enemigo del terrorismo indiscriminado. Los intentos del gobierno de aplastar a todo el movimiento y la voluntad decidida de los anarquistas de conservar las ventajas adquiridas durante la guerra mundial llevaron (como hemos visto antes) a un período de cinco años de lucha de bandas en Barcelona, entre militantes de la CNT y pistoleros contratados por los patronos. El conflicto empezó en 1919 con una huelga en La Canadiense, la central eléctrica de Barcelona. El gobierno aceptó la jornada de ocho horas. Pero la dirección, muy combativa, cerró la fábrica a los obreros. Vino una huelga general, con propósito pacífico, pero que se volvió violenta. Seguí hizo lo posible para volver a basar el movimiento anarquista en principios realistas. Incluso predicó la paciencia. Pero en poco tiempo, la mayoría de los dirigentes anarquistas de Barcelona, incluidos Seguí y su abogado, Layret, fueron asesinados por pistoleros en la calle o cuando «intentaban escaparse» de la cárcel (en aplicación de la llamada «ley de fugas») [19]. El gobernador civil, general Martínez Anido, luchó contra los anarquistas con toda clase de armas, llegando incluso a crear un sindicato rival favorecido por el gobierno, el Sindicato Libre, y un cuerpo de policía especial, el Somatén (nombre de una fuerza no regular de catalanes que habían combatido contra Napoleón). Estaban a la orden del día la violencia y los asesinatos, los crímenes políticos acompañados de gangsterismo, las muertes de policías, obreros y transeúntes. Unas mil personas murieron por razones «políticas» en Barcelona entre 1917 y 1923. La Revolución rusa, mientras tanto, supuso una tentación para el



(Alfonso. Madrid.)

Tullido a causa de una parálisis infantil, el abogado y diputado Francesc Layret (arriba) es un republicano catalanista que goza de predicamento en los medios sindicalistas. Igual que Companys, ejerce de defensor de los afiliados a los Sindicatos Unicos. En 1920 cae asesinado, víctima de un atentado perpetrado probablemente por pistoleros del Sindicato Libre.

José Nakens, que aparece aquí (a la izquierda) en los últimos años de su vida, visitado por amigos y en presencia de su hija, ha sido director del periódico republicano El Motín, *a cuya imprenta acudió en su busca Mateo Morral después de arrojar la bomba en la calle Mayor. Nakens, que ni siquiera le conocía, le buscó lugar donde esconderse dos noches, no sin vencer ciertas reservas éticas cuando supo las numerosas víctimas que había causado. Procesado por encubridor, fue absuelto.*

[18] Díaz del Moral, pp. 575-577. La FNAE (Federación Nacional de Agricultores de España), equivalente agrícola de la CNT, se fundó en 1913 y se fusionó con la CNT en 1918.

[19] Peirats, vol. I, p. 9, da una lista incompleta de dirigentes anarquistas muertos en este período; en la lista figuran 106 nombres. En *Tiempos Nuevos* (París), en 1925, se publicó una descripción del apoyo del gobierno a los pistoleros antianarquistas y de la cantidad que recibían por cada asesinato. Está reproducida por Peirats, vol. I, pp. 10-13. La mejor historia de este período, con mucho, es la de Meaker, en el libro anteriormente citado.



(Alfonso. Madrid.)



(Serv. Histórico Militar.)



(Efe.)

Alrededor de Salvador Seguí, sentado en el centro, se fotografían su amigo y seguidor Angel Pestaña, primero por la izquierda sentado, el periodista Mauro Bajatierra, quinto de pie por la izquierda, y otros dirigentes. Abajo, Andrés Nin, vehemente luchador proletario que del sindicalismo pasará al comunismo soviético, y precisamente en Rusia iniciará su despegue hasta militar en el marxismo disidente.

movimiento anarquista. El entusiasmo fue mayor en Andalucía, donde los años 1918-1921 se llamaron el «trienio bolchevique». En 1920, el congreso nacional de la CNT envió a Moscú al principal rival de Seguí, Angel Pestaña, para que informara sobre la Revolución rusa. Igual que la delegación socialista, volvió con una impresión desfavorable, especialmente por la persecución de los anarquistas rusos y por la aplastante represión de cualquier tipo de oposición. Pestaña, por consiguiente, habló en Moscú contra las Veintiuna Condiciones que se consideraban necesarias para entrar en la Tercera Internacional Comunista (Komintern). Sin embargo, al volver a España no pudo informar, puesto que fue arrestado nada más llegar y pasó los meses siguientes en la cárcel. En 1921, otra invitación a Moscú hizo que el movimiento perdiera a su nuevo secretario general, Andrés Nin, y a algunos otros intelectuales, que se hicieron comunistas; pero esto no tuvo consecuencias en la masa del movimiento. Pestaña no tardó en salir de la cárcel y, junto con el único del grupo de Nin que seguía siendo anarquista, Gastón Leval, puso de relieve lo rápidamente que Lenin había organizado una policía y una censura. Triunfó la facción anticomunista, y los anarquistas, en vez de afiliarse a Moscú, se adhirieron a la nueva y pequeña Internacional anarquista, la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), con sede en Berlín [20].

[20] «La Revolución rusa —dijo un antiguo y famoso anarquista, Eleuterio Quintanilla— no expresa nuestros ideales. Es una revolución de tipo socialista. Su dirección y su orientación no responden a las necesidades de los trabajadores, sino a las de los partidos políticos.»

«Los Solidarios»

La dictadura de Primo de Rivera vio el eclipse de la actividad militante anarquista, por encontrarse la mayoría de los dirigentes muertos, en el exilio o en la cárcel: se prohibieron los periódicos anarquistas, aunque no todas sus publicaciones. Se permitió que siguieran abiertas algunas escuelas racionalistas. Los líderes anarquistas más violentos, entre los que se contaba una famosa banda llamada «los Solidarios», se reunían en Francia y dirigían incursiones al otro lado de la frontera. Entre estos hombres aparecieron una serie de guerreros anarquistas legendarios: sobre todo, dos hombres violentos e inseparables, Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso. Durruti era un ferroviario de León; Ascaso era panadero y camarero. Sus crímenes más sensacionales fueron el asesinato del arzobispo de Zaragoza en 1923, el atentado contra el rey Alfonso (en París) en 1924, y el célebre asalto al Banco de España en Gijón. Huyeron de España, estuvieron vagando por Sudamérica, y abrieron una librería anarquista en París. Ilya Ehrenburg señaló más tarde, muy satisfecho, que cuatro países habían condenado a muerte a Durruti [21]. Desde luego, estos hombres y sus compañeros no eran criminales comunes. Eran soñadores con una misión violenta, personajes que Dostoyevsky se habría enorgullecido de crear. Para unos, Durruti era un «malhechor», un «asesino» o un «rufián»;

[21] Ilya Ehrenburg, *Ils ne passeront pas* (París, 1937), p. 13.



(Pyresa.)

Buenaventura Durruti es ejemplo del revolucionario nato. Nacido en León en 1896, se inicia como luchador obrero en el campo socialista, del cual su temperamento y sino le empujan pronto al anarcosindicalismo. La vida de Durruti, que va a ser corta, es una sucesión de aventuras en las que se mezcla con persecuciones, encarcelamientos y destierros todo género de acciones violentas, sabotajes, atracos, atentados, que tienen por escenario, además de España, otros países de Europa y América. En sus convicciones, la duda no tiene mínima entrada, y además de hombre de acción se distinguirá como brioso orador. Con Francisco Ascaso, García Oliver, Ricardo Sanz, Suberviela, Torres Escartín, Aurelio Fernández, Alfonso Miguel, Marcelino Manuel Campos, Eusebio Brau, García Vivancos y Antonio del Toto, forma el grupo específico Los Solidarios. *Hay autores que de Durruti prefieren a la verdadera historia la leyenda: la proyección de su personalidad en los demás.*

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

Ascaso y Durruti han sido nuevamente detenidos

PARIS 7 (2 m.).—Han sido nuevamente detenidos los anarquistas españoles Ascaso y Durruti, que habían sido expulsados de Francia.

La detención ha tenido lugar en Lyón, donde ambos se encontraban bajo nombre supuesto.

Ascaso y Durruti, desde Bélgica, de donde igualmente fueron expulsados, se dirigieron a Suiza y Alemania; pero como en este último país se los amenazó con entregarlos a las autoridades españolas, se dirigieron a Francia, dond. han sido detenidos. (Fabra.)

El motivo de la detención

LYON 7 (2 m.).—El motivo de la detención de Ascaso y Durruti ha sido infringir el decreto de expulsión dictado contra ellos en Francia.

Ambos se hospedaban en un hotel de esta población. Ascaso tenía su documentación a nombre de Valeriano González, y Durruti, que carecía de documentos, se había hecho inscribir en el registro de la pensión con el nombre de José García. (Fabra.)

Ascaso y Durruti, condenados a seis meses de prisión

LYON 16 (10 n.).—Los anarquistas españoles Ascaso y Durruti han comparecido hoy ante el Correccional de Lyón. Condenados en París en 1926 por complot contra el Rey de España, cuando el viaje del Soberano, fueron expulsados, y sucesivamente les fué denegada la autorización para permanecer en Bélgica, en Suiza y en Alemania. Los dos regresaron a Francia y estuvieron trabajando en Lyón, hasta que fueron descubiertos y detenidos el 5 de abril.

Después de oír el informe de los abogados defensores, el Tribunal ha condenado a los dos españoles a seis meses de prisión, por infracción de una orden de expulsión. (Radio.)

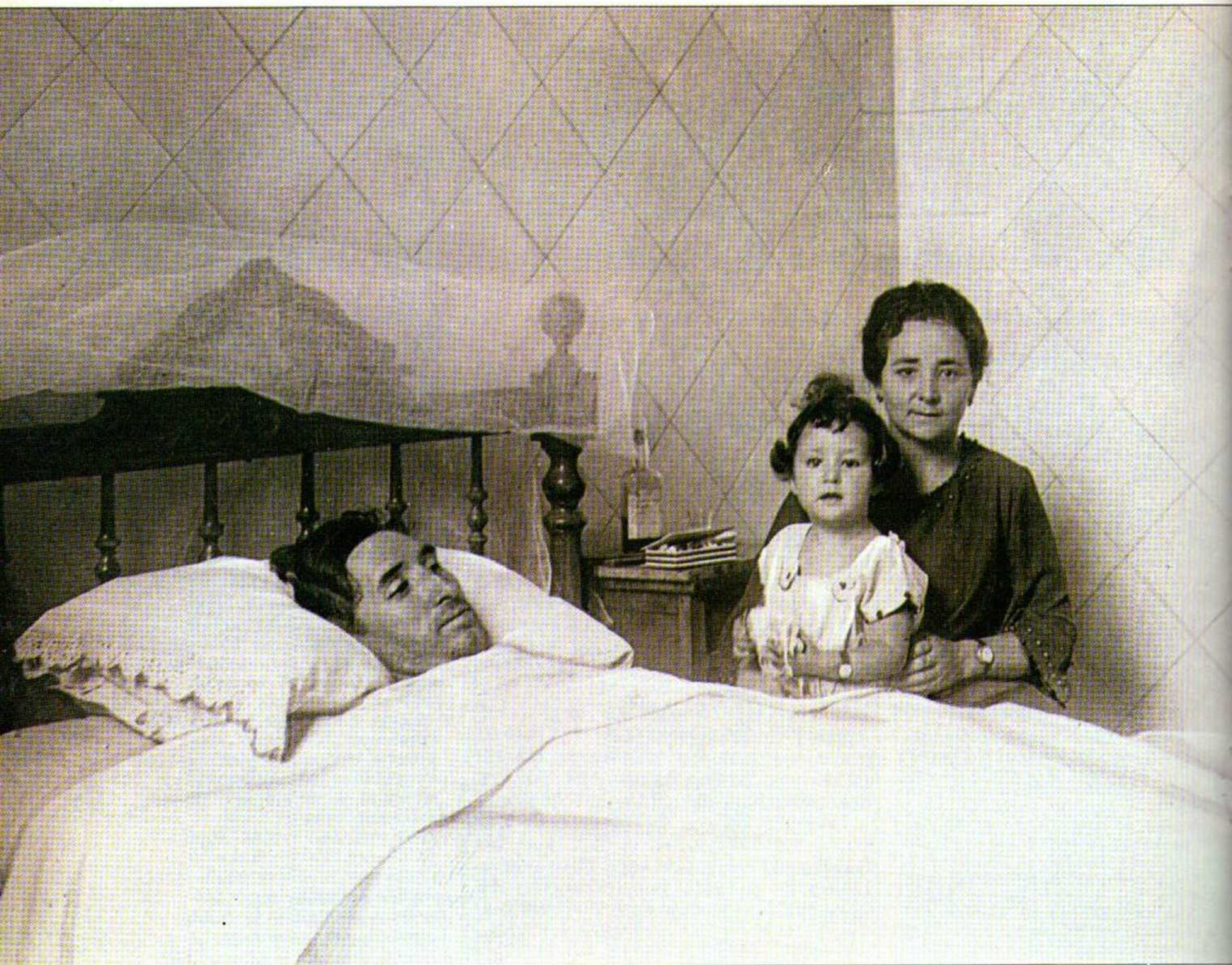
(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

Recortes de prensa sobre la detención en Francia de Durruti y Ascaso, consecuencia tardía de un frustrado atentado a Alfonso XIII.

para otros era el «héroe indomable», con una bella «cabeza imperiosa que eclipsaba a todas las demás, que reía como un niño y lloraba ante la tragedia humana» [22]. La mayoría de «los Solidarios» creían que era necesario algún tipo de alianza con otros enemigos de la dictadura, y varios de ellos, en el exilio, a pesar de mostrarse partidarios de la violencia revolucionaria, estaban dispuestos a admitir la idea de una larga preparación antes de llegar a una verdadera huelga general. También hacían planes para la creación de un ejército anarquista revolucionario en la línea de Néstor Makhno, el ucraniano, al que ellos conocían.

[22] Véase Ricardo Sanz, *El sindicalismo y la política: Los Solidarios y nosotros* (Toulouse, 1966); J. Romero Maura, «The Spanish Case», en David Apter y James Joll, *Anarchism Today* (Londres, 1971); Juan Llarch, *La muerte de Durruti* (Barcelona, 1973).

El atentado que sufre Angel Pestaña en Manresa iniciará el declive de Martinez Anido, que acabará siendo destituido de su cargo de gobernador de Barcelona. Pestaña es contrario al pistolerismo, que también se practica desde los Sindicatos Unicos y que ha causado —y causará— numerosas victimas entre los patronos, autoridades, agentes, afiliados al Sindicato Libre, y esquiroles o supuestos confidentes. Como Salvador Segui, Pestaña cuenta con enemigos entre los partidarios de la mano dura.



(Pyresa.)



(Salmer.)

En 1929 se inaugura la Exposición Internacional de Barcelona, muestra de vitalidad y exponente de cierto grado de progreso y prosperidad material. La construcción de los numerosos edificios que la componen, la urbanización del recinto, toda la puesta a punto de tan grandiosa empresa y el movimiento que engendra atraen a un elevado número de obreros, en especial al peonaje de las comarcas más depauperadas. Terminados los trabajos, la ciudad no puede absorber tanta mano de obra, lo cual producirá una crisis que va a reflejarse en la situación político-social barcelonesa de los años venideros.

La Federación Anarquista Ibérica

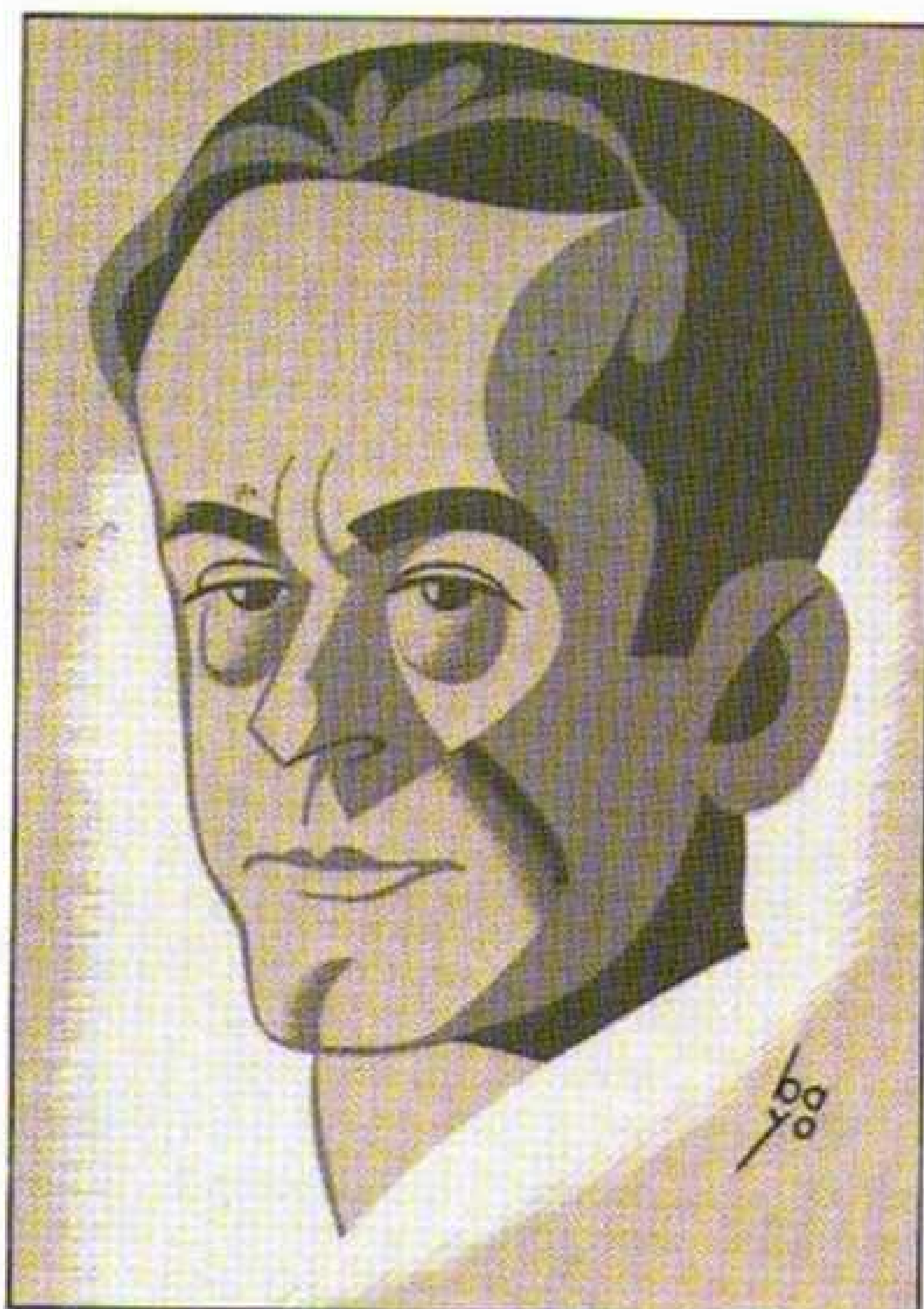
En julio de 1927, en una reunión secreta celebrada en Valencia, los principales militantes anarquistas dejaron formada en España una nueva sociedad, la Federación Anarquista Ibérica (FAI), destinada a oponerse al revisionismo. En los años siguientes ésta se convertiría en una élite revolucionaria encargada de conducir a las masas hacia la realización del momento revolucionario conveniente. La FAI no era una organización centralizada, sino una serie de grupos que actuaban sin cohesión: de ahí su debilidad en tiempo de crisis. Al final de la dictadura, y con el advenimiento de la República, este poderoso grupo secreto —se desconocían su organización y sus miembros [23]— entró en conflicto cada vez más claro con el grupo reformista, ahora dirigido por Pestaña, deseoso de crear un partido

[23] Peirats, vol. II, p. 347, dice que la FAI tenía 30.000 miembros en 1936.

La fotografía está tomada en los últimos tiempos de la monarquía y con ocasión de una huelga. Los guardias de Seguridad cachean a un obrero, mientras que una pareja de la guardia civil a caballo refuerza el piquete. Los dos personajes con sombrero parecen pertenecer a la «policía secreta». Ante el objetivo se ha reunido, pues, el conjunto de lo que unos califican de «fuerzas del orden» y otros de «fuerzas represivas».


(Salmer.)

En la página de la derecha, una vieja y reiterada escena del sur, que no contribuirá a solucionar los grandes problemas del proletariado agrícola, de quienes por no tener, carecen hasta de patrono.



(Pyresa.)

A Juan García Oliver le han crecido los dientes en la lucha sindical, y se le han afilado. Forma parte del grupo Los Solidarios, *y más adelante, con otros compañeros de aquél, formará el grupo* Nosotros, *que va a jugar un papel importante en el planteamiento de la revolución y la guerra en Barcelona. Cuando se proclama la República, García Oliver cumple condena en Burgos, y es puesto inmediatamente en libertad. Reanuda la lucha contra la sociedad y el Estado, que ahora estará representado por la República. García Oliver, Durruti y Ascaso formarán el trío de mayor influencia dentro del anarcosindicalismo.*

político sindicalista que tuviera la misma relación con la CNT que el partido socialista con la UGT. Otro dirigente moderado era Juan Peiró, un vidriero, que definía el anarquismo como «tolerancia, nobleza y antidogmatismo, además del valor ejemplar de crear cooperativas de producción y consumo». La República planteó un dilema al movimiento: un solo documento admitía que las Cortes Constituyentes de la República eran «producto de un hecho revolucionario, hecho que directa o indirectamente tuvo nuestra intervención», y al mismo tiempo proclamaba que «estamos frente a las Cortes Constituyentes, como estamos frente a todo poder que nos oprima. Seguimos en guerra abierta contra el Estado» [24]. «Los Solidarios», al volver del exilio, se vincularon naturalmente a la FAI. Eran más jóvenes que los antiguos dirigentes de la CNT, como Pestaña, y se aprovecharon del clima de impaciencia reinante entre la juventud de España para hacer presión en contra de todo compromiso. El movimiento anarquista tuvo un hábil líder táctico en los años 30 en Juan García Oliver. Este, al describir sus objetivos a Cyril Connolly, un crítico inglés, le dijo que pretendía «eliminar la bestia que hay en el hombre» [25]. El mismo había pasado años en la cárcel por delitos de violencia.

La CNT en los años treinta

En 1931, la CNT estaba dividida por razones de doctrina, de geografía y de edad. Los obreros de las ciudades, sobre todo de Barcelona, podían considerarse sindicalistas, y todavía buscaban el orden «vertical» de la sociedad sugerido por los sindicatos franceses a finales del siglo XIX. Su plan seguía siendo que los obreros de una fá-

[24] Peirats, vol. I, pp. 42-43.
[25] Cyril Connolly, *The Condemned Playground* (Londres, 1945), p. 195. Véase su notable discurso cuando era ministro de Justicia en enero de 1937.



(Pyresa.)



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

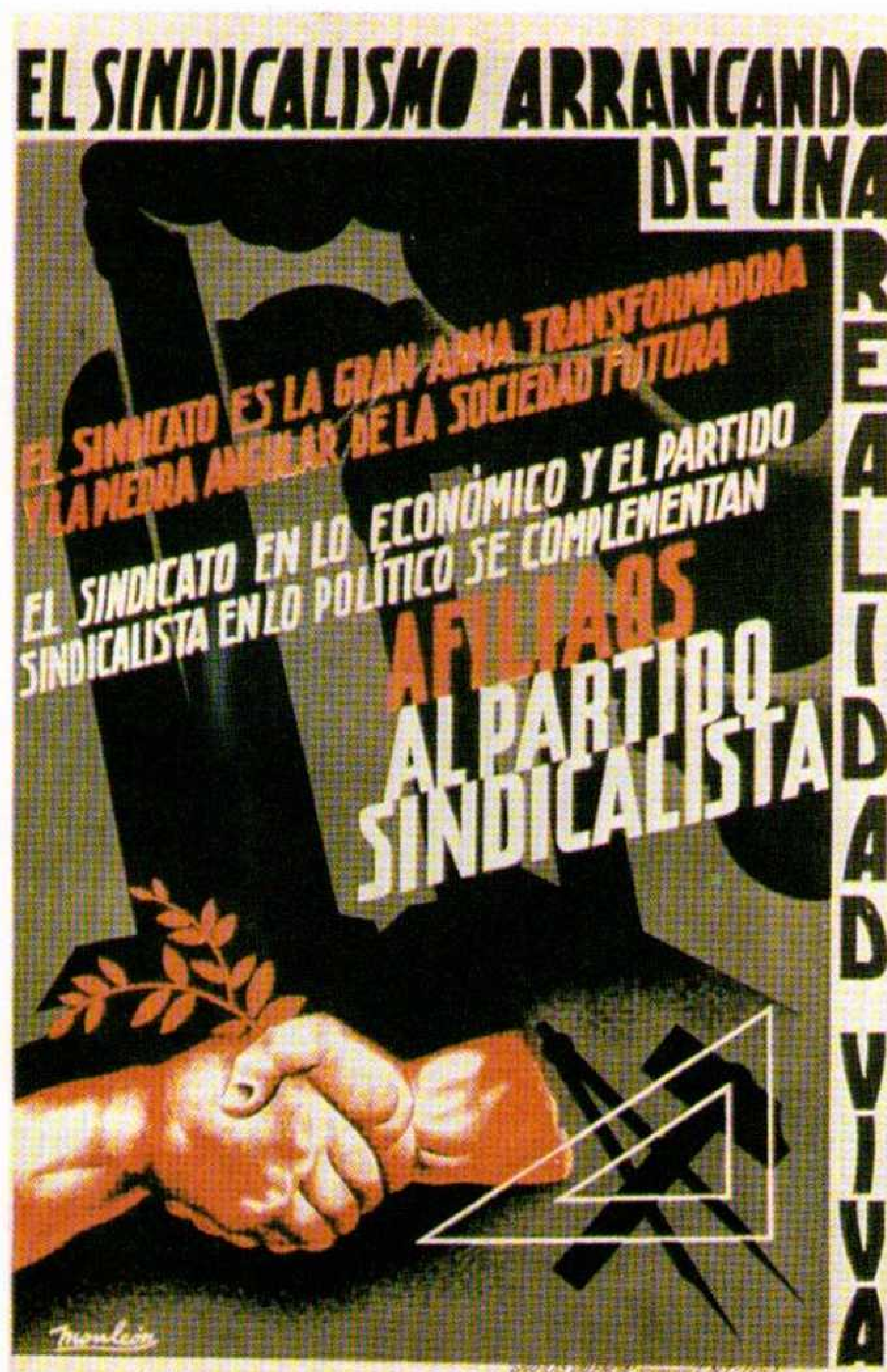
brica delegasen unos miembros a un «sindicato», que negociaría con otros sindicatos todas las cuestiones de alojamiento, alimento y diversiones. Los anarquistas rurales, sobre todo en Andalucía, seguían representando una idealización de su propio pueblo, cuyos habitantes cooperarían para formar un gobierno propio y autosuficiente. La consecuencia práctica era que, en cualquier pueblo, había por lo menos un obrero consciente que mantenía la conexión con la CNT, tenía preparada una bandera rojinegra anarquista por si se presentaba la oportunidad de izarla en el cuartel de la guardia civil, encarnaba la conciencia del lugar y, llegado el momento de la acción, podía contar con el apoyo de muchos otros —hecho que falsea los cálculos numéricos—. Probablemente, más de un millón y medio de trabajadores españoles eran anarquistas, en sus opiniones, en los años 30; pero los militantes no pasaban de 200.000 [26].

[26] El obrero consciente está descrito en Díaz del Moral, p. 225 y ss. Brenan, p. 140. Los anarquistas decían tener 600.000 miembros en junio de 1931, 250.000 en Cataluña (*Solidaridad Obrera*, 12 de junio de 1931). Balcells dice que la CNT tenía el 58 por 100 de los obreros de Barcelona y entre el 30 y el 35 por 100 de los obreros de Cataluña.

Las dos primeras ilustraciones son plasmación gráfica de ideas, tácticas y consignas libertarias. El cartel de la derecha es una llamada al Partido Sindicalista que en 1933 funda Angel Pestaña. Durante el verano de 1931, treinta dirigentes sindicalistas han firmado un manifiesto que toma el nombre del número de firmantes. A despecho de estas escisiones, la CNT continúa bajo la orientación de los anarquistas que propugnan la acción revolucionaria. El Partido Sindicalista llevará una vida lánguida, sin conseguir atraer a una masa de militantes.



(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)



(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

El 19 de enero de 1932, y coincidiendo con revueltas en diversos puntos de España, se produce una revolución anarcosindicalista en el alto Llobregat. Los insurgentes se apoderan de Figols, Berga, Sallent, Balsereny, Puigreig, Gironella, Suria... y proclaman el comunismo libertario, izan la bandera rojinegra en los ayuntamientos y destruyen los registros. El gobierno se ve obligado a enviar fuerzas del ejército, que en pocos días reducen a los sediciosos sin que se produzcan grandes choques. Se practica gran número de detenciones, entre ellas las de algunos dirigentes, que serán deportados.
A la derecha, arriba, la pareja de guardias cachea a un ciudadano, algo que ocurre con mucha frecuencia.

La mayoría de los anarquistas creían que la CNT no era sólo una organización revolucionaria, sino además el esquema de una futura sociedad ideal. Se suponía que, después de la revolución, los diferentes pueblos se unirían para intercambiar mercancías con sus vecinos, formando una federación regional de ciudades y pueblos, mientras que las federaciones colaborarían con otras federaciones intercambiando estadísticas y excedentes de producción. En las ciudades se formarían federaciones similares, que reunirían a las fábricas con los abastecedores o importadores de materias primas. Los intelectuales anarquistas justificaban sus opiniones diciendo que en ninguna sociedad habría esperanzas de justicia si primero no se conseguía entre grupos reducidos de hombres. Muchos anarquistas odiaban incluso la idea de la propiedad. Así, la juventud anarquista, la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL), se declaraba contra la propiedad porque «es una injusticia inhumana que un hombre detente la riqueza producida por otros hombres, o la tierra que sólo a la Humanidad pertenece y que es un atributo para la sociedad, tan sagrado como la vida lo es para

(Col. Luis Gasca.)




(Keystone.)

El sindicalista Juan López (abajo), que milita en la línea opuesta a los anarquistas, lo que le causará no pocos sinsabores, es hijo de un guardia civil y nació en Bullas (Murcia), aunque su formación es barcelonesa. Entre 1920 y 1926 permanece en la cárcel, y aprovecha esos años para su ilustración y formación política. Colabora en distintas revistas obreras de la tendencia que le es propia, y contribuye activamente a la reconstrucción de la CNT después del eclipse *provocado por la Dictadura. Primer firmante del* Manifiesto de los Treinta, *su gran momento llegará después, cuando Largo Caballero le nombra ministro de Justicia. Juan López no es hombre brillante, pero sí trabajador y consecuente con sus ideas y con los métodos que considera mejores para imponerlas.*

el individuo; porque tiene su origen en un violento y criminal despojo del más fuerte contra el más débil, creando la odiosa existencia de los parásitos de la colmena humana, que no tienen otra misión social que vivir del trabajo ajeno, mediante la explotación y miseria de los demás; porque crea el capitalismo y establece la ley del salario que condena al hombre a una permanente esclavitud económica y a los vaivenes y consecuencias de su desequilibrada economía; porque es la causa de la prostitución, el más infame y degradante ultraje que la sociedad infiere a la conciencia humana, al condenar a la mujer a hacer objeto de mercantilismo las manifestaciones más puras y de más elevada sensibilidad que atesora el sentimiento ético y moral de los humanos [...]. Estamos contra el Estado porque coarta el libre desenvolvimiento y normal desarrollo de las actividades éticas, filosóficas y científicas de los pueblos, y por ser el fundamento básico que mantiene el principio de autoridad y defiende la propiedad mediante los cuerpos armados, policía y magistratura [...]» [27].

No obstante, a pesar de todas estas opiniones, no parecían partidarios de la coeducación para los niños y menospreciaban el amor libre.

Era natural que los anarquistas recelaran de los cambios laborales y los comités de arbitraje o comités paritarios de Largo Caballero, de los que creían, tanto en tiempos de Primo de Rivera como de la República, que constituían una amenaza para su razón de ser. Esta falta de interés por un programa prometedor de legislación social demuestra que el movimiento, aunque sus miembros fueran a menudo valientes e imaginativos, olvidaba con mucha facilidad que en España había otros, incluidos los socialistas y los capitalistas, que tenían puntos de vista dignos de ser oídos. En realidad, muchas


(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

[27] Peirats, vol. II, pp. 121-122.

veces todo lo que tenían los anarquistas para mantenerse era «la Idea» de la revolución libertaria. Olvidaban que los hombres de «la Idea» nunca eran la mayoría de la clase trabajadora.

Los sindicatos católicos

Había en España algunos sindicatos que no eran socialistas ni anarquistas, cuyos miembros eran católicos y hostiles al ateísmo militante y a los argumentos revolucionarios. La Confederación Nacional Católica Agraria afirmaba incluso que contaba con 600.000 familias campesinas en 1919. Esta organización, sin embargo, limitaba sus actividades a Castilla y Navarra y no se dedicaba tanto a la ideología como a cuestiones prácticas, por ejemplo, la comercialización de abonos y la compra de semillas. En el pasado también se habían dado algunos intentos de legislación social amplia. Había, por ejemplo, la Ley de Compensación de los Trabajadores de 1909; en 1918 se introdujo la jornada de ocho horas, y en los años 20 habían llegado los seguros sociales. La dificultad no era sólo la negativa de los anarquistas a cooperar, sino la incapacidad del Estado para conseguir que estas leyes se cumplieran. Del mismo modo, las cooperativas que se introdujeron en algunas poblaciones pescadoras o agrícolas de Cataluña o Castilla fueron excepciones dentro de la falta de armonía cada vez mayor en el terreno social [28].

[28] Carr, p. 463.

Las elecciones a Cortes Constituyentes dan la victoria a los candidatos de los partidos del gobierno provisional. Las derechas han conseguido muy pocos escaños. El período electoral ha sido agitado, y en algunos lugares los candidatos derechistas se han retirado ante un ambiente hostil. Aunque estas elecciones distan de ser perfectas, son las primeras entre las celebradas en España que merecen calificarse de democráticas. La ley electoral, al ampliar los distritos electorales a provincias enteras y a ciudades que sobrepasen los 100.000 habitantes, dificulta los manejos caciquiles. Francisco Largo Caballero, ministro de Trabajo, emite su voto en un colegio madrileño.



(Keystone.)

6

Las elecciones de junio de 1931

Los hechos de mayo de 1931 fueron para el nuevo gobierno republicano un aviso de las amenazas que podían acosar tanto desde la izquierda como desde la derecha. Pero los ministros no conocían con detalle los planes de los monárquicos: había rumores, desde luego, y amenazas verbales. Tampoco se tomaron a los anarquistas con la seriedad debida. Atribuyeron los incendios de iglesias a la provocación de los monárquicos. El 28 de junio tuvieron lugar unas elecciones que dieron la impresión de que la mayoría de la gente respaldaba al régimen. Estas elecciones, para las Cortes Constituyentes, se efectuaron bajo el supuesto de que correspondería un representante a cada 50.000 votos masculinos. Se eligieron diputados para distritos electorales provinciales, no locales, con la intención de evitar el poder de los caciques locales. (Las ciudades de más de 100.000 habitantes eran distritos electorales aparte.) Fueron las elecciones más sinceras realizadas en España. Salieron elegidos 117 socialistas (reflejo fiel del aumento de los efectivos socialistas durante las semanas posteriores a abril); 59 radicales socialistas

El máximo de diputados corresponde a los socialistas, que, además del mayor número de partidarios, disponen de la mejor y más extensa organización. A continuación y destacando, el Partido Radical; después, radical-socialistas, Acción Republicana; en Cataluña, la Esquerra, y la Organización Republicana Gallega Autónoma (ORGA) en las provincias gallegas. Las derechas, sólo en Navarra, Vascongadas, Burgos y Palencia consiguen mayoría; y con etiqueta monárquica, un diputado: el conde de Romanones. Alejandro Lerroux, —retratado aquí, con sombrero y bastón, en un colegio electoral— que ha propuesto dar cabida dentro del régimen a todos aquellos dispuestos a respetarlo y cumplir las leyes, ha obtenido el mayor número de votos.



(Photo Research Int.)


(Pyresa.)

De los catorce diputados gubernamentales elegidos en Madrid, la mitad son socialistas: entre ellos, Besteiro, Largo Caballero, Saborit y Trifón Gómez. A Julián Besteiro, a quien vemos en el centro con Trifón Gómez, a la derecha, y Jiménez de Asúa, a la izquierda, se le elegirá presidente de las Constituyentes por la casi totalidad de los diputados. Besteiro sabrá cumplir con las obligaciones de su cargo, en medio de las pasiones que agitan el encrespado mar del salón de sesiones.

y 27 miembros del partido de Acción Republicana de Azaña; 89 radicales, seguidores de Lerroux, y 27 republicanos de derechas, seguidores de Alcalá Zamora. Además, fueron elegidos 33 miembros de la *Esquerra Catalana* y 16 nacionalistas gallegos.
Se podía esperar que todos estos diputados apoyaran al gobierno [1]. La oposición de las derechas no republicanas sólo pudo conseguir 57 miembros, a pesar de la evidencia de que los viejos caciques tenían todavía, en muchos casos, bastante fuerza como para ejercer una influencia incorrecta. El partido monárquico «no fue más que una incitación para los alborotos» [2]. Muchos trabajadores agrícolas, supuestamente indiferentes a la República, habían sido ganados por la nueva legislación agraria. La Acción Nacional de los católicos sólo consiguió seis escaños.

[1] Las mujeres podían ser candidatas, pero no pudieron votar hasta 1933. La segunda vuelta de las elecciones se celebró el 12 de julio.
[2] *El Imparcial*, cit. Ben-Ami, p. 286. Los republicanos consiguieron el predominio en muchos ayuntamientos rurales sustituyendo el caciquismo monárquico con su fórmula propia de manejo electoral, también cuestionable.

La caída de la monarquía había cogido por sorpresa a las derechas; los antiguos dirigentes no se ponían de acuerdo en la política a seguir, y los nuevos dirigentes de derechas que ya estaban apuntando en la política española todavía no tenían seguidores. Si no hubiera sido por los decretos anticlericales, de poca importancia, que dio el gobierno a principios de verano, es posible que la oposición hubiera tardado algunos años en levantar cabeza. Pero entre estos decretos estaba la prohibición de exhibir imágenes de santos en las aulas de las escuelas, basándose en que besar aquellas cosas era antihigiénico, y el permiso al ministro de Educación para confiscar objetos artísticos de las iglesias si corrían peligro de deterioro. Estas medidas levantaban ampollas aunque no perjudicaban a nadie. Mientras tanto, la nueva asamblea constituyente era, en muchos aspectos, una reunión de individualidades, más que de partidos. Sólo los socialistas eran un movimiento organizado. Los demás grupos republicanos eran grupos de amigos. Había muchos miembros esencialmente independientes, como Ortega, Unamuno y el doctor Marañón, los «fundadores» de la República.

La agitación obrera se manifiesta con demasiada frecuencia de las maneras más violentas y es uno de los principales escollos que la República se ve obligada a sortear o reprimir desde sus inicios, con mejor o peor suerte. El paro y las injusticias sociales justifican el malestar. Paradójicamente, estas acciones, que pretenden ser reivindicativas, sumadas a las numerosas huelgas y algaradas, están creando condiciones propicias al reagrupamiento y desarrollo de las derechas.
Entierro en la barcelonesa plaza del Padró de las víctimas de una bomba anarcosindicalista.



(Salmer.)



(Keystone.)

La primera revuelta importante estalla en Andalucía: en Sevilla, aviadores extremistas pretenden sublevar el aeródromo militar de Tablada, sin conseguirlo. Se declara la huelga general revolucionaria y en numerosos choques entre los huelguistas y las fuerzas de orden público hay que lamentar muchos muertos y heridos. El gobierno responde con el estado de guerra. Esta taberna, conocida como «Casa Cornelio», situada junto a la puerta de la Macarena, es cañoneada cuando ya se han ausentado los que dispararon a los guardias. La orden proviene del ministro de Gobernación. En su diario, Azaña transcribe una conversación con Miguel Maura, que cree que una medida tan enérgica «influirá ventajosamente en la cotización de la peseta». Y comenta Azaña: «Yo me admiro un poco de la ocurrencia», y le pregunta a Maura si no teme que ocurra lo contrario.

Sin embargo, la confianza del gobierno disminuyó al producirse una serie de huelgas organizadas por los anarquistas en julio y agosto. Durante una huelga de obreros de la construcción en Barcelona, los huelguistas, sitiados en el local del Sindicato de la Construcción en la calle de Mercaders, dijeron que no se entregarían más que al ejército regular. Llegó una unidad y los hombres se rindieron; e inmediatamente fueron ametrallados por las fuerzas del orden [3]. Hubo tres muertos durante la huelga general de San Sebastián. El gobierno incluso tuvo que recurrir a la artillería para aplastar una huelga general en Sevilla, iniciada con una huelga de los servicios telefónicos. Murieron treinta anarquistas, como mínimo, incluidos algunos pistoleros, y hubo doscientos heridos. El gobierno, que había reaccionado con demasiada lentitud ante la quema de conventos, ahora había tenido una reacción demasiado fuerte. No obstante, la animosidad entre anarquistas y socialistas cedió un poco aquel verano a causa de las disensiones entre los propios anarquistas. Los que se oponían a las aspiraciones de la FAI a constituirse en élite dirigente publicaron en agosto un manifiesto, firmado por treinta anarquistas destacados (a quienes se llamaría después los «treintistas»). Decían que la FAI tenía la culpa «de este concepto simplista, clásico y un tanto peliculero de la revolución [...] que actualmente nos llevaría a un fascismo republicano [...]. No fía la revolución exclusivamente a la audacia de mino-

[3] Peirats, vol. I, p. 49.



(Col. Luis Gasca.)

Guardia civil a caballo patrulla por las calles de Sants, barrio obrero barcelonés.

Angel Pestaña, nacido en Ponferrada en 1886, ya se había iniciado en las luchas obreras cuando en 1914 se afinca en Barcelona. Escribe en Tierra y Libertad *y colabora en* Solidaridad Obrera, *de la cual pronto será director. Es uno de los delegados de la CNT que asisten al 2.º congreso de la Tercera Internacional que se celebra en Moscú. El informe que presenta sobre sus experiencias en la URSS contribuye decisivamente a que la CNT abandone la Tercera Internacional, a la cual se había adherido provisionalmente. Pestaña se opondrá después a la FAI, a la preponderancia que los anarquistas están logrando en los sindicatos. En plena guerra, en 1937, fallecerá de muerte natural en un pueblo cercano a Barcelona.*

rías más o menos audaces, sino que quiere que sea un movimiento arrollador del pueblo en masa, de la clase trabajadora caminando hacia su liberación definitiva, de los sindicatos y de la Confederación determinando el hecho, el gesto y el momento preciso a la revolución» [4].

La FAI fue lo bastante fuerte para resistir estas críticas e incluso consiguió expulsar a los «treintistas» de la CNT. Esta fue la victoria de la juventud sobre la edad madura: la mayoría de los «FAIístas» tenían entre veinte y cuarenta años, mientras que la mayoría de los «treintistas» superaban dichas edades. Sin embargo, en conjunto, el movimiento quedó debilitado, porque algunas de las federaciones locales siguieron a aquellos de sus dirigentes que habían firmado el manifiesto. Algunos de los «treintistas» no volvieron a unirse al movimiento; Angel Pestaña, por ejemplo, formó un pequeño partido escisionista que nunca tuvo ningún empuje. Otros, como Roldán Cortada, en Barcelona, se hicieron comunistas. Mientras tanto, en el campo, parecía inevitable un profundo enfrentamiento entre los trabajadores agrícolas jóvenes, convertidos en militantes, y organizados, y los representantes de la España antigua, particularmente en el sur, donde no había una clase media liberal como en las ciudades [5].

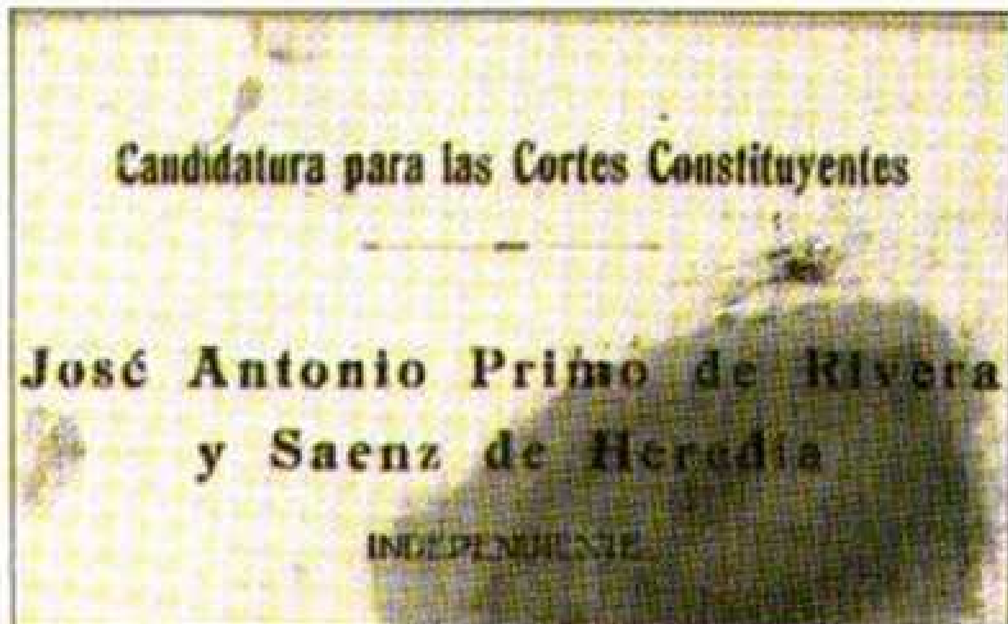


(Centelles. Barcelona.)

[4] Peirats, vol. I, pp. 55-57; César Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir* (París, 1969), p. 69. Véase también Abel Paz, *Durruti, le peuple en armes* (París, 1972).
[5] Véase Jackson, p. 30.

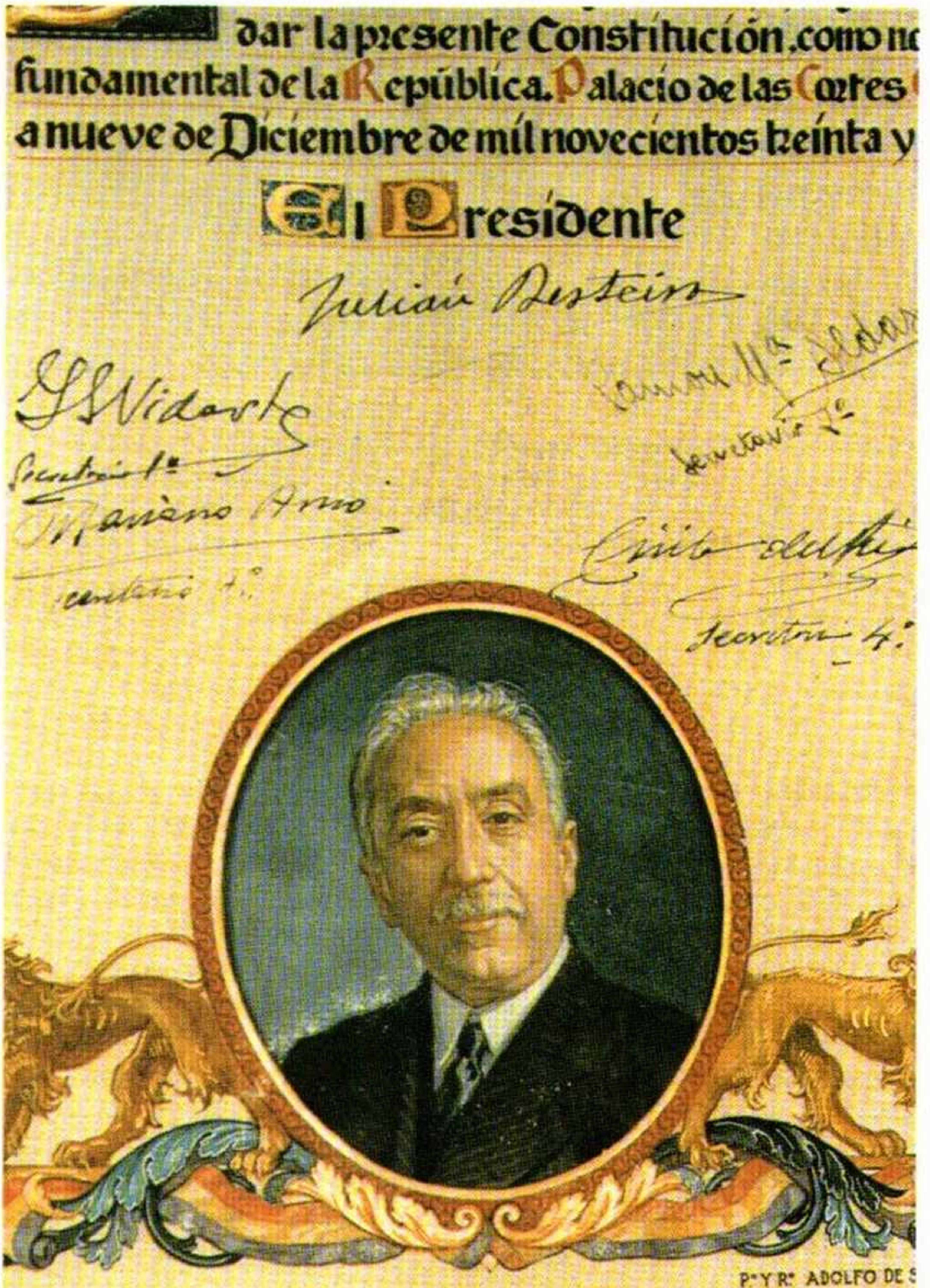
La Constitución republicana

En otoño de 1931, un comité de las Cortes ya había preparado un anteproyecto de Constitución. Con ello, el gobierno (o, mejor dicho, los que redactaron el anteproyecto) cometió una equivocación. Habría sido pedir demasiado que el nuevo régimen se abstuviera de preparar una Constitución escrita. Pero fue un grave error hacer de la Constitución de la República un documento político, fuente de controversias y lleno de fraseología emotiva. Los liberales de 1931 repetían así el error de sus predecesores del siglo XIX. Estaban identificando el nuevo régimen con sus propias opiniones políticas. Así, el anteproyecto de la Constitución empezaba anunciando: «España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia.» El



(Salmer.)

Para cubrir las vacantes de aquellos diputados que por haber conseguido actas dobles han renunciado a una de ellas, José Antonio Primo de Rivera, hijo del difunto dictador, presenta su candidatura por Madrid. No se ha mezclado en política; se propone defender la memoria de su padre, a quien con frecuencia se ataca en las Cortes. Su contrincante es Manuel Bartolomé Cossío, figura preeminente de la Institución Libre de Enseñanza. Aunque republicano, tampoco Cossío milita en ningún partido; casi duplicará en votos a su joven contrincante, pues es apoyado por republicanos y socialistas, mientras que aquél recibe votos derechistas.



(Pyresa.)

La fotografía en color de Alcalá Zamora corresponde a la orla del acta de aprobación del texto constitucional; está firmada por Julián Besteiro y los adjuntos de la presidencia del Parlamento. La Constitución de 1931 satisface a quienes la han hecho y a quienes la han votado y deja descontentos a otros que se proponen combatirla, o reformarla de acuerdo con lo que prevé el mismo texto. Es precisamente Alcalá Zamora, que ha dimitido de la presidencia del gobierno provisional al aprobarse el artículo 26, uno de los que propugnan la revisión constitucional por los cauces legales.

gobierno «emanaba del pueblo» y todos los ciudadanos eran iguales. El país renunciaba a la guerra como instrumento de la política nacional. No se reconocerían los títulos de nobleza. Ambos sexos votarían a partir de los veintitrés años. Sólo habría una cámara. La propiedad sería «objeto de expropiación por razones de utilidad social». Podían invocarse algunas de estas cláusulas para justificar el socialismo; y podía considerarse que otras suponían una salvaguardia contra él. Además, como los hombres de la República temían que pudiera haber un jefe de Estado entrometido, como lo había sido Alfonso, los poderes del presidente quedaban limitados a un período de seis años, sin la posibilidad de presentarse a una reelección inmediata. Sin embargo, el presidente nombraría al jefe del gobierno. Los decretos del presidente sólo serían válidos si iban firmados por un ministro del gobierno, pero el presidente podría

La actividad de la República es grande en el campo de la primera enseñanza, a la cual se imprime un marcado carácter laico: se construyen numerosas escuelas, se mejora la preparación y condición de los maestros y aumenta su número. El socialista Rodolfo Llopis (abajo, a la derecha), desde su puesto de director general de Primera Enseñanza, desarrolla una intensa labor.

La Iglesia se opone a la enseñanza laica y a la coeducación. Abajo, a la izquierda, vemos a dos diputados socialistas: Julián Zugazagoitia y Luis Jiménez de Asúa.


(Keystone.)


(Pyresa.)


(Pyresa.)



(Col. Luis Gasca.)

El artículo 26 de la Constitución prohíbe la existencia de cualquier orden o congregación que además de los tres votos canónicos (pobreza, obediencia y castidad) obligue a un cuarto voto: acatar a cualquier autoridad distinta de la del Estado. Sólo los jesuitas hacen voto de obediencia al papa. El 24 de enero de 1932 se decreta la disolución de la Compañía de Jesús y la incautación de todos sus bienes. Expulsados de España, los jesuitas se disponen a cruzar la frontera sin más que su personal equipaje. Millares de jóvenes cursan estudios en colegios de jesuitas; se buscarán soluciones y muchos jesuitas vestidos de paisano enseñarán en pisos alquilados al efecto.

vetar las leyes que no le gustaran. Sin embargo, podría ser destituido si disolvía las Cortes dos veces.

Las cláusulas religiosas suscitaron grandes iras. El artículo 26 separaba Iglesia y Estado. El Estado dejaría de pagar sueldos a los sacerdotes al cabo de dos años, aunque estos salarios formaran parte de la compensación que había recibido la Iglesia por la confiscación de sus tierras en 1837. Todas las órdenes religiosas habían de inscribirse en el Ministerio de Justicia. Pero si se consideraban peligrosas para el Estado, serían disueltas [6]. Tendrían que pagar los impuestos ordinarios. Las órdenes que exigieran algún voto suplementario, aparte de los tres votos canónicos normales, serían automáticamente disueltas. Esto no era más que otra manera de disolver a los jesuitas, a quienes (a partir de un cierto nivel) suele exigirse un voto especial de fidelidad al papa. A ninguna orden le sería permitido poseer más bienes que los necesarios para su subsistencia, ni se le permitiría dedicarse al comercio. Todas las órde-

[6] Un anteproyecto anterior de Constitución preveía la disolución de todas las órdenes religiosas.

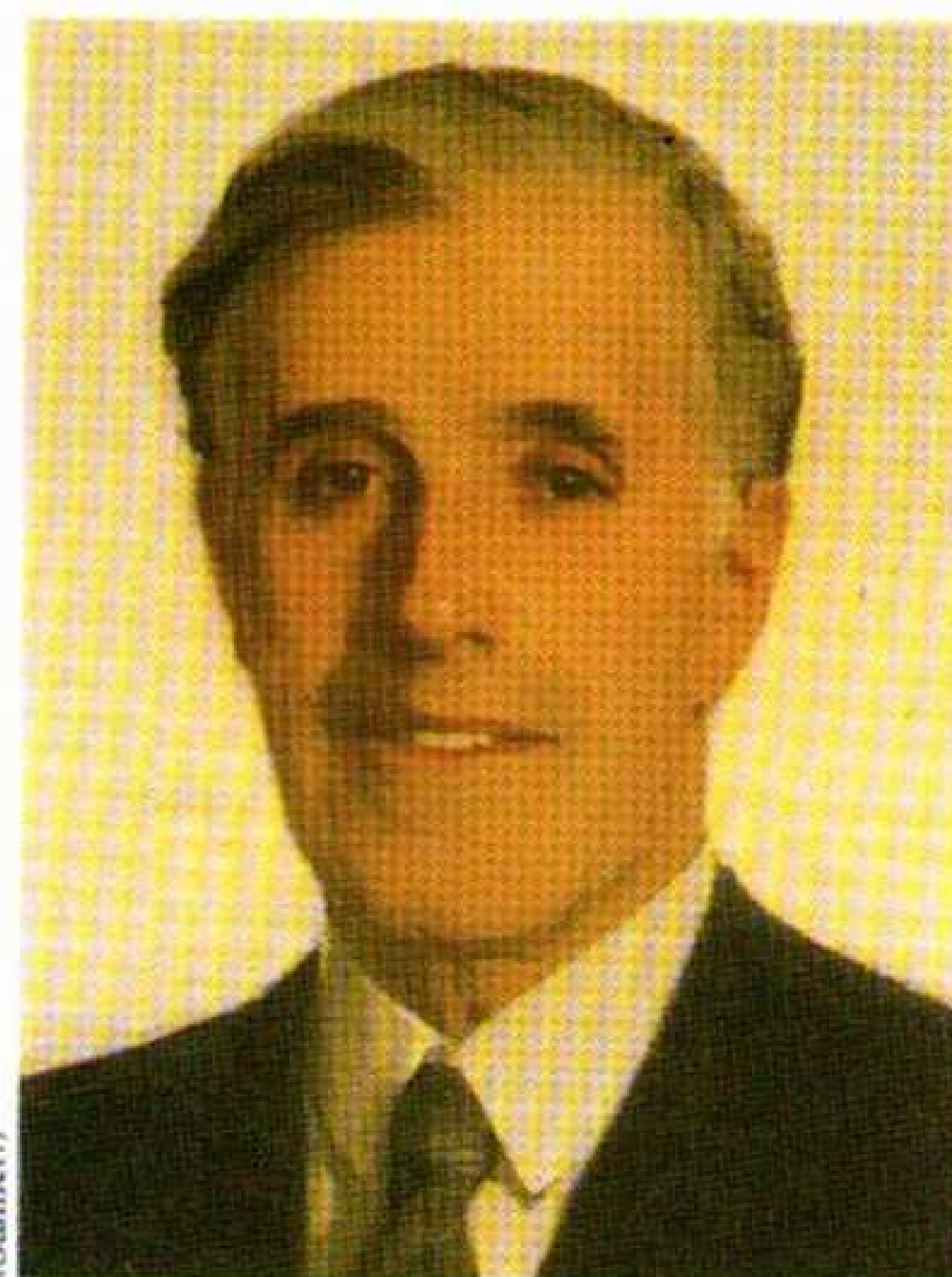
nes tendrían que someter su contabilidad anual al Estado. La enseñanza, mientras tanto, debería inspirarse en «ideales de solidaridad humana». Es decir, que quedaba suprimida la educación religiosa. Todas las «manifestaciones públicas del culto» —incluidas las de Semana Santa y Epifanía— tendrían que ser autorizadas oficialmente; y se concedería el divorcio tanto por mutuo consentimiento entre los cónyuges, como a petición de uno de ellos, si presentaba motivos justificados. Los matrimonios civiles serían los únicos legales.

La inclusión de estas cláusulas estrictamente anticlericales en la Constitución de la República era ambiciosa, pero desatinada, por mucha razón que tuvieran. Tal vez la aplicación de tales disposiciones habría contribuido, en último término, a la creación de una España más justa. No obstante, habría sido más prudente no precipitarse en la presentación de aquel proyecto de separación total entre Iglesia y Estado. También habría sido más prudente retrasar la disolución de las órdenes religiosas hasta que los colegios de los agustinos y los jesuitas pudieran ser sustituidos por establecimientos laicos de calidad comparable. Porque, con todas sus insuficiencias, estas órdenes habían creado las mejores instituciones de enseñanza media del país —para quienes pudieran pagar—. Incluso los periódicos liberales reprobaron estas medidas. Pero Azaña tronó en las Cortes: «No me digáis que va en contra de la libertad. Se trata de una cuestión de salud pública.» Desgraciadamente, para el liberalismo español la Iglesia se había convertido en el chivo expiatorio de todos los males de España; pero, en realidad, una explicación tan simple no era honrada. Además, estas ideas distaban mucho de ser innovaciones; los jesuitas habían sido expulsados antes, y la enseñanza religiosa obligatoria había desaparecido en 1913, siendo restaurada más tarde por Primo de Rivera. Lo malo era que los católicos españoles se veían obligados a oponerse a la Constitución de la República si deseaban criticar su política en el terreno de la enseñanza [7].

Los debates de las Cortes sobre estas cláusulas anticlericales acarrearon la primera de las muchas crisis gubernamentales de la Segunda República. Alcalá Zamora, jefe del gobierno, y Miguel Maura, ministro de la Gobernación, ambos católicos progresivos, dimitieron en octubre. En ambas dimisiones, las razones de fondo fueron no sólo problemas de principios, sino también de relaciones personales. El presidente de las Cortes, el sereno Besteiro, asumió temporalmente el cargo de presidente de la República española y llamó a Azaña para formar otro gobierno. Puesto que Azaña había representado a los partidos gubernamentales en las Cortes en los debates sobre cuestiones militares y religiosas, la suya era una elección obvia: él era el único triunfador del nuevo régimen. Pero su promoción irritó profundamente al radical Lerroux, que se consideraba el padre del republicanismo, y no tardó en pasarse a la oposición, con sus 90 seguidores [8]. A partir de entonces, el go-

[7] Véase Marcelino Domingo, *La experiencia del poder* (Madrid, 1934). Véase también en Robinson, p. 59 y ss., un resumen de las actitudes de las derechas.

[8] Véase una imagen de primera mano de esta crisis en Azaña, vol. IV, p. 172 y ss.



(Salmer.)

JULIAN BESTEIRO FERNANDEZ (Madrid, 1870-Carmona, Sevilla, 1940)

Político español. Hijo de un comerciante de ultramarinos de origen gallego, se educó en la Institución Libre de Enseñanza, donde la influencia directa de Giner de los Ríos dejó huella inconfundible en la personalidad de Besteiro. Estudió Filosofía y Letras en la universidad de Madrid, con excelentes notas. En 1895 y 1896 amplió estudios en la Sorbona y posteriormente en Berlín, Munich y Leipzig, logrando un dominio perfecto del alemán. Ya en 1897 ganó la cátedra de Psicología, Lógica y Etica del Instituto de Orense, pasando en 1900 al de Toledo. En estos años tradujo libros del francés y del inglés para completar sus ingresos. En 1911 ganó la cátedra de Lógica de la universidad de Madrid, en cuya facultad de Filosofía y Letras fue maestro de varias generaciones.

Comenzó su carrera política en las filas republicanas, pero ya en 1912, tras un viaje por Europa, se sentía socialista. Su actividad contra la guerra de Marruecos le llevó a la cárcel por una breve temporada. Allí conoció a Andrés Saborit, a través del cual solicitó y obtuvo el ingreso en el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), al que, junto con la enseñanza, dedicaría todas las actividades de su vida. En 1913 contrajo matrimonio civil con Dolores Cebrián, profesora de ciencias físicas, que sería la compañera constante de su vida. En 1917 Besteiro participó activamente en la preparación de la huelga general, de cuyo comité nacional formaba parte. Tras el aplastamiento de agosto de 1917, Besteiro, junto con los demás componentes del comité, fue

juzgado por un tribunal militar y condenado a cadena perpetua, siendo trasladado al penal de Cartagena. No permanecieron allí mucho tiempo porque en las elecciones de febrero de 1918 todos los miembros del comité de huelga fueron elegidos diputados, en medio de una impresionante campaña en pro de su amnistía que el gobierno firmó en mayo de 1918.
En julio de 1931, apenas proclamada la República, Besteiro fue elegido presidente de las Cortes Constituyentes, llevando sus deliberaciones con la neutralidad que era de suponer en su trayectoria de político y docente. En la misma línea se mantuvo al margen de la progresiva radicalización del PSOE que llevó a la revolución de 1934 en Asturias, a la que siempre se opuso en el interior del partido. Al estallar la guerra civil volvió al Ayuntamiento madrileño como presidente de un comité de Reforma, Reconstrucción y Saneamiento de un Madrid machacado por las bombas nacionalistas. Discrepó abiertamente de los sucesivos gobiernos republicanos y se mostró contrario a la preponderancia de los comunistas y partidario siempre de intentar una paz negociada. En mayo de 1937 Azaña, presidente de la República, le designó embajador en la coronación de Jorge VI de Inglaterra, con la misión específica de sondear los medios internacionales con vistas a una paz negociada. Para ello se entrevistó con Eden y Blum en gestiones tan honestas como nulas de resultados concretos. En los más difíciles momentos del cerco de Madrid se negó a abandonar la ciudad, que en las elecciones de febrero de 1936 le había elegido diputado por más de 224.000 votos, rechazando repetidas veces trasladarse a Valencia o aceptar alguna de las embajadas que le fueron ofrecidas en diversas ocasiones.
Ya desde agosto de 1938 pareció Besteiro propicio a aceptar responsabilidades políticas que llevaran al fin de la guerra civil. Por ello no dudó en sumarse a la criticada iniciativa del coronel Casado y formó parte del consejo que, el 6 de marzo de 1939, dio un golpe de Estado contra la tambaleante legalidad republicana e inició unas pretendidas negociaciones con Franco. El 28 de marzo de 1939, Besteiro, en calidad de consejero de Asuntos Exteriores de la Junta de Defensa, fue detenido en los sótanos del actual Ministerio de Hacienda, sede de la junta «casadista». Juzgado el 8 de julio de ese año por un consejo de guerra, fue condenado a treinta años de prisión. Trasladado a Carmona, murió de una septicemia mal diagnosticada.



(Efe.)

EL SOCIALISTA

ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO OBRERO

FUNDADO POR PABLO IGLESIAS

Madrid, sábado 12 de diciembre de 1931

AYER EN MADRID

El presidente de la República Española promete la Constitución ante las Cortes

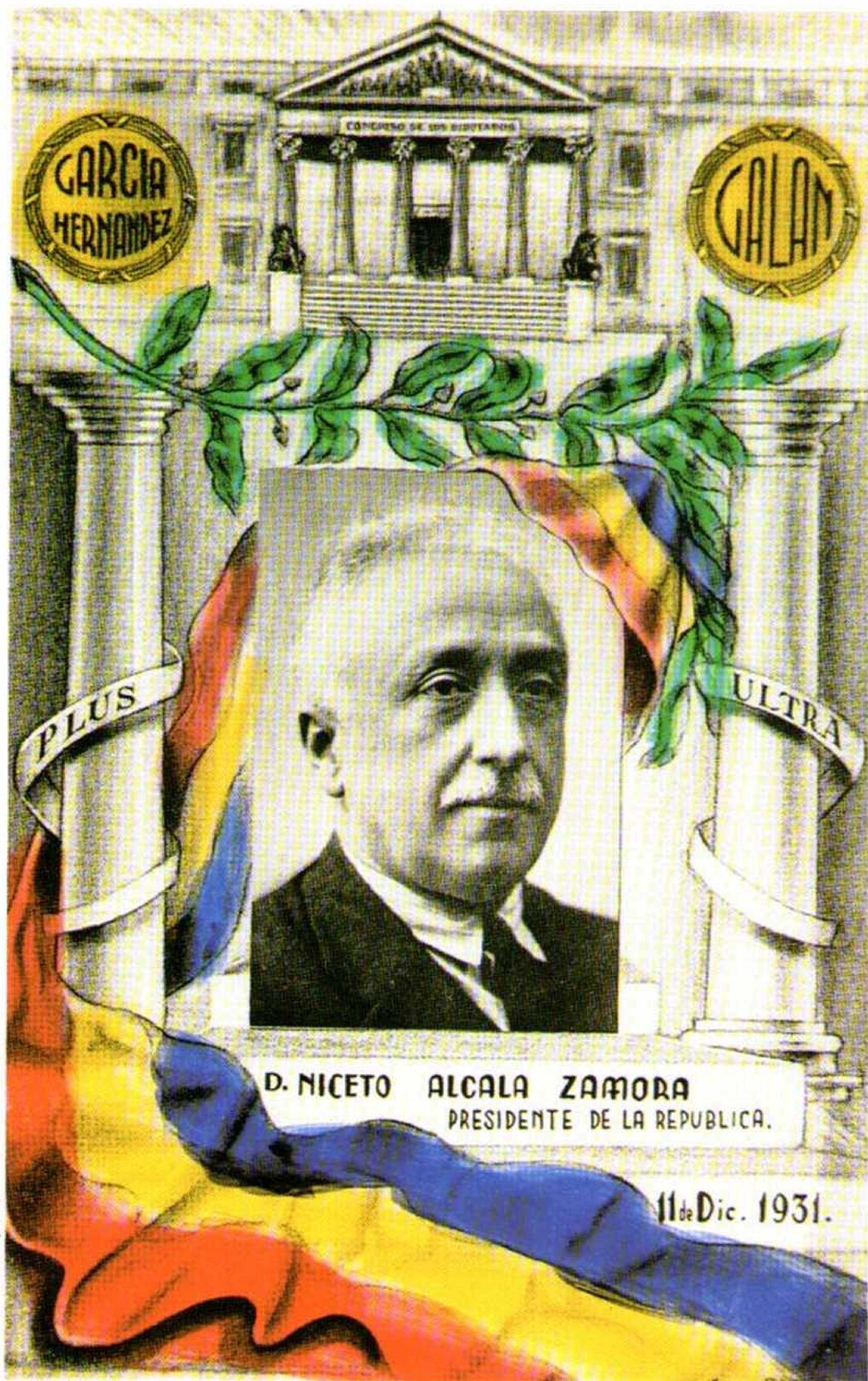
El señor Alcalá Zamora es aclamado en las calles

El aire de la calle



(Salmer.)

bierno fue más estrictamente anticlerical, al estar formado por una coalición de republicanos de tendencia azañista y de socialistas. Alcalá Zamora aceptó convertirse en el primer presidente de la República. Así no se podía decir que los católicos estuvieran totalmente excluidos del régimen. La salida de Alcalá Zamora y Maura del gobierno significó que no habían conseguido ampliar el número de sus seguidores y crear un partido de base amplia; esto lo lograría el movimiento de Acción Nacional, todavía pequeño, cuyo carácter derechista era indudable, aunque su republicanismo era sospe-



(Arch. C. S. de Tejada.)

Aprobada la Constitución por enorme mayoría, hay que elegir presidente de la República, y se presenta un único candidato, Niceto Alcalá Zamora (foto de esta página), quien al aceptar se compromete a jurar *(prometer) la Constitución. A la elección concurren 410 diputados de los 446 que componen el total. Alcalá Zamora obtiene 362 votos. Siete votan a M. Bartolomé Cossío, dos a Besteiro y otro diputado a Unamuno: votos anónimos, testimoniales y perdidos. De las 36 papeletas en blanco se cree que la mayor parte provienen de federales y radicales socialistas. Los derechistas que han votado, lo han hecho por Alcalá Zamora, a quien, salvo sus escasos partidarios, consideran* mal menor *por su condición de católico.*
Con la Constitución y un presidente, la República se afianza a despecho de las dificultades que se ve obligada a superar. El hecho de haber llegado a un acuerdo sobre la persona del presidente y hasta la circunstancia aparentemente paradójica de que sea un ex monárquico, católico por añadidura, son índices de cierta solidez institucional. En su diario, Azaña se refiere al nuevo presidente con dosis de malévola condescendencia y escribe después de la ceremonia: «se hacen presagios poco placenteros sobre el resultado de su gestión». Entre manifestaciones de júbilo y esperanzas puestas en un futuro mejor, la República alcanza su mayoría de edad y cuenta con el beneplácito de gran parte de los españoles, depositaria como es de sus ilusiones.
En la página anterior: Miguel Maura, que como Alcalá Zamora dimitió al aprobarse el artículo 26, se mantiene en la oposición. Primera página de El Socialista.

choso. Durante un tiempo, muchas personas de clase media que votaban a las derechas pusieron sus esperanzas, y sus votos, en Lerroux, muy halagado al oír que se le llamaba «un gran hombre de gobierno» o «el Tardieu español».
La Constitución se convirtió en ley al terminar el año 1931. Quedaba reservada al gobierno la promulgación de la legislación que haría aplicables todas sus cláusulas. Los ministros se dedicaron en primer lugar a la elaboración de una ley «para la defensa de la República». La Constitución preveía la suspensión de todas las ga-

(Col. Luis Gasca.)



El nombre de este pueblo, Castilblanco, salta al primer plano de la actualidad informativa a causa de un suceso trágico. Con motivo de una manifestación organizada por los socialistas durante una huelga, cuatro guardias civiles que tratan de disolverla son atacados por manifestantes enfurecidos que les matan bárbaramente y se ensañan con los cadáveres.

rantías de libertad durante treinta días, en caso de emergencia. La nueva ley autorizaba al ministro de la Gobernación a suspender reuniones públicas. Por primera vez en España se introdujo un modesto impuesto sobre la renta. Los diputados de derechas lucharon enérgicamente contra estas cosas. Y entonces, el último día de 1931, ocurrió un terrible incidente que atrajo la atención de todo el país.

Castilblanco

En la árida y desierta región de Extremadura, cerca del monasterio de Guadalupe, había un pueblecito de novecientos habitantes llamado Castilblanco. Las condiciones de vida allí eran parecidas a las de cualquier otro lugar de la región. No había una especial escasez de alimentos. La violencia era desconocida. Los socialistas locales querían hacer una manifestación, junto con los de otros pueblos, contra el impopular gobernador civil de Badajoz. Se les negó el permiso para hacerla. Ellos decidieron efectuarla. Entonces acudió la guardia civil en defensa de las autoridades.



La guardia civil («la Benemérita», como se la conocía entre la clase media) contaba con unos 30.000 hombres. Había sido fundada en 1844 para mantener el orden en el campo, que entonces vivía muy agitado por los bandoleros, que utilizaban los métodos de guerrilla empleados con tanto éxito contra los ejércitos de Napoleón. La guardia civil estaba organizada como una parte del ejército, dirigida por un general y oficiales. Muchos de sus miembros eran antiguos soldados y oficiales. Con sus uniformes verdes, sus tricornios, sus rifles Mauser y sus tétricos cuarteles, aquella fuerza de policía era considerada como un ejército de ocupación. Los miembros de la guardia civil nunca servían en la parte de España en que habían nacido. No se les estimulaba a entablar amistades con nadie en los pueblos donde estaban acuartelados. Tenían una reputación de crueldad. «Cuando alguien ingresa en la guardia civil —escribió el novelista Ramón Sender— declara la guerra civil» [9]. Como el personal era el mismo durante la República que durante la Monarquía, era tan brutal en los años 30 como lo había sido en los años 20.

Los sangrientos sucesos de Castilblanco causan enorme y penosa impresión, pues, a pesar de formar parte del gobierno los socialistas, agitadores del mismo partido están recorriendo pueblos, y Castilblanco ha sido uno de ellos, en los cuales la situación es de por sí y desde siempre tensa, injusta y peligrosa. Ministro de Gobernación lo es Casares Quiroga y la guardia civil actúa de acuerdo con órdenes que recibe de los gobernadores, aunque en ocasiones se extralimite en los procedimientos. Se producen enconadas polémicas, y Azaña, que se expresa en el Parlamento con ponderación encaminada a calmar los ánimos, califica el hecho «de horrible barbarie».

[9] Ramón Sender, *Seven Red Sundays* (Londres, 1936), p. 171.

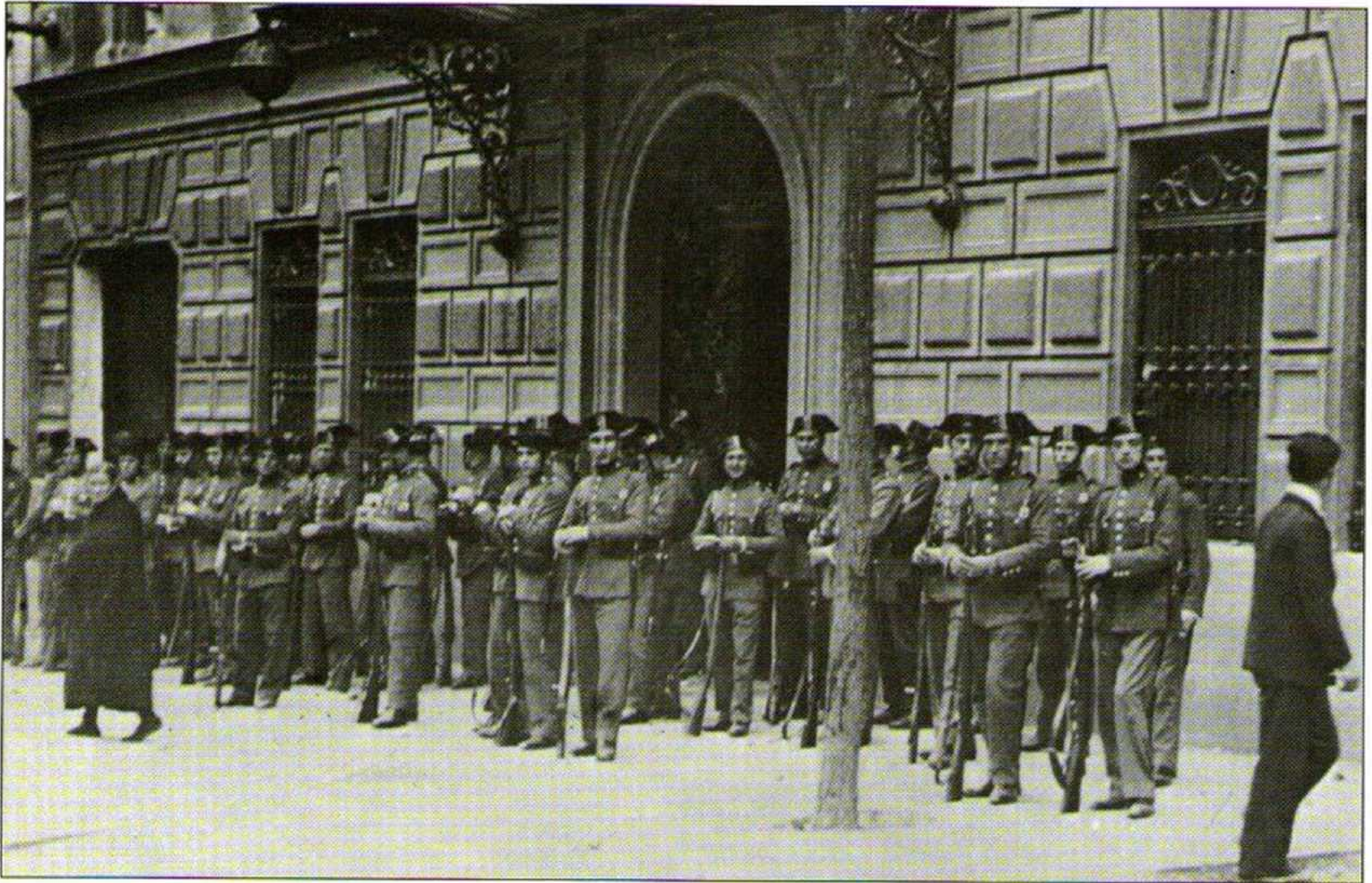
La guardia civil se convierte en problema que apasiona a la opinión y origina violentos enfrentamientos dialécticos en la calle, en la prensa, en las Cortes. Se trata de un cuerpo de gran eficacia y notable rectitud, pero que, creado a mediados del siglo XIX, *en época de bandolerismo, se rige por un reglamento excesivamente rígido, inadecuado a las circunstancias democráticas. Azaña ha tenido intención de modificarlo, pero Miguel Maura, autoritario ministro de Gobernación, se ha resistido por lo útil que le resultaba esa rigidez para el mantenimiento del orden público, continuamente amenazado. La guardia civil es apolítica y acata las órdenes de los distintos gobiernos que han ido sucediéndose. Para que las leyes se cumplan, para proteger personas y propiedades, ha empleado con frecuencia métodos duros, en los cuales solían reflejarse la dureza de las autoridades nacionales, provinciales y locales. Al proclamarse la República, en muchos pueblos quienes se enfrentaban a los guardias se han convertido en las nuevas autoridades, con lo cual al aborrecimiento por motivos sociopolíticos se ha sumado un odio personal. A la matanza de Castilblanco se responde con otra de signo opuesto: en Arnedo (Logroño), por miedo a una repetición de lo de Castilblanco, por nerviosismo o espíritu de venganza, los guardias disparan contra unos manifestantes, matando a seis e hiriendo a treinta. En otros lugares se producen choques con más muertos y heridos. En medio de los agudos problemas que los gobernantes tienen planteados, estos sucesos les obligan a ocupar su atención y enzarzarse en estériles y enconadas polémicas. Fotos de la página siguiente: arriba, fuerzas de la guardia civil, apostadas en la calle de Serrano, custodian el edificio del* ABC *durante los sucesos de mayo de 1936. Autopsia al aire libre de una de las víctimas de Castilblanco.*

En Castilblanco, en 1931, la guardia civil era tan impopular como en cualquier otra parte de España. Su suerte fue terrible. Cuando intentaron impedir que se celebrara la reunión socialista, el pueblo cayó sobre ellos. Mataron a cuatro guardias. Les sacaron los ojos. Mutilaron los cuerpos. En uno de los cadáveres se descubrieron después treinta y siete navajazos; y, al igual que en el Fuenteovejuna de la obra de Lope de Vega, no fue posible procesar a los asesinos. Era responsable el pueblo entero, y ninguna persona determinada [10]. A esta tragedia siguieron varios hechos comparables, aunque no tan dramáticos, en otros pueblos. En Arnedo (Logroño), la guardia civil se vengó matando a seis pacíficos manifestantes. Después de Castilblanco, la guardia civil pasó a la ofensiva en todas partes. Pero en Sallent, en el valle del Llobregat, cerca de Barcelona, la CNT ocupó la ciudad, izó una bandera roja en el ayuntamiento, abolió la propiedad privada y el dinero y se declaró una comunidad independiente. El gobierno tardó cinco días en recuperar la población. Como consecuencia, fueron deportados muchos anarquistas de toda España. Entre ellos se encontraban «los solidarios» Durruti y Francisco Ascaso. Este último escribió desde el barco que le servía de prisión: «¡Pobre burguesía, que necesita recurrir a estos procedimientos para poder vivir! No es extraño. Está en guerra con nosotros y es natural que se defienda. Que martirice, que destierre, que asesine» [11]. Este castigo no impidió que la FAI, preocupada por el aumento de afiliados en el sindicato socialista de trabajadores agrícolas, declarara virtualmente la guerra a la República y a la burguesía rural durante el resto de 1932. Fue una época terrorífica para los agentes de los terratenientes y sus amigos.
La frecuencia de estas explosiones incitó al gobierno a plantearse los problemas sociales fundamentales que estaban en la base de la inquietud de la clase trabajadora española, sobre todo el problema de la agricultura.

Situación de la agricultura española

España era un país seco, de tierra árida. Esta aridez natural había aumentado con la despoblación forestal y la ampliación de los pastos para los famosos rebaños de corderos que, durante siglos, habían vagado por el centro de España. Los bosques habían sido destruidos por asnos y cabras, por las exigencias de la construcción de casas y barcos y por el prejuicio de los campesinos contra los árboles. La falta de forraje impedía que se utilizaran los animales tanto como en el resto de Europa, y en 1930 apenas había maquinaria agrícola. Llovía poco, excepto en el noroeste, y la lluvia era tan imprevisible que hacía todavía más azarosa la actividad agrícola. La «franja dorada» del Mediterráneo, y unos cuantos valles fértiles y llanuras de regadío producían la mayor parte de los alimentos. El contraste social entre estas regiones prósperas y los desiertos pobres y ventosos del centro era muy notable. Muchos campesinos se pasaban toda la vida esclavizados por una tierra estéril. El agua y

[10] Después fueron condenadas a cadena perpetua seis personas. Véase Luis Jiménez Asúa, *Castilblanco* (Madrid, 1933).
[11] Peirats, vol. I, p. 51.



(Jack Novak.)



(Col. Luis Gasca.)

La República no llegará a dejar solucionado el problema básico: el de la propiedad agrícola, y su consecuencia inmediata, la pobreza del campesinado. Particularmente es grave en aquellas zonas en que al peonaje no le queda otra salida que esperar en la plaza a que el capataz le contrate o no le contrate. Las derechas, en cuyas filas militan los terratenientes, los administradores y hasta muchos capataces, harán cuantas presiones les sean posibles para impedir que prospere la reforma agraria, ya de por sí insuficiente y lenta en la aportación de soluciones.

el combustible preocupaban mucho más a los campesinos españoles que a los del norte de Europa. Las cosechas, además, eran inferiores: por ejemplo, la extensión de las viñas era la misma que en Francia, pero producían sólo unos dos tercios del vino francés [12]. Las largas distancias, el mal transporte, las malas carreteras, la escasez de abonos y la ignorancia de las posibilidades agrícolas modernas mantenían bajas las rentas de los que trabajaban la tierra. Aunque la distribución de los alimentos había mejorado gracias a las obras de Primo de Rivera, todavía se tardaba demasiado en transportar los productos perecederos de la rica tierra valenciana o del valle del Guadalquivir a los pueblos de montaña o a Madrid: de ahí que la comida disponible fuera limitada.
Durante varias generaciones la agricultura española había sido objeto de debate, cosa comprensible teniendo en cuenta que seguía

[12] René Dumont, *Types of Rural Economy* (Londres, 1975), p. 218; véase también Carr, p. 417 y ss.



(Efe.)

siendo, con mucho, la fuente de riqueza más importante del país. En los años 30 equivalía a unas dos quintas partes de la renta nacional española, aunque los salarios de la mayoría de trabajadores agrícolas no les dieran para comprar su propia comida. Sin embargo, más de la mitad de la población vivía de la tierra. En el siglo XVIII se había discutido la reforma agraria, pero, igual que había ocurrido con muchas otras buenas ideas sugeridas por los ministros ilustrados del rey Carlos III, no se había pasado a la acción. En el siglo XIX, las tierras de la Iglesia habían sido confiscadas y vendidas de nuevo, y hubo otros actos bienintencionados destinados a eliminar el feudalismo de la tierra. Pero esta legislación no había hecho nada para cambiar la estructura de la agricultura española; lo que se hizo, fue en perjuicio de los pobres. Empezó a hablarse de reforma agraria a finales del siglo XIX, y el economista Joaquín Costa, miembro de la famosa generación del 98, había argüido que el regadío, la colonización interior y un enfoque colec-



(Salmer.)

Joaquín Costa es uno de esos hombres singulares que sólo de cuando en cuando se asoman a la historia de España. Nacido en el siglo XIX, su vida se prolonga hasta principios del XX, en el cual su personalidad y doctrina ejercerán señalada influencia. Viene al mundo en Monzón (Huesca) en 1846 y fallece, a pocos kilómetros de allí, en Graus, el año 1911. Su vida es ejemplo de fortaleza para sobrellevar toda clase de desgracias: pobreza, enfermedad, contrariedades afectivas... Su temperamento luchador le permite superar obstáculos hasta que la enfermedad, constante compañera de su vida, le vence. Republicano y apasionado amante de su patria, le duelen como propios los males que la aquejan, el malgobierno a que se ve condenada, la injusticia, el despilfarro de las mejores energías y capacidades. Preocupado por el progreso material, cultural y espiritual, trata de hallar soluciones a los problemas agrícolas, políticos, sociales, y él y sus obras consiguen la consideración de amigos y enemigos. Con excepción de un viaje a Madrid por motivos políticos, los últimos años de su vida los pasa recluido en Graus. El ideario de Costa influye sobre los hombres de la República.

tivo podían obrar maravillas. Con la inquietud que había en el campo eso parecía muy deseable, pero, aparte de la creación de algunas escuelas técnicas, se había hecho muy poco. Sin embargo, el tema se discutió ampliamente, y se presentaron varios proyectos de ley para mejorar, como mínimo, la agricultura; por lo general, fueron destrozados en las Cortes [13].

En los años 30 la tierra se caracterizaba por tres problemas principales: en primer lugar, el problema de los minifundios, que no daban a sus propietarios lo suficiente para vivir por un exceso de división. Este tipo de propiedades se encontraba especialmente en la lluviosa Galicia, pero también en otros sitios del norte de España: en Soria se daban algunos de los ejemplos más extremos. En segundo lugar, había también muchos latifundios, propiedad de absentistas generalmente, explotados con negligencia, y que a veces daban a los propietarios o a sus representantes una posición eco-

[13] Hay un resumen muy útil de la reforma agraria anterior a la República en Malefakis, pp. 427-438.



(Pyresa.)

El latifundismo, uno de los males que aquejan a la agricultura y a la sociedad españolas, ha contribuido a la desestabilización política, social y cultural, incidiendo en la radicalización y en las alteraciones endémicas del orden en amplias zonas en cuyo ámbito una propiedad mejor distribuida resultaría factor de equilibrio. Al latifundio se le atribuyen orígenes romanos, y aun prerromanos, pero en Andalucía y Extremadura procede directamente de las mercedes que los reyes otorgaban a los nobles guerreros durante la Reconquista, y también de la llamada Desamortización Eclesiástica. Se caracteriza por la deficiente explotación de las grandes fincas y porque los propietarios viven ausentes de ellas, preocupados, si acaso, sólo por los beneficios económicos que les proporcionan. Coinciden con un tipo de sociedad estratificada e injusta, que origina abusos y corrupciones que en el mejor de los casos vienen moderadamente atenuados por arcaico paternalismo. La aristocracia posee extensas propiedades, aunque también entre la alta burguesía y en general entre las clases dirigentes hay numerosos latifundistas. A la derecha: el duque de Medinaceli, gran terrateniente, durante una cacería en una de sus fincas.

nómica dominante en la localidad. La zona característica de latifundios era la Andalucía occidental y Extremadura, bella y montañosa, aunque áspera y pedregosa. En último lugar, había problemas derivados de diferentes clases de arriendo. La mayor parte de Castilla, por ejemplo, era un área de aparceros pobres e inseguros a causa de una serie de cláusulas legales. En otras regiones, como el País Vasco, Levante y la costa cantábrica, las fincas a menudo eran prósperas y solían estar bien regadas; no presentaban problemas sociales, porque empleaban a poca gente aparte de la familia del granjero.

El problema de los latifundios era el más grave de España. Es difícil encontrar estadísticas precisas sobre esta cuestión. Aunque desde el siglo XIX la Iglesia había dejado de ser un gran propietario, la nobleza continuaba siéndolo: ésta poseía una cuarta parte de la tierra en Toledo, una octava parte en Cáceres, y quizás el 6 por 100 de la tierra cultivada, en general, estaba en manos de familias con título. Las familias antiguas, como las de los duques de Medinaceli,

En el platillo opuesto de la balanza, y con sentido asimismo negativo, está el minifundio, que apenas rinde para mantener a una familia. Extendido por Galicia y otras regiones, por lo común de la mitad norte, atenaza también a los campesinos con la pobreza y fuerza a muchos de ellos a la emigración. Del producto de la agricultura viven la mitad de los españoles: la República tiene que enfrentarse con los problemas que se derivan directamente del campo y con otros muchos que se entremezclan de carácter económico, social, político, cultural y hasta religioso, que tienen idéntico origen. Los fallos que se producen en cualquier punto del entramado repercuten negativamente en el conjunto.

(Efe.)





(Efe.)

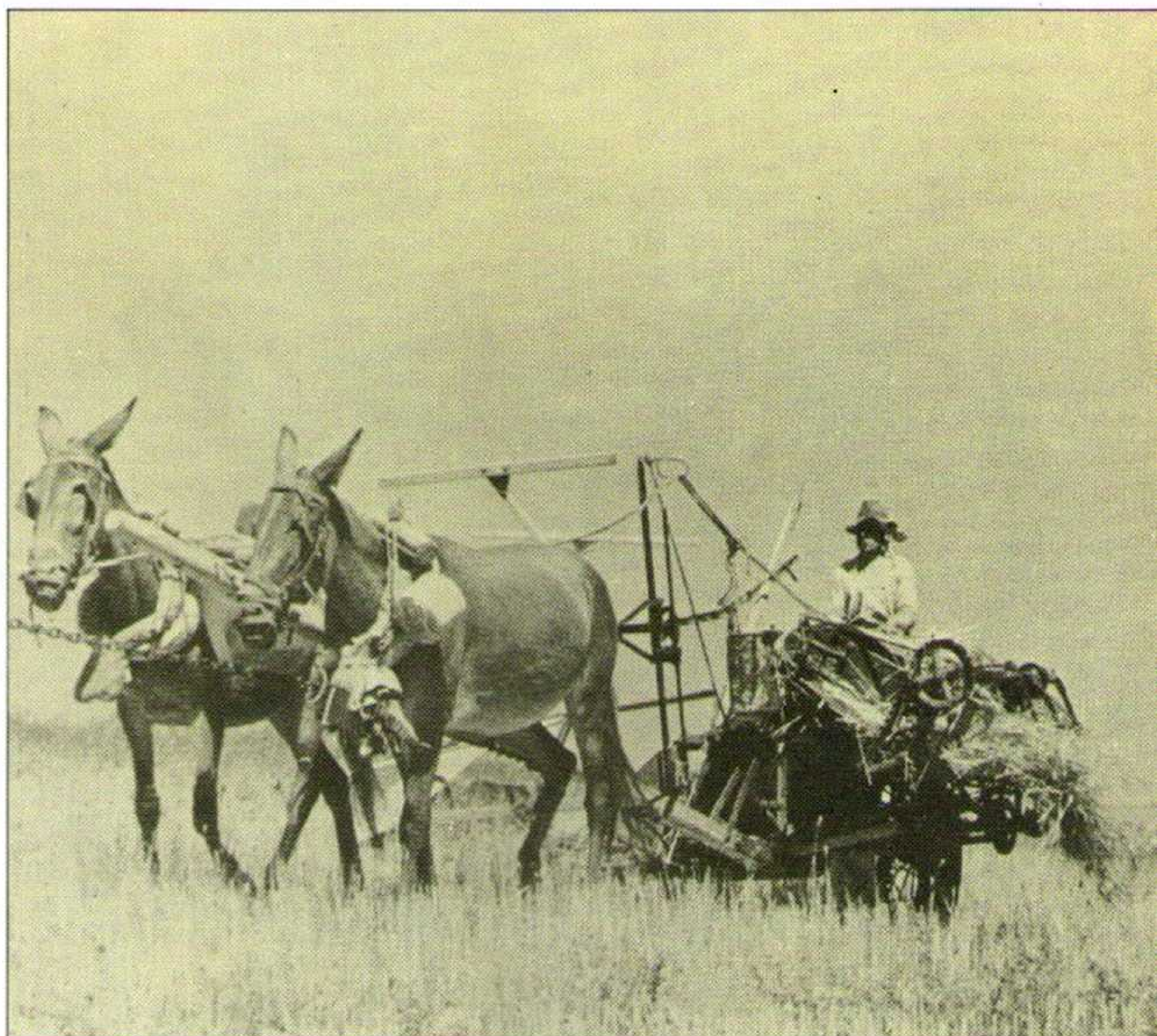
A causa de la configuración geográfica, de la mala calidad de la tierra, de adversas condiciones climatológicas, así como de la penuria de comunicaciones, grandes zonas son improductivas. En las regiones de secano y cultivo extensivo, debido a la escasez de capitales, de técnica, de maquinaria, de planificación, los rendimientos suelen ser pequeños. Sobra mano de obra: sólo en épocas de recolección y otras faenas estacionarias se consigue el pleno empleo por algunos días. Millares y millares de familias viven por debajo de los límites mínimos: pasan hambre.

Peñaranda, Villahermosa o Alba, tenían propiedades de más de 30.000 hectáreas. A pesar de todo, la mayoría de las grandes propiedades pertenecían a la burguesía, más que a la nobleza. Debido a la duplicación de arriendos y a la combinación de familias, es difícil saber exactamente cuál era la importancia de los latifundios en la economía, pero más de la mitad de la España cultivable era propiedad de personas cuyas propiedades superaban las 100 hectáreas (lo cual es bastante, tratándose de fincas españolas). En estas tierras, generalmente se realizaban cultivos tradicionales (sobre todo olivos y vid), y a menudo no se hacían otros nuevos y más prometedores (algodón, arroz, trigo) por falta de inversiones de capital. Además se ignoraban los fertilizantes, el regadío y la mecanización, y quedaba mucha tierra sin cultivar (aunque probablemente poca de ella era fértil). Muchas de estas fincas se arrendaban a alto precio. Pero los que trabajaban en ellas vivían en esos grandes pueblos blancos del sur y del oeste, y eran contratados, o no, según el caso, por el agente del terrateniente, al amanecer, y recibían un jornal insignificante (por ejemplo, de 3,50 pesetas diarias), excepto en la época de la recolección [14]. La oferta de mano de obra era casi el doble que la

[14] Balcells calcula que el jornal agrícola medio era de 2,80 pesetas diarias, y el jornal durante la recolección, de 5,50 pesetas. El promedio de trabajo era de 250 días al año.



(Efe.)



(Brandeis University. USA.)

demanda. La población cada año mayor no podía ser absorbida por la nueva industria en Madrid ni en Cataluña; ni por la emigración a América (esa posibilidad cesó a partir de 1930). Por lo tanto, el paro era abundante: el promedio de trabajo anual en Andalucía estaba entre 180 y 250 días al año, y a menudo era de 130. Los jornales en tiempos de recolección se aproximaban a la media de las ciudades, pero los braceros locales se encontraban con la competencia de trabajadores emigrados, incluso desde Portugal.
Siempre sobraba mano de obra, y las únicas huelgas que podían tener algún efecto real eran las organizadas durante la recolección, pero un trabajador consciente era incapaz de hacer algo tan destructivo.
Sin embargo, los trabajadores sin tierra del sur de España eran el grupo potencialmente más revolucionario del país. Su situación había empeorado en los cien años posteriores a la desamortización de las tierras de la Iglesia. Los mil pequeños trucos que aliviaban su situación en el antiguo e ineficaz sistema «feudal» habían desaparecido con la hacienda capitalista moderna; desde la posibilidad de la rebusca, hasta la disponibilidad de tierras comunales para pastar y coger leña. La mayoría de los trabajadores sin tierra no tenían siquiera un huerto. Así pues, los campesinos respondieron al llamamiento del anarquismo, y en 1920 la mayoría de los trabajadores

Frente a esta agricultura de secano, en la cual los animales de labor y el músculo humano son los únicos motores que se emplean, y a la lluvia hay que situarla en el plano aleatorio de la lotería, existen también zonas de regadío, bien cuidadas y cultivadas, en las vegas de algunos ríos o en lugares en que se han hecho complicados trabajos de irrigación. La tierra suele estar allí mejor repartida y los arriendos son menos onerosos, con lo cual el nivel de vida es más elevado y la laboriosidad, al ser productiva, acrece. España es en su conjunto un país pobre, de escasa lluvia, cruzado por ríos poco caudalosos, de caudal irregular, un país montañoso y erosionado.

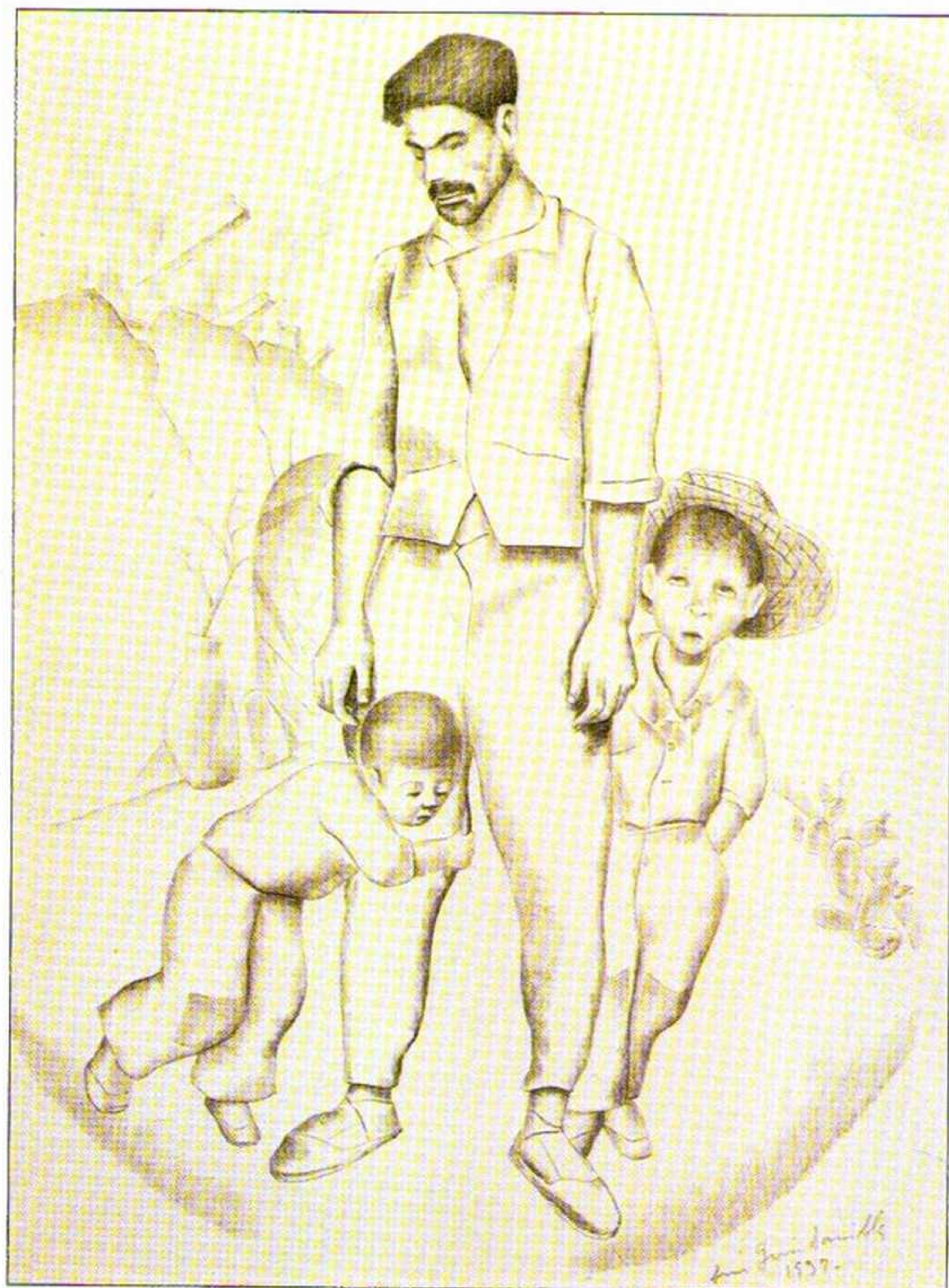


(Alfonso. Madrid.)

Mientras se discute la ley de Reforma Agraria, en diversos pueblos se producen ocupaciones de fincas y motines. Al de Villa de Don Fadrique (Toledo) se le califica de «comunista». Mueren un patrono, dos amotinados, un guardia civil: los heridos son muchos. La foto —el herido y su mujer vigilados— habla por sí misma.

agrícolas andaluces y extremeños eran total o parcialmente anarquistas. Entre 1903 y 1906, y entre 1917 y 1920 (el «trienio bolchevique»), se habían producido innumerables huelgas, intentos de intimidación, actos de violencia y, por consiguiente, un empeoramiento de las relaciones en el campo. Los socialistas también estaban empezando a progresar en estas áreas. Los trabajadores no tenían ningún contrato, estaban subempleados, cuando no parados, y, por lo tanto, eran fácilmente accesibles a la propaganda revolucionaria: y en cuanto se sabía que fulano de tal era anarquista, sus posibilidades de volver a encontrar trabajo disminuían.

Los pequeños propietarios también tenían problemas. La mayoría de los que se consideraban como tales —más de las tres cuartas partes de las pequeñas propiedades (es decir, las de menos de diez hectáreas) tenían menos de media hectárea—, en realidad eran campesinos que cultivaban patatas y tenían otros trabajos: hacían de pescadores, de trabajadores emigrantes o jornaleros. En los años 30 la opresión de estos campesinos era mayor porque la antigua salida de la emigración a América, particularmente importante en Galicia, se había acabado. En cuanto a los aparceros, pocos tenían un contrato escrito de aparcería, y si lo tenían era por poco tiempo. Asimismo, carecían de derecho a pasar la aparcería a sus hijos, y si se vendía la finca o moría el propietario, el nuevo dueño podía ignorar los arriendos existentes. Muchos aparceros estaban fuertemente endeudados con los prestamistas locales. Luego estaba el problema de los *rabassaires* de Cataluña (de *rabassa morta,* cepa



(Col. familia Quintanilla.)

Dejando de lado excepciones que por su limitada extensión son escasamente significativas en el conjunto, la agricultura padece de considerable atraso en sus métodos de explotación. La arcaica distribución de la propiedad, resultado de procesos históricos no superados; la pobreza de la mayor parte de las tierras, y aún más la general pobreza de la nación, que no permite las inversiones indispensables, la compra de abonos, la modernización del utillaje o el empleo de la maquinaria, favorecen el estancamiento y la persistencia de unos métodos rutinarios que se revelan insuficientes para atender a las actuales necesidades. Si la pobreza de la agricultura es un lastre para el desarrollo general, que en terrenos diferentes se muestra más dinámico, esa pobreza cae sobre las espaldas del campesino sufrido, fatalista, trabajador esforzado pero poco emprendedor, aferrado a la tierra que le ha visto nacer cuando no se ve forzado a abandonarla para buscar el sustento en los suburbios de las grandes ciudades o en países del otro lado del océano. El dibujo del pintor Luis Quintanilla que ilustra esta página fue realizado en 1937.

muerta, en catalán). Estos eran campesinos que habían cultivado vides en los márgenes de ciertas extensas fincas, y las habían tenido hasta que se morían las cepas: en el pasado, generalmente entre cincuenta y sesenta años. A finales del siglo XIX, una enfermedad, la filoxera, atacó las viñas, lo que obligó a plantar nuevas cepas, de vida más corta (veinticinco años). Los *rabassaires* ahora intentaron conseguir la propiedad de esas tierras. Durante la República, su postura se haría cada vez más radical. Aparte de ellos, pocos aparceros, arrendatarios o colonos particulares se adhirieron a los partidos revolucionarios. Todos eran conscientes de su *status*, que consideraban superior al del mero obrero.

La reforma agraria

Los socialistas se habían interesado por las cuestiones agrícolas desde principios de los años 20. En 1927 se había fundado un «se-

España es el primer país productor de aceite de oliva, y posiblemente también el primer consumidor, pero una gran parte del mismo se exporta. Los olivares cubren gran parte no sólo de Andalucía, sino también de Cataluña, Aragón, la región valenciana, y amplias zonas de Castilla, Extremadura... Los trabajos de recolección son penosos y se realizan en temporadas frías. Exigen desplazamientos de familias enteras, pues, además de los hombres, se emplean en ellos mujeres y hasta niños. La campaña supone, sin embargo, magros ingresos que vienen a equilibrar la mísera economía de muchas familias campesinas.

(Efe.)



cretariado agrícola» en la UGT. Entre sus planes se contaba una reforma agraria general, comparable a las reformas de México o del este de Europa a partir de 1919, que deberían aprobar las Cortes después de efectuar las debidas consultas a expertos y de hacer análisis *in situ*.
Sus planes a corto plazo fueron los que introdujo Largo Caballero, como ministro de Trabajo, en forma de decretos, en mayo de 1931. A partir de entonces sólo se podría expulsar a los arrendatarios si no pagaban el arriendo o no cultivaban la tierra. Los terratenientes tendrían que pagar las mejoras que hubieran hecho los arrendatarios, cuando éstos renunciaran al arrendamiento. Los arrendatarios podrían conseguir una reducción del arriendo a pagar si había mala cosecha o si éste era mayor que los ingresos que daba la finca. Se fomentarían las solicitudes colectivas de arriendo hechas por grupos de campesinos (los socialistas que estaban en el gobierno

El socialismo, que tradicionalmente se había desarrollado entre el proletariado urbano, ha comenzado a extenderse a los campesinos mediante la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT).
Una antigua candidatura socialista en la cual figuran Pablo Iglesias y Largo Caballero, a quien se le califica de obrero estuquista. Salvo Pablo Iglesias, fallecido en 1925, los demás desempeñan papeles de primera línea en la política republicana.
Largo Caballero, fotografiado en 1936, cuando los de su círculo íntimo le llamarán «el Viejo», y la propaganda, «el Lenin español».

PARTIDO SOCIALISTA

ELECCIONEZ PARA DIPUTADOS A CORTES

Fernando de los Rios Urruti Catedrático.
Andres Saborit Colomer Tipógrafo.
Julian Besteiro Fernandez Catedrático.
Pablo Iglesias Posse Tipógrafo.
Manuel Cordero Perez Panadero.
Francisco Lárgo Caballero Estuquista y Secretario - de la U. G. de T. -

Imprenta de T. Peña Cruz, Pizarro, 16.-Madrid

(Serv. Histórico Militar.)


(Efe.)


(Col. J. M. Armero.)

Si al proletariado agrícola de las regiones latifundistas le resulta imposible escapar de la miseria, otros campesinos, arrendatarios y hasta propietarios viven en la pobreza a causa de la ínfima extensión de las tierras que cultivan o de su mala calidad, de la defectuosa comercialización de los productos, la falta de dinero, las inclemencias del tiempo y los abusos de los prestamistas. El exceso de población viene a agravar la situación de estos campesinos, que son prolíficos, y cuya natalidad aumenta a un ritmo superior al de los alimentos que producen.

deseaban fomentar las colectivización, pero no imponerla por la fuerza). Lo normal sería la jornada de ocho horas, y se permitirían las horas extraordinarias pagadas. Unos «jurados» mixtos de arbitraje, formados por terratenientes y campesinos, decidirían las disputas salariales; se elegiría un presidente o, si no había acuerdo, sería nombrado por el ministro de Trabajo (de momento, socialista). La ley de Términos Municipales significó que los propietarios tenían que ofrecer trabajo a los habitantes de su población antes de hacer ofertas a forasteros, y una ley llamada de laboreo forzoso obligó a los terratenientes a cultivar sus fincas a la manera «tradicional» de la región; esto es, no podían cambiar a otra nueva para maniobrar con los trabajadores y mantener bajos los salarios. La ley de Términos Municipales tuvo efectos decisivos al quitar al propietario la libertad de acción para contratar a quien quisiera e ir a buscar mano de obra fuera del pueblo para acabar con una huelga local. Pero el decreto tuvo efectos perjudiciales para los trabajadores emigrantes. El resultado fue que evitó la huida en masa de la mano de obra a las ciudades, pero no hizo nada para fomentar la inversión en el campo, que era lo único que podría haber creado


(Efe.)

Las medidas que toma el gobierno para aliviar la situación de los obreros del campo, más que para solucionar los problemas agrarios, son insuficientes y desproporcionadas con las promesas que se les han hecho con fines demagógicos o electorales. Estallan revueltas en muchos puntos y se originan muertes y destrucciones que contribuyen a enconar más las pasiones. Cuando esas revueltas son obra de los anarcosindicalistas, el gobierno, con tres ministros socialistas, endurece los métodos represivos. La fotografía corresponde a los graves sucesos de Casas Viejas, ocurridos en enero de 1933.

más puestos de trabajo allí [15]. A pesar de todo, los trabajadores agrícolas quedaron impresionados. No importaba que, llevados por unas esperanzas exorbitadas, creyeran que la reforma agraria daría poder real a los pobres. No importaba que los decretos sobre los arrendamientos tuvieran sobrecargados de trabajo a los tribunales. Los trabajadores agrícolas empezaron a afiliarse a la sección agrícola de la UGT, la FNTT (Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra), en tan grandes cantidades que, en 1932, había unos 450.000 socialistas, la mayoría trabajadores agrícolas sin tierra, que superaban numéricamente a los anarquistas en el campo por primera vez. Además, estos trabajadores constituían la mitad del total de miembros de la UGT, cuyo carácter, por lo tanto, estaba cambiando: hasta entonces había sido un sindicato del proletariado tradicional de base urbana, práctico y disciplinado, y en un año o dos se volvió, por lo menos en parte, milenarista e irregular en sus expectativas y su estilo. Mientras tanto, los nuevos decretos tuvieron otro efecto al facilitar el camino para el alza de salarios: entre 1931 y 1933 se duplicaron los salarios a consecuencia de las

[15] Carr, p. 419.



(Photo Research Int.)

Investido Alcalá Zamora como presidente de la República, se produce una crisis, y de nuevo Azaña es encargado de formar gobierno, el tercero de los republicanos. El hecho más importante es que los radicales se niegan a participar en él. Lo preside Azaña, que desempeñará también la cartera de Guerra. Los demás ministros, de izquierda a derecha, son: Largo Caballero, Trabajo; Indalecio Prieto, Obras Públicas; Santiago Casares Quiroga, Gobernación; José Giral, Marina; Luis de Zulueta, Estado; Marcelino Domingo, Agricultura, Industria y Comercio; Alvaro de Albornoz, Justicia; Jaime Carner, Hacienda, y Fernando de los Ríos, Instrucción Pública. A pesar de su retirada del gobierno, que será pasar a la oposición, los lerrouxistas votarán en las Cortes la confianza al nuevo gabinete. Pero la unidad republicana está quebrándose.

decisiones tomadas por los jurados mixtos de arbitraje de Largo Caballero.

También se empezó a trabajar de cara a una reforma agraria propiamente dicha. El primer proyecto, que tenía las ventajas de que era sencillo, eficaz y practicable políticamente, pretendía asentar de 60.000 a 75.000 trabajadores sin tierra durante un año en tierras «temporalmente» incautadas a los máximos propietarios, todo lo cual se pagaría con un impuesto suplementario sobre todas las grandes propiedades. Este proyecto era demasiado modesto para el Partido Socialista, y demasiado audaz para los radicales. Alcalá Zamora presentó un proyecto propio, y un comité de las Cortes para asuntos agrícolas hizo lo mismo. Todos estos proyectos fueron rechazados. Finalmente, en marzo de 1932, Marcelino Domingo, el nuevo ministro de Agricultura de Azaña, bienintencionado pero ignorante, presentó un plan muy complejo.

Más o menos la mitad de la superficie de España se había de considerar técnicamente expropiable, aunque para empezar sólo se expropiaría un poco. Los campesinos se habían de asentar como cultivadores individuales o como miembros de un colectivo, según los votos de la municipalidad concreta. Habría indemnización por toda


(Pyresa.)


(Photo Research Int.)

la tierra expropiada, excepto en el caso de las tierras de los grandes nobles u otros que se habían apropiado de sus fincas en el siglo XIX, al acotar como fincas privadas lo que antes era suyo meramente a título de administradores, según acuerdos feudales abolidos en 1811. Los trabajadores sin tierra serían los primeros en la lista de los que desearan asentarse en la nueva tierra, pero también se admitirían solicitudes de cultivadores privados. Estos nuevos colonos no podrían vender, hipotecar ni arrendar la tierra que recibirían: el Estado sería el nuevo propietario. Se creó un Instituto de Reforma Agraria para administrar estas disposiciones y para fomentar la enseñanza técnica, la inversión y el regadío.

La tierra a expropiar sería, en primer lugar, aquella que fuera propiedad de una sola persona en un solo municipio y que superara un máximo determinado, que variaba según lo que se cosechara (cereales, 300 hectáreas; tierra no cultivada, 650 hectáreas; viñas, 150 hectáreas). En segundo lugar, las tierras próximas al municipio eran expropiables si no estaban cultivadas, y si el propietario tenía, además, otras tierras por valor de más de 1.000 pesetas en aquel municipio. También podían ser expropiadas las tierras «feudales» (con jurisdicción señorial), las mal cultivadas, las que

Poco conocida es la figura del ingeniero agrónomo Pascual Carrión (izquierda), nacido en Sax en 1891 y fallecido en Valencia en 1976. Sus actividades están muy vinculadas a la reforma agraria, de cuyo Comité es secretario durante los años 1931 y 1932. Mejor conocida suele ser su obra Los latifundios en España. *Absorbidos por las cuestiones políticas y religiosas, los dirigentes republicanos conceden a la agricultura una atención menor a la que requiere.*

Los movimientos revolucionarios se hacen crónicos. Una labor policial constante permite el descubrimiento de depósitos de armas y explosivos en distintos puntos de España. La guardia civil ha descubierto uno importante, y un oficial examina el armamento.


(Ya.)

El diputado José María Lamamié de Clairac (señalado con una cruz) es un caracterizado «cavernícola» de las Constituyentes. Suya es la irónica frase: «Si su señoría sigue citando encíclicas para defender el proyecto, terminaremos haciéndonos cismáticos», pronunciada posteriormente, cuando el ministro cedista Jiménez Fernández defendía unas leyes moderadamente favorables a los campesinos.

pudiendo estar regadas no lo estaban, y las tierras que se encontraban permanentemente arrendadas. Sólo las tierras de los grandes de España —el más alto rango de la nobleza— se veían afectadas a nivel nacional, no municipal, en el sentido de que se fijaba un máximo para las propiedades de estos nobles, prescindiendo de dónde estuvieran situadas.

Todas estas cláusulas estaban acotadas por toda clase de requisitos, de manera que, al final, excepto en el caso de los grandes de España, las propiedades de los grandes terratenientes no resultaban muy afectadas si estaban muy esparcidas. Algunos se preguntaban,

comprensiblemente: ¿por qué se trata a los grandes de España de una manera y a los nuevos ricos de otra? Además, los bosques y los pastos estaban exentos. Las leyes preocuparon a los pequeños propietarios sin transformar las bases de la agricultura en España. Como dijo Largo Caballero, aquella ley era «una aspirina para curar una apendicitis». Sin embargo, si se hubiera aplicado bien, con algunas modificaciones y mejoras, podría haber tenido efectos impresionantes, sobre todo si al mismo tiempo se hubiera llevado a la práctica el proyecto de aumentar la tierra de regadío [16]. Pero la reforma no llegó a introducirse, propiamente.

En primer lugar, los políticos agrarios, encabezados por el carlista José María Lamamié de Clairac, atacaron la ley en las Cortes un día tras otro, con gran perseverancia. En segundo lugar, los republicanos, incluido Azaña, y hasta el ministro Marcelino Domingo, no asistieron a muchos debates sobre la ley agraria. Lo que más les preocupaba era la Iglesia, la cuestión catalana, la prensa



(Keystone.)

La aristocracia latifundista vive lejos de sus propiedades, despreocupada de los problemas agrarios y sociales. Alfonso XIII (último a la derecha) durante una partida de polo, deporte que sólo practican los miembros de la alta sociedad. No sólo son latifundistas los aristócratas: gentes encumbradas en las finanzas, el comercio, la política, la especulación, las profesiones liberales, la usura o actividades aún menos confesables, habían adquirido enormes fincas. Su conducta económico-social no es mejor que la de los antiguos señores. Dejándose arrastrar por la pasión, los políticos combaten preferentemente a éstos.

[16] España tenía alrededor de 1.600.000 hectáreas de regadío y la República proyectaba regar otro millón de hectáreas.

libre y un buen sistema de enseñanza. Sus conocimientos de economía eran tan modestos como su interés. De ahí que la ley, aunque al final se aprobó, cambiara durante su discusión, y suscitara muchas dudas, compartidas por varios de sus patrocinadores. En el verano de 1932 estos debates alternaron con las discusiones sobre el estatuto de autonomía catalana. Cuando por fin se aprobó la ley de Reforma Agraria, no hubo ninguna urgencia por ponerla en práctica. El ministro parecía seguir añorando la época en que lo era de Educación. Sin embargo, los trabajadores agrícolas habían empezado a albergar grandes esperanzas. Estas esperanzas no tardarían en crear amargura al verse frustradas. La reforma agraria, en España como en todas partes, se había convertido en un mito. Igual que la expresión «huelga general», o las palabras «libertad» o «revolución», parecía un programa por sí sola, prescindiendo del hecho de que las fincas grandes y pequeñas tienen problemas tan diferentes como las regiones húmedas y secas. Podía haberse hecho algo para reducir la miseria de la vida agrícola en España con legislación e inversiones, pero, dado que el control del agua, el drenaje, el riego y la provisión de fertilizantes químicos dependen de las inversiones y de la industria, la única solución real para el problema agrario era encontrar el modo de reducir la población del campo fomentando la industria.

Fueron muchos los españoles, y entre ellos no faltaban algunos de los que iban a gobernar desde diversos niveles, que creyeron que con el advenimiento de la República los problemas iban a solucionarse automáticamente, de manera casi mágica. Habiendo culpado a la Monarquía —a la Dictadura en los últimos tiempos— de cuanto malo ocurría, al desaparecer la causa supusieron cancelados los efectos. Mientras unos se dejan ganar por la desilusión o el escepticismo, hay quienes van regresando a antiguas posiciones y a colocarse, no frente a la República, que ésos son los menos, pero sí contra quienes la gobiernan y orientan.



(Col. C. S. de Tejada.)



(Efe.)

El duque de Alba, político monárquico e historiador, es considerado como el aristócrata número uno; es dueño de vastas propiedades.


(Pyresa.)

Preocupado siempre por el llamado «problema catalán», las intervenciones parlamentarias de Manuel Azaña han contribuido favorablemente a la aprobación del Estatuto de autonomía, con alguno de cuyos artículos estaban en desacuerdo incluso diputados de la mayoría, en particular socialistas. Azaña se retrata en Barcelona entre el presidente de la Generalitat, Macià, y el alcalde de la ciudad, Jaime Ayguader.

7

El Estatuto catalán

En Cataluña se había celebrado un plebiscito, con un resultado de 592.961 votos a favor de la autonomía y sólo 3.276 en contra. Es muy posible que nunca hayan tenido unas elecciones libres un resultado tan abrumador. En el verano de 1932, el Estatuto catalán se había convertido en ley. Las cuatro diputaciones provinciales se reorganizarían para constituir un gobierno catalán, que llevaría el nombre de Generalitat, el antiguo nombre del gobierno general de Cataluña en la Edad Media. El catalán y el español serían las lenguas oficiales. Cataluña, igual que el Ulster, continuaría enviando diputados a las Cortes a la vez que a la nueva cámara local de Barcelona. Socialistas, radicales e intelectuales, como Unamuno, colaboraron con las derechas en sus ataques contra el Estatuto. Sin embargo, la Generalitat no tenía ninguna potestad respecto a asuntos exteriores, defensa y control de fronteras, y sólo actuaba como «agente» del gobierno central en el terreno del orden público, la justicia, la enseñanza, las comunicaciones y las obras públicas. La legislación del parlamento catalán se limitaba a la administración local, sanidad, auxilio social y ley civil. Cualquier conflicto de intereses sería resuelto por un Tribunal de Garantías Constitucionales. Pero, así y todo, fue un gran momento cuando el coronel Macia apareció con Azaña en el

Tarjetas postales correspondientes a épocas en que el catalanismo político alcanzaba su pleno desarrollo.



(Col. familia Feo.)

La estética del catalanismo está muy ligada al modernismo, y posteriormente al noucentisme, *cuyo paladín es Eugenio d'Ors, el Xenius del Glossari. Cuando los ecos tardíos del modernismo descienden a niveles inferiores, el arte se degrada... o populariza.*

(Col. familia Feo.)



(Pyresa.)

El fracasado movimiento de la ultraderecha, que ha culminado en las intentonas de agosto en Madrid y Sevilla, favorece la rápida aprobación del Estatuto en el Congreso. El 9 de septiembre de 1932 es refrendado: votan a favor 334 y sólo 24 en contra. De estos últimos, el grupo principal es el de los agrarios, más algunos intelectuales «Al Servicio de la República». Votan a favor diputados que, como Unamuno, Miguel Maura y Ossorio y Gallardo, lo habían combatido en las sesiones. Los radicales, muy numerosos en la Cámara, que han disentido en bastantes de los artículos, votan afirmativamente en bloque. El texto del Estatuto comienza con estas palabras: «Cataluña se constituye en región autónoma dentro del Estado Español...» La propaganda ha sido muy intensa, y la ilustración corresponde a un hombre-anuncio muy popular, que atrae la atención de los viandantes encaramado en unos largos zancos. Por la céntrica calle de Fernando, que une la plaza de San Jaime con las Ramblas, hace ahora publicidad en favor del Estatuto.

balcón de la plaza de San Jaime, en Barcelona, para recibir las aclamaciones de la multitud, que durante tanto tiempo había esperado la satisfacción de sus deseos. «Tengo absoluta confianza —dijo Macià— en que recibiréis con buena disposición este Estatuto, a pesar de que no es el Estatuto que reclamábamos.» Así empezó la breve y trágica historia de la República catalana.

Los vascos

Entretanto, los vascos estaban haciendo un esfuerzo parecido para conseguir la autonomía.

Los vascos eran una raza de unas 600.000 personas que habían vivido desde tiempos inmemoriales alrededor del extremo occidental de los Pirineos. De ellos, unos 450.000 vivían en España y el resto en

Guernica es la capital espiritual de los vascos; según la tradición, antes de la existencia de la villa se reunían las antiguas juntas a la sombra de un roble. Después, los representantes de los soberanos juraban aquí los fueros de Vizcaya. Este roble es el retoño de otro retoño del antiguo árbol. La Casa de las Juntas fue construida a principios del siglo XIX. *Iparaguirre se inspiró en este árbol para escribir la letra del zorcico-himno* Gernikako arbola, *cuya música compuso Altuna.*

Francia [1]. Los orígenes de este pueblo son desconocidos. Quienes ansían empequeñecer las diferencias entre los vascos y los españoles han pretendido identificar la danza tradicional vasca, la *Espata Danza*, con el *Tripidium* de los iberos, que observó Estrabón. De ahí han sacado la consecuencia, sugestiva, pero no concluyente, de que los vascos son iberos que han conservado su identidad, en sus remotos valles. La lengua vasca se parece a lo que se conoce de ibero. Es una lengua primitiva, casi sin literatura. Tiene varios dialectos, tres de ellos mutuamente ininteligibles. Lo único seguro sobre la historia vasca es la existencia de una sociedad característica en las montaño-

[1] La población de las tres provincias vascas era de 891.710 en 1930; con Navarra se llegaba a un total de 1.237.593. Pero no todos los que vivían en esas provincias eran vascos.

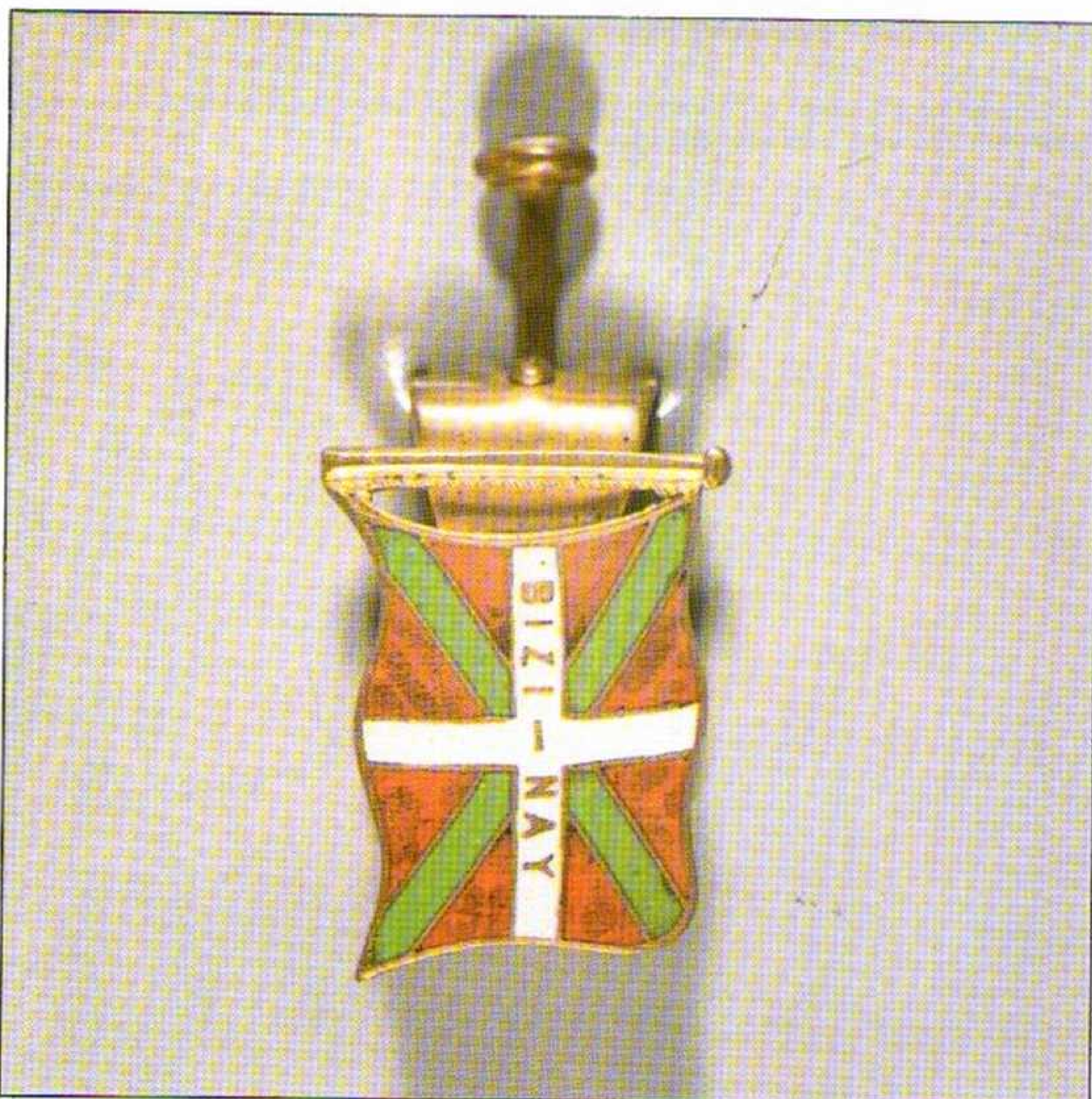
(Efe.)



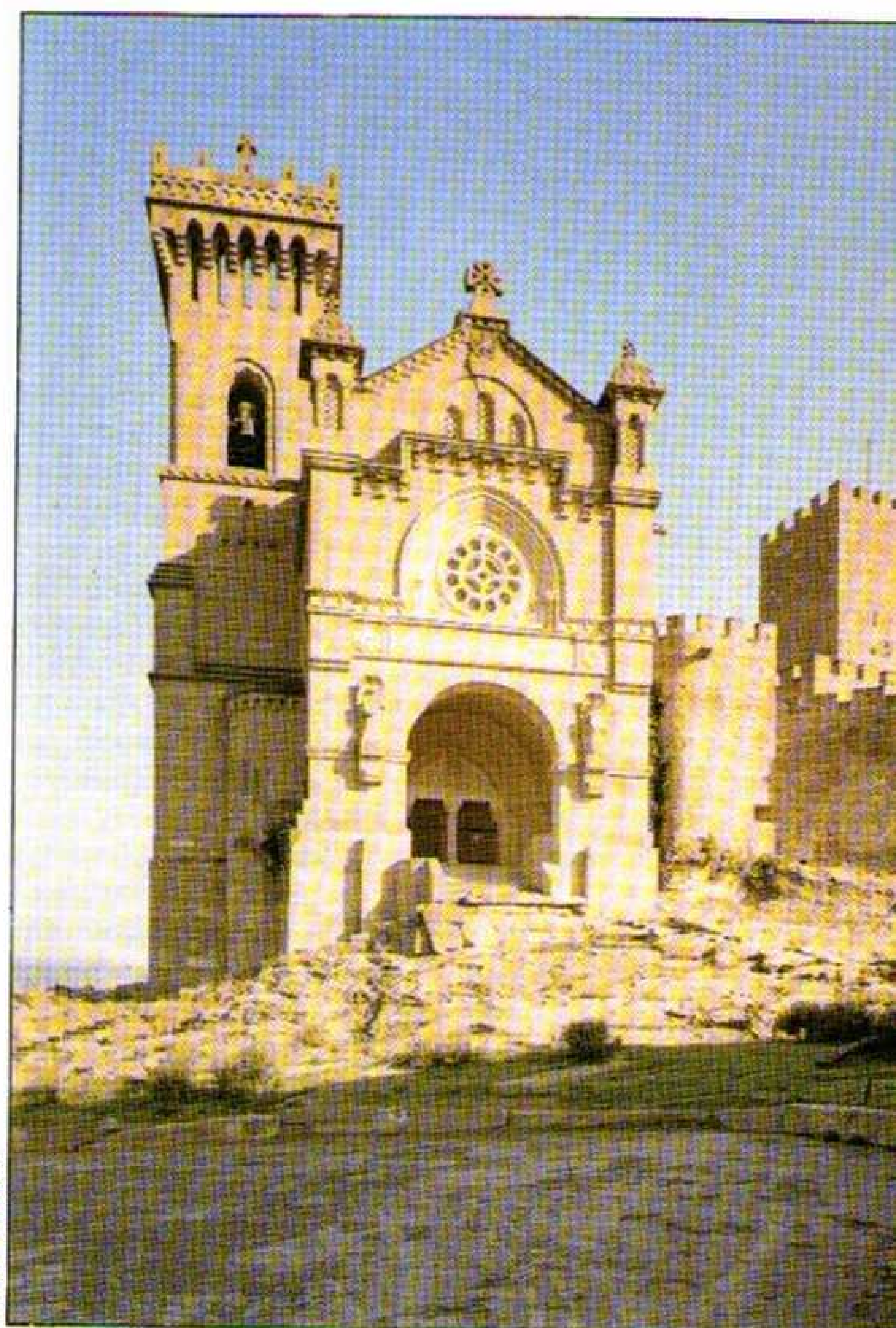
sas provincias españolas de Guipúzcoa, Vizcaya, Alava y Navarra [2] (y, en menor medida, en la zona vascofrancesa) desde los tiempos prehistóricos.

Las principales características de esta sociedad han sido, desde tiempo inmemorial, el profundo sentimiento religioso, el aislamiento político y la autosuficiencia agrícola. Como en esta región la Iglesia permaneció muy cerca de la tierra, las parroquias eran los centros de la vida cívica. Los concejos locales se solían reunir en los atrios de las iglesias. Los sacerdotes vascos afirmaban que en 1936, casi toda la población agrícola de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya, y más de la mitad de los habitantes de las áreas industriales (de los que tenían sangre vasca [3]) eran católicos practicantes [4].

La bandera vasca, o nacionalista vasca (que hoy suele llamarse ikurriña), *es creación de Sabino Arana, que se inspiró en antiguos colores y símbolos católicos; ondeó por primera vez en 1894. Insignia del Partido Nacionalista Vasco, pasará a ser bandera de Euzkadi cuando, después de iniciada la guerra civil, se le conceda la autonomía.*



(Arch. C. S. de Tejada.)



(Arch. Urbión.)

Los municipios navarros rechazan por 123 votos contra 109 el proyecto de Estatuto conjunto; hay 35 abstenciones. En las provincias vascas, la mayoría afirmativa es amplísima, en Vizcaya y Guipúzcoa más que en Alava. En adelante, la política de vascos y navarros seguirá por caminos divergentes. Castillo de Javier, en Navarra, uno de los centros del carlismo.

En el aspecto político, por lo menos desde la alta Edad Media, cada dos años se reunían bajo un roble en Guernica (Vizcaya) asambleas compuestas por representantes de todos los hombres mayores de veintiún años. Allí, el monarca, o un representante suyo, juraba respetar los fueros vascos. Entonces se elegía por

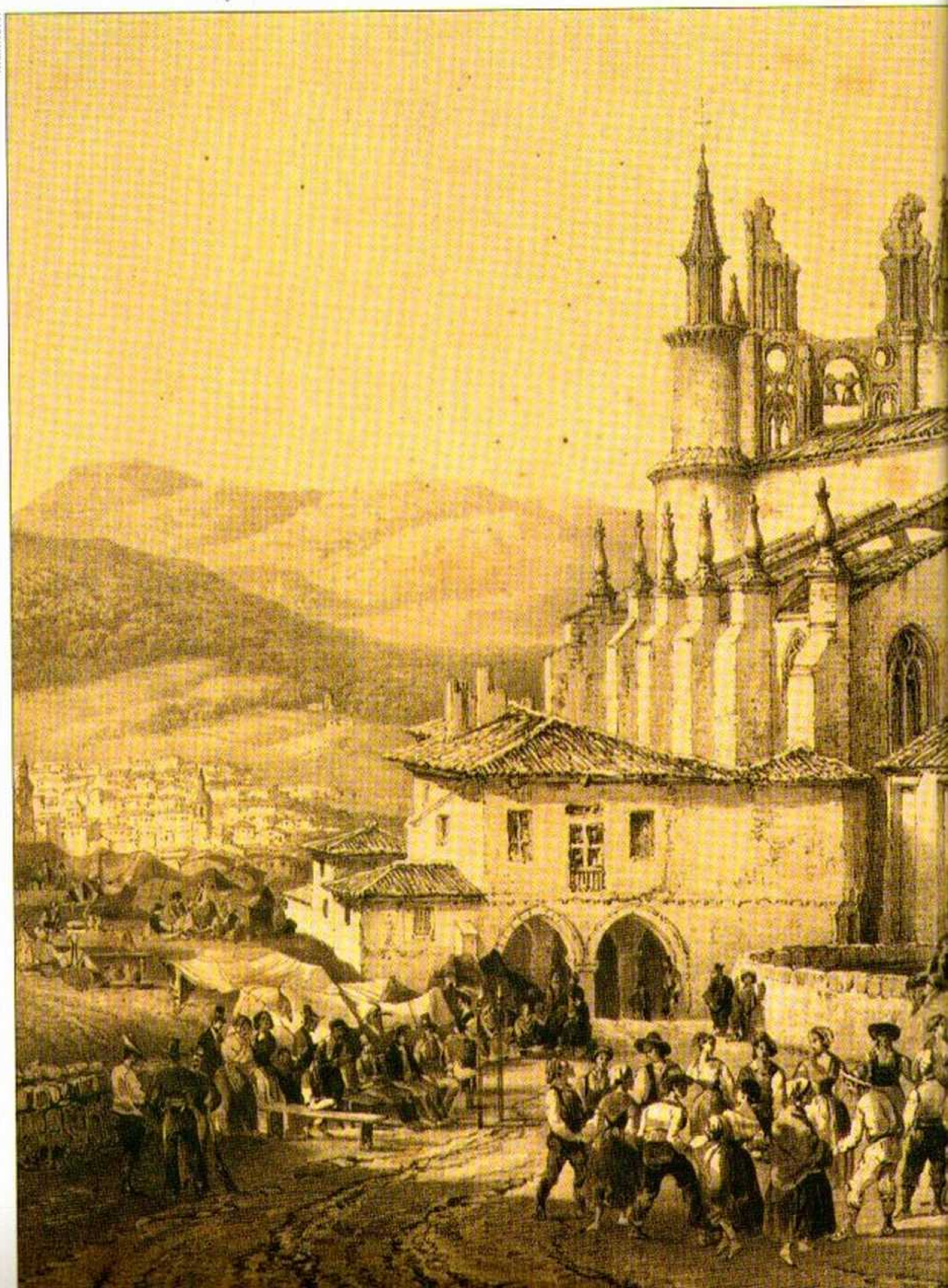
[2] Navarra está habitada principalmente por vascos. Pero, por razones que estudiaremos más adelante, su historia política ha seguido un rumbo diferente.

[3] La cifra bajaba al 15 por 100 entre los habitantes no vascos de las ciudades vascas.

[4] *Le Clergé basque*. Rapports présentés par des prêtres basques aux autorités ecclésiastiques (París, 1938), p. 15. Los hombres y las mujeres se sentaban separados, como en Irlanda y en las sinagogas.

sorteo un consejo ejecutivo que gobernaría los dos años siguientes. Tanto el árbol como la ciudad de Guernica tenían para los vascos un carácter sagrado, lo cual hace pensar en una transferencia a la vida política de la primitiva adoración del roble. Estas costumbres ilustres ya estaban completamente arraigadas incluso antes de la llegada de los árabes, los cuales no llegaron a conquistar el País Vasco. Sin embargo, los vascos nunca habían sido independientes [5]. En realidad, buena parte de Castilla fue colonizada por agricultores vascos, al ser reconquistada a los moros. El primer intento de autoafirmación de los vascos fue a principios del siglo XIX, cuando, debido a su catolicismo, así como a la fuerza de sus sentimientos locales, constituyeron el núcleo de los ejércitos carlistas en su guerra contra los liberales. Como consecuencia de esto, en 1876 quedaron abolidos sus fueros.

[5] Excepto los que vivían en Navarra, que estuvieron gobernados por los monarcas semiindependientes de aquel pequeño reino hasta el siglo XVI.

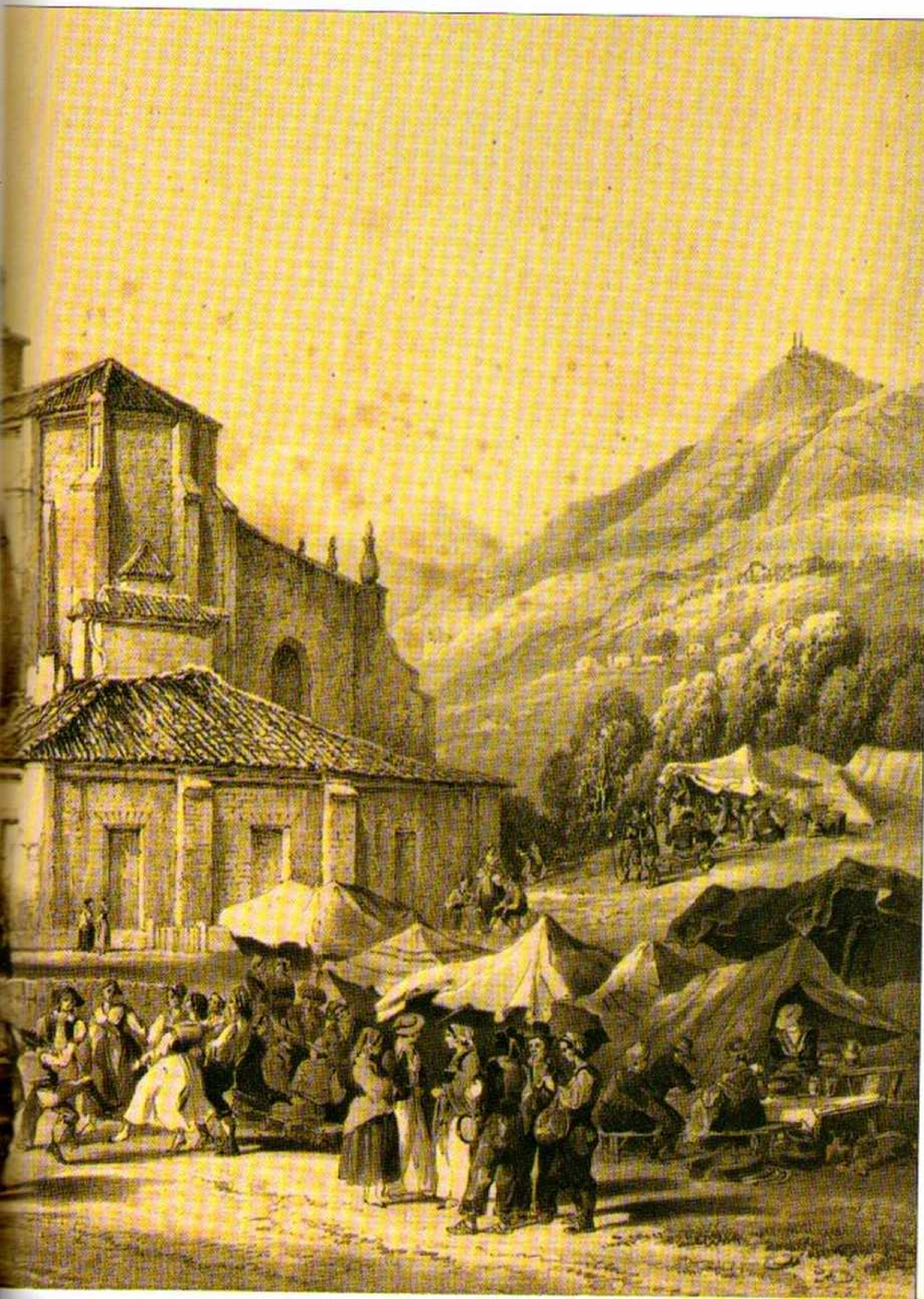


(Salmer.)

El nacionalismo vasco procede políticamente del carlismo y se caracteriza por su acentuado conservadurismo, por el catolicismo clerical, y tiene como base el natural amor a la patria vasca; no se halla exento de influencias racistas. Su independentismo o semiindependentismo y el racismo sufren alternativas, según las circunstancias de la política general española, y se atenúan por efectos de la inmigración o de coyunturas históricas. El Partido Nacionalista Vasco es fundado en 1894 por Sabino Arana Goiri, que mientras estudiaba leyes en Barcelona entró en relación con jóvenes catalanistas, aunque no puede precisarse en qué medida influyeron en él. Su proyección política y desarrollo son mayores en las zonas rurales que en las ciudades. Las leyes antirreligiosas favorecen la difusión del nacionalismo, una de cuyas aspiraciones sería celebrar concordato directo con el Vaticano. Este es el mapa electoral de 1933, redondeado en millares de votos: Bilbao: censo, 178; nacionalistas 77, derechas 20, bloque izquierdas 60. Vizcaya (prov.): censo, 89: nacionalistas 39, derechas 19, izquierdas 10. Guipúzcoa: censo, 166; nacionalistas 60, derecha y centro 35, socialistas e izquierda 35. Alava: censo, 56; tradicionalistas 20, nacionalistas 11, bloque izquierdas 5, y los radicales 2. En estas elecciones, nacionalistas y derechas concurren juntos.

La ira que provocó esta medida se intensificó, a finales del siglo XIX, con la industrialización. Los vascos siempre habían sido famosos como constructores de barcos, para los que utilizaban los numerosos robles de Vizcaya. El ancla vasca se exportó mucho en el siglo XVIII. A finales del siglo XIX, Bilbao se convirtió en una gran ciudad industrial, gracias a los yacimientos de hierro que la rodean y a las facilidades naturales que tiene para la exportación. Desde principio del siglo XX, el 45 por 100 de la flota mercante española procedía de las provincias vascas, y de allí venía también casi todo el hierro de España. La industria española del acero también se estableció en el País Vasco, y, en los años 30, Vizcaya producía las tres cuartas partes del acero y la mitad del hierro de España. (Pero el apogeo del hierro vasco había pasado: en 1929, la producción era la mitad de lo que había sido en 1913 [6]). Alrededor de un tercio de la inversión total española era vasca. La seguri-

[6] Carr, p. 435.



Este grabado de mediados del siglo XIX representa la iglesia de Begoña, y Bilbao se ve al fondo. En esta época, Bilbao ha sufrido tres de sus históricos sitios, pues la villa es liberal mientras el campesinado es carlista; todavía volverá a ser sitiado a finales de 1873, y a los cinco meses los carlistas nuevamente se verán obligados a levantar el cerco. Junto a esta misma iglesia, Zumalacárregui recibió la herida que le ocasionaría la muerte durante el primero de los sitios. En la época de esta ilustración, Bilbao, que no sobrepasaba los 20.000 habitantes, era una villa mercantil y marinera de próspera vitalidad; la explotación del hierro andaba aún poco desarrollada, pero estaba a punto de iniciarse el gran desarrollo minero, industrial y financiero.
Los campesinos, que, a pesar de la proximidad de la ciudad, pueden suponerse razonablemente carlistas, están celebrando una fiesta y bailan el aurresku, *antigua danza del folklore vasco.*

José Antonio Aguirre (ilustración de la página siguiente), abogado y diputado, se erige en líder de los nacionalistas vascos y durante la guerra civil presidirá el gobierno autonómico de Euzkadi.



(Arch. Historia 16.)

SABINO ARANA GOIRI (Abando, Vizcaya, 1865-Pedernales, Vizcaya, 1903)

«Tres trabajos se presentaron desde el primer día ante mis ojos: estudiar la lengua de mi patria, proporcionar a los compatriotas que no poseyeran el euzkera el medio de aprenderlo y, como síntesis, la extirpación del extranjerismo e implantación del patriotismo, uniendo a los hijos de Bizcaya bajo una sola bandera.» Esta reflexión de Sabino Arana resume perfectamente las líneas generales de su actuación a lo largo de su vida. En cuanto al estudio y la difusión de la lengua vasca dejó una amplia bibliografía, en gran parte pionera (Etimologías euzkéricas, Gramática elemental del euzkera bizkaino, Lecciones de ortografía del euzkera bizkaino...), **y creó, junto con su hermano Luis, una sociedad editora con fines proselitistas. Respecto a la patria vasca supo transformar los viejos anhelos fueristas dándoles un carácter resueltamente nacionalista. Su lema** Jaungoikua eta Lagizarra **(Dios y leyes viejas) sintetiza los objetivos del movimiento, con un fuerte contenido tradicional y sobre todo confesional: «Bizcaya debe basarse en la subordinación completa e incondicional de la política a la religión, del Estado a la Iglesia.» Otros dos elementos que configuran el pensamiento político de Arana son la apología de la raza vasca y la hostilidad al español residente en tierra vasca, al** maketo: **«Todos los** maketos, **aristócratas y plebeyos, burgueses y proleta-**

dad de una clase media acomodada, pero progresiva, se reflejaba en los grandes bancos vascos. Estos traspasaron las fronteras de la empresa familiar y llegaron a ocupar un lugar dominante en la banca española. Los banqueros, como es lógico, eran centralistas, por interés social y económico, pero el resto de la clase media vasca, igual que los catalanes, añadió su moderado peso al de los románticos que, dirigidos por Sabino Arana (hijo de un carlista, que se convirtió en nacionalista vasco en Cataluña), empezaron a reclamar, hacia 1890, el restablecimiento de los fueros abolidos hacía relativamente poco tiempo.

A comienzos de los años 30, el catolicismo del movimiento nacionalista significaba que éste no podía estar de acuerdo con los partidos republicanos. El partido vasco, en realidad, era casi racista cuando desaconsejaba los matrimonios con no vascos y hablaba de expulsar a los castellanos. La Iglesia vasca apoyaba plenamente el movimiento nacionalista y confiaba en que llegaría el día en que los vascos dejarían de aprender castellano, «la lengua del liberalismo». Así pues, no debe sorprender que los diputados vascos abandonaran las Cortes durante la discusión de las cláusulas anticlericales de la Constitución. En 1931, los vascos parecían tan de derechas que el inveterado conspirador monárquico general Orgaz invitó a José Antonio Aguirre a participar en un complot militar contra la República. «Si usted pusiera a mi disposición los 5.000 jóvenes nacionalistas vascos que el otro día desfilaron en Deva, yo podría rápidamente hacerme dueño de España», dijo el general. Pocos días después, un enviado del rey Alfonso dijo a Aguirre: «El rey desearía compensar las injusticias que han sufrido los vascos. Se está estudiando la posibilidad de restaurar sus fueros.» Aguirre, joven abogado que debía gran parte de su éxito político a su buena facha y a sus proezas como futbolista del club Athletic de Bilbao, rechazó ambas proposiciones, y, a partir de entonces, los monárquicos guardaron un especial rencor al Partido Nacionalista Vasco [7]. No tardó en iniciarse la discusión de un Estatuto vasco que habría dado a los vascos el mismo grado de autonomía de que disfrutaban los catalanes. (Ya habían conseguido el concierto económico, un convenio fiscal especial con el gobierno, y algunos otros elementos de autonomía administrativa).

En junio de 1932 se reunieron en Pamplona delegados de las cuatro provincias. Los de Navarra rechazaron el Estatuto por el estrecho margen de 123 votos contra 109. El carlismo siempre tuvo gran fuerza en Navarra y, aunque vascos y carlistas habían sido uña y carne en el siglo XIX —en realidad, el carlismo había tenido muchos partidarios vascos—, los dos movimientos diferían en la cuestión de dónde debía residir la soberanía en el futuro: en Bilbao o en Madrid. A partir de entonces, el camino de Navarra se separó cada

[7] El PNV fue fundado por Arana en 1894. Sobre la tentativa de Orgaz, véase José Antonio Aguirre, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín* (Buenos Aires, 1943), pp. 342-343. Más tarde, Orgaz negó esta versión de la entrevista, diciendo que quien solicitó una alianza fue Aguirre, que deseaba oficiales para entrenar a sus jóvenes (mendigoixales) de cara a un alzamiento. Es posible que los políticos monárquicos montaran la entrevista de manera que los dos tuvieran la impresión de que había sido el otro el que había tomado la iniciativa. (Véase Iturralde, vol. I, pp. 36-37.)

vez más del de los vascos. Los delegados de las otras tres provincias aprobaron el Estatuto por gran mayoría. Esta aprobación fue confirmada más tarde por un plebiscito de las tres provincias [8]. Porque, para entonces, todas las clases sociales de las provincias vascas [9] (muchos de cuyos miembros eran inmigrantes de Asturias, Andalucía o Galicia) apoyaban la petición de autonomía limitada, cuando no de independencia. En realidad, una gran mayoría era



(Pyresa.)

partidaria del antiguo lema vasco, «por Dios y nuestros fueros». La cultura tuvo menos papel en el resurgimiento vasco que en el catalán. En Bilbao no había teatro de ópera, no había equivalentes vascos de artistas catalanes como Sert o Gaudí. Su movimiento adquirió impulso gracias al anticlericalismo de la República. A diferencia de los nacionalistas de Barcelona, sus mejores mercados estaban fuera de España. Se hallaban convencidos de que podían vivir por sí mismos con sus bosques y sus minas de hierro. Por lo tanto, es fácil comprender que estuvieran hartos de España. Y no deja de ser una tragedia irónica que su repugnancia a seguir unidos a España los empujara a la guerra civil y los destruyera. Igualmente irónico es el hecho de que los dirigentes de la clase media vasca, en la mayoría de los casos, hicieran sus discursos en castellano, y en algunos casos hablaran la lengua vasca con dificultad [10].

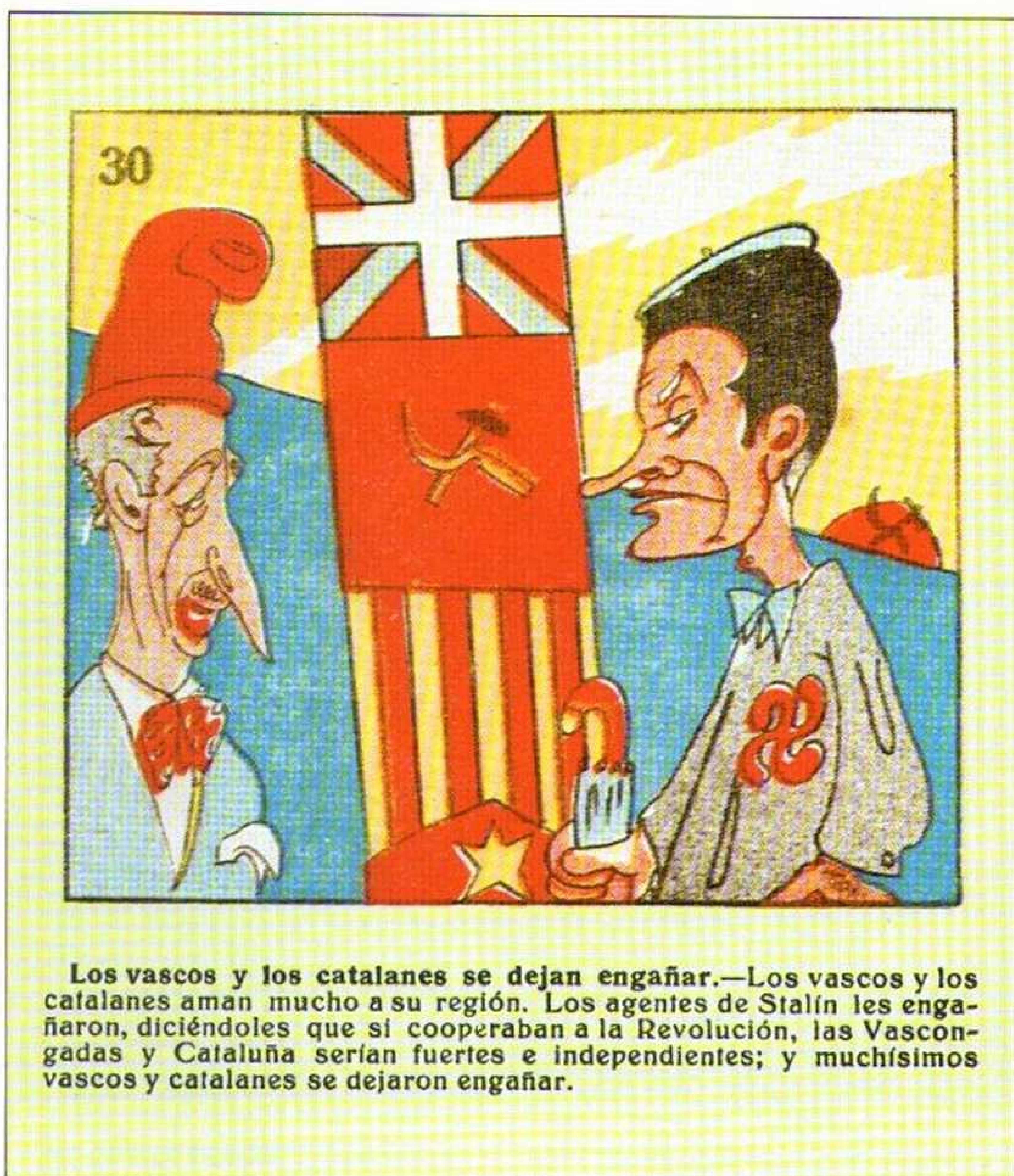
[8] De un total de 489.887 electores en las tres provincias, 411.756 votaron a favor del Estatuto, 14.196 votaron en contra y 63.935 se abstuvieron. Véase Martin Blinkhorn, «The Basque Ulster», *Historical Journal*, XVII, núm. 3 (1974), pp. 593-613.

[9] Las clases trabajadoras de Bilbao no eran ni tan católicas ni tan separatistas como la burguesía. Su adopción de las ideas centralizadoras de la UGT socialista, uno de cuyos principales centros era Bilbao, sería una causa más de conflictos.

[10] El movimiento nacionalista vasco puede seguirse en M. García Venero, *Historia del nacionalismo vasco* (Madrid, 1945); las memorias de Aguirre; Salvador de Madariaga, *Spain* (Londres, 1964), pp. 227-235 (hostil); Brenan, pp. 278-280, y de S. Payne, *Basque Nationalism* (Reno, 1975).

rios, sabios e ignorantes, buenos y malos, todos son enemigos de nuestra patria.»
Hijo de un acaudalado armador y constructor de buques, Sabino Arana conoció de niño el exilio en Francia durante cuatro años por las complicidades de su padre en el levantamiento carlista de 1872. Su vida política la inició también en el carlismo, aunque, según afirmó años más tarde, «era carlista per accidens, **en cuanto que el triunfo de don Carlos me parecía el único medio de alcanzar los fueros.»**
Terminado el bachillerato en el colegio de los jesuitas de Nuestra Señora de Antigua, en Orduña, se trasladó a Barcelona para estudiar Derecho. La capital catalana vivía entonces el tránsito del catalanismo cultural al político en un ambiente que influyó profundamente en el joven Sabino. En 1888 abandonó los estudios. De vuelta a su tierra solicitó una plaza de profesor de euzkera en el instituto de Bilbao, a la que también concurrieron Miguel de Unamuno y Resurrección María de Azkue, obteniéndola este último.
El 30 de noviembre de 1892 apareció su obra Bizcaya por su independencia, **intento de despertar el sentimiento patrio en los** bizcainos, **y el 3 de junio de 1893, en el caserío Larrazábal, de Begoña, pronunció el célebre discurso en el que analizaba el proceso que le había llevado al descubrimiento de la nacionalidad. Ese mismo año inició la publicación de una hoja volante titulada** Bizkaitarra. **Las opiniones marcadamente independentistas mantenidas en ella le valieron cuatro procesos y cinco meses de cárcel.**
Paralelamente, en 1894 fundó la asociación Euskeldun Batzokija, **origen del Partido Nacionalista Vasco, del que Arana fue designado presidente. En 1898 se presentó a las elecciones a la Diputación de Vizcaya y salió elegido. Al año siguiente, los** bizkaitarras **conseguían cinco concejales en el ayuntamiento de Bilbao.**
En 1902 volvió a ser detenido por haber enviado un telegrama a Theodore Roosevelt felicitándole por la independencia de Cuba y añadiendo que si Europa le imitara también la nación vasca sería libre. Desde la cárcel de Larrinaga, Arana adoptó la inexplicable decisión de «crear un partido vasco que fuera a la vez español». Juzgado y absuelto, su muerte, el 25 de noviembre de 1903, le impidió llevar adelante el proyecto.

A pesar de las enormes diferencias políticas, religiosas y de actitud con respecto a las cuestiones sociales, las relaciones entre catalanistas y nacionalistas vascos han sido y serán tan buenas como las circunstancias lo permitan. El Estatuto catalán es firmado por Alcalá Zamora y promulgado en San Sebastián el 15 de septiembre de 1932: esta ciudad se ha elegido por su significación nacionalista (se ha rebautizado como Donostia) y por ser aquella en que se firmó el pacto republicano en 1930. En la caricatura, de época posterior, se comete el error, posiblemente intencionado, de atribuir a los agentes de Stalin actividades e influencias que no ejercerán. Ni en los orígenes y desarrollo del catalanismo ni del vasquismo los comunistas tuvieron arte ni parte; por oportunismo político se acomodarán a la situación. En Cataluña, los marxistas más catalanistas serán los antiestalinianos del POUM. Y otro error: en la parte baja del dibujo, el triángulo sobre el cual se asienta la «estrella solitaria» debe ser azul y no rojo; pero esa bandera no ha sido nunca la de Companys, ni la de la Generalitat.



Los vascos y los catalanes se dejan engañar.—Los vascos y los catalanes aman mucho a su región. Los agentes de Stalin les engañaron, diciéndoles que si cooperaban a la Revolución, las Vascongadas y Cataluña serían fuertes e independientes; y muchísimos vascos y catalanes se dejaron engañar.

(Col. Luis Gasca.)

El éxito creciente de los dos partidos separatistas en Cataluña y las provincias vascas tuvo repercusiones en toda España. En Galicia había empezado un movimiento separatista durante la dictadura de Primo de Rivera. Casares Quiroga, ministro de Gobernación en el gobierno de Azaña, estaba preparando un estatuto para la autonomía de Galicia. Hubo intentos similares entre los valencianos e incluso entre los castellanos. En realidad, para algunos parecía inminente la desintegración geográfica de España. Y ésta era una causa más de temor, y creaba una predisposición a recurrir a la fuerza en aquellos que pensaban que podrían salir perjudicados con tal desmembración.

El ejército

La Iglesia y buena parte de la clase media habían sido alejadas de la República por las cláusulas religiosas de la Constitución. Los terratenientes estaban incomodados por la ley de Reforma Agraria. Y el ejército era el más ofendido con la promulgación del Estatuto catalán y los pasos que se estaban dando en dirección a un Estado español federal.

Estaban lejos los días en que un francés como Brantôme podía sentirse orgulloso de la raza humana al ver a los españoles cabalgando hacia Flandes «con la arrogancia y la gracia insolente de unos príncipes». En realidad, en los últimos años, el ejército español había dado incluso pocas pruebas de la más elemental competencia. Wellington consideraba a los españoles que luchaban a su lado valientes, pero indisciplinados. Los observadores ingleses de las guerras carlistas habían comentado lo mismo. La primera guerra carlista no terminó con una victoria en el campo de batalla, sino con un tratado (en Vergara, palabra que a partir de entonces se convirtió en sinónimo de compromiso humillante), que daba opción a los oficiales carlistas a incorporarse al ejército regular con plena paga. Este acuerdo había iniciado una era de exceso de oficiales para el número de soldados en el ejército español. En los últimos años de la Monarquía había 17.000 jefes y oficiales (incluidos 195 generales) para unos 150.000 soldados [11]; es decir, una proporción de un oficial por cada nueve soldados [12]. Este exceso había sido la principal razón por la que en Marruecos el ejército no había

[11] *Anuario*, 1931. Ramón Salas Larrazábal, *Historia del ejército popular de la República* (Madrid, 1974), vol. I, p. 11.

[12] Las cifras del siglo XIX eran más absurdas todavía. En 1898 había un general por cada cien hombres.

En 1920 el coronel Millán Astray había fundado la Legión o Tercio de Extranjeros. Sometidos los legionarios a un entrenamiento intenso y a una durísima disciplina, al tiempo que influidos por una extraña mitología arcaizante y bélico-romántica, el Tercio se manifestaría pronto como fuerza de choque muy eficaz en las operaciones militares. En 1930, cuando la sublevación de Jaca y Cuatro Vientos y el intento de golpe republicano, el gobierno Berenguer envió dos banderas (batallones) a Valencia y Alicante, respectivamente.
Ante el objetivo y en actitudes poco marciales, tres legionarios cubanos.



(Efe.)



(Keystone.)

A Alfonso XIII, rey constitucional y autoritario refrenado, le tocará vivir una época conflictiva de transición y mediocridad política. Militarista por tradición, formación y temperamento, las vicisitudes de su reinado están influidas por las alternativas de las campañas de Marruecos. Aquí lo vemos retratado junto al gobierno Primo de Rivera. Entre 1923-1930, los militares alcanzaron altas cotas de control político.

podido tener buenos hospitales, tanques o maniobras modernas. Resultaba un lugar común decir que aquella gran fuerza se mantenía no para combatir contra los enemigos de España en el extranjero, sino para velar por el orden del país. Desde las guerras napoleónicas, los oficiales del ejército español se habían acostumbrado a la vida política. Se habían producido innumerables pronunciamientos, con éxito o sin él, entre 1814 y 1868. Entre 1868 y 1875, el ejército, a pesar de estar andrajoso, mal equipado e indisciplinado, había destronado a la reina, había traído otro rey de Italia, había establecido la república, había restaurado el orden y, finalmente, había vuelto a implantar la monarquía. Los generales no habían intervenido públicamente en la política entre 1875 y 1923, pero habían sido consultados y favorecidos por Alfonso XII y Alfonso XIII, quienes, como comandantes en jefe, tenían una rela-



(Pyresa.)

ción especial con el ejército. Los insultos «contra su honor» de un periódico catalán en 1905 provocaron la sorprendente concesión, en la ley de Jurisdicciones —obra de un gobierno coaccionado—, de que todos los ataques contra el ejército serían juzgados por tribunales militares [13]. En 1917, el ejército había aplastado la huelga general, aunque en aquellos momentos reinaba la inquietud en su seno. De 1923 a 1930, el general Primo de Rivera había mantenido una dictadura militar, y sólo se había retirado al enterarse (por los demás generales) de que las guarniciones estaban en contra suya. Entretanto, las guerras de Marruecos, de 1909 a 1927, habían proporcionado al ejército muchas oportunidades de grandeza y de mi-

Manuel Azaña es antimilitarista temperamental; de su evidente fobia sólo excluye a sus amigos. Más que sus reformas, lo agresivo de sus palabras y el trato que da a los militares le crearán furiosas enemistades entre ellos. Aquí aparece con un grupo de militares durante unas maniobras, siendo ministro de la Guerra. La pasión por lo militar la adquirió Azaña en la primera guerra mundial, cuando visitó los frentes como corresponsal.

[13] Véase el esclarecedor estudio de Joaquín Romero Maura, *The «Cu-Cut» incident: Catalonia and the Spanish Army, 1905* (Reading, 1975).

seria. Era inconcebible que el ejército permaneciera mucho tiempo sin aparecer en el escenario de la República.
Azaña, mientras fue ministro de la Guerra, decidió reducir el poder de esta omnipotente institución. Con su habitual y fatal facilidad para crear frases inolvidables, anunció que «trituraría» a los enemigos de la República [14]. Intentó hacerlo aboliendo la ley de Jurisdicciones. También abolió el Tribunal Supremo del Ejército y de la Armada, y transfirió sus atribuciones a los tribunales ordinarios. Suprimió el rango de capitán general, que era semejante al de vi-

Manuel Goded Llopis (fotografiado en su despacho), nacido en 1882 en Puerto Rico, es inteligente, buen militar y ambicioso. Las complejidades de su carácter le llevan a conspirar contra la Dictadura que había apoyado, y después, aunque no es monárquico, contra la República. A pesar de que no le resulta simpático, Azaña, siendo ministro de la Guerra, trata de atraérselo.

[14] Usó la palabra en un discurso en Valencia, y el episodio está citado en Maura, p. 227. Una relación hostil de las reformas de Azaña puede verse en el libro del que acabaría siendo uno de los mayores enemigos de la República, el general Mola, *El pasado, Azaña y el porvenir* [en Emilio Mola, *Obras completas* (Valladolid, 1940)].


(Pyresa.)

La carrera militar de Goded es brillante: ha tomado parte en la campaña de Marruecos, participado en el desembarco de Alhucemas, y ha desempeñado la jefatura del Estado Mayor con Sanjurjo. Durante la República su carrera sufre diversos altos y bajos. Al principio se le nombra jefe del Estado Mayor Central, y luego será inspector general del Ejército, jefe superior de Aeronáutica..., pero también será expedientado y arrestado. En agosto de 1936 morirá fusilado en los fosos del castillo de Montjuïc.

rrey. Como hemos visto, concedió a todos los oficiales la libertad de jurar fidelidad a la República o retirarse con el sueldo completo. Azaña, además, retiró a varios oficiales con el fin de conseguir un ejército más eficiente y más reducido. Pero otras de las medidas que tomó —como la de la anulación de ascensos por méritos de campaña— iban a hacer impopular a Azaña en los medios ortodoxos. Su lenguaje, a menudo, era excesivo; sus acciones, arbitrarias; y sus consejeros pertenecían a un impopular «gabinete negro» de oficiales liberales, como el general Ruiz Fornells y el coronel Hernández Sarabia. Además, la abolición de la jura de la bandera había sentado muy mal en el ejército, por considerarse una interferencia en su vida ceremonial o simbólica. En una ocasión ocurrió que

el jefe del estado mayor del ejército, general Goded, un militar muy metido en política que había apoyado el pronunciamiento de Primo de Rivera y luego se había levantado contra él, arrestó a un coronel republicano, Julio Mangada, por gritar «¡Viva la República!» después de haber gritado él «¡Viva España!» al final de una comida de oficiales. Azaña apoyó entonces a Goded, y mantuvo el arresto de Mangada por insubordinación. Además, Mangada había arrojado al suelo su guerrera y la había pateado. Sin embargo, después Goded fue sustituido por el general Masquelet [15]. Y hubo otros incidentes del mismo estilo.

[15] Sobre Masquelet, véase Franco Salgado, p. 199. Goded pasó a ser inspector general del ejército. Véase Azaña, vol. IV, pp. 414-418.



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

Con ocasión de un acto militar celebrado en Carabanchel, el general Goded y el coronel Mangada, que son de la misma promoción, protagonizan un violento incidente que tendrá repercusiones políticas. Azaña mantiene el arresto de Mangada (abajo), a quien considera un extravagante, pero sustituye al general Goded al frente del Estado Mayor Central por el general Carlos Masquelet (arriba).



Un autógrafo para NUEVO MUNDO

Lo que debe ser el Ejército dentro de la República, según el ministro de la Guerra

El Ejército es nacional, así como la Nación no es patrimonio de una familia. La República es la Nación que se gobierna a sí misma. El Ejército es la Nación organizada para su propia defensa. Tan sólo en la República pueden llegar el Estado y sus servidores en armas a la identidad de propósito, de estímulo y de disciplina en que se sustenta la paz interior y, en caso de agresión, la defensa eficaz de nuestro suelo. La República gobernará el Ejército con normas de legalidad, responsabilidad y recompensa de las virtudes cívicas.

Manuel Azaña

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)


(Serv. Histórico Militar.)

Durante las campañas de Marruecos, diversas fuerzas indígenas, mandadas comúnmente por oficiales españoles y con algunos soldados peninsulares, colaboran con las tropas expedicionarias y las guarniciones del protectorado. La República mantiene estas fuerzas coloniales.


(Jack Novak. USA.)

Para sofocar la sublevación de agosto, Azaña previene dos tabores y un escuadrón de Regulares en Ceuta para cruzar el estrecho en caso necesario y operar contra Sevilla. De este envarado tirador rifeño no se sabe si actúa como centinela alerta o como modelo del fotógrafo.

En tiempos de la República había 10.000 oficiales en España. Tenían bajo su mando 150.000 hombres que, salvo en el caso de la Legión Extranjera y las tropas nativas de Marruecos (denominadas «el Ejército de Africa»), eran reclutas que cumplían su servicio militar [16]. El servicio militar duraba un año, pero casi nunca llegaba a los nueve meses: la cifra de 150.000 era nominal. Este ejército estaba repartido en cuarteles establecidos en las capitales de provincia. Sin embargo, las reformas de Azaña no consiguieron reducir el presupuesto militar, no mejoró la instrucción y se descuidó la preparación para el combate.

La mayoría de los principales oficiales del ejército habían combatido en las guerras de Marruecos, cuya atmósfera de camaradería y brutalidad recordaban con nostalgia. Con el paso de los años, olvidaban la sangre y sólo recordaban la gloria. Aunque muchos de sus compañeros habían muerto en Marruecos, allí habían tenido oportunidades para conseguir ascensos rápidos y aplicar sin trabas la ley militar. Muchos creían, equivocadamente, que la incompetencia política de Madrid les había obligado a luchar en aquella guerra sobre la cuerda floja, sin armas ni aprovisionamientos adecuados. Después de que Primo de Rivera, con la ayuda de los franceses, derrotara a los rifeños, los oficiales que se habían hecho un nombre en aquellas campañas, los «africanistas», miraban con desprecio a aquellos de sus colegas «peninsulares» que no habían servido como voluntarios en la aventura imperial. La guerra de Marruecos había estado tantas veces al borde del desastre, y, concretamente, los hechos de 1921 habían sido tan terribles, que la victoria final hacía sentir a los veteranos un orgullo especial. Puesto que el rey había supuesto una influencia entusiasta a favor del protectorado, era natural que muchos de aquellos oficiales fueran monárquicos. No podía calificarse a estos hombres de anticuados, porque a diferencia de sus predecesores del siglo XIX, habían conquistado territorio y no se habían retirado. Los «africanistas» eran una élite ofensiva, románticamente conmovidos porque habían «escrito una página gloriosa» de la historia al entrar triunfalmente en la sagrada Xauen. Muchos de ellos habían deseado, indudablemente de forma paternalista, mejorar la suerte de las sesenta y seis tribus del Marruecos español: Silvestre, el general derrotado en Annual en 1921, al ver las prisiones de Larache, había exclamado horrorizado: «¡Esto es horrible! ¡Inhumano! No lo toleraré en un país que está bajo nuestra protección» [17]. El general francés Beaufre, al otro lado de las colinas, escribía: «Hicimos estas guerras coloniales con la conciencia limpia, seguros de que llevábamos con nosotros la civilización y el progreso, convencidos de que ayudaríamos a aquellas gentes a salir de su estado de atraso» [18]. Tales eran los recuerdos de los oficiales; un sargento evocaba: «Durante los primeros veinticinco años de este siglo,

[16] En 1932, nominalmente había 7.660 oficiales y 1.756 en Africa; de otras graduaciones, 105.367, y 41.774 en Africa, incluidos 9.080 de las tropas moras (*Anuario*, 1932).
[17] Rosita Forbes, *The Sultan of the Mountains* (Nueva York, 1924), p. 72.
[18] General André Beaufre, *1940* (Londres, 1965), p. 30.

(Efe.)



El 11 de diciembre de 1932, y con motivo de la toma de posesión de la presidencia de la República por parte de Alcalá Zamora, se celebra un desfile militar ante el palacio de Oriente. Unidades de Regulares durante el desfile. «Lo morisco, reinjertado en la vida española, trae sabores antiguos», comenta Azaña.

Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos» [19].

La «épica» de Marruecos desempeña un papel importante en la historia del hundimiento de la República, porque los generales San-

[19] Barea, p. 251. Cuando servía como sargento en Marruecos, Barea se reía de las pretensiones de algunos: «¿Por qué tenemos que "civilizar" [a los marroquíes]? ¿Civilizarlos a ellos nosotros? ¿Nosotros, los de Castilla, de Andalucía, de las montañas de Gerona, que no sabemos leer ni escribir? Tonterías. ¿Quién nos civiliza a nosotros? Nuestros pueblos no tienen escuelas [...]».



(Pyresa.)



(Arch. C. S. de Tejada.)



(Efe.)


(Pyresa.)

jurjo, Goded, Franco, Millán Astray, Queipo de Llano y Mola, por citar a los caballeros de Africa más conocidos, así como algunos oficiales jóvenes, como los coroneles Varela y Yagüe, consideraban a España como una nueva forma de problema marroquí: infestada de tribus rebeldes camufladas de partidos políticos y pidiendo a gritos una mano de hierro, aunque paternal. Además, los «africanistas», aunque ahora estuvieran destinados en la Península, recordaban con afecto a las dos fuerzas que les habían ayudado a ganar: la dura y despiadada Legión Extranjera, compuesta principalmente, a pesar de su nombre, por españoles, y por algunos portugueses, franceses y alemanes, y que había sido fundada en 1920 por el general Millán Astray como fuerza de choque; y los Regulares moros, creados por el general Berenguer, el que acabaría sucediendo a Primo de Rivera, que eran tropas nativas entrenadas a partir de 1911 para ser medio soldados, medio policías, con el fin de reprimir el bandolerismo, dirigidas por oficiales españoles.
Muchos oficiales del ejército veían en sus propias tradiciones la encarnación de una cierta idea de una España intemporal, básicamente castellana, sin política, que creaba el orden y prohibía todo lo que no fuera español (en esto incluían el separatismo, el socialismo, la masonería, el comunismo y el anarquismo). Estaban convencidos de que su juramento, como oficiales, de «sostener la independencia de la Patria y defenderla de enemigos exteriores e

Desde que se proclama la República, algunos militares, los monárquicos más convencidos, entran en conflicto con el régimen. Los hay que por no acatarlo piden el retiro, mientras que otros lo servirán con reservas mentales, y otros aun con fines conspiratorios. El general Miguel Ponte (izquierda, arriba), cuya fotografía es de época posterior, se acoge al retiro y se convierte en conspicuo conspirador. Millán Astray (fotografía de la derecha) es monárquico y alfonsino; después será franquista. Queipo de Llano (abajo, izquierda), entonces republicano de tendencia izquierdista, aparece fotografiado junto al ministro de la Guerra, Manuel Azaña. Enrique Varela (sentado, entrevistándose con un moro notable) ha obtenido en Marruecos las más altas condecoraciones, entre ellas dos laureadas. Como monárquico y conspirador sufre persecuciones y encarcelamientos, hasta que durante el bienio negro *es reingresado en el escalafón y ascendido a general.*

El ejército, que adolece de escaso y mal administrado presupuesto, sufre de macrocefalia, difícil de remediar sin perjudicar y herir a la clase militar. La incorporación de los oficiales carlistas tras el abrazo de Vergara, las vicisitudes políticas a lo largo del siglo XIX con el protagonismo militar, las repatriaciones de las Antillas y Filipinas, y las interminables guerras de Marruecos, pueden citarse entre las principales causas históricas del excesivo número de generales, jefes y oficiales. Después de la pacificación de Marruecos, ese exceso de oficialidad, a pesar de estar mal retribuida, se ha convertido en una sobrecarga inútil y semillero de descontentos. En las reformas militares que acomete Azaña se ofrece la posibilidad de retirarse voluntariamente con el sueldo íntegro. Aunque por el momento no supone ningún ahorro al Estado, las plantillas pueden reducirse a términos razonables. En la fotografía de la izquierda vemos un carro de combate durante unas maniobras, y en la de la derecha, a dos reiterados protagonistas de la España contemporánea: Azaña y Queipo de Llano.

interiores [20]» se encontraba por encima de su juramento de lealtad a la República. El oficial español corriente, cuando llegaba a la mitad de su vida, era un hombre insatisfecho, irritable y de derechas. En España, como en todas partes, el oficial joven, cuando todavía vivía con la ayuda del dinero de la familia, era generalmente feliz. Era feliz mientras su uniforme y esbelta figura producían impacto entre las chicas casaderas de familias conocidas. Luego venía un corto noviazgo, el ascenso a capitán y la boda. Aumentaban los gastos, había que mantener las apariencias, pero la paga seguía siendo la misma. Se desvanecían los ideales militares de la juventud. El gallardo león de los salones de baile se convertía en un amargado funcionario del Estado: en realidad, poco más que un policía en una ciudad de provincias. Su mujer se hartaba de tener que estar siempre haciendo economías. Miraba envidiosa a los compañeros civiles de su marido, de los que antes se reía. Estas experiencias tal vez fueran comunes a los oficiales de todos los países. Pero en España parecía haber una salida. El oficial podía soñar con un pronunciamiento que lo colocara en una posición superior a la de sus inteligentes amigos dedicados a profesiones liberales o al comercio [21]. Este tipo de acciones entraba de lleno en la tradición de la política española, y no siempre en una línea totalmente derechista. Sin embargo, en España los militares no solían «alzarse» o «pronunciarse» llevados por la ambición, por lo menos

[20] Artículo 2.º de la Ley Constitutiva del ejército.

[21] Antonio Ruiz Vilaplana, *Doy fe* (París, 1938), pp. 207-208. Los oficiales que ahora tenían la oportunidad de ascender a altos puestos del ejército habían estado en la Academia de Infantería de Toledo hacia la época de la guerra de España con los Estados Unidos.

(Keystone.)



(Keystone.)



en el siglo XX; los futuros rebeldes solían ser hombres bienintencionados, según Dios les daba a entender, cuya inquietud política venía fomentada por la complacencia psicológica de sus camaradas cuando se trataba de alentar la rebelión por razones históricas.

A pesar de todo, el ejército español estaba más dividido políticamente que ningún otro ejército de Europa, aunque la creación de academias militares, durante la época de la Restauración, había hecho que la mayoría de oficiales fueran, por lo general, más conservadores que liberales, y había creado cierto espíritu de casta. Sin embargo, las divisiones existentes dentro de la clase media española se notaban en el ejército lo mismo que en otros grupos profesionales. En 1931, una pequeña minoría de oficiales eran radicales; una minoría más grande tenían opiniones muy de derechas; otra minoría eran leales a la nueva República sin ningún otro compromiso político; el resto, quizá la mitad del total, eran apolíticos y oportunistas, aunque, por su formación, se inclinaban al conservadurismo y a recelar de los civiles.

En 1932, la aprobación del Estatuto catalán despertó las pasiones de muchos oficiales. No era sólo que la creación de un Estado catalán pareciera amenazar la integridad de la España que los militares habían jurado defender. La autonomía catalana parecía una afrenta deliberada al propio ejército, que entre 1917 y 1923 había tenido a Barcelona bajo la ley marcial. ¿No había sido el general Primo de Rivera más duro con los nacionalistas catalanes que con cualquier otro de sus críticos? Además, la mayoría de los oficiales eran de origen castellano o andaluz: muy pocos catalanes ingresaban en el ejército.

La inestabilidad del orden público induce a reforzar las fuerzas encargadas de mantenerlo. La creación de los guardias de asalto es obra del ministro de la Gobernación Miguel Maura, de Angel Galarza, director general de Seguridad, y del coronel Agustín Muñoz Grandes, a quien se le encarga la organización, encuadre y entrenamiento de los nuevos guardias, a quienes se exige, entre otras cosas, condiciones físicas inmejorables y elevada estatura. En sus comienzos son 800 hombres armados de porras y pistolas que se desplazan en vehículos rápidos para entrar inmediatamente en acción. Se les irá dotando de más completo y complicado armamento: fusiles ametralladores, ametralladoras, morteros y hasta carros blindados y bombas de mano. En julio de 1936 sus efectivos ascenderán a unos 18.000 hombres.
Ocupando su plaza en los vehículos propios se fotografían con caretas antigás en alguna revista o ejercicio de entrenamiento.



(Keystone.)





(Hemeroteca Municipal. Madrid.)



(Col. Luis Gasca.)

En la base misma del carlismo, más que el conflicto dinástico, laten planteamientos ideológicos, políticos y aun vitales, desfases en el tiempo, porque los carlistas viven en época distinta, como si surgieran del fondo de la historia. Sus consignas resumen su programa: Dios, Patria, Rey y Fueros, y cada cosa la entienden a su manera. Los carlistas apenas entran en conflictos abiertos y choques frontales con la República: la rechazan, la ignoran, se disponen a combatirla. Sólo en las Constituyentes, unidos a los nacionalistas vascos (Aguirre y Leizaola entre ellos), forman una minoría contestataria. *Los carlistas organizan los requetés, tratan —y al fin lo consiguen en corta medida— de proporcionarse armas; se entrenan para una nueva guerra santa. Una sangrienta historia de derrotas no les desalienta. Su rey es un pretendiente extranjero y distante. La guerra civil será una ocasión que se frustra desde su planteamiento. Arriba, primer número de* Pelayos, *una revista infantil que se publicará durante la guerra.*

Nuevas conspiraciones

Al mismo tiempo, ganaban terreno otros proyectos antirrepublicanos. Las reuniones comenzadas en la calle de Alcalá en mayo de 1931 habían continuado, con un número de participantes cada vez mayor. A finales de 1931, el rey Alfonso, desde el exilio, cesó en su postura de desanimar a sus partidarios favorables a la insurrección. Esto fue después de que las Cortes le condenaran al exilio de por vida y de que confiscaran sus propiedades *in absentia*. Ahora, su partido, los monárquicos ortodoxos, firmaron un pacto con los seguidores de su primo lejano, el pretendiente carlista. Esta vez los alfonsinos tenían pocos prejuicios constitucionales que discutir con los carlistas, que ahora se designaban a sí mismos con el nombre de «tradicionalistas». De manera que, en septiembre de 1931, los dos grupos se comprometieron formalmente a cooperar. Ya se decidiría más tarde quién sería el rey absoluto.



















(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

Estampa *es una revista gráfica popular que tiene amplia difusión: su propietario, Luis Montiel, es hombre acaudalado que edita también el diario* Ahora. *Montiel figura entre las relaciones personales de Azaña, pero éste no le tiene simpatía, actitud en la cual puede influir el hecho de que el periódico, aunque de tendencia republicana, no es* azañista. *En la última página de* Estampa *suelen publicarse aleluyas y en ocasiones se hacen benévolas críticas al gobierno. Dos páginas de esas aleluyas, género que ha experimentado considerable renacimiento y goza del favor mayoritario del público.*

En 1931, el movimiento carlista —porque no se trataba de un mero partido— seguía manteniendo su identidad, aunque poca cosa más, desde su última derrota de 1876. Como muchas causas aparentemente perdidas, se había dividido, y sus miembros se habían atacado unos a otros cada vez más sañudamente a medida que menguaba su número, aunque se sabía que las juventudes carlistas habían intentado hacer fracasar unas elecciones en Cataluña en la década de 1910. El pretendiente carlista, don Jaime, estuvo encantado de hacer concesiones al ex rey Alfonso, a cambio de que le dejaran en paz. Era soltero y su único heredero varón era su octogenario tío, Alfonso Carlos [22]. Alfonso Carlos, aunque estaba casado, no tenía hijos. ¿Quién sabía lo que pasaría con el carlismo una vez muertos estos dos príncipes? La idea de una monarquía donde el poder fuera ejercido por un consejo de notables, de unas Cortes

[22] Véase Jaime del Burgo, *Conspiración y guerra civil* (Madrid, 1970), p. 270 y ss.

Tesis.—Es aspiración nobilísima que desaparezcan todas las penas, no sólo la de muerte.
Antítesis.—Es imposible, mientras haya criminales, que desaparezcan todas las penas, y entre ellas la de muerte.
Síntesis.—Hay que concluir que las penas todas, incluso la de muerte, deben subsistir, para que disminuya el número de los criminales.
Corolario.—La pena de muerte debe subsistir, para disminuir el número de crímenes merecedores de ella. Su gran valor no está en la reparación de un delito, sino en la evitación de muchas muertes. Y, vida por vida, valen más las que siega el criminal que la suya propia.
Adición.—Ello aparte de que hay razones de índole filosófica que justifican la pena de muerte. Pero aquéllas tienen lugar más adecuado en los libros que en el periódico.—**Víctor Pradera.**



(Pyresa.)

Víctor Pradera es un político tradicionalista y pertenece a la rama menos intransigente, dispuesta a aliarse en ciertas circunstancias con los monárquicos alfonsinos. Hay que situarlo, sin embargo, a la derecha de las derechas. En este recorte de prensa se precisan sus ideas sobre la pena de muerte, de la cual se declara partidario, pena que figura en los códigos de casi todas las naciones, sin excluir las democracias. Víctor Pradera morirá asesinado en San Sebastián durante la guerra civil; quienes le ejecutan serán probablemente enemigos teóricos de la pena de muerte; para justificarla, cabe suponer que emplearán argumentos semejantes a los del reaccionario tradicionalista...

Manuel Fal Conde, jefe regional de la Comunión Tradicionalista de Andalucía, pertenece al grupo intransigente del carlismo. En 1934 el rey Alfonso Carlos le designa representante personal y secretario general de la Comunión. La leyenda superpuesta al escudo corresponde al período bélico.

elegidas corporativamente y de una recuperación regional tal vez pudiera sobrevivir en circunstancias más prometedoras, ahora que la otra causa de los carlistas, la del dominio católico en las esferas de la educación y la cultura, estaba siendo impugnada tan enérgicamente por los republicanos. En realidad, la llegada de la República reavivó el carlismo en su campo abonado de Navarra, y, en menor medida, en Castilla, Valencia y Cataluña, de una forma que sorprendió al pretendiente y a sus antiguos líderes. Las diferentes corrientes del movimiento volvieron a unirse; el escritor carlista Víctor Pradera fundó un nuevo periódico; en Madrid empezó a prosperar un diario, *El Siglo Futuro,* y mientras don Jaime se hacía amigo de don Alfonso en París, comenzaron a aparecer jóvenes carlistas de clase media en sitios como Sevilla, donde la causa nunca había prosperado antes. Un abogado andaluz, Manuel Fal Conde, empezó a reclutar dinero y miembros, organizando por primera vez el carlismo andaluz. Sus reclutas solían ser jóvenes, a veces de la clase trabajadora, y como había pocos lazos familiares con los carlistas de 1870, se insistía más en la planificación del futuro. Cuando murió don Jaime, a finales de 1931, su sucesor en el papel de pretendiente, Alfonso Carlos, rompió las relaciones con los monárquicos alfonsinos.

En realidad, los carlistas se sentían más felices denunciando errores de la monarquía constitucional que colaborando con ella. Algu-



(Arch. Historia 16.)



(Col. Merino. Málaga.)

nos carlistas, como el conde de Rodezno, secretario general del carlismo a partir de 1932, un aristócrata navarro, continuaban esperando convencer a todos los monárquicos de los puntos de vista carlistas. Pero el movimiento juvenil navarro quería acabar con aquellas conspiraciones caballerescas en grandes hoteles; querían acción, y no ser siempre, como dijo uno de ellos, «empedernidos jugadores de tresillo, asiduos frecuentadores de cafés» [23]. Igual que en el siglo XIX, la mayor fuerza de los carlistas seguía estando en el



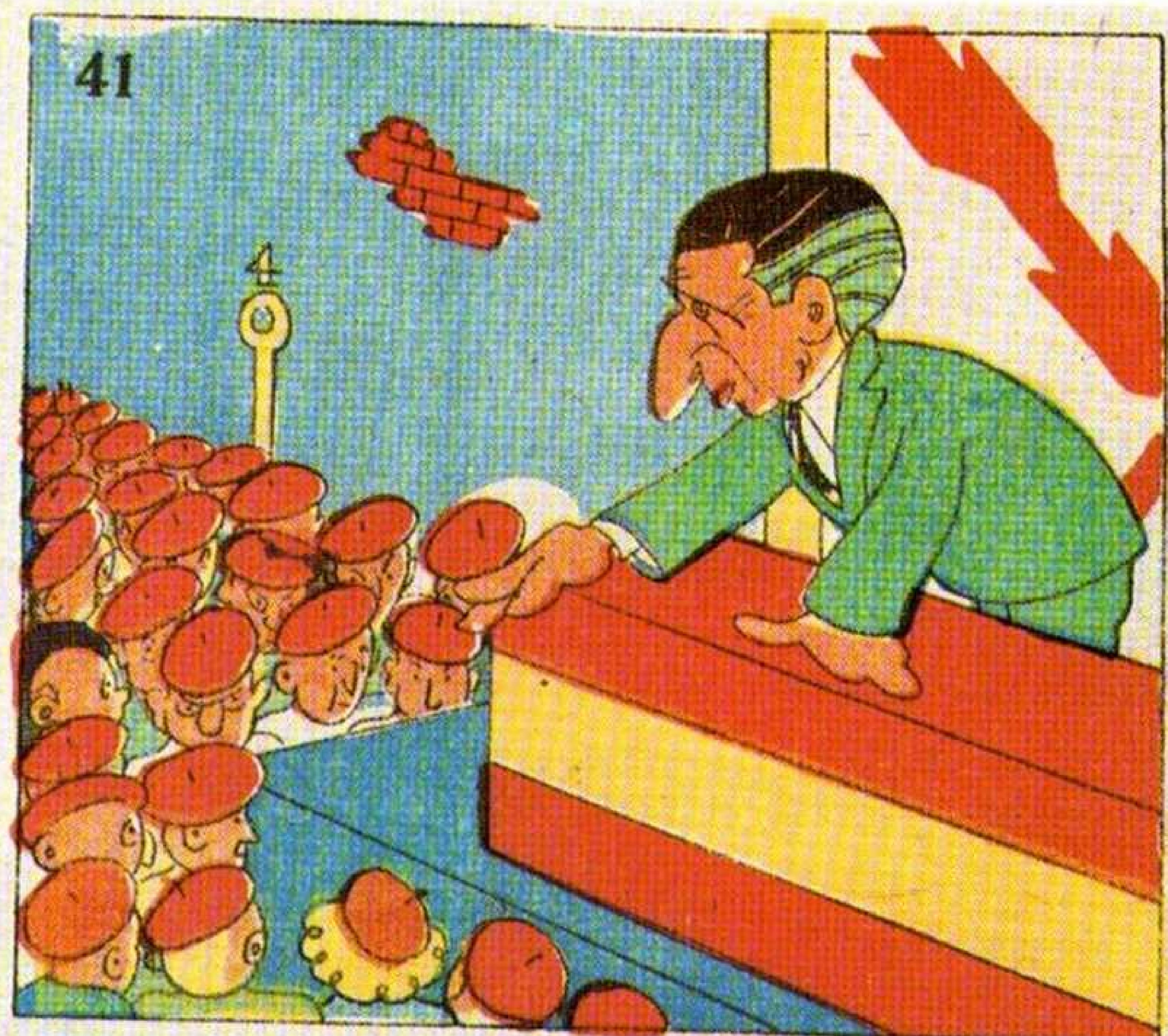
(Pyresa.)

Tomás Domínguez Arévalo, conde de Rodezno, es del ala moderada, dentro siempre de la extrema derecha. Con la monarquía ha sido diputado y senador; es más político que hombre de acción. En el momento de la conspiración, frente a las dificultades que opone Fal Conde para integrarse en ella, estará dispuesto a movilizar a los requetés a las órdenes de Mola, sin demasiadas exigencias. Huelga decir que en todo momento Rodezno es enemigo jurado de la República y de cuanto representa.

norte, especialmente en Navarra. Aunque técnicamente es una provincia vasca, y aunque en muchos pueblos navarros se hablaba vasco, los accidentes políticos del pasado y el desarrollo económico del presente habían sido la causa de que Navarra siguiera el sendero de los carlistas, en vez del de los nacionalistas vascos. Porque los navarros eran un grupo tranquilo de campesinos propietarios de sus tierras, que se extienden a los pies de los Pirineos. La razón de la mayoría de votos navarros contra el estatuto vasco reside en que Navarra no tenía ninguna burguesía ansiosa de ser libre para llevar una vida comercial al estilo de los países occidentales. Navarra era celosamente católica, y no había razón alguna que moviera a sus sacerdotes a modernizar la doctrina cristiana. Un viaje a Navarra era todavía una expedición a la Edad Media. Huelga decir que las reformas anticlericales de la República produjeron en Navarra un resentimiento especial, y habrían sido suficientes

[23] Luis Redondo y Juan de Zayala, *El Requeté* (Barcelona, 1957), p. 250.

Aunque entre los dirigentes carlistas figuran algunos aristócratas —no latifundistas y obviamente nunca ex cortesanos—, la mayoría de ellos son pequeños agricultores, artesanos o comerciantes de las villas y las ciudades, y suelen pertenecer a familias adscritas desde siempre a las mismas ideas: también pertenecen a la Comunión miembros de las profesiones liberales y hay activos y minoritarios grupos estudiantiles. Su oposición al régimen republicano se manifiesta en tres escalas: la paramilitar y conspirativa, de naturaleza clandestina, la política y la propagandística. Este fragmento de una historieta, publicada durante la guerra, se refiere a esta última. El País Vasco, Aragón, Cataluña y el reino de Valencia son los principales baluartes, y Navarra el primero y principal, pero también hay carlistas en ambas Castillas, en Andalucía, y, en menor proporción, en el resto de España.



Propagandas carlistas.—Mientras tanto los carlistas intensificaban su propaganda por España, distinguiéndose Víctor Pradera, Lamamié, y la oradora María Rosa Urraca Pastor.

(Col. Luis Gasca.)

para reavivar el antiguo espíritu en aquellos valles pirenaicos y en otros lugares, ya que, a mediados de 1932, eran pocas las ciudades importantes que no tuvieran una rama carlista, generalmente dirigida por algún aristócrata violento, pero de modales exquisitos. Las ideas políticas de los carlistas eran primarias. Unos años más tarde, un grupo de políticos se encontraba charlando sobre la posible vuelta del rey de España en presencia del conde de Rodezno, que entonces era el jefe del partido tradicionalista en las Cortes. Uno de los políticos se dirigió a Rodezno y le preguntó quién sería el jefe de gobierno si volvía el rey. «Usted, o cualquiera de estos caballeros; dependerá de los ministerios que ocupen.» «Y entonces, ¿qué haría usted?» «¿Yo? —exclamó el conde—. Yo permanecería al lado del rey y hablaríamos de caza» [24]. La «política» de la caza era, en realidad, la esencia de la visión carlista de la sociedad. Los monárquicos ortodoxos, los alfonsinos, eran ricos terratenientes o financieros. Los carlistas se encontraban entre los más pobres aristócratas, campesinos, artesanos y comerciantes, especialmente en las regiones no favorecidas por el gobierno central. Los carlistas eran sinceros en su hostilidad religiosa y casi mística contra el mundo moderno (especialmente contra el liberalismo y la Revolución Francesa) y en su ferviente lealtad a *Dios, Patria y Rey*. Sin embargo, así como los anarquistas creían que una pistola y una

[24] Ramón Serrano Súñer, *Entre les Pyrénées et Gibraltar* (Ginebra, 1947), p. 59.

enciclopedia les darían un nuevo mundo, los carlistas ponían la misma fe en una ametralladora y un misal. Aunque es cierto que otros trataban de dar al nuevo carlismo un tono más intelectual. Así, Víctor Pradera escribió *El nuevo Estado*, tentativa de una nueva utopía que participaba en gran medida del corporativismo, salvo en que el autor se veía obligado a reconocer que, al fin y al cabo, «el nuevo Estado» no era más que el antiguo de Fernando e Isabel [25].

Alzamiento del general Sanjurjo

Las conspiraciones contra la República, que habían empezado apenas producido el nacimiento de ésta, cristalizaron prematuramente en el pronunciamiento del general José Sanjurjo, en agosto

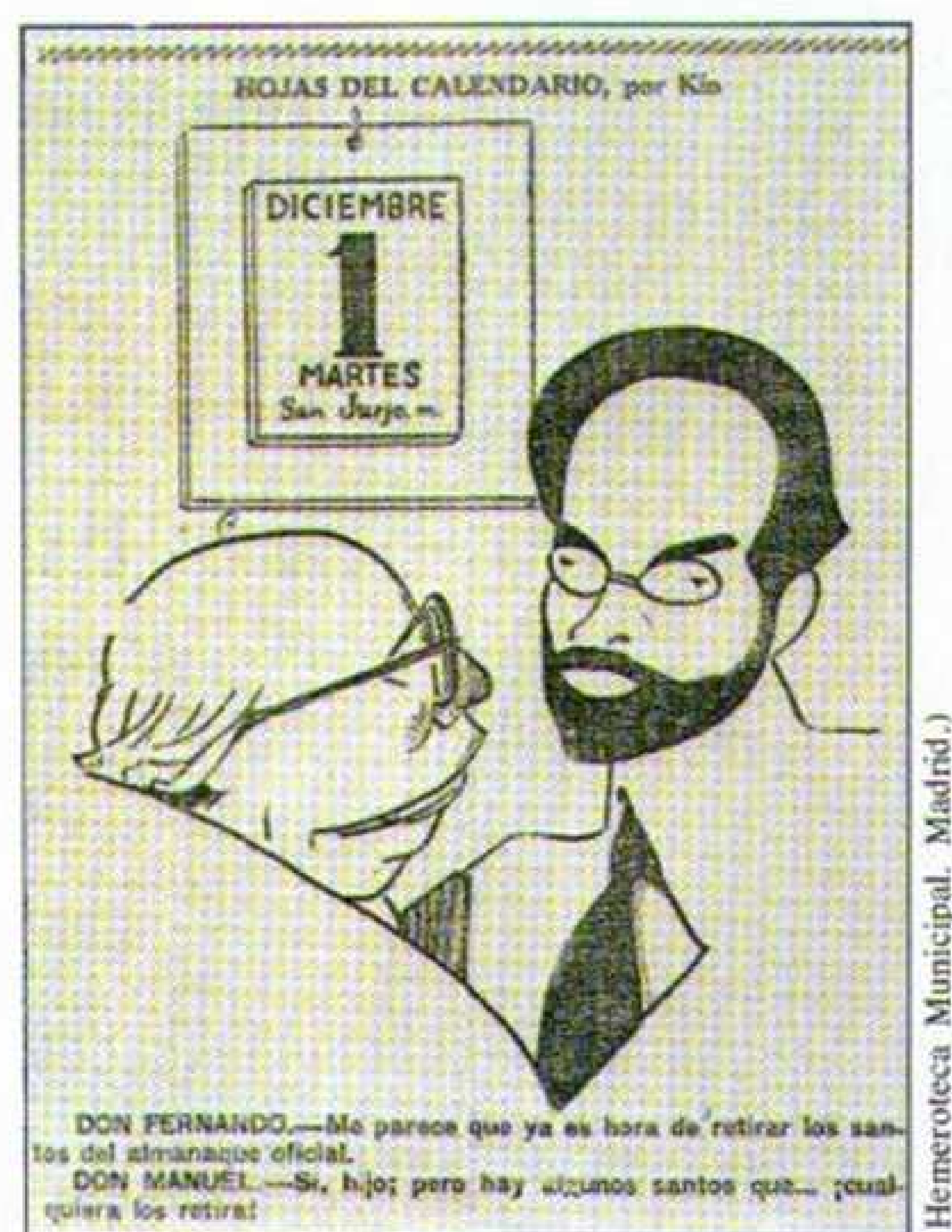
[25] Víctor Pradera, *El nuevo Estado* (Madrid, 1941), p. 271.

En el verano de 1932 se ha articulado —mal articulado— una conjura cívico-militar de carácter ultraderechista y monárquica, a pesar de que en el manifiesto se pospone la forma de gobierno. La sublevación fracasa y sólo llega a estallar en Madrid, donde tras algunos choques sangrientos es sofocada, y en Sevilla, donde el general Sanjurjo, asistido por parte de la guarnición, proclama el estado de guerra. La rebelión es impopular, incluso dentro del ejército, que se dispone a combatirla. En Sevilla no se producen bajas.
Sanjurjo (en el centro) y sus partidarios durante la mañana del 10 de agosto.



(Pyresa.)

El chiste político se prodiga durante el período republicano. Este, publicado con anterioridad al 10 de agosto, corresponde al período en el cual Azaña desea relegar a un inofensivo segundo plano al general Sanjurjo, sobre cuya actitud le llegan sospechosos rumores. De la dirección general de la guardia civil le traslada a la de carabineros, de rango inferior, lo cual, sumado a la impresión que le han producido los sucesos de Castilblanco, predispone a Sanjurjo a escuchar las voces aduladoras de los perpetuos conspiradores. Después de agosto, Sanjurjo es definitivamente retirado *del* almanaque oficial.



(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

de 1932. Sanjurjo era el militar más famoso de España. El, «el león del Rif», como gobernador militar de Melilla y más tarde responsable del desembarco en la bahía de Alhucemas, había proporcionado a España la victoria en 1927. A continuación, había sido un competente alto comisario en Marruecos. Era valiente, buen bebedor y galanteador, y en su rostro sensual se reflejaba una mezcla de indolencia y de fuerza. En 1931, siendo jefe de la guardia civil, había dicho al rey que no podía contar con aquel cuerpo para sostener la Monarquía. En 1932, cuando le habían destinado —con gran fastidio por su parte— al puesto menos importante de jefe del cuerpo de carabineros, no resultó difícil para sus amigos militares y monárquicos convencerle de que su deber era alzarse contra la República. «Usted es, mi general, el único que puede salvar a España», le dijeron [26]. El tenía sus dudas, y no prestó la debida aten-

[26] *Cruzada*, vol. IV, p. 489. Sanjurjo tenía relaciones con los carlistas, porque su padre había sido brigadier en el ejército de don Carlos y un tío había sido secretario de don Carlos. El mismo había nacido en Pamplona en 1872, a comienzos de la segunda guerra carlista.

AÑO III. NUM. 517 — **AHORA** — DIARIO GRAFICO — Madrid, jueves 11 de agosto de 1932

Apartado 8.094. PASEO DE SAN VICENTE, 18 Teléfono 18340

LA INTENTONA MONARQUICA FUE SOFOCADA RAPIDA Y DECISIVAMENTE EN MADRID

De madrugada se ha dominado la sublevación que acaudillaba el general Sanjurjo en Sevilla

EL GOBIERNO DISPUSO LA SALIDA INMEDIATA DE FUERZAS PARA SOFOCAR EL FOCO DE LA REBELION EN LA CITADA CAPITAL ANDALUZA

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO EXPUSO ANTE EL PARLAMENTO LOS ANTECEDENTES DE LA REBELION Y LAS MEDIDAS ADOPTADAS PARA COMBATIRLA

"El ejercicio de la función de Gobierno—dijo el señor Azaña—consiste en entregar los culpables a la Justicia"

LA CAMARA, POR ACLAMACION, APROBO UNA PROPOSICION DE CONFIANZA AL GOBIERNO

El Gobierno ha ordenado la suspensión de los diarios "A B C", "El Debate", "El Siglo Futuro", "Informaciones", "Diario Universal" y "El Mundo" y de la revista "Marte"

Cómo se inició el movimiento

Cómo murió el teniente que mandaba las fuerzas rebeldes

El intento de asalto al Palacio de Comunicaciones

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

Los titulares del diario madrileño Ahora *reflejan con bastante exactitud los hechos que se han producido en las últimas horas. Los oficiales de la guarnición de Sevilla que han secundado a Sanjurjo, al enterarse que el gobierno envía importantes contingentes militares contra ellos, manifiestan que no se proponían luchar contra «sus hermanos de armas»; lo que creían incruento pronunciamiento puede degenerar en operación de guerra de la cual van a salir vencidos y malparados.*

(Pyresa.)



Pequeños grupos de militares, los más de ellos retirados, y jóvenes monárquicos tratan de apoderarse del ministerio de la Guerra y del palacio de Comunicaciones. El gobierno, que conoce sus planes, está alertado y prevenido, y hace fracasar en pocas horas la intentona. En diversos choques que tienen lugar en las inmediaciones de la Cibeles se producen muertos y heridos. El rápido éxito del gobierno refuerza su posición política. Azaña, a quien algunos amigos y enemigos acusan de cobardía física, les desmiente pasando la noche en el ministerio de la Guerra, que sabía iba a ser atacado. Dos fotografías tomadas en la calle Alcalá.



(Pyresa.)



(Pyresa.)

Alcalá Zamora y Azaña, héroe político de la jornada, se retratan junto a los guardias heridos durante la lucha, a los cuales y a otros, de asalto y civiles, que se han destacado se les otorgan distinciones y ascensos. El Congreso, por aclamación, dará un voto de confianza al gobierno y a ese voto se suman los del partido Agrario de Martínez de Velasco. Se suspenden en toda España más de un centenar de periódicos y se practican muchísimas detenciones. En determinados casos son palos de ciego, aunque siempre recaen contra enemigos.


(Keystone.)

El general Emilio Barrera (abajo, en el centro), máximo dirigente del fracasado movimiento, de paisano tras prestar declaración. En Madrid también se ha sublevado un escuadrón de la Remonta: los afligidos soldados (derecha) son prisioneros. El doctor Albiñana (abajo, fotografiado durante una cacería) dirige la organización seudofascista Legionarios de España, *y estaba complicado en la conjura.*


(Pyresa.)


(Pyresa.)

ción a la organización de la conspiración. Al parecer, le habían conmovido profundamente los trágicos sucesos ocurridos en varios pueblos el año anterior. Había ido a Castilblanco a raíz de los hechos, y había escuchado de testigos presenciales la descripción de cómo las mujeres del pueblo habían bailado alrededor de los cadáveres de los guardias civiles. Estaban complicados en la conspiración varios dirigentes carlistas, entre ellos Rodezno y Fal Conde. Pero el núcleo de la conspiración estaba formado por una serie de militares aristócratas; básicamente los que se habían ido reuniendo intermitentemente desde mayo de 1931 [27]. El alzamiento en parte pretendía restaurar la Monarquía, en parte era un intento de derrocar «la dictadura anticlerical de Azaña» y en parte estaba dirigido contra el estatuto catalán [28]. También estaban complicados alfonsinos como el conde de Vallellano, Pedro Sainz Rodríguez y Antonio Goicoechea, los generales Goded y Ponte, y el principal coordinador de la conspiración —bastante incompetente, por cierto— era el general Emilio Barrera, que fue quien aplastó a los anarquistas andaluces en 1917-1918, para convertirse después en el «virrey» de Primo de Rivera en Cataluña [29]. El plan era apoderarse de los principales edificios del gobierno en una docena de ciudades. En su manifiesto, en Sevilla, Sanjurjo utilizó precisamente las mismas palabras que habían empleado dos años antes los creadores de la República: «Españoles: surge de las entrañas sociales un profundo clamor popular que demanda justicia y un impulso que nos mueve a procurarla» [30]. Antes de producirse el alzamiento, fue enviado a Italia un joven aviador monárquico, el comandante Ansaldo, con el fin de solicitar la ayuda del régimen italiano. Ansaldo se entrevistó con el mariscal Balbo, y recibió promesas de apoyo diplomático en el caso de que el alzamiento tuviera éxito [31]. Dentro de España, un grupo fascista de creación reciente, el llamado Partido Nacionalista Español, de Burgos, dirigido por un fanático abogado de poca monta, el doctor Albiñana, también prometió apoyar el alzamiento.

[27] Gran número de estos conspiradores eran jóvenes oficiales que habían prestado su juramento de lealtad al monarca en los años inmediatamente anteriores a su marcha, o viejos generales que llevaban mucho tiempo al servicio de la Monarquía.
[28] Julián Lago, *Las contramemorias de Franco,* p. 138.
[29] Indudablemente, Lerroux tenía noticia de la conspiración. Era amigo de Sanjurjo y probablemente esperaba ser jefe de gobierno si la conspiración tenía éxito. Véase Azaña, vol. IV, p. 850; y Franco Salgado, *Conversaciones...,* p. 500.
[30] Arrarás, *Historia,* vol. I, p. 464.
[31] Ansaldo, pp. 18-20.

Aquello fue un fracaso. Azaña y el gobierno se enteraron de lo que se preparaba, al parecer gracias a la traición de una prostituta. En realidad, desde hacía semanas se venía hablando del alzamiento en los cafés. Cuando el juez preguntó a uno de los conspiradores, José Félix de Lequerica, antiguo maurista y propietario de un periódico, cómo se había enterado de la fecha de la insurrección, él contestó: «Por mi portero. Hacía varias semanas que me venía diciendo que la fecha se había retrasado. Hasta que ayer me anunció solemnemente: "Es esta noche, don José Félix"». El general Sanjurjo tuvo un efímero triunfo en Sevilla, pero en Madrid todo fue mal. La mayoría de los candidatos a rebeldes fueron detenidos tras una breve lucha en la plaza de la Cibeles. Azaña contempló la batalla indolentemente, con un cigarrillo entre los labios, desde un balcón del Ministerio de la Guerra [32].

En Sevilla, comunistas y anarquistas declararon una huelga general, y fueron quemados varios clubs de la clase alta [33]. Sanjurjo fue persuadido por sus seguidores para que huyera a Portugal. Lo detuvieron en Ayamonte y lo llevaron a Madrid para ser juzgado con otros 150 conspiradores, militares en su mayoría, entre los que se contaban dos vástagos de la casa de Borbón [34]. Así pues, el primer

[32] Véase las *«Memorias íntimas» de Azaña*, ed. Arrarás (Madrid, 1939), p. 183 y ss.

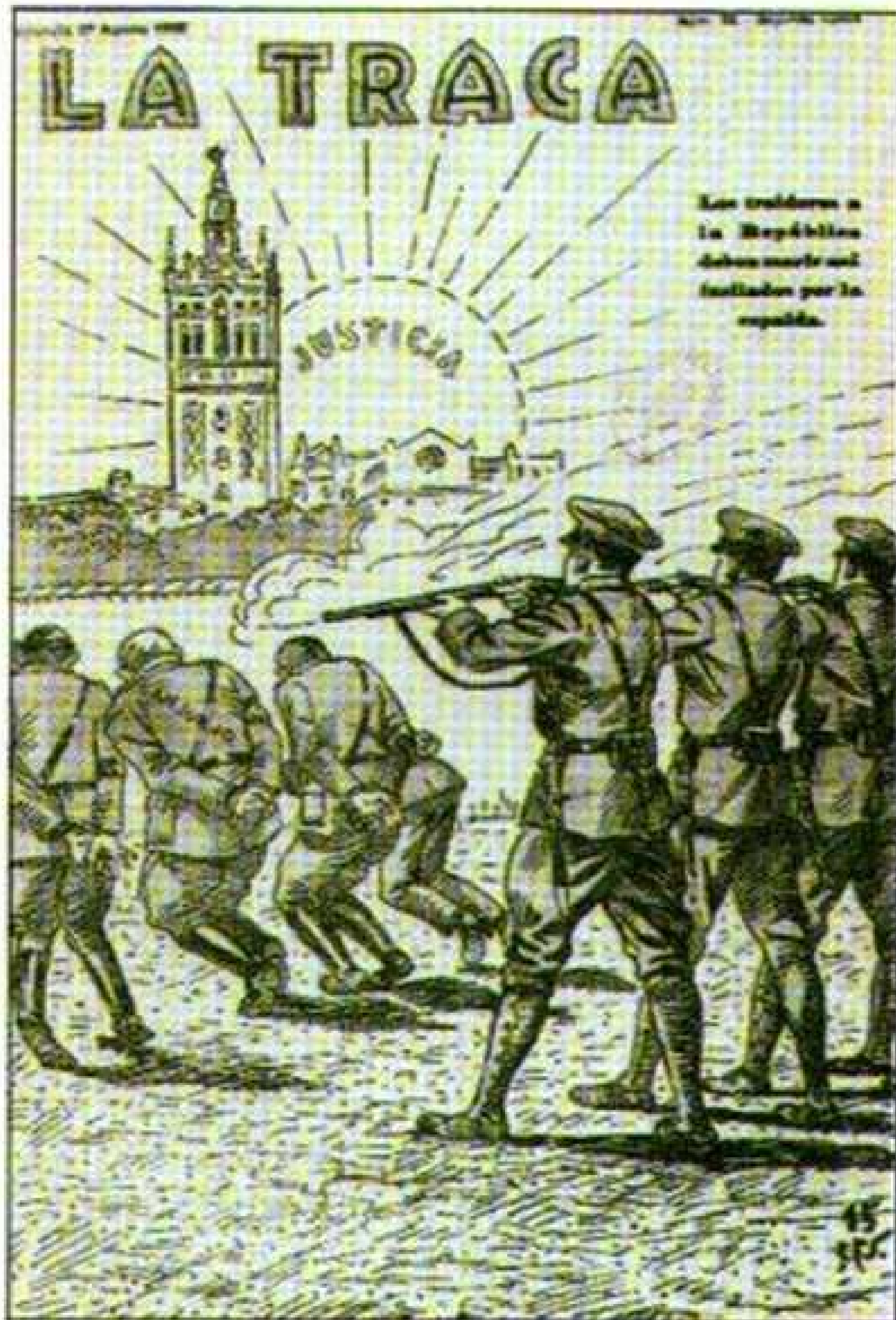
[33] Peirats, vol. I, p. 52.

[34] Cuatro de estos prisioneros —el duque de Sevilla, y los comandantes Martín Alonso, Serrador y Tella— se distinguieron como oficiales nacionalistas en la guerra civil.

Sanjurjo, el general García de la Herrán, el teniente coronel Esteban Infantes y el capitán Justo Sanjurjo, hijo de aquél, son juzgados por la sala sexta del Tribunal Supremo con todas las garantías legales. Defiende a Sanjurjo Francisco Bergamín, que había hecho lo mismo pocos años antes con Sánchez Guerra. El fiscal, Gabriel Martínez de Aragón, solicita la pena de muerte para Sanjurjo y reclusión perpetua para los demás procesados. La condena es de muerte para Sanjurjo, de reclusión perpetua para García de la Herrán, de doce años para Esteban Infantes, y absolutoria para el hijo del general.
A propuesta del gobierno, el presidente de la República indulta a Sanjurjo, que es enviado al penal del Dueso (Santoña), habilitado formulariamente como prisión militar. Allí se retrata con sus compañeros de presidio.


(Pyresa.)

alzamiento contra la República terminó con la más absoluta derrota de sus enemigos. Se confiscaron las tierras de los conspiradores, sin indemnización; y también se produjo algo realmente ilógico: la confiscación inmoderada de las tierras de los grandes de España que rebasaran los límites fijados para la expropiación por la ley de Reforma Agraria. Tampoco habría indemnización por esas tierras. En el calor del momento, el gobierno, y luego las Cortes, hicieron en su política agraria una excepción especial injustificable desde todos los puntos de vista: ¿cuántos grandes de España habían apoyado, en realidad, a Sanjurjo? Sólo dos, de un total de 262 [35].



(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

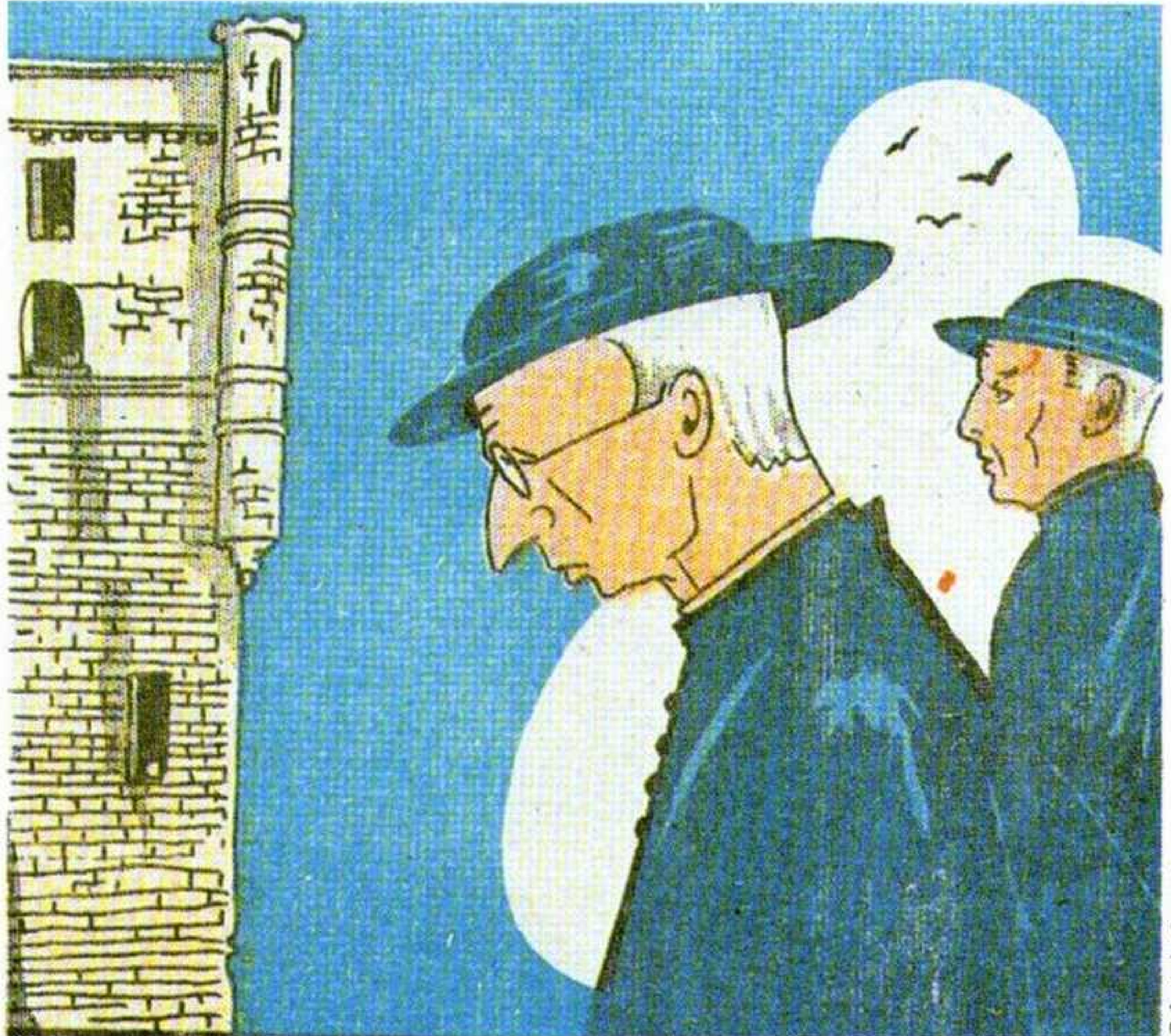
La condena de Sanjurjo levanta clamores populares contradictorios: unos exigen que sea ejecutado (la ilustración de La Traca *es elocuente) y otros solicitan el indulto. Entre estos últimos merecen destacarse la madre de Fermín Galán y la viuda de García Hernández. Por razones políticas y éticas más que sentimentales, Azaña propugna el indulto y, salvo Casares Quiroga, los ministros votan a favor. Hay quienes protestan y otros que felicitan por la medida de clemencia. Entre quienes se muestran partidarios del fusilamiento figura un catedrático y entonces poco relevante diputado socialista: Juan Negrín.*

8

La situación política en el otoño de 1932

Azaña y su gobierno aguantaron el resto del año 1932 sin mucha dificultad. La mayor parte del tiempo estuvieron suspendidos los periódicos de derechas *ABC*, *El Debate* e *Informaciones*. Hubo una enorme cantidad de arrestos preventivos de políticos y milita-

[35] Este debate señaló, de hecho, la aprobación final de la ley de Reforma Agraria (9 de septiembre de 1932). Tal vez no se habría aprobado si el alzamiento de Sanjurjo no hubiera proporcionado el ímpetu necesario.


(Col. Luis Gasca.)

res de derechas, aunque no todos fueron procesados. Se hablaba de hacer una purga en la administración pública para eliminar de sus puestos a las personas «incompatibles con el régimen». Las sesiones de otoño de las Cortes se dedicaron a la discusión de la ley de Congregaciones, que estatuía las cláusulas religiosas de la Constitución. Muchos jesuitas ya habían salido de España, pero todavía sería necesario mucho trabajo para descubrir qué colegios eran suyos en realidad y qué otras empresas tenían: en la Compañía había maestros en el arte de camuflar la propiedad. Se estaban preparando leyes en las que se señalaban las fechas para la supresión de todos los sueldos clericales antes de noviembre de 1933 [1], el final de la enseñanza religiosa y la imposición de otras restricciones a las órdenes religiosas: las escuelas elementales de la Iglesia cerrarían sus puertas el 31 de diciembre de 1933, y los colegios de segunda enseñanza y universidades o institutos de enseñanza superior, tres meses antes. Esto significaría que, en un país donde ya había escasez de escuelas, otros 350.000 niños se quedarían sin enseñanza. Sin embargo, Fernando de los Ríos, el nuevo ministro de Educación, y Rodolfo Llopis, director general de Enseñanza Primaria, ya estaban haciendo esfuerzos hercúleos para llevar a buen término esta parte de los ideales de la República. Se habían edificado siete mil escuelas nuevas. El sueldo por año de los maestros se elevó a la todavía escasa cantidad de 3.000 pesetas anuales. Se enviaban

[1] En 1931, el presupuesto clerical había sido de 66 millones de pesetas. Los sueldos de los obispos habían sido suspendidos en abril de 1931. En 1932 los estipendios se redujeron a 29 millones y medio de pesetas, y el presupuesto total clerical había de ser de 5 millones de pesetas. Así pues, la Iglesia se enfrentó con el grave problema de mantener a 35.000 sacerdotes, de los cuales 7.000 tenían más de cincuenta años.

Entre los dirigentes de la política republicana hay una elevada proporción de intelectuales que muestran constante preocupación por las cuestiones culturales, y más aún por las relacionadas con la primera y segunda enseñanza, que han heredado bastante abandonadas. A Marcelino Domingo le ha sustituido en el ministerio de Instrucción Pública Fernando de los Ríos (cuarto por la izquierda), a quien vemos con Julián Zugazagoitia y otros socialistas. La expulsión de los jesuitas, hecho que se recuerda posteriormente en el fragmento de historieta reproducido a la izquierda (página anterior), viene a agravar el déficit de escolarización al privar a muchos alumnos de escuela y maestros.



(Pyresa.)



(Col. particular.)



(Pyresa.)

Juan March sigue siendo hoy un personaje enigmático, y, a pesar de que se ha escrito mucho sobre él, poco se sabe con certeza. Siendo republicano, y a despecho de haber sido elegido diputado, el Parlamento se declara incompatible con él y le persigue sañudamente. Jaime Carner, uno de sus más encarnizados enemigos, hace desde el banco azul esta curiosa semblanza suya: «March es un caso extraordinario. March no es enemigo ni amigo de la República. March es March. March es un hombre excepcional [...] March siempre va por su camino a lograr lo suyo, su poderío, su voluntad.» Y acaba con la conocida frase: «O la República lo somete, o él somete a la República.» Será encarcelado y acabará fugándose de la prisión. Pero a quien entonces se consideraba paradigma de todos los abusos y villanías, el Comité Revolucionario le había pedido cuatro años antes una importante suma para subvencionar la conspiración republicana. En la ilustración de la derecha, fiesta en la Casa de Campo para celebrar el aniversario del 14 de abril, con asistencia de las primeras autoridades.

escuelas circulantes a las provincias más apartadas. A finales de 1932, 70.000 niños asistían a escuelas de segunda enseñanza, frente a los 20.000 que acudían tres años antes. A partir de entonces, el ritmo de construcción de escuelas se hizo más lento, debido a las dudas que surgieron sobre la capacidad de algunos de los nuevos maestros y al deseo de equilibrar el presupuesto de los sucesivos gobiernos [2].

El país siguió también con atención el proceso contra el millonario mallorquín Juan March, probablemente el hombre más rico de España desde que Primo de Rivera le había concedido el monopolio para la distribución de tabaco en Marruecos. March resultó convicto de fraude, pero más tarde sobornó a sus carceleros y se evadió espectacularmente de la prisión de Alcalá. Después, al parecer, utilizó su considerable riqueza (valorada en 20 millones de libras esterlinas) para intentar sabotear el equilibrio económico de la República, que, a pesar de todo, mantuvo la peseta más o menos al mismo cambio (de 55 pesetas por libra esterlina) [3].

[2] Véase Jackson, pp. 60-65: hay un buen resumen.

[3] Véase Manuel Benavides, *El último pirata del Mediterráneo* (Madrid, 1933). De ser disponible la documentación necesaria para ello, la vida de Juan March sería digna de un estudio riguroso. Los trabajos de reciente aparición sobre el tema no han llegado al fondo del misterio. March invirtió su fortuna en transportes. Durante un período había tenido simpatía para la idea de establecer una república y, según algunas fuentes (p. ej., Anthony Cane Broione, *Bodyguard of Lies*, Londres, 1976), había trabajado para los servicios secretos británicos durante la primera guerra mundial. Documentos del gobierno inglés correspondientes a 1939 demuestran que incluso en aquel año March era íntimo informador de Gran Bretaña.


(Col. familia Ortega.)

Casas Viejas

Sin embargo, la paz intranquila del invierno se rompió debido a una nueva serie de revueltas agrarias: una de ellas en Castellar de Santiago (Ciudad Real), donde unos campesinos de derechas mataron al dirigente del sindicato socialista local en circunstancias espantosas; y luego, en enero de 1933, debido a una acometida casi mortal de las izquierdas. El 8 de enero hubo algunos levantamientos anarquistas en Cataluña. Estaban inspirados por la FAI, particularmente por el nuevo dirigente anarquista García Oliver. Se proclamó el comunismo libertario en Sardañola-Ripollet. Hubo levantamientos esporádicos en Levante y Andalucía. Sin embargo, el levantamiento anarquista más famoso se produjo en Casas Viejas, en la provincia de Cádiz. Aunque el alcalde se rindió, la guardia civil se negó a hacerlo, y telefoneó pidiendo ayuda a la cercana población de Medina Sidonia. Los anarquistas fueron, por breve tiempo, los dueños del pueblo. Ondeó al viento la bandera roja y negra. Sin embargo, parece ser que no mataron a nadie, aunque en la población había muchas familias de la clase alta. Respetaron al cura.

Es posible que algunos anarquistas creyeran que la gran revolución había triunfado en todas partes. Al cabo de poco llegaron refuerzos: un destacamento de guardias de asalto. Este cuerpo, más eficiente y moderno que la guardia civil, había sido creado después de los disturbios de mayo de 1931 como policía especial para la defensa de la República. Dirigidos por el coronel Agustín Muñoz Grandes,

Después de un final de verano y un otoño —que ahora calificaríamos de caliente— que sacuden a España de parte a parte, estalla en enero un levantamiento anarquista. Casas Viejas, un pueblo perdido de la provincia de Cádiz, salta al primerísimo plano de la crónica negra por los sangrientos sucesos que allí ocurren. Los anarquistas se apoderan del pueblo y atacan y cercan el cuartel de la guardia civil, hiriendo gravemente al sargento. Llegan refuerzos que dispersan a los amotinados, muchos de los cuales huyen. Un viejo campesino anarquista apodado «Seisdedos» se refugia en una casucha con familiares y amigos. A las intimidaciones responde a tiros. Más grave que el bárbaro ataque y exterminio de cuantos se hallan encerrados y se han resistido, es que después se procede a la detención indiscriminada de doce o catorce vecinos, peones todos, que son fusilados sobre el terreno. Los autores son guardias de asalto acompañados por algún número de la benemérita. Ha muerto un guardia de asalto y otro ha resultado herido.

un militar muy competente conocido por su evacuación de las tropas españolas de Gomara, en Marruecos, en 1924, que había creado el nuevo cuerpo de la nada en tres meses, los guardias de asalto eran oficiales y hombres a los que se suponía especialmente leales al nuevo régimen [4]. Desalojaron del pueblo a los anarquistas, algunos de los cuales se refugiaron en una pequeña colina en las afueras del pueblo. Mientras tanto, una unidad de guardias civiles y

[4] Maura, pp. 274-275. Sobre su carácter, véase Franco Salgado, *Conversaciones...*, pp. 12-13.



(Pyresa.)



(Col. familia Ortega.)



(Salmer.)

Para mantener el orden público, principalmente en las ciudades, se ha creado la guardia de asalto. Miguel Maura, que como ministro de la Gobernación ha encargado al coronel Agustín Muñoz Grandes de su organización, le prodigará después elogios: «En aquella misión dio pruebas de su gran capacidad de organizador, porque, en menos de tres meses, creó de la nada un cuerpo perfecto de tropa entrenada, uniformada, seleccionada y disciplinada en forma impecable. Fue un verdadero milagro la rapidez y la perfección con que fue creada la guardia de asalto.» A Muñoz Grandes se le considera apolítico, de tendencia más bien republicana y liberal. En los sucesos de Casas Viejas se ven implicados varios oficiales de asalto, pero Muñoz Grandes nada tiene que ver con los hechos, ni nadie le cita en relación a ellos; las órdenes que llevan los guardias proceden directamente de Gobernación, probablemente de la Subsecretaría, y de la Dirección General de Seguridad. Al parecer eran severas, pero resulta difícil creer que lo fueran tanto. La fotografía superior corresponde a cuando Muñoz Grandes tenía treinta años, había ascendido a comandante por méritos de guerra en Marruecos, y se hallaba herido.

PAGINA TERCERA — INFORMACIONES — PAGINA TERCERA

EL LEVANTAMIENTO ANARQUISTA

Los sublevados de Casas Viejas (Cádiz) se hacen fuertes en una finca y la fuerza pública tiene que destruir la vivienda con bombas de mano

PERECEN CUANTOS SE ENCONTRABAN DENTRO DE LA CASA, EXCEPTO UN GUARDIA DE ASALTO QUE LOS EXTREMISTAS HABIAN COGIDO PRISIONERO

Los revoltosos han tenido diez y nueve muertos.-Los guardias, un muerto y cinco heridos

Desde unos desmontes son arrojadas dos bombas a los corrales de la nueva plaza de toros

El atentado iba dirigido contra una sección de guardias de asalto



(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

de asalto comenzaron un registro casa por casa en busca de armas. Un viejo y veterano anarquista, Curro Cruz, apodado «Seisdedos», se negó a abrir su puerta. Empezó un asedio. «Seisdedos», acompañado de su nuera Josefa, que le iba cargando las armas, y de otras cinco personas, se negó a rendirse. Mataron a dos guardias de asalto. Salieron a relucir las ametralladoras, pero continuó el fuego. Cayó la noche. «Seisdedos» mantuvo el tiroteo. Una de sus hijas, Libertaria, y un chico escaparon de la casa. A la mañana siguiente, las fuerzas del gobierno, enfurecidas por la larga resistencia, rociaron de gasolina la casa y le prendieron fuego, matando a los que estaban dentro. Después fusilaron a unos catorce prisioneros, y el jefe del destacamento de guardias de asalto, capitán Rojas, dijo a la prensa que él tenía órdenes de no hacer prisioneros y de «disparar a la barriga» [5]. Aunque, evidentemente, ni Azaña ni Casares Quiroga, ministro de la Gobernación, habían dado nunca esta orden, jamás se recuperaron de las consecuencias de este incidente. Las derechas los acusaron, con cierta hipocresía, de «asesinar al pueblo». El radical Martínez Barrio acusó al gobierno de crear un régimen de «sangre, fango y lágrimas». Ortega y Gasset proclamó abiertamente que la República le había decepcionado. «No era esto —dijo—. No trabajábamos para esto en tiempo de la monarquía.» La mayoría de Azaña descendió en las Cortes hasta una cifra muy baja.

Las noticias, tal como vemos en el diario Informaciones, *van llegando fragmentadas y desfiguradas: los responsables tratan de encubrir lo sucedido y se echan mutuamente las culpas. Al gobierno se le desfigura la verdad, y Azaña pronuncia una frase imprudente: «En Casas Viejas ha ocurrido lo que tenía que ocurrir», cuando precisamente es* lo que no debía haber ocurrido. *Se han dado órdenes severas, perentorias y probablemente ambiguas. Los guardias, en presencia de uno de los suyos muerto, empezando por el capitán que les manda, han perdido los nervios y han disparado a mansalva contra unos hombres atados. La cuestión toma estado parlamentario y el gobierno, desconcertado, no está a la altura de las circunstancias. La pasión domina y las derechas se muestran indignadas del castigo impuesto a los obreros revolucionarios, con olvido de los motivos que les inducen a la desesperación. Los radicales hacen cuestión política y la extrema izquierda ataca y acusa con violencia. Doce o catorce hombres han sido muertos, si no a sangre fría, a sangre caliente. Las fotografías de la izquierda están tomadas después de los sucesos: en la de arriba se ve la choza de «Seisdedos», quemada, y el corralillo de las ejecuciones, y en la de abajo, guardias civiles y de asalto patrullan por el pueblo.*

[5] Véase Eric J. Hobsbawm, *Primitive Rebels* (Manchester, 1959), p. 123; José Pla, *Historia de la segunda República Española* (Barcelona, 1940-1941), vol. II, p. 188 y ss.; Peirats, vol. I, pp. 55-58. Rojas fue juzgado y condenado a veintiún años de cárcel. No cumplió su condena. Véase también Jackson, p. 513 y ss. Rojas, en una entrevista con Azaña, dijo que «fuimos duros, crueles si se quiere. Al que corría y no alzaba los brazos a nuestra intimación, le hicimos fuego; al que se asomaba a una ventana, le hacíamos fuego; cuando nos tirotearon desde las chumberas, respondimos con las ametralladoras». (Azaña, IV, p. 452.) Libertaria fue asesinada en 1936, en la carretera que conduce a Medina Sidonia, por una cuadrilla de falangistas. (Antonio Téllez, *La guerrilla urbana en España*, París, 1972, p. 7.)

Declive del gobierno de Azaña

Las discusiones sobre Casas Viejas se prolongan en el Parlamento, pero el gobierno ha quedado quebrantado. En julio se plantea la crisis y Alcalá Zamora amplía las consultas hasta una veintena de personas: Marañón, Ortega, Ossorio y Gallardo y Unamuno entre otras, y viejos políticos como Santiago Alba y Melquiades Alvarez. Tras dos o tres intentos fallidos, encarga a Azaña la formación de nuevo gobierno. A Carner, gravemente enfermo, le sustituye el tecnócrata *Viñuales y se amplía la base incluyendo a Companys por la Esquerra y a Franchy Roca por los federales. De izquierda a derecha: Franchy Roca, Marcelino Domingo, Largo Caballero, Companys, Barnés, Viñuales, Azaña, De los Ríos, Albornoz, Casares y Prieto.*

En abril de 1933 se celebraron elecciones municipales en las áreas donde habían ganado candidatos únicos en 1931. Igual que en 1931, estas elecciones tuvieron tanta importancia como unas nacionales. Como mínimo, en ellas se luchó con una intensidad desconocida en España hasta entonces. En centenares de pueblos, la gran cuestión fue la religión, tanto como la lucha de clases, aunque a menudo se combinaban los dos puntos. En muchos sitios, la iniciativa en la lucha correspondió a las izquierdas, que en 1931 habían obtenido el control local por primera vez en la historia. Adelantándose a veces al gobierno, los ayuntamientos a menudo habían abolido ciertas procesiones durante las fiestas. A veces se había prohibido que la banda municipal entrara en la iglesia. En los lugares donde se habían autorizado las procesiones, los jóvenes socialistas habían dicho con gran arrogancia que echarían al río a los que llevaran los pasos o acompañaran a las imágenes. Además, en Andalucía un sacerdote había sido multado por un magistrado socialista por decir misa en su iglesia con el tejado destruido por un rayo: se le había acusado de hacer una exhibición pública de religión. Otro sacerdote fue multado por monárquico por haber aludido al reino de Dios el día de la fiesta de Cristo Rey. En una parroquia se gravó con un impuesto el doblar las campanas; en otra se prohibió



(Pyresa.)

EL PROCESO DE CASAS VIEJAS

El capitán Rojas ha sido condenado a siete años por cada uno de los catorce asesinatos

Pero, por precepto de la ley, sólo se le suman tres condenas, con un total de veintiún años

EL JURADO CONSIDERA EXCESIVA LA PENA

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)



(Col. particular.)

El capitán de asalto Manuel Rojas, responsable directo de las muertes, puesto que él mandaba las fuerzas y ha tomado la iniciativa de las ejecuciones, es condenado a veintiún años de prisión. En todo momento se han movido declaraciones y testimonios contradictorios, se han ejercido presiones e intentos de soborno y una sucesión de maniobras y contramaniobras. No quedará suficientemente aclarado qué órdenes se dieron ni quién las ha dado. El director general de Seguridad, Arturo Menéndez, es destituido y procesado: pronto saldrá en libertad. La agresividad política y las pasiones enturbian y enturbiarán la verdad.

llevar crucifijos. Algunas iglesias habían sido robadas, y a veces quemadas, y nadie parecía mover un dedo para detener a los malhechores. En la iglesia de un pueblo de Aragón los «izquierdistas» pusieron jabón en el suelo de la entrada y se reían groseramente



(Col. C. S. de Tejada.)

El ejercicio del poder ha ido desgastando a las izquierdas. Desde la oposición las derechas avanzan y levantan banderas que hallan resonancia en el ánimo de muchos españoles: orden público, religión, y la familia, que se considera gravemente amenazada por el divorcio y por la escuela laica. La estampa es posterior: propaganda de Auxilio Social con la conocida y mal cumplida consigna de Franco.

LOS HIJOS DEL PUEBLO

Madrid, jueves 19 de octubre de 1933

El 19 de noviembre se juega la suerte de España



HE AQUI QUIEN AGUARDA EL RESULTADO ELECTORAL

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

viendo resbalar a los fieles. En muchos sitios desaparecieron de calles y plazas los nombres de santos o eclesiásticos famosos (los cambios de los nombres de calles han sido, durante mucho tiempo, una característica de los cambios políticos españoles).

Luego, lentamente, se inició una contrarrevolución. La vieja España empezó a proteger las imágenes de las vírgenes en las procesiones con hombres armados, que además se apostaban en las esquinas de las calles por donde tenía que pasar la Virgen. Los fieles también se sintieron obligados a hacer todas las procesiones religiosas más solemnes. La Acción Católica empezó a organizarse como un partido de derechas destinado a mantener las «formas lentas y tradicionales de hacer las cosas» frente a las «ideas y acciones directas, progresivas y violentas» [6].

En las elecciones municipales de 1933, celebradas principalmente en Castilla, los partidos del gobierno obtuvieron 5.000 concejales, las derechas 4.900 y la oposición de centro, dirigida por Lerroux y sus radicales, 4.200. Los republicanos de izquierda y los socialistas empezaron a ver que podían perder poder incluso en una democracia. Las derechas también obtuvieron victorias en las Cortes, particu-

[6] Véase Sánchez, p. 50, y en particular el excelente estudio de Carmelo Lisón Tolosana, *Belmonte de los Caballeros* (Oxford, 1966), obra sobre un pueblo aragonés de donde proceden algunos de estos casos.

Las divisiones internas, los personalismos y la irresponsabilidad de los grupos extremos contribuyen a la inestabilidad política. Los radicales han abandonado el gobierno y lo combaten, y lo mismo puede decirse de Maura y sus seguidores. La elocuencia de Azaña y los votos de la mayoría salvaron al gobierno de su inicial torpeza y desinformación: la pesadilla de Casas Viejas queda atrás. Va a comenzar la campaña electoral: será el desconcierto y desunión de las izquierdas, más que la capacidad de la derecha, lo que les dará a éstas el triunfo. En la página anterior, así se ve al enemigo en un ambiente crispado por el miedo recíproco, erigido en uno de los motores principales. Alcalá Zamora, junto a Azaña (en esta página), pronuncia uno de sus floridos discursos a los cadetes de Segovia.



(Pyresa.)

larmente en el caso de la ley de Arrendamientos Rústicos, porque los republicanos de izquierdas no asistieron al debate. Los periódicos liberales se volvieron contra Azaña. Alcalá Zamora quería sustituir a Azaña, mas no encontraba otro dirigente capaz de reunir una mayoría en las Cortes. En septiembre, unas elecciones entre funcionarios municipales para elegir magistrados para el Tribunal Supremo dieron una mayoría sustancial a candidatos opuestos al gobierno. La oposición en las Cortes era vociferante y amenazaba con la desobediencia pasiva si se aprobaba el proyecto de ley que prohibía enseñar a las órdenes religiosas. Agotado, Azaña intentó volver a barajar su gabinete. Le cesó Alcalá Zamora y, desalentado, dejó el cargo. Lo hizo antes de que se cerraran realmente las escuelas de la Iglesia, que con ello alargaron su vida. Después de un intento infructuoso de Lerroux de formar gobierno, su lugarteniente, Martínez Barrio, creó una administración provisional y convocó elecciones generales para el 19 de noviembre.

Las elecciones de noviembre de 1933

Azaña y sus partidarios se lanzaron a la campaña electoral en defensa de sus realizaciones: se habían aprobado importantes leyes referentes a arrendamiento, arbitraje, enseñanza, órdenes religiosas, agri-

En este cartel electoral, la Lliga Catalana critica la gestión municipal de la Esquerra. Desde la oposición resultan fáciles las críticas y las promesas; después, poco o nada se soluciona, porque los problemas planteados son graves y difíciles de resolver y no siempre son ejemplares la conducta y la capacidad de quienes disfrutan del poder. Muchas promesas quedan incumplidas y, lo que es peor, olvidadas; eran mera propaganda.

(Salmer.)

cultura, ejército y autonomía catalana. Había una ley de divorcio nueva y avanzada, así como una ley que legalizaba el matrimonio civil, leyes sobre los derechos de la mujer y un sistema más justo de selección de personal para la administración pública. Se redactó un nuevo Código Penal. Uno de los experimentos más conmovedores había sido el siguiente: estudiantes republicanos, bajo la inspiración del anciano crítico de arte Manuel Cossío, y la dirección de Luis Santullano, habían organizado misiones pedagógicas ambulantes en las partes más remotas de España, dando acceso a pobres campesinos a representaciones gratuitas de obras de Lope de Vega o lecturas de poemas de Lorca. Pero, así y todo, muchos estaban desilusionados con la República: el Instituto de Reforma Agraria sólo había instalado a 4.600 familias [7]. Una comisión de expropiación estaba intentando solucionar poco a poco los problemas legales creados por la disolución de los jesuitas; era un trabajo insuficiente. Como tantos otros antes y después, Azaña había asustado a la clase media sin satisfacer a los trabajadores. Su ministro de Agricultura, Marcelino Domingo, perdió votos por su mala administración de las importaciones de trigo. Y sobre todo, las emociones políticas se habían despertado en todas partes. Pero lo que re-

[7] Malefakis, p. 280.



(Pyresa.)

No anda el gobierno sobrado de hombres de auténtica valía y se ve forzado a recurrir a políticos que, a pesar de su historial de republicanismo e integridad personal, no están suficientemente capacitados para desempeñar los puestos que se les asignan por causa de combinaciones políticas en que se prescinde de consideraciones de eficacia. Marcelino Domingo (arriba), cuya gestión en el ministerio de Instrucción Pública pudo ser positiva, vuelve al de Agricultura, en el cual sus actuaciones no pasan de mediocres.



(Efe.)

Una de las iniciativas interesantes de la obra cultural de la República son las llamadas Misiones Pedagógicas, que apenas tienen tiempo ni ocasión de desarrollarse y dejar testimonio de su real eficacia. Su inspirador es el patriarca republicano y de la Institución Libre de Enseñanza Bartolomé Cossío. Quien las dirige es Luis Santullano, aquí caricaturizado.



(Serv. Histórico Militar.)



(Serv. Histórico Militar.)

sultó en verdad inesperado fue la magnitud de la derrota de Azaña. Las izquierdas perdieron en 1933 porque, en primer lugar, en un sistema que favorecía las coaliciones, aquéllas estaban desunidas: los socialistas tuvieron 1.722.000 votos y sólo consiguieron 60 escaños, mientras que los radicales, con 700.000 votos, ganaron 104 escaños. Pero los socialistas se habían negado a seguir colaborando con una «democracia burguesa». En segundo lugar, la abundante propaganda de las derechas consiguió desfigurar la obra positiva de la República. También hubo, claramente, algunos fraudes electorales, intentos de intimidación y amenazas por ambos bandos. Por último, la introducción del voto de la mujer por primera vez en España, como de costumbre en todos los países europeos, favoreció a las derechas. En conjunto, los partidos que habían apoyado al último gobierno lograron sólo 99 escaños, de los cuales el partido de Azaña, Acción Republicana, sólo obtuvo ocho.

En cuanto al centro, los radicales obtuvieron 104 escaños, y la *Lliga,* el partido de los hombres de negocios catalanes, 24. Las derechas, por su parte, conquistaron 207 escaños. De éstos, 35 correspondieron a una incómoda alianza entre carlistas y monárquicos ortodoxos: ahora éstos se habían organizado con el equívoco nombre de Renovación Española, partido dirigido por Antonio Goicoechea, un maduro *dandy* que había sido jefe de los «jóvenes mauristas» en 1913, ministro de Gobernación conservador en 1919 y primer presidente de Acción Nacional en 1931. Aparte de eso, había sido un conspirador, y por consiguiente había estado en la cárcel en 1932. A finales de 1932 había roto con Acción Popular (nombre que para entonces había adoptado Acción Nacional), y había fundado un movimiento para los católicos de derechas que no podían aceptar al «accidentalismo» del partido católico. También había 29 «agrarios», un partido que existía para mantener los intereses de los cultivadores de trigo y aceite castellanos.

Gil Robles y la CEDA

Pero el mayor grupo de las derechas, y en realidad de todas las Cortes, con 117 escaños, era el nuevo partido católico, la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) [8]. El núcleo de la CEDA era Acción Popular. La fuerza impulsora era Angel Herrera, director de *El Debate,* uno de cuyos objetivos (que coincidía, sin duda, con los deseos de Pío XI y su secretario de Estado, Eugenio Pacelli) era crear en España un partido demócrata cristiano siguiendo el modelo de los que tantos éxitos han obtenido, después de 1945, en Alemania, Italia y Francia. Pero el carácter anticlerical

[8] Véase Robinson, p. 113 y ss., y Gil Robles, *op. cit.* Para un estudio crítico, véanse los artículos de Paul Preston citados en la bibliografía de esta obra y el análisis de José Montero Gibert en Ramírez, *Estudios sobre la Segunda República española,* pp. 89 y ss. Gil Robles afirmó que la CEDA tenía 730.000 miembros en 1933; si es cierto, habría sido el mayor partido político de toda la historia de España. Este gran número de miembros, sumado a cierto apoyo de las altas finanzas, permitió a la CEDA gastar sumas sin precedentes en la campaña. El Partido Socialista sólo tenía entonces unos 75.000 miembros, con más de un millón de miembros de la UGT (Robinson, p. 328).


(Centelles. Barcelona.)



(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

Todas las elecciones son reñidas, y ello es un signo evidente de vitalidad democrática. Las más apasionadas son las de noviembre de 1933 y las de febrero de 1936 (a estas últimas pertenecen los dos carteles de la página anterior), a causa del violento encono que enfrenta a partidos y bloques y de que un equilibrio numérico hace que los resultados sean inciertos hasta después del escrutinio. Pero a los españoles se les mantiene en perpetua tensión, como lo observamos en estos catalanes agrupados bajo el balcón de la Generalitat (en esta página, arriba). Ha surgido un grupo mayoritario, que en las elecciones de noviembre llevará a la Cámara el mayor número de diputados, superando a los socialistas y a los radicales. Es la Confederación de Derechas Autónomas (CEDA), formada por católicos conservadores que en su mayoría no participan del extremismo de los derechistas. La portada de esta revista (aquí, abajo) corresponde a una concentración en El Escorial de las Juventudes de Acción Popular (JAP), ala juvenil y seudofascistizante de este conglomerado político que capitanea Gil Robles.


(Pyresa.)

Con la excepción de contados clérigos, la mayoría de la Iglesia se inclina por las derechas: es una posición ideológica y defensiva. Dentro de esa derecha, el clero se distribuye entre sus distintos matices, desde el arrebatado carlismo hasta los que simpatizan con la CEDA, dada su orientación vaticanista. Los vascos suelen ser nacionalistas y en Cataluña muchos votan a la Lliga. Hay también curas apolíticos, más preocupados por su misión evangelizadora y caritativa. Isidro Gomá (tercero por la izquierda, sentado), que todavía no ha recibido el capelo, ha sustituido a Segura en Toledo: desarrolla a la sazón una política cauta y contemporizadora con la autoridad civil. En la fotografía, tomada en Zaragoza acompañado por dirigentes católicos, el extintor de incendios parece un símbolo.

de la Constitución significaba que los miembros de la CEDA no aceptaban el régimen tal como estaba entonces organizado. Las medidas anticlericales de poca importancia (como la secularización de los cementerios, la insistencia en que los funerales fueran civiles, salvo que el difunto hubiera pedido específicamente un entierro católico, y la cancelación de la participación del ejército en las procesiones) provocaban reacciones tan furiosas como otras leyes mucho más drásticas. La CEDA, fundada oficialmente en marzo de 1933, como una amalgama de los muchos grupúsculos católicos de derechas que habían surgido desde 1931, era una alianza, desde muchos puntos de vista. Según uno de sus miembros más ilustres, Manuel Giménez Fernández, de los diputados de la CEDA, unos treinta eran cristianos sociales; otros treinta, monárquicos o conservadores; y los sesenta restantes, oportunistas [9]. Los dirigentes no deseaban ofender a los ricos de derechas de los que dependían económicamente. José María Gil Robles, el joven y elocuente abogado que se convirtió en jefe de la CEDA, había sido el líder parlamentario de Acción Nacional y Acción Popular, en 1931 y 1932, y se había hecho un nombre, antes de cumplir los treinta y cinco años, en los debates sobre las cláusulas anticlericales de la Constitución. Había sido uno de los principales colaboradores de *El Debate* de Angel Herrera, y era el abogado de los jesuitas. A prin-

[9] En Sergio Vilar, *La oposición a la dictadura, 1931-1969* (París, 1968), p. 516.



(Pyresa.)

La propaganda no se para en barras: a la izquierda, una fotografía de alguien. que se parece a Gil Robles, probablemente trucada, se publica en un periódico.



(Pyresa.)

cipios de 1932, incansable, había viajado por toda España en búsqueda de seguidores. Continuaba explicando su postura con el nombre de «accidentalismo»: era «accidental» si España tenía una monarquía o una república, pero era «esencial» que la ley no entrara en conflicto con la Iglesia [10]. Por lo tanto, había excluido de la CEDA a los monárquicos activos, como Goicoechea. A pesar de todo, en realidad Gil Robles era monárquico, y se reunía con los conspiradores monárquicos, negociaba con ellos y, si era necesario, los defendía. No obstante, también permitía a sus seguidores —pequeños propietarios de Castilla, la clase media urbana, excepto en Cataluña y el País Vasco, algunos terratenientes— que le saludaran en los grandes mítines llamándole jefe, como si se tratara de un *duce,* o incluso de un *führer.* Había visitado Alemania en 1933 para estudiar la propaganda nazi, había estado presente en la reunión de Nuremberg y había vuelto a España con algunas ideas nazis en lo referente a campañas políticas: la utilización de la radio, el lanzamiento de folletos desde aviones, la bien organizada preparación psicológica de las multitudes en los grandes mítines en los que se pronunciaban discursos embriagadores... La fascinación de los *slogans* característica de las numerosas elecciones en Alemania en 1932. Gil Robles era un parlamentario muy completo, pero no le gustaba el parlamento y pensaba que quizá pronto habría

[10] Gil Robles, p. 80.

MANUEL GIMENEZ FERNANDEZ
(Sevilla, 1896-Sevilla, 1968)

Abogado y licenciado en Filosofía y Letras con premio extraordinario en ambas carreras, ganó la cátedra de Derecho Canónico en la Universidad de Sevilla. Comenzó su actividad política como teniente de alcalde del ayuntamiento sevillano durante la dictadura de Primo de Rivera. Derechista convencido, se afilió a la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), conservando siempre una inquebrantable fidelidad política y amistad personal con su jefe y máximo dirigente del partido, José María Gil Robles.
Fue vocal del Tribunal de Garantías Constitucionales en representación de las facultades de Derecho y diputado, siempre por la CEDA, en 1933 por Badajoz y en 1936 por Segovia. Durante el bienio derechista (1933-1935), en el cuarto gobierno presidido por los radicales, Gil Robles le propuso la cartera de Agricultura. Su fugaz paso por tan conflictivo ministerio (del 4 de octubre de 1934 al 3 de abril de 1935), sólo sirvió para poner de manifiesto los estrechos límites en que se movía el catolicismo social, así como la incapacidad política y la impudicia de las derechas

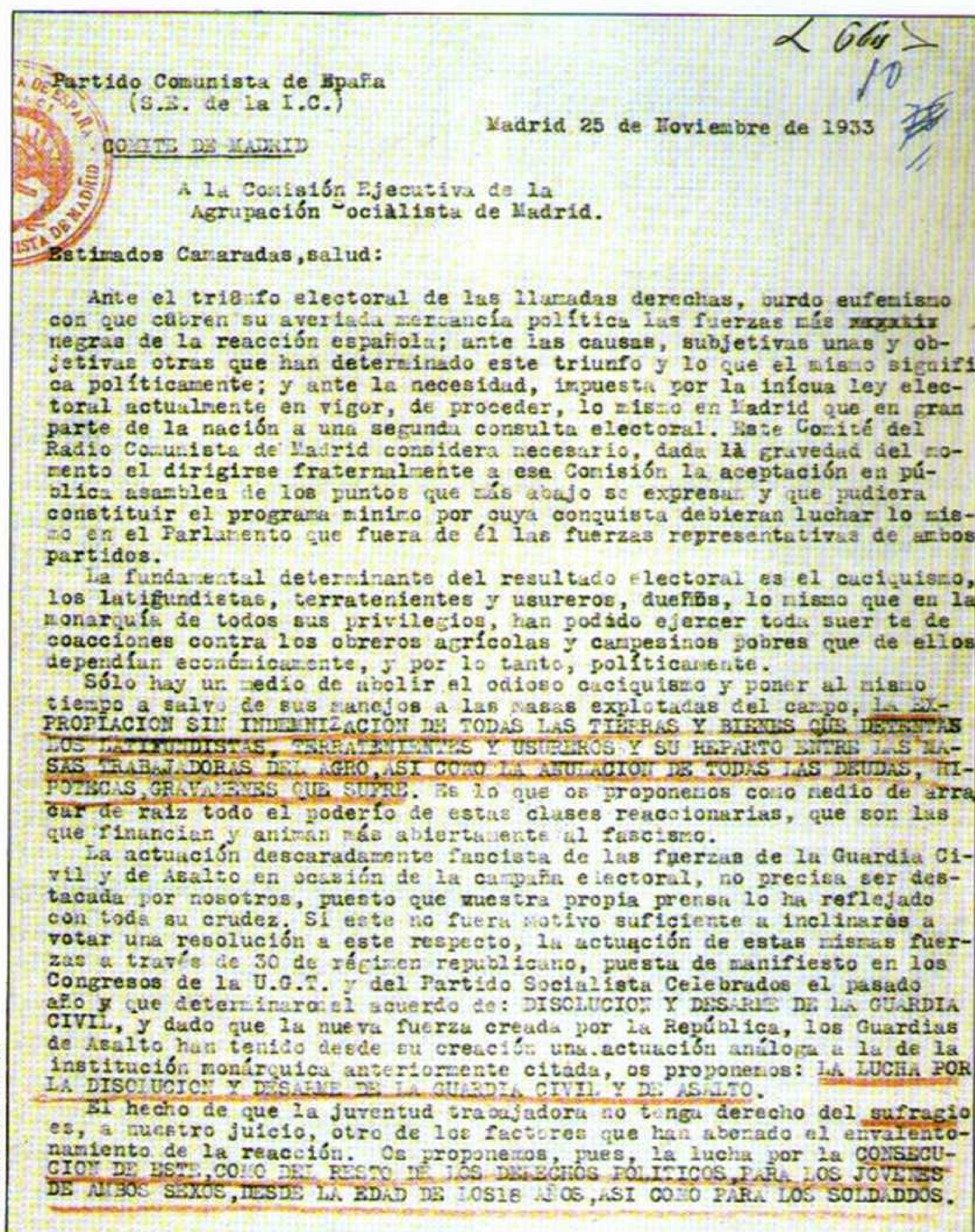


(Col. Luis Gasca.)

llegado su hora. Sus representantes visitaron al rey en París, pero algunos de sus discursos de 1933 manifestaban simpatía por el nazismo (sobre todo, el pronunciado en el cine Monumental, de Madrid, el 15 de octubre de 1933 [11]), y también por el Estado católico y corporativo del doctor Dollfuss en Austria. Su vaguedad sobre sus intenciones últimas, y su aversión a afirmar lealtad a la República, resultaban provocativas en las circunstancias de principios de los años 30, cuando eran frecuentes las historias de conductas comparables que habían acabado en el fascismo. Su movimiento juvenil, las JAP (Juventudes de Acción Popular), era un grupo excitado e impaciente de señoritos, que alardeaban claramente de antiparlamentarismo: «el bien común no puede integrarse por medio de una asamblea elegida por un sufragio universal inorgánico», españolas cuando suponen amenazados sus intereses.

Sus «cautas medidas» se redujeron a un proyecto de ley de prórroga de ocupación de fincas, cuya discusión se inició en el Parlamento el 21 de noviembre de 1934. Trataba de prolongar durante un año la ocupación de tierras autorizada por la legislación del bienio azañista, obligando a los ocupantes —yunteros extremeños en su mayoría, de donde la denominación de «ley de yunteros»— a pagar una renta. Tras numerosas e intencionadas dilaciones, el proyecto se aprobó el 20 de diciembre. A continuación Giménez Fernández presentó a la Cámara un moderado proyecto de ley de arrendamientos rústicos que, de alguna manera, abría a los colonos una vía de acceso a la propiedad, pagando siempre a los propietarios. Comenzó la discusión parlamentaria el 5 de diciembre de 1934 y se desencadenaron contra el ministro las iras de las derechas extremas y de amplios sectores de la propia CEDA. Como para defender sus posiciones recurriese Giménez Fernández a las encíclicas del papa León XIII, Lamamié de Clairac, terrateniente católico y dirigente de la Comunión Tradicionalista, cuentan que le espetó sin ambages: «Si su señoría insiste en desposeernos de nuestras tierras con encíclicas en la mano, terminaremos haciéndonos cismáticos.» La prensa de derechas no perdió la ocasión de atacar al ya ex ministro, apodándole, entre otros epítetos, «el bolchevique blanco». El diario madrileño ABC **hablaba de «...su aviesa intención y los resentimientos de su espíritu rudo y tortuoso...», tildándole de «...adulador de las pasiones demagógicas, panegirista franco del azañismo y colaborador encubierto de las izquierdas revolucionarias... denigrando y amenazando a las clases conservadoras, alentando los odios y delirios de la plebe, predicando el despojo de la burguesía y la nivelación social». Después de la guerra civil, Giménez Fernández continuó en su cátedra sevillana.**

[11] En dicha ocasión afirmó: «La democracia no es un fin en sí misma, sino un medio para alcanzar la conquista del nuevo Estado. Cuando llegue el momento, o se someterá el parlamento o lo eliminaremos.» (*El Debate*, 17 octubre 1933.) De este discurso, José Antonio Primo de Rivera comentó: «¿por qué razonamiento misterioso dice que no está de acuerdo con nosotros [los fascistas]?»



L 664
10

Partido Comunista de España
(S.E. de la I.C.)

Madrid 25 de Noviembre de 1933

COMITE DE MADRID

A la Comisión Ejecutiva de la
Agrupación Socialista de Madrid.

Estimados Camaradas, salud:

Ante el triunfo electoral de las llamadas derechas, burdo eufemismo con que cubren su averiada mercancía política las fuerzas más negras de la reacción española; ante las causas, subjetivas unas y objetivas otras que han determinado este triunfo y lo que el mismo significa políticamente; y ante la necesidad, impuesta por la inícua ley electoral actualmente en vigor, de proceder, lo mismo en Madrid que en gran parte de la nación a una segunda consulta electoral. Este Comité del Radio Comunista de Madrid considera necesario, dada la gravedad del momento el dirigirse fraternalmente a esa Comisión la aceptación en pública asamblea de los puntos que más abajo se expresan y que pudiera constituir el programa mínimo por cuya conquista debieran luchar lo mismo en el Parlamento que fuera de él las fuerzas representativas de ambos partidos.

La fundamental determinante del resultado electoral es el caciquismo, los latifundistas, terratenientes y usureros, dueños, lo mismo que en la monarquía de todos sus privilegios, han podido ejercer toda suerte de coacciones contra los obreros agrícolas y campesinos pobres que de ellos dependían económicamente, y por lo tanto, políticamente.

Sólo hay un medio de abolir el odioso caciquismo y poner al mismo tiempo a salvo de sus manejos a las masas explotadas del campo, LA EXPROPIACION SIN INDEMNIZACION DE TODAS LAS TIERRAS Y BIENES QUE DETENTAN LOS LATIFUNDISTAS, TERRATENIENTES Y USUREROS Y SU REPARTO ENTRE LAS MASAS TRABAJADORAS DEL AGRO, ASI COMO LA ANULACION DE TODAS LAS DEUDAS, HIPOTECAS, GRAVAMENES QUE SUFRE. Es lo que os proponemos como medio de arrancar de raiz todo el poderío de estas clases reaccionarias, que son las que financian y animan más abiertamente al fascismo.

La actuación descaradamente fascista de las fuerzas de la Guardia Civil y de Asalto en ocasión de la campaña electoral, no precisa ser destacada por nosotros, puesto que vuestra propia prensa lo ha reflejado con toda su crudez. Si este no fuera motivo suficiente a inclinarés a votar una resolución a este respecto, la actuación de estas mismas fuerzas a través de 30 de régimen republicano, puesta de manifiesto en los Congresos de la U.G.T. y del Partido Socialista Celebrados el pasado año y que determinaron el acuerdo de: DISOLUCION Y DESARME DE LA GUARDIA CIVIL, y dado que la nueva fuerza creada por la República, los Guardias de Asalto han tenido desde su creación una actuación análoga a la de la institución monárquica anteriormente citada, os proponemos: LA LUCHA POR LA DISOLUCION Y DESARME DE LA GUARDIA CIVIL Y DE ASALTO.

El hecho de que la juventud trabajadora no tenga derecho del sufragio es, a nuestro juicio, otro de los factores que han abonado el envalentonamiento de la reacción. Os proponemos, pues, la lucha por la CONSECUCION DE ESTE, COMO DEL RESTO DE LOS DERECHOS POLITICOS, PARA LOS JOVENES DE AMBOS SEXOS, DESDE LA EDAD DE LOS 18 AÑOS, ASI COMO PARA LOS SOLDADDOS.

(Serv. Histórico Militar.)

El asesinato del fascista canciller austriaco Engelbert Dollfus causa gran conmoción en Europa. Hay quienes establecen paralelos entre aquél y Gil Robles. (En el dibujo de la página anterior vemos a su viuda flanqueada por el vicecanciller y un ministro durante el entierro.) A la izquierda: reproducción de una carta de los comunistas dirigida a los socialistas madrileños.



(Salmer.)

Aunque la línea política de Gil Robles es coherente, no se halla desprovista de ciertas paradojas. En lenta evolución, el dirigente de la CEDA irá dejando atrás sus iniciales convicciones monárquicas para derivar hacia un republicanismo accidentalista, puesto que se propone gobernar dentro de la República. La CEDA viene a ser un partido demócrata cristiano, aunque en versión a la española. Pero Gil Robles es además el Jefe *de las JAP, organización que, sin ser fascista, se aproxima a algunos de sus postulados, tan en boga en Europa. Ante estos jóvenes,* el Jefe *se tiñe de autoritarismo y proclama sus inclinaciones populistas y corporativas, como ocurre en este masivo acto de El Escorial.*

decían a sus seguidores en su periódico el 8 de diciembre de 1934. Los japistas eran una fuerza poderosa que empujaba a Gil Robles hacia la contrarrevolución. Así pues, en el invierno de 1933-1934 se estaba creando en España una situación peligrosa, porque el gran Partido Socialista español, con todo el peso de su prestigio y su disciplinado sindicato, también se estaba alejando del constitucionalismo.

Este cambio en el Partido Socialista se debía básicamente a la desilusión producida por la manera en que las derechas habían conseguido utilizar la Constitución para bloquear las reformas. Los socialistas también estaban disgustados porque la Constitución que ellos habían ayudado a redactar les había resultado muy mala aliada en las urnas. Como era de esperar, Largo Caballero no había sido un parlamentario muy logrado (a diferencia de Prieto). También influía el peso de los campesinos del sur en la FNTT, la federación agraria socialista. Estos nuevos reclutas socialistas estaban más próximos al anarquismo que al marxismo ortodoxo. Indudablemente eran diferentes de los disciplinados obreros industriales y de la construcción de Bilbao y Madrid. Largo Caballero hablaba el lenguaje que les gustaba cuando decía que «si la legalidad no nos sirve, si estorba nuestro avance, nos saltaremos la democracia burguesa y procederemos a la conquista revolucionaria del poder».


(Col. familia Giménez Caballero.)


(Arch. Urbión.)

Además, la violencia de los anarquistas en los últimos meses convenció a Largo Caballero de que tenía que intentar competir con ellos y ganar más trabajadores españoles para la causa socialista. Y pensaba que sólo lo podía conseguir rompiendo públicamente con los partidos republicanos de la clase media, con los que los socialistas habían colaborado en el gobierno, y demostrando que el suyo era el más extremista de todos los partidos proletarios españoles. En realidad, estaba equivocado en sus conclusiones, porque las disputas internas y probablemente también la violencia estaban haciendo que la gente abandonara el anarquismo, que indudablemente tenía muchos menos seguidores en Barcelona en 1933 que los que había tenido en 1931. Largo Caballero también atendía a los argumentos de sus nuevos consejeros intelectuales, los periodistas Luis Araquistain y Julio Alvarez del Vayo, de que la colaboración con la burguesía no les llevaría a ninguna parte [12]. Ambos vieron en seguida un paralelismo entre el caso español y lo que había ocurrido

[12] Araquistain había observado el éxito de los nazis siendo embajador en Berlín. Madariaga considera que estos dos cuñados procedentes de la clase media fueron las eminencias grises que arrastraron a la revolución a Largo Caballero, el sólido socialista fabiano. Hay algo de cierto en esta teoría, y, desde luego, cuando sustituyeron a Antonio Fabra Rivas, hombre mucho más experto y desilusionado, en su papel de consejero principal de Largo Caballero, comenzó el giro a la izquierda del partido.

Ernesto Giménez Caballero, escritor y político genialoide, publica obras vanguardistas y funda y dirige una influyente revista, La Gaceta Literaria, *y también el primer cine-club. Ecléctico en política, salta del socialismo a un fascismo primario, imperial, católico-romano, españolista y «literario». Se vincula a los movimientos de signo fascista, y parece que J. A. Primo de Rivera le reserva el carné número 5 de FE de las JONS. Cuenta que él presentó en San Sebastián a Pablo Picasso y a Primo de Rivera. En la fotografía de la izquierda, entre su madre y su esposa, Edith Sironi.*
Uno de los intelectuales socialistas es Luis Araquistain (derecha), que, diputado en las Constituyentes y subsecretario de Trabajo, es nombrado embajador en Berlín. Se dice de él que ejerce ascendiente sobre Largo Caballero, y que influye en el cambio que éste va a imprimir en la actitud de sus seguidores a raíz de la salida de los socialistas del gobierno.

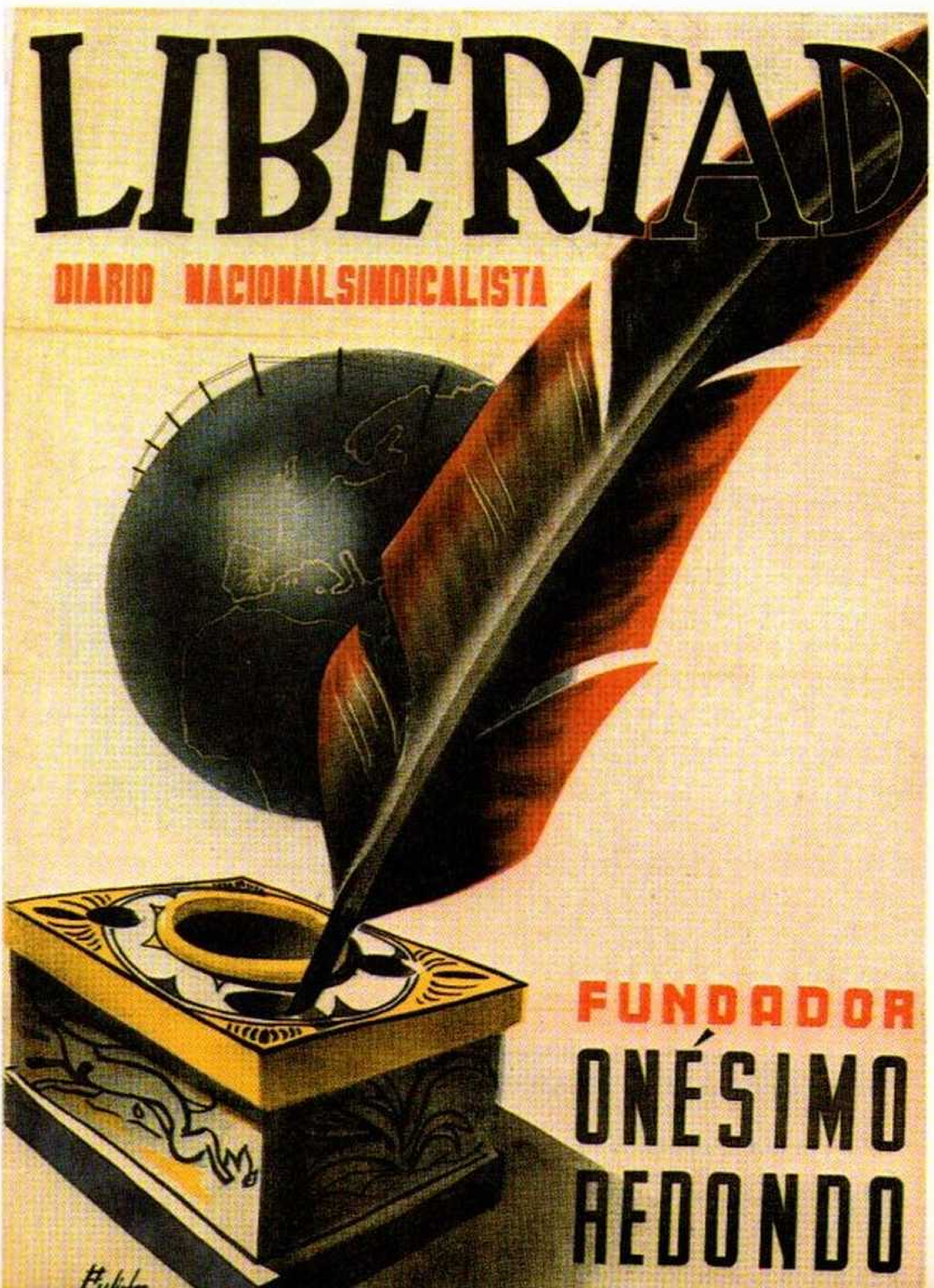
en la Alemania nazi. Entretanto muchos jóvenes socialistas, adoptando actitudes revolucionarias, estaban deseosos de entrar en acción, y un antiguo líder socialista recuerda cómo bromeaban contándose chistes sobre bombas [13].

Los orígenes de la Falange

Entre los muchos diputados de las Cortes elegidos en 1933 en representación de pequeños partidos, había tres que eran los únicos representantes de sus respectivos grupos. José Antonio Primo de Rivera, joven abogado, hijo del antiguo dictador, que se proclamaba fascista, y Francisco Moreno Herrera, marqués de la Eliseda, que durante algún tiempo fue falangista, elegidos los dos por Cádiz. El tercero era Cayetano Bolívar, que había sido elegido como diputado comunista por Málaga [14].

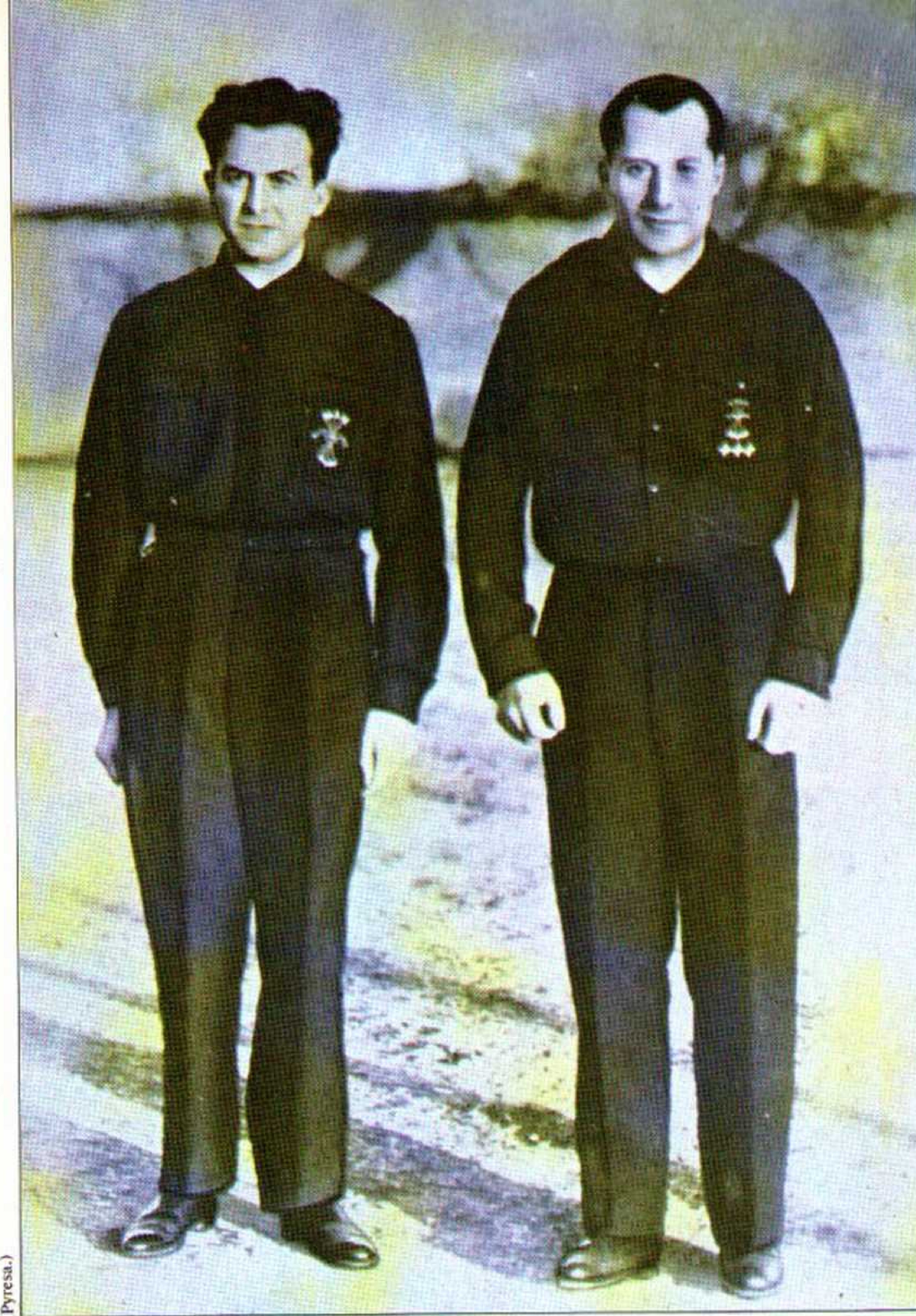
[13] Santiago Carrillo, *Demain l'Espagne* (París, 1974), p. 31.

[14] En realidad, Bolívar debió su elección a un «frente popular» local de Málaga formado por comunistas, socialistas y republicanos (Enrique Matorras, *El comunismo en España*, Madrid, 1935, p. 170).



Suele considerarse a las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista como primera manifestación del fascismo español, dejando de lado el Partido Nacionalista de Albiñana, españolista y autoritario, sin mayor significación. Las JONS, que se constituyen en 1931, integran dos grupúsculos de jóvenes apasionados e inconformistas, dirigidos por dos singulares personajes, ambos de veintiséis años de edad: Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo. Otro movimiento de mayor vitalidad y proyección externa lo dirige José Antonio Primo de Rivera, que en noviembre de 1933 funda Falange Española. En un mitin celebrado en Valladolid en marzo de 1934, en el teatro Calderón, se fusionan FE y las JONS. La mayor parte de las consignas y emblemas proceden de las JONS, como la bandera rojinegra (colores anarquistas y sindicalistas) y el yugo y las flechas, símbolo este último que, siquiera sea involuntariamente, les ha sugerido Fernando de los Ríos. No gustan llamarse fascistas, pero visten camisa azul y saludan brazo en alto.
En la ilustración de esta página, la portada de Libertad, *de corta vida, pero de gran influencia en los medios fascistas españoles. En la página contigua, Onésimo Redondo y José Antonio de uniforme.*

(Col. C. S. de Tejada.)



(Pyresa.)



(Col. particular.)

RAMIRO LEDESMA RAMOS (Alfaraz, Zamora, 1905 - Aravaca, Madrid, 1936)

Antiliberal, antiburgués y, sobre todo, anticomunista, Ramiro Ledesma es el genuino representante del ala más radical del fascismo español. Admirador de Ortega y Gasset, de Unamuno y de Nietzsche, su movimiento consiguió cierta influencia entre algunos estudiantes universitarios. Su retórica anticapitalista, su estadolatría, la defensa de la legitimidad de la violencia y la identificación emocional con un movimiento nacionalista revolucionario de trabajadores le aproximaban más al nazismo alemán que al fascismo italiano, cuyos aspectos conservadores detectó y criticó.

Modesto funcionario de Correos, hizo compatible su trabajo con los estudios. Se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid y siguió cursos de Ciencias Físicas y Matemáticas, que no llegó a terminar. Colaborador de La Gaceta Literaria **y de la** Revista de Occidente, **fundó y dirigió** La Conquista del Estado, **cuyo primer número apareció el 14 de marzo de 1931. Poco después se constituyó alrededor de esta revista un pequeño grupo político totalitario, que califica las elecciones del 14 de abril, antes de que se lleven a cabo, como «una farsa de señoritos monárquicos y republicanos», y anuncia: «contra cualquiera de los bandos que triunfe, lucharemos.»**

Al poco tiempo, Ledesma fue detenido diez días como organizador de una manifestación de protesta por el viaje de

El fascismo español había sido iniciado, durante la dictadura de Primo de Rivera, por Ernesto Giménez Caballero [15]. Este excitable D'Annunzio español había empezado su vida política como socialista, igual que la mayoría de fascistas europeos, y luego se había convertido en un admirador de Mussolini por influencia de Curzio Malaparte, al que había conocido en Italia en 1928. Al volver a España propagó una teoría de «latinidad» militante. Con ella atacaba a todo lo que había causado la decadencia de los países mediterráneos. En aquella época, Giménez Caballero veía a Alemania con especial odio, y durante un tiempo, por sorprendente que resulte, consideró a Rusia aliada del Mediterráneo. Pero el centro del mundo de Giménez Caballero era Roma, la capital de la religión y del fascismo. Después de la llegada al poder de Hitler en Alemania en 1933 revisó estas opiniones. Incluso antes de esto, los nazis

[15] Véase Stanley G. Payne, *Falange, a study of Spanish Fascism* (Stanford, 1961). Algunas de las afirmaciones de Payne son rebatidas por Herbert R. Southworth, *Antifalange* (París, 1967); véase también Maximiano García Venero, *La Falange en la guerra de España: Hedilla y la unificación* (París, 1967).

tenían sus admiradores en España. En marzo de 1931, un antiguo estudiante pobre de la Universidad de Madrid, Ramiro Ledesma Ramos, hijo de un maestro de Zamora, fundó una revista: *La Conquista del Estado*. En ella propugnaba una política parecida a la de los nazis. Ledesma llevó su admiración por Hitler hasta el extremo de copiar el mechón de pelo que le caía sobre la frente. Por otra parte, era un hombre puritano e intolerante. En *La Conquista del Estado* anunció que no buscaba votos, sino «al apolítico con sentido militar, de responsabilidad y de lucha». Los cuadros del movimiento habían de ser «jóvenes equipos militantes, sin hipocresía frente al fusil y a la disciplina de guerra; milicias civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista» [16]. Un hombre se sintió inmediatamente atraído por este rígido programa. Se trataba de Onésimo Redondo, que, igual que Giménez Caballero y Ledesma, era de la clase media, y había estudiado Derecho en Sa-

[16] *Cruzada*, III, p. 423. Ledesma recibió subvenciones de monárquicos y banqueros.

LA CONQUISTA DEL ESTADO

SEMANARIO DE LUCHA Y DE INFORMACIÓN POLÍTICA

25 céntimos

Director Fundador: RAMIRO LEDESMA RAMOS

COMENTARIOS ACTUALES

LA VIDA POLITICA

A LOS LECTORES

Al publicar el primer número de «La Conquista del Estado», nuestra declaración ideológica y táctica no puede ser otra que el manifiesto político que con el título del periódico se ha difundido en toda España durante las semanas últimas.

(Véalo en segunda plana.)

REALIDADES NACIONALES

El pavoroso conflicto del paro andaluz

LAS IDEAS Y LOS HOMBRES

Pío Baroja en la realidad de lo real

PLAGIO INEFICAZ

La violencia y la política actual

VISADO POR LA CENSURA

Saludamos con alegría a nuestros amigos y enemigos

Compresión italiana de Lenín

Frente a los liberales somos actuales.

Frente a los intelectuales somos imperiales.

¡¡Arriba los valores hispanos!!

(Arch. B. M. Patino.)

Macià a Madrid, en la que se pensaba hacer estallar unos petardos. Su actividad política le llevaría de nuevo a la cárcel durante cortos períodos: en agosto de 1932, por sus posibles conexiones con el levantamiento de Sanjurjo, en enero de 1933 y en agosto de ese mismo año, esta vez acusado de complot contra la República.

El 10 de octubre de 1931, La Conquista del Estado **anunciaba la creación de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS): «el nombre de** Juntas **alude tan sólo a la estructura... La palabra** Ofensiva **indica el carácter de iniciativa revolucionaria que ha de predominar en su actuación... El** nacional-sindicalismo **se propone resolver el problema social a base de intervenciones reguladoras del Estado en las economías privadas». Un mes más tarde, Onésimo Redondo fundía con el nuevo movimiento sus Juntas Castellanas de Actuación Hispánica. A principios de mayo de 1933 se publicaba el primer número de la revista** JONS, **órgano teórico de la organización.**

La aparición de Falange en la escena política provocó la reunión, el 11 y el 12 de febrero de 1934, por primera y única vez, del Consejo Nacional jonsista para discutir «la actitud de las JONS ante el grupo fascista FE». El día 13 se llegó a un acuerdo de fusión, que fue firmado el 15. La nueva organización pasó a llamarse Falange Española y de las JONS, y fue dirigida hasta el mes de septiembre por un triunvirato formado por José Antonio Primo de Rivera, Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma. En septiembre, el triunvirato delegó sus funciones ejecutivas en José Antonio, quien convocó el primer Consejo Nacional de Falange Española y de las JONS, celebrado del 5 al 7 de octubre. Primo de Rivera fue nombrado jefe nacional, y Ledesma, presidente de la Junta Política. Desde su nuevo puesto redactó los veintisiete puntos de la Falange, retocados por José Antonio para su aprobación.

Sin embargo, pronto aparecieron las divergencias ideológicas entre los dos líderes. Como consecuencia, Ledesma fue expulsado el 14 de enero de 1935. Desde entonces intentó inútilmente crear unas nuevas JONS y polemizó violentamente con Falange desde un nuevo semanario creado por él, La Patria Libre. **A lo largo de ese mismo año publicó su** Discurso a las juventudes de España **y, con el seudónimo de Roberto Lanza, el libro** Fascismo en España (sus orígenes, su desarrollo, sus hombres).

Detenido en Madrid el 1 de agosto de 1936, fue fusilado, junto con Ramiro de Maeztu, el 29 de octubre.

lamanca. Fue lector de español en la Universidad de Mannheim, donde pudo admirar «los desfiles imperturbables de los nazis, que son preludios de la nueva Alemania» [17]. Al volver a su Valladolid natal en 1931, durante breve tiempo se dedicó a organizar un sindicato de remolacheros, y más tarde fundó un semanario, *Libertad*, donde argüía la necesidad de la «reafirmación disciplinada del espíritu de la vieja Castilla». En septiembre, se reunieron Redondo y Ledesma, aunque el primero era católico y conservador y el segundo un radical de la clase media baja. En octubre anunciaron la formación de un movimiento que llamaron pomposamente Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (conocidas como las JONS). El programa estaba contenido en los «dieciséis puntos» de Valladolid de 1931. Entre ellos se incluían la condena del separatismo y de la lucha de clases, la aprobación de la expansión española a Gibraltar,

Once jóvenes habían firmado un manifiesto programático que comenzaba así: «Un grupo compacto de españoles jóvenes se dispone hoy a intervenir en la acción política de un modo intenso y eficaz. Somos, en gran parte, universitarios. La Universidad es para nosotros el órgano supremo —creador— de los valores culturales y científicos. Pueblos sin Universidad permanecen al margen de las elaboraciones superiores. Sin cultura no hay tensión del espíritu, como sin ciencia no hay técnica. La grandeza intelectual y la preeminencia económica son imposibles sin una Universidad investigadora y antiburocrática.» El título de este manifiesto es La conquista del Estado.
Con el mismo título se lanza un semanario, y éste es su primer número (a la izquierda), aparecido un mes justo antes de la proclamación de la República.

[17] *Cruzada, loc. cit.*



(Col. C. S. de Tejada.)

El periódico de los falangistas se titula F.E., *y su venta callejera resulta difícil y arriesgada. Stanley G. Payne escribirá muchos años después: «En cuanto apareció el primer número del semanario de Falange* F.E., *los socialistas coaccionaron de tal modo a los vendedores de periódicos, que el semanario desapareció prácticamente de los quioscos. Los estudiantes tuvieron que vocear y vender personalmente el periódico en las calles. Varias escuadras de activistas se encargaron de proteger a los vendedores de los ataques de los izquierdistas...»*

Tánger, Marruecos francés y Argelia, y el «examen implacable de las influencias extranjeras en nuestro país y su extirpación radical» [18]. Al igual que otros programas comparables de otros países, el documento incluía penas severísimas para los que «especulen con la miseria y la ignorancia del pueblo», y exigía el control (la «disciplina») de la riqueza. Ledesma y Onésimo Redondo daban un papel a la religión católica, que consideraban como la encarnación de la tradición «racial» de los españoles. El catolicismo venía a significar para Redondo lo mismo que la sangre aria para Hitler. Pero criticaban a la Iglesia española de la época. Por ejemplo, consideraban a la CEDA como la sumisa aliada de la «reacción», aunque desde el principio los falangistas hablaran casi con el mismo estilo que los dirigentes juveniles de la CEDA: así, el dirigente de las JAP, José María Valiente, quería «forjar hombres nuevos, una juventud auténtica, alegre, optimista, española, en fin, y no como esa otra, triste y áspera, avinagrada, atiborrada de novelas rusas e hija indigna de la anárquica generación del 98...» [19]. Tampoco había mucha diferencia entre la Falange y los monárquicos: «¿Qué posición es la mía? ¿La de un tradicionalista? ¿La de un fascista? De todo hay, ¿por qué negarlo?» Estos eran los comentarios del monárquico Goicoechea [20].

Durante el resto de 1931 y todo 1932, la actividad de las JONS fue escasa. No tenían fondos y la clase media de España todavía se hallaba lejos de la desesperación. Redondo tuvo un papel poco importante en el levantamiento de Sanjurjo en 1932, aunque Ledesma

[18] *Cruzada*, III, pp. 424-425.

[19] *El Debate*, 28 de junio de 1932, cit. Robinson, p. 77.

[20] Robinson, p. 130.

La vida política de Primo de Rivera, que dejará surco en la historia española, es meteórica: comienza en el mitin del teatro de la Comedia en la tarde del domingo 29 de octubre de 1933, y termina en el patio de la cárcel de Alicante en la madrugada del 20 de noviembre de 1936. Años después, refiriéndose a él, Indalecio Prieto escribirá: «Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias, que quizá fueran fundamentales, y medir las divergencias, probablemente secundarias, a fin de apreciar si éstas valía la pena ventilarlas en el campo de batalla.» Con intenciones opuestas, amigos y enemigos destacan con fruición una frase del discurso fundacional de Falange: «¿Quién ha dicho que cuando insultan nuestros sentimientos, antes que reaccionar como hombres, estamos obligados a ser amables? Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y las pistolas cuando se ofende a la justicia o a la Patria.» La propaganda electoral corresponde a las elecciones de 1933. José Antonio se presenta como independiente, pero incluido en la candidatura derechista de Cádiz.

Todos los españoles

que sientan el deseo de exteriorizar sus aspiraciones de orden y trabajo deben votar el próximo domingo la candidatura de

José Antonio Primo de Rivera,

haciendo así saber al Gobierno que España, dentro del régimen actual, exige un cambio de conducta en la dirección de la vida pública.

(Pyresa.)



(Salmer.)


(Col. Luis Gasca.)

Los años treinta son los del desarrollo de los fascismos nacionales, que toman distintos nombres, al igual que los cuarenta corresponderán al hundimiento y sepultura de esa ideología. La ilustración representa la entrada de tropas alemanas en el país de los Sudetes en 1938.

despreciaba a los militares por considerarlos reaccionarios. Mientras tanto, un grupo más temerario de jóvenes ricos se reunía en torno a José Antonio Primo de Rivera [21].

José Antonio era un abogado alto y guapo, que entonces tenía poco

[21] En 1932, Giménez Caballero ofreció a Prieto el mando supremo de los fascistas *(El Socialista,* 19 de mayo de 1949). Hay varias biografías de José Antonio, de las cuales la más interesante es la *Biografía apasionada,* de Felipe Ximénez de Sandoval (Barcelona, 1941). Véase mi *Selected Writings of José Antonio Primo de Rivera* (Londres, 1972). Las opiniones de Gil Robles, a quien José Antonio profesaba amistad, pueden verse en *No fue posible la paz,* p. 436 y ss.

más de treinta años, soltero (con un idilio desgraciado que olvidar), y lleno de deseos de agradar. Sus enemigos reconocían su encanto. Tenía «la cabeza llena de sueños [...] peligrosos para él y para nuestro pueblo, pero no eran, sin embargo, más que sueños» [22]. Sus escritos producían la impresión de proceder de un estudiante aventajado que hubiera leído, sin digerirlo del todo, un curso muy largo de teoría política. Había empezado su carrera política como monárquico, aunque estuviera disgustado con la traición (como él la calificaba) de muchos monárquicos a su padre. Seguía siendo católico. En marzo de 1933, escribió para el periódico *El Fascio* (del cual sólo apareció un número): «La patria es una totalidad histórica donde todos nos fundimos, superior a cada uno de nosotros y a cada uno de nuestros grupos [...]. La construcción del Estado deberá apoyarse en estos dos principios: [...] el servicio a la nación unida, y [...] la cooperación animosa y fraterna de las clases» [23]. Un año más tarde, proclamaba: «El fascismo es una inquietud europea, una manera nueva de concebir todo: la Historia, el Estado, la llegada del proletariado a la vida pública; una manera nueva de concebir los fenómenos de nuestra época e interpretarlos con sentido propio. El fascismo triunfó ya en varios países, y ha triunfado en algunos, como en Alemania, por la vía democrática más irreprochable» [24]. José Antonio siempre estaba dispuesto a luchar contra cualquiera que criticara a su padre, y, en cierto modo, su carrera política fue simplemente un intento de reivindicar la memoria del viejo dictador. De su padre heredó el desprecio por los partidos políticos, una creencia —instintiva en el padre y racionalizada en el hijo— en la «intuición»: el triunfo de la experiencia sobre el intelecto. El punto de vista de José Antonio era paternalista. El Estado liberal, decía, significa la «esclavitud económica, porque a los obreros, con trágico sarcasmo, se les dice: "sois libres de trabajar lo que queráis, nadie puede compeleros a que aceptéis tales o cuales condiciones. Ahora bien, como nosotros somos los ricos, os ofrecemos las condiciones que nos parecen [...]; si no aceptáis las condiciones que nosotros os impongamos, moriréis de hambre, rodeados de la máxima dignidad liberal"» [25]. Con su encanto, su desprecio aristocrático por el dinero, su voluntad de correr riesgos, José Antonio era un típico señorito de Andalucía, de donde procedía su familia. Pero tenía una conciencia social atípica en aquel medio y una piedad filial igualmente atípica. El poema favorito de José Antonio era *If*, de Kipling. A veces leía trozos de él, en español, a sus seguidores, antes de la instrucción de los domingos o antes de una posible algarada callejera. En octubre de 1933 fundó su propio partido, Falange Española, aunque no estaba seguro de sus capacidades de dirigente: «La actitud de duda y el sentido irónico, que nunca nos dejan a los que hemos tenido más o menos una curiosidad intelectual —escribía—, nos inhabilitan para lanzar las robustas afirma-



(Popperfoto.)

Primo de Rivera se ha mantenido distanciado de la política, salvo para reivindicar y hacer respetar la memoria de su difunto padre, que anda maltratada. De no mediar esa circunstancia cabe suponer que se hubiese dedicado a su profesión de abogado. «No puede quedar flotando sobre la memoria de un hombre el cúmulo de feroces acusaciones que se han lanzado contra el general Primo de Rivera. Hay que conminar a los acusadores para que precisen con pruebas, valerosamente, sus cargos...», escribe en ABC en diciembre de 1931, y añade: «Bien sabe Dios que mi vocación está en los libros, y que el apartarme de ella para lanzarme momentáneamente al vértigo punzante de la política me cuesta verdadero dolor...»
En la fotografía, José Antonio con su padre y sus hermanas Pilar y Carmen. Otro hermano, Fernando, morirá también violentamente en la guerra; y un tío, y cinco primos.

22 José Antonio Balbontín, *La España de mi experiencia* (México, 1952), p. 306.
23 *Cruzada*, I, p. 594.
24 *Ibíd.*, II, p. 21.
25 Discurso de la fundación de F. E. pronunciado en el Teatro de la Comedia de Madrid por José Antonio el 29 de octubre de 1933 (*Obras completas*, Madrid, 1942, pp. 17-28).

ciones sin titubeos que se exigen a los conductores de masas» [26]. «¡Cómo sufro cuando veo esos brazos en alto que me saludan!», dijo a Ximénez de Sandoval.

Dos días después de que un jonsista de Madrid, Matías Montero, fuera asesinado cuando voceaba el periódico falangista *F.E.*, por un miembro de la FUE (la Federación Universitaria Escolar, el sindicato estudiantil más importante, fundado en 1927 y entonces controlado por estudiantes de izquierdas) [27], José Antonio y Ledesma Ramos negociaron la fusión de la Falange y las JONS. Las JONS habían tenido algún éxito en 1933: se formó un grupo de estudiantes, el Sindicato Español Universitario (SEU), que reunía unos 400 estudiantes, y alrededor de otros 100 «militantes» fueron organizados para pelear en las calles, en grupos de cuatro [28]. El


(Arch. Urbión.)

Julio Ruiz de Alda, con Primo de Rivera y Ramiro Ledesma, forma el «triunvirato» que dirige inicialmente FE de las JONS. Pertenece a una familia navarra de cepa carlista; militar y aviador, es uno de los héroes del vuelo del hidroavión Plus-Ultra, *que efectuó como copiloto de Ramón Franco, su amigo fraterno. Nacido en 1897, no cumplirá los cuarenta años, porque va a morir en el asalto a la cárcel Modelo de Madrid. En el cine Europa se dirige al público vestido con camisa azul.*

[26] Carta del 2 de abril de 1933 a Julián Pemartín, citada en Sancho Dávila y Julián Pemartín, *Hacia la historia de la Falange* (Jerez, 1938), vol. I, p. 24.

[27] Los que se oponían a la Falange fueron los primeros en disparar en una serie de encuentros; el primer falangista muerto fue un jonsista, en noviembre de 1933. Pero la Falange había invitado a esto, ya que uno de sus principios era el uso de la fuerza.

[28] Véase Payne, *Falange*, p. 45, y las referencias que allí hay. Ledesma pensaba que la unificación con la Falange le daría una plataforma más amplia; José Antonio pensaba que las JONS le ayudarían contra los elementos más burgueses de la Falange. Parece que sólo hubo un miembro de las JONS que prefirió dimitir a unirse con José Antonio: Santiago Montero Díaz, de la Universidad de Santiago, que era un ex comunista.

nuevo partido unificado (que empezó a existir el 13 de febrero de 1934) adoptó el símbolo de las JONS del yugo y las flechas, pero, del triunvirato dirigente, dos —José Antonio y Ruiz de Alda— procedían de Falange, y sólo Ledesma de las JONS. Gran parte de los lemas del partido fueron ideados por Ledesma, Sánchez Mazas y Juan Aparicio: «¡Arriba!»; «¡España, Una, Grande, Libre!», y «¡Por la Patria, el Pan y la Justicia!» Pero José Antonio eclipsó a sus compañeros por su prestigio social, su dignidad como diputado

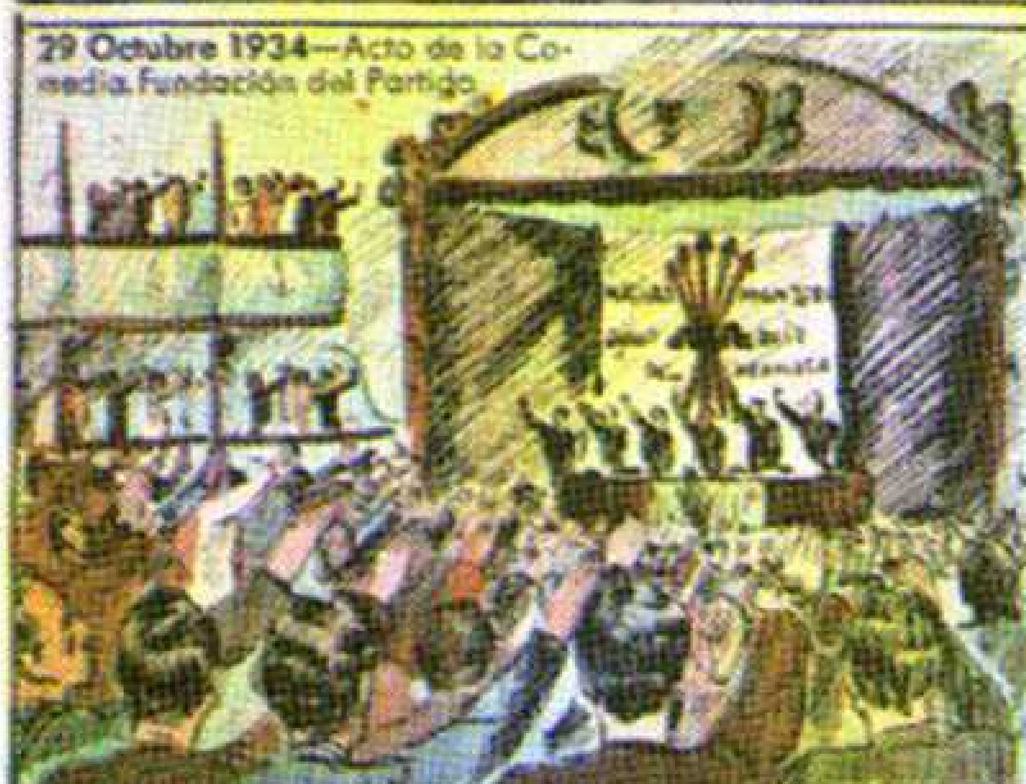


(Pyresa.)

Las grandes fechas de la Falange

















(Col. Luis Gasca.)

Matías Montero (arriba), afiliado a la FUE, dirige el 9 de febrero de 1931 a Ramiro Ledesma la siguiente carta, que copia David Jato: «Habiendo leído el manifiesto La conquista del Estado, *que usted suscribe como presidente, y sinceramente convencido de que su ideario viene para abrir un camino salvador en la actual confusión político-social, envío desde luego mi adhesión y le ruego que envíe folletos que expliquen detalladamente lo que va a ser el partido. Yo soy estudiante de Medicina y cuento actualmente diecisiete años, pero me falta muy poco para cumplir dieciocho...» Tres años después exactamente, el 9 de febrero, caía acribillado a balazos en la calle Mendizábal. El entierro de Matías Montero inicia el ceremonial que continuará después con los que van a seguirle. Manuel Tagüeña, a quien la noticia le produjo «una enorme impresión», pues conocía de la FUE a Matías Montero y poco antes del suceso se habían saludado, vio cómo le seguía «un sujeto vestido de obrero, bajo y con los ojos saltones»; es Francisco Tello, su matador, afiliado a la UGT, que será condenado a veintitrés años de prisión. En esta página y en la ilustración de la izquierda, grandes fechas de FET y de las JONS, según la propaganda posterior del franquismo.*

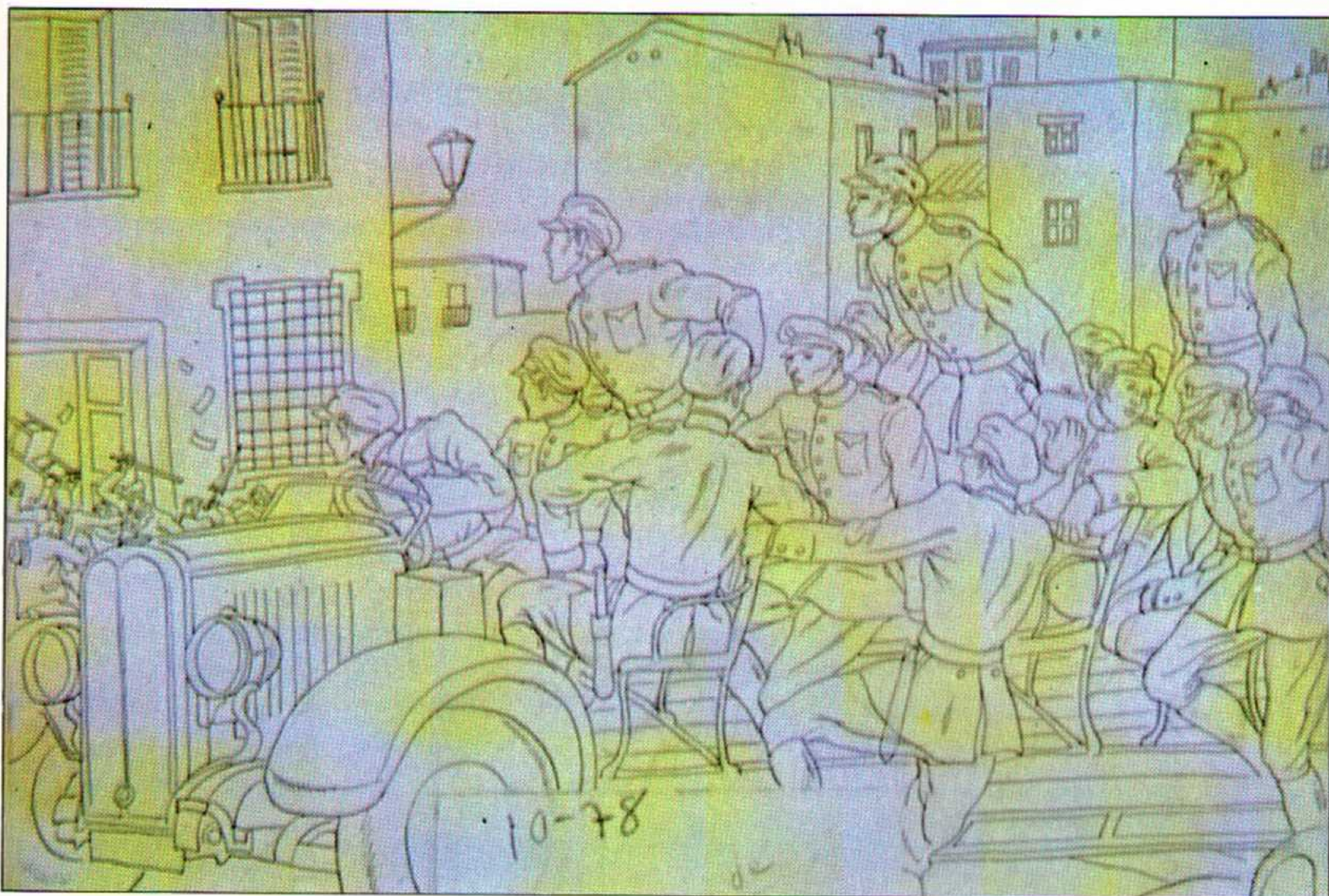
—había sido elegido por intereses conservadores en Cádiz— y su atractiva personalidad. En la primavera de 1934, visitó Alemania, vio a Hitler, pero regresó a España criticando a los nazis. Seis meses antes le había gustado más Mussolini [29], y él había producido «una profunda impresión» a sir Oswald Mosley, en Inglaterra [30]. El 14 de marzo de 1934, se celebró en Valladolid el primer mitin nacional de la Falange y de las JONS. José Antonio pronunció un discurso vigoroso y al mismo tiempo «poético», en la calle hubo disturbios con los socialistas, pero esto no impidió el buen comienzo del movimiento. Varios oficiales retirados se ocuparon de la organización del entrenamiento paramilitar. Los dirigentes continuaron hablando en tono belicoso, aunque hasta mediados de 1934 José Antonio no aceptó todas las implicaciones de sus propias palabras. Así y todo, siempre se mostró reacio a la hora de apoyar el terrorismo [31]. Un hecho decisivo fue la paliza mortal que recibió un joven falangista en la Casa de Campo, en las afueras de Madrid, y el subsiguiente asesinato de una chica socialista, Juanita Rico, que había profanado su cadáver; para el asesinato, parece ser que se dispuso del coche de un joven diplomático falangista, Alfonso Merry del Val. Los falangistas se consideraban una élite heroica de jóvenes cuya misión era liberar a España del veneno del marxismo

Las JAP (Juventudes de Acción Popular), cuyo líder es José María Valiente (en la ilustración), movilizan auténticas masas y disponen de mayores medios que los falangistas. Aunque influidas en algunas formas externas, y aun ideológicas, por los movimientos totalitarios, distan de ser una organización fascista. Preconizan la disciplina, el regionalismo como fundamento del nacionalismo, el antiparlamentarismo y la antidictadura, mejor distribución de la riqueza, el espíritu de sacrificio, etcétera. Las JAP son promotoras de las grandes concentraciones derechistas y exaltan la figura del Jefe, *que es Gil Robles. Cuando la situación política se halle al borde de la guerra civil, los japistas más inclinados hacia el fascismo desertarán para incorporarse a Falange.*

[29] Véase su extraño artículo sobre el tema a su regreso, en *Obras*, p. 522 y ss.
[30] Sir Oswald Mosley, *My Life* (Londres, 1968), p. 421.
[31] Payne, pp. 53-55. Esta aversión a apoyar la violencia fue un motivo de disputa entre José Antonio y sus seguidores más militantes durante todo el año 1934.



(Arch. Urbión.)



(Col. C. S. de Tejada.)

Los guardias de asalto son acusados por las extremas izquierdas y por las extremas derechas, es decir, por cuantos perturban el orden público, pues su misión es hacerlo respetar. La quiebra del orden público, la inestabilidad ciudadana y la falta de confianza en el gobierno, de izquierdas o derechas, serán a la larga uno de los motivos que harán que la república democrática sea sacrificada en julio de 1936. Y, sin embargo, se vive casi en perpetuo régimen de excepción, y los gobiernos no se muestran blandos en combatir contra el desorden ni en la represión. Hay una pregunta que muchos españoles se formulan sin acertar con la respuesta: ¿cuál es el mal que aqueja a la República? El dibujo de Carlos Sáenz de Tejada es elocuente por sí mismo.

y de lo que ellos consideraban el provincianismo rastrero y torpe de los valores liberales ortodoxos.

La mayoría de los miembros de la Falange eran jóvenes. Ledesma pensaba que no había que permitir que fuera miembro nadie de más de cuarenta y cinco años, y, en realidad, el Estado nacionalsindicalista iba a ser para menores de cuarenta años. Una gran minoría eran hijos insatisfechos de los ricos, ansiosos de un clima —como mínimo— de violencia. Había unos cuantos ex socialistas y ex comunistas descontentos. Otros eran supervivientes de la antigua Unión Patriótica del dictador. Muchos eran miembros frustrados de la clase media, como el propio Ledesma, que ansiaban una sociedad más heroica que la que se podían permitir. La mayoría procedían del centro de España. En Madrid había un fuerte grupo de taxistas falangistas. El grupo más numeroso probablemente estaba formado por estudiantes [32]. Los fondos procedían de hombres de

[32] Payne da cifras oficiales de febrero de 1936 sobre los orígenes de las JONS de Madrid:

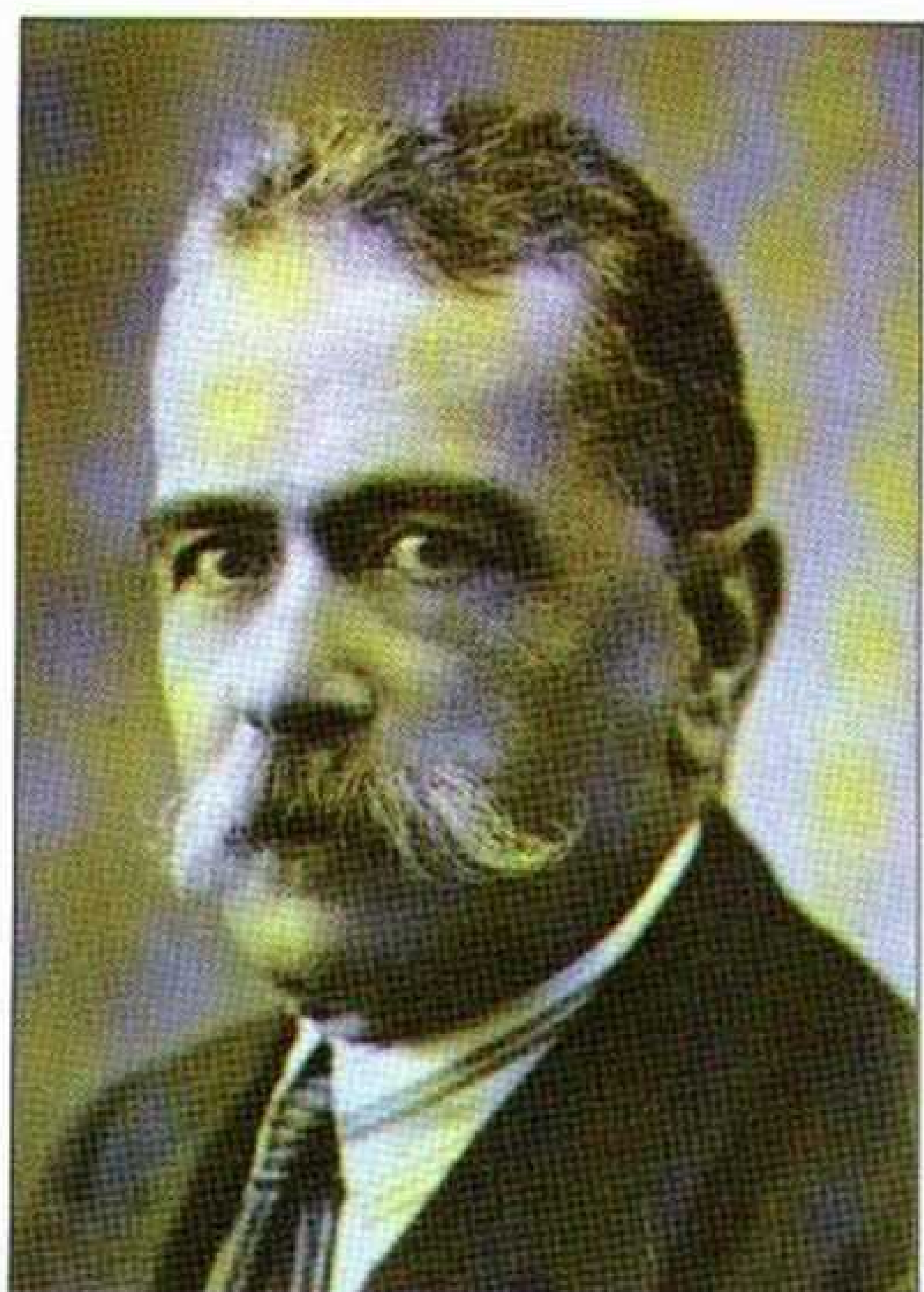
Obreros y empleados	431
Oficinistas	315
Obreros especializados	114
Profesiones liberales	166
Mujeres	63
Estudiantes (excluidos los universitarios)	38
Pequeños comerciantes	19
Oficiales y aviadores	17

negocios y de los monárquicos, siempre dispuestos a meterse en cualquier nuevo movimiento derechista, pero el partido andaba escaso de dinero. Parte de la «ideología» se expresaba con fraseología carlista, así que no fue casual que uno de los oficiales del ejército que enseñaba a los jóvenes falangistas los rudimentos del manejo de armas fuera el coronel retirado Ricardo Rada, quien haría lo mismo con los carlistas en fecha posterior.

Los comienzos del comunismo español

En el otro extremo de la baraja política, el partido de Cayetano Bolívar, el diputado comunista por Málaga, probablemente tenía en 1933 unos 25.000 miembros [33].
Sus orígenes deben buscarse entre los sectores pro bolcheviques de

[33] En un artículo de «A. Brons» aparecido en *Internacional Comunista* el 15 de diciembre de 1933, se calculaba en «casi 25.000» el número de miembros del Partido Comunista.



(Pyresa.)

Antonio García Quejido (arriba) es un viejo socialista compañero de Pablo Iglesias. Cuando en el congreso del PSOE de abril de 1921, que se celebra en la Casa del Pueblo de Madrid, se plantea el conflicto entre los que desean adherirse a la Tercera Internacional y los que se oponen, García Quejido figura entre los primeros, a quienes llaman «terceristas». Cuando salen derrotados en la votación, abandonan la sala y se dirigen a la Escuela Nueva, en la calle de los Madrazo, y allí fundan el Partido Comunista Obrero Español, de cuya comisión ejecutiva figura a la cabeza García Quejido. No tardarán en fusionarse con el Partido Comunista Español, del cual García Quejido, cuyo prestigio explotan, será también presidente de la ejecutiva. Morirá en 1927.



(Pyresa.)

los movimientos socialista y anarquista en la época de la Revolución rusa. En abril de 1920, la mayoría del comité ejecutivo del movimiento juvenil socialista se había declarado favorable a la Unión Soviética y, al cabo de poco, formaron el primer Partido Comunista español. Aunque no tuvieron partidarios entre los militantes de su organización, en junio del mismo año una mayoría del Partido Socialista se pronunciaba a favor de la entrada en el Komintern. El resultado de la votación fue de 8.270 votos a favor, 5.016 en contra y 1.615 abstenciones. Mientras tanto, el sindicato socialista, la UGT, se mantenía en su posición no comunista, y se afilió a la Internacional Laborista y Socialista (socialdemócrata) [34]. El segundo congreso del Komintern se celebró en Moscú, como estaba previsto. Sin embargo, no hubo delegados socialistas, y el único representante español fue Angel Pestaña, director del periódico anarquista *Solidaridad Obrera*, que había sido enviado a Rusia por los anarquistas para hacer el mismo tipo de informe que habían

[34] El libro de Meaker es, con mucho, el mejor análisis para estudiar todo esto.



Los militantes y simpatizantes del PCE son tan poco numerosos que sólo consiguen un diputado, Cayetano Bolívar, elegido en Málaga gracias al apoyo de las izquierdas. La organización interna del PCE en estas fechas y la tesonera actividad de sus militantes hacen que el partido mantenga una presencia viva en la calle y en la prensa. La revolución rusa y el desarrollo de la URSS, cuya fuerza exagera la Tercera Internacional, convierten al comunismo en el coco de las derechas, que, sea por desinformación o por visión de futuro, ven en él su más peligroso enemigo. Atribuirle al PCE tantos males y maldades contribuye a la propaganda, al hacerle aparecer ante propios y extraños como dueño de poderes superiores a los reales. En la fotografía, una actuación de los guardias de asalto durante unos disturbios provocados en Vallecas por los comunistas. En el gabinete ministerial ya no están los socialistas, ahora gobierna Lerroux; en el semanario de las juventudes socialistas se escribe: «La revolución proletaria significa la destrucción total de las fuerzas de asalto. No la eliminación de jefes y soldados sospechosos, sino la destrucción total, el aniquilamiento y la aplicación de tribunales a todos los individuos del cuerpo, a fin de que, por medio de juicio sumarísimo, respondan de su actuación dentro del estado burgués. Muchas sentencias se habrán de firmar. Estamos seguros de que antes y después los jóvenes socialistas estarán dispuestos con entusiasmo a darles cumplimiento.»

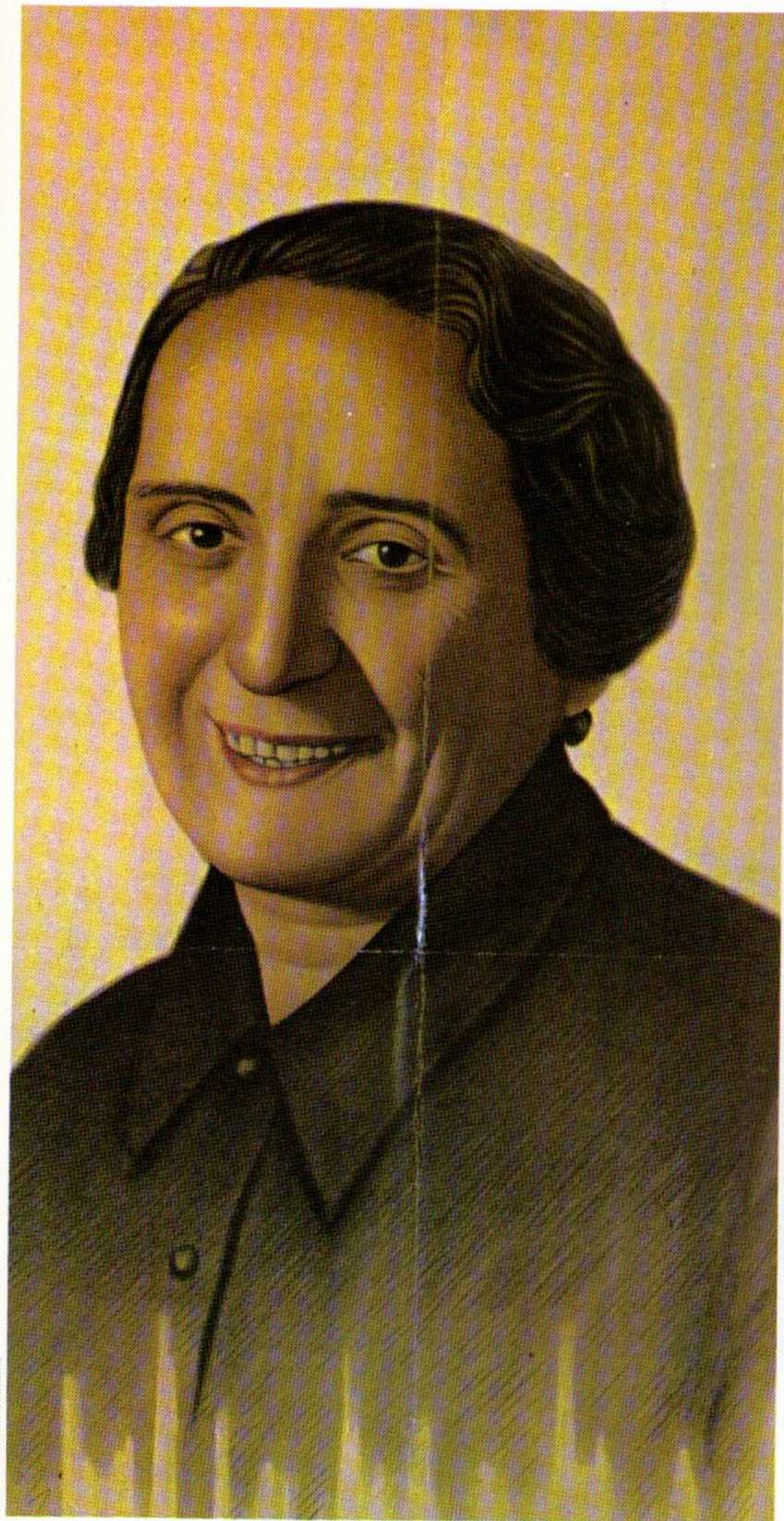
Hasta la revolución de octubre, la más constante y activa rebeldía armada corresponde a los anarcosindicalistas. Durante el mandato ministerial de Martínez Barrio, y ocupando la cartera de Gobernación Rico Avello, se produce un violento movimiento revolucionario cuyo epicentro podría situarse en Zaragoza. Conoce el gobierno la inminencia del estallido y descubre antes muchos depósitos de armas y explosivos. El 8 de diciembre de 1933 se inician los hechos. Aragón, Cataluña, la Rioja, Alava, La Coruña, Valencia, Málaga..., el movimiento subversivo, con choques que ocasionan muertos y heridos por ambas partes, se extiende a toda España. Se tirotean y hacen descarrilar trenes, se atacan cuarteles, estallan bombas, se repite la inevitable quema de edificios religiosos. En la fotografía, prisioneros hechos entre los revoltosos de Cataluña.

pedido los socialistas a De los Ríos y Anguiano. Pestaña se había mostrado muy crítico. Poco después del regreso de Pestaña, llegaron a Rusia los socialistas. Iban acompañados por Julio Alvarez del Vayo, entonces corresponsal extranjero acreditado en Alemania. De los Ríos se mostró hostil, y propuso que se anulara la entrada provisional en el Komintern; Anguiano apoyó la entrada, con condiciones. Fue convocada para abril una conferencia extraordinaria del Partido Socialista para considerar de nuevo toda la cuestión [35]. Sucedieron varias semanas de discusiones, en medio de un clima político de alta tensión. (El presidente del gobierno, Dato, fue asesinado por los anarquistas el 8 de marzo.) Pablo Iglesias, ya anciano, dirigió una enérgica campaña contra el Komintern, y eso inclinó la balanza; un viejo camarada de los años 80, García Quejido, defendió la otra posición. Después de largos debates, finalmente el partido decidió por 8.808 votos contra 6.025 no entrar en la Tercera Internacional [36]. Los líderes de los «terceristas» (esto es, los partidarios del ingreso) se separaron para formar un segundo partido comunista español, el Partido Comunista Obrero de España [37]. A él pertenecía la joven Dolores Ibárruri, «la Pasionaria».

[35] Véase Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Soviética* (2.ª ed., Madrid, 1970).
[36] García Venero, *Historia*, vol. II, pp. 296-323.
[37] García Venero, *Historia*, vol. II, pp. 345-359; Julián Zugazagoitia, *Historia de la guerra en España* (Buenos Aires, 1940), p. 40.

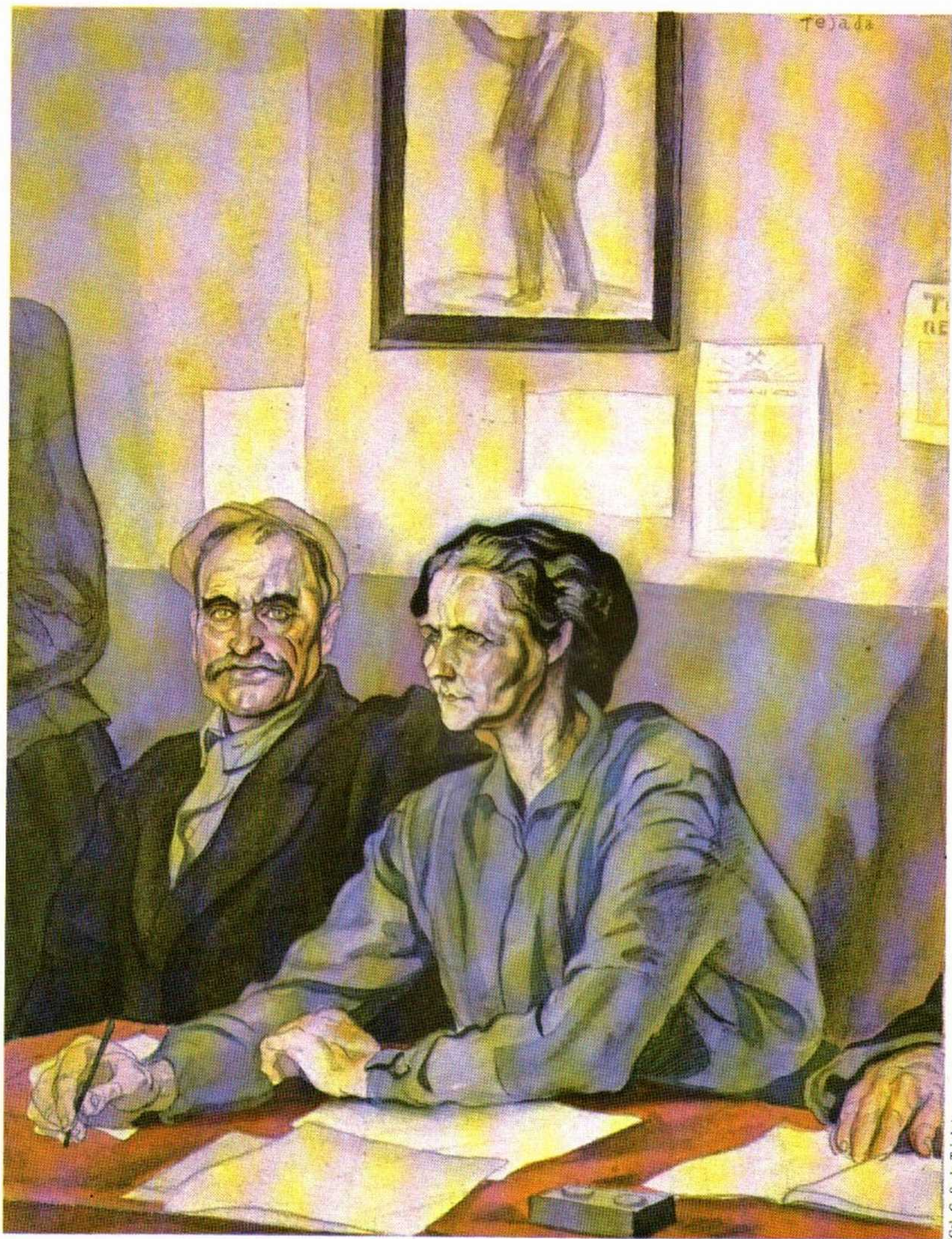


(Arch. B. M. Patino.)



(Serv. Histórico Militar.)

Dolores Ibárruri, o Ibarruri, es una de esas figuras sobresalientes de la política española cuya biografía es difícil de establecer, porque, ocupando el centro mismo de una continua y enconada polémica, los juicios y testimonios sobre ella son extremadamente contradictorios, y hasta los hechos de su propia vida, sus actuaciones, tienden a desfigurarse por unos y por otros. Su obra autobiográfica, pero eminentemente política, El único camino, *sólo en parte puede utilizarse como base. «La Pasionaria» sirve de piedra de toque para averiguar las posiciones políticas y el grado de apasionamiento de quienes sobre ella opinan. Lo que nadie puede regatearle es su personalidad y su protagonismo en la política de una época, determinado no tanto por sus facultades decisorias dentro del PCE, que ignoramos hasta dónde alcanzaban, como por la autoridad que ejerce por el efecto de su persona convertida en símbolo. Nacida en Gallarta, en la zona minera de Vizcaya, en 1895, todavía no ha cumplido los cuarenta años, pero deja atrás una accidentada historia de luchadora obrera que del socialismo ha pasado al comunismo en los primeros y difíciles años de este partido. En 1931 se traslada a Madrid, y cuando en 1932 se expulsa a Bullejos y a sus seguidores de la dirección del partido, Dolores, que supo entonar a tiempo el* mea culpa, *entra a formar parte del comité ejecutivo. A partir de ese momento su figura empieza a popularizarse; participa en congresos y actos del PCE y su labor propagandística es dilatada y eficaz. En febrero de 1936 es elegida diputada por Oviedo; su actividad dentro y fuera del Parlamento es muy destacada, y se cumple dentro del extremismo propio en esa época del partido al cual obedece y sirve. La vida de Dolores Ibárruri es intensa y apasionada; en varias ocasiones es encarcelada, viaja, discute y lucha. En su biografía se dan momentos estelares, como la noche del 18 de julio de 1936, en la cual pronunciará un vibrante y conocido discurso por los micrófonos de Unión Radio Madrid. Después vendrán la guerra y el exilio, y el retorno, pero ya es otra historia.*



(Col. C. S. de Tejada.)



(Pyresa.)

El aragonés Joaquín Maurín (izquierda) milita primero en el sindicalismo, hasta que, enviado por la CNT con Nin, Arlandis, Ibáñez y el anarquista Gaston Leval a la URSS, y después de tratar en vano de que el citado sindicato no abandone la Tercera Internacional, ingresa en el Partido Comunista. Dirige la Federación Catalano-Balear, pero, en conflicto con las directrices ortodoxas, se fusiona con el Partit Comunista Catalá, de Jordi Arquer, adherido a la Tercera Internacional, y forman el Bloc Obrer i Camperol, que, a su vez, en septiembre de 1936 se fusionará con Esquerra Comunista de Andrés Nin; el resultado es el POUM. Maurín saldrá elegido diputado por Barcelona en 1936. En la página anterior vemos a una mujer presidiendo un tribunal de justicia en la URSS. La revolución de 1917 fue un centro de atención y atracción para la izquierda española.

Esto dio como resultado otra invitación a Moscú: esta vez al primer Congreso de la Federación Comunista de Sindicatos, que se dio a conocer con el nombre de «Profintern» —de hecho, la sección sindical del Komintern—. Los dos pequeños partidos comunistas españoles fueron invitados a enviar una delegación conjunta, y la CNT también fue invitada. Esta envió a su nuevo secretario general, Andrés Nin, un joven periodista ex socialista; a Hilario Arlandis, un escultor de Valencia; a Joaquín Maurín, un maestro de Lérida; y a Gaston Leval, un anarquista francés [38]. Nin, brillante lingüista, admiró tanto la Revolución rusa que se quedó en Moscú, mientras que Maurín y Arlandis regresaban a España para intentar convencer a sus amigos anarquistas de que apoyaran a Lenin. Leval fue el único que mostró escepticismo ante lo que veía y siguió siendo anarquista. Entretanto, los dos pequeños partidos comunistas españoles de origen socialista se fusionaron, con la ayuda de varios delegados del Komintern —los primeros de la larga serie de comunistas internacionales que vinieron a España entre aquella fecha y 1939 para guiar y, en ocasiones, castigar al Partido Comunista español— [39]. Entre estos primeros delegados se encontraban Roy, el comunista indio; el famoso revolucionario «Borodin»; Antonio Graziadei, un comunista intelectual italiano, y Jules Humbert-Droz, uno de los fundadores del Partido Comunista suizo. Iglesias se compadeció de Roy y, al rechazar sus argumentos, le dijo



(Pyresa.)

Entre los agentes comunistas que vienen a España en los primeros años, figura el indio M. N. Roy, que llega acompañando a Mijail Borodin, delegado del Komintern.

[38] Memorándum de Maurín, 10 de septiembre de 1963. Un quinto delegado era un carpintero ex socialista, Jesús Ibáñez. Véase Meaker, pp. 422-423.

[39] Los asuntos de España estaban asimilados a los de Portugal, México y América del Sur, que posteriormente fueron coordinados por el secretariado nacional dentro del secretariado del Komintern. En 1924 dicho secretariado tenía 400 miembros, pero sólo existen conjeturas respecto a dichas cifras para los años 30. Véase E. H. Carr, *Socialism in One Country*, vol. III, parte II (Londres, 1964), p. 909.



M. HUMBERT DROZ
secrétaire de la 3e Internationale
EST ARRÊTÉ A PARIS

Il avait été l'objet d'un arrêté d'expulsion en juin 1926

Depuis plusieurs semaines, le service des renseignements généraux de la préfecture de police avait été avisé qu'un communiste militant notoire, M. Humbert Droz, secrétaire de la IIIe Internationale pour les pays latins, se préparait à gagner Paris, afin de s'y entretenir avec son parti au sujet des prochaines élections législatives en France.

Or, en raison de son attitude, M. Humbert Droz, qui est Suisse, avait fait l'objet, l'année dernière, d'un arrêté d'expulsion. En conséquence, les policiers chargés de le surveiller devaient l'appréhender dès qu'il aurait mis le pied sur le territoire français. Mais en dépit des mesures prises à la frontière pour

(Col. particular.)

El suizo Jules Humbert-Droz, delegado de la sección latina de la Tercera Internacional. Viene a España a principios de los años veinte. Tiene que terciar en las primeras disidencias y cominerías de los comunistas españoles, que dan pruebas de su incapacidad e ineficacia organizativa. Caído después en desgracia, le sustituye en Moscú el búlgaro Stepanov, y a él le envían a España en 1930 en calidad de instructor de la Profintern (Internacional Sindical Roja). El Komintern ha enviado también a Duclos, «Stirner», Rabaté y «Pierre», y entre los cinco usurpan las atribuciones del buró político de los españoles.

que era «una víctima de un nuevo fanatismo» [40]. En 1922 había quizá 5.000 miembros [41]. Maurín y Arlandis se unieron al partido, que tenía su base en Barcelona. Casi todos los dirigentes fueron arrestados tras el pronunciamiento de Primo de Rivera en 1923. Surgieron otros: Oscar Pérez Solís, un activo ex oficial de artillería que había sido socialista y al principio se resistía fuertemente a la idea de unirse a los comunistas [42]; José Bullejos, un funcionario de correos de Bilbao, y su cuñado, Gabriel León Trilla, estudiante, hijo de un coronel. Todos eran semiconspiradores tenebrosos más que dirigentes políticos, y actuaban entre bastidores, infiltrados en los principales movimientos obreros españoles. Como cualquier militante de los partidos comunistas de la época, no eran más que los miembros locales de un movimiento internacional, la Tercera Internacional comunista (Komintern). En general, todos se iban de España al salir de la cárcel.

De estos primeros comunistas, puede considerarse característico a Julián Gorkin (su verdadero nombre era Julián Gómez), tanto por su origen como por su carrera posterior [43]. Hijo de un carpintero analfabeto de fuertes sentimientos republicanos, Gorkin ingresó en la Juventud Socialista de Valencia, pero quedó fascinado con las noticias de la Revolución rusa. Se hizo comunista en 1921, y fundó el partido en Valencia cuando tenía veinte años recién cumplidos. Se marchó a Francia, donde fue expulsado por la policía y por ello pasó a la clandestinidad, a sueldo del Komintern, editando un periódico comunista en París y actuando como representante del Komintern entre los exiliados españoles de aquellos años. Gorkin abandonó el Partido Comunista debido en parte a que descubrió que Moscú le estaba espiando por medio de una joven de Tiflis pagada por la policía secreta política rusa, la GPU; en parte, porque el Komintern, a través de su principal representante en París, el lituano August Guralsky (cuyo verdadero nombre era Abraham Heifetz, pero también tenía el alias de «Kleine»), le ordenó que planeara el asesinato del general Primo de Rivera —aunque después se abandonó la misión—; y en parte porque Gorkin hizo causa común con Trotsky contra Stalin a finales de la década de los 20. Rompió con el partido en 1929 (y después reapareció, junto con muchos otros de estos primeros comunistas españoles, como dirigente del partido marxista antiestalinista, el POUM) [44].

[40] M. N. Roy, *Memoirs* (Bombay, 1964), p. 234.

[41] Los miembros del primer comité central eran: César R. González (ex socialista), secretario general; Ramón Lamoneda (ex socialista, que más tarde volvió con los socialistas), secretario de trabajo; Juan Andrade (primero radical, luego socialista, y futuro dirigente del POUM), director del nuevo periódico comunista *La Antorcha;* Evaristo Gil (ex socialista), Joaquín Ramos, José Baena, Luis Portela (de la Juventud Socialista), y Antonio García Quejido, el socialista español más famoso después de Iglesias, uno de los tipógrafos que habían fundado el Partido Socialista en la década de 1870. Andrade, conocido por su «pluma incisiva y cruel», escribió una vez a un corresponsal en Holanda —detalle conmovedor— para preguntarle si no podría enviarle una compañera holandesa: «Me gustaría hablar con mujeres que no sean como las españolas: muy guapas y muy ignorantes».

[42] Véase el interesante estudio de Meaker.

[43] Véase Julián Gorkin, «My Experiences of Stalinism», en *The Review*, n.º 2, publicada por el Imre Nagy Institute for Political Research, octubre de 1959.

[44] Conversación con Julián Gorkin. Véase Víctor Serge, *Memoirs of a Revolutionary* (Londres, 1963), p. 158; Gunther Nollau, *International Communism and World Revolution* (Londres, 1961), p. 69.



(Pyresa.)

En 1927 el PCE consiguió un pequeño refuerzo con la adhesión de la mayoría de los dirigentes anarquistas de Sevilla, especialmente entre los obreros portuarios, los metalúrgicos y los panaderos. Esto dio al partido cierta influencia en aquella ciudad. En la conferencia del partido celebrada en Vizcaya en 1928 se discutió si había que tomar parte o no en la Asamblea Nacional propuesta por Primo de Rivera; un representante del Komintern, el veterano comunista polaco Henry Walecki [45], arguyó en favor de la colaboración, pero

El Partido Comunista, bajo la dirección de José Bullejos (a la izquierda), ni se desarrolla ni adelanta; la etapa Bullejos está llena de problemas personales, pleitos internos y errores tácticos. Los agentes extranjeros que orientan al comité central desde Moscú, desde cualquier ciudad europea o desde la misma España, evidencian un total desconocimiento de las cuestiones internas españolas. El PCE, perseguido unas veces más y otras menos, todavía es un grupo sin importancia numérica.

[45] «Walecki» era característico de una generación de conspiradores internacionales comunistas que desempeñaron un papel en la historia de España. Se llamaba Maximilian Horwitz y había nacido en Varsovia en 1877, en una familia de clase media. Fue enviado dos veces a Siberia antes de 1914, estuvo presente en Zimmerwald, en el congreso que celebró en Milán el partido italiano en 1921 y en la conferencia que celebró en Marsella el partido francés ese mismo año. En Estados Unidos se le conocía como «Brooks». ¿Dónde no había estado en nombre de la Revolución? Murió en la cárcel, en Moscú, en 1937.



(Pyresa.)

La figura y personalidad de Oscar Pérez Solís son bastante peculiares. Era capitán de artillería cuando en 1913 abandonó la carrera de las armas. Había nacido en Castilla la Vieja. Así le describe Víctor Alba: «Era un tipo romántico, solterón, que, habiendo perdido la fe en Dios, buscaba a éste en el pueblo, como él mismo decía. Después de un período anarquista, influido por uno de los reclutas de su regimiento, se acercó a los socialistas...» Dentro del PSOE pertenece primero a la línea moderada, pero, expulsado de Valladolid, se radicaliza en Vizcaya en vista de la inoperancia del reformismo socialista. En el congreso del PSOE de 1921 es de los que llevan la voz cantante —y gritante— contra Largo Caballero, Besteiro y De los Ríos, y sigue a García Quejido en la escisión. En el campo comunista ocupa importantes puestos y llega a miembro del ejecutivo de la Tercera Internacional.
En el recorte del Heraldo de Madrid *puede leerse algo sobre la vuelta al catolicismo de Pérez Solís, «catequizado» por el dominico padre Gafo. Este último morirá en la guerra, y Pérez Solís, reingresado en el ejército, se distinguirá en la defensa de Oviedo a las órdenes de Aranda. En la página siguiente, portada de una revista doctrinal de tendencia trotskista.*

—cosa muy poco común— su moción fue rechazada. Empezó una campaña de agitación contra la Asamblea. Volvieron a producirse algunas detenciones. Surgieron nuevas dificultades sobre la cuestión de la política a seguir respecto al Pacto de San Sebastián y las elecciones municipales de 1931. Una vez más se adoptó un programa de aislamiento de todos los otros partidos, considerándose que los «socialfascistas» (esto es, los socialistas) y los «estériles» anarquistas eran más perniciosos que los grupos más obviamente burgueses. La única ocasión en que hubo atisbos de colaboración entre los comunistas y los demás movimientos de oposición política de España durante la dictadura de Primo de Rivera fue cuando, en 1925, los nacionalistas catalanes y los anarquistas intentaron, sin éxito, hacer causa común con los comunistas por si se producía un levantamiento catalán. El coronel Macià fue a Moscú con el entonces secretario general, José Bullejos, pero la apatía de los rusos exasperó a *«l'Avi»*, mientras que los rusos no podían creer que un hombre tan viejo como Macià pudiera lograr nada. Las negociaciones fueron un fracaso [46].

Así pues, al proclamarse la República en 1931, el Partido Comunista estaba bajo de moral, después de diez estériles años de controversias. El partido no existía en Barcelona, y en Bilbao sólo había catorce miembros. Se calcula que por entonces el partido tenía un máximo de 3.000 militantes y un mínimo (según el propio Komintern) de 120 [47]. Andrés Nin regresó de Rusia casi diez años después, pero había roto con el comunismo a raíz de la persecución de Trotsky por Stalin. Fundó un pequeño grupo propio, Izquierda Comunista. Su antiguo camarada ex anarquista, Maurín (que nunca había estado plenamente de acuerdo con la jefatura central), se inclinaba también a romper con los comunistas. También él formó un grupo marxista antiestalinista, el Bloque Obrero y Campesino (BOC). Se consideró que Nin y Maurín eran trotskistas, y en un sentido amplio lo eran, desde el momento en que eran marxistas a quienes no gustaba Stalin. Mas Trotsky los criticó desde su exilio, en Noruega. Tenían pocos seguidores, pero de momento impidieron que el Partido Comunista encontrara miembros en Cataluña [48].

El partido inició su vida pública oponiéndose claramente a la República, de acuerdo con las instrucciones recibidas a través de una

EL CATEQUISTA Y EL CONVERSO 10 ABR.

El padre Gafo explica cómo se ha ido operando la transformación en el ánimo de Oscar Pérez Solís

El padre Gafo ha hecho a un redactor de «El Debate» interesantes manifestaciones acerca de cómo Pérez Solís ha ido evolucionando en sentido regresivo, desde su posición de jefe del comunismo español hasta la fecha...

de varios sectores; conocí hasta lo últimos detalles el funcionamient de los Sindicatos Libres.

—¿...?

—Estando en Barcelona ocurriero los sucesos de Bilbao y vi por l Prensa que Pérez Solís había caíd

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

Año I ¡Proletarios de todos los países, uníos! Núm. 6

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Oposición Internacional en España

NOVIEMBRE 1931

SUMARIO

Número suelto: 75 céntimos

Toda la correspondencia al Apartado 918-Madrid

(Serv. Histórico Militar.)



(Pyresa.)

JOSE BULLEJOS SANCHEZ (Granada, 1899-México, 1975)

Cartero de profesión, militó en el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), aunque por breve tiempo, pues ya en 1921 figuraba como secretario de organización de un efímero Partido Comunista Obrero Español, escisión del PSOE, que capitaneaba Oscar Pérez Solís. En noviembre de 1921, y a pesar de su juventud, Bullejos logró ser elegido presidente del sindicato minero de Vizcaya, adonde se había trasladado muy poco antes. Poco después se declaró una huelga general en la que Bullejos sufrió un atentado del que resultó seriamente herido.

La negativa de los comunistas españoles a cualquier colaboración con la dictadura de Primo de Rivera abrió un período de persecución. Bullejos fue condenado por un consejo de guerra y cuando salió de la cárcel el partido aconsejó su expatriación. Fue a París y de allí a Moscú en calidad de delegado suplente del PCE en el Komintern (Tercera Internacional). En 1925, junto con otros comunistas españoles se integró en la comisión formada en el Komintern —en la que figuraban personajes de la talla de Gramsci— para estudiar el problema de los comunistas españoles, muy lejanos aún del bloque unido y sumiso a las directrices de la Internacional que necesitaba Moscú. De los trabajos de esta comisión salió una nueva dirección del PCE en la que Bullejos fue designado secretario general del partido. La designación se formalizó en unas elecciones celebradas en París y Burdeos, en sendas reuniones de delegados, pero la maniobra suscitó cierto descontento en las escasas bases del todavía incipiente Partido Comunista de España.

Bullejos trasladó a Bilbao el comité ejecutivo del PCE, y en la conferencia

nueva y gran delegación del Komintern, encabezada por Jules Humbert-Droz (el suizo que durante unos años había sido jefe del secretariado «latino» del Komintern), y en la que figuraban «Pierre», un caucasiano; otro suizo, Edgar Woog, apodado «Stirner»; y

46 Véase Jules Humbert-Droz, *Memoires* (Neuchâtel, 1969), vol. I, p. 212; José Bullejos, *Europa entre dos guerras* (México, 1955), pp. 111-112.

47 Bullejos daba la cifra de 3.000 (p. 135); *Internacional Comunista* de 15 de marzo de 1934 hablaba de 120. El séptimo congreso del Komintern dijo que en 1931 había 800 miembros. Matorras, p. 84, daba la cifra de 1.500. Los partidos clandestinos no cobraban cuotas a los miembros y, por lo tanto, las cifras varían mucho.

48 Las mejores informaciones sobre la Izquierda Comunista durante la República se encuentran en Grandizo Munis, *Jalones de derrota* (México, 1948), y Andrés Nin, *Los problemas de la revolución española* (París, 1971), ed. Andrade. Yo además pude beneficiarme de mis conversaciones y correspondencia con Joaquín Maurín en 1963.

un francés, Octave Rabaté. También estaba Jacques Duclos. En mayo de 1931, Bullejos fue a Moscú, donde recibió la confirmación de que las instrucciones eran «prolongar la crisis por todos los medios posibles, tratar de impedir el establecimiento firme del régimen republicano, frustrar las posibilidades de revolución social eficaz y, en la medida de lo posible, crear soviets». Humbert-Droz escribió desde Madrid a su mujer que él y «Stirner» redactaban la mayoría de los artículos de la prensa comunista y que tenían muy poco que hacer: «Stirner» daba muchos paseos turísticos, mientras que Rabaté se levantaba al mediodía, leía los periódicos en la terraza de un café, tomaba un aperitivo, comía bien, volvía a la terraza a tomar café y pasaba el resto del día en el cine o en los bares. «Nuestro partido —añadía— duerme el sueño profundo e inocente de la infancia» [49]. Al parecer, la situación no había cam-

[49] Humbert-Droz, vol. II, p. 405 y ss.

nacional de Durango decidió soslayar toda colaboración en la Asamblea Nacional que se disponía a montar Primo de Rivera. En octubre de 1927, tras una huelga en Vizcaya, fue detenido y permaneció casi dos años en la cárcel. Ya en libertad, en agosto de 1929 se celebró el tercer congreso del PCE, del que salió reforzada la autoridad de Bullejos, que con Trilla y Adame formaba la plana mayor del partido. Las directrices de Moscú, que presionaba implacablemente sobre un partido de poco más de quinientos militantes, y la carencia de un análisis mínimo de la situación política, llevaron a los comunistas a presentarse en solitario a las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, con la falta de éxito que es de suponer.
Los repetidos fracasos políticos, el escaso crecimiento del partido y la necesidad de cambiar de dirección llevaron, tras numerosas intrigas, a la expulsión de Bullejos y su equipo del PCE en octubre de 1932. Tras fallidos intentos de organizar otro grupo comunista, Bullejos reingresó en el PSOE. No mantuvo actividad política destacada durante la guerra civil, al final de la cual se exilió a México. Allí publicó tres libros (Europa entre dos guerras, **1945;** España en la Segunda República, **1967**, y La Komintern en España. Recuerdos de mi vida, **1972) que pueden tener cierto interés, especialmente el último, para la reconstrucción de los primeros pasos del comunismo español.**

15 cts.
¡Proletarios de todos los países, uníos!
Mundo Obrero
ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA (S.E.I.C.)
METALURGICOS:
La jornada de cuarenta y cuatro horas os fué robada por la Ceda y sus cómplices
¡RESCATAD AQUELLA JORNADA DE TRABAJO!
¡EL BLOQUE POPULAR OS LA PROMETE!
¡VOTAD AL BLOQUE POPULAR!

Dos frentes de lucha: La Ceda o el Bloque Popular

Hambre y miseria o pan — Impunidad o responsabilidades
Negra incultura o progreso — "Straperlo" o decencia
Los presidios o la libertad — Consejos de guerra o amnistía
Paro forzoso o trabajo — Guerra imperialista o paz

Lo primero, es la Ceda y sus cómplices; lo segundo, es el
BLOQUE POPULAR ¡VOTADLE!

Aseguremos la victoria

HOY

Total. . . . 20

Los gobernadores del «jefe»

Tal como se escribe en la cabecera, Mundo Obrero *es el órgano oficial del Partido Comunista. Este ejemplar, perteneciente al período electoral de 1936, proporciona curiosos datos sobre la distribución de candidatos, y aún denomina Bloque Popular a lo que será Frente Popular.*
(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

biado cuando llegó de Moscú otro comité de investigación, esta vez encabezado por un alemán, Walter Stoecker.
Los meses siguientes fueron de muchas disputas y poco éxito, y el secretario general, José Bullejos, diría más tarde que, durante todo este tiempo, hubo enemistad entre los dirigentes del partido y los delegados del Komintern, que se atribuían todas las decisiones. En junio de 1931 el partido consiguió 190.000 votos en las elecciones para las Cortes Constituyentes, pero ningún diputado. La sublevación de Sanjurjo dio lugar a un manifiesto publicado por los miembros del secretariado que se encontraban en Madrid —Bullejos, Astigarrabía (de las provincias vascas) y Etelvino Vega—, que lanzaron la consigna «defensa de la República». A continuación, los representantes del Komintern, siguiendo instrucciones de Moscú, repitieron que el principal enemigo era el «gobierno carnicero» de Largo Caballero y Azaña, no los monárquicos y sus aliados. Bulle-



(Serv. Histórico Militar.)

El dirigente comunista francés Jacques Duclos (1896-1975), a quien vemos en la ilustración de arriba, interviene frecuentemente en los asuntos españoles. Viene a España al final de la Dictadura; más adelante, en Moscú, se encarga de expulsar del PCE, con amenazas, a Bullejos, Trilla, Etelvino Vega y Adame, y les retiene durante algún tiempo en la URSS. En el año 1936, junto con Togliatti, Vidali, Stepanov y Gerö, se ocupará activamente del PCE.



(Pyresa.)

El sevillano Manuel Adame (en el centro de la fotografía), ingresa en el PCE en 1927, al mismo tiempo que lo hacen Díaz, Delicado y Mije. Forma parte del comité ejecutivo con Bullejos y Trilla, y, siguiendo las directrices de Moscú, es de los que se colocan en contra de la recién proclamada República. Al cambiarse la línea y orientación políticas, será acusado con los peores dicterios, y en 1932, expulsado del partido.


(Arch. Urbión.)

Procedente del anarcosindicalismo sevillano, el panadero José Díaz ingresa en 1927 en el PCE, en el que irá escalando posiciones. Cuando, en 1932, Moscú dicta nuevas directrices y elimina a los antiguos dirigentes, Díaz ocupa el secretariado general, desde donde impulsa e imprime nuevos bríos al partido. Aunque disciplinado militante, tendrá dificultades al no querer someterse ciegamente a las consignas que le llegan por vía de asesores, consejeros y orientadores extranjeros, con quienes no siempre está de acuerdo. Tagüeña escribe de él: «Era un hombre sencillo, al que las circunstancias habían elevado a un cargo de demasiada responsabilidad, que él aceptó con honradez y buena voluntad.»

jos y los demás dirigentes españoles no estuvieron de acuerdo [50]. Poco después salieron para Moscú con objeto de discutir esta cuestión. Todos estos dirigentes acabaron siendo expulsados del partido, y no volvieron a España hasta después de cinco meses de estancia forzada en Moscú [51]. La nueva dirección del partido se constituyó con personas jóvenes («la Pasionaria», que era la mayor, tenía 37 años en 1933) que debían su posición a su apoyo acrítico a las delegaciones de Moscú en España. El nuevo secretario general, José Díaz, un antiguo panadero de Sevilla y otrora anarquista, era un hombre honrado y trabajador, de escasa imaginación; había de ser el director general de la revolución española, el hombre que siempre (tanto si le gustaba como si no) obedecería las órdenes de Moscú [52]. Vicente Uribe, un metalúrgico medio castellano, medio vasco, que había estado en Moscú, era el teórico del partido y el director de *Mundo Obrero*. Antonio Mije, hablador y algo demagogo, muy despierto y de aspecto afeminado, el «secretario de unidad», era andaluz y también había sido anarquista. Jesús Hernández era el propagandista del partido, un agitador por excelencia, que había desplegado una actividad incansable en las luchas callejeras desde su adolescencia, cuando se había hecho famoso por su fracasado atentado contra Prieto. Durante 1932 y 1933, el partido siguió siendo pequeño e insignificante, y su consigna principal era el antagonismo contra los anarquistas y socialistas. El único paso importante fue la formación de un partido comunista catalán, lo cual suponía el reconocimiento de que ningún partido con base en Madrid podía esperar conseguir apoyo en Cataluña [53]. Los intentos de crear un sindicato general propio, orientado por Moscú, fracasaron. Pero los comunistas tuvieron, a partir de finales de 1933, una organización paramilitar, la MAOC (Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas), dirigida por un ex sargento destinado en Marruecos, Juan Modesto [54].

Hasta 1934, los comunistas se mantuvieron aislados. En las elecciones de 1933, el partido obtuvo 200.000 votos, y comentaron: «Las tremendas pérdidas del Partido Socialista habrían sido todavía mayores [...] si los jefes socialfascistas, en particular Largo Caballero y compañía, no hubieran emprendido nuevas maniobras para engañar a las masas trabajadoras y evitar mediante una demagogia izquierdista que se pasaran a nuestro partido». El partido decía que el gobierno de Lerroux era exactamente igual que el de Azaña, y que «la responsabilidad total e ineludible [...] corresponde al Partido Socialista [...], pilar central de la contrarrevolución aristocrático-burguesa» [55].

[50] Bullejos, p. 140.

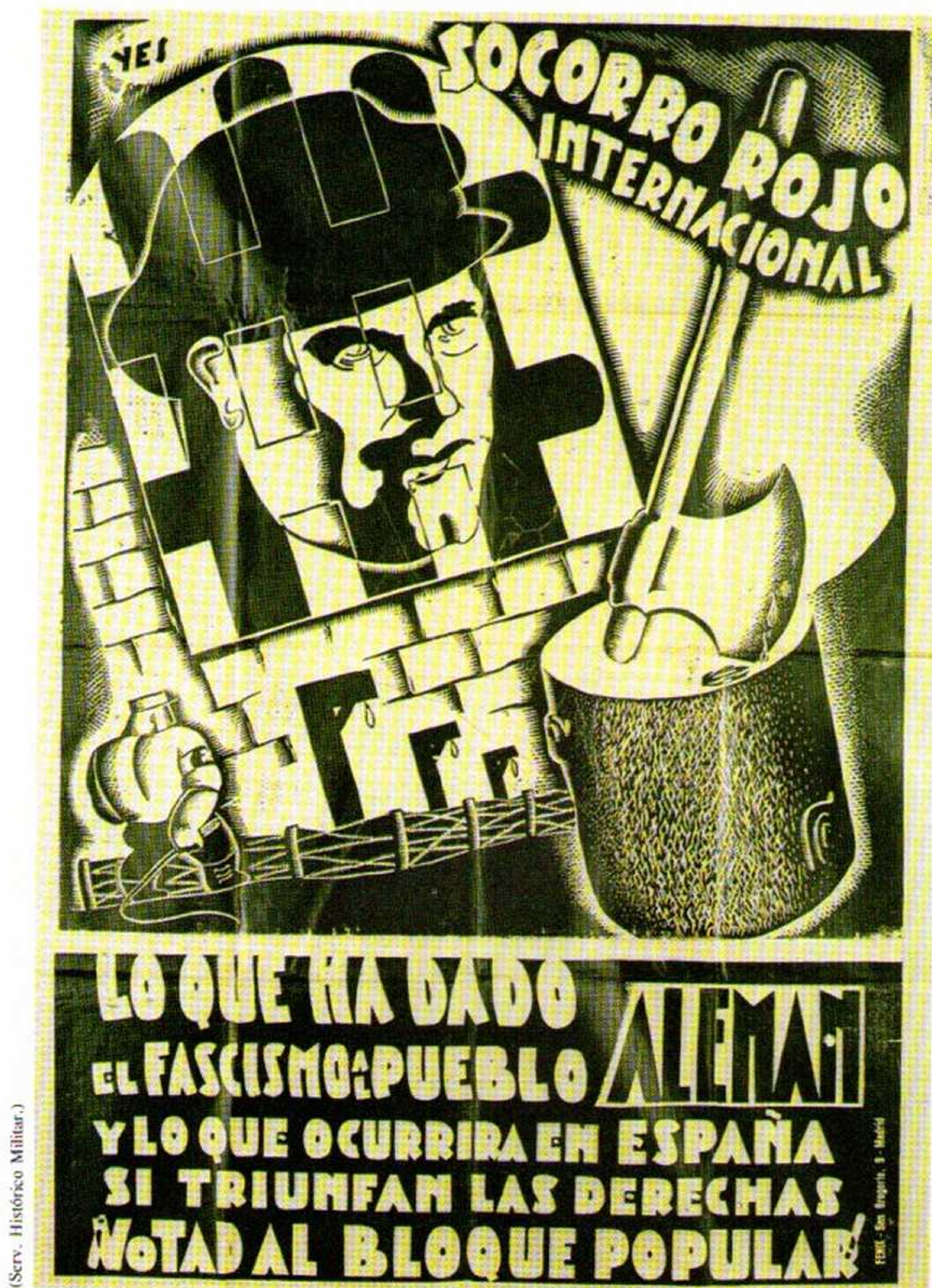
[51] Matorras, pp. 136-137; Bullejos, pp. 134-143, 164-165. De los expulsados, Trilla y Vega más tarde volvieron al redil. Trilla fue asesinado en 1945 en circunstancias extrañas. Vega fue comandante de un cuerpo del ejército en la guerra civil y fue muerto por las fuerzas franquistas en 1939.

[52] Sin embargo, aparece como el héroe del libro del renegado Jesús Hernández, *La Grande Trahison* (París, 1953), porque, durante la guerra civil, evidentemente consideró excesivas muchas órdenes.

[53] *El Partit Comunista de Catalunya* (Matorras, p. 149).

[54] Véase Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento* (París, 1969), p. 14.

[55] *Rundschau*, 30 de noviembre de 1933; y 22 de noviembre de 1930.



(Serv. Histórico Militar.)

Los comunistas se distinguen por lo intenso de su acción propagandística, que multiplican desde distintos campos, y por la eficacia del proselitismo que igualmente ejercen en distintas direcciones, una de cuyas palancas es el Socorro Rojo Internacional. El cartel corresponde a la propaganda electoral de 1936 y es un ataque a los métodos terroríficos del nazismo alemán. Su diseño realista, de buena factura, se desmerece en la figura caricaturesca del verdugo nazi.



(Pyresa.)

Otro miembro del «grupo sevillano» es Antonio Mije García (que algunos escriben Mitje); es uno de los que más influyen en la defenestración del grupo Bullejos, con quienes él y otros miembros estaban enfrentados. La URSS ha puesto su atención en España y necesita renovar las tácticas, y con ellas, a los dirigentes: uno de los elegidos es Mije. Más adelante, cuando las elecciones del 36, incluido en la candidatura del Frente Popular, conseguirá un acta por Sevilla.

Los comunistas suscitaban una alarma mayor de lo que habría sido normal, dado su número. Esto se debía, en parte, a la cantidad de propaganda comunista y, en parte, naturalmente, a las relaciones del partido con la Unión Soviética. Pero también influía el hecho de que la mayoría de los miembros de la burguesía española no distinguían claramente entre los diferentes partidos proletarios. Al fin y al cabo, los anarquistas decían que estaban intentando instaurar el «comunismo libertario», y los coroneles de Burgos, igual que los exportadores de jerez andaluces, no tenían ninguna sensibilidad para detectar los matices de la ideología revolucionaria.
El representante del Komintern en España a mediados y finales de la década de los años 30 era un argentino de origen italiano, Vittorio Codovila (conocido en España con el nombre de «Medina»). Se



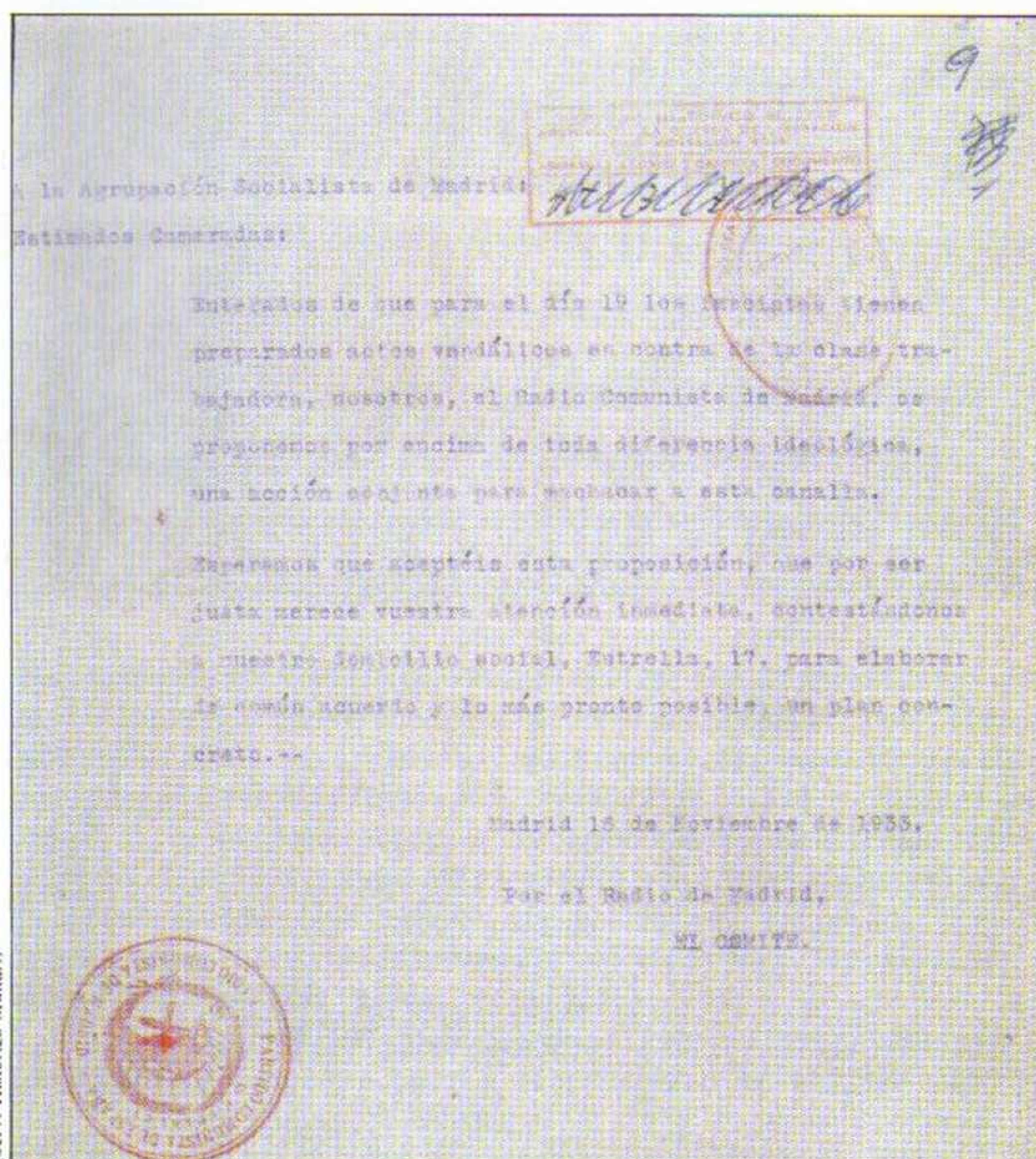
(Pyresa.)

Juan Modesto Guilloto León es otro de los andaluces (nace en El Puerto de Santa María en 1906) que alcanzará altos grados en la jerarquía comunista, si bien lo hará por vía militar. Desde muy joven participa en las agitaciones obreras de su pueblo natal y en 1930 se afilia al Partido Comunista. Para ser aleccionado en teoría marxista es enviado a la URSS, por donde viaja. De regreso, una de las misiones a que se le destina es la infiltración comunista entre suboficiales y tropa.

había pasado la vida organizando partidos comunistas en Sudamérica. Era un hombre muy grueso, de aspecto y gustos burgueses. Jacques Doriot, cuando todavía era la brillante esperanza del Partido Comunista francés, allá por los años veinte, comentó a propósito del enorme apetito de Codovila: «A Luis XIII le gustaba rodearse de hombres que comieran mucho. Codovila hará buen papel con Stalin» [56]. Más tarde llegó un búlgaro, «Stepanov», para colaborar con Codovila [57]. Dadas la juventud e inexperiencia de los comunistas españoles, la importancia de estos dos extranjeros en las deliberaciones del partido fue decisiva. Fue Codovila, por ejemplo, quien aseguró a José Antonio Balbontín, un diputado que perteneció al partido durante breve tiempo, en el invierno de 1933-1934, que los comunistas nunca harían causa común con los socialistas y los republicanos contra la «reacción monárquico-clerical» [58].

Eso era en marzo de 1934. Sin embargo, a partir del verano de este

[56] Julián Gorkin, *Caníbales políticos* (México, 1941), p. 25. Manuel Tagüeña, *Testimonio de dos guerras* (México, 1973), p. 356, da un retrato favorable.
[57] El verdadero nombre de «Stepanov» era S. Mineff y durante su carrera en el Komintern también se le conoció con los nombres de «Lebedev», «Doctor Chavaroche» y «Lorenzo Vanini». Era uno de los revolucionarios profesionales más expertos.
[58] Balbontín, p. 123.



A la Agrupación Socialista de Madrid:

Estimados Camaradas:

Enterados de que para el día 19 los fascistas tienen preparados actos vandálicos en contra de la clase trabajadora, nosotros, el Radio Comunista de Madrid, os proponemos por encima de toda diferencia ideológica, una acción conjunta para machacar a esta canalla.

Esperamos que aceptéis esta proposición, que por ser justa merece vuestra atención inmediata, contestándonos a nuestro domicilio social, Estrella, 17, para elaborar de común acuerdo y lo más pronto posible, un plan concreto.--

Madrid 16 de Noviembre de 1933.

Por el Radio de Madrid,

EL COMITE.

(Serv. Histórico Militar.)

Numéricamente escasos, los comunistas pugnan por introducirse en las organizaciones socialistas e influir entre los militantes de la base con el propósito de atraérselos. El radio *de Madrid se dirige a la poderosa Agrupación Socialista con el pretexto de unos supuestos hechos que no van a producirse: lo que ocurre es que el 19 de noviembre las derechas ganan las elecciones.*



PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL — CARRANZA, 20 — TELÉFONO 45434

Madrid, 27 de enero de 1936.

Agrupación Socialista Madrileña.

Estimados compañeros:

Recibida vuestra carta conteniendo informes referentes a la situación de esa circunscripción electoral y a la fuerza que representan cada uno de los partidos, hemos procurado en el acoplamiento de candidatos obtener las ventajas posibles en beneficio de la evidente mayoría representada por las fuerzas proletarias. No ha sido posible conseguir que en el indicado acoplamiento exista una verdadera ponderación de fuerzas, pero conveniencias de carácter nacional nos han obligado a ceder en muchas ocasiones.

Quedando muy reconocidos por la información enviada que consideramos de gran interés, quedamos vuestros y de la causa,

EL VICESECRETARIO.

(Serv. Histórico Militar.)

Cuando las elecciones del Frente Popular, la Agrupación Socialista Madrileña se queja de la distribución de candidatos en las listas. Por la ejecutiva del PSOE contesta Juan Simeón Vidarte. De trece candidatos que se presentan por Madrid, todos los cuales saldrán elegidos, siete son socialistas, cuatro de Izquierda Republicana, uno comunista y otro de Unión Republicana. La queja parece, pues, un tanto injustificada, a pesar de que la aportación en votos de los socialistas es muy superior a los que arrastrará Izquierda Republicana. Grandes movilizadores de masas, los socialistas se concentran en una manifestación en el centro de Madrid (abajo).

JUVENTUD SOCIALISTA MADRILEÑA

(Arch. Urbión.)

mismo año, la política del Komintern fue la de crear un «frente popular» de todos los partidos democráticos, proletarios y burgueses para resistir al fascismo. A partir de entonces, por lo tanto, todos los partidos comunistas, incluido el español, empezaron a hablar de la necesidad de defender la «democracia burguesa parlamentaria», hasta que pudiera ser reemplazada por la «democracia proletaria».

En aquellos momentos, con la amenaza de la guerra y el fascismo en el horizonte, la Unión Soviética tenía buena reputación en España y en todas partes entre las personas progresistas y de izquierdas. En realidad, el gran experimento ruso todavía no parecía haber traicionado sus ideales. Gracias a un afortunado programa de propaganda y a un secreto sin precedentes, no se conocían los hechos de la colectivización agrícola, y no se comprendía el sentido de la persecución de Trotsky. El Partido Comunista afirmaría más adelante que él había sido el responsable del pacto del Frente Popular que se presentaría a las elecciones generales celebradas en España en febrero de 1936. Pero no hubo que insistir mucho para que los socialistas adoptaran el saludo del puño en alto (originario de los comunistas alemanes), la bandera roja, la fraseología revolucionaria y las llamadas a la unidad frente al fascismo internacional propias de los partidos comunistas de todo el mundo. El «antifascismo» y el «Frente Popular» se estaban convirtiendo en mitos poderosos, casi irresistibles para quienes amaban la paz y la libertad y se impacientaban con los viejos partidos [59]. Para las derechas eran igualmente importantes los mitos del imperio y la regeneración nacional. La aparición en las Cortes elegidas en 1933 de un fascista y un comunista era un presagio y se debería haber tomado como un aviso.

[59] Probablemente, más importantes para la difusión de las ideas comunistas que la labor de cualquier agente secreto en España fueron los relatos de los trabajadores españoles que, después de la revolución de Asturias, fueron a trabajar al metro de Moscú. Lo consideraron un milagro de la ingeniería.


(Efe.)

En las elecciones de 1933 es elegido el primer diputado comunista: el doctor Cayetano Bolívar (arriba). En Málaga, socialistas y comunistas unidos derrotan a las derechas, que sólo ganan la elección en la provincia. La abstención alcanza casi al 50 por ciento. Todos los medios, como estas tanquetas de los guardias de asalto, parecen pocos para salvaguardar el orden, que, sin embargo, pocas veces se logra mantener.


(Keystone.)



(Ya.)

En Cataluña, la CEDA tiene escasos partidarios. La Lliga es el partido que consigue amplia mayoría de diputados, a pesar de que la ventaja de votos sobre la Esquerra es insignificante. La CEDA conseguirá un solo diputado por Barcelona. Gil Robles llega a Barcelona en avión. La compañía del militar y de Portela Valladares evidencia que la fotografía está tomada cuando Gil Robles es ministro de la Guerra.

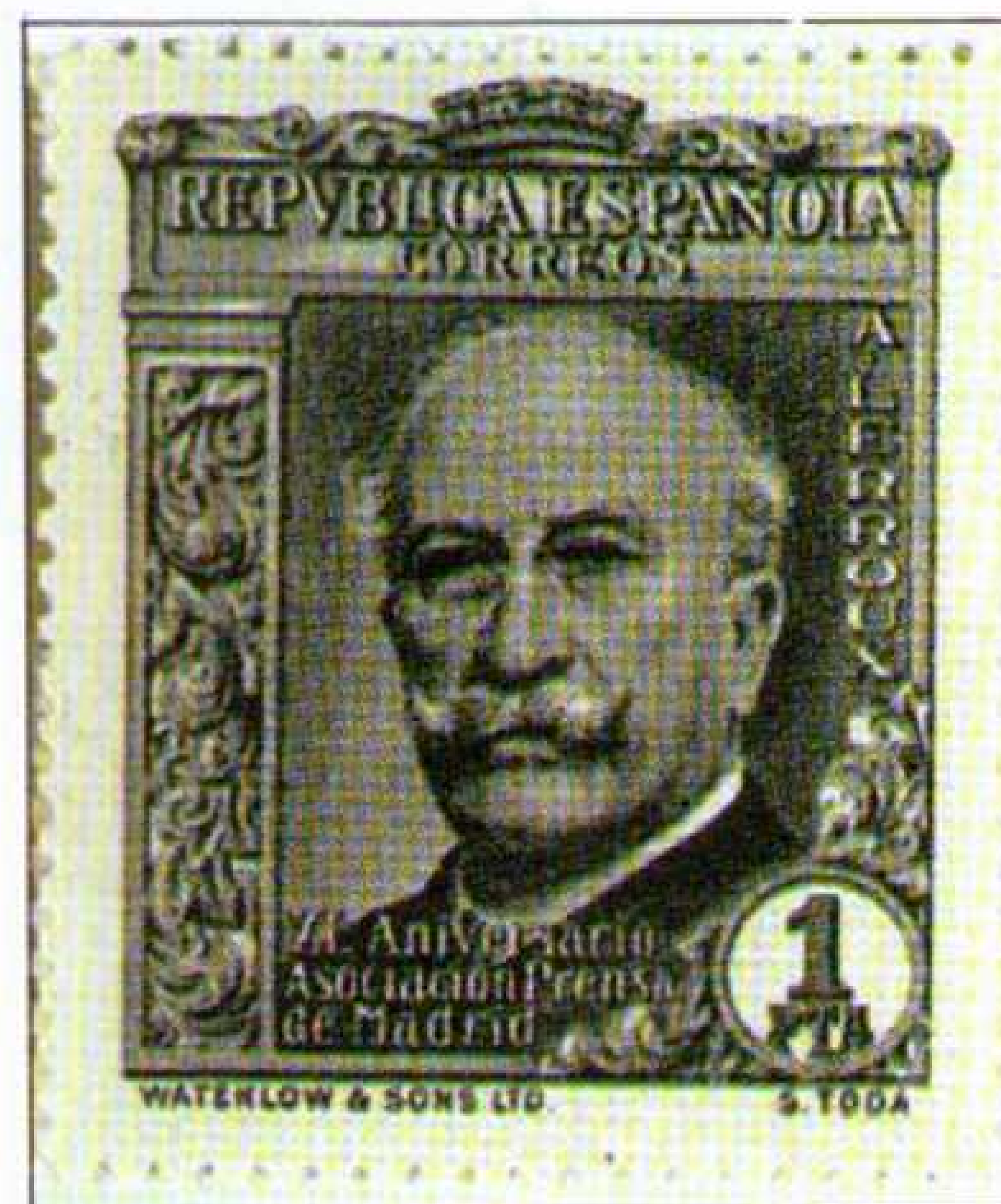
9

Lerroux en el poder

La historia de España durante los dos años y medio que siguieron a las elecciones generales de noviembre de 1933 se caracterizó por la desintegración. De vez en cuando, surgían hombres aislados que intentaban en vano detener el terrible y, al parecer, irreversible proceso. Pero les faltaba la energía, la suerte, la confianza en sí mismos y quizá la magnanimidad necesarias para conseguir buen éxito.

Después de las elecciones, el gobierno fue una coalición de centro, dirigida por los radicales. Lerroux, muy satisfecho, se convirtió en jefe de gobierno. Gil Robles y la CEDA lo apoyaban en las Cortes, pero no entraron a formar parte de la administración propiamente dicha. Este partido católico se quedó ominosamente al margen, esperando el momento en que Gil Robles diera la orden de conquistar el poder. Entretanto, la transformación de Lerroux, el anticlerical, en un aliado del partido católico fue demasiado para su lugarteniente, Martínez Barrio, quien, después de ser por poco tiempo ministro de la Gobernación, se pasó a la oposición a la cabeza de su propio grupo, rebautizado con el nombre de partido de Unión Republicana [1]. En realidad, Lerroux había votado de mala gana a favor de la legislación anticlerical del gobierno anterior. Era ya un

[1] El presidente Alcalá Zamora intentó persuadirle para que no dimitiera, diciendo que los radicales eran «la base de la República». Pero Martínez Barrio temía que Lerroux le comprometiera en alguna acción deshonrosa si se quedaba. Véase su versión en Azaña, vol IV, p. 718.



(Salmer.)

En estas elecciones, los grandes triunfadores son Gil Robles y Lerroux; la minoría radical es, después de la CEDA, la que consigue mayor número de escaños. Sin embargo, el desgaste y la crisis —las crisis— del Partido Radical, los desaciertos del propio Lerroux y una cierta inestabilidad política del electorado se verán en las elecciones de 1936, en las cuales Lerroux (en el sello) no obtendrá el acta de diputado en la Barcelona escenario de sus antiguos éxitos. Ahora, va a gobernar.

(Col. Luis Gasca.)



(Pyresa.)

Rafael Guerra del Río (a la izquierda, hablando) nació en Las Palmas en 1885, se incorporó desde muy joven a los «jóvenes bárbaros» de Lerroux y ha militado y militará toda su vida en el Partido Radical. Diputado en las tres legislaturas republicanas, desempeñará el Ministerio de Obras Públicas.

hombre de derechas, más que de centro. Su ministro de Obras Públicas fue Rafael Guerra del Río, inmoderado líder de los «jóvenes bárbaros» en 1909; ahora parecía un simple político de camarilla. Una fuente más de confusión era la cuestión puramente personal de la desconfianza que sentía Alcalá Zamora hacia Lerroux y Gil Robles, lo que explica que el presidente intrigara contra el primero, y evitara tener que pedir al segundo que formara gobierno. Alcalá Zamora desconfiaba de Lerroux por su corrupción, y de Gil Robles porque consideraba que era un monárquico en secreto. Dadas las circunstancias, prefería a Lerroux y, de hecho, no llegó a llamar a Gil Robles: un fallo en el proceso democrático, porque el líder católico estaba tan preparado para trabajar en una democracia burguesa como los socialistas.

La gran huelga de Zaragoza

Las primeras dificultades de Lerroux surgieron de una serie de desafíos anarquistas. Estos atacaron puestos aislados de la guardia civil e hicieron descarrilar el exprés Barcelona-Sevilla, causando la muerte de diecinueve personas. En Madrid hubo una prolongada huelga de empleados de teléfonos. En Valencia y Zaragoza se plantearon huelgas generales que duraron varias semanas. La gran



(Col. Luis Gasca.)

huelga general de Zaragoza iniciada para pedir la libertad de los prisioneros detenidos por el gobierno el año anterior, duró nada menos que cincuenta y siete días. La CNT nunca pagaba compensaciones por huelga, pero la resistencia de los obreros dejó asombrado al resto del país. Como de costumbre, los dirigentes anarquistas durante un tiempo creyeron estar en la antesala del milenio; y algunos de sus amigos pistoleros aumentaron el drama con tiroteos esporádicos. En un momento dado, los huelguistas decidieron enviar a sus esposas e hijos a Barcelona en tren. La guardia civil disparó contra el tren, e impidió que llegara a su destino. Luego los evacuados fueron en caravana. Esta inquietud era consecuencia, en parte, del nuevo y «suicida egoísmo» de los patronos, que celebraron en toda España la victoria de las derechas en las urnas, intentando disminuir los salarios, subir los alquileres y forzar desahucios [2]. El 8 de diciembre se instaló en Zaragoza un comité revolucionario dirigido por Buenaventura Durruti, Cipriano Mera y el doctor Isaac Puente. Durante varios días luchó contra la policía, reforzada por el ejército y respaldada por tanques. Durruti se convirtió en una leyenda nacional. En muchos pueblos de Aragón y Cataluña se implantó por breve tiempo el «comunismo libertario». Se produjeron violencias en muchos sitios; hubo 87

El rápido que une Barcelona con Sevilla vía Valencia, llamado popularmente «el Sevillano», que utilizan preferentemente los inmigrantes y sus familiares, sufre un aparatoso descarrilamiento en Puzol (Valencia) por haber dinamitado los revolucionarios la base sustentadora de un puente. Hay una veintena de muertos y numerosos heridos.
Como consecuencia de este movimiento revolucionario, que alcanza a toda España y se salda con graves pérdidas materiales y de vidas, se practican muchas detenciones que, en determinados casos, exigen extremar la cautela. En las ilustraciones vemos al convoy destruido y a las fuerzas de orden público realizando uno de los innumerables registros efectuados.

[2] La expresión «suicida egoísmo» fue empleada por Gil Robles para describir estas acciones de sus seguidores en una entrevista publicada en *El Debate* el 8 de marzo de 1936.



(Col. particular.)



PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL

CARRANZA, 20

TELÉFONO 45454

Madrid, 9 de Julio 1934

Sr. Don Manuel Azaña
Presidente del Consejo Nacional de Izquierda Republicana
Presente.

Muy distinguido amigo: Con esta fecha han conocido las Comisiones Ejecutivas del Partido Socialista y U.G.T. su atta comunicación de fecha 8 del corriente y, a su vista han acordado acceder a su amable invitación para entablar conversaciones oficiales con la representacion del Partido de Izquierda republicana para examinar la situación presente designando al efecto como comisionados a los compañeros Largo Caballero, Manuel Lois y Enrique de Francisco.

Ruego a V. se sirva manifestarnos con algunas horas de antelación lugar, día y hora para celebrar la entrevista y, en espera de sus gratas noticias quedo de V. muy atto amigo

q,e,s,m,

EL SECRETARIO

NUMERADO DEL ...

(Serv. Histórico Militar.)

Leridano, nacido en 1880, José Estadella (arriba), doctor en Medicina y Farmacia, milita en el Partido Radical; ha ocupado distintos cargos y fue consejero de la Mancomunitat. Durante el bienio radical-cedista desempeña la cartera de Trabajo y Previsión Social. En los jurados mixtos sustituye a los presidentes socialistas nombrados por Largo Caballero. Azaña y el PSOE se ponen en contacto (a la derecha) para coordinar la acción política de las izquierdas, pero Azaña se mostrará contrario a la vía revolucionaria a la cual los socialistas están decididos y para la cual se preparan.

muertos, muchos heridos y 700 prisioneros [3]. Era difícil creer que el país estaba en paz. No es de extrañar que se extendiera cada vez más la militancia de la UGT, especialmente en su sección más extensa, aunque menos bien dirigida: la FNTT agraria. Sus miembros se veían afectados por la reducción de los salarios, consecuencia de la actuación de los presidentes de derechas nombrados por el ministro radical del Trabajo, José Estadella, para los comités de arbitraje de Largo Caballero. El restablecimiento de la oligarquía agraria fue acompañado, en todas partes, por una radicalización de la actitud de los trabajadores, apoyados por Largo Caballero, ahora más amargado. Prieto, socialista moderado donde los haya, no desaprobó esta actitud, cosa que más tarde lamentaría. Besteiro sí lo hizo: criticó el «antigubernamentalismo» de sus colegas igual que había criticado su «progubernamentalismo» en 1931, sin que sirviera de nada.

En el nuevo año de 1934, el gobierno adoptó una serie de medidas destinadas a suspender las reformas de sus predecesores. La sustitución de las escuelas religiosas por las laicas se pospuso indefinidamente. Los jesuitas no tardaron en volver a ocupar sus centros docentes [4].

Con un inteligente discurso parlamentario, Gil Robles consiguió que los sacerdotes fueran tratados como si fueran funcionarios con pensiones, y empezaron a cobrar dos tercios de lo que percibían en 1931. Aunque la ley de Reforma Agraria continuaba en vigor, su aplicación se abandonó tácitamente en muchos sitios. También se concedió

Perdidas las elecciones, las izquierdas consideran que la República del 14 de abril ha quedado desvirtuada y se niegan a aceptar el resultado de las urnas. La ingenua estampa de la página siguiente es anterior a la proclamación, cuando el régimen era todavía sólo una esperanza.

[3] Los lugares que estuvieron por breve tiempo en manos de los anarquistas fueron: Barbastro (Huesca), Alcalá de Gurrea (Huesca), Alcampel (Huesca), Albalate de Cinca (Huesca), Villanueva de Sigena (Huesca), Valderrebollo (Guadalajara), Beceite (Teruel), Alcorisa (Teruel), Mas de las Matas (Teruel) y Calanda (Teruel).

[4] Aunque el decreto que les prohibía enseñar seguía en vigor.

una amnistía a todos los presos políticos, incluidos el general Sanjurjo y todos los encarcelados a raíz del alzamiento de 1932. Esta clemencia sólo sirvió para estimular a los antiguos conspiradores a urdir nuevos planes.

Para entonces, muchos pueblos pequeños parecían totalmente partidos en dos por la política. En los sitios donde todavía había ayuntamientos socialistas o izquierdistas, se estaban haciendo esfuerzos para imponer un orden cultural completamente nuevo, exactamente al revés de sus predecesores. Las ideas religiosas habían dado paso al ateísmo, y no simplemente al agnosticismo. Las fiestas religiosas

(Delta Press.)



(Pyresa.)

JOSE MARIA GIL ROBLES Y QUIÑONES (Salamanca, 1898 - Madrid, 1980)

Hijo de un catedrático de Derecho Político que había sido diputado carlista de 1903 a 1905, Gil Robles se licenció en Derecho por la Universidad de Salamanca y se doctoró por la de Madrid. En 1922 ganó la cátedra de Derecho Político de la Universidad de La Laguna; más adelante pasó a la de Granada y después a la de Salamanca. En su actividad política antes de la República se limitó a formar parte del Partido Social Popular, constituido en 1922 y desaparecido al año siguiente, y a colaborar con Calvo Sotelo durante la Dictadura en la redacción del estatuto municipal. En 1922 se incorporó al consejo de redacción de El Debate, **del que llegó a ser subdirector y durante una corta temporada, en 1931, director.**

Ante la proclamación de la República, propugnó como táctica el «accidentalismo»: lo importante era el contenido del régimen, no la forma de gobierno. En 1931 fue elegido diputado por Salamanca en las listas del Bloque Agrario, y el 17 de noviembre de ese año fue designado presidente de Acción Popular en sustitución de Antonio Goicoechea. A finales de febrero de 1933 se celebró en Madrid un congreso de los distintos grupos afiliados a Acción Popular, en el que se acordó la creación de la Confederación Española de Dere-

chas Autónomas (CEDA). Bajo la dirección de Gil Robles, la nueva agrupación política se convirtió en un auténtico partido de masas de la derecha, con unos objetivos generales y otros muy concretos: la defensa de los principios de la civilización cristiana, la revisión constitucional, la derogación de la legislación reformista aprobada por la coalición republicano-socialista y la creación de un Estado corporativo.

Con 115 diputados conseguidos en las elecciones de 1933, Gil Robles decidió apoyar desde fuera al gobierno de los radicales, para exigir más adelante la participación en el poder. La entrada en el gobierno Lerroux de tres ministros cedistas, el 4 de octubre de 1934, desencadenó el fracasado movimiento revolucionario de Asturias y la rebelión de Cataluña. El 6 de mayo de 1935, en un nuevo gobierno, también presidido por Lerroux, la CEDA obtuvo cinco carteras; Gil Robles ocupó la de Guerra. En los meses siguientes acometió una profunda reorganización del ejército, que a la larga hizo posible el alzamiento de 1936. Para el puesto clave de jefe del Estado Mayor Central nombró al general Franco.

En las elecciones de 1936, a pesar de un gran despliegue propagandístico, la CEDA sólo consiguió 87 diputados. Desde su escaño, Gil Robles multiplicó las críticas y las acusaciones al gobierno del Frente Popular. A sus seguidores les aconsejó que se incorporasen a título personal a las unidades del ejército cuando empezara el levantamiento, aunque sin tomar parte en las represalias. El 17 de julio partió para Francia. Expulsado por el gobierno Blum, se trasladó a Portugal, donde ayudó a establecer una junta que organizó propaganda y ayuda económica para el bando nacionalista.

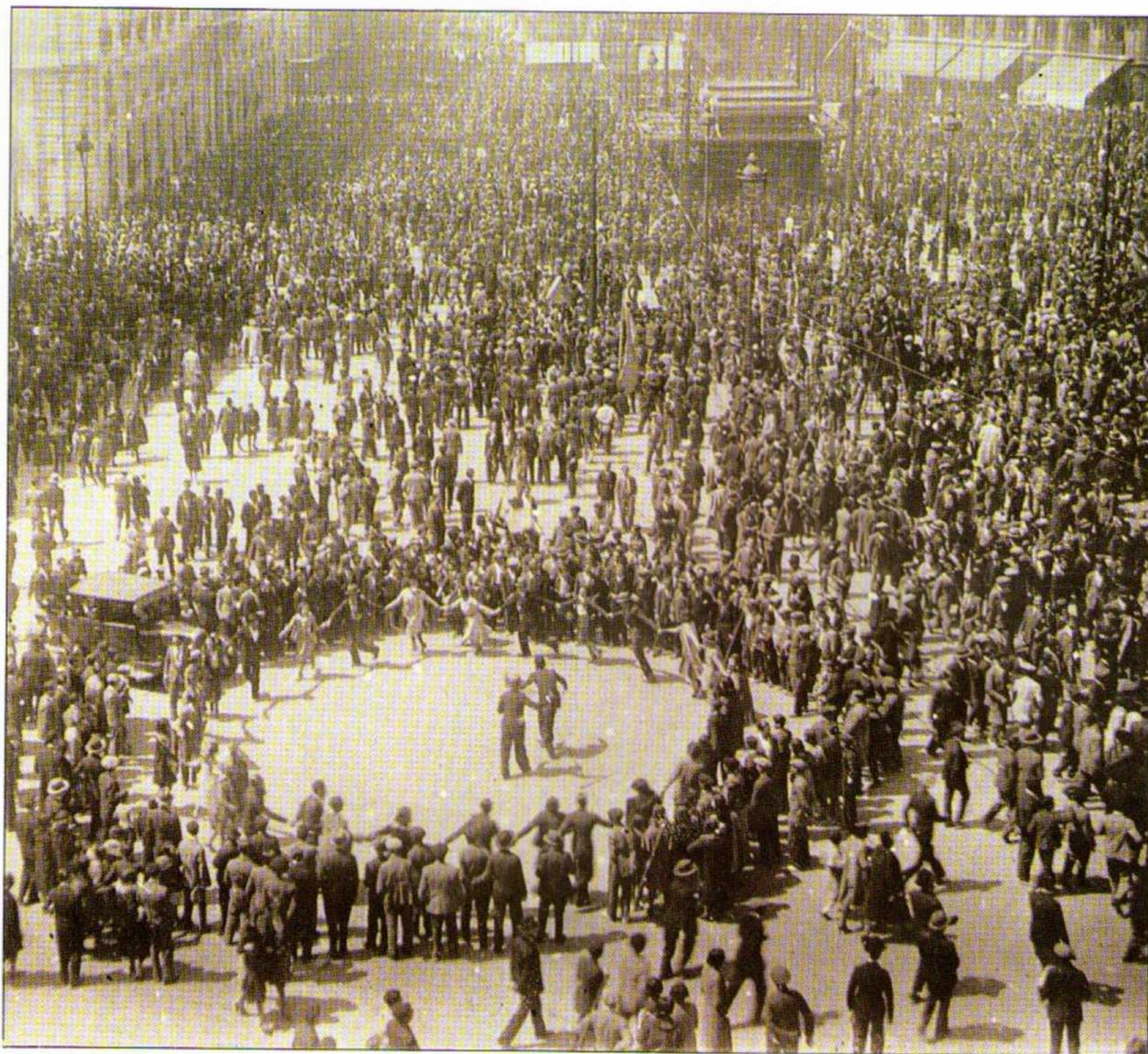
Después de la guerra, exiliado en Portugal, intentó restaurar la legitimidad monárquica en España y formó parte del Consejo privado de don Juan de Borbón durante veinte años. Desde su regreso a España, en 1953, intentó aglutinar los distintos grupos demócratas cristianos. En 1962 fue desterrado por su asistencia al congreso celebrado en Munich. El 13 de mayo de 1975 fundó la Federación Popular Democrática. Se presentó a las elecciones de 1977 encabezando la lista de la Federación Demócrata Cristiana por Salamanca, sin conseguir el escaño. Falleció en Madrid en 1980.



(Arch. B. M. Patino.)

estaban siendo sustituidas por fiestas de tradición revolucionaria: el primero de mayo, el aniversario de la Revolución rusa o de la muerte de Galán y García Hernández. Las mujeres, tradicionalmente encerradas en casa por la vieja España, salían a la calle luciendo los colores de su partido, «formando grupos como los hombres, cantando, gritando y bailando en grandes pandillas para celebrar el nombre de la Libertad» [5]. Ahora había batallas por cuestiones tales como las condiciones de trabajo o la Iglesia. Por ejemplo, en un pueblo de Aragón, uno de los bares se había convertido en una lonja de contratación obligatoria. Todo el que buscaba trabajo sólo podía obtenerlo a través de los encargados del bar. Esto no gustaba a nadie y los hombres de derechas desobedecían, al igual que todos los trabajadores que tenían algún convenio antiguo por el

[5] Lisón Tolosana, p. 46.


(Pyresa.)

que trabajaban para un propietario concreto. Las izquierdas convocaron una huelga general: los hombres de derechas continuaron trabajando, y fueron cercados. Se inició una refriega que ocasionó un muerto. Entonces las amenazas, las provocaciones y las manifestaciones se convirtieron en algo corriente en la vida del pueblo. Todo el mundo empezó a adherirse a uno u otro grupo. Los no comprometidos iban en busca de ideologías, mientras que los dirigentes politizaban cualquier acontecimiento público.

Las personas de derechas dieron por supúesto automáticamente que la derrota de Azaña y los socialistas significaba una victoria para la vieja España. Pero, el gobierno de Lerroux ¿era un gobierno de «provocación» o simplemente de reacción? Indudablemente, tanto si al gobierno le gustaba como si no, en toda España los antiguos dueños de la economía estaban utilizando la que ellos

Dos imágenes cuyo contraste puede servir de ejemplo: un herido recogido en una calle cualquiera y el júbilo que siguió a la proclamación de la República, manifestado por el regocijo público en la Puerta del Sol.



(Efe.)



(Arch. Urbión.)



(Pyresa.)

Cuando en los primeros días de noviembre llega Edouard Herriot, surge en España y en el extranjero una corriente de desconfianza por suponerse que se intenta un acercamiento militar destinado a que, frente a la amenaza de alemanes e italianos, la República española respalde a la francesa. Posiblemente ésa era la intención de Herriot, pero Azaña y los republicanos se inclinan por el pacifismo a ultranza. Se producen en Madrid protestas estudiantiles y pintadas. En el cigarral del doctor Marañón en Toledo: Herriot entre De los Ríos y Azaña, Madariaga, al fondo dos personas, quizá francesas, y a la derecha, el anfitrión.

Andrés Saborit (en esta página, a la izquierda) es un veterano socialista, con largo historial de militancia activa dentro del PSOE y de la UGT. Ha ejercido diversos cargos y dirigido el periódico El Socialista. *En 1934 dimite de la ejecutiva de la UGT, de la cual es vicepresidente, por su disconformidad con los proyectos de la huelga revolucionaria que se prepara para otoño. Dimiten también Besteiro, que es el presidente, y los demás miembros. Como concejal del municipio madrileño, Saborit, por solidaridad y compañerismo, se sumará a la huelga cuando estalle.*
Uno de los personajes más discutidos dentro del PSOE es el escritor y periodista Julio Alvarez del Vayo (en la caricatura). Algunos le consideran desde 1932 ó 1933 como agente comunista infiltrado en el PSOE, al cual pertenecía desde joven. No existen evidencias para afirmarlo, y las sospechas provienen de que había estado en la URSS y ha escrito con elogio de los soviets. Será uno de los que cooperen para que las juventudes socialistas sean absorbidas por los comunistas, y más tarde se mostrará decididamente pro soviético. Se cree que influye sobre Largo Caballero para empujarle hacia posiciones extremas.

consideraban su oportunidad para recuperar su posición; e indudablemente también, el Partido Socialista respondía perdiendo su esperanza en la República, e incluso condenándola. Fernando de los Ríos, en un discurso pronunciado en su distrito electoral de Granada, llegó a condenarla. A partir de entonces, *El Socialista* empezó a argüir regularmente que la República era tan mala como la Monarquía, y que en la República no había lugar para el proletariado. La mayor parte de los sindicatos que componían la UGT iban adoptando posturas cada vez más izquierdistas, y Largo los seguía. Azaña intentó poner de relieve ante los socialistas lo peligroso de esta actitud. Si los socialistas intentaban verdaderamente traer «la revolución», dijo, fracasarían. De los Ríos, con quien estaba hablando, dijo que «las masas dominaban a los dirigentes». Azaña contestó: «Los sentimientos de las masas pueden cambiarse.» Señaló que preparar una insurrección, que es lo que parecían hacer los socialistas, era invitar al ejército a intervenir otra vez en política: «El ejército estaría encantado de emprender la represión contra los trabajadores.» De los Ríos transmitió a Largo Caballero las observaciones de Azaña, pero Largo Caballero no hizo caso y, tres semanas más tarde, el punto de vista extremista «caballerista» triunfó en el comité nacional del Partido Socialista español, dando lugar a la dimisión de moderados como Besteiro, el dirigente del sindicato de los tipógrafos, Saborit, y el líder de los ferroviarios, Trifón Gómez. Entonces se formó una comisión «prerrevolucionaria» y, el 31 de enero, Largo Caballero dijo al Partido Socialista de Madrid que deseaba reafirmar su creencia en la necesidad de preparar un levantamiento proletario [6]. Fue un error de juicio fatal.
A partir de entonces, los socialistas empezaron a organizar el entrenamiento militar de sus juventudes, uniéndose así a las derechas partidarias de la insurrección y a los grupos minúsculos situados en los extremos de la política española —como por ejemplo la Fa-

[6] Véase en Azaña, vol. IV, p. 652, la conversación con De los Ríos, y los comentarios de Marichal en Azaña, *Obras completas*, vol. III, pp. XIV-XV.



(Col. particular.)



(Col. Merino. Málaga.)

Después de cumplir ocho meses de prisión como consecuencia del levantamiento derechista de agosto de 1932, el coronel Enrique Varela (en el retrato) abandona el penal de Cádiz. Es monárquico, alfonsino y antirrepublicano, y pensando en un posible levantamiento futuro contra el gobierno, calcula que los requetés carlistas pueden ser una excelente fuerza militarizada. Con anterioridad, en la cárcel de Guadalajara, se ha entrevistado con Fal Conde y Rodezno. Varela cuida del encuadramiento e instrucción militar de los jóvenes navarros, que, si siempre estuvieron dispuestos a tomar las armas contra una monarquía liberal, más lo están para luchar contra la República laica. Al ascender a general, Varela será sustituido en esta misión clandestina por el también coronel Ricardo Rada: no serán descubiertos. Parece que es Varela quien redacta la Ordenanza del Requeté. Por su actuación en la guerra de Marruecos, había sido condecorado con dos laureadas, que le impuso Alfonso XIII en persona, y además le nombró gentilhombre de cámara. En la ilustración de la derecha, un cartel carlista.

lange y los comunistas— en su desafío a la República burguesa. Los carlistas, por ejemplo, llevaban varios meses de actividad. En Navarra, cada semana se veían sus boinas rojas en los mercados. Un ostentoso coronel, Enrique Varela, que había ganado por dos veces la más alta distinción militar al valor en Marruecos y que tenía uno de los expedientes más distinguidos del ejército, se encargó de organizar la instrucción de estos nuevos requetés, nombre que se daba a los reclutas en las guerras carlistas, tomado del himno de uno de sus más fieros batallones. Varela (con quien se habían entrevistado los dirigentes carlistas Fal Conde y Rodezno en la cárcel, después del alzamiento de 1932) recorría los pueblos pirenaicos disfrazado de sacerdote y con el nombre de «Tío Pepe», actuando como un misionero de la guerra. Al ser ascendido a general y al reanudar el servicio regular en el ejército, fue reemplazado por el coronel Rada [7]. A principios de 1934, la comunión carlista afirmaba disponer nada menos que de 700.000 miembros distribuidos en 540 secciones y, aunque sin duda se trataba de una gran exageración, era indudable que el movimiento estaba creciendo rápidamente, como consecuencia de la apresurada concienciación política de la pequeña burguesía católica en Andalucía occidental, Navarra, Valencia y partes de Cataluña [8].

[7] Véase Blinkhorn, *Carlism*, p. 221. José María Pemán, *Un soldado en la historia* (Cádiz, 1954), pp. 134-135. Ni Rada ni Varela habían tenido conexiones previas con los carlistas. Ambos eran andaluces. Varela era hijo de un suboficial, y desde muy joven había sido hombre de extraordinaria ambición. Su valor en Marruecos se había hecho proverbial. Véase Antonio Lizarza, *Memorias de la conspiración* (Pamplona, 1953), p. 33. Su descripción de los acontecimientos se apoya en la obra de Felipe Bertrán Güell, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional* (Valladolid, 1939).

[8] Véase Martin Blinkhorn, «Carlism and the Spanish Crisis of 1934», en *Journal of Contemporary History*, vol. VII, núms. 3 y 4.

Los monárquicos en Roma

El 31 de marzo de 1934, Antonio Goicoechea, el dirigente monárquico de las Cortes, visitó a Mussolini junto con dos carlistas (Rafael Olazábal y Antonio Lizarza) y el general Barrera (el fracasado coordinador de 1932, que había huido). Los españoles produjeron una impresión de desacuerdo respecto a la finalidad de sus conspiraciones. Sin embargo, Mussolini dejó esto de lado diciendo que lo único preciso era que el movimiento fuera «monárquico y de carácter corporativo y representativo». Prometió a los rebeldes españoles un millón y medio de pesetas, 20.000 fusiles, 200 ametralladoras y 20.000 granadas, así como una ayuda más amplia cuando se produjera el alzamiento. El dinero les fue entregado al día siguiente [9]. A partir de entonces, los requetés se desarrollaron con rapidez,

[9] Lizarza, pp. 23-25. Se tuvo noticia por primera vez de esta entrevista a raíz del descubrimiento de ciertos documentos en casa de Goicoechea durante la guerra civil. El propio Goicoechea admitió los hechos en 1937. Véase el reconocimiento de Goicoechea en *Manchester Guardian*, 4 de diciembre de 1937. Una fotocopia del acuerdo en poder de Goicoechea figura en la portada del libro de José Luis Alcofar Nassaes, *CTV* (Madrid, 1972).

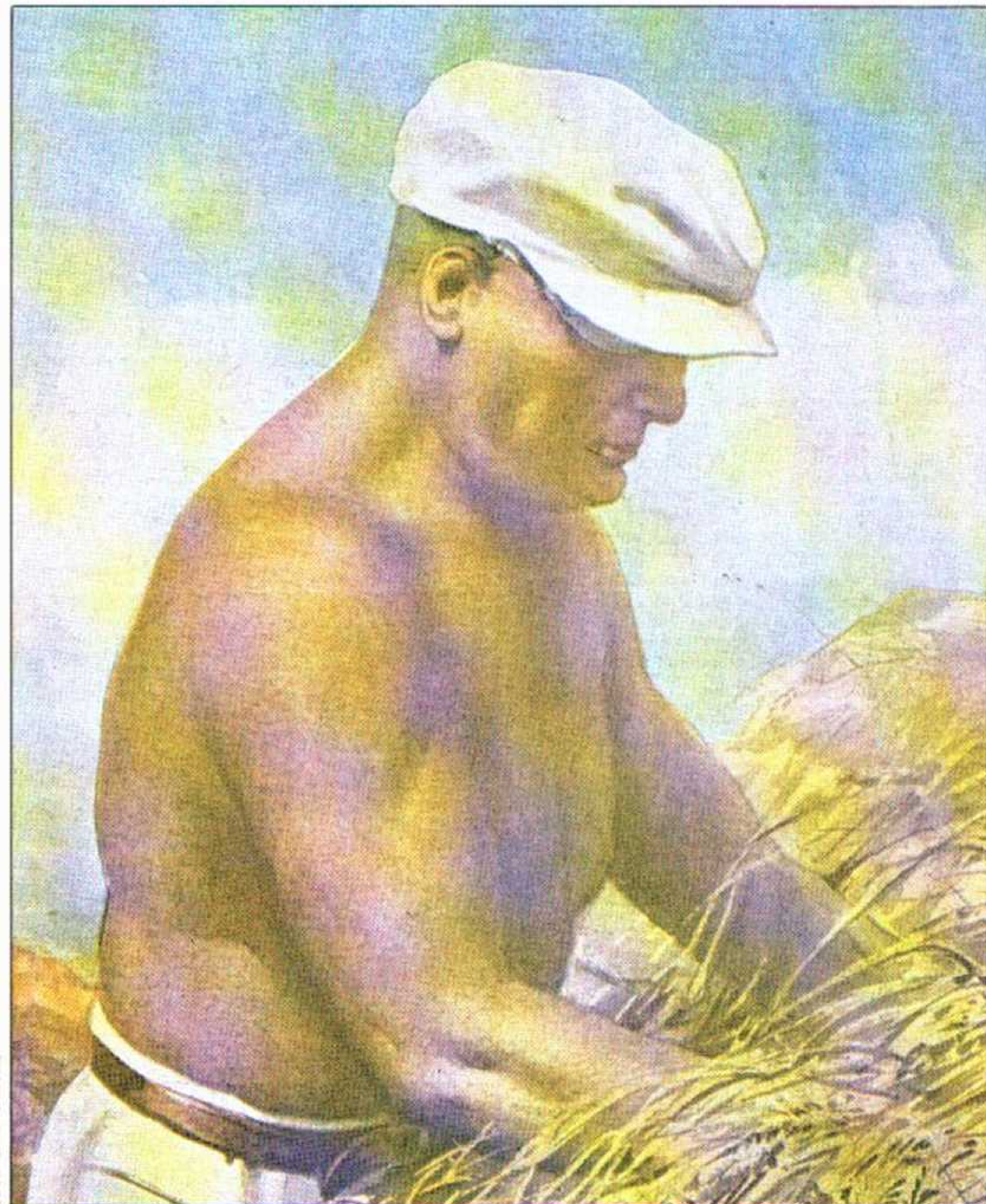
Benito Mussolini trabajando en la primera recolección de las desecadas marismas del Agro Pontino.



(Arch. C. S. de Tejada.)

ANTONIO GOICOECHEA COSCULLUELA (Barcelona, 1876 - Madrid, 1953)

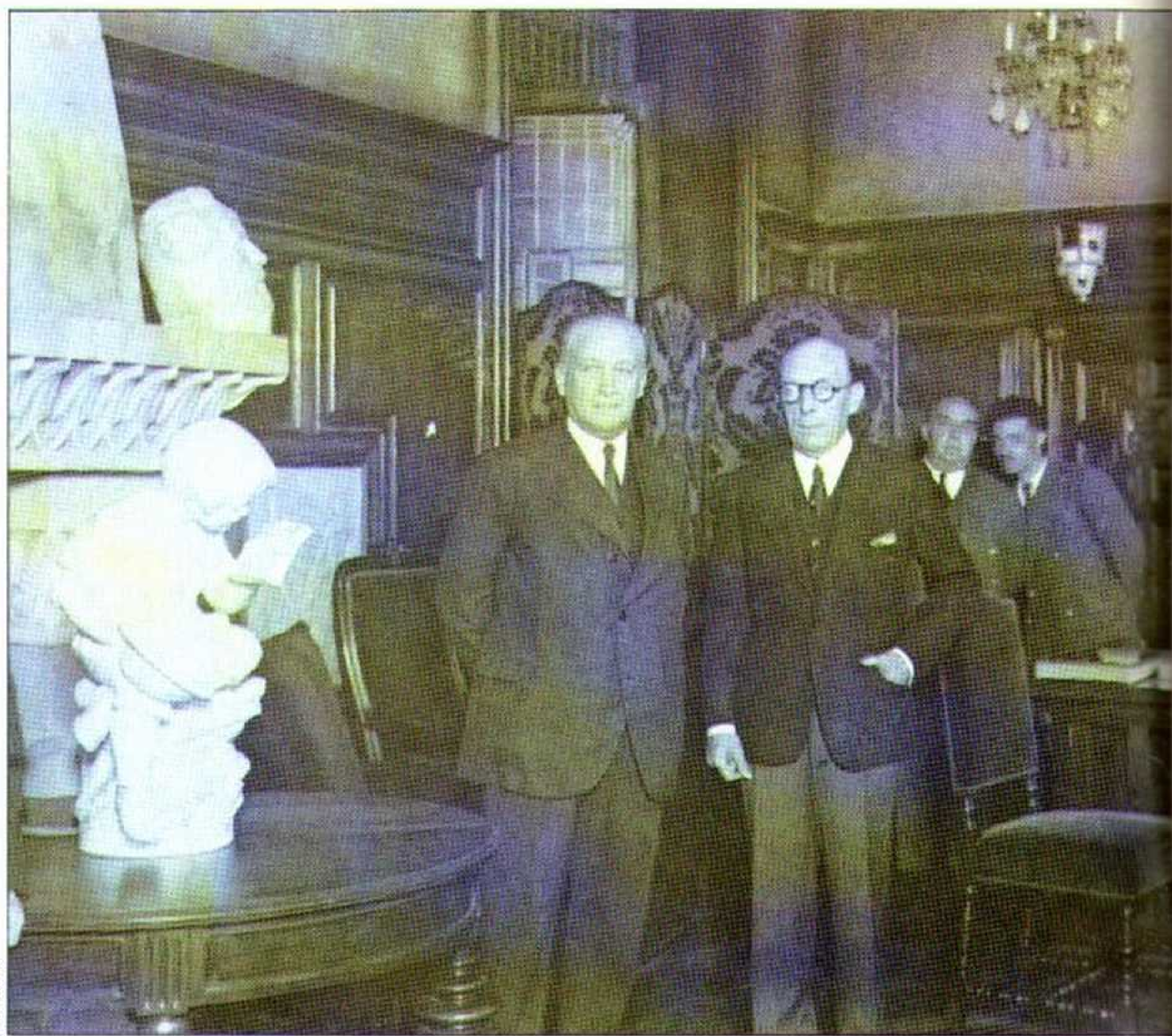
Político monárquico formado en el maurismo, apoyó activamente la dictadura de Primo de Rivera. Durante la Segunda República derivó progresivamente hacia posturas muy derechistas. En 1931 se integró en un efímero Partido Centrista, que fundó Cambó con componentes del maurismo histórico, para pasar en ese mismo año, y también por poco tiempo, a la junta presidencial de Acción Nacional. En 1933 abandonaría esta organización para ser uno de los fundadores de Renovación Española, grupo derechista que en diciembre de 1934 se integraría en el Bloque Nacional, animado por Calvo Sotelo y del que Goicoechea sería uno de los dirigentes. Fue él quien, ante el féretro de Calvo Sotelo, pronunció la conocida frase: «...imitar tu ejemplo, vengar tu muerte, salvar a España. Que todo es uno y lo mismo...»
En marzo de 1934, junto con el general Barrera y otros monárquicos, se entrevistó con Mussolini y Balbo en busca de apoyo financiero y militar para restablecer la monarquía. Vinculado muy pronto a los preparativos de la sublevación de 1936, el 23 de julio se encontraba ya en Burgos, colaborando estrechamente con Mola, quien le envió a Roma el día 25 para recabar la prometida ayuda de Mussolini.
Templado su monarquismo a medida que se consolidaba el régimen de Franco, al que se mantuvo siempre fiel, después de la guerra fue gobernador del Banco de España, además de presi-



(Col. Luis Gasca.)

dente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, cargo que ostentaba con anterioridad, y decano del Colegio de Abogados de Madrid.

creando comités encargados, por ejemplo, del reclutamiento de oficiales, propaganda, compra de armas y estrategia [10]. Había habido varias expediciones previas de tanteo a Italia por parte de monárquicos y otros conspiradores; y ahora, al llegar allí el ex rey Alfonso, Roma se convirtió en un nuevo foco de conspiración contra la República. Por otra parte, con el nombramiento del enérgico Fal Conde para el cargo de «secretario general real» de los carlistas en mayo de 1934, ese movimiento se diferenció más claramente de los monárquicos ortodoxos, a los que llamaba «los escombros de la monarquía alfonsina que ha adoptado el nombre de Renovación Española, como si no supiéramos que la "renovación" que nos brindan es la vuelta a un régimen de iniquidad». A pesar de todo, Rodezno, el predecesor de Fal Conde, conservó su influencia como dirigente del movimiento en las Cortes, y continuó creyendo en la posibilidad de un movimiento más amplio [11].



Ricardo Samper se inicia en la política muy tempranamente, de la mano del escritor Blasco Ibáñez, en cuyo partido, la Unión Republicana Autonomista de Valencia, militará siempre. Nacido en la capital levantina el 25 de agosto de 1881, cursa estudios de Derecho y alcanza fama como abogado en su ciudad natal. Concejal en 1919, alcalde en 1920 y diputado provincial por la minoría republicana, obtiene acta de diputado en las elecciones de abril de 1931 y representará a la minoría radical en la Comisión encargada de redactar el texto constitucional. Tras ocupar las carteras de Trabajo y de Industria en dos gobiernos de Lerroux, pasa a la Presidencia del Consejo el 27 de abril de 1934. Es una figura poco relevante y Alcalá Zamora le ha elegido para poder influir sobre él. El nuevo gabinete tiene que hacer frente a una huelga campesina generalizada que los socialistas (con cuyo dirigente, Largo Caballero, aparece en la fotografía) desencadenan de cara a la temporada de recolección. La huelga, mal planteada, acabará fracasando y es causa de quebrantos morales y económicos para los campesinos. Samper dimite en octubre. Ministro en el siguiente gobierno Lerroux, ocupará la cartera de Industria poco más de un mes, abandonándola tras los debates desatados por la revolución asturiana. Fallecerá cuatro años después.

(Pyresa.)

El gobierno Samper

Cuatro días después de la reunión en Roma, Lerroux dimitió como señal de protesta contra las vacilaciones del presidente, Alcalá Zamora, a la hora de firmar la ley que perdonaba a Sanjurjo y a los

[10] Archivos carlistas. A partir de esta época, el sobrino de Alfonso Carlos, Javier de Borbón Parma, actuó de acuerdo con Fal Conde como «delegado nacional».
[11] Cit. Robinson, p. 176.

conspiradores de 1932. El nuevo jefe de gobierno, un indolente abogado valenciano, Ricardo Samper, también era radical. Debió su ascenso al hecho de que era amigo del presidente Alcalá Zamora, que instintivamente prefería un jefe de gobierno débil, con el fin de justificar sus intervenciones. Samper casi no hizo más que intentar mantener su mayoría, aunque, si hemos de ser justos, hay que reconocer que continuaron las asignaciones de tierras de acuerdo con la ley de Reforma Agraria a lo largo del año 1934, hasta el mes de octubre. Sin embargo, su ministro de la Gobernación, Salazar Alonso, olía la revolución en todas partes y siempre que se lo permitía su poder legal destituía ayuntamientos con la excusa de que «no inspiraban confianza en cuestiones de orden público». De hecho, al cambiar estos ayuntamientos, si eran socialistas, lo que intentaba era deshacerse de los últimos amigos políticos que les quedaban en los pueblos a los miembros de la FNTT.



(Pyresa.)

Suele aceptarse que Asturias es una región «roja», pero en las elecciones las derechas han obtenido más sufragios que la totalidad del bloque de izquierdas, y hay que añadir aún 20.000 votos de los centristas antirrevolucionarios. Si es cierto que en las zonas mineras e industriales predominan los socialistas, en las ciudades, villas y campos las derechas cuentan con numerosos partidarios.
Un pueblo de Las Brañas, al fracasar la revolución, levanta bandera blanca.

Indudablemente esto era una acción provocativa, que recuerda las medidas antisocialistas tomadas por los regímenes fascistas en otras partes de Europa. Esto, sumado a los desahucios, la vuelta a la utilización de la mano de obra emigrante y a los despidos por razones políticas, creó gran tensión en el campo a principios de 1934, al disminuir los salarios y aumentar el hambre. Los discursos de Gil Robles no hacían más que aventar las llamas, cuando los jóvenes de derechas empezaron a ver que el péndulo de la política oscilaba ahora contra cualquier idea de compromiso. «¡Los je-

fes no se equivocan!», gritaron los jóvenes cedistas en un gran mitin celebrado en El Escorial en abril [12]. Luego, a principios de junio, se produjo una huelga de campesinos durante la recolección, en el sur, muy bien organizada por la FNTT socialista, ahora con un líder nuevo, el seguidor de Largo Caballero, Ricardo Zabalza. Fue provocada por la derogación de la ley de Términos Municipales, que privaba a las casas del pueblo locales del control de la mano de obra. La FNTT consiguió que se aceptaran sus demandas salariales y su proposición de garantías de empleo para toda la mano de obra disponible. Pero organizó la huelga para pedir que se pagaran salarios de recolección durante el resto del año. Los dirigentes anarquistas convinieron en apoyar esta petición, pero muchos socialistas moderados no lo hicieron. Salazar Alonso, el ministro de la Gobernación, creyendo que tenía una huelga general revolucionaria entre manos, envió la guardia civil, impuso la censura de prensa en el sur, y practicó muchas detenciones —aunque breves— de dirigentes socialistas, entre los que se contaban alcaldes y hasta diputados. La huelga fracasó, se hizo la recolección con protección policial, y la UGT y los dirigentes moderados fueron acusados de dejar en la estacada a la FNTT con su inactividad [13]. A continuación, también en junio, se planteó en Cataluña una situación muy grave.

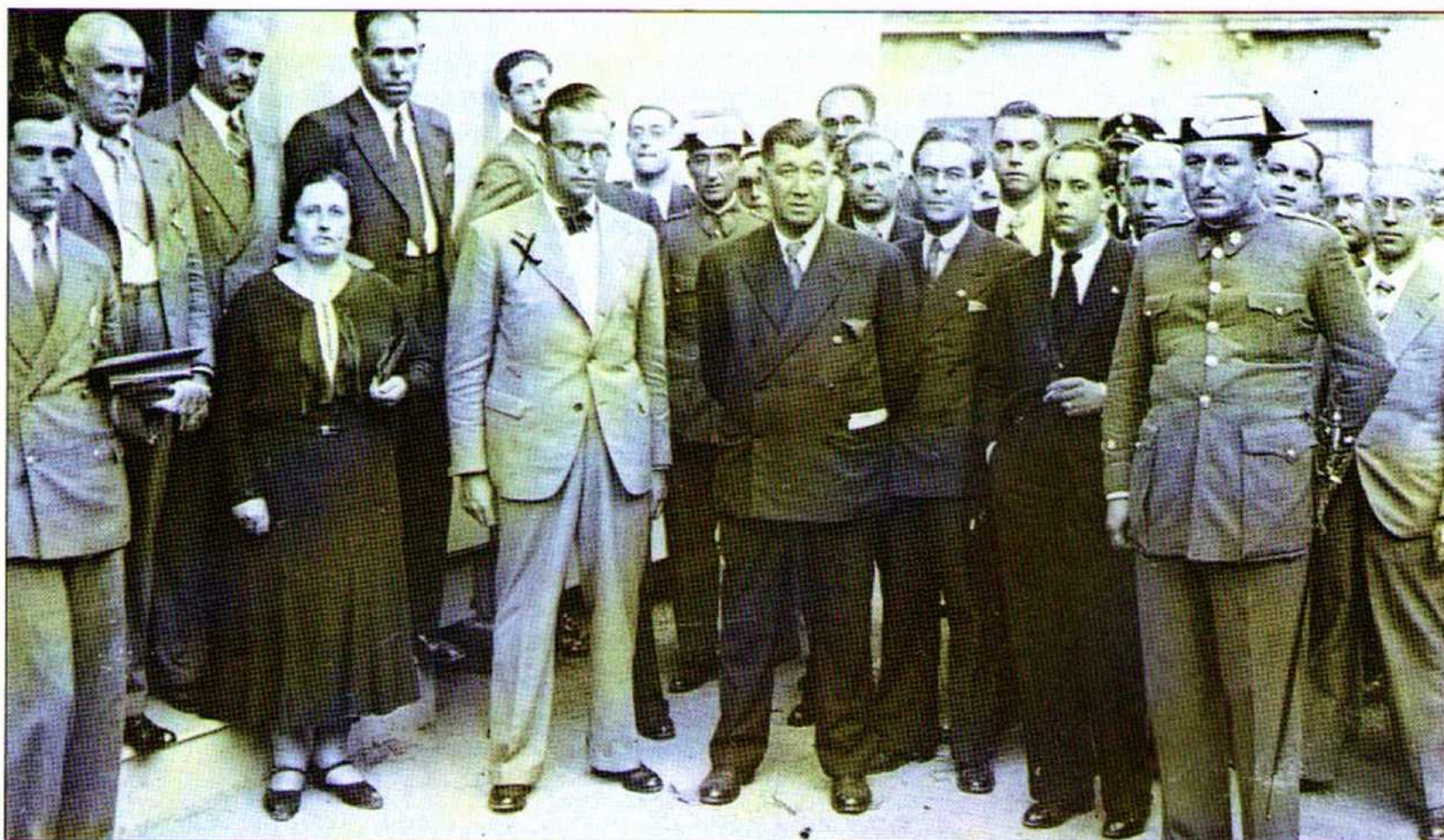
[12] Las juventudes socialistas intentaron evitar que estas ruidosas comitivas de cedistas llegaran a El Escorial forzando los raíles del ferrocarril. Véase Santiago Carrillo, *Demain l'Espagne* (París, 1974), p. 42.

[13] Véase Paul Preston, *European Studies Review*, vol. I, n.º 2.

Fotografía del acto celebrado en El Escorial por las Juventudes de Acción Popular. Días antes se ha publicado en El Socialista: *«Somos millares y millares los que iremos de toda España a impedir ese crimen contra la clase obrera. Y si el gobierno lo autoriza, habrá un día de luto en El Escorial.» En Madrid se convoca la huelga general, mientras las milicias socialistas, que están en periodo de organización, colocan explosivos, tirotean centros de Acción Popular, apedrean trenes y autocares que llegan de provincias. Hay un muerto y algunos heridos. Pero más decidida aún será la oposición contra una nueva concentración que las JAP van a celebrar en Covadonga el 8 de septiembre. Los socialistas y comunistas asturianos interceptan las vías férreas y carreteras derribando árboles y postes de electricidad, se prodigan las agresiones y se va a la huelga. Esta última concentración, en el corazón de Asturias, se celebra a un mes escaso de estallar la revolución de octubre.*



(Keystone.)

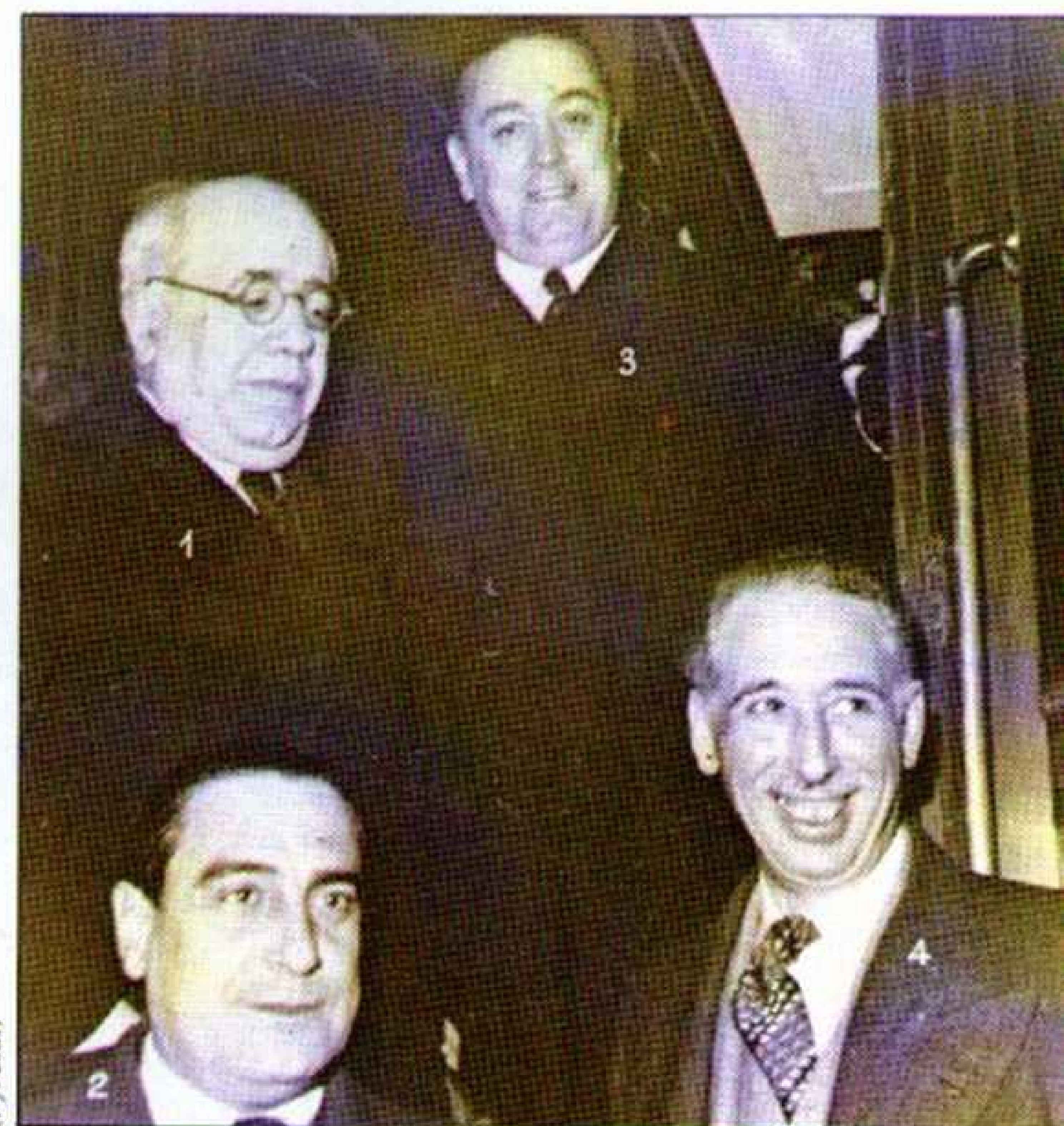


(Pyresa.)

La ley de Contratos de Cultivos

El gobierno catalán, la Generalitat (que había tenido poco impacto en la escena nacional e internacional desde la aprobación del Estatuto catalán), había aprobado una ley, la de Contratos de Cultivos, que permitía a los *rabassaires* de la región el dominio absoluto de las viñas que hubieran cultivado durante quince años. Los propietarios se quejaron ante la suprema autoridad jurídica de la República, el Tribunal de Garantías Constitucionales, el cual, por una pequeña mayoría, rechazó la ley de Contratos de Cultivos, alegando que la Generalitat no podía legislar en aquella materia. Pero Lluís Companys, que, a la muerte de Macià, en diciembre de 1933, se había convertido en presidente de la Generalitat, ratificó la ley por su cuenta y riesgo. Quien incitó a Companys a dar este paso, que constituía un reto al gobierno de Madrid, fue su nuevo consejero de Gobernación, José Dencás. Dencás, que era médico y hombre de derechas, era el dirigente de un grupo separatista extremista, *Estat Català*, fundado por Maciá en 1922, y que ahora constituía la principal facción de la juventud catalana militante. Querían la independencia pura y simple. Tenían una milicia de camisas verdes, los *escamots*, dirigidos por un terrorista temerario, Miguel Badía, que se había pasado la mayor parte de su juventud en la cárcel por haber atentado contra la vida de Alfonso XIII. A pesar de todo, en 1934, Companys tuvo por breve tiempo a Badía como jefe de policía. Incluso sin esta complicación, era de esperar que la coexistencia de un gobierno catalán de centro izquierda con un gobierno de centro derecha en Madrid no tardaría en crear dificulta-

El consejero de Gobernación de la Generalitat, José Dencás (arriba, señalado con una cruz), es a la vez jefe de los escamots, *milicia semiseparatista y semifascista. En la fotografía inferior, Manuel Azaña (1), Juan Botella Asensi (2), Diego Martínez Barrio (3) y Lluís Companys (4).*



(Pyresa.)

des. Azaña había dado prudentes consejos a Companys igual que había hecho con De los Ríos. Al principio, Companys pareció ser consciente de los peligros, pero después se dejó arrastrar por lo que creía que deseaban las «masas».

Los socialistas, eliminados del gobierno y en minoría en el Parlamento, optan por la vía revolucionaria y así lo proclaman en periódicos y mítines. Nadie puede quedar a la derecha de nadie, y así, el socialdemócrata Prieto se afana en los trabajos destinados a organizar la revolución. A través de complicidades logran adquirir del Consorcio de Industrias Militares un importante stock *de armas, que Azaña destinaba a los revolucionarios portugueses. Embarcadas en el vapor* Turquesa *con simulado destino a Djibuti, vía Burdeos, son desembarcadas en la ría de Pravia. Indalecio Prieto dirige la operación, que se frustra en parte porque los carabineros descubren el alijo y logran incautarse de algunas cajas, mientras que otras se trasladan a distintos lugares y son ocultadas. En la operación participan diputados y autoridades locales socialistas.*



(Arch. J. M. Armero.)

Los alcaldes vascos

Todavía hervía la grave disputa constitucional engendrada por esto, cuando también salió a la palestra la cuestión de las aspiraciones separatistas de los vascos. Las relaciones financieras de los vascos con el gobierno central de Madrid habían sido reguladas por el concierto económico de 1876. En virtud de éste, los vascos disfrutaban de un sistema fiscal autónomo, de acuerdo con el cual se distribuían los impuestos ellos mismos y pagaban al Estado una suma global. Los ayuntamientos de las provincias vascas creyeron que ciertas leyes introducidas por el gobierno de Samper constituían una amenaza para el concierto, y decidieron celebrar elecciones municipales en las tres provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, de manera que los representantes elegidos pudieran declararse públicamente en favor del concierto. El gobierno prohibió las elecciones. Y cuando, a pesar de esta prohibición, se celebraron, fueron arrestados los concejales. En las tres provincias se desencadenaron una serie de turbulentas manifestaciones en favor de la autonomía vasca. El partido nacionalista vasco, formado casi exclusivamente por católicos y burgueses, empezó a embarcarse en una alianza con los socialistas y las izquierdas tan curiosa como fatídica. La CEDA les había desilusionado.

Mientras los dos problemas separatistas de España se agudizaban simultáneamente, el país se sobresaltó ante el rumor de que el habitualmente «moderado» Prieto había hecho desembarcar varias cajas de armas del vapor *Turquesa* en Asturias, destinadas a los socialistas [14]. El gobierno proclamó el estado de alarma, y Gil Robles, en un gran mitin de su movimiento juvenil (JAP), celebrado en Covadonga, el santuario asturiano que se eleva en el lugar donde el rey visigodo Don Pelayo inició la Reconquista de España a los árabes, declaró: «No podemos consentir por más tiempo que continúe este estado de cosas». La CNT y la UGT, actuando conjuntamente por primera vez en muchos años, proclamaron una huelga general en Asturias, dificultando así el regreso a Madrid de los delegados asistentes al mitin de la CEDA. Una semana más tarde, Gil Robles anunció que cuando se volvieran a reunir las Cortes en octubre, después del verano, él y su partido dejarían de apoyar al gobierno de Samper. La consecuencia implícita era que estaba dispuesto a hacerse con el poder él mismo. Ante esto, la UGT hizo una declaración condenando a Gil Robles, al que ta-

[14] Estas eran armas compradas a ciertos revolucionarios portugueses en Galicia por el diputado socialista y jefe de los mineros asturianos Amador Fernández. El barco zarpó de Cádiz con el destino «Djibuti» escrito sobre las cajas, pero más tarde se desvió a Asturias. Véase un artículo de Prieto en *España Republicana* de Buenos Aires, que vuelve a aparecer en su obra *Convulsiones de España*, vol. I, p. 109. Después Prieto huyó a Francia, donde estuvo hasta finales de 1935. No fue un exilio honorable, y no se le permitiría que lo olvidara. (Había hecho lo mismo en 1917 y 1930.)

chaba de «jesuita disfrazado». Si la CEDA llegaba al poder sin una declaración previa de apoyo a la República, la UGT «no respondía de su acción futura». Es decir, que la UGT consideraría la entrada de la CEDA en el gobierno como el primer paso para el establecimiento de un Estado fascista en España. Largo Caballero, entonces, intentó formar una alianza obrera con la esperanza de unir a socialistas, comunistas y anarquistas; hizo sus maniobras al margen de Prieto y otros reformistas. Prieto dijo a Besteiro que le habría gustado estrangular a Largo Caballero; Besteiro dijo que sería «mejor resistírsele» [15]. Pero, a pesar de todo, Prieto, De los Ríos y todos los dirigentes moderados fueron barridos por una ola de optimista militancia en la que el movimiento juvenil desempeñaba un papel principal.

La repugnancia de Gil Robles a manifestar su adhesión a la República derivaba de su miedo a perder muchos seguidores de derechas si lo hacía, ya que parecería aceptar las cláusulas anticlericales de la Constitución, todavía no revisadas; necesitaba la ayuda financiera de los monárquicos y quizá también fuera cierto que detestaba a la República. Pero esto ocurría en los últimos días del verano de 1934. Los socialistas españoles de la UGT habían visto cómo en los últi-

[15] Azaña, vol. IV, p. 904. El periódico socialista *Leviatán*, dirigido por Araquistain, atacó a Azaña por su moderación: «O se renuncia a la revolución, y entonces amigo Azaña, nos dedicaremos a la literatura, o se renuncia a la ley, y entonces los pactos legalistas no tienen objeto». (Citado por Azaña, vol. III, p. XXI.)

Portada de Gracia y Justicia *correspondiente a los días del nombramiento de Gil Robles como ministro de la Guerra. Esta designación es consecuencia, y no causa, como escribe algún desmemoriado, de la revolución de Asturias. Gil Robles recibirá nuevos ataques de la derecha monárquica por participar en un gobierno republicano y por no dar un golpe de Estado. Gil Robles ha proclamado públicamente su* antifascismo, *que en su caso tiene un significado muy distinto al que le dan las izquierdas, pero que mantiene por encima de sus propósitos corporativistas a largo plazo, de las exaltaciones* —¡Jefe! ¡Jefe!...— *de los japistas y de otras manifestaciones externas. Cuando por la fuerza se imponga un Estado autoritario, Gil Robles será barrido de la vida política.*

La ascensión de Hitler al poder produce honda y contradictoria impresión. Cartel de propaganda plebiscitaria en Alemania.



(Hemeroteca Municipal. Madrid.)



(Col. Luis Gasca.)



(Pyresa.)

Tan pronto como se conoce que tres ministros de la CEDA entran en el gobierno, las ejecutivas del PSOE y la UGT cursan a provincias las órdenes de huelga general, en la tarde del 4 de octubre, mediante telegramas en clave previamente convenidos. El 5 comienza en Madrid, y las milicias socialistas fracasan en algunos golpes de mano que tenían preparados. El 5 y el 6 hay un paqueo general, pero el gobierno se enfrenta resueltamente con la situación, y el intento revolucionario fracasa en Madrid. En vista de las noticias que se reciben de toda España, se declara la ley marcial. En la fotografía de esta página: los servicios públicos se paralizan, pero el ejército atiende a los más indispensables y hasta cuece pan, que se expende en algunas tahonas, ante las cuales se forman largas colas.

En la página siguiente, arriba, un pelotón de guardias de seguridad, mandado por un oficial y dos suboficiales, atraviesa una zona batida por el fuego de los «pacos», en la madrileña calle de Atocha.

mos dieciocho meses los socialistas alemanes y austríacos habían sido arrollados por Hitler y Dollfuss, respectivamente. ¿Qué diferencia había entre Dollfuss y Gil Robles? Gil Robles no hacía nada por aclararlo. Para un partido político, el momento no era propicio para ser conducido por un hombre que tenía, en palabras del escritor catalán Josep Pla, «un espíritu hamlético».

La CEDA entra en el gobierno

Se acercaba el momento de la reapertura de las Cortes. Varios asesinatos políticos contribuyeron a empeorar el ambiente. El 4 de octubre, Gil Robles retiró el apoyo de la CEDA al gobierno Samper, que dimitió. Sin embargo, Alcalá Zamora no pidió a Gil Robles que formara gobierno. En vez de eso, volvió a encomendárselo a Lerroux. Este incluyó a tres miembros de la CEDA en su gobierno, aunque entre ellos no se contaba Gil Robles. Alcalá Zamora seguía encontrándolo sospechoso. Además, Lerroux no tenía intención de dar paso a un joven rival en la dirección de la clase media española, mientras pudiera evitarlo [16]. Por otra parte, el

[16] Los tres ministros de la CEDA fueron: Giménez Fernández (Agricultura), Anguera de Sojo (Trabajo) y Aizpún (Justicia). Salazar Alonso salió del gobierno. De éstos, Aizpún era el fundador y organizador de la CEDA en Navarra; Anguera de Sojo había sido nacionalista catalán, pero al parecer había traicionado a sus colegas en 1931 siendo gobernador civil de Barcelona; y Giménez Fernández era un ilustre erudito, y sería el ministro de Agricultura de la República más responsable socialmente. Anguera había sido fiscal, y como tal fue el responsable de muchas confiscaciones de *El Socialista*. Aizpún estaba próximo a los carlistas. Los comentarios de Gil Robles son interesantes (p. 138), y Azaña (vol. IV, p. 515) consideraba a Anguera un republicano leal, en el fondo. Pero básicamente, la hostilidad de las izquierdas contra estos tres hombres no estaba justificada.



(Pyresa.)

presidente no convocó nuevas elecciones, que es lo que esperaban los socialistas. El sólo quería un ministro de la CEDA. Pero Gil Robles tenía la fuerza suficiente para imponer tres.

La reacción fue rápida y violenta. El partido Izquierda Republicana de Azaña [17], Martínez Barrio e incluso Miguel Maura condenaron la actuación del presidente que entregaba la República a sus enemigos. En Madrid, la UGT proclamó una huelga general, y algunos militantes socialistas avanzaron disparando hacia el Ministerio de la Gobernación, situado en la Puerta del Sol. Les acompañaron unos cuantos oficiales jóvenes. Pero la CNT, no. Los miembros de la juventud japista garantizaron el funcionamiento de los servicios esenciales [18]. El campo, agotado por las huelgas anteriores de aquel año, permaneció inactivo. La alianza obrera [19] sólo se había extendido en Madrid a los socialistas y algunos comunistas [20]. Hubo una confusión general. Largo Caballero estaba excitadísimo. Al acabar el día, el gobierno se había hecho dueño de la situación y los dirigentes socialistas habían sido detenidos.

En Barcelona, la entrada de la CEDA en el gobierno animó a Companys a proclamar «el Estado catalán» como parte de una «República federal española». También en esta ocasión, Companys fue

Hacia las ocho de la noche del 6 de octubre, Companys, desde el balcón de la Generalitat, proclama el «Estado catalán de la República federal española», y por medio de este histórico documento requiere al jefe de la IV División Orgánica, Domingo Batet, para que él y las fuerzas que manda se pongan a sus órdenes. El general responde con la proclamación del estado de guerra.

GOVERN DE LA GENERALITAT
DE CATALUNYA

Excm. senyor.

Com a President del Govern de Catalunya, requereixo a V. E. perquè amb la força que comana es posi a les meves ordres per a servir a la República Federal que acabo de proclamar.

Palau de la Generalitat, 6 d'octubre del 1.934

Lluís Companys

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

[17] El antiguo partido de Azaña, Acción Republicana, se había unido en abril de 1934 a los radicalsocialistas de Domingo y al partido autonomista gallego de Casares Quiroga, constituyendo el nuevo partido de Izquierda Republicana.

[18] Gil Robles, p. 140.

[19] Los comunistas acordaron apoyarla en el curso de la reunión de su comité central, los días 11 y 12 de septiembre (Branko Lazitch, *Los partidos comunistas de Europa* [Madrid, 1958], p. 338).

[20] Largo Caballero rechazó oficialmente a los comunistas cuando éstos le ofrecieron ayuda, según «la Pasionaria» (Ibárruri, p. 175). Véase también el comentario de Andrés Suárez, *El proceso contra el POUM* (París, 1974), p. 38.



En Cataluña el ejército mantiene su lealtad unánime al gobierno de la República, y durante la misma noche la rebelión queda sofocada. Las bajas por muerte que sufren los militares son: un capitán, un teniente, tres sargentos, un cabo y tres soldados.

alentado a esta precipitada acción por su consejero de Gobernación, Dencás. Además, estaba amenazado desde la izquierda por los *rabassaires*, los arrendatarios de viñedos catalanes, que ahora amenazaban con ocupar físicamente la tierra que consideraban suya en virtud de la ley de Contratos de Cultivos, ahora suspendida. La idea principal de la alocución de Companys a Cataluña fue un ataque al fascismo de la CEDA, a pesar del matiz fascista de las ideas de Dencás: «Las fuerzas monarquizantes y fascistas que de un tiempo a esta parte pretenden traicionar la República, han logrado su objetivo», anunció Companys. «En esta hora solemne, en nombre del pueblo y del Parlamento, el gobierno que presido asume todas las facultades del poder en Cataluña, proclama el Estado catalán de la República federal española, y al establecer y fortificar la relación con los dirigentes de la protesta general contra el fascismo, les invita a establecer en Cataluña el gobierno provisional de la República.»

La revolución de octubre en Madrid, Barcelona y Asturias

Esto era, al mismo tiempo, la proclamación de un nuevo tipo de relación entre Cataluña y el resto de España y una incitación a los revolucionarios de Madrid a que se declararan como gobierno legítimo, estableciéndose como tal en Barcelona, si era necesario. Aquel verano había inundado toda Cataluña una oleada de nacionalismo catalán y de hostilidad contra todo lo castellano, que Compa-




(Photo Research Int.)


(Efe.)

nys, hombre débil, no había podido resistir. Por otra parte, estaba Dencás, que habría preferido declarar la independencia pura y simple.

Sin embargo, esta rebelión catalana fue aplastada casi con la misma rapidez que la huelga general de Madrid. Hubo algo de lucha entre los *escamots* de Dencás y los mozos de escuadra (la fuerza de seguridad creada en Cataluña en tiempos de la Monarquía). La rebelión causó cuarenta muertos. Los anarquistas se mantuvieron al margen diciendo que no colaborarían con los socialistas a no ser que éstos dejaran de colaborar con la *Esquerra*. Dencás se apresuró a arrestar a Durruti y a otros dirigentes anarquistas. Companys llamó al general Batet, jefe de la división acuartelada en Barcelona, y le pidió que declarase su lealtad al nuevo régimen federal. Batet, sin embargo, aunque era catalán, se puso a las órdenes del gobierno central y declaró el estado de guerra. Actuando con deliberada lentitud para salvar vidas y permitir fugas, arrestó a Companys y su gobierno, con la excepción de Dencás, que encontró el camino de la libertad a través de una alcantarilla y se escapó a Roma. Toda la resistencia de Barcelona fue dominada rápidamente, y Companys dirigió por radio un digno llamamiento a sus seguidores pidiéndoles que depusieran las armas. Companys y sus seguidores fueron detenidos; y también lo fue —injusta e ilógicamente— Azaña, que por casualidad estaba en Barcelona para asistir al entierro de su ministro de Hacienda, Jaime Carner.

Así pues, la «revolución de octubre» fracasó en Madrid y en Barcelona. Hubo otros disturbios, que también fueron aplastados, con una excepción: la de Asturias [21]. Allí, el alzamiento —porque in-

[21] Véase *La revolución de octubre en España*, un folleto editado por el gobierno de Madrid en 1934; Peirats, vol. I, pp. 83-94; Mrs. Leah Manning, *What I saw in Spain* (Londres, 1935); el relato de Frank Jellinek en *The Civil War in Spain* (Londres, 1938), y el diario vivo de los hechos de Manuel Grossi, *La insurrección de Asturias*, escrito en la cárcel de Cartagena en 1935.

El presidente de la Generalitat, Lluis Companys, se ha dejado arrastrar a actitudes extremas. Del general Batet no puede esperar apoyo, aunque éste, ante el hecho consumado, pudiera adoptar una posición neutral. Companys cuenta con numerosas y bien armadas fuerzas de orden público y con los escamots, *mandados por Miguel Badia y el consejero de Gobernación Dencás. Pero esta vez el apoyo popular del 14 de abril falla; sólo una minoría exaltada le apoya y vitorea, pero no le defenderá con las armas. Al terminar los discursos (en la página anterior, abajo), la plaza de San Jaime se vacía y las calles quedan desiertas.*
Al enterarse del estado de guerra los guardias se inhiben. Ni Badia ni los escamots *armados hacen acto de presencia en las calles ni se enfrentan con las tropas. Alianza Obrera, a cuyos miembros se les ha negado armas, provoca alguna escaramuza periférica, y paqueo. Sólo tirotean a los soldados los Mozos de Escuadra, que se retraen a la Generalitat. Los militantes de la CNT, amenazados antes por los* escamots, *se mantienen al margen de los sucesos.*
Guardias municipales arrestados al rendirse el Ayuntamiento (en esta página, izquierda). El general Domingo Batet (derecha), catalán, republicano y autonomista, en pocas horas y con escasas bajas sofoca la rebelión.

dudablemente fue un alzamiento— estuvo dirigido por los rudos mineros de la región, muy concienciados políticamente. Así como en el resto de España los partidos obreros habían tenido opiniones divididas respecto a la revolución, en Asturias anarquistas, socialistas, comunistas, el Bloque Obrero y Campesino, la UGT y el comité regional asturiano de la CNT colaboraron bajo el grito unificador de UHP (Uníos, Hermanos Proletarios) [22]. Lo que sentó las bases de esta alianza fue un famoso artículo de un joven dirigente de la CNT, Valeriano Orobón Fernández, publicado el mes de febrero anterior en el periódico *La Tierra*. En él decía que el peligro de fascismo en España en realidad era tan grande que se hacía necesaria una nueva alianza de la clase obrera. Sólo Asturias siguió su consejo [23]. La FAI no había conseguido hacerse con la CNT local, y eso también ayudó a la alianza. En el extranjero, la reacción de la Internacional Comunista por una vez fue rápida: el 10 de

Al amanecer, Companys y el gobierno de la Generalitat se rinden. Dencás ha hecho su guerra particular por la radio, desde cuyo micrófono, instalado en la consejería de Gobernación, lanza histéricas llamadas de socorro; al amanecer escapa por las alcantarillas. El ejército ocupa los puntos clave de la ciudad y somete los focos revolucionarios del resto de Cataluña. El botín de armas es importante, y se hacen numerosos prisioneros.
Soldados de infantería montan guardia en la plaza de San Jaime y atienden a los disparos de los «pacos», que desde las azoteas mantendrán la alarma durante dos o tres días más. Para proteger las ametralladoras han construido pequeñas barricadas.

[22] Los obreros portuarios de Gijón pertenecientes a la CNT abogaban fervientemente por la alianza con los socialistas. Otros (por ejemplo, los mineros de La Felguera), mucho menos.

[23] Cit. Peirats, vol. I, p. 79 y ss.



(Arch. B. M. Patino.)

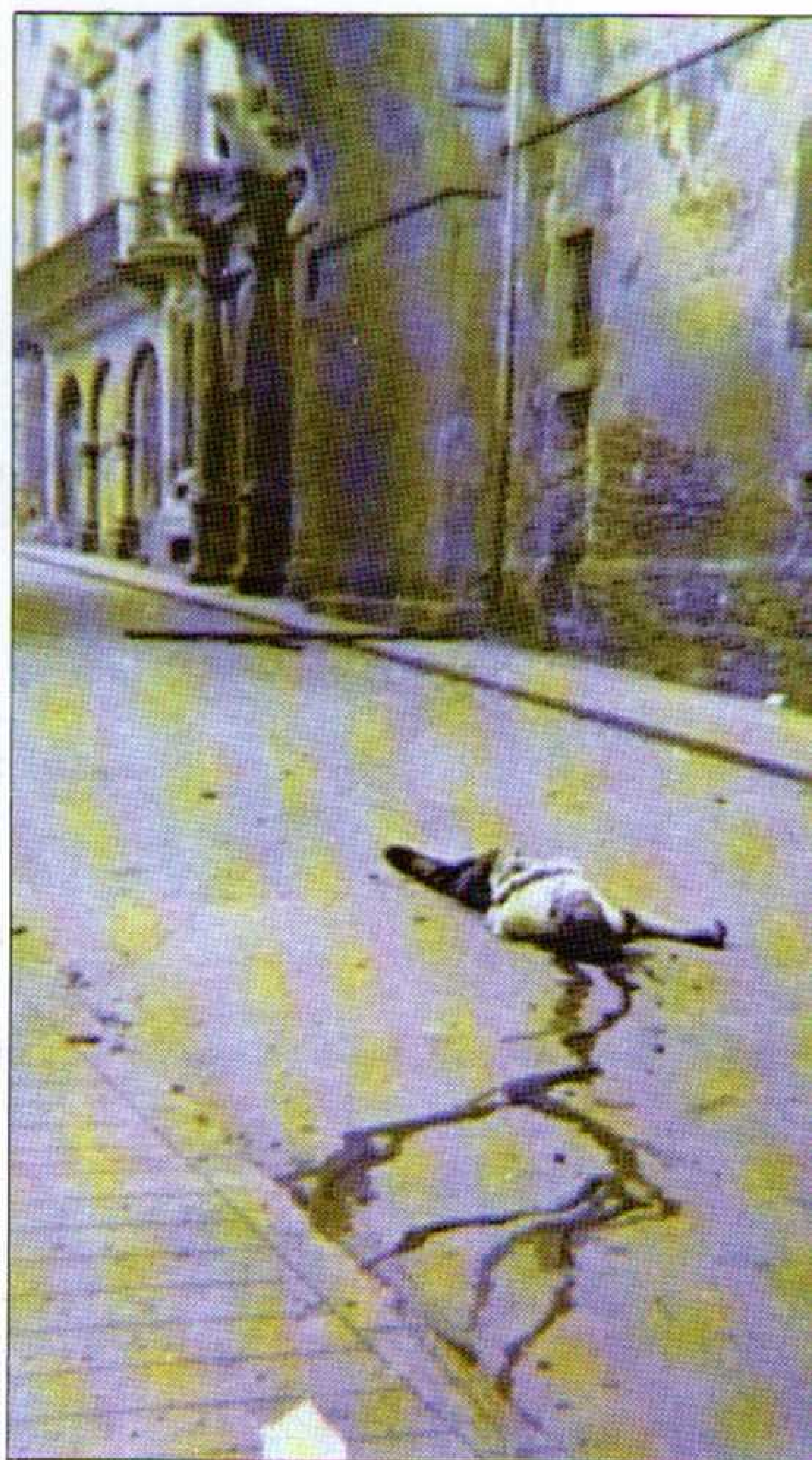
octubre, el Komintern (es decir, su comité ejecutivo, el ECCI) anunció a la [Segunda] Internacional Socialista su propuesta de acción conjunta para apoyar a la alianza de los trabajadores españoles [24].

El alzamiento de Asturias se preparó cuidadosamente en toda la provincia. Su cuartel general estaba en Oviedo, la capital, y se organizaron importantes acciones en las cercanas ciudades mineras de Mieres y Sama. La señal del alzamiento fue, como en todas partes, la entrada de la CEDA en el gobierno. Pero los mineros estaban muy bien organizados para el caso de que se produjera esta eventualidad. Tenían armas. Tenían dinamita. Contaban ya con comités conjuntos de trabajadores para dirigir sus actividades. Su reacción ante la conquista «fascista» del poder en Madrid fue la de desencadenar, en la medida de lo posible, una revolución total de las clases trabajadoras.

«Hacia las ocho y media de la mañana [del 5 de octubre] —cuenta Manuel Grossi— se congrega ante el ayuntamiento, ocupado por los obreros insurrectos, una multitud de más de dos mil personas. Proclamo, desde uno de los balcones, la República Socialista. El entusiasmo es indescriptible. Se suceden los vivas a la revolución y a la República Socialista. Cuando consigo hacerme oír de nuevo, doy instrucciones para continuar la acción [...]» [25]. Esto significaba ataques a los puestos de la guardia civil, iglesias, conventos, ayuntamientos y otros edificios de los pueblos y ciudades de la región. Asturias tenía una fuerte masa trabajadora, bien organizada y disciplinada; los 50.000 mineros eran de los trabajadores mejor pagados de España, pero el paro había sido alto desde 1931. La tasa de accidentes también era alta y la seguridad estaba menos garantizada que en el resto de Europa. La UGT dominaba las minas, pero colaboraba con la CNT. Muchos mineros eran jóvenes, y desde el advenimiento de la República se habían producido innumerables huelgas. Los comunistas también estaban bien asentados en Asturias (particularmente en Mieres) y contaban con dirigentes competentes.

A los tres días de iniciarse la revolución, gran parte de Asturias estaba en manos de los mineros. Todas las ciudades y pueblos capturados estaban controlados por un comité revolucionario que se hacía responsable de la alimentación y la seguridad de sus habitantes. Una emisora de radio instalada en Turón mantenía la moral. «Compañeros —anunció el comité revolucionario de Grado—, estamos creando una nueva sociedad [...]. No os extrañe, pues, que el mundo que estamos forjando cueste sangre, dolores y lágrimas; todo es fecundo en la tierra [...] ¡soldados del Ideal! ¡En disposición y en alto vuestro fusil! [...] ¡Mujeres [...] consumid poco, lo estrictamente indispensable! [...] ¡Viva la Revolución social!» [26]. Las fábricas de armas de Trubia y La Vega (Oviedo) fueron incautadas por un comité de sus propios obreros y se pusieron a producir día y noche. En los demás sitios, se abandonaron fábricas

Este hombre, muerto en Oviedo en mitad de una calle desierta, cuya sangre ha corrido dejando en el arroyo los trazos de una caligrafía incomprensible; este hombre que no se sabe quién es, ni cómo ni por qué ha muerto, ni siquiera a qué bando pertenece, o si cayó en lucha o en sórdida represalia; este cadáver patéticamente solitario puede ser símbolo de cuantos están muriendo en Asturias y de los que morirán en los trágicos días de octubre de 1934.



(Pyresa.)

[24] *Rundschau*, III, 60 (15 de noviembre de 1934), p. 2680.
[25] Grossi, p. 25.
[26] Peirats, vol. I, pp. 86-87.

y minas. Las oficinas de reclutamiento reclamaban los servicios de todos los trabajadores entre dieciocho y cuarenta años para el «Ejército Rojo». Al cabo de diez días se habían movilizado treinta mil trabajadores [27]. La colaboración entre los partidos les sorprendió incluso a ellos mismos. Hasta los anarquistas reconocieron «la necesidad de una dictadura temporal», aunque el hecho de que esta actividad se limitara a un grupo de pueblos impidió que las cuestiones de organización de un Estado los enemistaran con los comunistas. En algunos pueblos, los comunistas se mostraron más interesados en organizar su propia dictadura que en enviar hombres al frente. Pero, en términos generales, el grito de «UHP» no constituyó ningún engaño.

Mientras los mineros de Asturias lograban establecer de esta manera un soviet revolucionario en su provincia, tenían que ocuparse

[27] *La revolución de octubre*, p. 40 (ed. francesa). Grossi dice que, al final de la revolución, había 50.000 mineros en armas. Peirats dice que la CNT tenía unos 22.000 trabajadores organizados en la región (vol. I, p. 83). Es posible que esta cifra sea exagerada. Véase comentario en Jackson, p. 153.

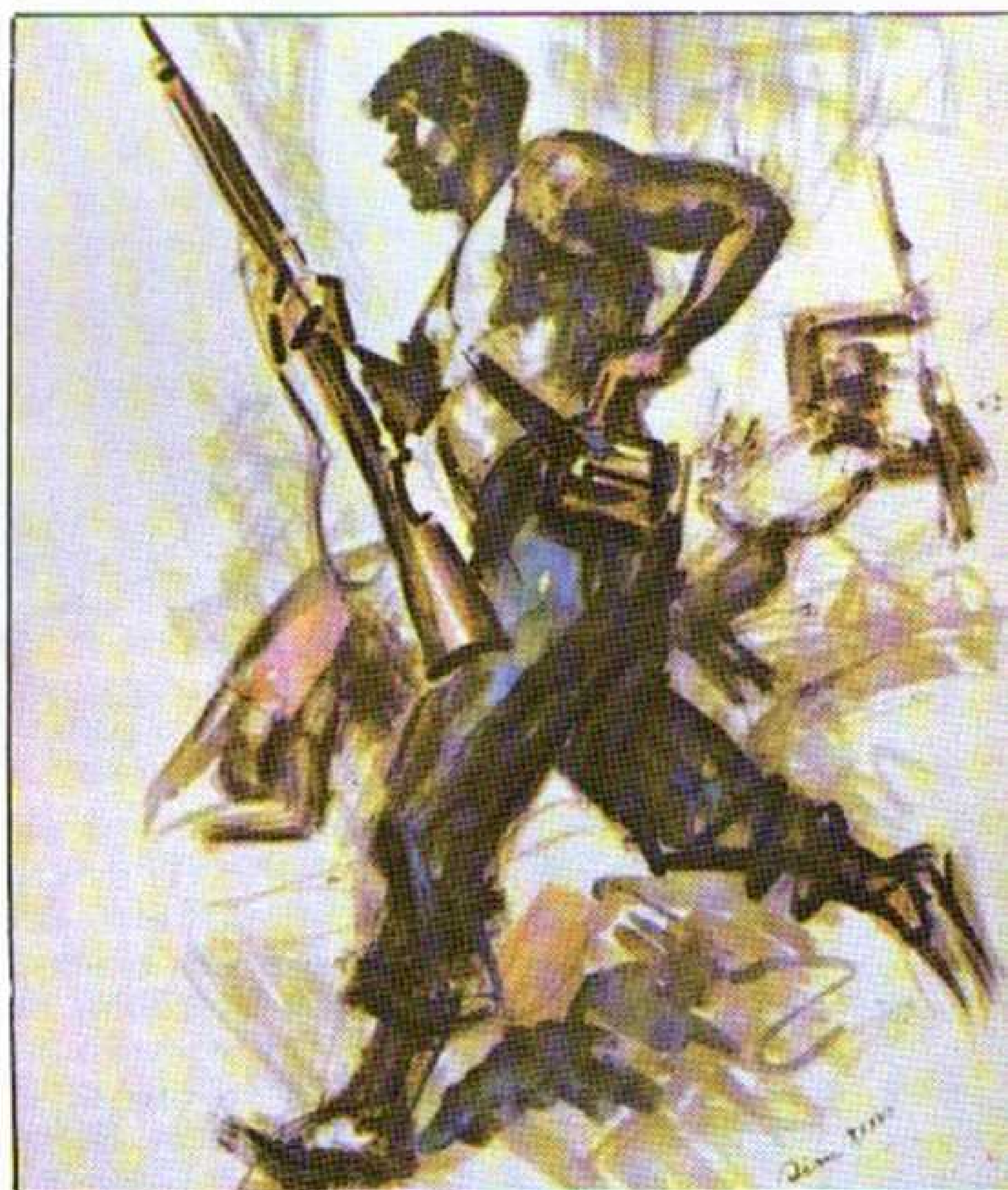
El ímpetu de los revolucionarios asturianos y la imprevisión del gobierno han permitido que aquéllos se apoderen de gran parte de Asturias y que dominen la capital. Ante la magnitud de los hechos, se decide enviar tropas, pero se impone la prudencia porque la revolución se extiende por diversas regiones y no se sabe qué puede ocurrir. Al tiempo que se movilizan unidades de las guarniciones próximas, se acuerda trasladar a la Península fuerzas de Marruecos. Embarcan dos banderas de la Legión, dos tabores de Regulares y un batallón de Cazadores. Les seguirá otra bandera de la Legión. Embarque de legionarios en el crucero Cervantes, *que les trasladará al puerto del Musel.*
(UPI.)



de luchar al mismo tiempo. La lucha se concentró, sobre todo, en Oviedo y en Gijón. Los 1.500 hombres que constituían las tropas regulares con base en Asturias y otros sitios de la costa norte eran demasiado pocos y tuvieron que limitarse a resistir el sitio de su guarnición en el centro de Oviedo. Entretanto, hubo una serie de actos de pillaje y violencia que no fueron provocados por parte de los revolucionarios. Los comités locales se hicieron cargo del mantenimiento de la disciplina, y hubo casos de trabajadores que salvaron la vida a miembros de la burguesía amenazados. Tuvieron lugar diversos atropellos. Ardieron varias iglesias y conventos. El palacio del obispo y gran parte de la Universidad de Oviedo fueron destruidos durante los asaltos al cuartel Pelayo, defendido por la guardia civil. Fueron asesinados unos cuantos empresarios y unos doce sacerdotes, especialmente en Turón. En Sama, treinta guardias civiles y de asalto resistieron un asedio de un día y medio. Cuando se rindieron, algunos fueron fusilados. Indudablemente, estas atrocidades eran consecuencia más de la confusión que de un propósito organizado; pero hicieron las cosas mucho más difíciles para los dos dirigentes socialistas, hasta entonces moderados, Ra-

En Asturias se desarrollan auténticas operaciones militares; en sus ciudades, sus pueblos, sus campos y sus montes, arde una guerra civil que arrojará resultados negativos de sangre, destrucción y odios.
La universidad de Oviedo y su magnífica biblioteca son incendiadas, y en parte dinamitadas, por los revolucionarios. En la fotografía de la izquierda, arriba, los primeros momentos del incendio.
Obrero muerto o malherido en Oviedo (abajo, izquierda).
Soldados del «ejército rojo» (arriba, derecha),
y moros durante el ataque al convento de las Adoratrices, convertido en fortín (abajo, derecha).
(Arch. C. S. de Tejada.)


(Pyresa.)


(Pyresa.)


(Pyresa.)



La gravedad de las circunstancias deciden al ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, a requerir la colaboración del general Francisco Franco, quien desde ese momento se convierte en jefe efectivo de las operaciones, aunque continúa al frente del Estado Mayor Central el general Masquelet. A propuesta de Franco, se cursa la orden de trasladar a Asturias fuerzas marroquíes.
En la página contigua, el teniente coronel Franco, cabalgando en Africa el caballo blanco del cual hablan sus biógrafos.

món González Peña y el líder de los mineros, Belarmino Tomás, que, un poco sin comerlo ni beberlo, se encontraron al frente de esta revolución.

El gobierno ahora se encontraba enfrentado con algo que nadie vacilaba en calificar de guerra civil. En realidad, el comité que controlaba la ciudad de Mieres estaba considerando la posibilidad de una marcha sobre Madrid. Aunque, desde luego, esto no lo sabían ni Lerroux ni sus ministros, adoptaron varias decisiones muy duras. En primer lugar, llamaron a los generales Goded y Francisco Franco para que actuaran como jefes de Estado Mayor y dirigieran la represión de la rebelión [28]. En segundo lugar, aceptaron el consejo de estos dos generales cuando recomendaron que se enviaran elementos de los regulares y de la Legión Extranjera para reducir a los mineros. Goded, como hemos visto, había sido jefe de Estado Mayor durante unos meses a principios de la República, pero Azaña lo había destituido.



(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

RAMON GONZALEZ PEÑA (Las Regueras, Oviedo, 1888-México, 1952)

Desde muy joven compartió con sus hermanos Manuel y Alfredo la dureza del trabajo en la mina y la militancia sindical. Más tarde, gracias a su esfuerzo y tenacidad, llegaría a facultativo de minas. Paralela a su vida de minero fue su actividad sindical en las filas de la Unión General de Trabajadores (UGT), en la que pronto llegó a presidente del sindicato minero. En los años anteriores a la primera guerra mundial (1914-1918), la Federación Nacional de Mineros le envió en misión de propaganda y organización a las más importantes cuencas mineras de España. En ellas desplegó sus amplias capacidades de organizador fundando casas del pueblo, encuadrando a los mineros, pronunciando mítines, sirviendo de árbitro en los conflictos a través de Jaén, Córdoba y Huelva, zonas en las que llegó a disfrutar de una popularidad no menor que la que había conquistado en su tierra natal como minero y concejal de

La personalidad de Franco

Francisco Franco Bahamonde tenía cuarenta años cuando pasó a ocupar su nuevo puesto durante el gobierno de Lerroux. Nació en 1892 en la base naval de El Ferrol, en Galicia, hijo de un disoluto contador de navío y descendiente de administradores navales en las dos ramas de su convencional familia, y él también quería ingresar en la marina. Pero no había plaza en la Academia a consecuencia del desastre naval de la guerra contra Estados Unidos de 1898. Así pues, en vez de eso, en 1907 ingresó en la Academia de Infantería de Toledo. En 1912 fue destinado a Marruecos, donde, en rápida sucesión, se convirtió en el más joven capitán, comandante, coronel y general del ejército, esto último después del victorioso fin de la guerra. En 1916 le hirieron gravemente en el estómago y volvió a España, donde pasó cuatro años destinado en Oviedo. Fue segundo jefe de la Legión Extranjera al comenzar a existir ésta en 1920, la mandó de 1923 a 1927 y, en particular, dirigió el desembarco en la bahía de Alhucemas (a las órdenes de Sanjurjo), que trajo consigo la victoria, en 1925. En una famosa cena, en 1924, había atacado a Primo de Rivera cara a cara, cuando parecía que el dictador intentaba preparar al ejército para abandonar Marruecos [29].

Franco era un hombre entregado a su profesión. Nunca bebía, nunca se le veía con mujeres, y, en aquella época (cosa que sus piadosos biógrafos suelen mencionar muy de pasada) no parecía religioso. Su puritanismo puede atribuirse a las indiscreciones de su padre, el contador de navío, que se separó de su mujer en 1907 y a partir de entonces vivió en Madrid con una amante hasta su muerte, en 1942, a los ochenta y siete años; y a la piedad de su madre, que murió en 1933 en la primera etapa de un peregrinaje a

[28] El general Masquelet, al que Azaña había nombrado jefe de Estado Mayor en 1932, fue cambiado de puesto.
[29] Véase Franco Salgado, *Conversaciones*, pp. 137 y 184.


(Pyresa.)

Roma. Indudablemente, la infancia de Franco no fue feliz y su adolescencia fue una época de lucha. La vida en Toledo era brutal. Franco siempre tuvo fama de cruel y rigorista. Se hizo una reputación por su valor y su buena suerte bajo el fuego: entraba en combate montado en un caballo blanco. La eficacia relativa de la Legión Extranjera se debía a él en gran medida. Su primera experiencia en la represión de revoluciones la tuvo durante la huelga general de 1917, cuando estaba en Oviedo. Se casó —tras varias dilaciones debidas a sus campañas— con una muchacha de buena familia asturiana, Carmen Polo. Franco era de baja estatura y, ya a principios de su edad madura, se le acusaba la curva del estómago. Además su voz había adquirido un tono agudo que daba a sus órdenes militares la nota de una súplica. A un político inglés le parecía «un médico de cabecera con mucha práctica, sorprendentemente satisfecho de sí mismo, en cuya intrincada mente era imposible penetrar» [30]. Tenía un sólido prestigio como «general joven y brillante», pero se negaba a declararse favorable a ningún bando político, aunque había admirado la idea de la «revolución desde arriba» de Maura y a la larga le gustó Primo de Rivera. Incluso

[30] Sir Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission* (Londres, 1946), p. 46.

Ablaña, su lugar de residencia. A tal punto llegó su popularidad en Andalucía, que en las tres legislaturas de la República fue elegido diputado por Huelva.
En 1934, al estallar la revolución asturiana, González Peña fue uno de sus principales dirigentes, actuando al frente del comité de Mieres, mientras Belarmino Tomás encabezaba el de Langreo. La lucha en Mieres fue menos enconada y González Peña intentó cortar los abusos propios de estas situaciones, si bien fue él quien se apoderó de los fondos del Banco de España en Oviedo. En cualquier caso, la derecha le consideró el máximo cabecilla de la revolución. Escondido en Ablaña, no fue capturado hasta el mes de diciembre, y juzgado en febrero de 1935 por un tribunal militar, fue condenado a muerte. Alcalá Zamora, presidente de la República, y Alejandro Lerroux, que lo era del consejo de ministros, dictaron inmediatamente el indulto, aunque el voto en contra de los ministros de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) llevó a una crisis de gobierno. Indultado, pues, y trasladado a Burgos, González Peña fue liberado tras el triunfo electoral del Frente Popular en febrero de 1936.
En las primeras etapas de la guerra civil no tuvo una actuación destacada; estuvo en Bilbao y otros puntos del norte.
En el último gobierno republicano, bajo la presidencia de Negrín, aceptó la cartera de Justicia.
Acabada la guerra, González Peña pudo pasar a Francia. Allí fue vocal por el PSOE del Servicio de Emigración para Republicanos Españoles (SERE), constituido en París a finales de marzo de 1939 y que había de ser marco de no pocas de las divisiones de los socialistas exiliados. Posteriormente pasó a México, donde continuaron las rencillas y las luchas intestinas.
Las disensiones llegaron a tal punto que, en febrero de 1946, Prieto «expulsó» del Partido Socialista a González Peña, junto con Negrín y Alvarez del Vayo, por filocomunistas. Ni que decir tiene que los «expulsados» no admitieron la legalidad de la medida y a su vez consideraron a Prieto al margen del socialismo. En estas rencillas se esterilizaba el socialismo español en el exilio, en el momento en que la victoria de los aliados en la segunda guerra mundial planteaba al franquismo uno de sus más difíciles períodos ante la opinión pública internacional.

(Arch. B. M. Patino.)

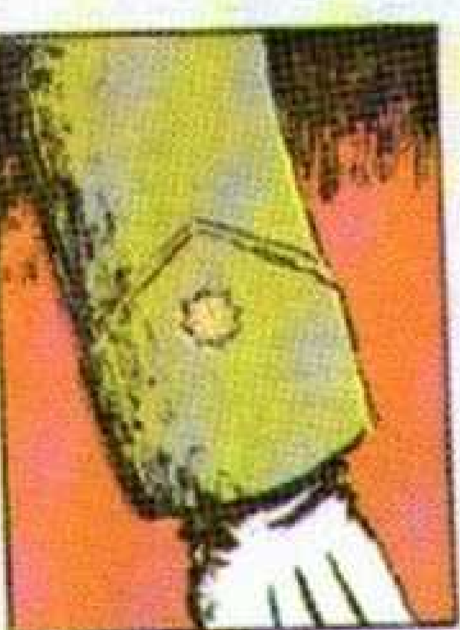
(Arch. B. M. Patino.)




















En esta biografía de Franco ilustrada para niños, y editada posteriormente con fines de divulgación propagandística, se resalta su intervención en la dirección de las operaciones de Asturias.
A raíz de su intervención en Asturias, Franco vio revalorizada su imagen por la derecha, dada su profesionalidad y apartamiento de la política partidaria. La izquierda, por su parte, no le perdonó su actuación en el conflicto asturiano.

cuando la República abolió los ascensos obtenidos por méritos de guerra, relegándole así desde casi el primer puesto de la lista de generales de brigada hasta la cola, había encajado el golpe sin grandes reparos. Cuando, en 1931, *ABC* publicó que el nuevo gobierno quería nombrarle alto comisario en Marruecos, Franco escribió que rechazaría tal puesto, ya que aceptarlo supondría «una complacencia mía anterior con el régimen recién instaurado, o como consecuencia de haber podido tener la menor tibieza y reserva en el cumplimiento de mis deberes en la lealtad que debía y guardé a quienes hasta ayer encarnaron la representación de la nación en el régimen monárquico» [31]. Era tímido, tranquilo y paciente, pero también implacable, ambicioso y resuelto: «el hombre menos sincero que he conocido nunca», dijo un periodista americano que en 1936 habló con él [32]. Cuando se preguntaba a los conspiradores monárquicos: «¿Está Franco con vosotros?», les resultaba imposible dar una respuesta clara. No se había vinculado al general Sanjurjo en el pronunciamiento de 1932. Pero no le gustaban

[31] *ABC*, 21 de abril de 1931.
[32] John Whitaker, «Prelude to War», *Foreign Affairs*, octubre de 1942.

Se han mandado a León 135.000 ejem
(360 Kgs. de peso y 340000 cm³ de volumen)

Rebeldes de Asturias ¡Rendíos!

00013

4

Es la única manera de salvar vuestras vidas, la rendición sin condiciones y la entrega de las armas antes de veinticuatro horas.

España entera, con todas sus fuerzas, va contra vosotros, dispuesta a aplastaros sin piedad, como justo castigo a vuestra criminal locura.

La Generalidad de Cataluña se rindió a las tropas españolas en la madrugada del domingo. Companys y sus cómplices esperan en la cárcel el fallo de la justicia.

No queda una huelga en toda España. Estais solos y vais a ser las víctimas de la revolución vencida y fracasada.

Todo el daño que os han hecho los bombardeos del aire y las armas de las tropas, son nada más que un simple aviso del que recibiréis implacablemente, si antes de ponerse el sol no habeis depuesto la rebeldía y entregado las armas. Después, iremos contra vosotros hasta destruiros, sin tregua ni perdón.

¡RENDIOS AL GOBIERNO DE ESPAÑA!

¡VIVA LA REPUBLICA!

(Serv. Histórico Militar.)



(Arch. Urbión.)



(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

Los dirigentes de la revolución asturiana emiten por radio noticias falsas sobre lo ocurrido en el resto de España, ocultando a los combatientes, para que no decaiga su moral, que en los demás puntos la sublevación ha fracasado o está siendo dominada.
Aviones militares de la base de León lanzan estas octavillas (izquierda) conminando a la rendición inmediata.
Dos dirigentes socialistas de la revolución, González Peña (arriba) y Belarmino Tomás (abajo), junto a un desconocido.

las reformas de Azaña, sobre todo la clausura de la nueva Academia Militar General de Zaragoza, cuyo primer director había sido él y a cuyos cursos había dedicado mucha atención (inspirándose en Alemania, adonde había ido en 1928). Los republicanos sabían, por alocuciones suyas de cuando estaba en Zaragoza, que era partidario del gobierno autoritario. También sabían que, desde hacía mucho tiempo, le interesaba la política. Ya en 1926 había estado solicitando que se le enviaran libros de teoría política a sus cuarteles generales [33]. Posteriormente, su primo y ayudante de campo le calificó de «frío, muy frío». Políticamente astuto, sus creencias eran elementales y no le abandonó nunca el convencimiento de que la causa fundamental de los problemas de España era la francmasonería [34]. Pero el hermano del general, Ramón, el célebre aviador que había sido el primer hombre que había cruzado volando el Atlántico sur, era republicano, e incluso revolucionario: él fue quien,

[33] Información procedente del doctor Gregorio Marañón.

[34] El general Franco Salgado escribió: «Muchas veces deja helados a sus buenos amigos, que no saben a qué atribuir esa frialdad y poca cordialidad.» (*Conversaciones*, p. 159.) Un futuro ministro de Franco escribió que tenía «esa frialdad que a veces hiela el alma».

en 1930, lanzó folletos sobre el palacio real durante el abortado levantamiento republicano.
El gobierno no sólo llamó al general Franco, que conocía bien Asturias, para dirigir la batalla contra los mineros, sino también a la Legión Extranjera y a las tropas marroquíes, porque evidentemente dudaba que el ejército regular pudiera tener éxito. El ministro de la Guerra, el radical Diego Hidalgo, explicó más tarde que estaba aterrado ante la alternativa de tener que ver a los jóvenes reclutas de la Península morir en Asturias a causa de su inexperiencia. Tendrían que luchar contra auténticos maestros en el empleo de la dinamita y en la técnica de la emboscada. «Decidí —escribió— que resultaba necesario apelar a las unidades que España mantiene para su defensa, y cuyo oficio es luchar y morir en el cumplimiento de su deber» [35]. A las pocas horas de la llegada del general Franco al ministerio de la Guerra, eran enviadas unidades de la Legión Extranjera al mando del coronel Yagüe para ayudar a las guarniciones habituales en el norte. Otra columna, mandada por un general liberal, López Ochoa, que había dirigido a los militares en la conspiración republicana de 1930, se abrió camino para reforzar la guarnición sitiada en Oviedo.
La Legión Extranjera y los regulares tuvieron un éxito inmediato. Apoyados por la aviación, liberaron rápidamente Oviedo. Gijón cayó el 10 de octubre. En estas ciudades, los conquistadores se entregaron a la más vil represión. Después de quince días de guerra y revolución, sólo los comunistas querían continuar luchando en los demás pueblos. González Peña renunció a seguir dirigiendo la revolución. La Legión tomó varias de las ciudades casa por casa. El coronel Yagüe, al mando de la Legión, fomentó el uso ejemplar de la brutalidad en la represión. Finalmente, los rebeldes de Sama acabaron rindiéndose. Belarmino Tomás, el dirigente socialista que había permanecido en primera línea durante toda la lucha, habló en los siguientes términos a una gran multitud de mineros reunidos en la plaza Mayor: «¡Camaradas! ¡Soldados rojos! Delante de vosotros, convencidos de que hemos sido fieles a la confianza que depositasteis en nosotros, venimos a hablaros de la triste situación a que se ve reducido nuestro glorioso movimiento de insurrección. Hemos de confesar nuestras conversaciones de paz con el general del ejército enemigo. Pero hemos sido derrotados sólo por algún tiempo. Todo lo que podemos decir es que en el resto de las provincias de España, los trabajadores no han sabido cumplir con su deber y no nos han ayudado. A causa de ello, el gobierno ha podido dominar la insurrección de Asturias. Además, aunque tenemos fusiles, ametralladoras y cañones, carecemos de munición. Todo cuanto podemos hacer es concertar la paz. Pero esto no significa que abandonemos la lucha de clases. Nuestra rendición de hoy no significa más que un alto en el camino, que nos servirá para corregir nuestros errores y para prepararnos para la próxima batalla, que habrá de terminar en la victoria final de los explotados...» [36].


(Pyresa.)


(Pyresa.)

Diego Hidalgo Durán (arriba) es diputado radical y ministro de la Guerra. Para tomar el mando militar de la región astur-leonesa, Lerroux se inclina por el general Eduardo López Ochoa (al que vemos en la fotografía de abajo), inspector del Ejército, antiguo conspirador contra la Dictadura y la monarquía, masón, y persona de probada ejecutoria republicana. Tras breve cambio de impresiones con los ministros de la Guerra y de Gobernación (Eloy Vaquero), con el general Castelló, subsecretario, y con el general Masquelet, jefe del Estado Mayor, López Ochoa parte para Lugo a ponerse al frente de la pequeña columna expedicionaria.

[35] *La revolución de octubre*, p. 41 (ed. francesa).
[36] Grossi, p. 218. Peirats, vol. I, p. 85, reproduce el último comunicado del comité revolucionario.

A continuación, se llevó a cabo un durísimo ajuste de cuentas bajo la dirección de un brutal comandante de policía, Lisardo Doval, conocido por su crueldad. Una de las condiciones para la rendición de los mineros había sido que se retirara de Asturias a la Legión y a los regulares. Esta condición no se cumplió; sólo había sido aceptada por el general López Ochoa, y no por el Ministerio de la Guerra. Estas fuerzas se comportaron en el territorio conquistado igual que si se tratara de un ejército victorioso que viviera de los sufrimientos de los vencidos. Se calcula que murieron de 1.500 a 2.000 personas, y casi 3.000 resultaron heridas. De los muertos, unos 320 eran guardias civiles, soldados, guardias de asalto y carabineros. Es de suponer que, del resto, la mayor parte eran trabajadores. Indudablemente muchas muertes tuvieron lugar una vez acabada la lucha, cuando la Legión «saboreaba» su victoria [37]. En toda España fueron hechos varios miles de presos políticos, quizá 30.000,

[37] Un informe del Ministerio de la Gobernación del 3 de enero de 1935 daba una lista de bajas en toda España en octubre de 1934 de 1.335 muertos y 2.951 heridos; 730 edificios habían sido destruidos o seriamente afectados. Habían sido incendiadas 58 iglesias. Oviedo era una ruina, y el costo de la reconstrucción se calculaba en un millón de libras esterlinas. Fueron incautados 90.000 fusiles, 33.000 pistolas, 10.000 cajas de dinamita, 30.000 granadas y 330.000 cartuchos.

En las zonas mineras de la región palentino-leonesa se producen también sublevaciones parciales que no alcanzan, ni con mucho, la extensión y gravedad que en Asturias. Un golpe de mano que se tenía dispuesto contra el aeródromo militar de León, ha fracasado. Como en otros lugares, se producen incendios, voladuras, saqueos y desmanes. La guardia civil conduce una columna de presos, al frente de la cual destaca una mujer.



(Pyresa.)



(Pyresa.)



(Arch. Urbión.)

El ministro de la Guerra traslada a Asturias al comandante de la Benemérita Lisardo Doval (arriba), a quien otorga «facultades extraordinarias». Doval había estado destinado largo tiempo en Asturias; según el propio Diego Hidalgo, lleva una misión «dura, ingrata, difícil y peligrosa». Una pluma ponderada, como la de Salvador de Madariaga, escribe: «Como ejemplo de represión bastará recordar la de Asturias y en particular las gestas del comandante Doval, jefe de la guardia civil, más conocido por su eficacia para obtener resultados, que por su escrupulosidad en escoger los medios para obtenerlos.» En esta página, y en la fotografía de la derecha, vemos a la columna de López Ochoa, que acaba de entrar en Oviedo: a derecha e izquierda se observan destrucciones. Soldados y guardias concentran prisioneros.

durante los meses de octubre y noviembre de 1934 (aunque tal vez sólo fuera la mitad) [38]. Y la mayor parte de ellos en Asturias. Las casas del pueblo de la región se convirtieron en cárceles de emergencia, y los encerrados en ellas fueron sometidos a toda clase de vejaciones, incluso la tortura [39].

Muchos murieron de un tiro «al intentar fugarse» (quizás a veces fuera realmente así). Un periodista, Luis de Sirval, que se atrevió a denunciar estas atrocidades, fue arrestado y asesinado en la cárcel por tres oficiales de la Legión.

En Madrid, los generales Franco y Goded fueron considerados los salvadores de la nación, mientras que la prensa de derechas daba informaciones aterradoras sobre monjas violadas y curas a los que habían sacado los ojos. Fuera de eso, la censura en Asturias fue completa.

En el campo, los terratenientes lo celebraron abandonando toda intención de colaborar con la reforma agraria, se practicaban desahucios muy rápidos, y los socialistas que no habían ido a parar a la cárcel encontraban difícil hallar puestos de trabajo. Se habían creado más resentimientos, y aún más terribles.

[38] Es imposible fijar el número de muertos y de prisioneros, ni siquiera dar una cifra aproximada. La cifra de 30.000 prisioneros, que se ha dado tantas veces, no puede confirmarse. Quizá murieron unos 35 sacerdotes. La censura de la época impidió, e impide, que la prensa pudiera dar un cálculo preciso. Todavía no se han investigado los archivos de la policía, si es que existen.

[39] Se puede encontrar una relación verosímil de la represión de la Legión en Asturias en los primeros capítulos de la obra de José Martín Blázquez, *I helped to build an Army* (Londres, 1939), y en Ricardo de la Cierva, *Historia*, vol. I, p. 447. Véase Ignacio Carral, *Por qué mataron a Luis de Sirval* (Madrid, 1935), y Brenan, p. 218.



(Arch. Urbión.)

Uno de los problemas que se le plantean al gobierno es que, a pesar del enorme número de armas y explosivos recogidos, sabe que son muchas todavía las armas de todo tipo que se han ocultado, lo cual, unido a que los comités han proclamado que la revolución no ha terminado, sino que su curso será reanudado, crea una psicosis de inseguridad que contribuye a que en la búsqueda de las armas se empleen medios ásperos y reprobables. «Es un alto en el camino, un paréntesis, un descanso reparador [...], una tregua en la lucha, deponiendo las armas en evitación de mayores males...», decía el manifiesto del 18 de octubre.
El número de presos es altísimo, aunque muy inferior a las cifras que maneja la propaganda, y aumenta de día en día a medida que se entregan o son apresados los que se ocultaron o huyeron al monte. Estas mujeres y estas niñas parece que lleven provisiones a algún familiar encarcelado.

10

Consecuencias de Asturias

Tras la revolución de octubre de 1934 y teniendo en cuenta la manera como había sido sofocada, habría sido preciso un esfuerzo sobrehumano para evitar el desastre final de la guerra civil. Pero ese esfuerzo no se iba a realizar. La sede central del Partido Socialista fue clausurada, y los concejales municipales fueron sustituidos por otros nombrados por el gobierno. La mayoría de los dirigentes socialistas estaban en la cárcel, al igual que los dirigentes del gobierno catalán, Azaña y otros varios políticos de izquierdas. Asimismo estaban encarcelados muchos anarquistas, aunque hubieran tenido poca participación en el levantamiento, salvo en Asturias. Tras el arresto de Azaña, atribuible al pánico, se le retuvo en la cárcel algunos meses, indignidad que no tenía ninguna justificación. En estas circunstancias, el levantamiento de Asturias adquirió un significado épico en la mente de las izquierdas españolas. Algunos, haciéndose eco de las últimas palabras de Belarmino Tomás en la reunión final de Sama, profetizaban sombríamente que octubre de 1934 sería para España el equivalente a lo que había sido 1905 para Rusia. Largo Caballero, que permaneció en la cárcel hasta diciembre de 1935, dedicó su encarcelamiento a leer, por primera vez, las obras de Marx y Lenin. La imaginación de este socialista moderado y respetado desde hacía tanto tiempo, ahora, que se aproximaba a los setenta años, se dejó dominar por visiones revolucionarias. Mientras, muchos otros emplearon su tiempo en la

cárcel desarrollando «una auténtica escuela de la revolución» [1]. Entretanto, en París, Romain Rolland interpretaba los sentimientos de los combatientes de la revolución de Asturias al declarar que el mundo no había visto nada tan hermoso desde la Comuna de París. La brutalidad de la represión en Asturias hizo olvidar a la gente que incluso Azaña habría tenido que reprimir la revolución; y las noticias de la represión se conocieron a través de los informes de una comisión de las Cortes y de una delegación parlamentaria inglesa. Mientras tanto, las juntas mixtas de arbitraje de Largo Caballero se hundieron en muchos sitios, los obreros de la construcción y los metalúrgicos tuvieron que volver a la semana de cuarenta y ocho horas y muchos fueron despedidos por haber participado en huelgas políticas antes de octubre de 1934. Los patronos redujeron los salarios siempre que pudieron. Los diputados de la CEDA se quejaban, pero sus voces se perdían. Por otra parte, las tierras expropiadas por el Instituto de Reforma Agraria no se devolvieron a sus propietarios. A partir de entonces, todos los partidos estuvie-

[1] Carrillo, p. 48.



(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

Esta portada es anterior a la revolución asturiana, la cual no «verán pasar» ni Largo Caballero ni Indalecio Prieto. Aquél es encarcelado en Madrid, y Prieto consigue huir de España, según cuenta él, metido en un maletero de coche y bajo protección del uniforme de Hidalgo de Cisneros, que le acompaña. Mientras Largo Caballero justificará y glorificará siempre lo sucedido en Asturias, en cuyo desencadenamiento ha participado, Prieto, ocho años después, dirá en México: «... Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera de mi participación en aquel movimiento revolucionario [...]. Estoy exento de responsabilidad en la génesis de aquel movimiento, pero la tengo en su preparación y desarrollo...»
A las consecuencias de muertes, destrucciones y odios, hay que añadir dos de carácter político: se agrieta la coalición de la CEDA y los radicales, a causa de las disensiones que surgen sobre el cumplimiento o el indulto de las sentencias de muerte de los dirigentes; y entre los socialistas se ahondarán las diferencias ya existentes entre los tres principales grupos —de Besteiro, Prieto y Largo Caballero—, que acarrearán tantos males en el futuro.

ron claramente dominados por una «mentalidad revolucionaria en la derecha y en la izquierda» [2].
Asturias hizo que un estremecimiento de horror sacudiera a la clase media española. Les parecía que cualquier cosa, incluso una dictadura militar, era preferible a la desintegración. ¿Se alzaría con el poder el general Franco, ahora que era jefe de Estado Mayor? ¿Sacarían Gil Robles y la CEDA el mejor partido posible de la oportunidad que se les brindaba? Gil Robles sabía que si el levantamiento hubiera sido general en toda España y no se hubiera limitado a Asturias, las consecuencias podían haber sido diferentes [3].

Lerroux intenta encontrar un término medio

Lerroux seguía siendo el jefe del gobierno de España. En los meses siguientes, el viejo pirata hizo todo lo posible por encontrar un ca-

[2] Jaime Vicens Vives, *Aproximación a la Historia de España* (Barcelona, 1968), p. 179.
[3] Gil Robles, p. 141.

La revolución de octubre entra en el dominio del mito y, lo que es peor, de la propaganda desaforada. Asturias levanta en España y en el extranjero oleadas de pasión que no se detienen ante la calumnia, la tergiversación y el exceso. Izquierdas y derechas rivalizan en esta pugna, en la cual sufren un lavado de cerebro que contribuirá a exaltar la vehemencia fratricida. Las próximas elecciones van a polarizarse a favor o en contra de la revolución de octubre. La CNT, que en Asturias ha contribuido a la rebelión, aunque en proporciones muy inferiores a los socialistas y aun que los comunistas, se arroga en este cartel un papel de protagonista.



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

(Alfonso. Madrid.)



Tras las rejas carcelarias se retrata el depuesto gobierno de la Generalitat: de izquierda a derecha, Pedro Mestres, Martí Esteve, Lluís Companys, Juan Lluhí Vallescá, Juan Comorera, Martí Barrera y Ventura Gassol; falta sólo Dencás, que ha huido. Sus defensores serán Augusto Barcia, Mariano Ruiz Funes, Jiménez de Asúa y Ossorio y Gallardo. La condena será a treinta años, pero unas elecciones les devolverán la libertad antes de año y medio. Contra lo que propondrán en el Congreso algunos diputados monárquicos, el Estatuto no será derogado, sino suspendido. En sustitución de la presidencia y del consejo, se nombra un gobierno general; el cargo de gobernador lo desempeñará primero un radical y a continuación uno de la CEDA, y pasará por fin a manos de catalanistas de la Lliga. Quien, aun llevando el agua a su molino, es decir, culpando a la Esquerra, defenderá con mayor brío el Estatuto será Francisco Cambó.

mino intermedio. Así, cuando los monárquicos pidieron que se aboliera el Estatuto catalán con motivo de la revuelta de Companys, Lerroux (apoyado en esto por la CEDA) se limitó a dejarlo en suspenso y a enviar a las provincias catalanas un gobernador general. Su ministro de Agricultura, el político de la CEDA Giménez Fernández, continuó intentando distribuir tierras, durante algún tiempo, e introdujo una legislación para proteger a los pequeños propietarios. Por ejemplo, deseaba dar tierras a 10.000 cultivadores a lo largo de 1935. Pero se encontraba siempre con el obstáculo de personas como Lamamié de Clairac, el carlista, que tanto habían perjudicado a la primera ley de Reforma Agraria en los debates de las Cortes.

Sin embargo, el problema más espinoso para el gobierno fue el planteado por la cuestión del castigo de los rebeldes de 1934. Porque, en febrero de 1935, los tribunales militares habían pronunciado veinte sentencias de muerte. De éstas, se ejecutaron dos [4]. Entre los condenados se contaban Companys; diputados socialistas como el pobre Teodomiro Menéndez, que casi se había vuelto loco en la cárcel al oír los gritos de los torturados; Ramón González Peña; Belarmino Tomás, y algunos oficiales que habían tomado

[4] Los ejecutados fueron Jesús Argüelles, un minero criminal que había estado al mando del pelotón de ejecución responsable de la muerte de un guardia civil, y un sargento apellidado Vázquez, que había desertado de su unidad, en Asturias, para unirse a los mineros.

partido por la rebelión en Madrid o en Cataluña. Mientras tanto, muchos ayuntamientos dirigidos por socialistas continuaban suspendidos, porque sus miembros pertenecían al mismo partido que algunos de los rebeldes de 1934. Lerroux, imaginando el poso de rencor que dejaría la ejecución de, por ejemplo, Belarmino Tomás y González Peña (los dos diputados socialistas por Asturias), y no digamos la de Companys, era partidario de la conmutación de las penas de muerte. Los ministros de la CEDA eran partidarios de que se ejecutaran, y Gil Robles defendió este punto de vista con gran energía. Lerroux contaba con el apoyo del presidente, Alcalá Zamora, que recordaba cómo el general Sanjurjo y sus compañeros de conspiración habían sido indultados en 1933. Las sentencias fueron conmutadas. Los ministros de la CEDA dimitieron. Después de una prolongada crisis, Lerroux formó un nuevo gobierno en el que la CEDA tenía cinco representantes, entre ellos Gil Robles como ministro de la Guerra.

Gil Robles nombró a Franco jefe de Estado Mayor, haciéndole volver de Marruecos, adonde había sido enviado el invierno anterior. A continuación, fueron ascendidos varios oficiales de derechas, y otros considerados liberales o socialistas perdieron sus puestos. Gil Robles, además, inició negociaciones para comprar armas a Alemania [5]. Pero no hubo más ejecuciones. Companys y otros dirigen-

[5] El Ministerio de la Guerra quería comprar armas a través de un hombre de negocios, La Iglesia. Sólo estaban implicados ministros de la CEDA, y Alemania incluso se planteó la posibilidad de colaborar económicamente en la campaña electoral de la CEDA. (Documentos alemanes sobre política exterior, serie C, vol. IV, n.º 303.) Gran parte del trabajo de Gil Robles en el ministerio de la Guerra fue serio y encaminado al servicio público. Era necesario un ejército eficiente y bien equipado. Véanse sus memorias, p. 232 y ss.

Si la represión extraoficial se ha caracterizado por su extremado rigor, de la legal no puede decirse lo mismo. Es cierto que los tribunales militares dictan muchas penas de muerte, pero en Asturias sólo dos se ejecutan: un sargento desertor y un asesino; dos personas sin protecciones ni significación política... Quienes más luchan en favor de los indultos son Alcalá Zamora y Lerroux; este último creía que la sentencia contra el comandante Pérez Farrás debía cumplirse, pero influye para que todos los demás sean indultados; y lo consigue. Las derechas le acusarán de dejar crímenes impunes y hasta de cómplice, y su enfrentamiento con la CEDA, que pide la cabeza de los responsables, le obligará a presentar la dimisión. Carta autógrafa de Belarmino Tomás dirigida a sus familiares desde el extranjero; es uno de los que ha conseguido escapar de Asturias.

las cosas bien tal como yo le ordene. Lo preciso que haga algo en esa con Llanos ó David.

Ya me direis si teneis casa y en donde, y como va la salud tuya y esos nervios, si te sientes algo enferma ponte en cura rapidamente, pues eso es lo único que me preocupa ya que se como eres tu.

Vuelvo a decirte que no te preocupes por nosotros, que nada nos pasa en este país y dentro de poco estaremos todos juntos, piensa solamente en ti y con ello en tu salud. Si os falta algo telegrafiame enseguida

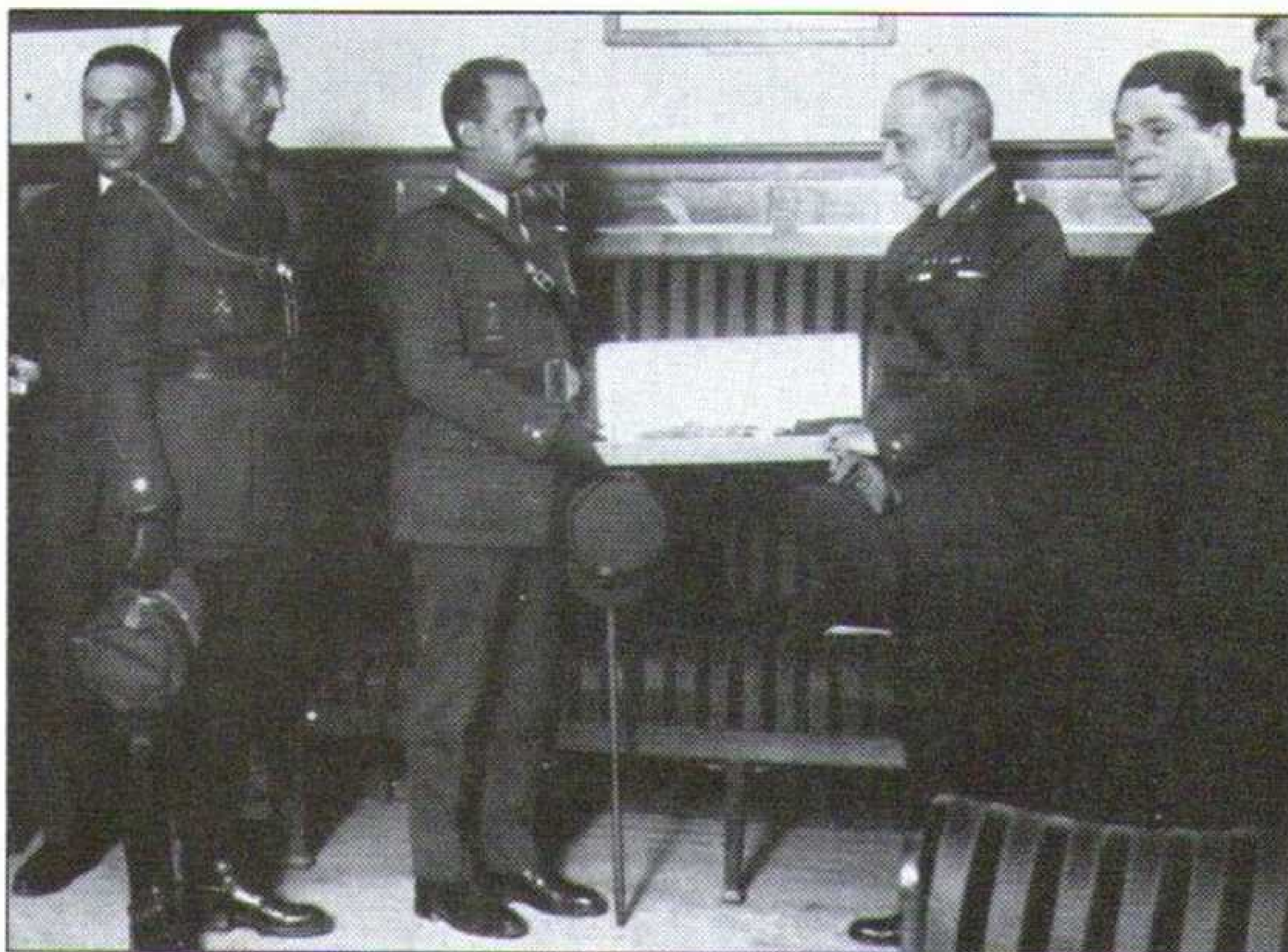
Abrazos, muchos abrazos para ti y los hijos de parte de tu hijo y en particular de este que solo en vosotros piensa

B. Tomás

(Serv. Histórico Militar.)

tes declarados culpables de rebelión fueron condenados a cadena perpetua, condena que nadie creía que fuera a cumplirse. Largo Caballero fue detenido con otros, y pasó meses en la cárcel sin ser juzgado. Azaña fue puesto en libertad, ya que los cargos que se le imputaban no fueron aceptados por una mayoría de dos tercios en las Cortes, aunque era obvio, por los discursos de políticos de derechas, que muchos esperaban acabar con él y con los republicanos de izquierdas de una vez para siempre [6].

[6] Las Cortes tenían que decidir si debía ser juzgado o no por los tribunales. A pesar de todo, la votación contra Azaña fue de 189-168. La CEDA votó contra Azaña para apaciguar a los ricos monárquicos. Azaña había pasado dos meses detenido en un buque-prisión fondeado en Barcelona. Esta injusta indignidad —él había intentado evitar que se sublevaran tanto los socialistas como los catalanes— le afectó mucho.


(Efe.)

El 6 de mayo, Gil Robles es nombrado ministro de la Guerra en un nuevo gabinete presidido por Lerroux, en el cual son cinco ya los ministros cedistas. En la reorganización militar que emprende, designa a Franco como jefe del Estado Mayor Central. Esta fotografía retrospectiva está tomada en 1926, cuando Francisco Franco es ascendido a general y los gallegos de América le regalan el fajín; junto a él, su ayudante, también gallego, comandante Alvaro Sueiro. Ambos visten uniforme de la legión. Abajo: Gil Robles, en un acto oficial, pasa revista a la compañía de honores.

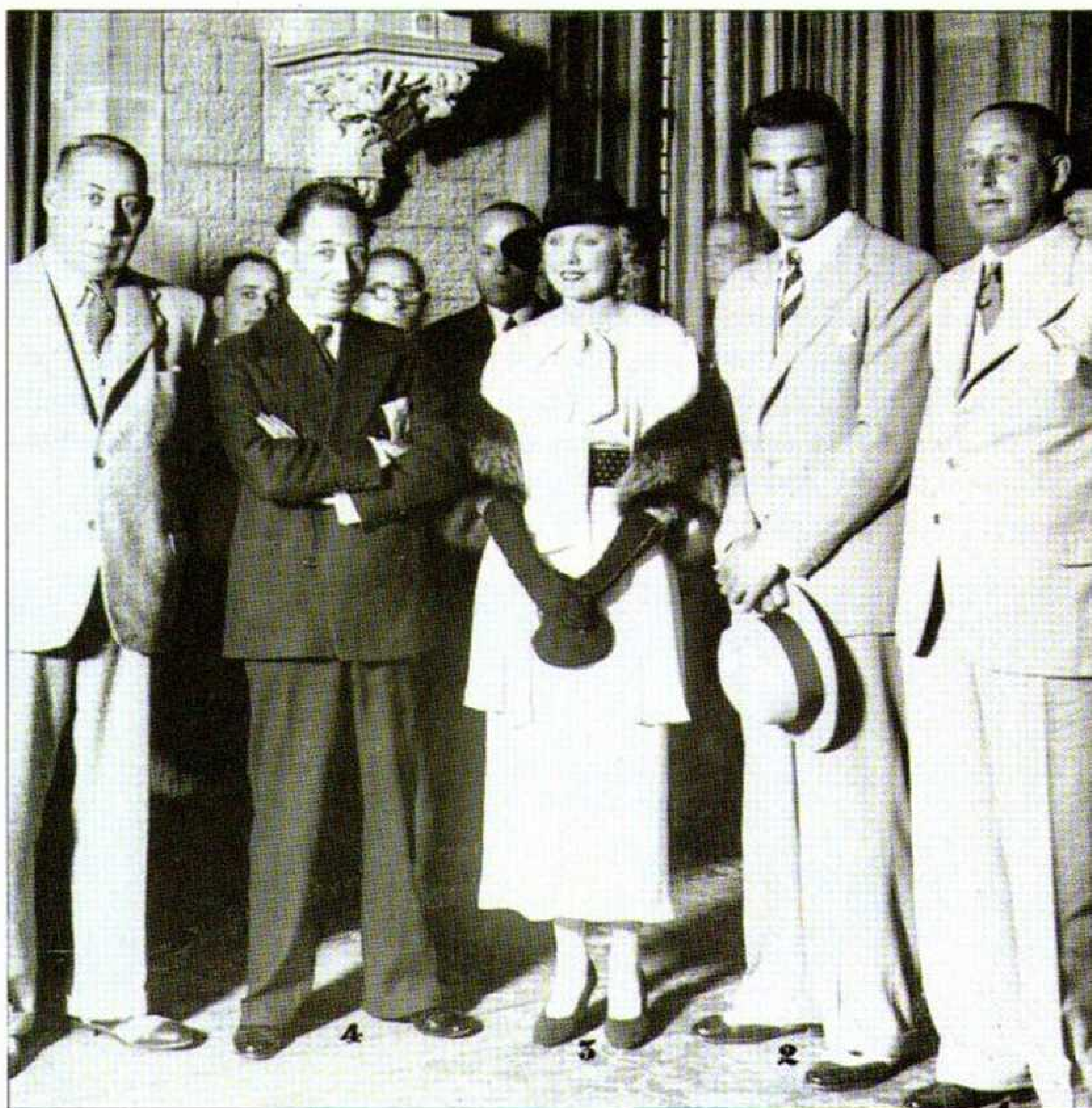

(Pyresa.)

El rencor con que ahora se miraban los dos extremos del espectro político era difícil de mitigar. Pero los hombres de centro —y, en aquellas circunstancias, tanto el presidente como el jefe de gobierno eran hombres de centro— tenían la posibilidad de resolver las cosas. No obstante, desperdiciaron esta oportunidad. Se propuso la revisión de algunas cláusulas de la Constitución. Esto habría modificado el carácter de la autonomía regional, habría establecido un senado y habría alterado las leyes concernientes al divorcio y al matrimonio. Un financiero independiente, aunque ortodoxo, Joaquín Chapaprieta, se dispuso a preparar un presupuesto —cosa que no se había visto en la República desde 1932—. Deseaba reducir la corrupción y el gasto excesivo en burocracia. Estas medidas, admirables en sí mismas, habrían reducido los gastos

El 29 de octubre, después de las dimisiones de Lerroux y Rocha, se reorganiza el gabinete que ya presidía Chapaprieta. De izquierda a derecha: Pedro Rahola, Gil Robles, Joaquín de Pablo Blanco, José Martínez de Velasco, Joaquín Chapaprieta, Federico Salmón, Luis Lucia, Luis Bardají y Juan Usabiaga.



(Efe.)



(Arch. Urbión.)

Dos aventureros internacionales intentan introducir en España un juego llamado straperlo, *lo cual dará lugar a un ruidoso escándalo de carácter político. En la fotografía, de izquierda a derecha: Perl, uno de los* empresarios; *el presidente Companys; Anny Ondra, popular artista de cine alemana, y su esposo, de la misma nacionalidad: el campeón de boxeo Max Schmeling, y David Strauss, durante una visita a Barcelona en 1933, en demanda frustrada de apoyos. La rapacería de algunos políticos radicales, la habilidad maniobrera de Prieto y la enemistad de Alcalá Zamora hacia Lerroux, sumada a sus escrúpulos legalistas, desencadenan el escándalo.*

del gobierno en materia de enseñanza, afectando a los sueldos de los maestros, todavía insuficientes. Pero no se llegó a aprobar ni el presupuesto ni la revisión constitucional [7]. (El presupuesto de 1932, que se repetía anualmente, fue el único acto financiero de la República.) Luego, el ministro de Agricultura, Giménez Fernández, dimitió en mayo de 1935 a causa de una propuesta de modificación de la ley de Reforma Agraria: sus ideas humanitarias le habían valido el apodo de «el bolchevique blanco» en los círculos monárquicos, y su costumbre de invocar encíclicas papales para defender sus proyectos enfurecía a muchos. Su eclipse supuso el fin de la idea de que la CEDA pudiera modificar la ley de Reforma Agraria, y no archivarla. La derecha se comportó luego en el campo como si ya fuese ganadora de una guerra civil, tolerando desahucios, miseria y hasta asesinatos. Chapaprieta formó un gobierno en el que entró Lerroux como ministro de Estado. Pero el Partido Radical se hundió debido a un escándalo.

El «estraperlo»

Con anterioridad, el Ministerio de Agricultura lo ha desempeñado el republicano y demócrata-cristiano Manuel Giménez Fernández, militante de la CEDA, quien pronto será sustituido. En la página contigua lo vemos en el centro de la fotografía, con las manos en los bolsillos, durante un acto.

Un aventurero financiero holandés, Daniel Strauss, había convencido a ciertos ministros para que favorecieran la introducción en España de un nuevo tipo de ruleta, el *straperlo*. Strauss prometió

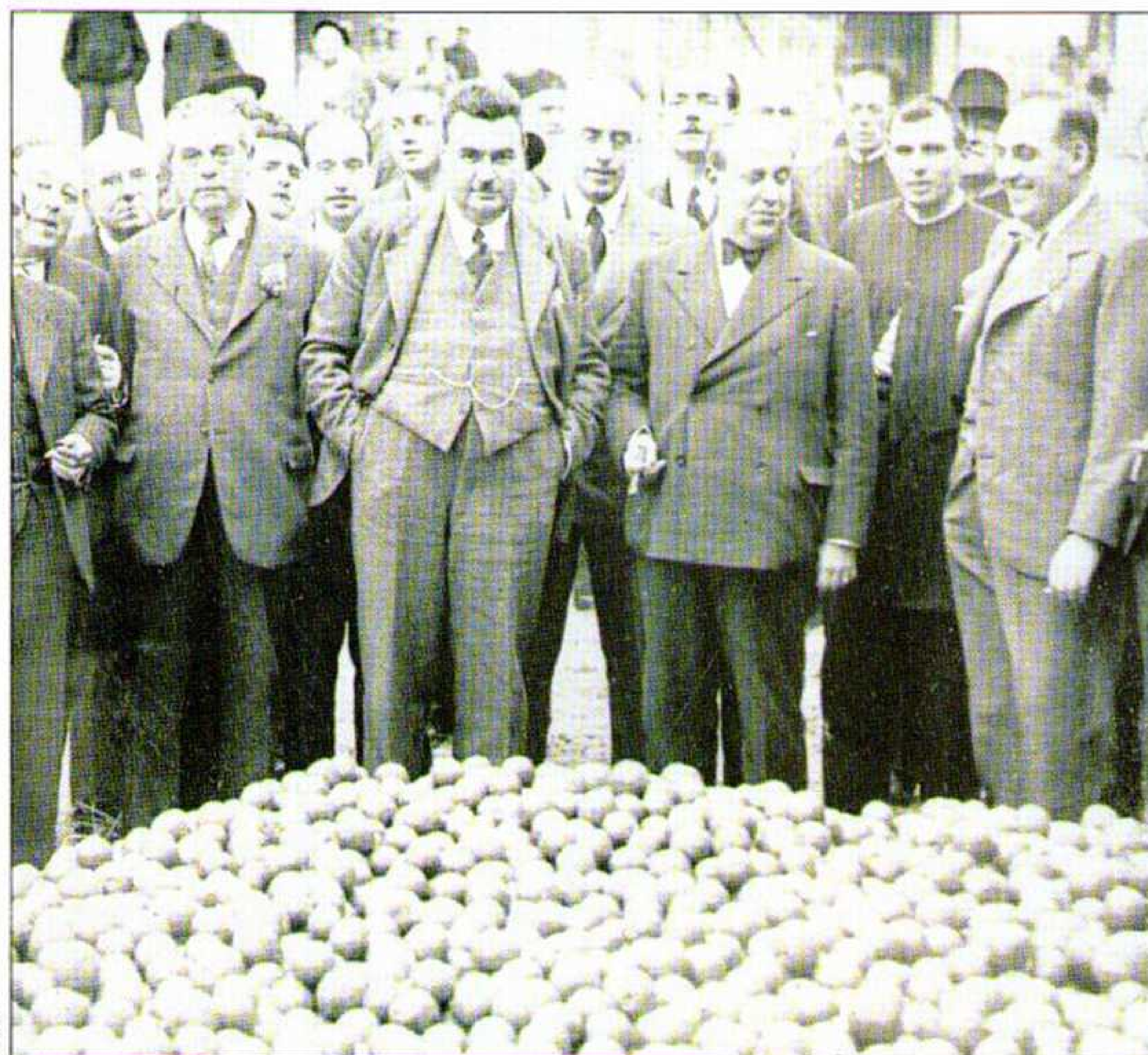
[7] Las memorias de Chapaprieta arrojan luz sobre la actuación cotidiana del gobierno de Lerroux (*La paz fue posible: memorias de un político*, Barcelona, 1971).

que a cambio del permiso para introducir esta ruleta, garantizaría los beneficios. Cuando estalló el escándalo, se descubrió que el hijo adoptivo de Lerroux estaba íntimamente complicado con Strauss. También estaba implicado el propio Lerroux, cuyas finanzas siempre habían sido tortuosas, así como Salazar Alonso, ex ministro de la Gobernación y alcalde de Madrid; el gobernador civil de Barcelona, y algunos otros. Los radicales dimitieron, ante la execración pública, y la palabra «estraperlo» pasó al lenguaje común como sinónimo de escándalo público. Mientras tanto, el Partido Radical, que había tenido un papel tan importante en la vida de la República, aunque su política hubiera significado tan poco, se desmoronó, y la alianza que Lerroux había sellado con Gil Robles, y que había gobernado a España durante un año, también se deshizo [8]. Al cabo de unas semanas, el jefe de gobierno se enfrentó a Gil Robles, técnicamente a propósito del deseo de Chapaprieta de introducir un impuesto sobre las grandes propiedades rurales y de aumentar los derechos sucesorios, del 1 al 3,5 por 100; pero Gil Robles, al que Chapaprieta solía consultar sobre cualquier asunto, había provocado la crisis para dar su último paso hacia la jefatura del gobierno.

Gil Robles, enfrentado a Alcalá Zamora

Sin embargo, el presidente Alcalá Zamora, que durante el año anterior se había interferido continuamente en el curso cotidiano de la

[8] Al mes siguiente, otro escándalo, el llamado caso Nombela, debilitó aún más a los radicales.



(Ya.)



(Arch. B. M. Palmo.)

NICETO ALCALA ZAMORA Y TORRES (Priego, Córdoba, 1877 - Buenos Aires, 1949)

Hijo de un propietario agrícola que era secretario del ayuntamiento de su villa natal, estudió Derecho y, todavía muy joven, ingresó por oposición en el Cuerpo de Letrados del Consejo de Estado. Comenzó su carrera política al filo del siglo como diputado por La Carolina (1905), militando en las filas del Partido Liberal, cuyos diversos grupos recorrió, de Moret a García Prieto, pasando por Romanones. Ya en 1913 militaba en la fracción liberal demócrata de García Prieto, logrando sucesivamente la Dirección General de Administración Local, la Subsecretaría de Gobernación y, más tarde, las carteras de Fomento (1917) y Guerra (1922). Opuesto a la dictadura de Primo de Rivera, derivó al final hacia el republicanismo, después de haber sido ministro de la monarquía. En un discurso pronunciado el 13 de abril de 1930 en Valencia se declaró partidario de «una república viable, gubernamental, conservadora, con el desplazamiento consiguiente hacia ella... de la mesocracia». Tales eran los límites del republicanismo de Alcalá Zamora.

Fue uno de los firmantes del Pacto de San Sebastián (agosto de 1930), en representación de la Derecha Liberal Republicana, y fue encarcelado en Madrid en diciembre de 1930 como miembro del Comité Republicano. Juzgado en marzo de 1931 en un consejo de guerra que los acusados convirtieron en auténtico mitin, fue condenado a seis meses de cárcel, aunque en la misma sala les fue aplicada a todos los encartados la libertad condicional. Faltaba menos de un mes para que Alcalá Zamora presidiera el gobierno provisional de la República instaurada, en medio del entusiasmo popular, el 14 de abril. Dotado de una memoria prodigiosa y conversador impenitente, con ribetes de charlatán, unía al gracejo andaluz una erudición poco común y una inne-

gable tenacidad en el trabajo, cualidades con las que apuntalaba una inteligencia no muy aguda. Católico y moderado, presidente de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, «burgués provinciano y cacique contumaz», en palabras de Mella, era la figura que mejor podía servir de garantía a las derechas ante el cambio de régimen político.

Al debatirse en las Cortes Constituyentes el famoso artículo 26 de la Constitución de 1931, que prohibía a las órdenes religiosas dedicarse a la enseñanza y dejaba la puerta abierta a la nacionalización de sus bienes, que disolvía a la Compañía de Jesús y se incautaba de sus pertenencias, Alcalá Zamora se declaró contrario al mismo y no dudó en sacrificar la presidencia del consejo de ministros a sus convicciones, dimitiendo, el 14 de octubre de 1931, siendo Azaña quien presidiría el gobierno siguiente. Promulgada la Constitución, Alcalá Zamora fue proclamado presidente de la República el 11 de diciembre de 1931.

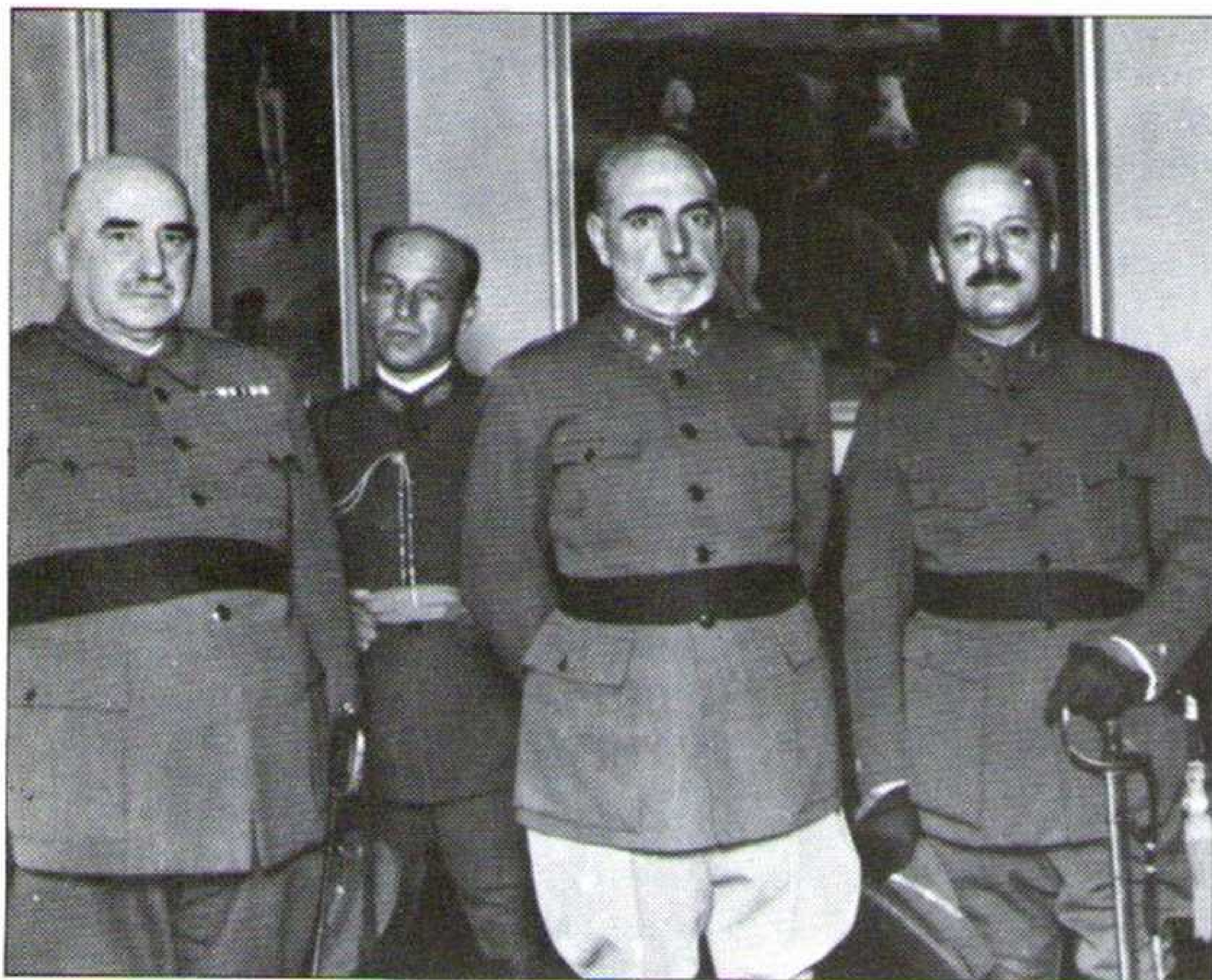
Durante el bienio derechista se negó repetidamente a dar el gobierno a la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), recurriendo a soluciones peregrinas que le llevaron inevitablemente a una segunda disolución de las Cortes. El triunfo electoral del Frente Popular en febrero de 1936 marcó el eclipse político de Alcalá Zamora. Los partidos de izquierda, con los socialistas al frente, en virtud del artículo 81 de la Constitución republicana, forzaron su destitución; el 7 de abril de 1936 abandonaba la presidencia de la República. No tuvieron en cuenta las izquierdas el hecho de que fue Alcalá Zamora quien les dio ocasión de triunfar al disolver las Cortes de centro-derecha; tampoco le agradecieron los esfuerzos que hizo para que se conmutaran las penas de muerte dictadas por la revolución de Octubre.

La guerra civil sorprendió a Alcalá Zamora en un largo viaje por Europa, concretamente en Islandia. Se negó siempre a regresar a España. Instalado en Francia durante la contienda, la segunda guerra mundial le llevó al exilio argentino, tras una auténtica odisea de 441 días de duración entre Marsella y Buenos Aires. En Argentina publicó diversas obras de tipo jurídico y colaboró asiduamente en periódicos y revistas. Sus Memorias **se han publicado en España en fecha reciente, y en 1979 sus restos mortales fueron trasladados a España de forma absolutamente privada, pues el gobierno encontraba dificultades en rendir a sus restos los honores debidos a un ex jefe de Estado.**

administración, seguía decidido a no pedir a Gil Robles que formara gobierno. Aunque Gil Robles, a finales de 1935, parecía haber madurado y estar lejos de ser el corporativista católico y experimental que había afirmado ser en 1933 [9], algunos de sus seguidores, particularmente los de las JAP, parecían impacientes por empuñar las armas; ya habían adoptado unos símbolos y un lenguaje de apariencia fascista. Llevaban una cruz negra de la que colgaban las letras alfa y omega, en blanco, y enmarcadas en rojo, en un intento de simbolizar a Don Pelayo, el primer rey de la Reconquista, y un barco blanco e inmaculado en un mar de sangre de mártires. Además, Gil Robles tenía un programa de reforma constitucional que no gustaba a Alcalá Zamora [10]. Este sospechaba que Gil Robles utilizaba el Ministerio de la Guerra simplemente para sostener a los enemigos de la República. Por último, las relaciones personales entre Gil Robles y el presidente eran malas. Este tenía celos del primero, mientras que Gil Robles encontraba vano al presidente. Por lo tanto, el presidente recurrió a un expediente algo irreflexivo: pidió a uno de sus amigos, Manuel Portela Valladares, un político gallego de la época de la Monarquía, que formara un gobierno provisional y preparara nuevas elecciones [11]. Portela, masón e infatigable historiador de la herejía prisciliana, había sido redescubierto para la política por Lerroux en una playa del norte de España, en el verano de 1934. Como ministro de la Gobernación, a principios de 1935, había sido el que informaba a Alcalá Zamora de lo que pasaba en el gabinete. Ahora el presidente esperaba que Portela pudiera reorganizar a las «fuerzas de centro» para ocupar el lugar del difunto Partido Radical. Desgraciadamente, ni Alcalá Zamora ni Portela Valladares se daban cuenta de que el centro era un concepto en baja.

La acción de Alcalá Zamora puso furioso a Gil Robles. También indignó a su subsecretario en el Ministerio de la Guerra, el general Fanjul, quien le dijo: «Si me da la orden, esta misma noche salgo a las calles de Madrid con la guarnición de la capital. El general Varela piensa igual que yo.» Gil Robles contestó: «Si el ejército, agrupado en torno a sus jefes naturales, cree que debe tomar el poder temporalmente con el objeto de salvar el espíritu de la Constitución, yo no constituiré el menor obstáculo.» Dijo a Fanjul que consultara con los otros generales. El general Franco, jefe de Estado Mayor, opinó que no había que contar con el ejército para dar un golpe de Estado. De manera que nadie se lanzó, a pesar de que la idea fue apoyada por algunos oficiales, falangistas y monárquicos [12]. Gil Robles abandonó el ministerio de la Guerra con «infinita amargura». El general Franco lloró [13]. Portela formó un gobierno provisional compuesto por políticos no parlamentarios y de centro, de segunda fila. Se suavizó la censura de prensa, mientras las derechas acusaban a Gil Robles de cobardía y debilidad por haber abandonado el poder. Azaña ya había empezado a reconstruir su

[9] Gil Robles, p. 364.
[10] Véase un resumen en Robinson, p. 207.
[11] Miguel Maura también había intentado formar un gobierno, y no lo consiguió.
[12] Gil Robles, pp. 366-367.
[13] Véase este hecho sorprendente en Gil Robles, p. 376.



(Efe.)

En febrero, un diputado interpelaba al gobierno sobre el elevado número de generales pertenecientes a la masonería, de muchos de los cuales ha dado los nombres, y preguntaba si es compatible pertenecer al ejército y ser masón. Al reorganizar el Ministerio de la Guerra, Gil Robles prescinde o destituye a varios generales y jefes izquierdistas —alguno de ellos masón— y nombra y asciende a otros derechistas. Para la Subsecretaría designa al general Joaquín Fanjul, monárquico notorio. En la fotografía, de izquierda a derecha, los generales Masquelet, Fanjul, Castelló, y detrás otro militar no identificado.

Izquierda Republicana a partir del éxito obtenido en otoño con su pieza oratoria ante un auditorio de tal vez cien mil personas, fuera de Madrid, en un campo de Comillas: la «clamorosa ovación» con que fue acogido el discurso tuvo resonancia en todo el país [14].

[14] Discurso en Azaña, vol. III, pp. 269-293. Henry Buckley, *Life and death of the Spanish Republic* (Londres, 1940), p. 123, tiene una buena descripción de un testigo presencial.



(Pyresa.)

El 10 de enero de 1935, Manuel Portela Valladares tomó posesión del cargo de gobernador general de Cataluña; a la derecha, el general Batet. Portela, nacido en 1866, se supone que conoce Barcelona porque en dos ocasiones (1910 y 1925) fue gobernador civil. Ha sido ministro de Fomento con la Monarquía y será ministro con la República y aun presidente del consejo. Es masón del grado 33, y alguien dice de él que tiene aspecto «de mago o de faquir». Alcalá Zamora y Portela suponen que en unas nuevas elecciones triunfará el centro, al cual ambos pertenecen, en particular actuando Portela en Gobernación, diestro como es en manipulaciones electorales. Se disuelven las Cortes centro-derechistas y se convocan nuevas elecciones.

A continuación volvieron a abrirse las casas del pueblo, y las izquierdas levantaron cabeza de nuevo. Los socialistas, los comunistas y las izquierdas aprovecharon la oportunidad hasta el máximo: «Octubre» y «Asturias» se convirtieron en palabras sagradas, que evocaban la lucha desesperada de los heroicos revolucionarios contra la Legión Extranjera («los moros», «los carniceros de octubre»).

La campaña electoral

Las elecciones se convocan para febrero, y la propaganda electoral, a la cual se lanzan derechas e izquierdas, es intensa y apasionada. Quienes más se distinguen en ella son los de la CEDA, que disponen de medios cuantiosos. Este cartelón con la efigie de Gil Robles está instalado en la Puerta del Sol. Con agudeza ha escrito Ricardo de la Cierva sobre esta propaganda que es «el mayor error político del siglo XX», para añadir a continuación la salvedad de que, de haber triunfado las derechas, sería calificado como «el mayor acierto propagandístico...»

El 4 de enero fueron disueltas las Cortes. Las elecciones debían celebrarse el 16 de febrero. Portela intentó retrasar la votación con dilaciones anticonstitucionales, pero no lo consiguió. La larga campaña electoral que tuvo lugar entre estas dos fechas estuvo, al principio, dominada por Gil Robles. Su fotografía de «jefe», con un texto debajo que pedía para él «una mayoría absoluta para que pueda daros una España grande», miraba retadoramente desde los carteles de la Puerta del Sol. Sin embargo, a medida que avanzaba la campaña, se hizo evidente que los dirigentes de la CEDA no tendrían el camino tan fácil como habían supuesto. Por consiguiente, empezaron a organizar listas comunes con otros partidos de derechas. En muchos sitios, los monárquicos alfonsinos y carlistas, los



(Keystone.)

«agrarios» y los «independientes» se aliaron con la CEDA, constituyendo el Frente Nacional, si bien dichas alianzas se acordaron en el ámbito local y de acuerdo con las circunstancias del lugar.
El año anterior los dos partidos monárquicos habían desarrollado intensa actividad: doscientos carlistas habían recibido instrucción militar en un campo de aviación próximo a Roma, disfrazados de oficiales peruanos [15], y habían tenido lugar muchas discusiones ideológicas entre los monárquicos, que todavía vacilaban entre el «fascismo» y el tradicionalismo. Calvo Sotelo, el ministro de Hacienda de Primo de Rivera, había ingresado en Renovación Española, pero estaba intentando crear una alianza por su cuenta con todos los monárquicos autoritarios: durante su exilio en Francia, sus puntos de vista habían evolucionado hacia el fascismo, en parte debido al contacto con la *Action Française* de Maurras, y había hablado de rebelión con otros monárquicos exiliados.
A juzgar por sus escritos, y por los de Ramiro de Maeztu (todavía director de *Acción Española),* Pradera (el ideólogo carlista de «el nuevo Estado») y Sainz Rodríguez, que se había convertido en el principal «teórico» alfonsino, parecía como si las derechas autoritarias estuvieran cerrando filas.
En cuanto a la Falange, José Antonio llevaba mucho tiempo ocu-

[15] Uno de ellos era Jaime del Burgo.



(Pyresa.)

En la fotografía superior, Pedro Sainz Rodríguez y Víctor Pradera, sentado. Esta frase (abajo) es una de las más empleadas en la propaganda de la derecha. El cartel le da mayor amplitud; probablemente está destinado al País Vasco.

VOTA
CONTRA LA REVOLUCION
Y
SUS
COMPLICES



Picavea al frente de los concejales rebeldes.



Prieto, Torrijos, Monzón, Irazusta y otros desfilando alegremente por Zumárraga.



Prieto desbordando a la fuerza, camino del Ayuntamiento.

(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

Madrid, 12 de octubre de 1935 GRACIA Y JUSTICIA Número 199.—Pág. 11

REPORTAJES DE ANACLETO DE LA TABA VELOZ



EXPOSICION EN PUERTAS



Va a anunciarse en la nación
una gran Exposición.



Ved aquí al gorrion triguero...,
como siempre, en el alero.



El oso..(No os fiéis de él,
pues tiene de oso... la piel.)



Y Taba aligera el paso
para informarnos del caso.



"Félix gato" pone aquí.
¿Y no es Casares? Sí, sí..



Causa enorme admiracion
la comida del león.



Con su aliento, que envenena,
está en su jaula la hiena.



El cuervo. Seco y protervo,
es desagradable el cuervo.



La vulpeja es asombrosa
por su traza cautelosa.



Brincando de aquí a acullá,
el mono también está,



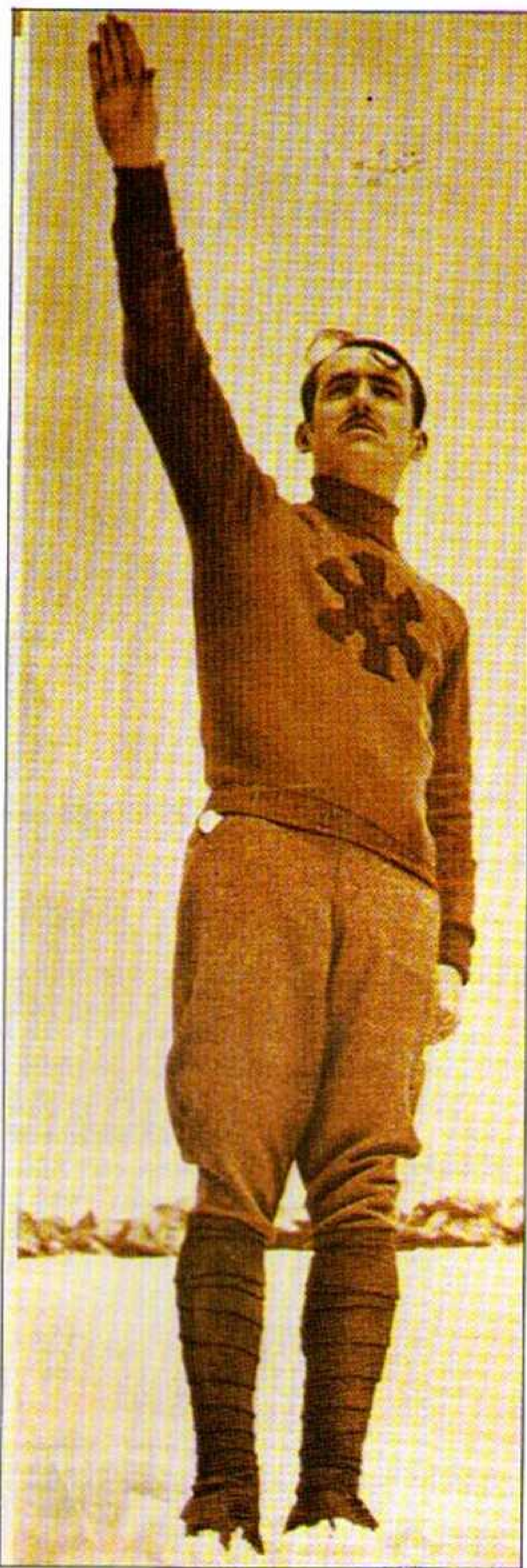
Del estanque en el remanso,
¡qué a gusto se encuentra el ganso!



Y conseguido su afán,
hace Anacleto, al marcharse,
una advertencia al guardián.

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

pado en una controversia con el antiguo dirigente de las JONS, Ledesma Ramos. Este siempre había considerado a José Antonio como un mero señorito, y criticaba sus contactos con la Iglesia y la clase alta [16]. Ledesma creó una organización de trabajadores, la CONS (Central Obrera Nacional-Sindicalista), que, sin embargo, consiguió pocos afiliados. José Antonio logró tomar la delantera a los extremistas de la Falange que querían la violencia, aunque no había conseguido crear una política que pudieran apoyar tanto los monárquicos que le respaldaban económicamente como Ledesma. En octubre de 1934, José Antonio había sido confirmado como dirigente del partido sólo por un voto (17 a 16) [17]. Ledesma intentó separar a las JONS de la Falange para conservarlas como un partido nacionalsindicalista, aunque fuera minúsculo. Sus relaciones personales con José Antonio siempre habían sido malas. Cuando Ledesma escribió unos artículos en los que acusaba a José Antonio de ser el «instrumento de la reacción», fue expulsado de la Falange. Estos acontecimientos, y las dificultades financieras de estos jóvenes fascistas españoles, habían impedido que aumentara su número (especialmente después de que el rico monárquico marqués de la Eliseda rompiera con ellos) tras la revolución de Asturias, cuando habría sido de esperar que aumentara su atractivo. Pero continuaron desfilando los domingos con sus camisas azules, y a partir de junio de 1935, la Falange recibía una pequeña subvención (unos 4.000 dólares mensuales) procedente de Italia y pagada en París [18]. En la campaña electoral, la Falange quedó fuera de la alianza derechista, porque Gil Robles no pudo acceder a las peticiones de reparto de escaños que le hizo José Antonio. Los antiguos electores de José Antonio en Cádiz no querían saber nada de él, y la CEDA, al igual que los carlistas, criticaban el «cooperativismo» económico de José Antonio, que consideraban peligrosamente socialista. A pesar de todo, la Falange presentó varios candidatos que criticaron duramente el «estéril y estúpido bienio en el poder» de la CEDA. Sin embargo, muchos de los falangistas más enérgicos todavía no habían llegado a la edad de votar [19].



(Pyresa.)

Entre Primo de Rivera y Ramiro Ledesma han surgido disensiones, debidas a sus distintos temperamentos, origen social y enfoque político. En la fotografía, Ledesma Ramos en 1932, cuando este saludo era todavía inusual en España.

Una página de Gracia y Justicia, *en la cual los políticos de la izquierda son comparados maliciosamente con animales.*

[16] Las relaciones de José Antonio con el ejército y otras fuerzas de la «vieja España», que Ledesma condenaba, se debían en parte a la necesidad financiera, y en parte a que le gustaba tratarse con las personas de elevada posición social con las que, como hijo del dictador, se había educado, pero también en parte porque no confiaba en que su partido creciera lo bastante rápidamente como para poder derrotar al socialismo. Al menos esto es lo que dijo en una curiosa carta que escribió a Franco justo antes del levantamiento de Asturias, el 24 de septiembre de 1934. En ella indicaba que estaba dispuesto a apoyar un golpe de Estado militar para restaurar la «perdida noción de destino histórico» de la Patria. Franco, al parecer, no contestó a la carta. (Esta información se publicó por primera vez en *Y*, revista de la Sección Femenina de la Falange, en octubre de 1938. Está citada íntegramente en Ximénez de Sandoval, p. 224, y en sus *Obras*, p. 709.)

[17] Payne, pp. 66-67. En el otoño de 1934 también hubo una controversia dentro de la Falange sobre la idea de dar entrada a Calvo Sotelo: Calvo Sotelo ambicionaba la dirección del partido fascista de España, pero José Antonio no estaba dispuesto a aceptarlo. Además, consideraba a Calvo Sotelo como un traidor a su padre, y un hombre que «tenía una cabeza sólo para las cifras y no podía comprender la poesía». Ledesma era contrario a Calvo Sotelo porque lo consideraba reaccionario.

[18] Coverdale, p. 58.

[19] A principios de 1936, la Falange quizá tenía 5.000 afiliados, aparte de los estudiantes universitarios o de segunda enseñanza (Gil Robles, p. 444, nota 60, cifras citadas por Fernández Cuesta); Payne habla de 10.000, basándose en declaraciones del que entonces era tesorero, Mariano García.



(Sovfoto.)

El búlgaro Georgi Dimitrov, secretario del Komintern (fotografiado junto a Stalin), ha lanzado en el VII Congreso la consigna del Frente Popular. Pero en España la unión de las izquierdas era necesidad sentida por todos y rectificación de pasados errores. Tampoco el Frente Popular de aquí será el preconizado por Dimitrov.

A la izquierda de esta alianza derechista se encontraban los diferentes partidos de centro. Entre ellos estaba Lerroux y los radicales, la *Lliga* (los empresarios catalanes), los progresistas (seguidores de Alcalá Zamora) y el llamado específicamente Partido del Centro, fundado por el jefe del gobierno, Portela Valladares. También se contaba entre los partidos de centro el Partido Nacionalista Vasco, que, aunque desde 1934 estaba en malas relaciones con sus aliados natos de la CEDA, todavía vacilaba a la hora de aliarse claramente con las izquierdas [20]. Portela intentó fomentar el centro artificialmente nombrando a amigos suyos para el cargo de gobernadores civiles, pero le falló la estratagema.

Las izquierdas, en las elecciones de febrero de 1936, se agruparon en un bloque llamado Frente Popular. El nombre había sido propuesto por el Partido Comunista. El mes de julio anterior se había celebrado en Moscú el séptimo congreso del Komintern. Dimitrov, comunista búlgaro que era entonces el secretario general del Komintern (debido a su desafiante conducta cuando se le acusó de haber prendido fuego al *Reichstag*), había definido los objetivos políticos del comunismo mundial frente a la amenaza que suponía para la Unión Soviética el encumbramiento de Hitler: «La formación de un Frente del Pueblo unido que permita la acción conjunta con los partidos socialdemócratas es una necesidad. ¿Por qué no procuramos unir a los comunistas, los socialdemócratas, los católicos y demás trabajadores? Camaradas, recordad la antigua leyenda de la conquista de Troya. El ejército atacante no pudo lograr la

[20] Tampoco quería aliarse con las derechas. Un grupo de diputados vascos fue reprendido en vano por monseñor Pizzardo, asistente en la Secretaría de Estado del Vaticano, por no querer asociarse con la CEDA. (Del diario de uno de los presentes, citado por Iturralde, vol. I, p. 394.)



(Pyresa.)

En algunas circunscripciones, la CEDA se alía con el Partido Radical, y en otras, con los monárquicos: una demostración de accidentalismo, *estrategia política y... oportunismo. En Barcelona, Lerroux forma parte de la candidatura del* Front d'ordre, *con diez candidatos de la Lliga, tres de la CEDA, un tradicionalista y otro de Renovación. En un mitin electoral, su enemigo histórico, Cambó, hará elogios de Lerroux, al que. vemos en el centro de los invitados a la clausura del congreso de su partido.*

victoria hasta que, con la ayuda del caballo de Troya, penetró en el mismo corazón del campo enemigo. Nosotros, trabajadores revolucionarios, no tenemos por qué avergonzarnos de utilizar las mismas tácticas» [21].

Con estas palabras se lanzó oficialmente la política internacional de los frentes populares. Se reprochó a los partidos comunistas por haber tratado hasta entonces a todos los partidos burgueses como si fueran fascistas. Ahora se les recomendó que defendieran la democracia parlamentaria y burguesa hasta que pudieran reemplazarla por la «democracia proletaria». Esta política del Frente Popular fue más lejos que la del Frente Unico de los años veinte. Entonces (como en la Europa oriental después de 1945) los partidos comunistas tenían intrucciones de hacer causa común con otros partidos de la clase trabajadora, únicamente. Pero con el Frente Popular tenían que establecer relaciones también con partidos de la clase media.

A los comunistas no les fue fácil conseguir que Largo Caballero accediera a entrar en esta alianza: el dirigente comunista francés Duclos vino a España especialmente para convencerle [22]. Pero la persecución posterior a 1934 y el intento de procesar a Azaña contribuyeron a crear una amistad, por breve que fuera, entre los dirigentes de izquierdas. Azaña y Prieto fueron los que, en realidad, organizaron la alianza. El prestigio de Azaña había aumentado mucho a lo largo del año 1935, y de su irónico relato sobre su estancia en la cárcel en 1934 *(Mi rebelión en Barcelona)* se habían vendido 25.000 ejempla-

[21] Discurso de Dimitrov en el séptimo congreso del Komintern, el 2 de agosto de 1935 (Londres, 1935), p. 43. Los comunistas españoles asistentes al congreso fueron «la Pasionaria», José Díaz, Sesé (de Cataluña), Hernández y Arlandis.
[22] Jacques Duclos, *Mémoires* (1935-1939) (París, 1969), pp. 107-110.


(Pyresa.)

Saliendo de un funeral, José Antonio y los que le siguen saludan a la romana, *como ellos dicen. Junto al líder de Falange, el coronel retirado Ricardo Rada, que pronto les abandonará para instruir a los requetés.*



(Arch. Urbión.)

El 7 de octubre se sabe que la rebelión de Barcelona ha sido sofocada y que el gobierno se dispone a luchar en Asturias y donde sea. Los falangistas organizan una manifestación para testimoniar su adhesión al gobierno. En el círculo se ve a Primo de Rivera, y en el conjunto pueden observarse las precauciones tomadas. A pesar del paqueo, a la manifestación se han unido otros muchos ciudadanos.



(Serv. Histórico Militar.)

Arriba, anuncio de un mitin conjunto de socialistas y comunistas.

Largo Caballero, que es sometido a juicio (abajo), niega toda participación en los hechos de octubre, lo cual le valdrá críticas, pero también salir en libertad.

res. (Los partidos republicanos ya habían formado en noviembre un Frente Republicano.) Azaña y Largo Caballero estaban en malas relaciones, pero la alianza les venía bien. A pesar de todo, ahora Largo Caballero se consideraba un socialista revolucionario y aunque deseaba una República sin lucha de clases, pensaba que para ello «es necesario que desaparezca una clase» [23]. El Partido Socialista continuaba dividido; Prieto y Besteiro intentaban contener el renovado impulso de la mayoría, presionada por los jóvenes, hacia la revolución; o, mejor dicho, hacia la «bolchevización». (Prieto regresó de París a España en diciembre de 1935, una semana después de que Largo Caballero saliera de la cárcel.) En el transcurso del año, el partido se había dedicado a estériles discusiones teóricas, detrás de las cuales había fuertes enfrentamientos de personalidades. La selección de candidatos se vio gravemente afectada por estas disputas.

Los anarquistas se mantuvieron fuera del sistema, pero en el último minuto alentaron a sus miembros a repetir ante las urnas la unidad manifestada en Asturias. Esto se debió a que una de las principales propuestas del programa del Frente Popular era la amnistía para los presos políticos. Las derechas se dieron cuenta de lo mucho que les convenían las abstenciones anarquistas, y en Cádiz (y quizás en

[23] *El Socialista*, 28 de enero de 1936, citado por Robinson, p. 246. Véase en La Cierva, *Historia*, vol. I, p. 579 y ss., un estudio de los orígenes del Frente Popular.

(Pyresa.)

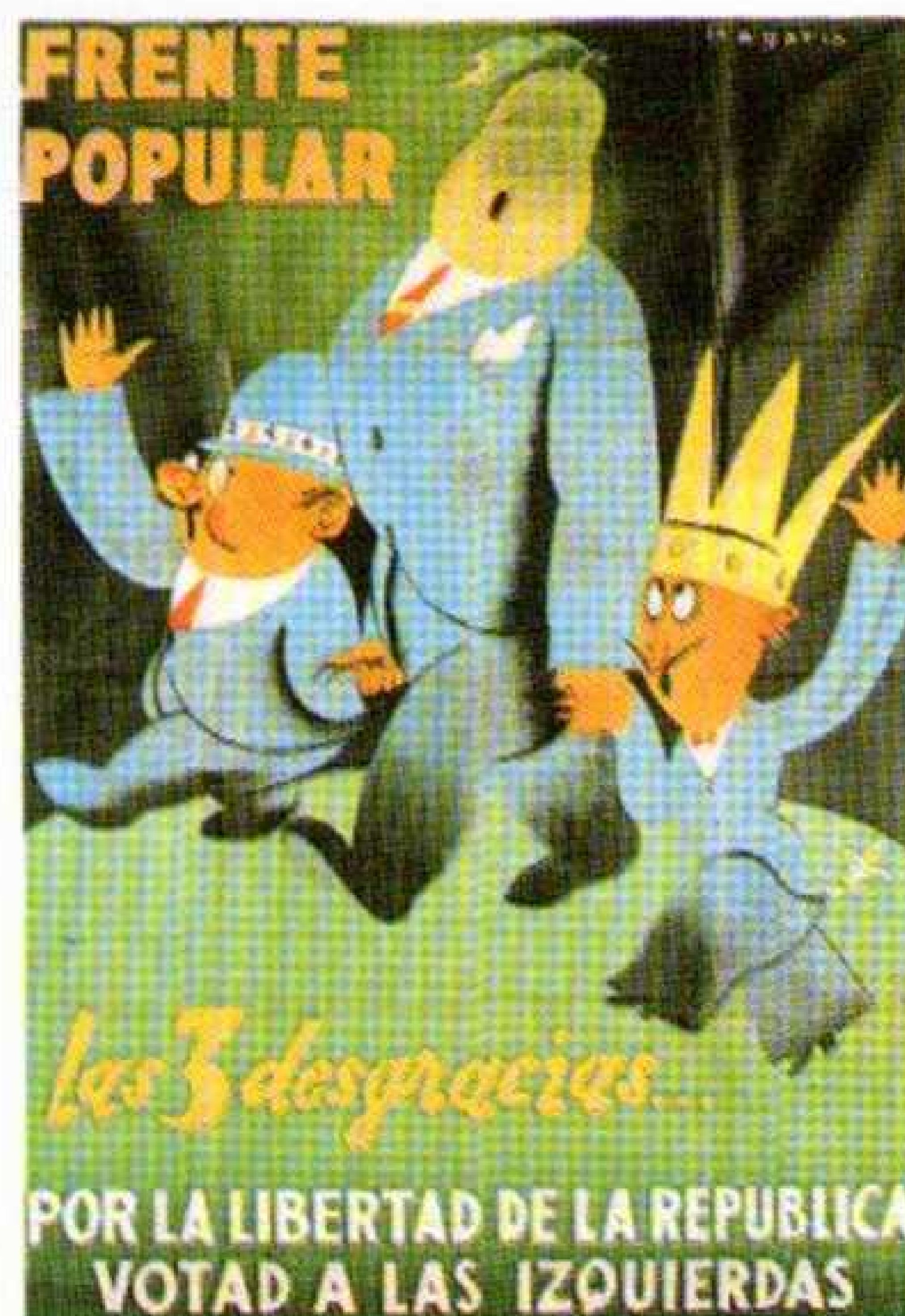


(Efe.)

Para asistir al entierro del ex ministro Jaime Carner, Azaña se había trasladado a Barcelona, pero desde el 28 de septiembre permanece en la ciudad tratando de convencer a los políticos de la Esquerra de la improcedencia del golpe que preparan. Por precaución, el 6 de octubre se oculta, y es descubierto por la policía. Permanece arrestado en el destructor Sánchez Barcaiztegui *(donde está fotografiado) y es acusado torpemente de haber participado en la sublevación catalana. Al no encontrar motivo de procesamiento, la Sala Segunda del Supremo le pone en libertad el 28 de diciembre.*
A lo largo de la primavera y el verano, Azaña pronuncia sus célebres discursos en campo abierto: campo de Mestalla en Valencia, Baracaldo, y, sobresaliendo sobre los demás, en el campo de Comillas, en las afueras de Madrid, al cual acude una multitud que en actos políticos no tiene antecedentes en España.

otros sitios) ofrecieron sumas importantes a los dirigentes anarquistas para que éstos hicieran propaganda antielectoral [24].
En el programa del Frente Popular también había otras medidas que se referían a Asturias. Todos los parados por meras razones políticas debían ser readmitidos en su trabajo (esto era una advertencia a los patronos que habían tomado nuevos obreros para reemplazar a los que estaban en la cárcel, o a los despedidos después de octubre de 1934).
El Estado pagaría una indemnización a las víctimas de 1934. Se restablecería el Estatuto catalán. Se negociarían otros estatutos regionales. La ley de Reforma Agraria y otras reformas iniciadas en 1933 recibirían prioridad [25].
La lucha electoral fue tempestuosa. El gobierno levantó el «estado de alarma» que se había mantenido en muchas áreas desde lo de Asturias. Enormes multitudes acudían a los mítines. Había mucha violencia en las palabras; de momento sólo en las palabras. «El fascismo vaticanista —proclamaba una octavilla de propaganda electoral— ofreció trabajo y ha dado hambre; ofreció paz y ha dado cinco mil tumbas; ofreció orden y ha alzado el patíbulo. El Frente Popular no ofrece más de lo que ha de dar ni menos de lo que dará: ¡Pan, Paz y Libertad!» [26]. Los obispos aconsejaron explícitamente

[24] Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra* (Buenos Aires, 1940), p. 37.
[25] Ricardo de la Cierva, *Los documentos de la primavera trágica* (Madrid, 1967), p. 66 y ss.
[26] De una octavilla en poder del autor. Las cinco mil tumbas se refieren a los cinco mil trabajadores que se decía habían sido muertos en la represión de Asturias.



(Serv. Histórico Militar.)

Cartel bufo de propaganda electoral. La cabeza de pera que le atribuyen los caricaturistas a Gil Robles entra en el idioma gráfico convencional. No sin razón se le asocia con financieros y monárquicos.

No toda la propaganda electoral puede calificarse de democrática. Sólo los partidos republicanos, los centristas y la CEDA se mantienen dentro de las reglas del juego: monárquicos, socialistas y comunistas anuncian que sólo acatarán los resultados si les resultan favorables, para lo cual emplean sus propios argumentos y lenguaje. Se presiente que, gane quien gane, éstas van a ser las últimas elecciones. Calvo Sotelo (abajo), máximo dirigente del Bloque Nacional, que agrupa a monárquicos de distintas tendencias, hace gala de fogosa oratoria, y en uno de sus discursos dice: «...los pueblos que cada dos o tres años discuten su existencia, su tradición, sus instituciones fundamentales, no pueden prosperar; viven predestinados a la indigencia. Por eso hemos de procurar a toda costa que estas elecciones sean las últimas».



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

YA NO HAY DESAHUCIOS
¡VIZCAINO!
SI QUIERES EL ESTATUTO
Vota al FRENTE POPULAR

(Serv. Histórico Militar.)

En las Vascongadas se hacen intentos para juntar a derechas y nacionalistas en una sola candidatura: fracasan. La pugna electoral será triangular entre el Frente Popular, las derechas y el PNV. En este pasquín, el Frente Popular intenta arrancar votos al electorado vizcaíno prometiéndoles precisamente el estatuto. La oferta se justifica por el acentuado carácter derechista del PNV.



(Efe.)

a los católicos que votaran contra el Frente Popular. Largo Caballero declaró que, si ganaban las derechas, él «procedería a declarar la guerra civil», y Primo de Rivera manifestó que sus hombres no harían caso de un resultado «peligrosamente contrario al destino eterno de España» [27]. Lerroux y los radicales concentraron sus esfuerzos para hundir al Partido de Centro fundado por Portela. Calvo Sotelo apareció por primera vez como figura nacional. Su campaña fue explícitamente antirrepublicana y antidemocrática. Argüía que la Constitución estaba muerta, asesinada por sus propios creadores. Las próximas Cortes habrían de ser otra vez Cortes Constituyentes [28]. Además decía a los españoles patriotas, con un lenguaje muy vigoroso, que, si no votaban por el Frente Nacional, la bandera roja ondearía sobre España: «esa bandera roja que simboliza la destrucción del pasado y de los ideales de España». La CEDA gastó grandes cantidades de dinero en propaganda, y muchos de sus dirigentes —no solamente los de la sección juvenil— discutían sobre la idea de una dictadura para después de la victoria.



(Col. Luis Gasca.)

Esta interpretación infantil y caricaturesca de las elecciones es deformación extrema de los incidentes que ocurren en algunos lugares, donde las izquierdas coaccionan al electorado; lo que se calla es cuando los «buenos» coaccionan a los «malos».

16 de febrero de 1936

España acudió a las urnas el 16 de febrero, el domingo de Carnaval, antes de la Cuaresma; 34.000 guardias civiles y 17.000 guardias de asalto garantizaron el orden. Hubo algunos disturbios en Granada, donde fue asaltado un colegio electoral, mientras otros individuos llenaban la urna con votos preparados. Pero estos casos fueron raros. El corresponsal de *The Times*, Ernest de Caux, informó que la votación había sido «generalmente ejemplar» [29]. Los resultados de la primera vuelta de las elecciones, dados a conocer el 20 de febrero, fueron los siguientes, en lo que se refiere a los bloques nacionales:

4.654.116 (34,3 por 100) para el Frente Popular.
4.503.505 (33,2 por 100) para el Frente Nacional.

[27] Citado por Robinson, pp. 243 y 246.
[28] Discurso del 13 de enero (La Cierva, *Los documentos*, p. 92).
[29] *The Times*, 17 de febrero de 1936. De Caux era un periodista excepcionalmente bien informado.

(Pyresa.)



Falange decide acudir por su cuenta a las elecciones, y el resultado es un rotundo fracaso: ni una sola acta de diputado. La fotografía corresponde al año 1934. El 3 de junio, los falangistas celebran una concentración de carácter paramilitar en un aeródromo privado del Club Aéreo. La guardia civil, que ha sido alertada, se presenta allí y suspende el acto. José Antonio presta las primeras declaraciones; junto a él, Raimundo Fernández Cuesta. A ambos, y además a Ledesma Ramos, Ruiz de Alda y Ansaldo, que también están presentes, se les imponen fuertes sanciones pecuniarias.

526.615 (5,4 por 100) para el Centro, incluidos 125.714 votos para los nacionalistas vascos [30].

El Frente Popular había obtenido 263 diputados, el Frente Nacional, 133, y el Centro, 77. Veinte de estos escaños (cuando nadie había obtenido más del 40 por 100 de los votos emitidos) quedaron pendientes de una segunda vuelta electoral, que tendría lugar dos semanas más tarde. Pero, evidentemente, las izquierdas tenían una mayoría de escaños que reflejaba una clara mayoría de votos emitidos.

Es imposible dar las cifras de votos por partidos puesto que los electores votaron a alianzas y no a partidos aislados. Pero los principales partidos se repartieron los escaños de la siguiente manera:

[30] Estas cifras son una adaptación de las que da Javier Tusell en *Las elecciones del Frente Popular* (Madrid, 1971), vol. II, p. 13. Mi «adaptación» consiste en sumar lo que Tusell llama «Frente Popular con Centro» y «Derecha con Centro» al Frente Popular y a la Derecha, respectivamente.

LA VOZ

ESPAÑA VOTA POR LAS IZQUIERDAS

EL FRENTE POPULAR TENDRA MAYORIA ABSOLUTA EN LA PROXIMA CAMARA

SE CALCULA QUE SU MAYORIA EXCEDERA DE DOSCIENTOS SETENTA DIPUTADOS

EL SR. LERROUX SE HA QUEDADO SIN ACTA

Se ha declarado el estado de alarma en toda España

Madrid electoral, desde un taxi

La Casa del Pueblo condena toda manifestación pública no ordenada por los elementos directivos y responsables

Ayer por la mañana pasó la frontera el Sr. March

Las derechas han confiado en el triunfo electoral. El exceso de confianza se ha manifestado en la falta de unidad —el miedo impele a cerrar filas—, en los ataques de la derecha a la CEDA y en la proliferación de candidaturas independientes que han restado votos al centro-derecha. También las izquierdas creían que ganarían los derechistas. El 17 de febrero, lunes, el diario republicano de la tarde La Voz *anuncia el triunfo frentepopulista. Los datos finales van a ser muy discutidos en cuanto a cifras e interpretación. Con diferencia muy escasa de votos (unos 150.000) en el conjunto de la nación, el triunfo electoral propiamente dicho va a ser aplastante. Singularidades de la ley electoral, que, al favorecer las coaliciones, ha beneficiado esta vez a la izquierda como en 1933 favoreció a la derecha. Durante la guerra, en zona nacionalista, se tratará de declararlas ilegales, pero, dejando al margen pequeñas irregularidades más patentes en la segunda vuelta, el triunfo del Frente Popular es legítimo e indiscutible.*

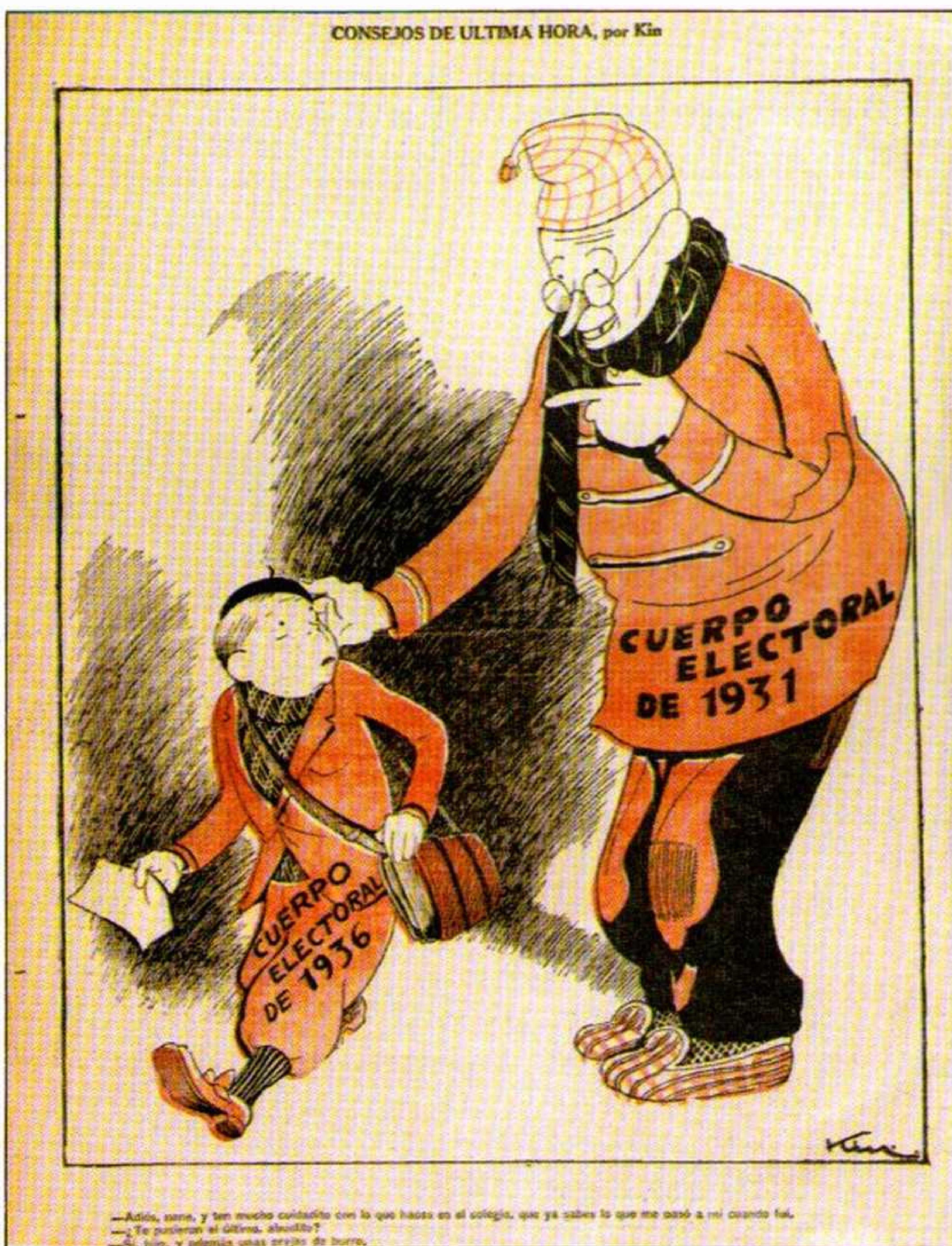
(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

Socialistas, 88; Izquierda Republicana (esto es, el partido de Azaña), 79; Unión Republicana (Martínez Barrio), 34; Comunistas, 14; *Esquerra,* 22; CEDA, 101; Agrarios, 11; Monárquicos (incluido Calvo Sotelo), 13; Carlistas, 15; nuevo Partido del Centro de Portela Valladares, 21; *Lliga,* 12; Radicales, 9, y Vascos, 5. La Falange no obtuvo ningún escaño [31].

Volvieron la mayoría de los antiguos dirigentes, pero ni Lerroux ni José Antonio consiguieron escaño alguno.

Después se hicieron muchos juegos malabares con estas cifras para demostrar esto o aquello. Tales discusiones ignoraban el hecho de que el sistema electoral (que en una provincia determinada dio

[31] Tusell, pp. 82-83; véase también José Venegas, *Las elecciones del Frente Popular,* p. 47. La discusión sobre estas cifras ha sido interminable, pero las que cito aquí parecen las más fiables. Véase un análisis en el capítulo V de la obra de Jean Bécarud, *La Deuxième République Espagnole* (Paris, 1962). Las críticas y explicaciones de la CEDA están resumidas en Gil Robles, p. 509 y ss. Prácticamente ningún periódico de la época ni ninguno de los escritores posteriores, dieron las mismas cifras de estas elecciones.



(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

La tradición electoral heredada de la Monarquía no era buena. La influencia que los gobiernos ejercían a través de un sistema corrompido, basado en el caciquismo y la trampa, desvirtuaba los resultados y creaba una desconfianza en el electorado que se traducía en abstencionismo. Sólo en las grandes ciudades los comicios se revestían de unos mínimos de garantía. Sin llegar a la perfección, la República ha mejorado en mucho el sistema. Un especialista en el tema, Javier Tusell, escribe: «Las elecciones de 1936 son, dentro de la historia electoral española, aquellas en que se puede decir que ha existido una mayor aproximación a la forma de desarrollarse una elección en un país con instituciones democráticas y una cultura cívica extendida entre todas las capas sociales. Pero, sin embargo, no creemos que por este motivo las elecciones de 1936 puedan citarse como un paradigma de una elección normal en un sistema democrático. Las elecciones de 1936 son una aproximación a este modelo, pero se trata de una aproximación que, aunque consigue convertirse en la óptima con respecto a la historia española, está muy lejana todavía del modelo ideal.»

el 80 por 100 de los escaños a un partido que había ganado más del 50 por 100 de los votos) estaba pensado para fomentar las coaliciones. Tanto las derechas como las izquierdas aumentaron sus votos, en parte porque en 1936 hubo unos cuantos votantes más para ellos que en 1933, y en parte porque al centro le fue mal. El caciquismo desempeñó un papel en los distritos rurales, con lo que tal vez la victoria del Frente Popular fue mayor de lo que muestran las cifras; pero la acusación de que los socialistas habían creado su caciquismo propio en algunas ciudades no carece de fundamento. En todo caso, las izquierdas habían logrado una victoria inesperada; y las derechas, particularmente la CEDA, una derrota inesperada. El eclipse del centro fue un fiel reflejo de la falta de apoyo que había encontrado en el país aquella neutralidad tan artificial.

Hubo una cantidad importante de abstenciones: quizás el 28 por 100 (en comparación con el 32,5 por 100 en 1933). De un electorado total de 13.500.000 votaron unos 9.870.000. La mayoría de abstenciones se produjeron en Aragón, Galicia y Andalucía [32].

Puede argüirse que las cifras sugieren que el electorado tendía hacia un sistema de dos partidos [33]; Azaña y Gil Robles eran los paladines de dos posturas muy definidas, hecho olvidado más tarde debido a la aversión de varias minorías (militaristas, anarquistas, campesinos socialistas, juventudes socialistas y fascistas) a aceptar un sistema parlamentario bastante bien establecido, como puede deducirse del hecho de que votara un 70 por 100. Este hecho cierto, como tantos otros, fue olvidado ante un alud de lemas propagandísticos que apenas si se diferenciaban en algo de unas puras menti-

Apenas corren las primeras noticias del triunfo se producen manifestaciones de júbilo, lo mismo en las ciudades que en los pueblos, en el centro de las poblaciones que en los suburbios. La amnistía ha tenido cierta incidencia en la votación, más acentuada entre partidarios, familiares y amigos, pero también ha decidido sentimentalmente a personas indecisas, sobre todo mujeres.

[32] Tusell, pp. 13 y 24.
[33] Véase Jackson, pp. 523-524.



(Rolger Sintes.)

ras: porque Lerroux no era «un Mussolini» (como tampoco lo era Azaña, aunque su antiguo amigo Ossorio y Gallardo lo describiera una vez con ese calificativo, y el lema «Ante todo por Dios y por



(Efe.)

España» no era un lema fascista; Azaña no era Kerensky, ni Largo Caballero era Lenin (aunque pretendiera serlo). Ni la derecha parlamentaria ni los socialistas (ni, desde luego, el ejército) eran partidarios de la Constitución, pero tampoco eran firmemente anticonstitucionalistas: de hecho, tanto la CEDA como los socialistas eran «accidentalistas», y el idilio de los socialistas con la democracia duró sólo de 1930 a 1933. Estos dos partidos eran malos perdedores, y los socialistas eran casi tan malos como ganadores. Ya en 1933, Largo Caballero había dicho a sus seguidores: «Hoy estoy convencido de que llevar a cabo una labor socialista dentro de una democracia burguesa es imposible» [34]. Pero, como suele ocurrir, la democracia burguesa parecía a casi todo el mundo un amigo maravilloso, aunque perdido, o por lo menos así se la consideraría unos meses más tarde, al producirse el enfrentamiento armado de dos filosofías obstinadas y totalitarias: una procedente de las juventudes socialistas, la izquierda del Partido Socialista, los comunistas y quizá también un sector anarquista, y la otra procedente de una alianza de fascistas, monárquicos absolutistas y juventudes católicas.

No ha conseguido Portela Valladares (en el centro, con cabellos blancos) el éxito centrista en el cual confiaba, y presenta la dimisión. Escribe Alcalá Zamora: «Portela mostró todos los defectos que podían preverse, combinados con la desaparición de sus cualidades anteriores; ningún acierto electoral y pánico como gobernante a las algaradas.» Y añade que luego «se dedicó a la subversión desleal y disparatada del régimen constitucional».
Obtiene el acta por Pontevedra, y a la cabeza de la votación en esa provincia y en la candidatura del Frente Popular es elegido el galleguista Alfonso Rodríguez Castelao (en la ilustración, con gafas y pajarita), escritor en lengua gallega y dibujante. En una tertulia de café vemos juntos a ambos con otros amigos.

34 Robinson, p. 138.



(Pyresa.)

El abandono de Portela y de los gobernadores civiles por él nombrados crea un vacío de poder en el momento en que en toda España están produciéndose desórdenes multitudinarios, que no llegan a revestir gravedad. Algunos militares se inquietan y piensan en la conveniencia de declarar el estado de guerra, que, para algunos de ellos, puede ser un primer paso para asaltar el poder. Las gestiones y presiones no tienen éxito y renuncian a intervenir. Uno de ellos es Enrique Varela, fotografiado en su época de comandante con las dos cruces laureadas de San Fernando.

11

Franco y Portela Valladares

A medida que se iban conociendo los resultados de las elecciones, se iniciaban los intentos para contrarrestar sus consecuencias. José Antonio ofreció a Portela los servicios de la Falange y solicitó armas. Luego, los monárquicos pidieron a Gil Robles que diera un golpe de Estado. El se negó en principio, aunque después se entrevistó con Portela, a las cuatro de la mañana, para pedirle que declarara inmediatamente el «estado de guerra» [1] y le introdujera en el gobierno, como «ministro, secretario o mecanógrafo: lo que usted quiera», para aliviar la preocupación de las derechas [2]. Portela dijo que se lo pensaría, pero lo único que hizo fue telefonear al presidente para pedirle que declarara el «estado de alerta». Y éste así lo hizo. Entonces, Franco, el jefe de Estado Mayor, instó a Portela a que declarara el «estado de guerra», tras instar a su propio ministro, el general Molero, y al director general de la guardia civil, el general Pozas, para que recomendaran lo mismo [3]. Naturalmente, el «estado de guerra» sometería al país a la ley marcial y sería en realidad un golpe de Estado. Según Franco, Portela preguntó por qué el ejército no actuaba por iniciativa propia. Franco dijo que, sin el apoyo del gobierno, no contaría con la ayuda esencial de la guardia civil. Portela y el presidente continuaban resistiéndose a la idea. La mañana del 18 de febrero, Portela intentó entregar el poder a Azaña, quien, sin embargo, creyó que debía esperar hasta que se reunieran las Cortes. Portela, ansiando librarse de su responsabilidad, trató de encontrar una alternativa. Franco volvió a intentar disuadirle de que abandonara el poder, y Calvo Sotelo también visitó al jefe de gobierno con la misma intención. Mientras tanto, los socialistas estaban empezando a hablar de huelga general. Portela, agotado, casi loco, sordo a los consejos, insistió en dimitir [4]. Calvo Sotelo declaró que todo estaba perdido. Entonces el presidente pidió a Azaña que formara gobierno. Esto era irregular, pero habida cuenta de los deseos de Portela de rehuir toda responsabilidad, no existía otra alternativa [5]. Los gobernadores civiles nombrados por Portela dimitieron simultáneamen-

[1] Esta era la situación de emergencia final prevista por la ley de Orden Público de 1933. Las otras dos situaciones previstas eran el «estado de prevención» y el «estado de alarma». En el primero se podían practicar arrestos preventivos. En el segundo podía haber censura y se podían clausurar organizaciones que «amenazaran al orden público». España había pasado en «estado de alarma» la mayor parte del año 1935.

[2] Gil Robles, pp. 491-492.

[3] El doctor Marañón se entrevistó con Franco en una cena celebrada en enero en la embajada española en París. Franco regresaba de Londres, donde había ido para representar a España en los funerales del rey Jorge V, en los que le correspondió desfilar detrás del malhadado mariscal Tukhachevsky, que representaba a Rusia. El médico intelectual y el general de la Legión pasearon por las orillas del Sena, y Franco afirmó que al cabo de pocas semanas todo estaría tranquilo en España. (Recuerdo del doctor Marañón.)

[4] Sobre Portela, véase Azaña, vol. IV, p. 718; y sobre Franco, George Hills, *Franco* (Londres, 1967), p. 212.

[5] Esta complicada serie de acontecimientos está bien explicada por Robinson (pp. 249-252 y notas). Véase también Azaña, vol. IV, pp. 563-572.



Se pide dinero a los judíos.—Para hacer estas trampas, Portela necesitaba mucho dinero, y los judíos extranjeros que odian a la Religión Católica y a España, enviaron sacos de dinero para lo que hiciese falta.

(Col. Luis Gasca.)



(Arch. Urbión.)

te, creando así un vacío que era necesario llenar con celeridad. El general Franco, junto con los generales Fanjul (últimamente subsecretario de Guerra en el ministerio de Gil Robles), Varela (el ex instructor de los carlistas), Emilio Mola, a quien Gil Robles ha-



(Ullstein Bilderdienst.)

La actitud abandonista de Portela viene dictada por el desconcierto y el temor; se ve protagonista de una situación de la cual no sabe cómo escapar. La especie de que recibe dinero (ni de judíos ni de nadie) es muy posterior, y calumniosa, a pesar de que durante la guerra su conducta va a ser igualmente extravagante. Los días 17 y 18, las masas se han apoderado de la calle mientras que derechistas y militares presionan sobre Portela. Franco es de los que apremian para que se proclame la ley marcial, pero el general Molero (abajo, izquierda), ministro de la Guerra, se opone, y considera suficiente el estado de excepción.

En algunos lugares se da libertad a los presos y se reponen ayuntamientos de izquierda. Comenta Azaña: «...el resultado es deplorable, parecen pagados por nuestros enemigos». El 21 se reúne la Diputación Permanente de las Cortes (anteriores), y con voto favorable de las derechas se concede la inmediata amnistía. En esta página, arriba, manifestación *organizada en Madrid, y abajo, familiares ante la cárcel Modelo de Barcelona. En la página de al lado, otra manifestación espontánea en la plaza de la Cibeles, en Madrid, y abajo, los* consellers *de la Generalitat aguardan su liberación.*



(Pyresa.)



(Pyresa.)

DIEGO MARTINEZ BARRIO (Sevilla, 1883-París, 1962)

Poco conocido en la España actual, Diego Martínez Barrio fue, sin embargo, una de las figuras más características de la época. Hijo de obreros —su padre era albañil, y su madre, vendedora del mercado—, supo encarnar mejor que nadie el espíritu de la república burguesa con el que se identificaban las clases medias. Autodidacta, orador brillante, con gran sentido de la moderación y el compromiso, su vida estuvo presidida por una completa dedicación a la causa de la República, en la que llegó a ocupar los cargos más destacados. Grado treinta y tres de la masonería, se mostró capaz de mantener buenas relaciones con personajes como Giménez Fernández. Candidato del Frente Popular en 1936, fue, sin embargo, señalado para presidente y ministro de la Guerra del gobierno de pacificación nacional que José Antonio Primo de Rivera ideaba en la prisión de Alicante.



(Keystone.)

bía dado el mando en Marruecos, Orgaz y Ponte decidieron no adoptar de momento ninguna medida contrarrevolucionaria, aunque todos lo estaban deseando.

Las cárceles abren sus puertas

Entretanto, el entusiasmo de los partidarios del Frente Popular no tenía límites. Una inmensa multitud se aglomeró ante el ministerio de la Gobernación, en Madrid, gritando: «¡Amnistía!» En Oviedo, los militantes del Frente Popular se adelantaron a los resultados de las elecciones y abrieron las cárceles, en las que se encontraban la mayor parte de los detenidos a raíz de la revolución de Asturias. También quedaron en libertad algunos delincuentes comunes. El primer acto de Azaña como jefe de gobierno fue la firma de un decreto de amnistía que se extendía a todos los presos políticos. Fueron liberados los



(Efe.)



(Jack Novak.)

socialistas y los dirigentes catalanes de 1934. Companys y sus consejeros salieron de la cárcel, siendo aclamados de nuevo como rectores de su ciudad, en medio de unas escenas de entusiasmo nunca vistas en las floridas Ramblas de Barcelona. Luego, el Tribunal de Garantías Constitucionales declaró ilegal la suspensión del Estatuto catalán. Companys formó un nuevo gobierno, igual que el de 1934, con la excepción del doctor Dencás, que prudentemente permaneció en el extranjero. Azaña también constituyó su gobierno con representantes de su propio partido, Izquierda Republicana, del partido de Martínez Barrio, Unión Republicana (Martínez Barrio pasó a ser presidente de las Cortes), y de la *Esquerra* de Companys. Amós Salvador, un viejo amigo de Azaña que había financiado la publicación literaria *La Pluma* que dirigiera Azaña en 1920, fue nombrado ministro de la Gobernación, nombramiento poco acertado en un momento angustioso para un ministerio ya de por sí difícil de llevar. Entre las caras conocidas de 1931-1933 se contaban la de Casares

Muy joven se afilió al Partido Radical. En 1910 fue elegido concejal del ayuntamiento sevillano. Siguiendo siempre los pasos de Lerroux, se mostró opuesto a la dictadura de Primo de Rivera, y aquél le introdujo en 1930 en el Comité Revolucionario, lo que le costó un corto exilio en Hendaya y París a raíz de la sublevación de Jaca. Tras la proclamación de la República, gracias siempre al apoyo de Lerroux, fue nombrado ministro de Comunicaciones y más adelante de Gobernación. El 8 de octubre de 1933 ocupó la presidencia del consejo de ministros, encargado de convocar las elecciones del 19 de noviembre.

Durante el bienio radical-cedista se encarga primero del Ministerio de la Guerra y luego del de Gobernación, donde su política liberal fue objeto de continuos ataques de la CEDA, lo cual, unido a la progresiva orientación derechista de su jefe político, Alejandro Lerroux, determinó su dimisión y, en definitiva, su separación de los radicales, formando, con otros disidentes del ala izquierda del partido, la Unión Republicana.

En las elecciones de 1936, obtuvo el triunfo dentro de la candidatura del Frente Popular en Madrid, y fue, a poca distancia de Besteiro, el segundo por número de votos. El 3 de abril fue elegido presidente de las Cortes por una abrumadora mayoría, y cinco días más tarde, tras la destitución de Alcalá Zamora, fue designado interinamente jefe de Estado hasta la elección de Azaña, el 10 de mayo.

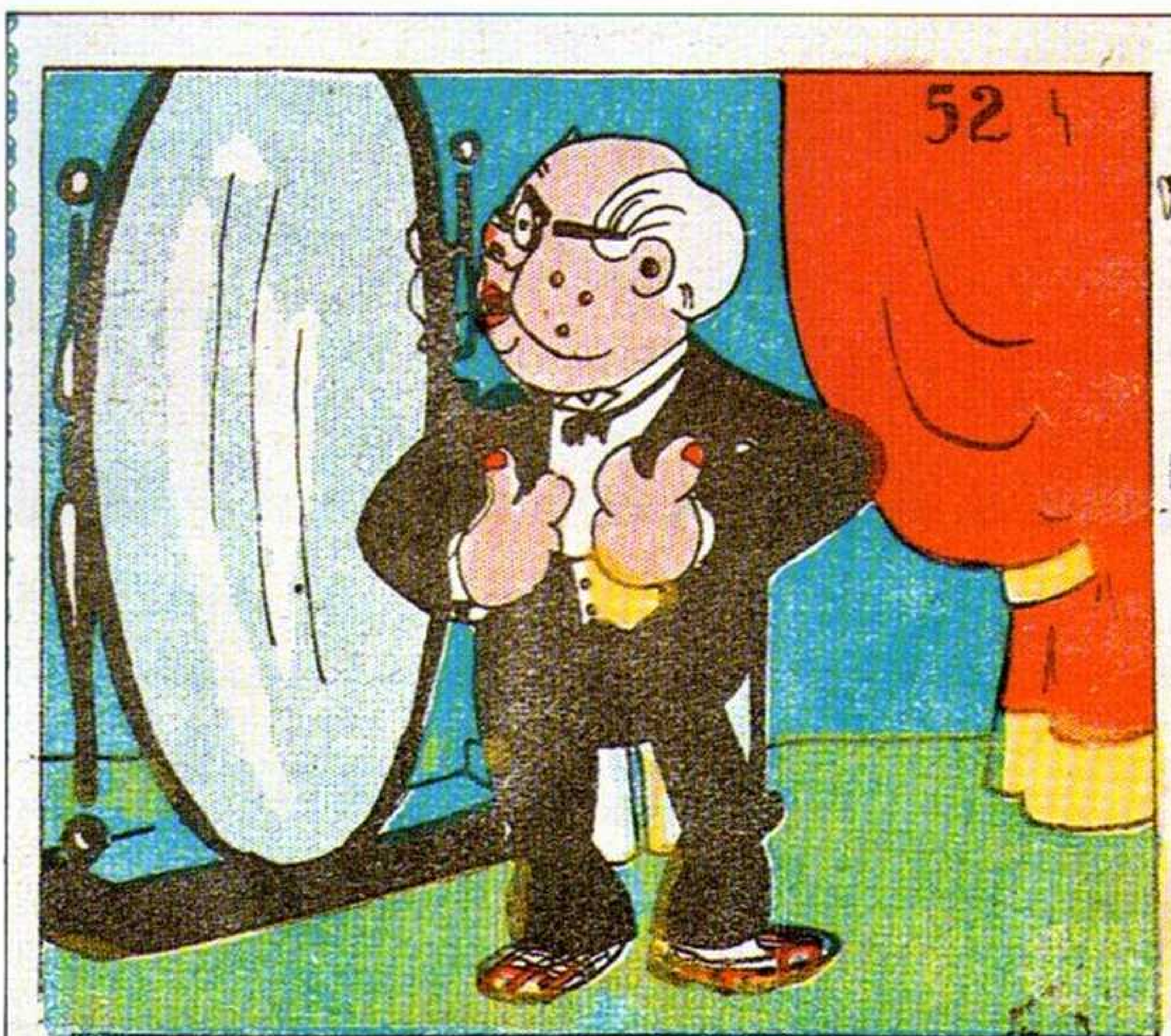
Al producirse el levantamiento del 18 de julio, Azaña le encarga formar gobierno. Tras una serie de contactos infructuosos con vistas a una conciliación, en los que incluso llega a telefonear al general Mola dos veces, renunció al día siguiente. Durante la guerra, además de presidir las Cortes en sus escasas reuniones, desempeñó una serie de tareas secundarias (presidente de la Junta Delegada del Gobierno para la región de Levante, presidente de la Junta de Ayuda a las poblaciones españolas, presidente del Comité de Reclutamiento del Ejército voluntario...) y presidió algunas delegaciones españolas al extranjero. Tras la caída de Barcelona pasó a Francia. A la dimisión de Azaña debía, como la vez anterior, haber asumido la presidencia de la República, pero se resistió, valiéndose de argumentos legalistas. En 1940 se trasladó a Cuba y luego a México. El 17 de agosto de 1945 fue nombrado presidente de la República en el exilio, estableciéndose en París a partir del 12 de marzo de 1946.

Quiroga en el ministerio de Obras Públicas, la de Marcelino Domingo en Instrucción Pública, y la de José Giral en Marina. El general Masquelet, que había sido destituido de su puesto de jefe de Estado Mayor en 1934 por demasiado progresista, fue nombrado ministro de la Guerra. Si se le hubiera pedido, Prieto habría entrado a formar parte del gobierno; pero Largo Caballero se opuso a prolongar aquella colaboración.

Azaña vuelve al poder

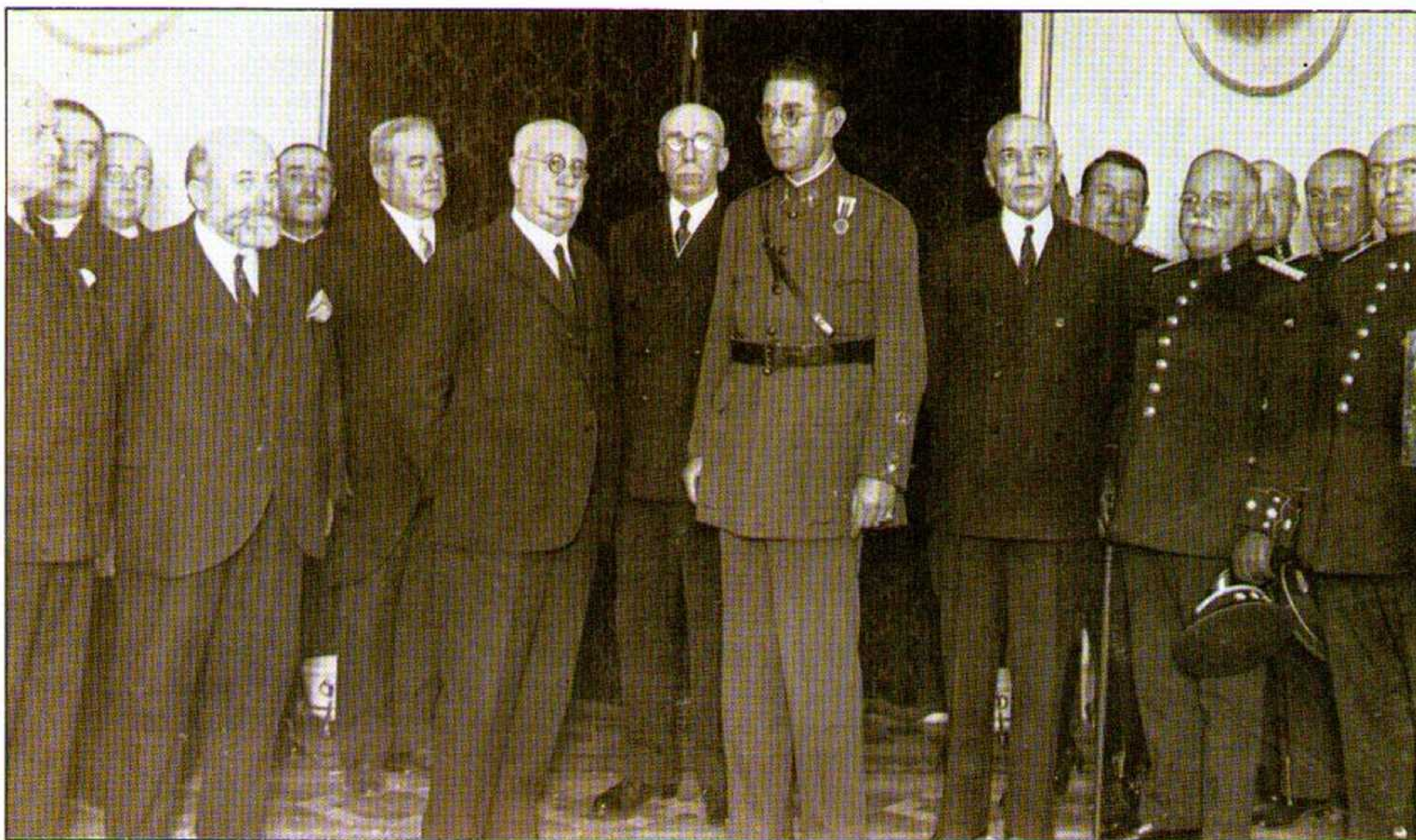
Azaña afrontó la perspectiva de su nuevo período de poder con el ánimo deprimido: «Siempre he temido que volviésemos al gobierno en malas condiciones. No pueden ser peores. Una vez más hay que segar el trigo en verde» [6]. Para sobrevivir, el gobierno tenía que depender de los socialistas, sus aliados en las elecciones. Así pues, el Frente Popular se mantuvo, pese a su escasa consistencia. Azaña y sus ministros iniciaron su nueva administración con un llamamiento a la tranquilidad. Mantuvieron el estado de alarma, con censura de prensa. Se nombraron nuevos gobernadores civiles en casi todo el país; la mayoría miembros del partido de Azaña. Muchos oficiales

[6] Azaña, vol. IV, p. 564.



(Col. Luis Gasca.)

Alcalá Zamora, que detesta a Azaña tanto como a Lerroux, se ve forzado a encargar a aquél la formación de nuevo gobierno. Como los socialistas se niegan a participar, componen el gabinete diez ministros de Izquierda Republicana, dos de Unión Republicana, un independiente y un militar, el general Masquelet. La misma tarde pronuncia Azaña por radio un discurso ponderado en el cual promete cumplir el programa del Frente Popular. Ocurre que del mismo forman parte socialistas de izquierda y comunistas..., y son ellos quienes desde la calle y desde los campos van a desbordar las intenciones del gobierno, obligado a contemporizar con sus electores. A Alcalá Zamora le llaman el «Botas» por usar este calzado, y a Azaña, el «Verrugas» (no berrugas) porque las tiene en el rostro, pero esos motes provienen más bien de la derecha.



(Pyresa.)

izquierdistas, o en cualquier caso republicanos, fueron destinados a los puestos críticos de las fuerzas de policía nacionales. Los generales Franco y Goded fueron destinados a puestos de mando de poca importancia en las Canarias y las Baleares, respectivamente. El gobierno también empezó a poner en práctica los acuerdos del pacto del Frente Popular. El Instituto de Reforma Agraria reanudó sus tareas. Se adoptaron medidas que eran consecuencia de los decretos de amnistía. Pero esto significaba que los patronos tenían que readmitir a los hombres que habían despedido después de las huelgas de 1934, y además indemnizarlos por los salarios perdidos. Al mismo tiempo tenían que mantener en sus puestos a quienes los habían reemplazado, o darles una indemnización.

El ministro de Educación volvió a los antiguos planes de 1931-1932 para sustituir la enseñanza de las órdenes religiosas por la estatal. En consecuencia bajó la peseta, y los grandes financieros empezaron a sacar su capital fuera del país, e incluso a marcharse ellos mismos [7]. En Asturias y en algunos otros sitios los propietarios abandonaron la explotación de las minas de carbón; el gobierno se hizo cargo de ellas, mediante una especie de nacionalización provisional, con la intención de traspasarlas a cooperativas de trabajadores al cabo de unos meses [8]. Mientras tanto, tuvo lugar la segunda vuelta de las elecciones: el Frente Nacional estaba en plena confusión, y la victoria final del Frente Popular fue muy destacada. El Tribunal de Garantías Constitucionales, además, falló a favor del Frente Popular en numerosos casos de impugnación de resultados electorales.

Se impone una lógica reorganización de los mandos militares, reorganización que, después y a la vista de los hechos, será censurada, sin considerar que no existían causas suficientes para proceder contra Franco, Goded o Mola por vía legal. El hecho de que la conspiración vaya a pasar por vías tan periféricas como Navarra, Baleares o Canarias, resulta ahora imprevisible. Emilio Mola Vidal (en el centro, con gafas) ha sido amnistiado en 1933, nombrado jefe de la Circunscripción Oriental en 1935, y el 5 de noviembre, jefe superior de las fuerzas de Marruecos. El Frente Popular le destina a la Comandancia de Pamplona; nadie imagina que llegue a entenderse con los carlistas.
La fotografía es de cuando ejercía el cargo de director general de Seguridad durante los últimos tiempos de la Monarquía.

[7] Juan March se fue el 16 de febrero.
[8] Tamames, p. 226.

Si la incapacidad para mantener el orden público ha sido uno de los fallos de la República, gobiernen las izquierdas o el centro-derecha, después de alcanzar el poder el Frente Popular el desorden domina la escena, entre otras cosas porque lo predican y practican organizaciones que forman parte de la coalición. Los falangistas acentúan la acción que llaman de «represalias», que no se sabe dónde principian y dónde terminan. La espiral de la violencia se acelera, y la nación se despeña hacia la guerra civil. Durante el desfile del 14 de abril, estallan unos petardos junto a la tribuna presidencial, y alguien dispara a bocajarro contra un paisano, que resulta ser Anastasio de los Reyes, alférez de la guardia civil. El entierro, protagonizado por compañeros del muerto, se convierte en manifestación tumultuaria y en pequeña batalla (fotografía de abajo). El resultado son seis muertos; uno de ellos por disparos del teniente de asalto, instructor además de las milicias socialistas, José Castillo... En la fotografía superior de la página contigua, una abanderada en una manifestación. En la de abajo, guardias de asalto en persecución de francotiradores.

La CEDA recusó estos fallos, se hicieron algunas enmiendas y se aplazaron hasta el mes de mayo cuatro elecciones. Estas disputas constitucionales agriaron aún más las relaciones entre los vencedores y los derrotados [9]. Sin duda se habían dado muchos casos de falsificación electoral.

Los asesinatos de la Falange

Pero estas dificultades eran pequeñas comparadas con otras amenazas a la ley y al orden que se estaban produciendo en España. A partir de las elecciones se extendió por toda la superficie del país un reguero de violencias, asesinatos e incendios provocados. Esto se debía, en parte, a la euforia de los socialistas y anarquistas al verse libres de la cárcel o, como mínimo, del gobierno de la CEDA y los radicales. También era obra consciente de la Falange, decidida a exacerbar el desorden en España para justificar la implantación de un régimen de «orden». Calvo Sotelo y Goicoechea culpaban de su derrota a la CEDA y al «estúpido apaciguamiento» de 1935. José Antonio Primo de Rivera seguía teniendo una actitud ambigua respecto a la violencia. El 21 de febrero había enviado una circular a los jefes locales de toda España: «Los jefes cuidarán de que por nadie se adopte actitud alguna de hostilidad hacia el nuevo gobierno, ni de solidaridad con las fuerzas derechistas derrotadas [...]. Nuestros militantes desoirán terminantemente todo requerimiento para tomar parte en conspiraciones, proyectos de golpe de

[9] Véase Robinson, pp. 256-257. Las cifras finales de los principales partidos fueron: Izquierda Republicana, 80; Unión Republicana, 37; Socialistas, 90; Comunistas, 16; *Esquerra*, 38; Centristas, 14; Radicales, 1 (!); Nacionalistas Vascos, 9; CEDA, 86; Agrarios, 13; *Lliga*, 13; Monárquicos, 11, y Carlistas, 8. (Tusell, vol. II, p. 187.)



(Alfonso. Madrid.)

Estado o alianzas de fuerzas de *orden»* [10]. Al parecer, durante un tiempo después de las elecciones había deseado llegar a un acuerdo con Prieto. ¿Estaría dispuesto Prieto a convertirse en el jefe de una «Falange socialista» unificada? Pero Prieto, a pesar de que se encontraba aislado en su propio partido, se negó a negociar [11], aunque, como tantos otros, encontrara personalmente simpático a José Antonio. A partir de entonces, a José Antonio le resultó imposible retener a sus seguidores, ya que éstos creían que se aproximaba su oportunidad: se contrataron pistoleros, incluidos algunos ex legionarios de Marruecos [12], y después de nuevos ataques a las izquierdas, José Antonio empezó a llegar a la conclusión —sin duda, de mala gana— de que sólo un alzamiento militar podía salvar a España. A finales de febrero de 1936, la Falange, probablemente, no llegaba a los 25.000 miembros, pero esto no alteraba para nada su poder de provocación [13]. Patrullando montados en sus automóviles, armados con ametralladoras, los «señoritos» de la Falange hacían todo lo posible para aumentar el desorden. «El Paraíso —les había dicho temerariamente José Antonio— no es el descanso. El Paraíso está contra el descanso [...]. En el Paraíso se está verticalmente, como los ángeles.» Muy bien, pensaron ellos; entonces, probémoslo. Pronto, los miembros de las JAP y otros jóvenes de derechas empezaron a pasarse a la Falange en tan gran número que a José Antonio Primo de Rivera le empezó a preocu-

[10] José Antonio, *Obras*, p. 1103.

[11] Zugazagoitia, pp. 7-8; Rodolfo Llopis en *Ibérica*, n.º 7 (Nueva York, 1957), pp. 4-6.

[12] Payne, p. 99 y referencias.

[13] Basándose en conversaciones con antiguos jefes provinciales y en otros datos, Stanley Payne ha sugerido la cifra de 8.700 como la más aproximada, refiriéndose a los militantes de «primera línea».



(Pyresa.)



(Alfonso, Madrid.)

par la posibilidad de que su movimiento perdiera su identidad [14]. En cuanto a las izquierdas, nuevamente se echaron a la calle las milicias y otras organizaciones paramilitares fundadas en 1933 ó 1934 y prohibidas (y encarcelados sus miembros) en 1934, creando un clima de intimidación de patronos, huelgas violentas en todo el país y un rápido aumento del miedo a la revolución. La mayoría de los militantes de la FAI y de la CNT seguían manteniéndose al margen del sistema. Continuaban creyendo que con una enciclopedia y una pistola pronto se verían libres de toda traba política. El declinar de la República los llenaba de la misma exuberante satisfacción que a los miembros de la Falange. Se cree que algunos de los pistoleros de ambos grupos llegaron a trabajar en común; especialmente contra los socialistas, que solían llamar a la Falange, con desprecio, la «FAI-lange» [15]. Mientras tanto, un día sí y otro no, destacados políticos peroraban en grandes mítines en plazas de toros o plazas públicas, y la preocupación política del país se manifestaba en la asombrosa cantidad de personas que asistían a estas reuniones. Las actuaciones de Largo Caballero eran particularmente inflamatorias.


(Pyresa.)

La posición de mesurado reformismo de Largo Caballero ha quedado atrás desde que ha cesado en el gobierno; ahora es el líder máximo de la izquierda revolucionaria. Aparte de su visión política del momento, presionan sobre su ánimo socialistas que han estado refugiados en la URSS como consecuencia de octubre, algunos de los cuales pertenecen ya al PCE, aunque se amparen en la antigua militancia, y las Juventudes Socialistas. Los comunistas, que tratan de absorber elementos de la base, halagan a Largo Caballero, proponen uniones, atacan a Prieto... El órgano caballerista Claridad *adopta posiciones extrademocráticas: sólo se piensa en implantar la dictadura del proletariado. La fusión de las Juventudes acabará con el ingreso del conjunto en la órbita comunista.*

Largo Caballero, el «Lenin español»

Durante las semanas posteriores a las elecciones de febrero, Largo Caballero se fue entusiasmando progresivamente con la perspectiva de la revolución. En parte le estimulaba lo que a él le parecían perspectivas reales de poder. En parte, tenía prisa. Y, por último, además, se rindió a los halagos de sus amigos del movimiento juvenil. Estos le llamaban «el Lenin español» [16]. El experimentado negociador sindical se dejó cautivar por este inapropiado nombre. Mientras los votos de su partido mantenían en el poder al gobierno de Azaña, Largo Caballero recorría España formulando declamatorias profecías de que la hora de la revolución estaba cerca, ante muchedumbres que le vitoreaban locamente. La política real de Largo Caballero era, sin duda, más moderada de lo que sugerían sus apocalípticos discursos. Cuando, finalmente, el poder llegó a sus manos en circunstancias muy diferentes —hay que reconocerlo—, Largo Caballero se mostró astuto, práctico, humano y poco imaginativo. Pero esto nadie podía preverlo. Por consiguiente, a partir de marzo de 1936 se planteó claramente la antigua disputa entre el ala del Partido Socialista que seguía a Largo Caballero y la que todavía seguía a Prieto. Prieto, todavía entonces, con-

[14] En junio, 15.000 miembros de las JAP se habían pasado a la Falange. Véase Gil Robles, p. 573.

[15] En 1934, José Antonio convenció a algunos seguidores del sindicalista Pestaña, tales como Nicolás Alvarez de Sotomayor (un inestable estudiante ex anarquista), para que entraran en la Falange, y corre la versión de que José Antonio a veces iba escoltado por pistoleros de la CNT en sus estancias en Barcelona (José de Castillo y Santiago Alvarez, *Barcelona, objetivo cubierto*, Barcelona, 1958, p. 133). Pero las negociaciones entre los sindicalistas y la Falange nunca pasaron de ahí.

[16] Según Stanley Payne, *The Spanish Revolution* (Nueva York, 1970), p. 108, el movimiento juvenil socialista empezó a aplicar este apodo a Largo Caballero en el verano de 1933.

trolaba la junta directiva del Partido Socialista y el periódico del partido, *El Socialista*. Y Largo Caballero dirigía la UGT, el nuevo periódico *Claridad*, el movimiento juvenil y los socialistas de Madrid. Pero a pesar de los numerosos y excelentes discursos de su líder, los prietistas estaban a la defensiva. Los caballeristas olían la victoria y esperaban que les vendría de la calle. Los jóvenes socialistas usaban fraseología comunista, despreciaban a Prieto por su reformismo y su discreta huida a Francia en la época de Asturias, y creían que el futuro era suyo. La marea de «caballerismo» revolucionario subió mucho a principios de 1936, impulsando a los jóvenes socialistas urbanos para que vieran en «la revolución» la única manera de ayudar a los trabajadores agrícolas [17].

La derecha cierra filas

Así pues, mientras las izquierdas estaban esperanzadas y desunidas, las derechas y el resto del centro empezaron a hacer causa común durante la primavera de 1936. Impelidos por el miedo común a que la creciente ola de izquierdismo inundara a la sociedad española, los miembros de la CEDA, los oficiales del ejército, los

[17] Ahora la UGT tenía un millón y medio de miembros. La mitad eran trabajadores rurales. Bastante más de la mitad del resto eran obreros industriales o mineros. El resto eran administrativos, «intelectuales» o tenderos. Más tarde, Madariaga, en un famoso pasaje (*Spain*, p. 223), sostuvo que la lucha entre las dos alas del Partido Socialista había hecho inevitable la guerra civil.

En los primeros días de mayo se celebra en Zaragoza un congreso extraordinario de la CNT. La actuación confederal durante la etapa anterior es sometida a juicio, se señalan las bases mínimas para una colaboración estrecha con la UGT, se definen puntos doctrinales y programáticos y se reincorpora a los treintistas. *En el órgano barcelonés la* Soli *se da cuenta del gran mitin con que se cierran los actos del congreso y la afluencia de militantes de toda España. Abajo, derecha, una pieza documental: el acta de diputado correspondiente a Largo Caballero.*



SOLIDARIDAD OBRERA

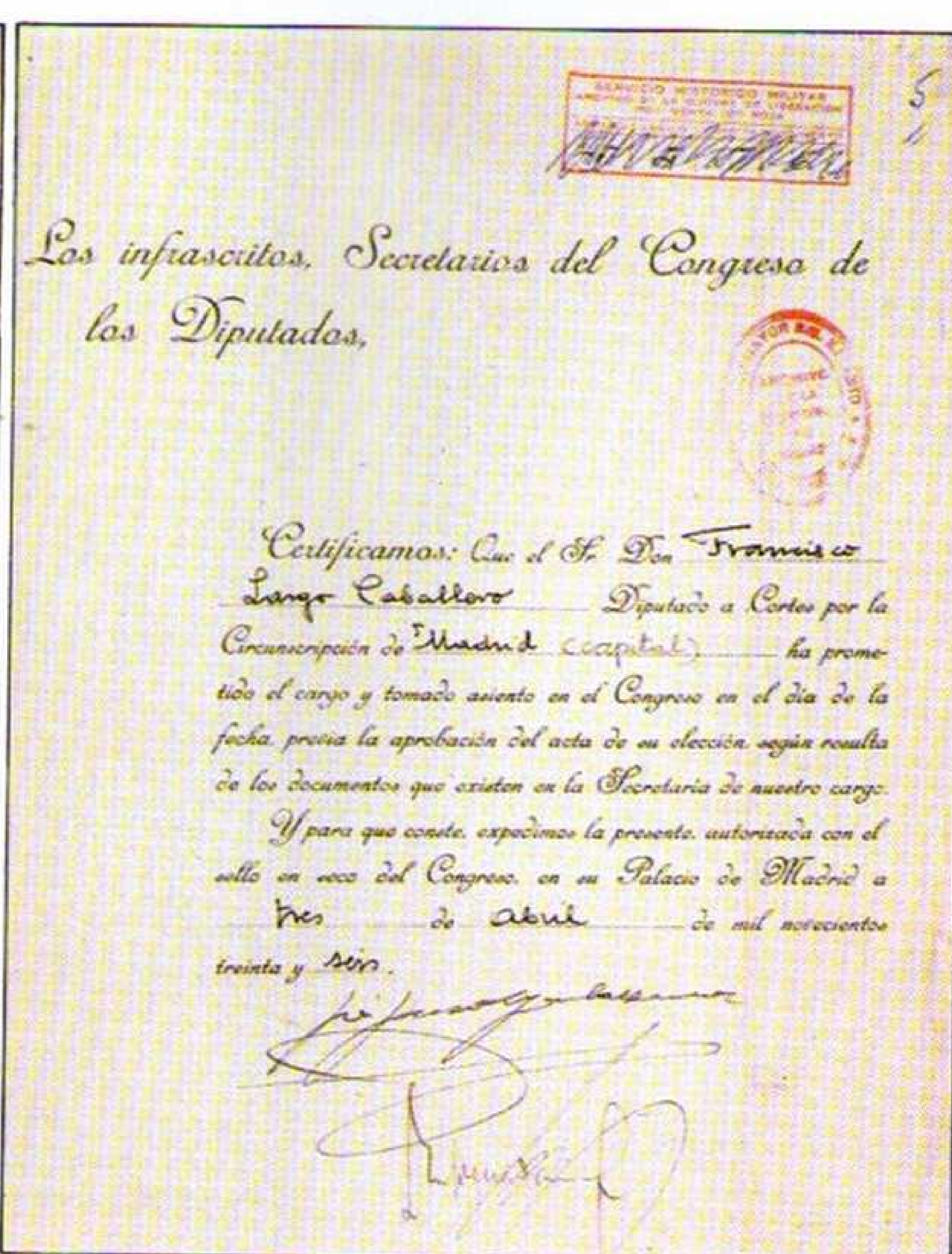
AIT

Zaragoza invadida por una formidable multitud proletaria, que acudió desde diversas regiones al mitin de clausura del Congreso de la C. N. T.

La presencia emocionante y entusiasta de la gran masa trabajadora, equivale a una ratificación plebiscitaria de los acuerdos adoptados en el magno comicio confederal

EL GRAN MITIN NACIONAL

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)



Los infrascritos, Secretarios del Congreso de los Diputados,

Certificamos: Que el Sr. Don Francisco Largo Caballero Diputado a Cortes por la Circunscripción de Madrid (capital) ha prometido el cargo y tomado asiento en el Congreso en el día de la fecha, previa la aprobación del acta de su elección, según resulta de los documentos que existen en la Secretaría de nuestro cargo.

Y para que conste, expedimos la presente, autorizada con el sello en seco del Congreso, en su Palacio de Madrid a tres de abril de mil novecientos treinta y seis.

(Serv. Histórico Militar.)



(Pyresa.)

Luis Lucia, que, a pesar de su procedencia carlista, se ha convertido en uno de los dirigentes moderados de la CEDA.

carlistas, los monárquicos, la media y la alta burguesía, e incluso los seguidores radicales de Lerroux, identificaron al gobierno de Azaña con el de Kerensky anterior a la aparición de los bolcheviques, en la Rusia de 1917. Pero el hecho de que todos ellos estuvieran en la oposición mantuvo una alianza que habría sido imposible si hubiesen ganado las elecciones. Tan pronto como el Frente Popular llegó al poder, la mayoría de los que habían sido radicales, o habían votado por los radicales, en 1931 ó 1933, apoyaron tácticamente a las derechas. La CEDA seguía siendo el partido que contaba con más escaños en las Cortes. Pero su fracaso a la hora de conseguir una victoria clara hizo pensar a muchos de sus anteriores votantes que se había malogrado aquel experimento de democracia cristiana. El lugar de Gil Robles como jefe de la clase media española fue ocupado por Calvo Sotelo, hombre de menos escrúpulos, que se convirtió en el principal portavoz de la oposición cuando se volvieron a reunir las Cortes. Gil Robles se daba cuenta de cuál era la postura de Azaña. Pensaba que los socialistas no tardarían en volverse contra él. «No creo que el gobierno vaya a permitir que le desborden, y todos estamos dispuestos a ayudarle para que esto no ocurra», dijo a su consejo nacional en marzo. La CEDA anunció sus condiciones para «cooperar» con el gobierno: disolución de todas las milicias, un programa de reconstrucción económica que pudieran apoyar las derechas y el cese de las campañas contra las escuelas católicas. Naturalmente, él y sus seguidores continuarían

¿Por qué aplauden a los guardias? ¿Se trata de gentes de orden *o, por el contrario, de izquierdistas? ¿Adónde van o de dónde vienen estos guardias?*

(Alfonso. Madrid.)

en las Cortes [18]. Pero entonces las Cortes no parecían ofrecer grandes esperanzas. Un grupo de la CEDA, como mínimo, la derecha valenciana (DRV, Derecha Regional Valenciana), apoyaba abiertamente la idea de una insurrección armada, en contra de la opinión del moderado jefe de este grupo, el inestable Luis Lucia, vicepresidente de la CEDA.

La conspiración antirrepublicana, medio monárquica, medio militar, que tenía raíces hacía ya tanto tiempo, volvía a tomar forma. Algunos generales habían pensado en intervenir durante las elecciones. Generales como Fanjul, Ponte, Orgaz, Goded, Barrera y González Carrasco llevaban reuniéndose regularmente desde que Gil Robles había salido del Ministerio de la Guerra. Desde enero de 1936, estos generales estaban en contacto con una organización militar derechista llamada Unión Militar Española, una junta de oficiales jóvenes creada en 1933 para «mantener el auténtico patriotismo» dentro del ejército. Los dirigentes de este grupo probablemente eran mejores conspiradores que militares. Sus actividades habían inspirado a un contragrupo, Unión Militar Republicana Antifascista, creada en 1934 y organizada por un capitán socialista, Díaz Tendero [19]. El «exilio» del general Franco a las Canarias y de Goded a las Baleares se había llevado a efecto con la intención de relegar a lugares inofensivos a los sospechosos de traición a la República; pero, al mismo tiempo, el general Mola, que antes estaba en Marruecos, había sido trasladado a Pamplona, la capital de Navarra y centro del carlismo.



(Pyresa.)

La victoria electoral ha despertado oleadas incontenibles de entusiasmo, y hasta que los presos son puestos en libertad se multiplican las manifestaciones exigiendo la amnistía. El Socialista *ha publicado en primera página: «Después de la victoria, una sola demanda: el poder.» La alarma ha cundido entre los derrotados; Azaña ha contribuido a calmar los ánimos. Primo de Rivera escribe un artículo en el cual, después de congratularse de la derrota derechista, pone sus esperanzas en las posibilidades que se le ofrecen a Azaña.*
Pero los desórdenes en las ciudades y en el campo, la agresividad de las izquierdas en la Comisión de Actas, la readmisión de los represaliados de Asturias sin atender a si alguno ha cometido delitos de sangre, extreman aún más las posiciones, ya de por sí violentas. La buena voluntad de algunos políticos, que ante la inminencia de la tragedia tratan de hallar soluciones, resultará estéril.

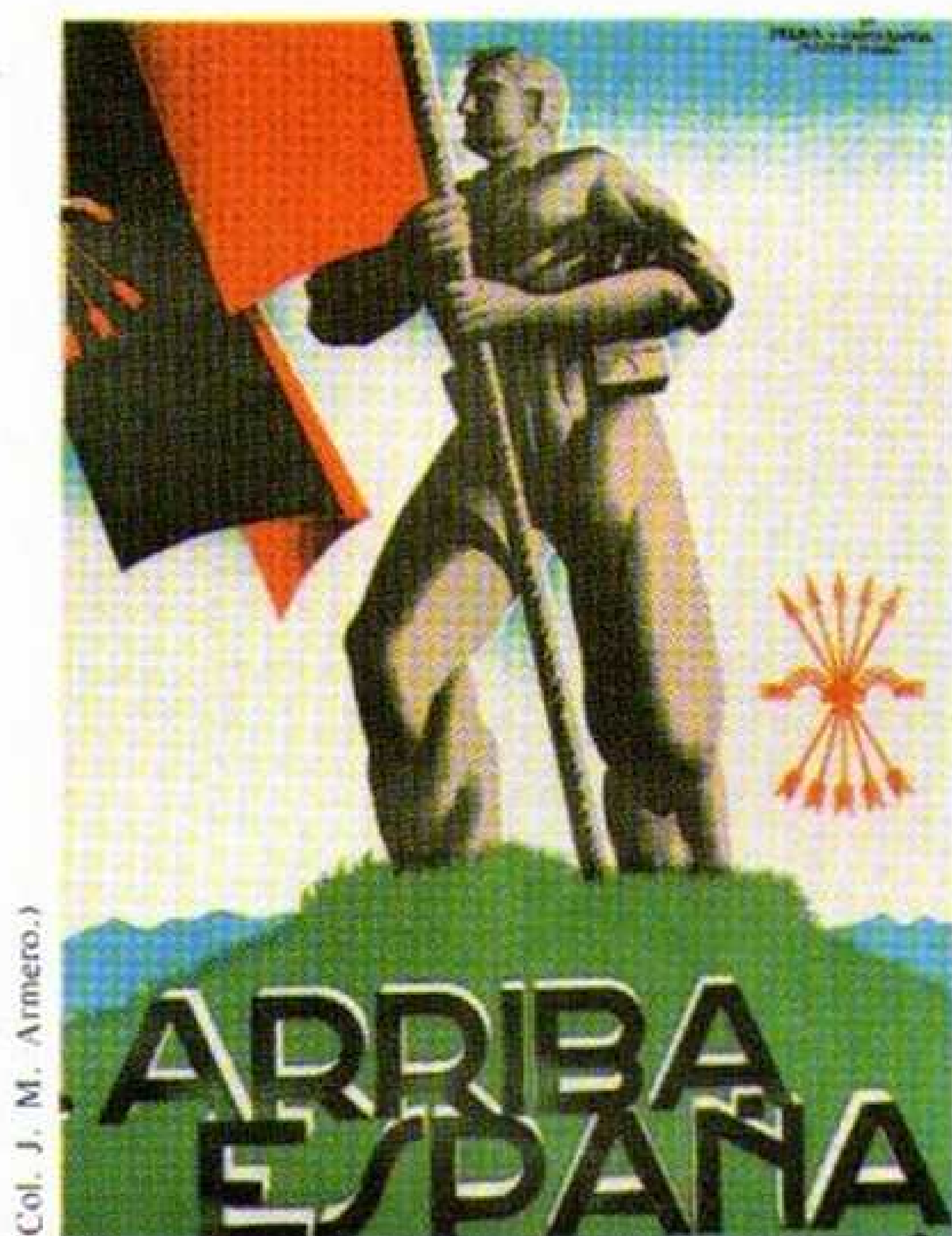
Se prepara el alzamiento militar

Antes de ocupar sus nuevos puestos, estos generales celebraron una reunión el 9 de marzo en casa de José Delgado, un empresario católico [20]. Decidieron que apoyarían un alzamiento militar, probablemente dirigido por Sanjurjo, si el presidente entregaba el poder a

[18] *El Debate*, 6 de marzo de 1936. Véase Robinson, pp. 253-254.

[19] El primer presidente de la UME fue el comandante Bartolomé Barba, un ex miembro del equipo de Azaña a quien ahora tenía un odio obsesivo; al parecer fue él quien inventó la calumnia de que, cuando lo de Casas Viejas, en 1933, Azaña había ordenado a los guardias de asalto que dispararan «a la barriga» de los anarquistas. El vicepresidente era el coronel Rodríguez Tarduchy, un conspirador de 1932. Pero la dirección nacional de la UME nunca fue importante: estaba descentralizada. La UME había tenido contactos con la Falange y con los conspiradores centristas y monárquicos a partir de 1934. Al principio, la UME en realidad no era antisocialista; había sido un grupo de presión de los oficiales, que más tarde había caído bajo el control de las derechas. Se ha exagerado su importancia. La UMRA fue fundada por el coronel Ernesto Carratalá, el comandante José María Enciso, el mecánico naval Rodríguez Sierra y el capitán Palacio. Ninguno de éstos era muy importante, pero más tarde ingresaron dos generales (Núñez de Prado y Gómez Caminero) y varios coroneles. Díaz Tendero, un oficial que había ascendido a partir de la tropa y se sentía frustrado porque no podía pasar de capitán (según las ordenanzas), era el nervio de la organización. El comunista Modesto dice que en Madrid había más de 200 oficiales que pertenecían a la UMRA (Modesto, p. 13). En realidad era una fusión de la UMR y la UMA (Unión Militar Republicana y Unión Militar Antifascista), y quizá tuviera algunas vinculaciones con asociaciones similares fundadas antes de 1931.

[20] Nadie está de acuerdo en quiénes estuvieron allí ni en qué fue exactamente lo que se dijo. Se señala que estuvieron presentes los generales Franco, Orgaz, Villegas, Barrera, Fanjul, Ponte, Saliquet, García de la Herrán, Varela y González Carrasco, además de Goded y Mola.



(Col. J. M. Armero.)

Largo Caballero, si se disolvía la guardia civil o si la anarquía dominaba al país. Los generales Varela y Orgaz deseaban un levantamiento inmediato. Mola se comprometió a dirigir la sublevación en el norte de España; a los generales Saliquet y Goded se les pidió que se encargaran de Cataluña y Valencia. Parece ser que Franco, requerido para que encabezara la rebelión, contestó que era preferible que lo hiciera Sanjurjo, en vista del mayor prestigio y edad de éste [21].

Los generales que se quedaron en Madrid constituyeron un comité organizador. Antes de salir para Canarias, Franco habló con Azaña y le previno claramente contra los peligros del comunismo. Azaña quitó importancia a la idea [22]. El 13 de marzo, Franco coincidió con José Antonio en una reunión en casa de su cuñado, Serrano Súñer, pero no se decidió nada. Franco habló de asunto menores, dejando decepcionado a José Antonio: «Mi padre —dijo éste—, con todos sus fallos, era otra persona. Tenía humanidad, decisión y nobleza. Pero estas gentes...» [23].

[21] B. Félix Maíz, *Alzamiento en España* (Pamplona, 1952), p. 50; José María Iribarren, *Mola* (Zaragoza, 1938), p. 44. Para los recuerdos de Franco, véase Franco Salgado, pp. 227 y 536.

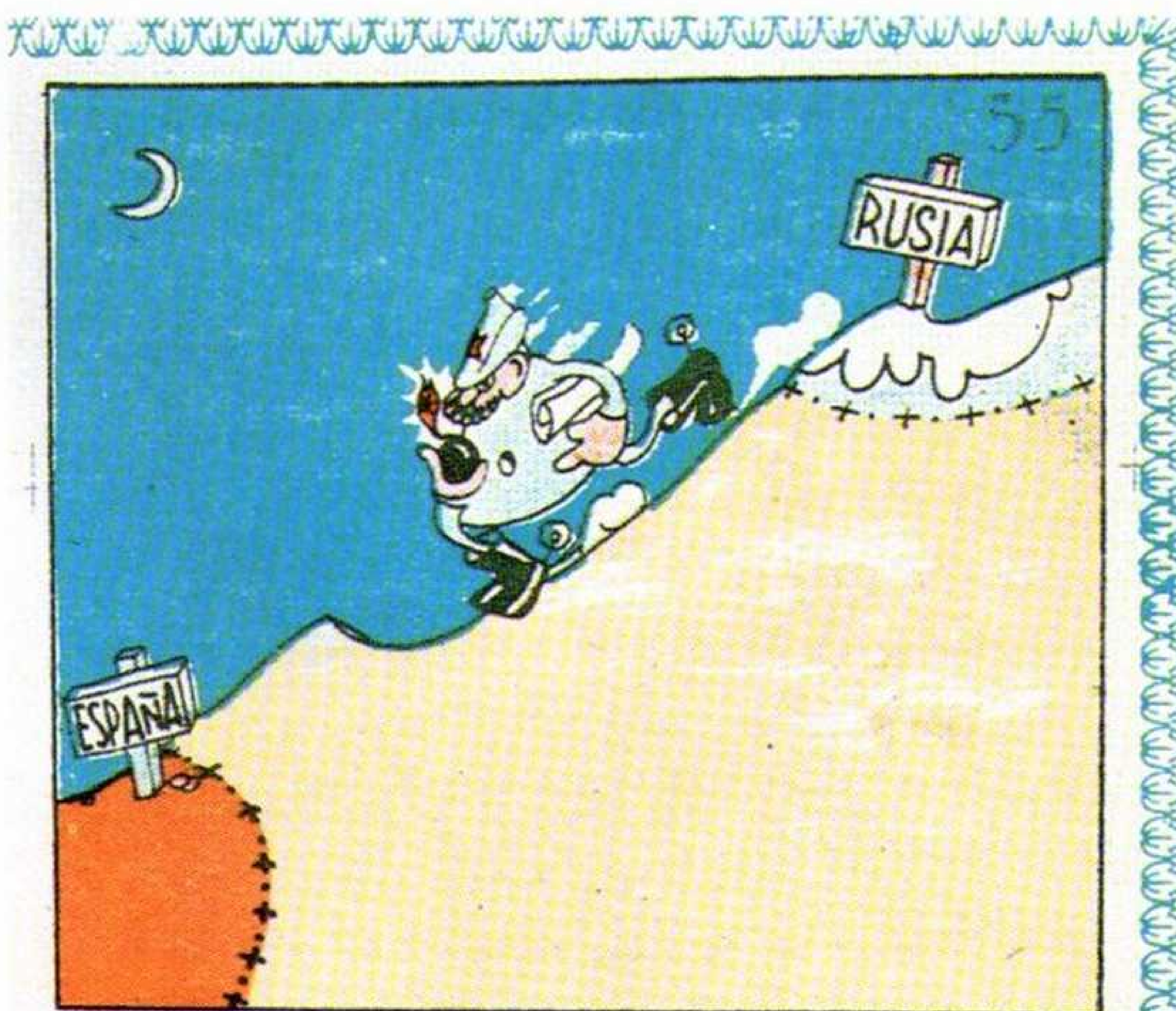
[22] Este diálogo fue muy curioso. Franco dijo: «Hacen ustedes mal en alejarme, porque yo en Madrid podría ser más útil al ejército y a la tranquilidad de España». Azaña contestó: «No temo a las sublevaciones. Lo de Sanjurjo lo supe y pude evitarlo, pero preferí verlo fracasar». (*Cruzada*, IX, p. 468.)

[23] Joaquín Arrarás, *Franco* (Madrid, 1939), pp. 186-187; Serrano Súñer, *Memorias*, p. 56.

Ossorio y Gallardo condena el número y naturaleza de las huelgas que proliferan arbitrariamente y se lamenta de que sean los socialistas quienes las desencadenan, con quebranto de la economía y de la estabilidad democrática, y añade: «El Frente Popular salió para combatir el fascio. Por el camino que van las cosas no habrá en España más fascio que el engendrado y amamantado por el Frente Popular.» Las despobladas filas de Falange están creciendo por los que acuden a alistarse procedentes de las JAP, por quienes creen que la respuesta parlamentaria de la CEDA resulta inoperante. El gobierno clausura los centros de Falange, encarcela a Primo de Rivera y a casi todos los dirigentes, pero la violencia, desatada, no se frena. Las Juventudes Socialistas, militarizadas, se entrenan y arman. No sólo entre socialistas y falangistas se plantea la lucha: hay choques entre guardias y campesinos, entre la CNT y la UGT, entre comunistas y quien sea, se pelean los socialistas entre sí.

El cartel falangista está editado durante la guerra; antes, la propaganda mural es escasa y elemental.

A los niños, en la viñeta de abajo, se les explicarán las cosas arbitrariamente, pero en este caso la afluencia de agentes del Komintern parecería dar a los autores un punto de razón.



Rusia envía órdenes concretas.— Cuando los comunistas rusos vieron el rumbo que tomaban las cosas en España, dijeron: «Esta es la nuestra»; y el día 27 de febrero enviaron un documento a los revolucionarios españoles, explicándoles el modo de hacer la guerra a los buenos.

(Col. Luis Gasca.)


(Efe.)

Franco sugirió a José Antonio que se pusiera en contacto con el coronel Yagüe, de la Legión Extranjera. Pero, al parecer, la conversación se inscribía en el contexto de la búsqueda, por parte de José Antonio, de una figura en torno a la cual unir a España, más que en el deseo de apuntarse a una conspiración. Mientras tanto, los carlistas, con unos 10.000 hombres entrenados, armados y ya bajo las órdenes de una Junta Militar Suprema, se esforzaban por convencer al general Sanjurjo, que en febrero había visitado Alemania para que se le garantizara una fuente de suministro de armas, pero los alemanes no parecieron muy deseosos de comprometerse; todavía esperaban hacer una importante venta de armas al gobierno español [24]. Después de esta momentánea contrariedad, Sanjurjo se aproximó cada vez más a los carlistas: éstos le recordaron que su padre, capitán del ejército de «Carlos VII», había muerto heroicamente en el campo de batalla. También le recordaron a su abuelo, el general Sacanell, carlista. Sanjurjo era un sen-

Franco, de paso por Madrid para embarcar en Cádiz hacia su nuevo destino en Canarias, se entrevista con algunos generales; no se toman acuerdos, más bien se intercambian propósitos de oponerse por la fuerza en el caso, por demás improbable, de que el poder sea entregado a Largo Caballero o a los comunistas. En Canarias mantiene, al parecer, una cierta relación con Mola, que le informa de la marcha de la conspiración. Lo que hace es asegurarse entre los oficiales de la guarnición una fidelidad personal basada en su prestigio militar. En la fotografía, jefes y oficiales reunidos con Franco después de unas maniobras en el monte de la Esperanza, en la isla de Tenerife.

[24] Véase una nueva descripción de la visita de Sanjurjo en el meticuloso libro de Angel Viñas *La Alemania nazi y el 18 de julio* (Madrid, 1974). Pero en San Juan de Luz, el príncipe Francisco Javier de Borbón Parma, presunto heredero del anciano pretendiente carlista, don Alfonso Carlos, presidía un comité de guerra. Este comité compró 6.000 fusiles, 150 ametralladoras pesadas, 300 ametralladoras ligeras, 5.000.000 de cartuchos y 10.000 granadas de mano. De todo esto, sin embargo, sólo unas cuantas de las ametralladoras, compradas en Alemania, llegaron a España antes de julio de 1936. El resto fue confiscado en Amberes y la intervención del príncipe Francisco Javier ante su primo el rey de los belgas no pudo evitarlo (*Cruzada*, XIII, p. 447).



(Col. Luis Gasca.)

Semanario infantil del principio de la guerra y anterior a la Unificación; Flechas *es el nombre con que se designará a los niños encuadrados en Falange.*

Sanjurjo con un grupo de amigos, en los días que fue amnistiado por el gobierno de centro-derecha. Ahora se perfila como jefe, más simbólico y político que militar, de la conspiración que inicia su andadura.

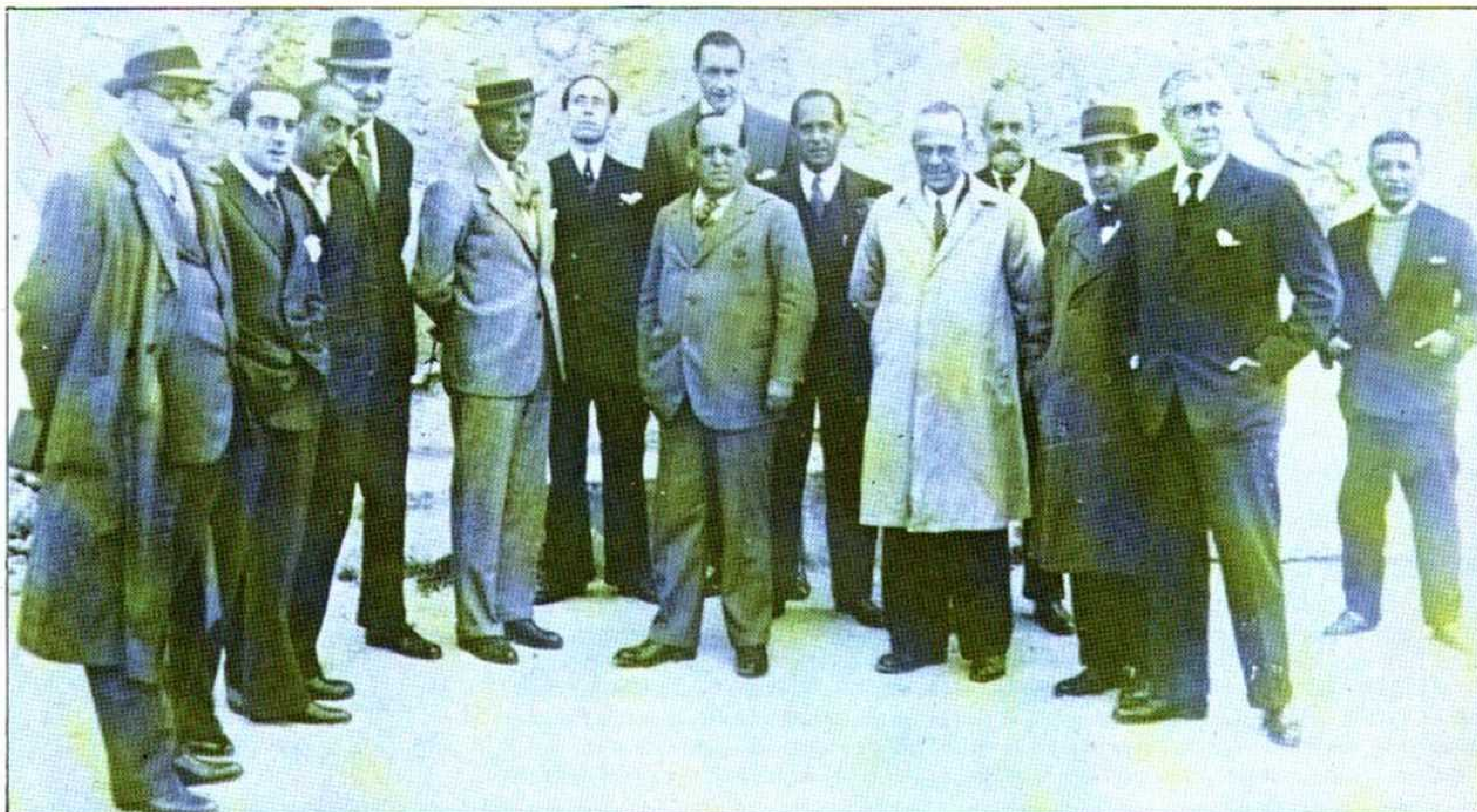
timental y las continuas visitas que le hicieron en estos meses los jefes carlistas ablandaron su corazón. Un día llegó el dirigente carlista Fal Conde personalmente, con su hijo Pepito vestido de requeté. ¡Cómo lloró el viejo general! Se sintió carlista hasta la médula de los huesos [25]. Sin embargo, el comité de generales de Madrid estaba haciendo planes por su cuenta, bajo la dirección del general Rodríguez del Barrio. Se hizo un proyecto de golpe de Estado para el 17 de abril. Rodríguez del Barrio, Orgaz y Varela se alzarían en Madrid; Villegas, en Zaragoza; Fanjul, en Burgos; Ponte y Saliquet, en Valladolid; y González Carrasco, en Barcelona. El alzamiento sería «por España», sin un objetivo político específico. Después de la victoria, los generales se ocuparían de «la estructura del régimen, símbolos, etc.» [26].

Los conspiradores no sabían si avanzar sobre Madrid desde las provincias, o si concentrarse en Madrid y luego aplastar a las provincias, quizá con la ayuda, en cualquiera de ambos casos, de Mola, Goded y Franco, en Pamplona, Palma de Mallorca y Las Palmas, respectivamente. Sanjurjo sería el comandante en jefe titular.

Debililidad del gobierno frentepopulista

Mientras los militares, por fin, empezaban a decidir qué era lo que querían, el gobierno parecía cada vez más incapaz de mantenerse. Además, su libertad de acción estaba limitada porque necesitaba

[25] Lizarza, p. 59.
[26] Testimonio del general González Carrasco en 1946, citado en La Cierva, *Historia ilustrada*, pp. 225-230.



(Popperfoto.)

los votos de los socialistas para mantenerse en el poder. De manera que pudo cerrar las oficinas centrales de la Falange en Madrid, el 27 de febrero, pero no podía hacer nada contra la juventud socialista. Y hay que reconocer que varios ministros no tenían la más mínima intención de hacer nada contra ésta. Azaña podía acariciar la idea de un gobierno de centro, pero el Frente Popular, que él dirigía, parecía cada vez más, tanto en Madrid como en las capitales de provincia, el instrumento de la izquierda socialista revolucionaria. Día tras día mantenían la tensión noticias de un asesinato aquí, un linchamiento frustrado allí o el incendio de una iglesia, un convento o la redacción de un periódico en alguna capital de provincia. El 15 de marzo (como consecuencia de haber colocado una bomba un falangista en el domicilio de Largo Caballero después de un ataque contra Jiménez de Asúa), José Antonio fue detenido, nominalmente bajo la acusación de llevar armas sin licencia [27]. Esto dejó sin jefe a su organización, y eliminó su influencia moderadora. Al parecer, antes de su arresto, Azaña mandó llamar a José Antonio y le sugirió que abandonara el país. «No puedo», contestó José Antonio. «Mi madre está enferma.» «Pero su madre murió hace muchos años», replicó Azaña. «Mi madre es España —dicen que repuso José Antonio— y no puedo abandonarla.» Eduardo Aunós, ministro de Trabajo en tiempos de Primo de Rivera, también le propuso que huyera del país. «Ni pensarlo —contestó José Antonio—, la Falange no es un partido de conspiradores al viejo estilo, con sus dirigentes seguros en el extranjero.»
El secretario general del partido, Raimundo Fernández Cuesta, amigo de la infancia y abogado colega de José Antonio, era demasiado débil para sustituir eficazmente al jefe encarcelado. En adelante la Falange recibió órdenes de José Antonio desde la Cárcel Modelo de Madrid. Pero la cadena de mando se había roto.

La situación en el campo

Una semana más tarde, la República recibió un golpe desde la izquierda, semejante al de Casas Viejas. A pesar del nuevo ímpetu dado a la reforma agraria, muchos campesinos sin tierra que habían votado por el Frente Popular consideraban que el ritmo era demasiado lento. El conflicto estalló en los latifundios de Extremadura, región políticamente incandescente desde 1931. La tensión fue exacerbada por las fuertes lluvias del invierno que habían retrasado el trabajo de labranza. El paro agrícola iba en aumento, y durante la campaña electoral, e inmediatamente después de la misma, grandes cantidades de parados habían ingresado en la FNTT o en la CNT. A principios de marzo, los campesinos empezaron a ocupar uno o dos grandes latifundios, anticipándose a la reforma agraria, pero prescindiendo de los planes del Instituto respecto a los pueblos afectados. El nuevo ministro de Agricultura, Mariano Ruiz Funes, profesor de Derecho, viendo cómo evolucionaba el ambiente, trató de acelerar la colonización en Extremadura, utilizando la

[27] Ximénez de Sandoval, p. 520.



(Popperfoto.)

LUIS JIMENEZ DE ASUA (Madrid, 1889-Buenos Aires, 1970)

Jurista y político español. Estudiante aprovechado desde su niñez, cursó Derecho en la Universidad de Madrid, ampliando estudios en Berlín, Ginebra y París antes de la primera guerra mundial. En 1918 ganó por oposición la cátedra de Derecho Penal de la Universidad Central. Fue profesor de la Escuela de Criminología y miembro de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.
Afiliado desde joven al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), en 1931 fue elegido diputado a las Cortes Constituyentes por Granada. Una de las tareas más urgentes de las primeras Cortes republicanas fue la redacción de la Constitución de 1931, encargada en un principio (mayo de 1931) a una comisión de juristas. Las dilaciones en que ésta incurrió llevaron al Congreso a constituir, a finales de junio, una comisión parlamentaria presidida por Jiménez de Asúa, que en veinte días tuvo listo un anteproyecto de Constitución compuesto de diez títulos y 121 artículos.
La más avanzada de las constituciones españolas fue promulgada el 9 de diciembre de 1931, tras su aprobación parlamentaria por 368 votos. La intervención de Jiménez de Asúa en todo el proceso fue de gran importancia.
En diciembre de 1931 Asúa rechazó enérgicamente en un mitin la acusación de «socialfascistas» lanzada por el PCE contra el PSOE, lo que no le impidió, en abril de 1933, formar parte de la Asociación de Amigos de la Unión So-

viética. Intervino también activamente en la elaboración del Estatuto de Cataluña, promulgado el 15 de septiembre de 1932. En las elecciones de 1933 fue elegido diputado por Madrid y en 1934 defendió brillantemente a los dirigentes implicados en los sucesos revolucionarios de octubre, logrando la absolución de su correligionario Largo Caballero. Su defensa de los miembros de la Generalitat de Cataluña no logró el mismo feliz resultado. Reelegido diputado por Madrid en las elecciones de febrero de 1936 que dieron el triunfo al Frente Popular, Asúa fue elegido vicepresidente primero de las Cortes al abrirse la nueva legislatura. En marzo de 1936, al salir de su casa, un grupo de pistoleros del Sindicato Español Universitario (SEU), en represalia por el asesinato de dos de sus miembros, abrió fuego contra Asúa, que resultó ileso al tirarse rápidamente al suelo. El policía que le escoltaba murió acribillado. Asimismo fue objeto de otras agresiones en la propia Facultad de Derecho.

Acostumbrado a la exposición académica, Jiménez de Asúa no llegó nunca a librar sus intervenciones parlamentarias de cierto engolamiento, del que Azaña se hizo eco repetidas veces en sus Memorias, aludiendo a su tono «redicho» y «pedantísimo» y a su costumbre de «triplicar las erres», aunque reconociendo siempre su competencia en los temas jurídicos.

Durante la guerra civil fue ministro plenipotenciario en Checoslovaquia.

Derrotada la República, se exilió a Buenos Aires. Su gran prestigio como penalista le llevó de nuevo a la enseñanza de esta materia y a la dirección del Instituto de Altos Estudios Jurídicos y del Instituto de Criminología de la Universidad de La Plata. Su labor docente en Argentina ha sido una de las más fecundas y destacadas de la España exiliada, pues ya antes de la guerra civil su autoridad en Derecho Penal había traspasado las fronteras españolas.

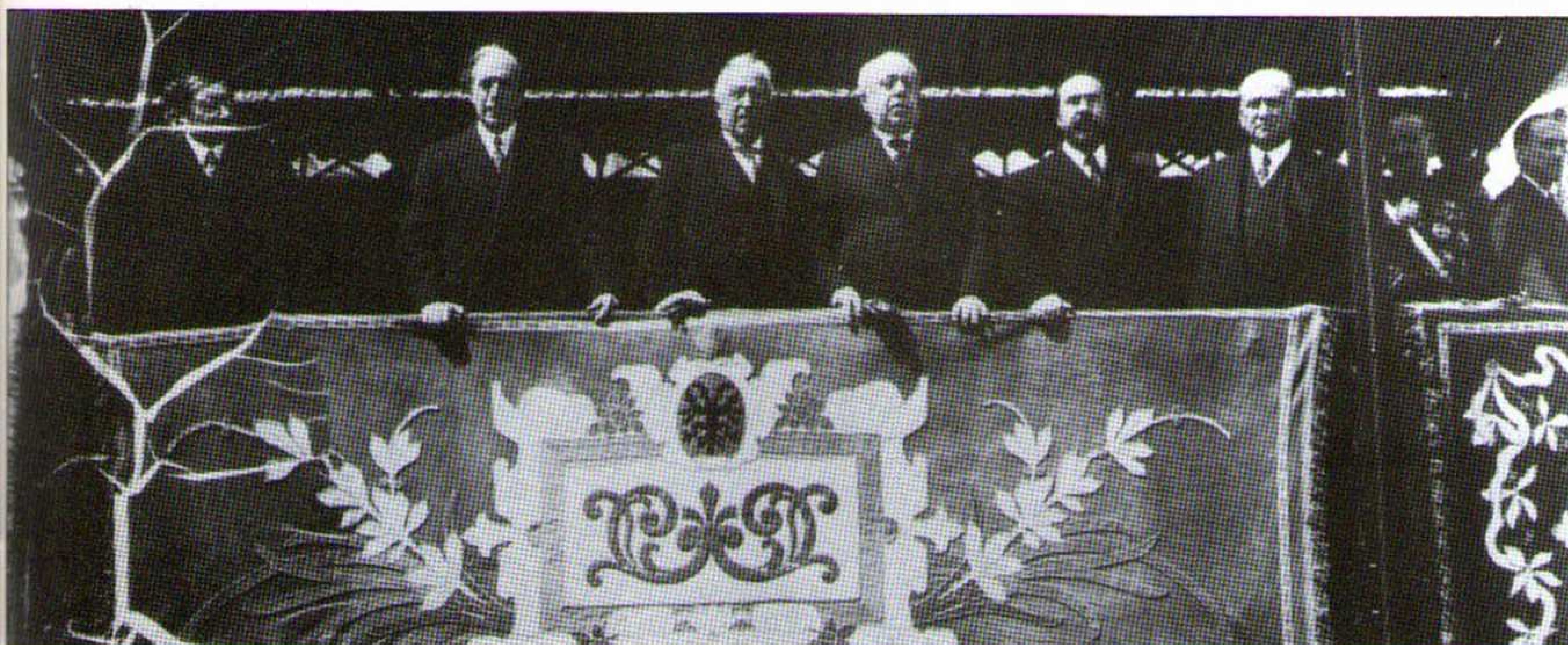
De su amplia producción jurídica y política destacan las siguientes obras: Libertad de amar y derecho a morir; Al servicio de la nueva generación; Proceso histórico de la Constitución de la República española (1932), y La Constitución de la democracia española y el problema regional (1946).

En 1962 fue presidente del gobierno republicano en el exilio, intento desesperado de mantener ante la opinión pública internacional una supuesta legalidad republicana que ya no reconocía más que México.


(Centelles. Barcelona.)

cláusula de la «utilidad social» de la última ley de la Tierra del gobierno radical, que se había incluido con propósitos muy diferentes. Esta concesión no bastó. El 25 de marzo, unos 60.000 campesinos, previamente organizados bajo la dirección de la FNTT de Badajoz, ocuparon unas 3.000 fincas a las cinco de la mañana, al grito de «¡Viva la República!», y se pusieron a arar. Esta colonización, en un solo día, por parte de un número de campesinos varias veces superior al que se había instalado desde la aprobación de la ley de Reforma Agraria, no hizo marcha atrás. Fueron enviadas tropas, pero ya no estábamos en 1917, y fueron retiradas. Después tuvieron lugar otras ocupaciones de tierras —las cifras no son precisas— en la misma región, sin que la justicia tomara cartas en el asunto. La epidemia de ocupaciones acabó al terminar la temporada de aradas de primavera, pero se había trastornado la vida económica de toda una provincia. En Badajoz, por lo menos, ¡había llegado la Libertad! Las tierras afectadas fueron cultivadas en parte colectivamente, y en parte por nuevos propietarios campesinos [28]. Esta ocupación fue seguida o acompañada en otras provincias de una serie de huelgas rurales por reivindicaciones salariales. Numerosos campesinos decididos se presentaban en las grandes fincas y pedían trabajo con amenazas. Muchos terratenientes se marcharon a las ciudades, así como todos los propietarios menores que podían permitírselo. La gente tenía miedo incluso de acudir a la iglesia, ya que parecía un acto de alineación con la España tradicional. Entre febrero y mayo hubo una enorme inflación de salarios en el campo, particularmente en el sur. Mientras tanto, continuaban los asentamientos regulares dirigidos por el Instituto de Reforma Agraria: en marzo se confirmó oficialmente la ocupación de tierras por unos 70.000 colonos, incluidos los de la gran revuelta campesina de Badajoz; por 20.000 en abril y por 5.000 al mes desde entonces hasta julio. Aunque quizá la cifra de 114.000 colonos entre febrero

[28] La única versión satisfactoria es la de Malefakis, p. 370.



(Efe.)

y julio dada por el Instituto fuera excesivamente modesta, y la del ministro, Ruiz Funes, fuera más exacta: éste dijo que el total era de 190.000 [29]. En Yeste (Murcia) hubo un serio incidente, en el que varios campesinos fueron muertos brutalmente, aunque de forma accidental. Además de estos problemas, la agricultura propiamente dicha estaba decayendo, la cosecha era escasa, no había crédito agrícola y los administradores se preguntaban si valía la pena seguir trabajando. A principios de 1936, el terror prevaleció en muchas partes del campo. Este aumentó con la llamada de la FNTT a sus miembros para que formaran milicias en todos los pueblos para defender las ocupaciones realizadas; en realidad, desde 1934 existían milicias de varias clases, so capa de asociaciones deportivas [30]. A menudo se convocaban huelgas relámpago, salían hombres pidiendo aumento de salarios o reducción de horas, y obtenían ambas cosas de unos terratenientes o unos administradores que estaban demasiado a la defensiva para resistirse. «La mirada de triunfo que podía verse en las caras de los trabajadores a veces era muy sugestiva», recordaba un inglés que estaba en Andalucía [31].

Los movimientos juveniles de ambos bandos despreciaban el «conformismo» de los dirigentes de sus partidos: la juventud socialista consideraba a Prieto un traidor, y los de las JAP consideraban demasiado viejo a Gil Robles (que aún no tenía cuarenta años). Diversos dirigentes de las juventudes socialistas visitaron Moscú en el mes de marzo y regresaron casi comunistas [32]. Los vendedores de periódicos, concretamente, organizaban batallas campales sobre sus fardos de periódicos de izquierdas o de derechas. La juventud de ambos bandos se había echado a la calle y, al parecer, estaba arrastrando consigo al país, adondequiera que se estuviera dirigiendo. Igual que los primeros fascistas en Italia, escuadrones motorizados

Estos guardias civiles (en la página anterior), los mismos de Arnedo, de Yeste, los mismos de Asturias, los mismos de siempre, son los que combatirán en la tarde del 19 de julio a los sublevados de Barcelona.

Seis hombres clave de la República: Marcelino Domingo, Besteiro, Alcalá Zamora, Azaña, De los Ríos y Largo Caballero (de izquierda a derecha) posan para la historia.
Mariano Ruiz Funes (abajo), de Izquierda Republicana y ministro de Agricultura, impulsa la reforma agraria, aceptando casi siempre el hecho consumado. Al empezar la guerra desempeñará las embajadas de Varsovia primero y de Bruselas después.



(Efe.)

29 Véase comentario en Malefakis, p. 378.
30 La Cierva, *Los documentos*, p. 199.
31 Gerald Brenan, *Personal Record* (Londres, 1974), p. 277.
32 Carrillo, p. 43.

de las JAP se introducían en barrios obreros y disparaban contra sus enemigos, que respondían de la misma manera. Es imposible distinguir entre provocación y represalia. Lo único que podía hacer Azaña era reflexionar una vez más que la clase obrera española era «materia prima para un artista». El 4 de abril concedió una entrevista al periodista americano Louis Fischer. «¿Por qué no hacer una purga en el ejército?», preguntó Fischer. «¿Por qué?», preguntó Azaña a su vez. «Porque hace algunas semanas había tanques por las calles y usted estuvo en el Ministerio de Gobernación hasta las dos de la mañana. Debía usted temer una revuelta.» «Bulos de café», contestó Azaña. «Pues lo he oído en las Cortes», afirmó Fischer. «Bah, las Cortes no son más que un gran café», replicó Azaña (muchos cafés eran, en realidad, extensiones de las Cortes). Y añadió: «El único español que siempre tiene razón es Azaña. Si todos los españoles fueran azañistas, todo iría bien» [33]. Sin embargo, con más exactitud, declaró a otro periodista: «Sol y sombra. Eso es España.»[34].



(Keystone.)

Destitución de Alcalá Zamora

A principios de abril se originó una crisis constitucional sobre la cuestión de la presidencia. La Constitución establecía la posibilidad de deponer a Alcalá Zamora de su puesto presidencial, dado que había disuelto las Cortes en dos ocasiones. Las izquierdas decidieron utilizar esta cláusula de la Constitución, a pesar de que se habían aprovechado de la última disolución. El nuevo gobierno encontraba que el presidente era «un enemigo furioso e inflamado», que parecía ser «un dirigente de la oposición antirrepublicana». Algunos pensaban que un día Alzalá Zamora podía dar un virtual golpe de Estado disolviendo el Parlamento y formando un gobierno extraparlamentario [35]. Largo Caballero y sus amigos creían que con Alcalá Zamora «sobrevivía el espíritu borbónico en el palacio de Oriente» [36]. Puede que Largo Caballero esperara eliminar a Alcalá Zamora de la presidencia, para luego eliminar a Azaña efectivamente del gobierno, promoviendo su candidatura presidencial [37]. Cierto que Azaña, entonces, tal vez pidiera a Prieto que formara gobierno. Pero el Partido Socialista podía vetar la idea, y probablemente Prieto se conformaría. Así quedarían «neutralizados» Azaña y Prieto y se formaría un gobierno débil que sería incapaz de resistir a las izquierdas y a las derechas. De esta manera quedaría abierto el camino para la «revolución». Cuando llegó el caso, Prieto, siempre preocupado por la posibilidad de perder su posición dentro del Partido Socialista, se conformó. Incluso le convencieron



(Photo Research Int.)

Guardias de seguridad a caballo en la Puerta del Sol, y tranvía conducido por guardias de asalto, hecho este último que se produce con frecuencia a causa de las amenazas que durante las huelgas reciben conductores y cobradores de los transportes públicos.

[33] Louis Fischer, *Men and Politics* (Nueva York, 1941), p. 307.
[34] Fernsworth, p. 176.
[35] Recuerdos de Azaña, en *Obras*, vol. IV, p. 719.
[36] Gil Robles, p. 578.
[37] Véase la conversación de Marichal con Araquistain sobre esta cuestión, y los cáusticos comentarios de Prieto en Azaña, vol. III, p. XXXII. Vidarte, sin embargo, descarta esta posibilidad en *Todos fuimos culpables* (Madrid, 1973), pp. 96-98. Los socialistas no parecen haber considerado la cuestión de quién sería el mejor sucesor de Alcalá Zamora antes de deshacerse de éste.



(Col. Luis Gasca.)

Caricatura de Alcalá Zamora, contra quien va a cometerse una injusticia política y personal, perpetrada por los mismos a quienes él ha abierto el camino hacia el poder, y muchos de aquellos a quienes ha salvado la vida cuando los consejos de guerra después de octubre.

para que dirigiera el movimiento que llevaría a la dimisión del presidente. Cuando llegó esta prueba, Alcalá Zamora se encontró sin amigos. Gil Robles y la CEDA no podían votar por él después de lo mucho que había intrigado para tenerlos alejados del poder. Los monárquicos le odiaban como a un traidor al rey. De manera que se fue, sin que nadie lo lamentara, pensando que su salida de la presidencia constituía un golpe de Estado, odiando a sus antiguos compañeros y sin que éstos le perdonaran nunca [38].
Azaña resultó ser el único posible candidato a la presidencia que

[38] Alcalá Zamora se quedó en España un mes o dos. Instalado en Francia durante unos años, se trasladó después a Argentina, donde vivió en la penuria hasta su muerte, en 1949. Véase la relación de Gil Robles, pp. 582-595. Martínez Barrio fue presidente interino.

estaban dispuestas a votar las izquierdas. Las cosas parecían estar yendo tal como esperaban Largo Caballero, Araquistain y Alvarez del Vayo. Ahora, tanto ellos como sus jóvenes partidarios «tenían absoluta fe en su capacidad para ocupar violentamente, pero rápida y victoriosamente, el poder gubernamental» [39]. A pesar de todo, aunque la violencia era segura, la victoria no lo era tanto, y los acontecimientos de abril deberían habérselo demostrado.

El 15 de abril lanzaron una bomba a la tribuna presidencial durante el desfile que se celebraba en el paseo de la Castellana en honor del cuarto aniversario de la República. Los guardias de asalto mataron al teniente de la guardia civil Anastasio de los Reyes, al parecer porque se creyó que había apuntado a Azaña con su revólver. El entierro de este oficial, el día 17, ocasionó una manifestación. El féretro fue acompañado al cementerio del Este por la mayor parte de los falangistas de Madrid que todavía estaban en libertad, a los gritos de «¡España, una, grande y libre!». Miembros entusiastas de las juventudes socialistas cantaron la *Internacional*, saludando puño en alto y rociando de balas el cortejo. En el mismo cementerio tuvo lugar una auténtica batalla entre falangistas y guardias de asalto. En el curso del día murieron alrededor de una docena de personas; entre ellas, Andrés Sáenz de Heredia, primo carnal de José Antonio. Esta escaramuza pareció indicar que la guerra civil casi había comenzado. Desde luego, la guerra de rumores era incontrolable. Las derechas alegaban que había llegado a Sevilla, para iniciar una revolución, Bela Kun, el comunista húngaro que se consideraba en el mundo occidental como una mezcla de Robespie-

[39] Marichal, en *Azaña*, vol. III, p. XXXII.



El 14 de abril se celebra un desfile militar con motivo del quinto aniversario de la República. Bajo la tribuna presidencial estalla un petardo (o varios). Se conserva bastante bien la serenidad, aunque los caballos de la escolta presidencial se espantan, y el desfile sufre una corta interrupción. En la confusión y por efecto del nerviosismo, al parecer un guardia de asalto dispara contra un alférez de la guardia civil vestido de paisano. El entierro de este oficial da origen a unas horas de peligrosa tensión, durante las cuales se cruzan numerosos disparos que ocasionan muertos y heridos.
A la derecha: Martínez Barrio, presidente de las Cortes, y Azaña sonríen al público tras el incidente. En la ilustración de la página contigua, el momento en que se produce el estallido de los petardos.

(Photo Research Int.)

rre y Lenin. Pero probablemente se trataba sólo del periodista Ilya Ehrenburg.

Aunque las circunstancias parecían prometedoras, el plan para el alzamiento militar en abril se vino abajo. Todo dependía del general Rodríguez del Barrio, inspector general del ejército, que era el encargado de la sublevación de las guarniciones de Madrid. El general Varela tenía que arrestar al ministro de la Guerra, general Masquelet, y hacerse cargo del ejército. Pero Rodríguez del Barrio se estaba muriendo de cáncer de estómago. En el último momento, en parte debido a su salud, en parte debido al miedo de los oficiales de Barcelona, pospuso la acción. El general Orgaz esperó en vano la señal en la complaciente embajada italiana. Si se hubiera producido un alzamiento en abril, probablemente habría fracasado, porque ni los carlistas ni la Falange estaban preparados para actuar.

El fracaso de este intento hizo que los militares rebeldes acordaran que el general Mola, en Pamplona, se convirtiera en «el director» de toda la conspiración [40].



(Efe.)

Al general Luis Orgaz (en la fotografía), convencido monárquico y constante conspirador, se le destierra a las Canarias. Mantendrá relación con Franco y, tan pronto como se inicie, se adherirá a la sublevación.

Mola, en Pamplona

Emilio Mola era un militar valiente, imaginativo, tortuoso, con cierta inclinación por la literatura, cuyo rostro ascético, subrayado por unas gafas, le hacía parecer más un «secretario papal, que un general» [41]. Provenía de una familia de militares que habían defen-

[40] *Cruzada*, IX, p. 510. Otro plan giraba en torno a la idea de aproximarse al presidente saliente para instalar un gobierno militar.

[41] Sefton Delmer, *Trail Sinister* (Londres, 1961), p. 299.



(The Illustrated London News.)

La boina roja, las flechas y el saludo de este niño que juega con su padre, indican que esta ilustración es de época posterior al inicio de la guerra, y consecuencia de ella. La importancia e influencia del carlismo durante la preparación de la guerra fueron grandes; disminuirían al terminar ésta.



(Col. C. S. de Tejada.)

Cuando recibe el mando de la 12.ª Brigada y de la comandancia de Pamplona, el general Emilio Mola Vidal (abajo) no ha llegado aún a la cincuentena. Es él quien articula la conspiración que va a desencadenar el alzamiento de julio. La actividad conspirativa es tan intensa, que las autoridades entran en sospechas; no llegan a sorprenderle ni a encontrar pruebas que le comprometan.



(Efe.)

dido activamente los intereses liberales en el siglo XIX. Nacido en Cuba, de servicio en Marruecos con las tropas nativas de los Regulares desde su formación, valiente en la defensa de Dar Akobba, Mola había sido director general de Seguridad en los momentos de la caída de la Monarquía, y como tal se había ganado la especial enemistad de los intelectuales republicanos: «Fusilad a Mola» había sido un grito popular entre los alborotadores de 1930-1931. En consecuencia, se había quedado sin empleo durante el primer gobierno de Azaña, aunque sus memorias se habían leído mucho. Hasta 1936 no se había adherido a las conspiraciones contra la República. Aunque, si observamos su actuación en tal momento, parece como si las conspiraciones fueran lo suyo.

Sus planes pronto quedaron claros. En las principales ciudades de España, en las islas Baleares y Canarias, y en el Marruecos español, se establecerían dos ramas de la conspiración, una civil y la otra militar. A diferencia de algunos, Mola se daba cuenta de que la época de los pronunciamientos al viejo estilo ya había pasado: era necesario el apoyo civil. La finalidad del movimiento —declaró Mola— era establecer «el orden, la paz y la justicia». Pero era obvio que el gobierno previsto para después sería más duro y más duradero que el directorio de Primo de Rivera: Mola no preveía un mero «breve paréntesis» en la vida constitucional de España, como había hecho Primo de Rivera en su pronunciamiento. Todo

el mundo podía tomar parte en el alzamiento (en algunos aspectos, la circular parecía un prospecto de alguna casa comercial), «excepto aquellos que reciben su inspiración del extranjero, socialistas, masones, anarquistas, comunistas, etc.». Los representantes provinciales recibieron instrucciones de elaborar planes detallados para apoderarse de los edificios públicos de sus localidades, particularmente de las líneas de comunicación, y preparar una declaración de estado de guerra. El general Sanjurjo vendría en avión desde Portugal y se convertiría en el presidente de la junta militar «que dictaría inmediatamente las leyes del país». En algunos sitios —como en Sevilla— la Falange recibió una parte importante en el alzamiento, pero en ningún lugar se mencionaban las finalidades políticas de este partido. En el primer plan de Mola figuraba la siguiente disposición: «Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible a un enemigo fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de partidos políticos, sociedades o sindicatos desafectos al movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas» [42].

El documento iba firmado por «el Director», es decir, Mola. Esta conspiración fue organizada por una minoría de militares que contaban con que el patriotismo haría sumarse a otros, si se escogía bien la ocasión para actuar: no muchos oficiales eran falangistas, y

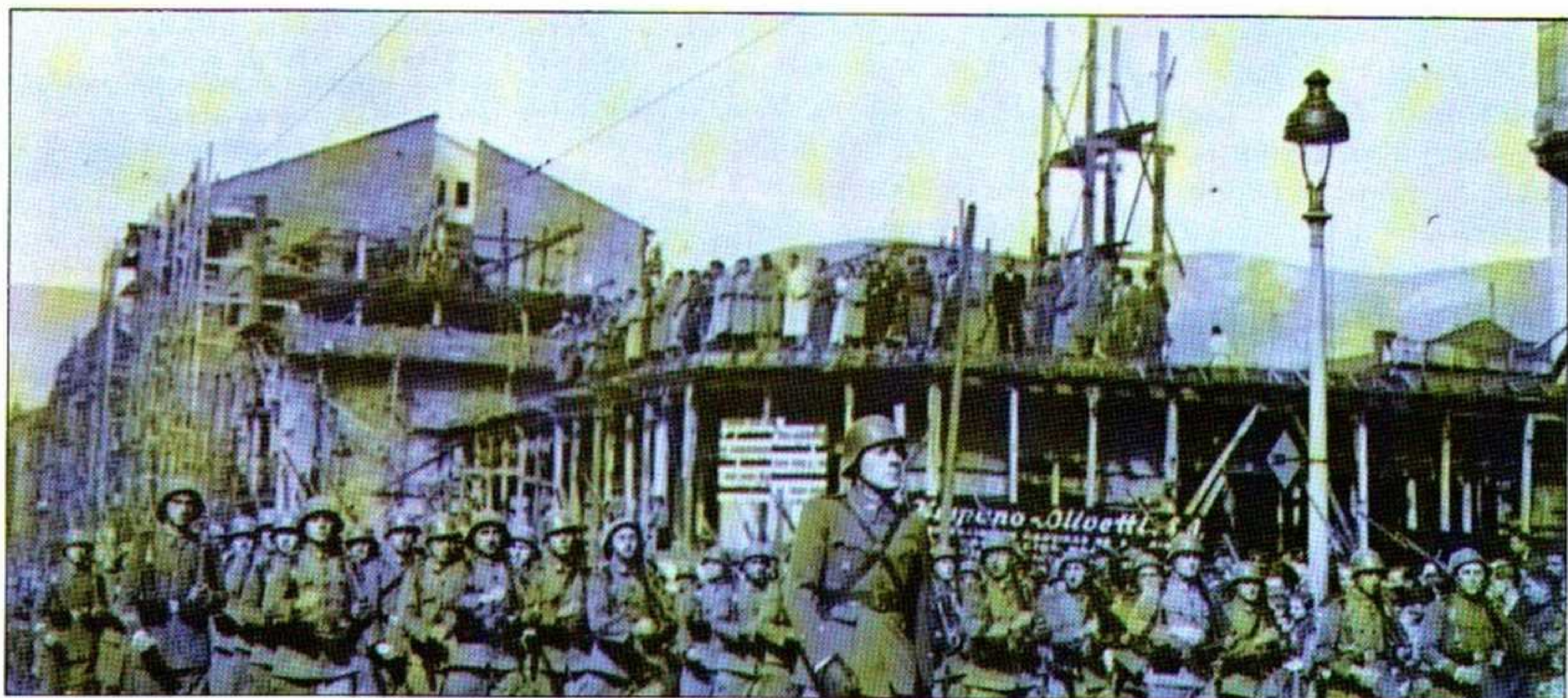
[42] Citado por Bertrán Güell, p. 123.

Mola proviene de abolengo liberal y, aunque apolítico, militarista y amante del orden, parece siempre inclinado a aquella tendencia. De la conspiración forman parte militares de probado republicanismo, lo cual hace que se oponga con energía a cuanto revista carácter antirrepublicano, si bien acepta que en su día se plantee la conveniencia u oportunidad de un eventual cambio de régimen. Sus principales dificultades las tendrá con Fal Conde y el grupo de los carlistas intransigentes. Entre los carlistas hallará, a fin de cuentas, excelentes colaboradores. El 20 de julio de 1936 pasa revista a una unidad militarizada de requetés (fotografía de abajo) dispuesta para salir hacia los primeros frentes. Estos requetés han sido sometidos a un cuidadoso e intenso entrenamiento militar mucho antes de que comenzara la guerra.



(Arch. Urbión.)

pocos eran ni siquiera monárquicos, aunque algunos de los que en 1936 ostentaban el mando en los sitios críticos fueron los primeros, y cada día se adherían más. Pero muchos oficiales retirados estuvieron encantados de participar. Quizá sus mujeres les incitaban: «¿Ustedes toleran esto? ¿Qué hace el ejército? ¿Cuándo se lanza?» [43]. Durante el curso de la primavera, el continuo desorden molestó cada vez más a muchos militares. Entretanto, en Madrid, murió el general Rodríguez del Barrio, como era de esperar. El general Varela fue encarcelado en Cádiz y Orgaz fue exiliado a



(Pyresa.)

Después de octubre los asturianos han quedado traumatizados y más divididos que antes. En las elecciones triunfan los candidatos del Frente Popular, en especial los socialistas, mientras que por minorías obtienen el acta tres de la CEDA y Melquiades Alvarez. La diferencia en votos excede poco al 10 por ciento. Por ambas partes hay miedo, decisión... y odios. En la ilustración, un desfile militar en Oviedo en enero de 1936.

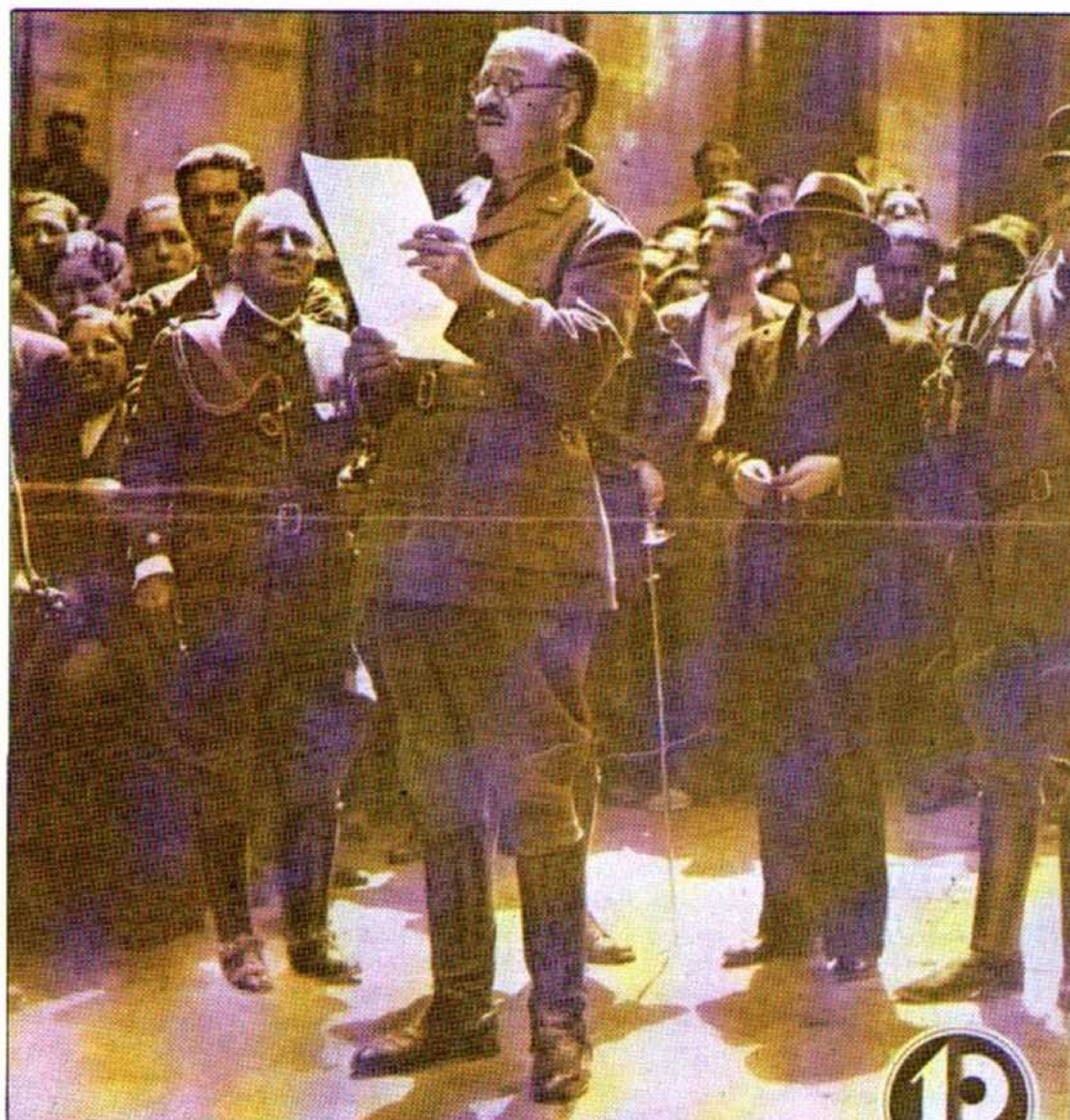
Canarias. El gobierno se había enterado de sus actividades del mes de abril.

Los carlistas estaban muy ocupados en Lisboa intentando definir, con Sanjurjo, cómo sería la España futura después de la revolución. Fal Conde quería la disolución de todos los partidos políticos y el establecimiento de un gobierno de sólo tres hombres: Sanjurjo como presidente y encargado de la defensa, un ministro de Educación y un ministro de Industria [44]. Mientras tanto, durante la primavera, empezaron las negociaciones entre los conspiradores y los nacionalistas vascos: Mola y los monárquicos intentaron hacerles romper su alianza con las izquierdas, e incluso les proporcionaron algunas armas [45]. Continuaba la búsqueda de posibles líderes del alzamiento. Los mensajeros de Mola (muchachas de la clase alta o militares vestidos de paisano) recorrieron paciente y secretamente, en tren o en automóviles, los cuarteles generales de las ocho comandancias militares que tenía el ejército español en la Península, llegando también a las comandancias menores de las Baleares y las Canarias, a las tres brigadas de montaña y a los tres

[43] Esta era la opinión del abogado «Marón» en el diálogo de Azaña titulado «La velada en Benicarló», *Obras*, vol. III, p. 405.

[44] Antes, los carlistas habían querido sublevarse por su cuenta, y Sanjurjo había aceptado encabezar un gobierno provisional de restauración monárquica (con Alfonso Carlos, el pretendiente carlista, como rey) si se llegaba a producir aquel alzamiento aislado.

[45] Gil Robles, p. 729.


(Arch. C. S. de Tejada.)

El general Gonzalo Queipo de Llano se ofrece a Mola, y éste, tras vencer recelos propios y ajenos, acepta su colaboración. Queipo es un viejo republicano y no deja de serlo, puesto que su propósito inicial es salvar a la República; después las cosas van a cambiar de manera imprevisible. Siendo capitán general de Madrid, en mayo de 1931, lee en persona el bando declarando el estado de guerra.


(Arch. Historia 16.)

Manuel Fal Conde (foto de la derecha) es delegado de la Comunión Tradicionalista y representante del «regente» Javier de Borbón-Parma. Pretendía Fal Conde una sublevación carlista, lo cual no pasaba de ser un proyecto utópico, si no insensato. La postura que adopta ante Mola es intransigente y pretende imponerle unas condiciones que éste no puede aceptar, porque equivaldría a condicionar la política futura en caso de éxito. Mola se entenderá mejor con los dirigentes del carlismo navarro, de quienes recibirá el apoyo más sustancial e inmediato. Las negociaciones Mola-Fal Conde son penosas: el 12 de julio, todavía ordena este último que se rompa todo compromiso. Sólo en el último instante van a obviarse las dificultades.

inspectores generales: se asignaron nombres, fechas y tareas una y otra vez.

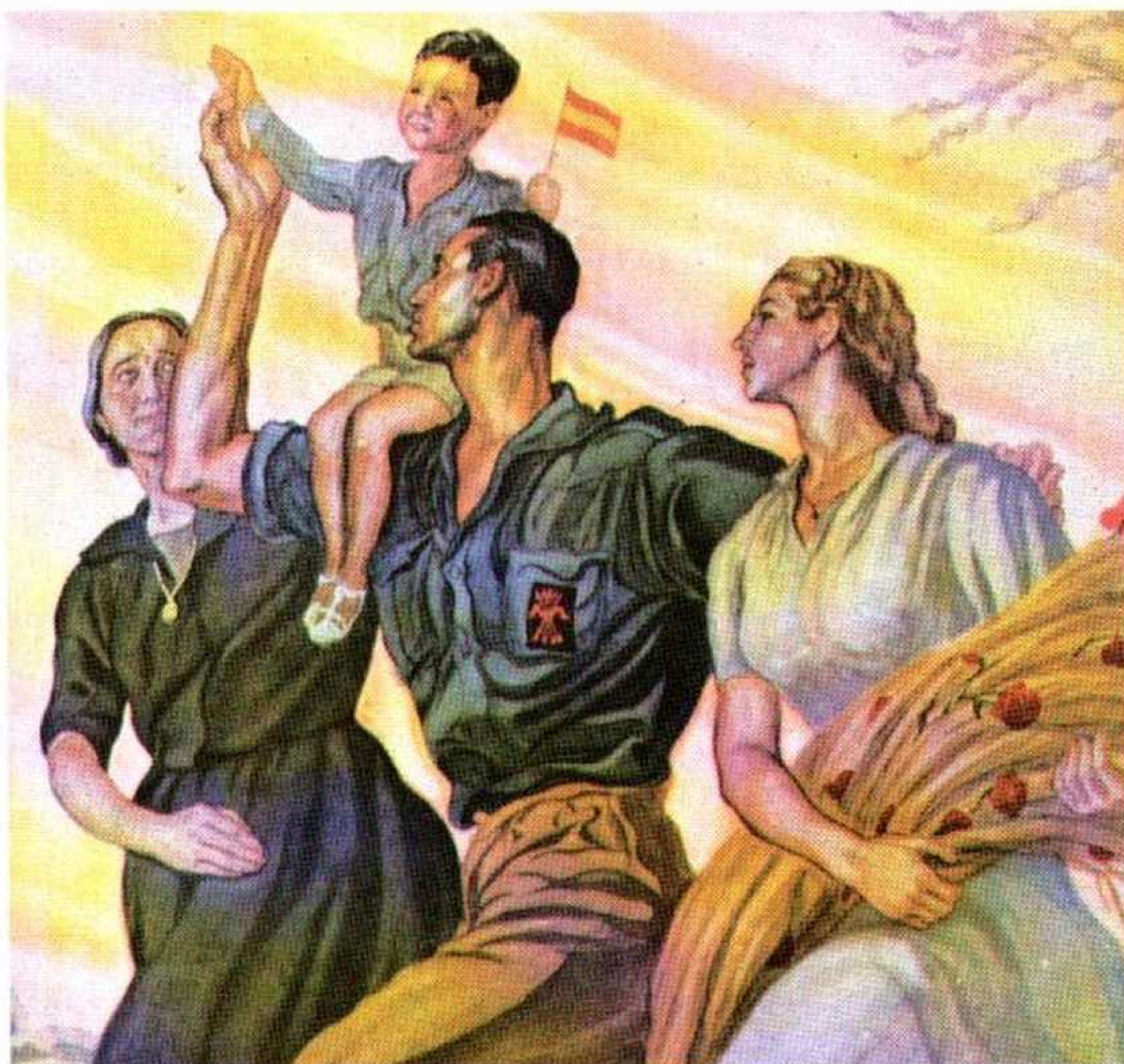
Por entonces, cada una de las ocho regiones militares de España tenía, sobre el papel, una división, y cada división tenía dos brigadas. Generalmente, la segunda brigada tenía menos hombres, porque unos estaban de permiso o porque los reclutas habían comprado sus permisos. Por lo tanto, en caso de alzamiento, el hombre importante era el que mandara la primera brigada de cada división. Su cuartel general estaba en la misma ciudad que el del comandante de la división regional y el de la otra brigada estaba en una ciudad menor; por ejemplo, la brigada de Mola estaba en Pamplona, y era la segunda brigada de la 6.ª División, cuyo cuartel general estaba en Burgos. Cada brigada tenía cuatro regimientos, el primero de los cuales estaba acuartelado en el cuartel general de la división; los otros tres regimientos estaban esparcidos en otras ciudades, en unidades que a veces consistían sólo en una sección. El gobierno de Azaña se había asegurado —al menos así lo creía— de que todos los comandantes de división fueran republicanos; y de hecho, sólo el general Cabanellas, en Zaragoza, al mando de la 5.ª División, formaba parte de los planes de Mola. Los demás eran hostiles. El plan de Mola consistía en que estas divisiones hostiles y las demás unidades dependientes de ellas fueran controladas por otros generales o coroneles que estuvieran destinados en la po-


(Col. J. M. Armero.)

Incógnita insuficientemente aclarada es la fecha en la cual Franco se compromete en firme con los conspiradores. La pasión que acompaña a cuanto se relaciona con él, hace que muchas cuestiones se enturbien y que los testimonios difieran, pues son menos los que tratan de dilucidar cuestiones históricas que quienes se dejan arrastrar hacia la alabanza o el vituperio sin importarles alterar fechas o circunstancias, aceptar como buenas noticias vagas y entregarse a interpretaciones subjetivas que les complazcan. Lo que parece más cierto es que Franco —las comunicaciones con Canarias, por barco, son lentas— no llega a perder contacto con Mola, pero tampoco acepta el pleno compromiso hasta un momento avanzado de la conspiración.

blación de que se tratara, o enviados allí con esa finalidad. Naturalmente, los agentes de Mola también fueron al cuartel general del ejército en Africa, donde la Legión Extranjera y las tropas nativas estaban dispuestas para la acción. Pero el nombre de Mola no era mágico. Muchos jefes se mostraban reacios a comprometerse. ¿Qué iba a hacer Goded?, preguntaban. ¿Y Franco? Seguía pareciendo que los generales de Madrid, la UME y los carlistas tiraban en diferentes direcciones. «Las niñas, regular, las encargadas, pésimas», telegrafió desde Andalucía a Pamplona en abril uno de los representantes de Mola, indicando la falta de preparación de los oficiales mayores y la buena disposición de los más jóvenes para conspirar [46]. ¿Y qué pasaba con la Falange? José Antonio seguía advirtiendo desde la cárcel: «No nos convertiremos en la vanguardia, ni en las tropas de choque, ni en el insustituible aliado de ningún confuso movimiento reaccionario» [47]. Valientes palabras, que pueden expresar la opinión real de los viejos falangistas que estaban luchando en las calles desde que Ledesma lanzara *La conquista del Estado* en 1931. Pero, ahora, la suerte estaba echada. Evidentemente, la Falange no podía quedarse al margen de un alzamiento militar.

[46] El que envió el telegrama fue el coronel García Escámez.
[47] Francisco Bravo, *Historia de la Falange de las JONS* (Madrid, 1940). Entre febrero y julio de 1936, el número de afiliados a la Falange, igual que el de comunistas, aumentó mucho, llegando quizás a los 75.000. Aparte de la organización de Onésimo Redondo en Valladolid (que también había conseguido algunos partidarios entre los obreros de Sevilla), los afiliados eran jóvenes de clase media o universitarios que aún no se habían establecido profesionalmente, y más oficiales del ejército de lo que a veces se supone.


(Col. C. S. de Tejada.)

En esta hoja de calendario, Sáenz de Tejada idealiza la familia campesina y falangista, y parece significar que mientras el hombre combatía, la mujer trabajaba en la recolección.

El 1 de mayo de 1936

El 1 de mayo se celebraron en toda España los tradicionales desfiles de trabajadores. En la mayoría de las ciudades estuvieron acompañados por una huelga general convocada por la CNT. Las juventudes socialistas, ahora virtualmente comunistizadas, desfilaron a lo largo de las avenidas de las grandes ciudades con aire seguro y amenazador, como si fueran el embrión de un ejército rojo. (El 25 de abril, *Claridad* pedía a todos los pueblos que formaran una milicia de cien hombres.) Saludaban con el puño en alto al son de la *Internacional*, o de alguna de las canciones compuestas durante la revolución de Asturias; o quizá de *Primero de mayo* o *La joven guardia*. En Madrid, por la Castellana, llevaron como estandartes grandes retratos de Largo Caballero, Stalin y Lenin, ante el fascinado horror de la burguesía representante de la España de Carlos V, que contemplaba el espectáculo desde sus elegantes balcones. Desde luego, aquello no podía seguir así. Prieto aprovechó la oportunidad, en un importante discurso que pronunció en una elección parcial, en Cuenca, para señalar que «lo que no puede soportar un país es la sangría constante del desorden público sin una finalidad revolucionaria inmediata». Arguyó inteligentemente que aquellos excesos sólo conseguían hacer las cosas más fáciles para el fascismo; y habló del general Franco diciendo que era un hombre con el talento y la juventud suficientes para dirigir una rebelión militar [48]. Pero sus oyentes no deseaban oír palabras pru-

[48] La Cierva, *Los documentos*, p. 235 y ss. El discurso tiene algunas ambigüedades.



(Museo del Ejército.)

Manuel Goded (arriba) sí participa en la conspiración de Mola, única que merece el nombre de tal, aunque mantiene una actitud de cierta independencia. Sublevará sin dificultad la guarnición de Palma, y se mostrará deferente, dentro de lo que cabe, al arrestarle, con el gobernador civil Antonio Espina, escritor y republicano. Después volará a Barcelona, donde le espera la muerte. Goded debe sublevar Valencia, pero en el último momento se altera el plan y se encarga de la IV División Orgánica.



(Centelles. Barcelona.)

La situación en Barcelona es tal que se suspenden las celebraciones del 1 de mayo; a pesar de todo, se producen algunos incidentes.

dentes. En un tumultuoso mitin celebrado en Ecija, Prieto fue amenazado físicamente por las juventudes socialistas y otros caballeristas [49]. Finalmente se decidieron las elecciones en las provincias disputadas (Cuenca y Granada). En Granada ganaron los trece candidatos del Frente Popular; en Cuenca fueron elegidos tres del Frente Popular, un centrista, uno de la CEDA y un agrario; la candidatura de José Antonio allí fue descalificada por razones dudosas, y la candidatura del general Franco, que se había propuesto, fue retirada. En ambas elecciones, puede que la intimidación de los provocadores izquierdistas influyera en el resultado [50]. Cuatro días más tarde, José Antonio (que siempre había tenido afecto a Sanjurjo) escribió desde la cárcel una carta abierta a los militares españoles pidiéndoles que pusieran fin a todos los ataques que se estaban dirigiendo contra «la sagrada identidad y unidad de España». «A última hora —añadía—, ha dicho Spengler, siempre ha sido un pelotón de soldados el que ha salvado la civilización» [51]. Estaban lejos los días en que José Antonio decía que los militares eran inútiles, que todos tenían corazón de gallina, y que el más cobarde de todos era Franco [52]. A pesar de todo, la Falange todavía no era, en realidad, parte integrante de la conspiración militar, cuyos detalles ignoraba por completo.



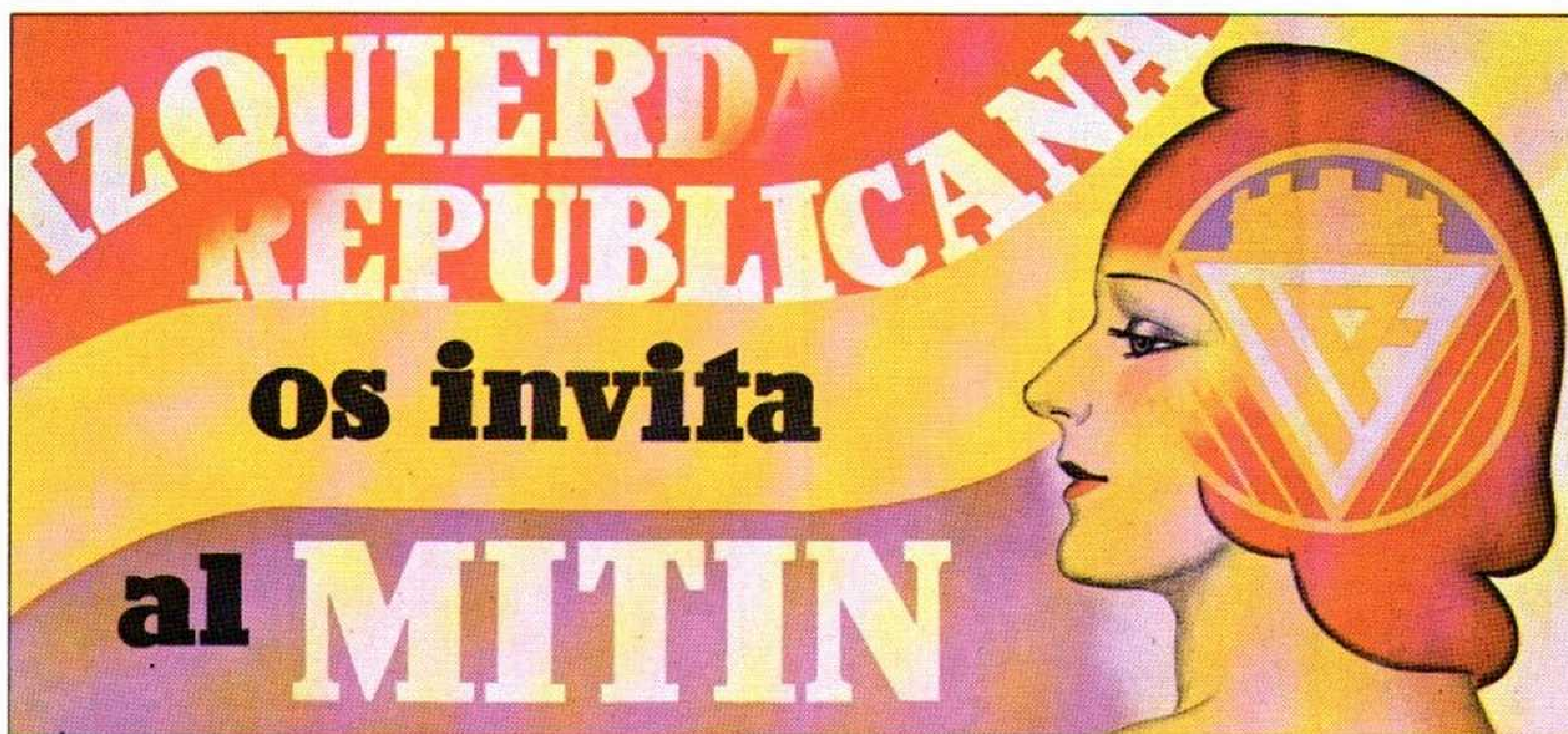
(Arch. J. M. Armero.)

Las actitudes de José Antonio son, en ocasiones, un tanto desconcertantes; cuando llegue la rebelión, Falange no podrá permanecer neutral. Izquierda Republicana, partido de Azaña, predomina en el gobierno por una serie de circunstancias, a las cuales no son ajenos el cansancio y cierta decepción del propio Azaña. La ascensión de éste a la presidencia de la República privará al gobierno del único político auténticamente capacitado. La mariana *de la ilustración de abajo lleva las cejas depiladas, los ojos sombreados con* kohol *y los labios pintados con* rouge: *una belleza de la época.*

Azaña, presidente

El 10 de mayo, finalmente Azaña fue elegido presidente de la República en vez de Alcalá Zamora, por 238 votos contra cinco, en la elección que se celebró en el palacio del Retiro. En los pasillos se produjo una pelea entre Araquistain, que todavía apoyaba a Largo

[49] Prieto, *Convulsiones*, vol. III, pp. 160-167. Se escapó por la puerta trasera. Quizá se haya exagerado el incidente.
[50] Véase una versión de derechas en Gil Robles, pp. 558-565.
[51] Ximénez de Sandoval, p. 551.
[52] Ansaldo, p. 125.



(Serv. Histórico Militar.)

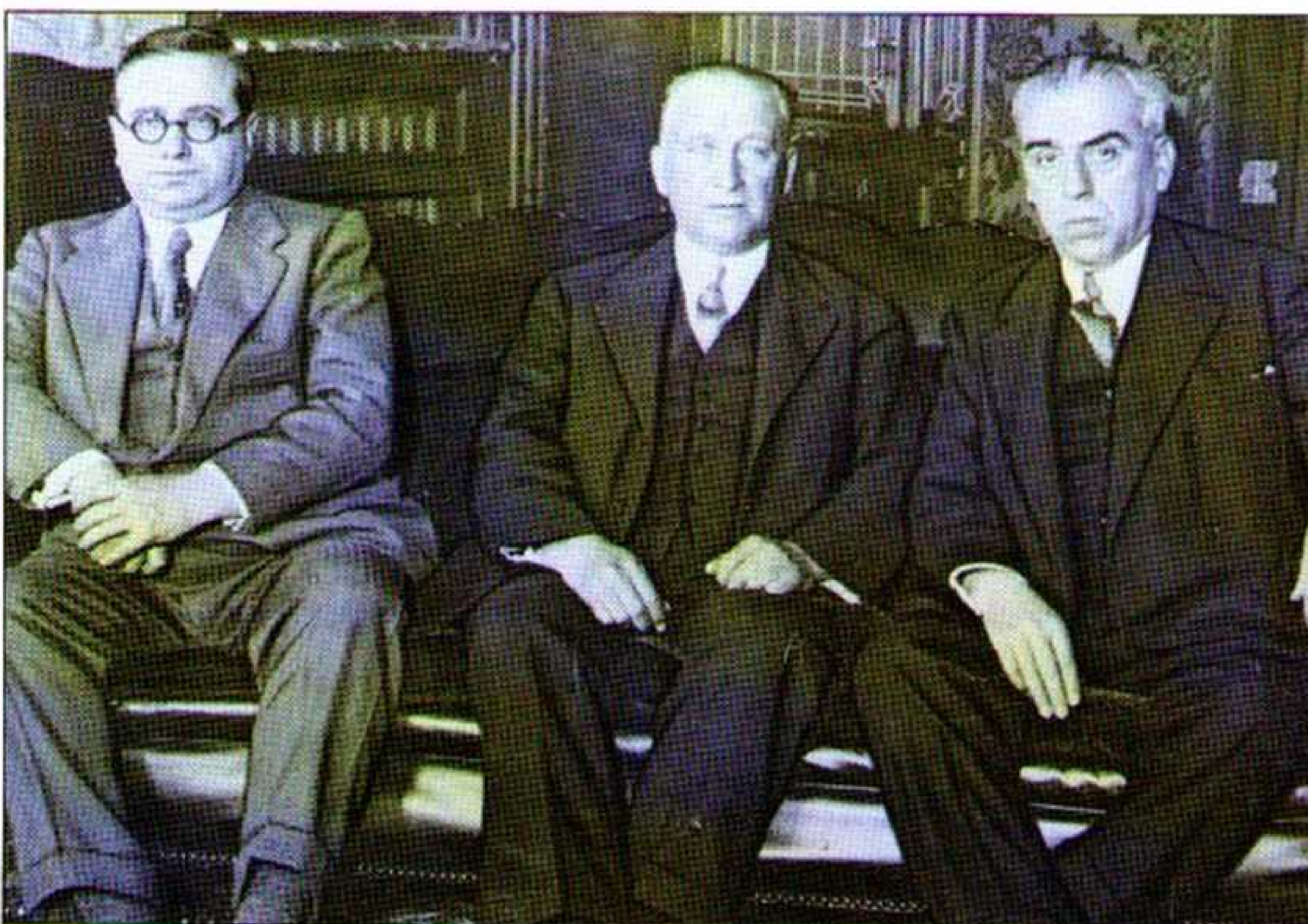
Caballero, y Julián Zugazagoitia, director de *El Socialista*, que apoyaba a Prieto. (La CEDA y los partidos de derechas no habían presentado ningún candidato, y se abstuvieron de votar.) A los pocos días, Casares Quiroga se convirtió en jefe de un gobierno muy parecido al que había presidido Azaña [53]. El mordaz Casares tenía fama de fuerte, pero ésta le venía de su época de ministro de la Gobernación, en 1933, y era injustificada: Azaña le recordaba en los momentos de Casas Viejas sentado en su cama, muy nervioso, e incapaz de vestirse. Ahora Casares Quiroga estaba enfermo de tuberculosis. Antes de ofrecerle la jefatura de gobierno, Azaña se dirigió a Prieto, que tuvo que negarse porque, como era de esperar, su grupo parlamentario socialista votó contra la participación en el gobierno (por 49 votos contra 19). La esperanza de Azaña era lograr una gran coalición de hombres de centro que, si se hubiera conseguido, podía haber salvado al país de la guerra. Pero no insis-

[53] Los miembros de este desafortunado gobierno, aparte de Casares Quiroga (que se nombró a sí mismo ministro de la Guerra), fueron: Juan Moles, un nacionalista catalán de cierta edad e ignorante de los asuntos de Castilla, que contaba con la confianza de la CEDA, aunque Joaquín Maurín lo consideraba una «momia», ministro de Gobernación; Enrique Ramos, subsecretario de Azaña e íntimo colaborador suyo en 1931-1933, ministro de Hacienda; Augusto Barcia, un destacado masón, abogado republicano, ministro de Estado; Mariano Ruiz Funes, profesor de Derecho, ministro de Agricultura; Antonio Velao, director de ferrocarriles en 1931-1933, ministro de Obras Públicas; Francisco Barnés, un producto típico de la Institución Libre de Enseñanza, ministro de Instrucción Pública; José Giral, profesor de Química, que había sido uno de los colaboradores de Azaña desde los años 20, volvió a ser ministro de Marina, puesto que había ocupado en 1931-1933; Manuel Blasco Garzón, un ex radical y abogado que había seguido a Martínez Barrio y había ingresado en el Partido Unión Republicana, ministro de Justicia; Plácido Alvarez Buylla, de una familia muy vinculada a la Institución Libre de Enseñanza, ministro de Industria y Comercio; Bernardo Giner de los Ríos, arquitecto, igualmente emparentado con el fundador de la Institución, ministro de Comunicaciones; y Juan Lluhí, reciente consejero en la Generalitat, ministro de Trabajo. Ultimamente Cataluña había estado tranquila («el oasis catalán»), a pesar de los asesinatos de Miguel y José Badía, dos hermanos separatistas extremistas, y se pensó que tal vez Lluhí tendría un efecto tranquilizador en el resto de España. El gabinete era de altura intelectual y honrado, pero en él había demasiados abogados y nadie tenía ninguna experiencia ni en la industria ni siquiera en los sindicatos.



(Arch. J. M. Armero.)

Al aceptar el desempeño de la más alta magistratura republicana, Azaña ha pensado en un gobierno presidido por Indalecio Prieto, que pudiera cumplir con un programa avanzado pero democrático y apaciguador, con fuerza para desarrollar la suficiente energía y normalizar la situación. Ese gobierno no ha sido posible.



(Pyresa.)

La línea dura de Largo Caballero, que predomina en el PSOE, ha frustrado el posible gobierno de Indalecio Prieto: muchas ilusiones más o menos fundadas se desvanecen. Es el último fracaso de una solución centro-izquierda que hubiera atraído a hombres de derecha moderada, sin excluir a Gil Robles. En la fotografía: Largo Caballero entre Araquistain (izquierda) y Fabra Rivas.

Las izquierdas más extremas, con sus continuas alteraciones del orden público, que se traducen en destrucciones y muertes, y que en ocasiones han provocado reacciones igualmente violentas, con su indisciplina sistemática y los ataques que han prodigado a los gobiernos republicanos, han dado lugar a situaciones de inestabilidad y miedo que contribuyen a arrastrar al régimen hacia el fracaso. En gran medida han favorecido la reagrupación de las derechas y del centro, y a réplicas ofensivo-defensivas, y contribuido a la implantación de un amplio estado de opinión proclive a las soluciones de fuerza. Pero... la sociedad española está basada en plataformas de antigua y de flagrante injusticia, dominada por los fuertes, aquejada de un inmovilismo que favorece toda opresión. Ansias de justicia, ilusiones de liberación humana, política, social y económica, de impulso cultural, no son, en sí mismas, ni injustificadas ni gratuitas.

tió en la idea todo lo que habría podido, y Prieto podría haberle prestado un apoyo mayor; quizás el proyecto debe más a la visión *a posteriori* de los historiadores que a sus posibilidades prácticas. Sin embargo, Giménez Fernández permaneció en contacto con Prieto en nombre de la CEDA. Pero estas ideas siempre tropezaban con la misma piedra de principios de mayo: la hostilidad de Largo Caballero, y el control que éste ejercía sobre su partido.

El 21 de mayo, los socialistas de Madrid acordaron proponerse los objetivos siguientes: «Primero, la conquista del poder por la clase trabajadora por todos los medios posibles. Segundo, la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva social y común. En el período de transición, la forma de gobierno será la dictadura del proletariado.» El 24 de mayo, Largo Caballero pronunció un gran discurso en Cádiz: «Cuando el Frente Popular se derrumbe —anunció—, como se derrumbará sin duda, el triunfo del proletariado será indiscutible. Entonces implantaremos la dictadura del proletariado, lo que no quiere decir la represión del proletariado, sino de las clases capitalistas y burguesas» [54]. Besteiro dijo a un periódico francés que en España las condiciones eran muy diferentes de las de Rusia en 1917, y que por eso el país no podía dirigirse hacia el comunismo. El periódico comunista *Mundo Obrero* se burló de su insuficiente marxismo [55]. Aunque ahora había mu-

[54] *El Socialista*, 26 de mayo de 1936.
[55] *Mundo Obrero*, 15 de mayo de 1936, citado por La Cierva, *Los documentos*, p. 456.



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

cha violencia real, los excesos verbales de ambos bandos durante estos meses explican en gran medida por qué las cosas fueron de mal en peor. ¿Esperaba Largo Caballero provocar, con sus discursos, un alzamiento militar de signo derechista cuya derrota le permitiría tomar el poder? De hecho, es difícil creer que Largo Caballero supiera realmente adónde iba a llevarle su retórica. ¿Lo sabían los comunistas? [56]. Sus dirigentes seguían siendo modestos, e indudablemente el «instructor» del Komintern, Vittorio Codovila, insistía más que nunca en seguir las instrucciones de Moscú: para él debió de ser una situación difícil encontrar verdaderas posibilidades revolucionarias surgiendo en España en el momento preciso en que Stalin deseaba un máximo de cooperación con los demócratas.

El congreso anarquista

En mayo, los anarquistas hicieron su contribución a los debates sobre el futuro de España en su congreso anual, celebrado en Zaragoza. En él se resolvió la controversia entre los treintistas y la FAI, que duraba desde hacía cinco años, reincorporándose aquéllos al movimiento, pero la táctica más practicada siguió siendo la de la FAI, encaminada a la realización parcial del «comunismo libertario» mediante actuaciones relámpago de anarquistas muy entregados en diferentes pueblos. El congreso exigió la continuación de estas huelgas, pero también sugirió que se hicieran nuevos esfuerzos para llegar a una alianza con la UGT, y pidió la semana de trabajo de 36 horas, un mes de vacaciones pagadas y mayores salarios. En cambio, nadie dio muestras de darse cuenta de que había un peligro de fascismo; y, por consiguiente, no hubo ningún acuerdo sobre el armamento de milicias, y mucho menos sobre la organización de un ejército revolucionario, como sugirió Juan García Oliver. Durruti se opuso a esta idea alegando que un ejército revolucionario sofocaría la revolución [57]. Hubo grandes derroches de idealismo, pero esta actitud tan ciega ante la probabilidad de una sublevación militar provocó la dimisión del secretario de la CNT, Horacio Prieto.

Un documento de la conferencia, preparado por el doctor riojano de la FAI Isaac Puente, autor de un estudio muy influyente, *El comunismo libertario*, describió lo que esperaban la mayoría de los anarquistas:

«Terminado el aspecto violento de la revolución, se declararán abolidos: la propiedad privada, el Estado, el principio de autoridad y, por consiguiente, las clases que dividen a los hombres en explotadores y explotados, oprimidos y opresores. Socializada la ri-



(J. Guzmán, Madrid.)



(Pyresa.)

España es la única nación de Europa, del mundo, en la cual la idea anarquista se asienta con firmeza y levanta el entusiasmo de millares y millares de hombres. Más que un caudillo popular, este miliciano, Buenaventura Durruti (fotografía superior), parece un cura disfrazado; se trata sólo de una impresión momentánea favorecida por la ocasión y el fotógrafo. Muchos años después, Juan García Oliver (abajo) publicará un testimonio parcial pero valioso: El eco de los pasos.

[56] La versión que circuló más tarde, a la que dio crédito mucha gente (yo, entre otros), de que los comunistas planeaban un golpe de Estado, finalmente fue desautorizada por Herbert Southworth en *El mito de la Cruzada de Franco* (París, 1964), p. 170 y ss. En realidad los documentos se publicaron en *Claridad* el 30 de mayo de 1936; Southworth reproduce el irónico titular de la primera página (p. 185): «Cómo vamos a conseguir la revolución el 29 de junio». De hecho, no era necesaria una maquinación de este tipo. Tal vez algún día surgiera alguien con la iniciativa.

[57] Paz, p. 266. En este libro hay una buena descripción del congreso.



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

En el congreso de la CNT de Zaragoza se formula una sugestiva exposición de la doctrina libertaria; declaración de principios presentada como programa ideal e idealista. En teoría, todo y todos son buenos y los hombres avanzarán con paso firme hacia metas de felicidad y justicia. La exposición utópica, que olvida las singularidades de la condición humana, levanta esperanzas y entusiasmos, pero el distanciamiento de la realidad cotidiana es insalvable. La historia del anarcosindicalismo, la pasada y la que va a desarrollarse en un próximo futuro, se aleja tanto del modelo propuesto que nadie va a reconocerlo. Ha corrido sangre, propia y ajena, y más, mucha más, va a correr en los próximos meses.

queza, las organizaciones de los productores, ya libres, se encargarán de la administración directa de la producción y del consumo. Establecida en cada localidad la Comuna Libertaria, pondremos en marcha el nuevo mecanismo social. Los productores [...] determinarán libremente la forma en que [el trabajo] ha de ser organizado. La Comuna Libre se incautará de cuanto antes detentaba la burguesía, tal como víveres, ropas, calzados, materias primas, herramientas de trabajo, etc. Estos útiles de trabajo y materias primas deberán pasar a poder de los productores para que éstos los administren directamente en beneficio de la colectividad. En primer término las Comunas cuidarán de alojar con el máximo de comodidades a todos los habitantes de cada localidad, asegurando asistencia a los enfermos y educación a los niños [...]. Todos los hombres se aprestarán a cumplir el deber voluntario —que se convertirá en verdadero derecho cuando el hombre trabaje libre— de prestar su concurso a la colectividad, en relación con sus fuerzas y sus capacidades, y la Comuna cumplirá la obligación de cubrir sus necesidades [...]. Todos los cargos no tendrán ningún carácter ejecutivo ni burocrático. Aparte de los que desempeñen funciones técnicas [...], los demás cumplirán asimismo su misión de productores, reuniéndose en sesiones al terminar la jornada de trabajo para discutir las cuestiones de detalle que no necesiten el refrendo de las asambleas comunales.»

La base de la sociedad serían las comunas autónomas, aunque «el derecho de autonomía no excluirá el deber de cumplir los acuerdos de conveniencia colectiva [...]». Un grupo de pueblos pequeños podría estar unido en una sola comuna. Las asociaciones de productores industriales y agrícolas de cada comuna se federarían nacionalmente, y efectuarían intercambios de bienes. En cuanto a la familia, la revolución no actuaría violentamente contra ella en principio. Pero desaparecería el trato diferente para las mujeres, tanto en lo social como en lo profesional: «El Comunismo Libertario proclama el amor libre, sin más regulación que la voluntad del hombre y de la mujer, garantizando a los hijos la salvaguardia de la colectividad [...]. Asimismo, por medio de una buena educación sexual, empezada en la escuela, tenderá a la selección de la especie, de acuerdo con las finalidades de la eugenesia, de manera que las parejas humanas procreen conscientemente, pensando en producir hijos sanos y hermosos.» (Quizá se ha ignorado este aspecto del programa anarquista.) Los anarquistas también tenían un programa para el amor: «Sobre los problemas de índole moral que puede plantear el amor en la sociedad comunista libertaria [...], la comunidad y la libertad no tienen más que dos caminos [...] la ausencia. Para muchas enfermedades se recomienda el cambio de agua y de aire. Para la enfermedad del amor [...] habrá de recomendarse el cambio de comuna [...]. La religión, manifestación puramente subjetiva del ser humano, será reconocida en cuanto permanezca relegada al sagrario de la conciencia individual, pero en ningún caso podrá ser considerada como forma de ostentación pública ni de coacción moral ni intelectual» (de manera que se cerrarían todas las iglesias).



(Col. Luis Gasca.)

Los anarquistas, que basculan entre el idealismo y la acción violenta, están en conflicto con la sociedad, con el Estado y, por consiguiente, con la República. En el archivo fotográfico se tiene clasificado a este hombre que los guardias conducen a la Jefatura de Policía barcelonesa, como «huelguista». Pero la República no detenía a ningún obrero por el hecho de estar en huelga, ni le conducía esposado.

El analfabetismo sería combatido enérgica y sistemáticamente. Se restituiría la cultura «a los que fueron desposeídos de ella [...]» (por el capitalismo: al utilizar la palabra «desposeer» se suponía claramente que, en la edad de oro del remoto pasado, las cosas habían sido mejores que en 1936). Se instauraría una federación nacional de la enseñanza cuya misión específica sería educar a la Humanidad nueva para ser libre, científica e igualitaria. Además: «[...] Quedará definitivamente excluido todo sistema de sanciones y recompensas [...]. El cine, la radio, las misiones pedagógicas [...] serán excelentes y eficaces auxiliares para una rápida transformación intelectual y moral de las generaciones presentes [...] y el acceso


(Arch. C. S. de Tejada.)


(Col. Luis Gasca.)

El gran momento de los anarcosindicalistas hay que situarlo en el verano de 1936. Dueños de las armas, dueños de la calle, en bancarrota la autoridad, imponen su ley, que no es ley. Milicianas —y ésta parece comunista— las hay en los escenarios de lucha, pero en proporción inferior a la que los documentos gráficos hacen suponer; suelen ser muy fotografiadas, dibujadas... Aunque exhiban armas, no todas han participado en los combates. ¿En qué calle, qué día y por qué se ha levantado la barricada ahora demolida? Una historia de opresiones y violencias ha esterilizado iniciativas y esfuerzos y frustrado posibilidades. La historia que se escribe con sangre avanza lentamente.

a las artes y a las ciencias será libre». No habría distinciones entre trabajadores intelectuales y manuales, «puesto que todos serán manuales e intelectuales a la vez».

«Como la evolución es una línea continua —concluía el programa—, aunque algunas veces no sea recta, el individuo siempre tendrá aspiraciones, ganas de gozar más, de superar a sus padres, de superar a sus semejantes, de superarse a sí mismo. Todas estas ansias de superación, de creación (artística, científica, literaria), de experimentación [...] una sociedad libre [...] las alentará y las cultivará [...]. Se destinarán días al recreo general [...]. Asimismo se dedicarán horas diarias a las exposiciones, a las funciones teatrales, al cinema, a las conferencias culturales [...]» [58].

Los comunistas, los socialistas y los republicanos de izquierdas acogieron estas aspiraciones con su desdén habitual: podía ser útil tener a los anarquistas al mismo lado de las barricadas que ellos, pero no tenerlos en una mesa de comité. Sin embargo, estas ideas

[58] Citado por Peirats, vol. I, pp. 111-131. «¿Este paraíso tiene calefacción central?», preguntó una vez un discípulo de Federico Urales.

no tardarían en ser llevadas a la práctica en miles de pueblos y ciudades, gracias a la iniciativa de los aproximadamente cinco mil miembros de la FAI [59].

Los políticos de la derecha y la conspiración

Entretanto, el 25 de mayo, el general Mola dio un plan estratégico detallado [60]. El 27 de mayo, José Antonio inició una correspondencia con Mola, mediante una carta que llevó a Pamplona su pasante, Rafael Garcerán. Todavía no prometía un apoyo total, pero hablaba de condiciones, afirmando que 4.000 falangistas podrían prestar su ayuda al principio del alzamiento [61]. El 30 de mayo, Sanjurjo dio a Mola su conformidad para que actuara como coordinador de la conspiración, dando por supuesto que él, Sanjurjo, el símbolo de la victoria, sería la cabeza del nuevo gobierno, y que los carlistas tendrían parte en él [62]. El 4 de junio, Mola tuvo su primera conversación con una personalidad carlista, José Luis Oriol, diputado por Alava y miembro de una destacada familia de Navarra [63]. Aquel mismo día, el director general de Seguridad, en Madrid, Alonso Mallol, que sabía perfectamente bien lo que se preparaba, fue a Pamplona para tratar de sorprender a Mola con las manos en la masa; Mola, advertido por su amigo Santiago Martín Bagüeñas, jefe de policía de la capital, pudo ocultar todos los indicios de conspiración que podían perjudicarle [64]. Entretanto, un anciano coronel, Valentín Galarza, se convirtió en jefe de estado mayor de la conspiración, y se encargó de mantener el contacto entre sus dirigentes. El 5 de junio, día en que José Antonio fue trasladado de Madrid a la cárcel de Alicante, Mola distribuyó un documento político en el que decía que, tras el buen éxito del alzamiento, vendría un «directorio» compuesto por un presidente y otros cuatro miembros. Todos ellos serían militares. Tendrían poder para promulgar leyes. Estas serían ratificadas posteriormente por una asamblea constituyente, elegida «por sufragio de la manera que se considerara más adecuada». Las Cortes y la Constitución de 1931 serían suspendidas. Se abolirían las leyes que no estuvieran de acuerdo con el «nuevo sistema orgánico», y las personas que recibieran «inspiración del extranjero» quedarían fuera de la legalidad. Pero los carlistas no aceptaron el programa, a pesar de una entrevista de seis horas entre Mola y Fal Conde en el monasterio navarro de Irache el 16 de junio [65].

[59] Esta es la cifra dada por Juan Gómez Casas, *Historia de la FAI* (Madrid, 1947).
[60] Iribarren, p. 57 y ss.
[61] *Cruzada*, IX, p. 511. El encuentro Mola-Garcerán fue el 1 de junio.
[62] Maíz, pp. 103-104; Iribarren, p. 54.
[63] *Cruzada*, XIII, p. 447.
[64] Jorge Vigón, *General Mola, el conspirador* (Barcelona, 1957), p. 93.
[65] *Cruzada*, XIII, p. 449. El alcalde local habló a Casares Quiroga de esta entrevista. (A. de Lizarra, *Los vascos y la República española*, Buenos Aires, 1944, p. 33.) Aparte de las dificultades de Mola con los carlistas, tampoco las tenía todas consigo con la Unión Militar. Véanse las cartas publicadas por De Castillo y Alvarez, que demuestran que la UME pretendía procesar por traición a todos los ministros posteriores a 1931.



(Pyresa.)



(Arch. Historia 16.)

En la prisión de Alicante, los falangistas forman un equipo de fútbol; José Antonio les fuerza a practicar el deporte para mantenerse en forma. Lo necesitan, han entrado en la conspiración.

El teniente coronel Valentín Galarza desempeña en Madrid funciones de jefe del estado mayor *conspirativo. Los comprometidos han traspasado la raya; no piensan en la paz, se disponen a la guerra.*


(Col. C. S. de Tejada.)

Toda España palpita con frenesí que se traduce en amenaza, amenaza que engendra el miedo, y miedo que, a su vez, origina amenaza. Para unos resultan amenazadores los puños crispados y para los otros lo son las manos alzadas. Por desgracia, todos tienen razón en temer, como no tardará en demostrarse cuando puños y manos caigan al borde de las carreteras, ante los paredones o en los frentes de combate.

Entretanto, la ideología afectaba incluso a la temporada de toros. En Aranjuez, por ejemplo, los dos alguacilillos galoparon por el ruedo con el puño en alto. Se ocasionó un tumulto. Como protesta, se arrojaron al ruedo toda clase de objetos: almohadillas, sombreros y botellas.

La salida del primer toro tuvo que retrasarse tres cuartos de hora mientras se despejaba el ruedo [66]. En Málaga se produjeron reyertas entre la CNT y la UGT, con algunos muertos, y en Barcelona fue asesinado misteriosamente el gerente inglés de una fábrica de encajes.

Para entonces, al parecer José Antonio había aceptado la idea de que era inevitable un alzamiento militar y de que la Falange había de tomar parte en él. Pero lo había hecho no tanto por convicción como porque creía que la Falange sería aplastada si no tomaba partido activamente por la organización de Mola: en el último número de la publicación falangista clandestina *No importa*, escribió: «Atención a la derecha. Advertencia a los madrugadores: la Falange no es una fuerza conservadora.» Poco después, puso en guardia contra el error de «creer que los males de España responden a simples desarreglos de orden interior y desembocan en la entrega del poder a los [...] charlatanes faltos de toda conciencia histórica, de toda auténtica formación» [67].

Calvo Sotelo tenía menos reservas. A pesar de que en el programa de Mola no se hacían concesiones a la Monarquía, dijo al general que sólo deseaba saber la hora y el día para ser un soldado más a las órdenes del ejército [68]. Gil Robles no formaba parte de la conspiración, pero conocía su existencia, y los conspiradores utilizaban algunos de los fondos de la CEDA [69]. Para entonces se había convencido de que el desorden continuo formaba parte de un plan para provocar el colapso económico como justificación para la revolución.

Su familia ya estaba en San Juan de Luz, en Francia, y él comprendió que su hora había pasado. Tal vez le habría gustado participar más directamente en la conspiración, pero los generales no se lo habían permitido [70]. Sin embargo, sus seguidores no sólo le estaban abandonando para pasarse a la Falange; algunos incluso se estaban pasando a Calvo Sotelo.

66 Carta de Desmond Flower al autor.

67 *Obras completas*, pp. 1110-1111. «Los madrugadores» eran los rebeldes. Véase Ridruejo, p. 116, y Vila San Juan, *García Lorca, asesinado*, p. 159, sobre la incertidumbre de José Antonio.

68 Maíz, p. 168. Gil Robles dice que no (p. 730).

69 Véase Payne, *Politics and the Military in Modern Spain* (Standford, 1967), p. 330 y Gil Robles, p. 730 y ss., donde el jefe de la CEDA dice que dio 500.000 pesetas de los fondos de su partido en los «primeros días de julio» para «ayudar a impedir el fracaso de lo que inevitablemente iba a pasar» o para ayudar a escapar a Mola, si llegara a ser necesario.

70 El papel de Gil Robles en la conspiración está investigado exhaustivamente en La Cierva, *Historia*, vol. I, p. 735 y ss. Al parecer, se negó a convocar para el 17 de julio unas Cortes en Burgos con los diputados de derechas disponibles cuando se lo pidieron. Véanse más comentarios en los artículos de Manuel Fal Conde publicados en *ABC* los días 2 y 3 de mayo de 1968, y los de Ignacio Luca de Tena, en el *ABC* de los días 2, 3, 5, 6 y 9 de abril de 1968. La réplica de Gil Robles a estos últimos se publicó en *Ya* el 10 de abril de 1968.

12

La economía durante la República

Los años 1929-1932 fueron el período de la depresión mundial; una mala época para que cualquier gobierno se hiciera cargo del poder. Si no hubiera sido por la depresión, tal vez Primo de Rivera no habría caído. Pero sus sucesores actuaron como si no comprendieran la índole de la crisis económica, aunque ellos mismos habían llegado al poder en parte gracias a ella. Azaña y sus ministros se comportaron como si creyeran que estaban tratando primariamente con problemas constitucionales o culturales. Ni siquiera los ministros socialistas (entre 1931 y 1933, Prieto y Largo Caballero fueron ministros de Hacienda y de Trabajo) parecieron comprender la necesidad de la dirección de la economía, en una crisis financiera mundial tan importante. Los españoles ricos y la comunidad financiera internacional, para empezar, eran hostiles a la República, en parte porque los ministros eran inexpertos, en

Juan Ventosa y Calvell, primero por la izquierda, es el último ministro de la Monarquía; en la fotografía viste uniforme de ministro y se toca con bicornio, junto al almirante Aznar, presidente de aquel Consejo. Tiene fama Ventosa de buen hacendista y, aunque político, es un técnico. Su actividad y su posición están siempre relacionadas con los intereses y las empresas capitalistas.



(Efe.)


(Arch. C. S. de Tejada.)

La inestabilidad del orden público, incluso los ataques a los templos, crea en los ambientes económicos y financieros un clima de desconfianza que perjudica las relaciones comerciales extranjeras de la República.

A Jaime Carner, uno de los diez ministros que desempeñan la cartera de Hacienda durante la República, se le considera buen economista, pero sus actividades particulares están relacionadas también con la defensa de intereses privados. Sólo ocho meses permanece al frente del ministerio.


(Efe.)

parte porque su política inspiraba dudas, y en parte porque nadie tenía dinero con el que correr riesgos. La llegada de Prieto al ministerio de Hacienda provocó, en primer lugar, la retirada de un préstamo de J. P. Morgan, negociado por su inmediato predecesor en el gobierno de la Monarquía, Juan Ventosa. Las quemas de iglesias en mayo de 1931 retrasaron la reapertura de negociaciones a ese respecto. A lo largo de 1931 hubo un debilitamiento de la peseta y una evasión sustancial de dinero. Más tarde, Indalecio Prieto hizo lo que pudo para proteger la peseta, negociando con Rusia para comprar petróleo a un precio inferior en un 18 por 100 al que ofrecían las compañías inglesas y norteamericanas e insistiendo en las autorizaciones para la importación de equipo extranjero [1]. No obstante, a lo largo de 1931, Prieto, como si fuera un ortodoxo director del Banco de Inglaterra, se dedicó a intentar estabilizar la peseta. Su sucesor, todavía más ortodoxo, en el Ministerio de Hacienda, Jaime Carner, hizo lo mismo. La consecuencia fue que, así como el valor internacional de la peseta descendió un 25 por 100 entre 1929 y 1931, en 1932 sólo había descendido un 10 por 100 más; a partir de entonces se mantuvo estable hasta 1936. Puede argüirse que si no hubiera sido por la constante incertidumbre política, el número de huelgas, y las amenazas de revolución de las derechas y las izquierdas, la peseta habría aumentado de valor en 1934. En todo caso, no puede decirse que las conspiraciones financieras derechistas o internacionales tuvieran la culpa de la caída de la República, por muchas cosas que hiciera Juan March con su dinero [2].

La industria

En aquellos años, la industria funcionó a un nivel bajo por razones en gran medida fuera del control de España. Las cifras son desalentadoras: tomando 1929 como base, igual a 100, el índice de producción industrial de 1935 estaba por debajo de él; después de las elecciones de 1936, en marzo, el índice bajó a 77. El índice de las cotizaciones de Bolsa era todavía más sombrío. Tomando otra vez la base de 1929, las cotizaciones habían bajado a 63 en 1935 [3]. El sector más afectado por la depresión de la economía española fue el minero: y no tanto el del carbón como el de otros minerales. Indudablemente, la producción de carbón disminuyó, aunque sólo moderadamente, pasando de 7 millones de toneladas en 1931, a algo menos de 6 millones en 1934, para volver a los 7 millones en 1935. Sin embargo, el carbón español no podía competir con los precios ingleses, y para que no se resintieran las exportaciones de agrios, había que importar regularmente algo de carbón inglés para

[1] Azaña describe en su diario discusiones en el gobierno sobre el suministro de petróleo.
[2] Véase el Apéndice II, donde puede encontrarse evidencia estadística de la mayoría de los argumentos de este capítulo.
[3] La baja de las cotizaciones de Bolsa fue acompañada de un aumento de los depósitos de dinero, casi en la misma medida en que habían disminuido las inversiones: las cajas de ahorros tenían 239 millones de pesetas en 1928 y 370 en 1935. Y los depósitos en los bancos sumaban 1.608 millones de pesetas en 1928, y habían llegado a los 2.778 millones en 1934.



(Efe.)

Juan March (en el centro de la fotografía) es el hombre en el cual la historia y la leyenda se complementan. Poseedor —amasador— de una gran fortuna y ligado a las finanzas internacionales, actúa siempre como francotirador y en beneficio propio. Algunos de sus negocios no quedan claros. Las izquierdas le combaten sañudamente y llegan a encarcelarle: su fuga de la prisión, acompañado por el director de la misma, tiene caracteres novelescos, o periodísticos por lo menos. Contra él suelen formularse todo género de acusaciones: «en todo caso, no puede decirse que las conspiraciones financieras derechistas o internacionales tuvieran la culpa de la caída de la República, por muchas cosas que hiciera Juan March con su dinero».



(Salmer.)

Los gobiernos tienen que enfrentarse con la depreciación de la peseta, iniciada antes de abril de 1931, y que en parte es consecuencia de la crisis mundial. La depreciación es importante con arreglo a las circunstancias de la época y por comparación con algunas otras divisas. La inseguridad político-social produce un general retraimiento de las inversiones: baja la bolsa y aumenta el número de parados.

equilibrar el comercio. En cambio, la explotación de las minas de manganeso se redujo casi a la nada en 1935; la producción de piritas, potasio y lingotes de hierro descendió más de un tercio entre 1930 y 1935; la de plomo, zinc, plata, tungsteno y cobre, más de la mitad; y la de mineral de hierro, una cuarta parte. La producción de acero descendió fuertemente, de un millón de toneladas en 1929, a 580.000 en 1935, no sólo debido a las circunstancias mundiales, sino a que la República necesitaba menos acero que Primo de Rivera: no había ninguna guerra de Marruecos y la República, igual que todos los gobiernos de los años 30, creía en la expansión de las carreteras y no en la ferroviaria. Sin embargo, en algunos sectores no fueron mal las cosas durante la República. La producción de energía eléctrica, al incrementar el número de plantas hidroeléctricas, aumentó en casi un 50 por 100 entre 1926 y 1936. Lo mismo ocurrió con la construcción. En realidad, la mayoría de los países (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania) tuvieron pro-



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)



(Efe.)

A pesar de los conflictos de carácter social agrario que se prodigan en determinadas regiones, las crisis afectan preferentemente a algunas áreas, y por saltar a las primeras páginas de la prensa parecen de mayor extensión y tienden a exagerar su importancia, que no es poca. La producción agrícola en general se mantendrá durante el periodo republicano a buenos niveles.

El socialista Indalecio Prieto (arriba, derecha) permanece al frente del Ministerio de Obras Públicas durante un periodo que va desde diciembre de 1931 a septiembre de 1933, lo cual le permite una intensa labor y emprender muchos proyectos que, en general, son más numerosos que las auténticas realizaciones. Uno de los más brillantes y conocidos es el de los enlaces ferroviarios de Madrid, cuya viabilidad y eficacia se han demostrado muchos años después. Las obras hubo que abandonarlas, y algunos madrileños bautizaron aquellos subterráneos como «tubos de la risa».

blemas peores que España durante la depresión. Así, mientras el índice de producción industrial de España había descendido más del 10 por 100, la producción de Alemania y Estados Unidos descendió casi el 50 por 100 en 1932.

El que reaccionó mejor, de los ministros, frente a estas dificultades fue Prieto, quien, cuando pasó del Ministerio de Hacienda al de Obras Públicas, dedicó mucho tiempo y muchas inversiones a la construcción de pantanos, a hacer proyectos de riego y repoblación forestal y a fomentar la agricultura y la energía hidroeléctrica. Electrificó algunos trenes, comenzó la construcción de terminales centrales de metro en Barcelona y Madrid, terminó el proyecto del túnel del Guadarrama que había iniciado Primo de Rivera, y construyó muchas carreteras, comprendiendo que la España del futuro dependería cada vez más de los camiones para el transporte comercial. Es fácil imaginar la importancia que habrían tenido proyectos de esta índole si él hubiera dirigido un gobierno de centro.

La agricultura

Las cifras agrícolas eran mucho más alentadoras. La producción de trigo, maíz y arroz, o bien se mantuvo en su nivel anterior, o mostró un avance. La pesca efectuada en las costas españolas aumentó en un tercio [4]. El área dedicada a la producción de naranjas entre 1931 y 1936 fue casi el 50 por 100 más que la de 1926, y las exportaciones de naranjas también alcanzaron una cifra récord en los años de la República, llegando a constituir más del 20 por 100 de las exportaciones españolas (principalmente a Inglaterra) [5]. (El aumento se debió

[4] Pasó de 230.646 toneladas en 1927 a 340.917 toneladas en 1931-1934.

[5] Cifras de Tamames, pp. 86-91. El porcentaje de las naranjas dentro de las exportaciones era del 11,7 % en 1926-1930, y (para poner una comparación moderna) del 12,67 % en 1959.

principalmente a la reducción de otras exportaciones, tales como el vino y el aceite de oliva.) A pesar de todo, como era de esperar, las cifras totales de exportación mediados los años 30 llegaban sólo a una cuarta parte de los niveles obtenidos en 1930.

Estas cifras se han de considerar teniendo en cuenta el constante aumento de la población —casi un 1 por 100 anual—, o sea, que las condiciones eran peores para una población mayor [6]. Además, en los años 30 volvieron 100.000 trabajadores emigrantes, principalmente procedentes de Cuba o Sudamérica, y era imposible una emigración ulterior [7].

Por lo tanto, la economía de España se caracterizaba por un suave declive en la producción industrial, un fuerte declive en la minera, un mantenimiento o un ligero aumento de la producción agrícola y un aumento de población. Los precios se mantuvieron bastante constantes: la comida era barata en relación con la vivienda, y la ropa también.

La política laboral

Pero las circunstancias políticas, naturalmente, dominaban las consecuencias. Entre 1931 y 1933, por ejemplo, subieron los sueldos a consecuencia de las medidas de Largo Caballero y de una ola fenomenal de huelgas ante las cuales los patronos vieron que no tenían más alternativa que la de pagar, por razones políticas [8]. El

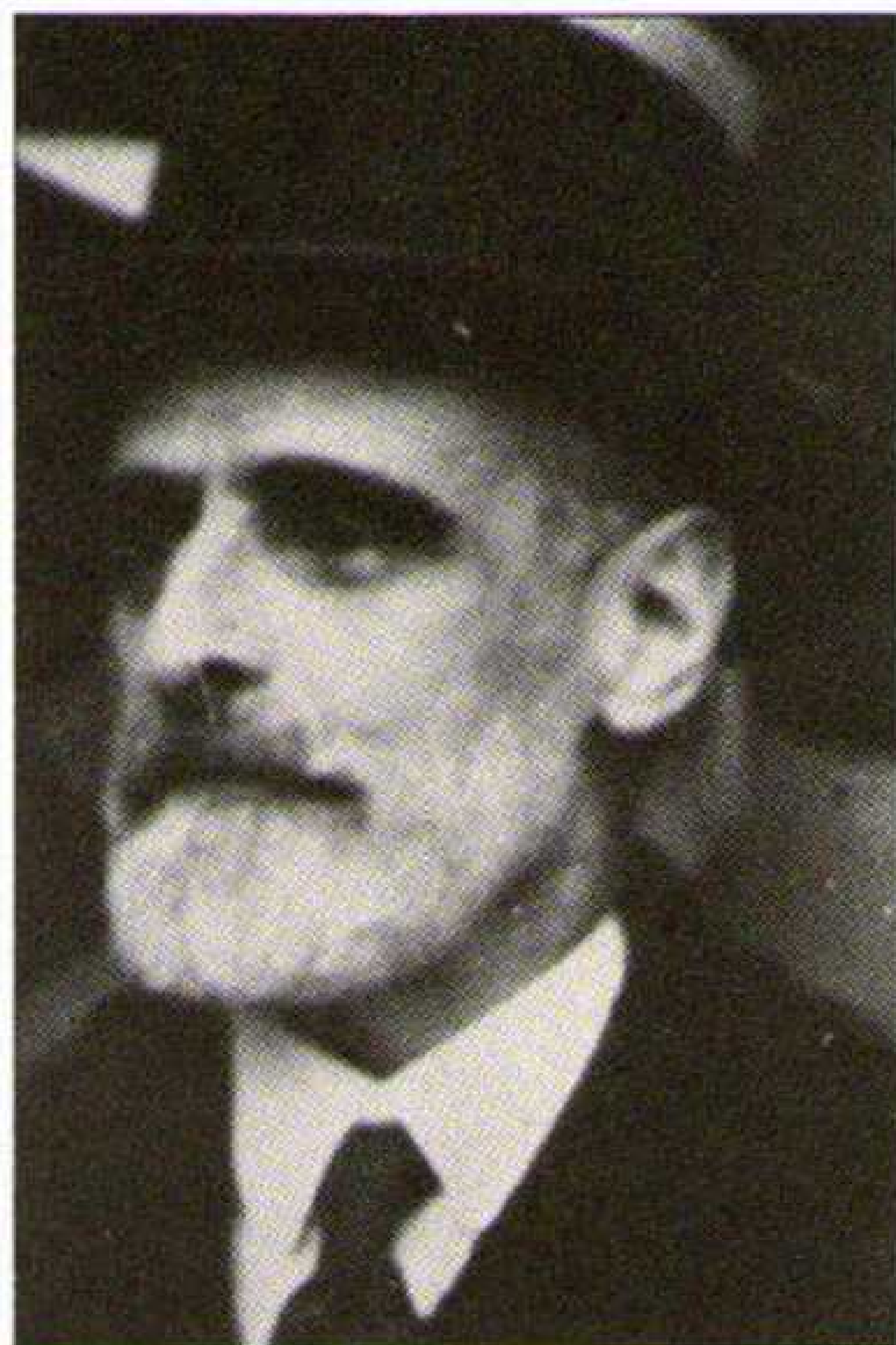


(Efe.)

[6] La población aumentó de 23,6 millones en 1930 a 25,88 millones en 1940, o sea, un índice de crecimiento de casi un 1 % al año, incluso a pesar de la guerra civil.

[7] 39.582, 37.376 y 24.927 en 1931, 1932 y 1933, respectivamente (Ramón Tamames, *La República, La era de Franco*, Madrid, 1973, p. 58).

[8] En 1933 hubo más de 1.000 huelgas, perdiéndose unos 14 millones de días de trabajo: tal vez estas cifras sólo sean significativas si se comparan con las anteriores. El número de huelgas de los siete años entre 1929 y 1935 fue de 96, 402, 734, 681, 1.127, 594 y 164, respectivamente (Balcells, p. 175).



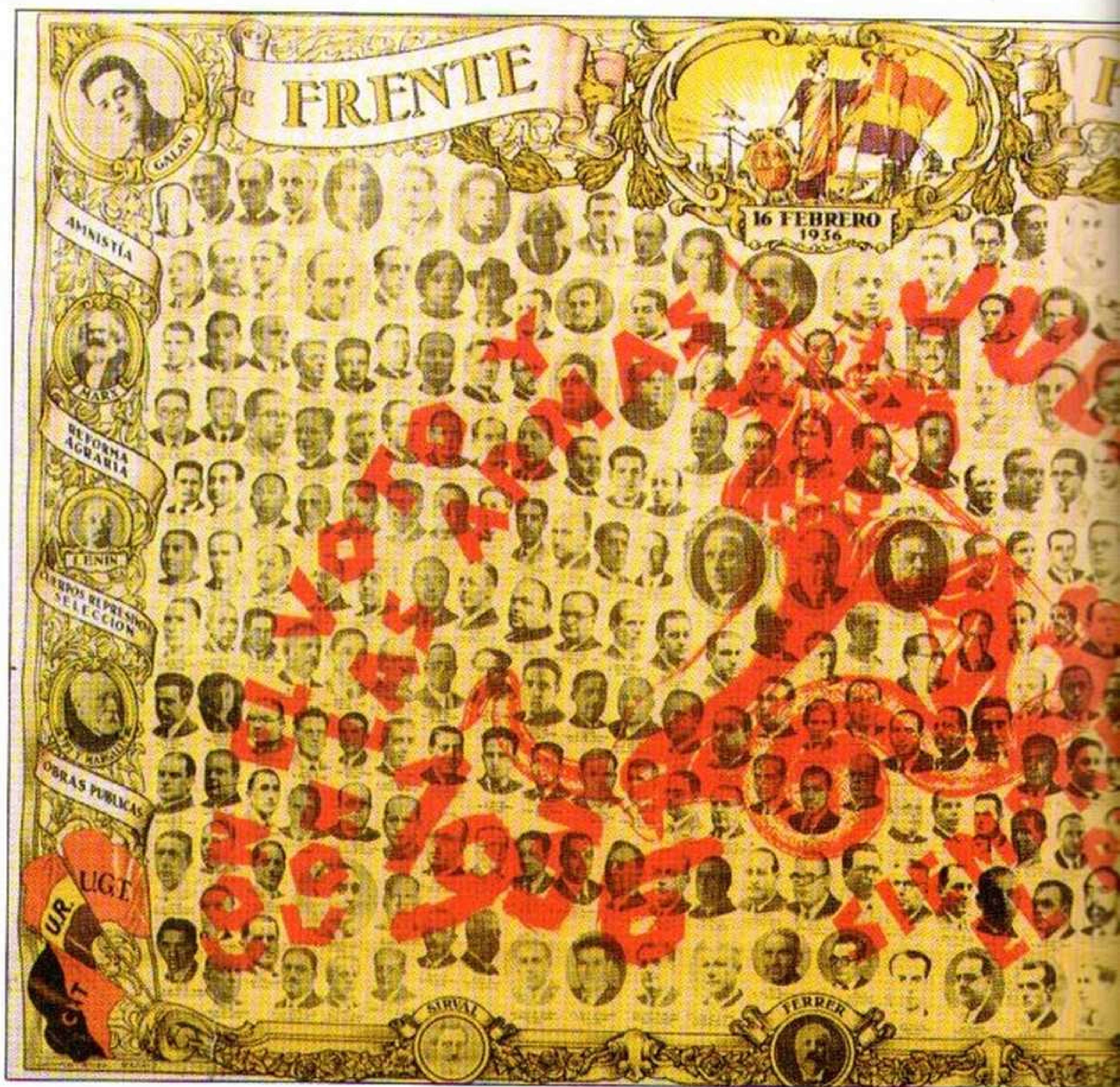
(Efe.)

FRANCESC CAMBO I BATLLE (Verges, Gerona, 1876 - Buenos Aires, 1947)

Abogado, financiero, mecenas, escritor y periodista, Francesc Cambó fue la figura central del catalanismo político. Desde posturas conservadoras, supo organizar un partido moderno y renovador, expresión de la revolución burguesa iniciada en Cataluña. A pesar de la desconfianza que, con algunas excepciones, despertó en los medios políticos madrileños, no fue separatista. Más bien intentó proyectar los objetivos regionales a todo el Estado español. De forma tal vez exagerada, Niceto Alcalá-Zamora supo expresar la profunda contradicción del ideario camboniano: quiso ser Bolívar en Cataluña y, a la vez, Bismarck en España. El progresivo desplazamiento a la izquierda de una parte del catalanismo y el compromiso de Cambó con los intereses del capitalismo, del que fue uno de los más genuinos representantes, terminaron por minar su posición, desembocando en el fracaso de la Lliga Regionalista **en las elecciones provinciales de 1923. El centralismo a ultranza de Primo de Rivera radicalizó aún más esta tendencia, cuya expresión sería el** Visca Macià, morí Cambó! **de los primeros días de la República.**

Nacido en una acomodada familia ampurdanesa admiradora de Cánovas, Francesc Cambó estudió en Barcelona y se licenció en Filosofía y Letras en 1896 y en Derecho en 1897. De esta época data su amistad con Prat de la Riba. Se incorporó como pasante al bufete de Narcís Verdaguer, fundador de La Veu de Catalunya, **y cuando esta**

publicación se convirtió en diario, bajo la dirección de Prat de la Riba, pasó a formar parte de la redacción.
Colaboró en la fundación de la Lliga Regionalista (25 de abril de 1901) y salió elegido concejal en Barcelona en las elecciones municipales de ese año. En 1906 contribuyó activamente a la formación del bloque político Solidaritat Catalana y al año siguiente fue uno de los cuarenta y un diputados solidarios elegidos. Una semana antes había sido herido gravemente en un atentado, presumiblemente realizado por los lerrouxistas. Sus discursos sólidos y precisos, casi matemáticos, introdujeron un nuevo estilo en las Cortes y le convirtieron en el auténtico portavoz de la minoría solidaria.
Participó en dos gobiernos, ambos presididos por Maura. En el primero (21 de marzo a 6 de noviembre de 1918) se hizo cargo de la cartera de Fomento; en el segundo (21 de agosto de 1921 a 7 de marzo de 1922), de la de Hacienda. En las dos ocasiones mostró grandes condiciones de estadista y formuló planes concretos y ambiciosos que mostraban una visión nacional de los problemas.
En 1922, el giro a la izquierda de la juventud nacionalista y de una parte de los intelectuales de la Lliga creando Acció Catalana acentuó el carácter conservador del grupo dirigido por Cambó. Las elecciones provinciales de 1923 dieron el triunfo a la nueva formación. Cambó renunció al acta de diputado y a todos sus cargos en el partido, alegando que «su presencia podía perjudicar a la Lliga». Tras el golpe de Estado de Primo de Rivera, desde Atenas recomendó prudencia y reserva. En los años siguientes se opuso de forma moderada al dictador y decididamente al movimiento nacionalista encabezado por Macià.
Al proclamarse la República, Cambó defendió el Estatuto de autonomía presentado por la Esquerra. Fue elegido diputado en las elecciones de 1933 y fracasó en las de 1936. Desde entonces se alejó de la política y emprendió un nuevo viaje antes de estallar la guerra. Aunque ayudó económicamente al general Franco, y recomendó a los hombres de la Lliga la colaboración total, ya no volvería a España. Murió en Buenos Aires el 30 de abril de 1947. El 2 de julio de 1977, sus restos, trasladados desde Argentina, fueron depositados en el panteón familiar del cementerio barcelonés del Sudeste.



resultado fueron despidos y cierres de fábricas, con el consiguiente aumento del paro; en realidad, el paro aumentó mucho durante la República. No es fácil determinar las cifras, pero si, como parece probable, había 400.000 parados en diciembre de 1931, después de nueve meses de República, probablemente había 600.000 en diciembre de 1933 [9].
La situación cambió algo durante el bienio negro, los dos años de gobierno centralista radical y de la CEDA entre finales de 1933 y principios de 1936. Entonces los patronos no sentían temores políticos y podían negarse a las reivindicaciones salariales. Contaban con la policía, la guardia civil y el ejército, y los trabajadores lo sabían. De manera que no sólo no aumentaron los salarios, sino que en muchos sitios bajaron claramente, sin un descenso proporcionado de los precios. La clase obrera estaba siendo atacada; la consecuencia, como hemos visto, fue la huelga agrícola de principios de 1934, a la que siguieron la revolución y la huelga general de octubre de 1934. A partir de entonces los resentimientos políticos aumentaron de forma irremediable, particularmente debido al encarcelamiento de tantos dirigentes obreros. Pero, por lo menos, disminuyó el índice de paro.
La victoria del Frente Popular reintegró al país a una versión exa-

[9] Balcells, p. 53.



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)



(Arch. B. M. Patino.)

cerbada del estado de cosas reinante entre 1931 y 1933. La Bolsa bajó, disminuyó la producción y, esta vez, la crisis afectó a la agricultura. Los terratenientes y los patronos se vieron obligados no sólo a subir los salarios y a reducir las horas de trabajo, sino, particularmente en el campo, como hemos visto, a dar trabajo no sólo a los despedidos entre 1933 y 1936 y a los que habían estado en la cárcel, sino a personas que nunca habían tenido un empleo. Así y todo, aumentó el paro —que, en junio de 1936, llegó al nivel de los 800.000 parados—. Es lógico que muchos de éstos trataran de ser aceptados, y hasta alimentados, por alguna de las organizaciones paramilitares. En realidad, la «pequeña guerra civil» —así se han llamado, con cierta razón, los acontecimientos ocurridos entre febrero y julio de 1936— puede interpretarse como algo muy parecido a una incursión de pistoleros parados, de ambos bandos, contra las vidas y las posesiones de los asalariados.

Ante la inestabilidad política y los odios surgidos en 1934, la combinación del descenso en la producción con los elevados salarios (obtenidos por intimidación), con el hundimiento de la confianza de los empresarios y con el aumento del paro, dejaba al país sólo tres alternativas: la revolución, la contrarrevolución o la guerra civil. Ahora, Gil Robles y Azaña, con su preocupación por la enseñanza religiosa, eran, naturalmente, irrelevantes. En la pri-

Este cartel puede elevarse a símbolo de lo que va a ocurrir —y ocurre— en 1936. Sobre la «orla» de los diputados frentepopulistas, a la cual se han ido añadiendo personajes dispares, como Carlos Marx, Lenin y Francisco Macià, Pi y Margall, el sargento Vázquez y Pablo Iglesias, se ha escrito en rojo una frase que sintetiza el tránsito del voto a las armas.
La fotografía de la derecha capta el momento de la entrada de tropas en Suria en enero de 1932, cuando, en conexión con un movimiento generalizado que fracasó, hubo una revolución en la zona del alto Llobregat. Azaña, que sospechaba que el comunismo internacional presionaba sobre los anarquistas, dio órdenes drásticas para la liquidación inmediata del foco revolucionario. El clima de guerra civil se ha dejado sentir con su rigor a lo largo de estos años.



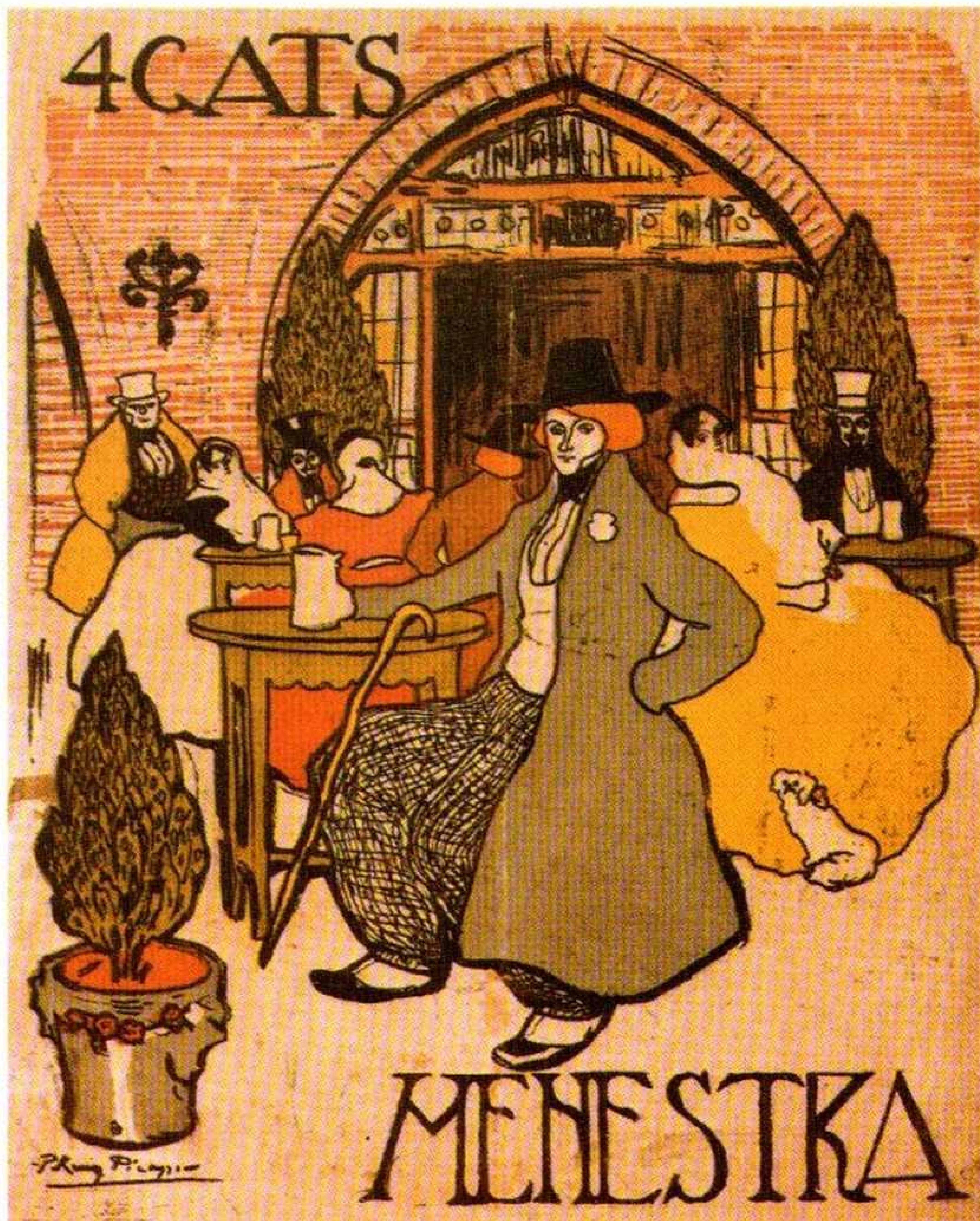
(Pyresa.)

mera mitad de 1936, sólo Calvo Sotelo y Largo Caballero parecían tener una solución que ofrecer: ambos habían colaborado con una política democrática, ambos habían colaborado con Primo de Rivera, y ambos ofrecían ahora soluciones autoritarias. Para los hombres de centro era difícil resistirse al impulso que empujaba en una u otra dirección.

El renacer cultural del siglo XX

El siglo XX contempló un despertar del espíritu español: la volatilidad política de los años transcurridos entre 1898 y 1936, más intensa todavía entre 1931 y 1936, fue la expresión de una vitalidad que se extendía a la mayor parte de las esferas de la vida nacional. La primera parte del siglo XX fue más rica desde el punto de vista artístico, por ejemplo, que ningún otro momento después del siglo XVII. Los nombres tan famosos de Picasso, Dalí, Miró, García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Pío Baroja, Buñuel, Falla, Casals, Unamuno y Ortega son sólo las cumbres de un

De Ramón María del Valle Inclán (arriba) ha escrito Julián Marías: «Durante varios años vivió una vida bohemia, independiente, orgullosa y agresiva, de histrionismo y escándalo, a la vez que escribía algunos de los mejores libros de nuestro siglo.» Muere en 1936.



(Salmer.)

Cartel empleado también en la minuta de este café, restaurante y sala de exposiciones donde P. Ruiz Picasso (que así firma) se reúne con otros artistas. En 1899 sólo tiene dieciocho años.

Durante la dictadura de Primo de Rivera ha surgido una de las más brillantes generaciones poéticas de la historia literaria española. García Lorca (página siguiente, abajo) es el más significativo de estos jóvenes poetas. Morirá fusilado, como otros muchos españoles, en 1936, en su Granada natal.

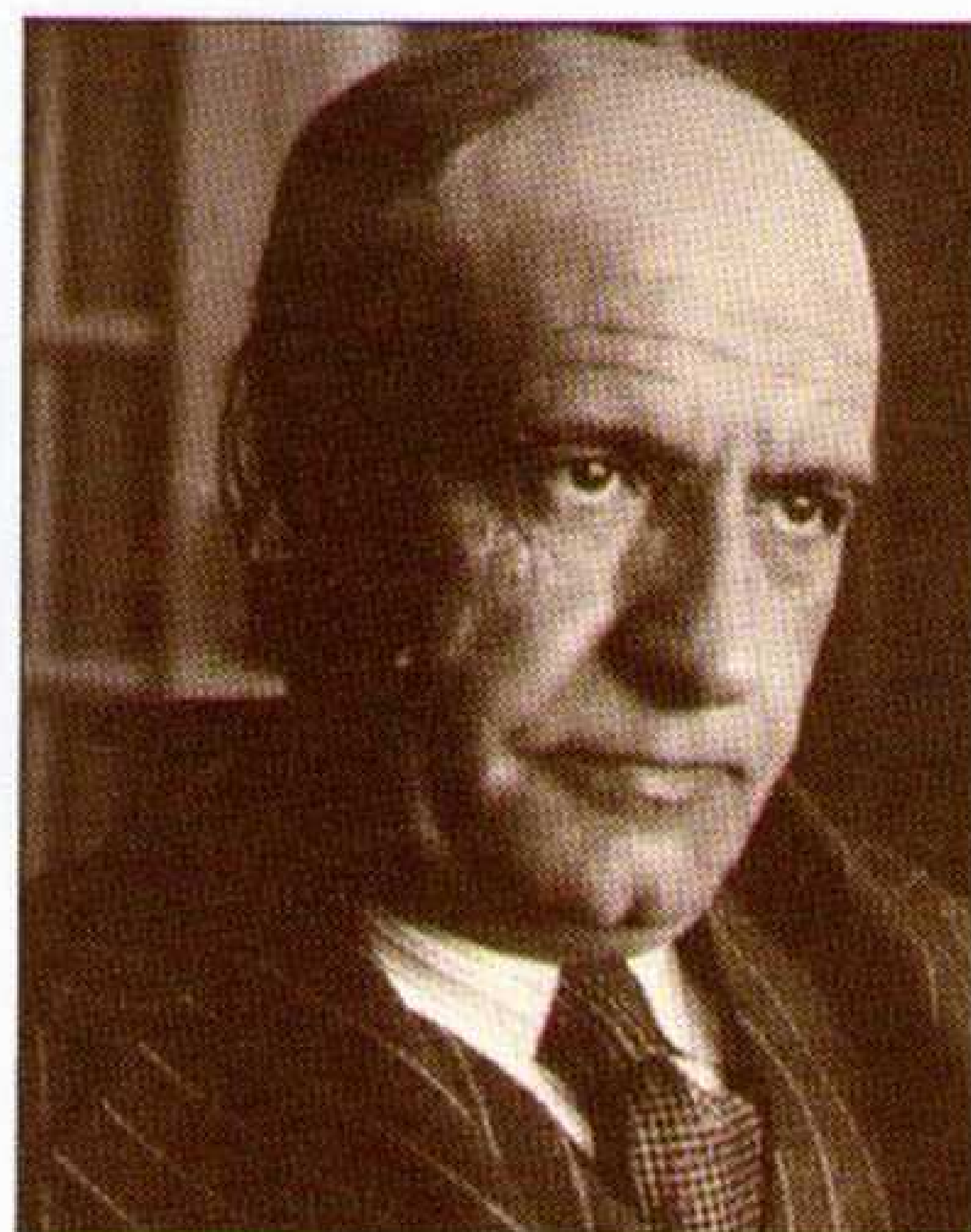


(Efe.)

Claudio Sánchez Albornoz es una de las figuras señeras de la historiografía española. Nacido en Madrid en 1893, a los veinticinco años es ya catedrático de la Universidad de Barcelona, para pasar más tarde a Madrid y ocupar la cátedra de Historia de España Antigua y Media, en sustitución de su maestro Eduardo de Hinojosa. Elegido muy joven como miembro de la Academia de la Historia, ocupa en 1932 el cargo de rector de la Universidad de Madrid. Su trayectoria política es la de un republicano intachable. Miembro del partido de Azaña, Izquierda Republicana, sale diputado por Avila en las Constituyentes de 1931, y en la crisis de octubre de 1933 ocupa el cargo de ministro de Estado en el gobierno de Martínez Barrio. La sublevación del 18 de julio le sorprende como embajador en Lisboa.



(Alonso. Bilbao.)



(Efe.)

JOSE ORTEGA Y GASSET (Madrid, 1883 - Madrid, 1955)

Hijo de un periodista de renombre, José Ortega Munilla, su madre, Dolores Gasset, era hija del dueño del periódico madrileño El Imparcial. **A los ocho años ingresó interno en el colegio de los jesuitas de El Palo (Málaga); también con los jesuitas en Deusto, en 1898, comenzó sus estudios de Derecho y Filosofía, que continuó en Madrid. En 1902 se licenció en Filosofía y publicó su primer artículo en** Vida Nueva. **Se doctoró en 1904 y durante los dos años siguientes amplió estudios en Berlín, Leipzig y Marburgo, donde fue discípulo de los neokantianos entonces en boga. Desde 1904 colaboró asiduamente en** El Imparcial, **y a su**

período brillante. Indudablemente, a principios del siglo XX, España estaba saliendo de su larga decadencia. Este renacimiento se veía tanto en la derecha como en la izquierda, en la enseñanza y en el arte. El armonioso racionalismo de la Institución Libre de Enseñanza empezaba a contar con el complemento de un catolicismo reavivado. El nacionalismo catalán y el vasco eran expresiones políticas de un renacimiento tanto económico como cultural. El movimiento anarquista, que continuó creciendo numéricamente hasta los años 30, demostró que las clases trabajadoras también se habían despertado. El resurgimiento intelectual quedaba reflejado en

vuelta de Alemania fue uno de los fundadores de la revista Faro. **Casó en Madrid con Rosa Spottorno y Topete, y, en 1910, ganó por oposición la cátedra de metafísica de la Universidad de Madrid. El año de 1914 es un primer punto de referencia en su amplia producción, con** Vieja y nueva política. **Al año siguiente aparece la revista** España, **una de las muchas empresas culturales que tuvieron en Ortega su principal impulsor. En ella colaboraron las plumas más ilustres de la España de la época. Son años de intenso trabajo: en 1916 comienza a aparecer, a modo de crónicas,** El Espectador, **cuyo mero título es ya toda una toma de posición, y las colaboraciones en** El Sol, El Socialista, **etc.**
En 1920, Ortega pasa a formar parte del consejo de administración de la Editorial Calpe, fundada por Urgoiti y que con el tiempo daría lugar a la conocida Espasa Calpe. Al año siguiente se publica España invertebrada, **uno de los libros capitales de Ortega, y dos años después, en 1923, aparece** El tema de nuestro tiempo, **donde elabora uno de sus conceptos básicos, el de «raciovitalismo». Ese mismo año aparece la** Revista de Occidente, **sin duda la empresa cultural más fecunda de la España del primer tercio del siglo XX, auténtico impulso renovador de la cultura española, cuyo mérito sería falaz regatear a Ortega.**
Desde muy pronto Ortega tuvo claro que «la vida española nos obliga, queramos o no, a la acción política», y los acontecimientos destacados de la política española se ven jalonados por famosos artículos de Ortega: «Bajo el arco en ruina» (junio de 1917), frente a la aparición de las juntas militares; «El error Berenguer» (noviembre de 1929), ante el fracaso de la dictadura de Primo de Rivera y, con él, el hundimiento de la monarquía, etc. En años anteriores había fundado la Liga de Educación Política y en los umbrales de 1931 funda, junto con Marañón y Pérez de Ayala, la Agrupación al Servicio de la República, en un intento de aglutinar a los intelectuales como grupo de presión que asumiera tareas directivas ante los acontecimientos que se avecinaban.
Proclamada la República, es elegido diputado por León a las Cortes Constituyentes; a finales de ese año pronuncia en el Real Cinema de Madrid una conferencia que en su título resume toda la actitud política de Ortega ante los comienzos del nuevo régimen: Rectificación de la República. **En 1932 se retira prácticamente de la política. Al estallar la guerra civil abandona España, y se instala en Holanda, para residir, de**

una prensa vigorosa: cada partido, e incluso cada matiz de opinión, tenía su publicación propia, y a menudo tenía además un diario o dos. Desgraciadamente, el conflicto de estas y otras esperanzas de regeneración no pudo caber en las viejas estructuras. Así, el verano de 1936 no vio solamente la conclusión de la obra de García Lorca *La casa de Bernarda Alba,* sino también la culminación de ciento cincuenta años de apasionadas luchas en España.

Las revoluciones del pasado

En 1808 se había hundido la vieja monarquía y, a partir de 1834, se libró una guerra de cinco años provocada por la cuestión de la Constitución liberal. En 1868, el ejército expulsó a una monarquía corrompida, y el país se dividió en un conflicto que era a la vez religioso y regional, mientras los representantes de Bakunin fundaban las primeras organizaciones obreras. En 1898, la guerra contra los Estados Unidos provocó el regreso de un ejército excesivamente numeroso que pasó de las últimas colonias a la frustración de la inactividad en España, rodeado de innumerables recuerdos de las glorias pasadas, mientras que un grupo de valientes jóvenes de la clase media soñaba con preparar el renacimiento intelectual del país «poniendo doble llave al sepulcro del Cid» [10]. En 1909, los odios de clase, exacerbados por el nacionalismo y el antimilitarismo catalanes, dieron lugar en Barcelona a una semana de sangrientos desenfrenos, que se dirigieron especialmente contra la Iglesia. En 1917, una huelga general revolucionaria fue aplastada por un ejército también muy dado a la insurrección, mientras que la dictadura militar de Primo de Rivera, establecida en 1923 después de cinco años de semiguerra civil en Barcelona, fue el gobierno que dio al país el paréntesis más largo en lo que se refiere a asesinatos políticos, huelgas y estériles intrigas. Los liberales, cuyas protestas consiguieron la expulsión del dictador en 1930 y la del rey en 1931, resultaron incapaces de crear unos hábitos democráticos lo suficientemente poderosos para satisfacer las aspiraciones tanto de las clases trabajadoras como de las antiguas clases gobernantes, y los nuevos gobernantes irritaron mortalmente a los antiguos, sin llegar a ser lo bastante fuertes y radicales para complacer a los trabajadores. En 1932, un sector de las derechas intentó superar su derrota electoral con un pronunciamiento al viejo estilo, mientras que, en 1934, una parte de las izquierdas, tras su fracaso en las urnas y llevadas por su impaciencia y por el miedo al fascismo que se estaba extendiendo por todo el continente, iniciaron también una revuelta que, en Asturias, estableció temporalmente una dictadura del proletariado. En febrero de 1936, los dos bandos que para entonces se habían formado, y que se referían a sí mismos con el nombre peligrosamente militar de frente, pusieron sus disputas de nuevo a votación. La victoria —por escaso margen— del Frente Popular sobre el Frente Nacional había elevado al poder a un gobierno débil, aunque progresista, considerado por sus propios par-

[10] Esta frase es del economista Joaquín Costa. Véase también el «matemos a Cervantes», de Unamuno, que tanto escandalizaba a Lorca.

tidarios socialistas y comunistas como el precursor de un cambio social más profundo. La mayoría de los hombres prominentes de la España de 1936 habían vivido toda una generación de turbulencia, y muchos de ellos, como Largo Caballero, Calvo Sotelo o Sanjurjo, habían representado en ella papeles importantes, aunque equívocos (Largo Caballero había colaborado con Primo de Rivera, Sanjurjo había abandonado al rey). Ahora los antiguos dueños del poder económico, dirigidos por el ejército y apoyados por la Iglesia, encarnación de las pasadas glorias de España, creían que estaban a punto de ser desbordados. Frente a ellos se encontraban «los profesores» —la clase media instruida— y casi todas las fuerzas obreras del país, enloquecidas por años de insultos, miseria y abandono, soliviantadas por el conocimiento de las mejores condiciones de vida de que disfrutaban sus camaradas en Francia e Inglaterra, y por el poder que suponían había conseguido en Rusia la clase obrera. Las izquierdas estaban horrorizadas por el fascismo, las derechas por el comunismo. Además, las derechas suponían que, si no iniciaban una contrarrevolución, serían aplastadas por la revolución. Entretanto, los anarquistas llevaban toda una generación en estado de guerra con la sociedad; y la respuesta del gobierno había sido la de una desesperada administración de guerra, y no la de un gobierno en tiempo de paz. Unos meses más tarde, el agregado militar francés, coronel Morell, resumió la situación con agudeza, aunque también con cierta altivez: «Una aristocracia parasitaria, una burguesía poco preocupada por el bien público, un pueblo sin dirigentes. El prestigio del clero se había desvanecido, el sistema del caciquismo se había debilitado, el pueblo había sido presa de agitadores y políticos. La burguesía amenazada por la revolución se había sumado, por convicción o por cálculo, a la causa de la rebelión» [11]. Otra explicación sería la de que España era un país conservador en el que una estructura social estancada había mantenido en el atraso a una economía infraexplotada, mientras

1939 a 1942, en Argentina, donde dio cursos y publicó diversos trabajos. En 1942 se instaló en Lisboa, y en 1946 regresó a España. Dos años después, fundó el Instituto de Humanidades. Durante los últimos años de su vida viajó con frecuencia para dictar cursos en Alemania, Suiza y Estados Unidos. Ortega nació, como ha señalado alguno de los numerosos exegetas de su obra, en la cumbre de la escala social, en un medio culto, liberal y con pleno acceso a los medios de comunicación social; es decir, en el seno de una élite. Ortega ha sido el intelectual español que dispuso de mayores medios de difusión: la cátedra, un diario, una editorial y la mejor revista cultural de España.



(Col. C. S. de Tejada.)



(Col. Luis Gasca.)

El poeta Antonio Machado ve desfilar sobre los campos castellanos la sombra errante de Caín, pero ¿qué ocurre sobre el adoquinado de las ciudades, sobre el asfalto urbano? En este apunte de Sáenz de Tejada (izquierda), unos pelean contra los otros, intervienen los guardias, hay heridos, quizá muertos, se practicarán detenciones; y vuelta a empezar.
Perdura el recuerdo de la revolución de octubre: caricatura de González Peña y de Largo Caballero (derecha).

[11] *Documents diplomatiques français*, 1932-1939, 2.ª serie, IV, p. 171.



(Pyresa.)

En la presidencia de este entierro pueden ser identificados muchos de los prohombres republicanos, de aquellos que hicieron concebir esperanzas e ilusiones a la mayoría de los españoles. ¿Estaban capacitados para cumplir los objetivos que se habían propuesto? ¿Existía siquiera la posibilidad de cumplir tantas promesas? Es cierto que han recibido ataques de la derecha y la izquierda, pero, además, la unidad interna se ha quebrado, los grupos se han dispersado y enfrentado entre sí. Quizás han pretendido una República estrecha y exclusivista. Cuando en febrero vuelvan a reunirse, no todos, pero sí muchos de ellos, van a presidir una guerra civil.

que una educación política avanzada y la presión de la población impedían que el viejo sistema pudiera seguir funcionando. Para que se emplearan creativamente los recursos del país tenía que haber un cambio político. Pero mientras que los radicales estaban dispuestos a subvertir la estructura social para lograr cambios, los conservadores estaban dispuestos a utilizar la fuerza para mantener el viejo mundo. Entre las izquierdas había algunos impacientes, y el centro no podía resistir.

El fracaso de la Segunda República

La Segunda República española fracasó porque no fue aceptada por grupos poderosos tanto de la izquierda como de la derecha. A los anarquistas, el primer gobierno de Azaña y los socialistas les había parecido «lento y legalista» [12]. En 1936, muchos socialistas coincidieron con los anarquistas en este punto. Al intentar resolver los problemas más acuciantes con los que entonces se enfrentaba España (y cuya existencia había llevado al derrumbamiento del régimen anterior), la República apartó de su lado a muchos que, en principio, habían pensado colaborar con ella. Los que, en los debates habidos en los años 30, defendieron a la República, hablaban así de «la República» y no de democracia. El concepto de república era un término legal de definición bastante estrecha [13]. Los

[12] La frase aparecía en el manifiesto treintista, citado por Peirats, vol. I, p. 45.
[13] Véase Carlos Alba Tenedor en Ramírez, *Estudios*, p. 74.

cinco años y pico transcurridos entre abril de 1931 y julio de 1936 fueron, pues, una época en que se formaron dos bandos lo bastante poderosos como para impedir la victoria inmediata de uno de ellos, en el caso de que se desenvainaran las espadas. Desde el hundimiento de la monarquía en 1808, había habido en España tres querellas principales: una, entre la Iglesia y los liberales; otra, entre los terratenientes, y posteriormente la burguesía, por un lado y la clase obrera por otro; y la otra, entre los que reclamaban derechos regionales (sobre todo en Cataluña y las provincias vascas) y los defensores de la dirección central de Castilla. Cada una de estas tres luchas había alimentado a las otras, y habían estado superpuestas [14], de manera que cualquier deseo de moderación por parte de alguno de los grupos enfrentados quedaba extinguido por un gran incremento de la violencia por parte de otro.

Los problemas de España también remitían a la siguiente pregunta: ¿Quiénes serían los responsables de la modernización e industrialización del país? ¿Los demócratas, los revolucionarios socialistas o la derecha autoritaria? Estaban igualmente en juego los principios, y los odios, de las revoluciones francesa y rusa. El deseo de renacimiento, y la conciencia de que España era capaz de él, estaban muy extendidos: «Declaramos la guerra al negro capitalismo, ex-

[14] Aunque no en el mismo orden en que se habían producido en el pasado. Por ejemplo, en la primera guerra carlista, los liberales habían sido los defensores del control de Castilla frente a las reivindicaciones regionales de los vascos y los catalanes, mientras que, en 1936, los herederos de los liberales eran partidarios de la federación.

OCTUBRE 2 Viernes

Bilbao, 1936

Euzkadi

Una histórica sesión en las Cortes españolas

Por aclamación fué aprobado ayer el Estatuto vasco

Un emocionante discurso de nuestro diputado don José Antonio de Agirre, acogido con vivas muestras de respeto y simpatía por todos los parlamentarios

Afirmó en él el cristianismo, el espíritu de libertad y el elevado sentido social de la organización patriótica vasca

Nabarra podría incorporarse al territorio autónomo cumpliendo los requisitos constitucionales oportunos

¡¡ITXARKUNDIA!!

ESTATUTOA LORTU DEGU

Azkatasuna gurekin!!

Nueva responsabilidad

Ante la aprobación del Estatuto

El gobernador de Bizkaya da cuenta de la aprobación del Estatuto vasco

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

Desde estos festejos celebrados con motivo de un mitin nacionalista en Deva el año 1931, hasta la aprobación del Estatuto que se anuncia en este periódico del 2 de octubre de 1936, ha transcurrido mucho tiempo y han ocurrido muchas cosas. Ahora España está en guerra civil, y el País Vasco, partido entre ambos bandos.



(Col. Luis Gasca.)



(Arch. C. S. de Tejada.)



(Pyresa.)

En ambos extremos de la República cabe colocar a estos revolucionarios (arriba), gráficamente representados por Sim, y a Miguel Maura (abajo), el ministro de Gobernación que estaba dispuesto a hacer respetar al nuevo régimen por todos los medios. Los milicianos asaltan el 20 de julio las Atarazanas barcelonesas. Pocos días después, a escondidas, Prieto acompañará a Miguel Maura para que, en un pequeño avión, escape a Francia y salve así la vida.

plotador de los pobres [...], más religión y menos fariseísmo; más justicia y menos liturgia». Así hablaba un miembro fundador de la CEDA [15].

La República fue un fracaso, a pesar de su legislación tan prometedora y de tantos buenos proyectos como se iniciaron (como, por ejemplo, el programa de regadío y redistribución del Plan Badajoz, llevado a la práctica años más tarde bajo auspicios políticos muy diferentes). Los deterministas podrían dar una explicación simple. Un historiador liberal se siente tentado a echar la culpa a los individuos: a Azaña, por su excesivo orgullo y por alguna que otra manifestación de frivolidad; a Gil Robles, por sus vacilaciones, su retórica y su falta de sinceridad. A Largo Caballero y a Calvo Sotelo por sus discursos incendiarios y su desprecio a sus oponentes. Lerroux era indolente y corrompido; Alcalá Zamora, entrometido y vano. Dejando aparte nombres de segundo orden como Miguel Maura o Giménez Fernández, Prieto fue la figura destacada que más comprendió cuál era el camino indicado, aunque fuera demasiado veleidoso para seguirlo. Para mantener su posición ante la corriente cada vez más revolucionaria de su partido, llegó incluso a lanzarse a proyectos impetuosos, tales como el contrabando de armas en 1934 o la destitución de Alcalá Zamora en 1936. Además, le caracterizaban cierta ambigüedad y cierto pesimismo: «Soy un hombre débil [...]. No creo que haya nadie tan insensato como para desear realmente ejercer el poder público en España en estas circunstancias», escribía [16]. En 1933, Azaña comentaba pesaroso que las dificultades de la República no derivaban tanto de sus enemigos explícitos como de los propios hombres del régimen: de sus odios, sus ambiciones y sus envidias [17]. Sin embargo, culpar a los individuos es olvidar que los políticos son la expresión de talantes públicos que son los sueños colectivos de las masas. En realidad, la República cayó por las mismas razones que habían hundido a la dictadura y a la monarquía de la Restauración: la incapacidad de los políticos de entonces para resolver los problemas del país dentro de un marco generalmente aceptable, y, por otra parte, la voluntad de algunos —respaldada por la tradición— de someter las cuestiones a la prueba de la fuerza. «Ya no hay soluciones pacíficas», decía el boletín falangista *No importa* el 6 de junio; «El Estado debe desaparecer», decía *Solidaridad Obrera* el 16 de abril. Los espectros provocaron la guerra y, después, el país fue dominado por los fantasmas.

El país se apoyaba sobre estas luchas. No había hábitos de organización, de compromiso, ni siquiera de articulación: ni se respetaban, ni siquiera se deseaban. En la medida en que existían tradiciones comunes a toda España, eran tradiciones de violentas disputas. Verdaderamente, España estaba invertebrada. A medida que pasaban los años, todas estas disputas fueron adquiriendo características religiosas, regionales y de lucha de clases. Las juventudes de la CEDA y las socialistas estaban embriagadas con visiones absolutas

[15] Citado por Robinson, p. 115.
[16] Prieto, en *El Liberal*, 26 de junio de 1936.
[17] Azaña, vol. IV, p. 559.



(Col. familia Quintanilla.)

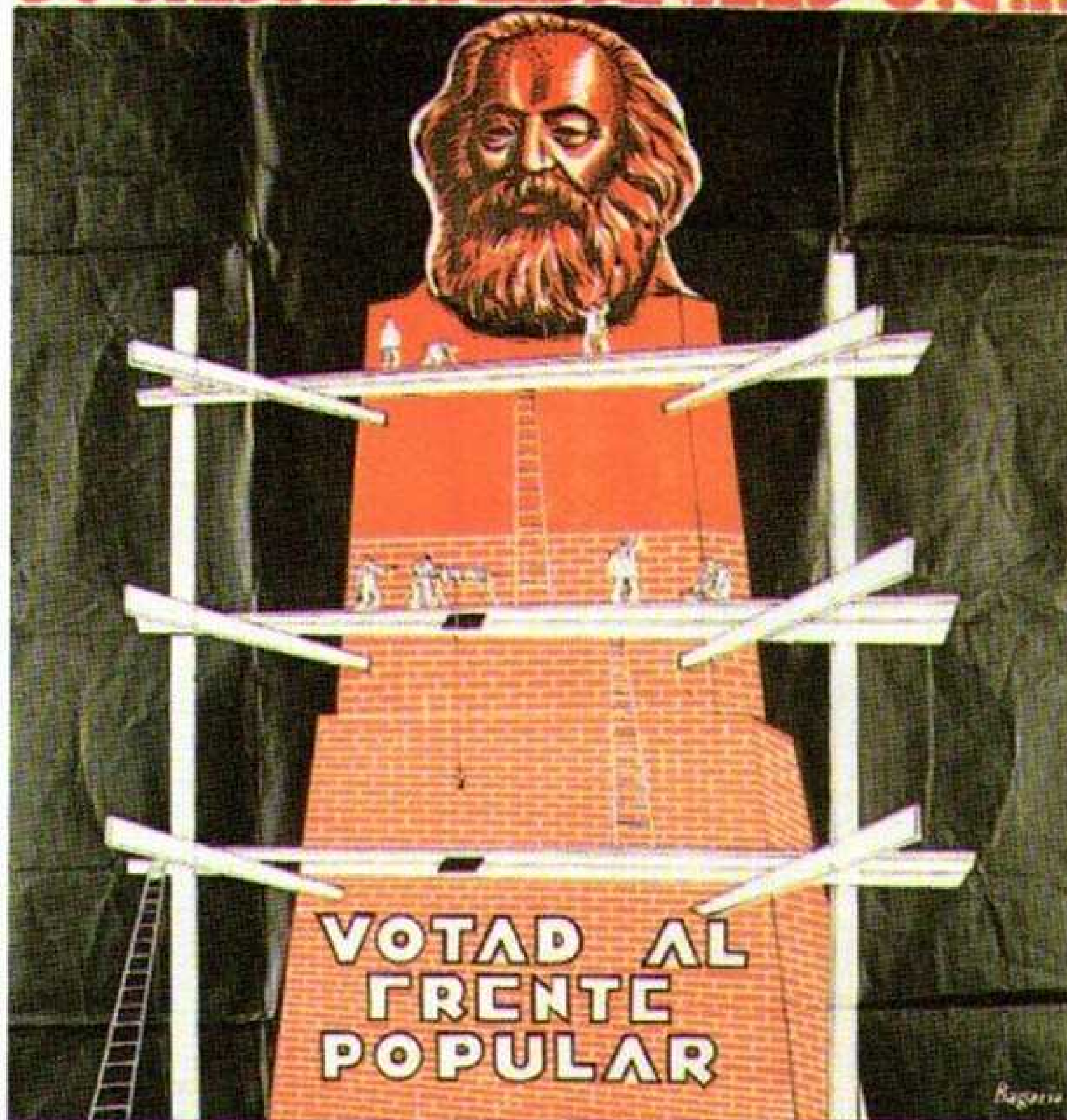
El dibujo de Quintanilla evoca la celebración de una Nochebuena. Pero ¿cuál y dónde? Presiden la escena caricaturas de personajes disímiles, como lo son Hitler, Gil Robles, Mussolini y Lerroux, convertidos en muñecos de pim-pam-pum. Un auténtico y trágico pim-pam-pum va a empezar, pero los muñecos serán otros, muy numerosos y de carne y hueso.

de futuros exclusivos, que se lanzaban unas a otras, provocando el colapso del Estado. Durante la República, el país había estado empapado de política [18]. Al mismo tiempo, además, muchas personas querían una «nueva España» (que podía significar cien cosas diferentes), digna de su glorioso pasado y de las cualidades permanentes de su pueblo. Estos eran los motivos que movían a muchos de los señoritos que cantaban el himno falangista *Cara al sol:*

> Cara al sol con la camisa nueva
> Que tú bordaste en rojo ayer.
> Me hallará la muerte si me llega,
> Y no te vuelvo a ver [...]
> ¡Arriba escuadras a vencer,
> Que en España empieza a amanecer!
> ¡España! ¡Una! ¡España! ¡Grande!
> ¡España! ¡Libre! ¡Arriba España! [19]

[18] Véase Raymond Carr (ed.), *The Republic and the Civil War in Spain* (Londres, 1971), p. 14: «La República supuso un proceso general de politización: durante cinco años incorporó a la masa de los españoles a la vida política, para bien o para mal.» Así pues, el hundimiento de la República podría explicarse por la revolución en las comunicaciones.

[19] *Cara al sol* fue escrito por Agustín de Foxá, Dionisio Ridruejo y José María Alfaro, con la ayuda de José Antonio, y se cantó por primera vez en público en febrero de 1936. La música marcial era de Juan Tellería. La imagen de morir cara al sol es una copia directa, probablemente consciente, del poema «La rosa blanca» del apóstol cubano de la libertad, José Martí. El himno de las juventudes católicas empezaba así: «Adelante, con fe en la victoria / Por Dios y por la Patria, / A vencer o morir, / Nos espera el laurel de la gloria, / La Historia está con nosotros, / El futuro de nuestro lado.»



(Serv. Histórico Militar.)



(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

En el cartel electoral (izquierda), los albañiles socialistas construyen la gran obra que remata la cabeza de Carlos Marx. En la cubierta de esta publicación falangista (derecha), dos sirenas festejan juguetonamente la llegada de un velero y despliegan barrocas cintas en honor de Francisco Franco: una de las palomas sostiene en el pico la rama de olivo de la paz. La composición data de noviembre de 1938, se ha diseñado durante la batalla del Ebro: ¿a qué paz se refiere?

Y eran muy semejantes los pensamientos que movían a los apasionados revolucionarios que cantaban la canción anarquista *Hijos del pueblo:*

Hijo del pueblo, te oprimen cadenas
Y esa injusticia no puede seguir;
Si tu existencia es un mundo de penas,
Antes que esclavo, prefiere morir [...]
Trabajador,
No más sufrir,
El opresor
Ha de sucumbir.
Levántate,
Pueblo leal,
Al grito de
Revolución social [20].

El gran poeta de Castilla, Antonio Machado, quería decir lo mismo cuando escribió en su elegía al fundador de la Institución Libre de Enseñanza, Francisco Giner de los Ríos:

Vivid, la vida sigue,
Los muertos mueren y las sombras pasan;
Lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad! ¡Enmudeced, campanas!

[20] *Hijos del pueblo,* una canción con ritmo de can-can, a pesar de la letra, fue elegida como himno del movimiento anarquista en el Segundo Concurso Literario, en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona (1890). Una canción mejor que todas éstas era el himno de los carlistas, *Por Dios, por la Patria y el Rey,* compuesto hacia 1830.



